Lágrimas de Cocodrilo

Por Camilo Muñoz Cortés

A mi amigo Nathan,

que me regaló un lazo para atar mil ideas

Escrito en Bogotá, Paris y Nice, entre Abril y Octubre de 2021

I

En la frontera de la selva inconquistable, de la arena infinita de sueños sin realizar y del mar extenso de lágrimas de opresión, vi la gran casa de madera y mármol que algún día sirvió como última frontera de un Imperio imaginado en las montañas frías de los Andes. Y que hoy sirve como capítulo final de una larga historia que me llevó por todos los rincones de África y de nuestra historia, con el objetivo primario de salvar mi vida y con el resultado final de querer entender la gran patria que me tocó vivir. Una nación inmensa en la cual en su apogeo, logró que ningún humano en la faz de la tierra, fuese en los cafés europeos, en las selvas de caucho del sudeste asiático, en las arenas místicas de las tribus del Sahara o en las estepas siberianas e incluso en las grandes juntas empresariales de los Estados Unidos, desconociese su belleza y su esplendor. Un estado en el corazón de las montañas, sobrevolada por cóndores majestuosos jugando en sus picos nevados. Nieves eternas que posaban sus lágrimas en ríos infinitos, desembocando en dos océanos huracanados pero unidos, capaces de devorar países. Ríos y ríos, de todos los colores imaginables, recorriendo valles, llanuras, paramos y montes para acabar en mares dulces y alegres que al verlos y al sentirlos reía el mundo entero. Una nación cubierta de mil verdes, de mil azules, de mil cafés y mil amarillos. Con una selva eterna donde la lluvia no paraba nunca y donde los monstruos de todas las pesadillas, las bestias de todos los cuentos pero también todas las bellas creaturas de la imaginación divina bailaban juntas en la armonía zigzagueante del ruido de la vida y del caudal de su rio. Una nación con desiertos que hipnotizaban a las estrellas, con serranías tímidas guardando secretos ancestrales y con volcanes furiosos capaces de hacer temblar el cielo. Con tantas playas, que ningún humano por más vidas que tuviese podría bañarse en todas, para sentir en sus pies las mil y un arenas, cada una con una historia y con un acento diferente. Y entre los acentos, oir las imágenes de sus orígenes, inmensas ciudades apiladas en precipicios, dotadas de eternas primaveras, o bordeando el mar junto a su brisa sonriente, que lograba atravesar las mil y un trampas de la naturaleza para llegar a pueblos coloniales, de arcilla, de piedra, de madera y hasta amuralladas por la cordillera, para subir por las nubes y acabar en lluvias coloridas en las islas lejanas y paradisiacas de piratas y evolucionistas. Y entre sus sabanas y sus salares corría el mismo cielo verdoso al amanecer y rojo al atardecer. Una tierra mágica donde lo que no crecía era porque no se sembraba. Y lo que se sembraba, crecía en tantos colores y en tantas formas, que no había mesa en el mundo donde no hubiese una y que todos a su alrededor, soñaran en el idioma universal que es la ilusión con ir ese mundo mágico que les recordaba los mitos lejanos, pero nunca tan presentes de quimeras y grifos ancestrales. Y entre tantas joyas que presumía este extenso país de seis naciones unidas por el destino, nada llenaba más de orgullo, para inflar el pecho de sus dirigentes y sus habitantes, que esa tierra colonial, que poseían, el único pedazo de tierra triunfante y glorioso en un continente

olvidado y hundido en la miseria del fracaso de su época. Una costa negra, misteriosa y mística, la cual se apoderó de mi corazón.

La primera vez que oí hablar de esa tierra, fue de la boca de mi abuelo, quejándose entre temblores, de lo que leía en el diario para el cual un día yo trabajaría. “Las desgracias llegan”, decía, “Tardan, pero llegan”. Recuerdo a mis padres y mis hermanos mayores, contestándole, argumentando mil y un razones para probar que el que se equivocaba era él. “Son buenas noticias, era un maleante” decían en ignorancia. Yo observaba con mis ojos grandes de niño de nueve años sin entender y mi abuelo que había entendido todo, me miraba desalmado. No volví a pensar en esa tierra hasta mucho después, ni siquiera cuando escribía ensayos y respondía preguntas a opción múltiple para graduarme del colegio. Rellenaba los circulitos o recitaba de memoria con mi mano, las frases y fechas repetidas una y otra vez por el maestro de ciencias sociales. Eran tiempos duros para la nación, y las desgracias de las colonias perdidas ameritaban tan solo un párrafo y un par de preguntas fáciles, para que incluso los vagos tuviesen algún punto de consuelo. Pasarían casi diez años para que pensara de verdad en esas costas lejanas que poseían todos los secretos que siempre quise entender.

El país para ese entonces andaba bien, el prócer de la patria había cumplido y luego de muchos años el miedo de las bombas y la guerra había quedado atrás. Yo trabajaba para uno de los diarios más grandes del país, vivía feliz entre las murallas coloniales de Cartagena donde me dedicaba a investigar con paciencia y esmero, los diferentes casos de corrupción que inundaban de más en más al país. Las balas habían sido transformadas por sobornos y los secuestros por intercambios de favores. Fue en una de esas investigaciones de rutina, cubriendo irregularidades, que me enteré de casualidad de una pista, una pieza que no cuadraba en ninguno de los rompecabezas habituales. Una cosa llevó a la otra, y las piezas fueron acomodándose hasta crear un mosaico de horror. Al cabo de un mes mi informe salía en primera plana y por todo el país empezaban a sonar las alarmas y a más de un pez gordo se le aguaron las navidades en el extranjero. No demoró mucho en llegar la primera amenaza, ni la segunda, ni la décima, ni los mensajes, ni las balas envueltas en papel regalo frente a la puerta de mi casa y de mi oficina. Me citó el director de redacción y me dio un pasaje de avión. Me enviaba lo más lejos que se le había ocurrido. La vieja colonia organizaba un torneo de futbol regional durante todo el mes de enero. Era la oportunidad perfecta para responder a una pregunta que nadie se había hecho en todo ese tiempo. ¿Qué había sido de ellos? Le imploré que me mandara a otro lado, a Caracas, a Lima, incluso le sugerí que me iba a Europa o Norte America con mi propio bolsillo. Pero nada lo hizo cambiar de opinión, “No ve que el Hombre de Blanco, aún tiene amigos en todos esos lados”, me dijo refunfuñando. Dos días después salía el avión de Bogotá. Hice escala en Rio y de ahí partí a esas tierras desconocidas a las que dedicaría mi vida. Desde la ventana miraba el mar con tristeza, quejándome internamente que ni siquiera me gustaba el futbol, ese opio cegador en forma de balón, sin saber que desde el cielo recorría el mismo

camino que habían hecho más de un siglo antes Tolomeo Darién y Alegría de Darién en un barco de vapor.

Cuando dos décadas despues de la muerte del Libertador, los dirigentes de su gran Colombia se rindieron en Lima para homenajear al otro gran hombre recien fallecido que llevaba el apodo triunfante, se miraron todos a los ojos y se dieron cuenta en desazón, que su independencia no había servido para nada más que seguirse matando entre ellos. Que hacía cuatro décadas habían pegado todos un grito en unísono por la libertad. Pero que aún en sus países no había nada remotamente cercano a un estado del cual estar orgulloso. Y en un acto de infinita valentía pocas veces vistas en la historia, los dirigentes de Colombia, Ecuador, Venezuela, Perú, Bolivia y Panamá, se encerraron en un cuarto por siete meses y cuatro días, hasta que se pusieron de acuerdo en lo que ni dios ni el destino habían podido. Se dejaron de estupideces y orgullos innecesarios, y crearon una gran patria que los dejara feliz a todos. Así nació la Federación Andina, que para evitar peleas, se decretó sería un Estado Federal con un fuerte gobierno central que garantizara las libertades de cada miembro y que se regiría por un conservatismo liberal que permitiera que las cosas se quedaran siempre igual pero en la dirección correcta y concuerde a los cambios de una sociedad liberalmente conservadora. Y como si fuera poco se dieron cuenta que una patria tan ambiciosa no tenía margen de error y entre todos pactaron el punto primordial de su constitución, que durante un siglo entero se comprometían a hacer las cosas bien, y no matarse, ni robarse, ni traicionarse, pero sobretodo no equivocarse, en lo que llamaron el pacto de “Ni tarados ni trúhanes”. Y como estaba en la constitución que durante un siglo en esos cielos tan bonitos no se podían hacer las cosas mal, comenzó una emigración masiva, de todos esos asesores, comerciantes, políticos, banqueros y abogados que sin un futuro para ellos acabaron de asesores, comerciantes, políticos, banqueros y abogados en los países vecinos de todo el continente americano. Mientras que los incapaces, los tontos y los que el señor no había dotado de neuronas suficientes para no embarrarla se vieron forzada a llevar vidas simples lejos de las esferas altas de decisión de la nueva nación andina.

Se tomaron las cosas tan en serio que no había tiempo para los errores o para los sentimentalismos. Pusieron la capital en Bogotá porque era la primera de las seis capitales regionales por orden alfabético. Y para no complicarse con el nombre de la moneda, entre los que querían llamarla sucre, los que querían llamarla bolívares, o Balboas o soles, le pusieron peso Andino y pasaron a la siguiente cosa en la lista. Para el himno, tampoco se complicaron mucho y le pidieron a un compositor austriaco al cual no le habían informado a tiempo que las estaciones en el hemisferio sur estaban cambiadas, y llevaba dos meses esperando que pararan las lluvias para cruzar los Andes hacia Argentina. Se las compuso viendo llover mientras esperaba algún rayito de sol y le quedó de una ilusión deprimente tan hermosa y tan melódica que con orgullo siempre dirían que ellos tenían el segundo mejor himno del mundo, despues de la marsellesa. Para la bandera fue más problemático,

ya que con un himno tan lindo tocaba una bandera que le combinara. Y tras una larga búsqueda que cubrió ese amplio estado de gente práctica, les llegó un pintor alocado y sentimental, que les dijo que ahora tocaba buscar la mujer más bella de todos esos cielos, y que de sus ojos saldrían los colores para esa hermosa tierra. A la junta de gobierno les dio una rabieta histórica, le dieron una beca para que se fuera estudiar artes a Florencia y no volviera nunca más con severas patrañas y lo lanzaron a patadas al primer trasatlántico que llegó a sus costas. Luego se dejaron de bobadas y dijeron que amarillo azul y rojo como las de Colombia, Ecuador y Venezuela, que le pusiera un escudo blanco y rojo en el medio como el Perú, en el cual el medio debía ir el Volcán Boliviano del Parinacota que simbolizaba la frontera sur y el ismo de panamá que simbolizaba la frontera norte. Y con eso arreglado se pusieron a trabajar, porque no había tiempo que perder.

Así pasaron veinte años, donde la Federación Andina pasó de ser un país pobre y que daba pena, a uno rico que no tenía nada que envidiarle a ningún otro de la región, ni a los Estados Unidos Mexicano, ni a los Americanos y mucho menos a los europeos que por esas épocas andaban matándose entre sí buscando lo que ellos ya habían logrado veinte años antes, crear una nación. Miraban su continente y al norte veían a los Yankees recuperarse apenas, luego de darse bala en la tierra de los Dixies por cuatro años, y se decían que por ponerse a pensar en apodos sonoros en vez trabajar es que andaban en esos disparates y con presidentes asesinados a gritos de tiranos. Pero al sur no cambiaban las cosas, a sus vecinos se les había dado por hacerse una guerra tonta a la que llamaron la de la "Triple Alianza" y habían quedado todos quebrados, salvo la pobre Paraguay que no solo había acabado quebrada sino que se le había muerto la mitad de su población y solo le quedaban vivos los cobardes, las mujeres y los que el día de la pelea final no les había sonado el despertador. Y luego se veían a ellos que no solo andaban con las arcas llenas y con toda su población intacta, sino que se habían dado el lujo de declararle la guerra a Chile para quedarse con un pedazo de su costa, en la que los historiadores denominaron la guerra "Del Pacifico", pero que ellos se limitaron a llamar "la ampliación del mar". Por otro lado todo les salía de manera perfecta, y no había que dudarlo ya que estaba escrito en la constitución, que al menos por ochenta años más, las cosas no les podían salir de otra manera diferente. Sus productos se vendían por todos lados del mundo, y gracias a un asesoramiento de los industriales ingleses, su industria empezaba a florecer, tanto como el caucho, el café y las frutas que tanto desvelaban las cortes extranjeras. El país era visitado por mentes brillantes de todo el mundo para descubrir sus secretos guardados, ya que nadie se creía eso, que les iba bien porque de no hacerlo entrarían en una crisis constitucional. Los liberales y los conservadores eran mejores amigos, como lo eran los federalistas de los centralistas y todos se reunían juntos en los diferentes clubes de las diferentes seis regiones a reír y hacer avanzar el país. La corrupción más alta era hacer una trampilla de buena fe en las cartas, cuando algún concursante no había ganado nada, para que se llevara alguna mano y no lo regañaran en la casa. Los trenes llegaban a tiempo, porque a pesar de todas esas montañas y todos esos ríos y desiertos, se las arreglaron para hacer vías de trenes por todos lados que se

pudo, y donde no, montaron carreteras buenas y eficaces para los caballos, para que no hubiera un solo pueblo incomunicado o sin presencia del estado. Era tal lo que habían conseguido que se decía que una carta enviada desde Ciudad de Panamá, podía llegar a Santa Cruz de la Sierra incluso antes de haber sido enviada, ya que todos los burócratas y dirigentes de la federación habían sido educados igual y por ende pensaban siempre lo mismo, tratando de anticipar siempre lo que podía ocurrir en cualquier lado de su vasto imperio, lo cual al final del año no solo implicaba un ahorro masivo de papel sino que creaba un país que funcionaba como relojito suizo a toda época del año y bajo todos los climas. Las cosas iban tan bien, que en una tarde de agosto, reunidos todos en uno de los meetings anuales en alguna de las tantas ciudades, llegaron todos a la conclusión que el único paso lógico a seguir, era conseguirse una colonia para explotar…

Se formó un ministerio colonial al mando de una de las familias más gloriosas de esa extensa nación y se decidió rápidamente, como era habitual, los pasos a seguir. Desde Lima y Antofagasta se mandaron emisarios a recorrer el Pacifico, mientras que desde Caracas y Cartagena se enviaron los propios a recorrer las costas africanas. El primero en dar aviso fue el que llegó a la Polinesia a ver si a los franceses se les había olvidado alguna isla, y en una canoa de madera y guiado por un nativo mudo que hablaba a través de un loro jamaiquino, encontró una perfecta, sola y con un nombre tan sensual que al decirlo se curaba la impotencia. Evidentemente lo primero que dijo en su carta, era que no volvía y que ahí los esperaba entre las mujeres más bellas que había visto nunca. Consientes que una colonia de recreo no era lo que buscaban, tacharon con una gran equis roja de pirata todo el pacifico austral. Del sudeste asiático les llegó un reporte de contrastes, que sin duda era buen negocio, porque se podía plantar arroz y si se les daba hasta caucho, aunque claramente prometía en su carta bajo todos los santos que no había mencionado esa pepita mágica a ningún hombre o mujer durante su travesía. Pero que veía a los franceses muy felices e instalados para que les cedieran así fuera un rinconcito de ese paraíso. Siguieron las cartas del enviado a China, que tenía como misión encontrar una ciudad como Macao u Hong Kong, que tantas alegrías les estaba dando a los portugueses y a los ingleses. En el peor de los casos escribía, podrían procesar esa hoja que masticaban los indígenas en las cimas más altas de los Andes, y vendérsela a los chinos, del mismo modo que los europeos y los Yankees les vendían el opio. La segunda carta que mandó fue igual de positiva, había congeniado con mercaderes ingleses, que para su sorpresa veían de buenos ojos la competencia de un nuevo colonizador en la zona. Luego las cartas pararon y tras una larga investigación se enteraron que los ingleses lo habían llevado diariamente a charlar a un bar de opio, y que su emisario más prometedor andaba ahora escuálido y sucio fumando amapolas día y noche en los bares de Shanghái. El tercer y último emisario de importancia se había aventurado a las Indias Orientales, donde por más que había intentado no había logrado entender una sola palabra de lo que le decían los holandeses, a quienes describió como pequeños y malhumorados. Acabo perdiéndose y en vez de explorar las islas de lo

que hoy conocemos como indonesia, acabó en Papua Nueva Guinea, donde nunca más se supo de él.

Con Asia tachada, porque ni locos se iban a ir a colonizar Afganistán, ni meterse a pelear con los británicos en su preciada India, esperaron con ansias las cartas africanas. Todas las cartas eran prometedoras al comienzo, habían educado bien a sus enviados y empezaban primero por las buenas noticias, había mano de obra para el trabajo duro, materias primas por doquier, tanto alimenticias como minerales, el clima era asador, pero si se vivía sobre el mar o con sirvientes que lo abanicaran a uno todo el día, se podía manejar. Luego llegaban las malas noticias, primero que los mosquitos eran cosa seria, y que no solo picaban sino que enfermaban y mataban. Segundo que los locales le habían cogido rabia y desprecio al hombre blanco, por eso de la esclavitud y no hacían el menor esfuerzo en dejarse colonizar. Finalizaban con el punto tercero y más importante, que ni los franceses, ni los portugueses, ni los alemanes, ni los holandeses, ni los belgas y sobre todo ni los ingleses, cedían un milímetro cuadrado de la tierra ganada, "ni siquiera entre ellos que se creen de mejor familia que la nuestra, a pesar que somos literalmente sus descendientes" se lee en una de las cartas que me tocó ver con mis propios ojos mientras viajaba por Marruecos en busca de respuestas, de cómo habíamos acabado colonizando esa tierra tan bendita. Muchos acababan con una propuesta esperanzadora, "¿Y si le robamos una a España? Que no gana una guerra desde Carlos Quinto". Alguno más atrevido proponía incluso invadir la madre patria, basándose en la frase que los pirineos daban inicio a África. Pero al final, cuando las esperanzas caían en la Federación, quienes ya se hacían la idea de acabar como Brasil, huérfano de protectorados, llegó la carta que cambiaría nuestra historia para siempre.

Entre la Costa de Oro de los ingleses y la Costa de Marfil de los franceses, había un pedazo de tierra, no muy grande para ser un país, pero lo suficiente para ser una colonia, según sus cálculos medía poco más o poco menos que Suiza, una tierra perfecta para cultivar y quizás en medio de su selva se podría encontrar alguna mina o algún rio con oro, diamantes o alguna joya tan bella como "Nuestras esmeraldas". Los locales, como todos en África eran salvajes para los estándares occidentales, pero parecían quizás más respetuosos y dóciles que el resto de ese continente lleno de mosquitos y de sol constante. A la pregunta, clave, del por qué nadie los había colonizado aún, el enviado respondía, que las playas de esos kilómetros de costa, eran de un negro universal, uno que atemorizaba al hombre blanco como todo lo de ese color maligno que la iglesia les enseñaba a odiar. Por ese motivo, y también como una especie de franja de protección entre sus cañones, ambas super potencias veían con buenos ojos, la llegada de la Federación a ocupar esos territorios malditos. Y como en la alta esfera de las decisiones, no creían ni en los malos agüeros ni en las supersticiones, tan solo tres meses despues de haber recibido el pedacito de papel con el sello de sus cielos, salían los primeros barcos de Cartagena en dirección a la Costa Negra.

II

Cuando el ministerio colonial se reunió en Maracaibo para hacer el balance de sus progresos y logros, se encontraron que la divina providencia se debía haber perdido en el camino oleado del atlántico. Ya que en las dos décadas que habían pasado escogiendo el lugar, conquistándolo, poblándolo con todos los que no tenían sitio en su gran nación andina, no habían logrado igualar su éxito nacional en esas tierras de salvajes. Habían hecho todo lo posible, habían mandado a los negros revoltosos y a los indios perezosos, que siempre se quejaban que no había trabajo ni oportunidades, habían sembrado los campos del trópico con todo lo que se suponía debía dar en esa tierra, pero aunque habían ignorado los consejos de los locales sobre cómo hacer las cosas, como predecir el clima y como arar la tierra, ya que era evidente que no se podía confiar en salvajes y menos en los que uno acaba de conquistar, las cosechas de los ultimos quince años les salían mal, a destiempo o se terminaban perdiendo. Lo mismo pasaba con su minería, habían talado media selva en busca de las joyas prometidas, pero por más que excavarán lo único que encontraban era esa maldita tierra color carbón que tanto asustaba a los vecinos europeos cada vez que pasaban por la Costa Negra a tratar de estafarlos con las mercancías explotadas y con precios exorbitantes de sus propias colonias. Era tanto el pavor de los marineros que muchas veces preferían pasar de largo los muchos kilómetros de esa costa demoniaca así eso redujera los dividendos de sus compañías. Por lo cual los puñados de puertos sobre el negro litoral corrían el gran riesgo en un mes con nubes que oscurecieran aún más sus arenas, de quedarse sin comerciar las frutas, verduras y demás productos de mala calidad que salían de sus campos mal arados. Eso ocurrió en el "Otoño trágico" como se le llamo a los tres meses del año 1887, cuando una de las embarcaciones salientes de la metrópoli trajo sin querer con ella, las nubes tormentosas del Catatumbo.

Fueron tres meses de lluvias intensas acompañadas de rayos, truenos y relámpagos perpetuos, que no solo dañaron todos los cultivos mal concebidos, sino que ahí sí se ahuyentaron definitivamente todas los navíos de bandera foránea que desde lejos veían la furia del estruendo chocar con ese desierto infernal de los mil demonios, para convencerlos definitivamente que esa tierra tan bonita en todo menos en su playa, era la guarida del diablo en la tierra. Por lo cual dejaron de pasar, y todos en la Costa Negra se hubieran muerto de hambre y sed si no fuera por los barcos propios enviados desde Caracas con la que muchos estiman fue el primer caso de ayuda humanitaria viniendo de occidente a los cielos africanos. Fue tal la mala fama de esas costas donde nunca se había hundido ningún barco, ni presentando ninguna enfermedad que el comité colonial que se había instaurado planeó un ambicioso plan para remplazar los más de cien kilómetros de playa negra con la arena más blanca y más pura traída en miles de buques directo de las Malvinas. Una operación que se hubiera realizado sino fuera por la preciada constitución andina que prohibía hacer actos descerebrados que perjudicaran el patrimonio de la nación. Es por eso

que la primera reacción en el ministerio colonial, fue consultar con jueces constitucionalistas, bajo la primicia que las desgracias lejanas se debían, a que la constitución solo cubría la jurisprudencia americana y no sus tierras en altamar. De ahí la idea de cambiar la constitución con un párrafo que incluyera la Costa Negra y de pronto de ese modo se les revertía la mala fortuna y hasta lograban convencer a los locales para que dejaran de revoltarse cada dos años, y exigir mejores tratos. Pero la corte les dio un no rotundo, porque cambiar la constitución así fuera para alegrías futuras en esa tierra desdichada pero acertada ya que la habían escogido ellos, podía abrir paso a todos esos que ya se iban aburriendo de no poder ser trúhanes, tarados y patanes. O incluso peor, podía dar rienda suelta a que los negros, los indios, los pobres y las mujeres quisieran reivindicar poderes y derechos que a los padres fundadores se les había olvidado.

Con esa solución milagrosa fuera de posibilidad les tocó indagar sobre las raíces del porqué lo único que funcionaba bien en su colonia, eran el club social a las orillas del mar y el burdel justo en frente. Que cuando se pusieron a ver, ese llamado "El Harem de las Habibis" no solo tenía de clientes número unos a todos los miembros al mando del comité colonial, sino que era la única razón por la cual los marineros extranjeros osaban aventurarse a esas tierras fatídicas, arriesgando la vida y el alma, con tal de pasar unas horas con las musas de Mauritania que había traido su dueña a través del desierto y la selva. Fue así que descubrieron que todos sus males se debían a funcionarios incompetentes que en vez de estar trabajando todos esos años se la habían pasado era follando árabes e irrespetando la sagrada constitución. Los hicieron devolverse ahí mismo en las cabinas de tercera clase del transatlántico colonial y al llegar en una ceremonia pública en la plaza de Bolívar les quitaron sus decoraciones, les prohibieron volver a servir a la patria en su vida y los condenaron luego de un corto juicio a 10 años en la cárcel de Gorgona, por incompetencia.

Todo eso sin embargo no resolvía sus problemas coloniales, no solo necesitaban encontrar alguien que fuera a poner orden a ese pantanal, sino que tenían que limpiar la imagen internacional de esa tierra que hasta ahora era conocida como de putas, salvajes y espíritus malignos. Tenían que encontrar a un hombre de buena familia, educado, de principios, con alto conocimiento sobre el honor y las relaciones internacionales y que además no le molestara abandonar ese país tan organizado y bello, para estructurar ese carnaval africano en el que se habían metido. Lo primero que se les ocurrió fue que debían comenzar de cero, en lo que sería una de las primeras grandes campañas de marketing y rebranding de la historia. Atrás quedaba eso de Costa Negra que lo único que hacía era dar miedo y llenarlos de cartas criticas de literatos y desocupados del mundo entero, acusándolos de racistas, colonialistas e imperialistas, como si alguna de esas tres fuera mala. De ahora en adelante ese pedazo de tierra negra en el oeste africano se llamaría "Protectorado", protectorado de algo, aún no sabían de qué. Debía ser un nombre que no solo sonara bonito al oído, sino que sonara medio autóctono de la región para que les dejaran de llegar tantas

cartas que les hacían perder tiempo y eficacia en la oficina de correos. Y si se podía, ojala que tuviera algún vínculo de alguna manera a algún lugar o algún evento histórico de la historia rica de su amado gran país. Fue en ese momento que al Ministro colonial lo invadió la sabiduría y se le pasó por la mente la cara malhumorada y displicente de su sobrino Tolomeo.

Tolomeo era el hijo mayor de su hermana, estaba por cumplir 40 años y no había duda para todos que era la oveja negra de la familia. Desde niño había mostrado un desinterés clamoroso y una altanería despreciable para las buenas costumbres y la vida de la clase alta de la sociedad. A las misas solo lo podían llevar arrastrado y bajo mil y un amenazas, y una vez dentro de la iglesia, hacía mala cara, se negaba a dar la paz, rezar, hacerse la bendición, o pararse de su silla salvo que fuera para irse de vuelta a su casa. En más de una ocasión lo reprochó incluso el Obispo al ver que no se echaba agua bendita al entrar a los recintos de dios, pero el que no tenía miedo a los golpes ni a los regaños, debido a su cuerpo grande y macizo capaz de recibir mil palmadas sin causar el más mínimo moretón, respondía con insolencia que no lo hacía porque ahí era donde se bañaban las palomas y no quería infectarse de ninguna plaga. Sus padres se ponían rojos de la ira y lo llevaban arrastrado por la oreja las cuadras que fuera para darle mil y un golpes que les terminaban doliendo más a ellos que a él. Su mala fama no era solo debido a que le había dado la espalda a las enseñanzas del dios cristiano. Sino que tenía una forma extraña de pensar para todo que sacaba a todos de quicio. Cuando al desayuno le preguntaban que quería almorzar, les solía responder que uno no puede reparar los daños de la sequía de Diciembre sin antes haber pasado por las inundaciones de abril. Los dejaba a todos perdidos buscando el significado de sus frases en acertijos. Cuando un día su tío le preguntó sobre que pensaba hacer en su vida, el respondió que vivirla. Y cuando le preguntó qué en que iba a trabajar, le respondio que en ser mejor persona. Lo hubieran mandado a la academia militar para enderezarlo, pero tenía la buena fortuna de ser el más inteligente de la familia. Desde chiquito solía resolverle los problemas a todos, fuese en los negocios del padre, los deberes escolares y universitarios de los hermanos, o los problemas de la sociedad de la madre. Siempre lo hacía con desgano y casi obligado, a pesar de que nunca nadie le pedía ayuda, y era él que siempre pendiente a todo, lo oía sin querer y acababa interrumpiéndolos y casi que en tono de reprimenda diciéndoles que debían hacer. Una vez dicho, se sentaba en su rincón gruñendo entre dientes, quejándose de la estupidez de los humanos.

Con el tiempo sus ayudas se volvieron esenciales, y nadie movía un dedo sin que el joven diera su visto bueno, aunque más de una vez hizo enojar a todo el mundo diciendo “Vamos, que eso es evidente, inténtalo resolver tu primero”. Les decía hablándoles del “tú” para amplificar su falta de respeto al orden jerárquico. Cansados de depender de él, todos en la casa se pusieron a leer y a juntarse con gente brillante, que les pudiera resolver los problemas a las buenas y no con regaños y lecciones sobre la trivialidad. El mismo tío, había sido víctima de sus regaños, cuando este le había dicho al cumplir 22 años que la idea

de la colonia era una estupidez. No por la idea en sí, ni por el lugar que habían escogido, sino porque el que se acostumbra a nadar en agua dulce es incapaz de nadar en agua salada. Su tío no entendió lo que querían decir esas palabras y fue el mismo quien escogió los miembros del comité que un día, lo harían quedar tan mal. Su tío sin embargo aún no sabía que un día su sobrino le salvaría el puesto y lo haría quedar como un visionario, y se dedicó a lo suyo. Mientras tanto Tolomeo tenía las horas contadas en la casa familiar, su padre se trajo un asesor financiero de Nueva York, recomendado por los Morgan y los Rockefeller, sus hermanos se fueron a estudiar a Oxford y a la Sorbonne, mientras que su madre se consiguió un amante con una mente prodigiosa para el mundo de las traiciones y doble traiciones de la alta sociedad. Pero ahí seguía Tolomeo, que como lo sabía todo no veía la necesidad de irse a enseñar por gente que supiera menos que él, y como la estupidez humana lo ponía tan bravo y exasperado se negaba a trabajar con cualquiera que no fuera él. Así que a sus 30 ahí estaba en su rincón de la casa moviendo la cabeza y respondiendo a los buenos días, con frases como, "Si todos los días son buenos, entonces ninguno es bueno" y a las buenas tardes con frases como "El concepto de tarde es único al hombre, es decir arbitrario e innecesario", así que desde hacía 20 años nadie que lo conociera por más de una semana le deseaba las buenas noches.

Lo intentaron casar con casi trecientas pretendientes de todas las familias buenas desde la ciudad de Panamá hasta La Paz, pero a todas les encontró algún defecto de personalidad, que le impedía en su buena fe volverlas a ver sin traicionar su ética personal. Y las pocas que a la primera impresión no lo lograron enloquecer por alguna bobada, se negaban a volver a ver a ese gigante de buen semblante pero de horrible personalidad, que las lograba hacer sentir incluso más tontas de lo que la sociedad les hacía creer. Y el rumor de esas desventuradas uniones se hizo tan grande, que ninguna familia los volvió a aceptar en su recinto, por más buen apellido y fortunas que pudiese ofrecer. Finalmente lo lograron sacar cuando convencieron al tío que moviera sus palancas para que le dieran un trabajo en el nuevo planetario de la ciudad capital. Allá se fue, a estudiar las estrellas y en su tiempo libre se iba a las bibliotecas del congreso a leer un poco de todo. Hasta que lo declararon persona no grata en el recinto sagrado, por anotar en casi mil libros, recomendaciones y modificaciones que podía mejorar la calidad de cada obra. Incluso en su planetario, al cual había llevado al renombre mundial, no se lo aguantaban por más genio que fuera, siempre criticándolos por no ser tan perfectos como él. Así que cada vez que podían lo convencían de que se fuera a dar algún seminario nacional sobre las estrellas, fuese donde fuese, desde Cajamarca hasta Guararé, pasando por Cochabamba y la isla San Cristóbal. Y cuando ya no hubo pueblo o ciudad que lo aceptara porque terminaba haciendo llorar a sus invitados, lo lograron convencer que se diera la vuelta al mundo, asistiendo a los grandes congresos sobre el cosmos desde San francisco hasta Constantinopla con tal de tener paz por algunos meses. Fue así que termino dando la vuelta al mundo sin querer, aconsejando a líderes mundiales en los grandes hoteles y haciéndose amigo de perfeccionistas como él al que sus subalternos habían mandado en exilio temporal en busca de armonía. Fue al volver de ese

largo viaje, que en el puerto de Lima se encontró a su tío que lo esperaba con una gran sonrisa.

Lo primero que hizo al ver a su sobrino fue preguntarle si sabía la historia de su antepasado Rodrigo Sanz. Y no se sorprendió cuando Tolomeo con gran elocuencia le contó casi que trovando las hazañas de Rodrigo en las selvas del Darién, donde había expulsado a los pobres escoceses que habían venido a colonizar y habían acabado diezmados y humillados por la selva. Fue ahí que le contó el gran plan que tenía preparada la vida y la patria para él. Lo iban a nombrar como cabeza del Protectorado del Darién Africano, para que pudiera utilizar todo el conocimiento ganado en casi cuatro décadas de vida al servicio de su Federación que tanto lo necesitaba. Ya se preparaba a anunciarle que no le estaba pidiendo un favor sino dándole una orden, y que si se negaba, se iba ya mismo al congreso a radicar una ley llamada "Coronel salve usted la patria" donde se obligaría a cualquier ciudadano de la federación a dejar todo por el bien común de su bandera. Pero no fue necesario tener que hacer una nueva ley, porque sorpresivamente dijo Tolomeo que sería un honor, y que por eso llevaba toda una vida negándose a nadar en los ríos dulces, para no perder la oportunidad el día en que le tocara nada en el mar.

Le pusieron dos condiciones a Tolomeo para volverse protector del Darién africano, primero que se tenía que cambiar el apellido que tenía a Darién, para darle legitimidad frente a los barbaros nativos y sobre todo ante los europeos que si no es con algo medianamente similar a las realezas no entendía ni respetaban. Y segundo y más importante que se tenía que casar con la primera chica de buena familia que lo aceptara. Tolomeo que no podía decirle que no a la historia, aceptó a regañadientes. Así se puso en marcha la maquinaria del estado, para buscarle una mujer a Tolomeo, lo suficientemente loca como para casarse con severo personaje, y para irse a vivir donde los salvajes. Luego de un par de meses de indagación, descubrieron que uno de los terratenientes más poderosos del país, tenía entre sus veinte hijas, una, la menor que la había salido morenita, y la cual no había logrado casar. Lo fueron a ver y en un dos por tres, resolvieron que la joven Alegría de diecinueve años sería la afortunada o desafortunada, en portar el "De Darién" como apellido.

La primera vez que se vieron, ambos se pusieron a llorar ahí mismo, sin particular interés por los sentimientos del otro. Ella que era una chica dulce, a la cual su mamá había consentido en exceso para compensar el desinterés de su padre, amante de la música, los juegos de mesa y las aves, había soñado toda su vida con casarse con un apuesto príncipe de pelo castaño y ojos verdes, pero ahí frente a ella se encontró con un gigante barbudo, que parecía una mezcla entre Cebú y Atila el Huno. Mientras que él que siempre había pensado que si se casase sería con una mujer madura con una inteligencia de Atenea y un físico de Amazona, se encontraba frente a él una mujercita de piel canela y anchas caderas, que bien podía confundirse con una niña apenas entrando a la adolescencia. Pasaron las tres horas del encuentro cerrado llorando tanta agua que se alcanzó a formar un charco de

desilusión en el piso. Se volvieron a ver en el día de la boda, cuando se juntaron aguantándose las lágrimas en la iglesia de San Pedro Claver en Cartagena, ya que al día siguiente salía el trasatlántico y no había tiempo que perder. La ceremonia fue auspiciada por el presidente de la Federación, ya que ningún cura o sacerdote aceptó casar a ese que había insultado al obispo tantos años antes. En la noche de bodas les tocó quererse a la fuerza, ya que los habían advertido en cada bando que de no cumplir, el mismo presidente invocaría a las fuerzas armadas para que les apuntaran con fusiles hasta que lo hicieran. Por lo cual les tocó desnudarse, besarse y acariciarse entre lágrimas, hasta que el instinto salió por delante y él se acordó de las mil y un noches que había leído el Kama Sutra al derecho y al revés y ella se acordó de los libros prohibidos que sus hermanas escondían en su cuarto y ella leía sin que nadie supiera. Acabaron haciendo tanto ruido en su descubrimiento del amor, que le tocó al señor presidente que se quedaba justo al lado en la suite Presidencial del hotel, tocar la puerta y pedirles que se callaran de una vez o mandaba a llamar las fuerzas armadas para fusilarlos, por atentar contra su sueño. Por primera vez, entre risas se miraron y en un gran abrazo se quedaron dormidos.

El presidente les dio un discurso de despedida en el muelle y les deseo buena suerte. No los enviaron en uno de sus navíos o buques de su gran armada nacional, sino que los mandaron en un barco de vapor llamado “La Cecilia”, un navío italiano, que por esos tiempos recorría las colonias del atlántico africano, pasaba por Europa, cruzaba las islas del caribe, pasaba por Cartagena, hacia una última parada en Rio de Janeiro, y atravesaba el atlántico hasta el Cabo de la Buena Esperanza para volver a subir una vez más en su ruta lechera, parando una a una en cada colonia. Al ministerio colonial les pareció que el nuevo dirigente y su esposa debían antes que temprano, entablar relaciones y dialogos con la aristocracia colonial siempre presente en esos viajes intercontinentales. Y les reservaron una linda cabina en la parte superior del barco. Alegría solo hablaba su español de consentida y fue a Tolomeo quién hablaba ocho idiomas distintos, de comunicarse con sus compañeros de viaje y hacer los deberes de traducción entre las preguntas de su esposa inocente de la vida y los aristócratas inocentes en sus ideales. Desde el primer día se cruzaron y se llevaron bien con la muy alta sociedad colonial, todos vestidos de blanco, con bigotes refinados, fanfarroneando de sus palacios respectivos. La gran mayoría franceses o ingleses inflaban el pecho cada vez que pasaban el mapa de África colgando en el banquete del comedor. En más de una ocasión fingían equivocarse en algún nombre, y proseguían por reírse a carcajadas, Tolomeo se lo traducía a Alegría “Hay que risa, es que entre tantos, me confundo”. Otras veces siempre por error, se referían a una colonia del bando contrario como suyas, y comiendo sus biscochos se reían una vez más hasta atorarse, Tolomeo traducía “Si no es nuestra hoy, lo será mañana, o algún día”. Alegría se reía por educación, pero en el fondo le parecían que todos eran unos peleles atolondrados.

Los holandeses, alemanes eran más discretos, saludaban y en su inglés o su frances acentuado comentaban alguna cosa evidente. Tolomeo decía que eran iguales, y no entendía

muy bien por qué no se unían en una sola nación, si sus almas eran gemelas. Pero Alegría que no sabía hablar idiomas, pero sabía leer caras, le mostró rápidamente su error. Los Neerlandeses como ella los llamaba, andaban lento, con su pequeña talla, como quién ha tenido todo y lo ha perdido y ahora debe conformarse con una consolación insignificante. Los alemanes en cambio, grandes y fuertes como su esposo, caminaban y se movían diferentes, como los chicos nuevos del barrio, pendientes de no hacer ningún paso en falso, de no decir algo equivocado, pero en sus ojos se veía unas ganas, una envidia de más. Ese día Alegría le informó que si algún día estallaba todo sería por culpa de ellos. Hicieron amistad también con los portugueses muchos de los cuales se habían subido en la escala en Rio. A Alegría que jamás había salido de su gran país de alla arriba, le conmovió el corazón ver esa ciudad, tan esplendorosa y bella, con sus playas indomables, y con sus montañas serenas. En una de esas playas, le preguntó a Tolomeo que le apuntara a su nueva tierra y él le indicó con el índice una línea recta, directa a la casa que le esperaba. Alegría lo tomó del brazo y le pidió que si podía algún día hiciera construir un puente que uniera su casa a esa ciudad. Tolomeo rio y dijo que haría lo posible. Sin saber que al final de la vida de su esposa habría cumplido su promesa.

Alegría disfrutó mucho de la subida de los portugueses a “La Cecilia”, eran los únicos con los que podía hablar y distraerse, ya que los pocos españoles que había eran sin duda los más antipáticos con ellos, no los volteaban ni a ver, ni a dirigirles la palabra, y se referían a ellos como los monos, cuando no estaban a la vista. Pero a ellos no les importaba mucho ese insulto, ya que ambos tenían un gran cariño por todos los primates, quienes en su experiencia solían ser más felices que muchos de sus primos bípedos. Solo una noche tuvieron problemas con ellos, cuando a la mitad del viaje uno de los españoles había tomado más whiskeys de la cuenta, y comenzó a gritarles a los dos recien casados, que si su destino final era la selva. Como la respuesta era que sí, como muchos de los presentes, Tolomeo le dio el afirmativo, con su manera única de hacer sentir al otro como incapacitado. Por lo que el español se levantó enojado de su asiento y le dijo con tono soberbio que uno de un país pobre no podía venirle hablar así a uno de un país rico. Tolomeo se rio a carcajadas y pidió que le trajeran papel y lápiz. Procedió a hacer una lista contable impecable de las riquezas de la patria de uno y del reino del otro, y le mostró que incluso regalándoles todo el oro que les habían robado con sus Virreinatos, las arcas de la Federación Andina, excedía y bastante las de las españolas. Por lo cual concluyó que el español decía la verdad, y que lo perdonaba por su mal trato. Los presentes se rieron y más de uno tomó la larga hoja con apuntes, para comprobar que efectivamente los rumores que se oían día y noche sobre las riquezas de la America Andina eran ciertos. No volvió a haber llamados de monos durante el resto del trayecto.

Pero de todos los integrantes a bordo, sus favoritos fueron sin duda los belgas. Por algún motivo inexplicable para Alegría y que su esposo se rehusaba a desarrollar al ser muy complejo para hacerlo en un barco en movimiento, los belgas empezaban todas sus frases

en medio de las risas con “Según la Kongokoferenz…” antes de ponerse a beber día y noche a las carcajadas, contagiando de sonrisas y gritos a todo el barco. No sabían ellos la principal regla colonial que entre más alegres actúan unos, y más simpáticos se ven, más crueles y terroríficos eran con sus colonizados. Por eso cuando años despues Alegría se enteraría que con los mismos que ella había jugado cartas, reído y brindado habían sido los orquestadores de asesinatos, mutilaciones y baños de sangre inimaginables, se llenaría de una tristeza infinita e imperdonable por la cual nunca volvería a reír de día.

Pero en esos meses aún haría honor a su nombre, pasaba el día riendo, jugando, tomando, bailando y amando. Fue una luna de miel maravillosa, sin nadie con quien hablar en castellano, salvo por su esposo, le comenzó a preguntar cosas, pequeñas preguntas banales. Como se comía los huevos fritos, que pensaba del olor del mar, cuando se ponía triste quien deseaba que lo viniera a abrazar, si cuando se despertaba a media noche, se ponía contento o enojado. Le preguntaba sobre los colores, sobre los aromas, sobre las formas, sobre lo tangible y lo circunstancial. Con cada respuesta, le salían diez preguntas más, y poco a poco fue adentrándose a la mente de su marido, y entendiendo sus frases enigmáticas, que si los colibrís tocasen trompetas ni de locos vivirían tan agitados, y que la lluvia moja solo a quien tiene miedo. Y lo veía como se movía y como se comportaba, y como se reía y como lloraba, y se daba cuenta que la amaba y que ella lo amaba a él. Notaba como el mismo la analizaba y con cada taza de té le servía tres cucharadas de miel, o como cuando la despertaba siempre le sonreía para que lo primero que viera, fuese alegría. Y como, con el pasar de los días la dejó de corregir cuando hacía las cosas mal y comenzó a alegrarse de ello, a sorprenderse, a ver el mundo por sus ojos. Veía como sus rabietas contra la estupidez humana desaparecían y como al ayudar a alguno en el barco a resolver sus problemas, ya no lo amedrentaba con reproches y regaños, sino que se reía y lo animaba. Y todo sería aún más cálido y amoroso cuando a la lejanía vieron el Cabo de la Buena Esperanza, y fueron subiendo de a poco y vieron las dunas infinitas de Namibia, y vieron los pájaros de estación en los atardeceres de Angola, o la desembocadura del rio Congo en las fronteras de Cabinda. Y fue en las playas de Akanda que notaron que su barriga se empezaba a inflar y para festejarlo Tolomeo hizo adornar su camarote de mil y un orquídeas gabonesas. Y en la Guinea justo arriba del ecuador festejaron el adiós de los españoles, y en las islas de Santo Tomé nuevos belgas, que se habían subido al barco ofrecieron una cena repleta de postres de cacao. En Camerún se bajaron en la ciudad y probaron frutas nunca antes vistas, y sintieron especies que nunca se habían imaginado y su corazón se llenó de emociones nuevas y prometedoras, mientras que en Lagos se despidieron de muchos de esos contactos nuevos y conocerían a la persona más importante de sus vidas.

Les fue a hablar a ellos porqué fueron los únicos que no la habían visto con repudio o asombro cuando subió a “La Cecilia”. Estaba vestida con las túnicas típicas de la región de Lagos, les sonrió y ellos le sonrieron a ella, con una amabilidad autóctona que no había visto en un forastero en mucho tiempo. Tolomeo le trató de hablar en inglés y francés, pero

ella con la cabeza y una sonrisa le indicó que no hablaba idiomas europeos. Alegría que sabía lenguaje de señas, le hizo la seña de la amistad, y para su sorpresa, esta le hizo la seña de la esperanza y apuntó a su vientre. Luego de un largo viaje, era Alegría que le traducía a Tolomeo. Iba hasta la Costa de Marfil, y a ellos les pareció razonable y no hicieron más preguntas al respecto. Cenaron juntos todas las noches, sin notar como el resto de pasajeros los juzgaban con la mirada, Tolomeo lo hubiese notado sino fuera porqúe Rayowa en signo de amistad les había dado un amuleto para el mal del ojo, que no solo evitaba los efectos perversos de la envidia y las malas energías, sino que evitaba incluso que uno las percibiera por más cerca que estuvieran. Fue en la noche antes de llegar a la última parada antes de la antigua Costa Negra, donde el puerto de Accra se veía a la lejanía, que Alegría notó a su nueva amiga, hacer una larga lista en un papel color papiro. Le preguntó entre señas al respecto, y Rayowa le respondió de la misma manera, necesitaba especies y ungüentos para hacer un repelente anti mosquitos. Alegría le tomó la lista con delicadeza y sin entender nada se rio de la lista casi interminable que veía. Le hizo señas de esperar y salió corriendo a su recamara. Rayowa miró a Tolomeo pero este alzó los brazos, sorprendido que hubiera aún cosas que desconociera. Al volver Alegría le dio una Toronja boliviana, la cual como con un centenar de frutas que traían al Darién Africano, en cajas repletas del hielo del Volcán Galeras, el único hielo de todo el mundo el cual nunca se desleía. Le explicó de los poderes mágicos de la toronja, que al comerla evitaba picaduras de cualquier insecto y le sugería guardar las semillas de su interior para siempre tener esa fruta bendita. Rayowa encantada aceptó el regalo y prometió ayudarlos un día que necesitaran de ella. Ellos le sonrieron sin saber que en todo el oeste africano, todo conocían la fama de esa bruja misteriosa, Rayowa la salvadora, quién nunca en su vida había visto a nadie morir. Ellos no se enterrarían de dicha fama hasta mucho tiempo después y al aprenderlo se dieron cuenta de lo cercana que habían tenido la muerte.

III

Aún desde la ventanilla vi la costa, era tal como me lo había anunciado mi jefe, en medio de los matices de verde, del azul tropical del mar, resaltaba a los ojos una espesa franja de negro universal, en la cual la conciencia se perdía. Por unos breves segundos miré sin pestañear esa costa y en ella se fundieron mis sueños y temores. Sentí un vació dentro de mi ser que no resentía desde hacía mucho, años quizás. Por acto reflejo de supervivencia, alejé mi mirar de esas arenas enigmáticas y me concentré en lo que la seguía. Un sinfín de casas no más grandes que un árbol de parque de barrio pobre. Aún más lejos el reflejo del cristal de edificios lejanos, me hacían preguntarme, sobre a qué hueco me había venido a meter para salvar mi vida. Durante los minutos restantes, repasé el folleto que me había hecho un amigo amante del futbol, los grupos, los equipos, los jugadores, estadísticas que no significaban nada para mí. Me preparé para estar aburrido.

Al bajar, mi ánimo cambio, nos recibió una orquesta de música africana, con sus marimbas, sus kalimbas y sus tambores. Todos vestidos con sus trajes típicos, largos, coloridos. Sonreían con los ojos cerrados pero con las bocas bien abiertas. Pasé inmigración sin problemas, recogí mi maleta y tomé el primer taxi que encontré. Al ver la dirección de mi hotel, me advirtió en un perfecto inglés que tardaríamos al menos una hora para llegar al Gran Hotel de las Estrellas. Doce de los dieciséis equipos habían llegado esa mañana y la autopista estaba congestionada. Me dijo que nos convendría tomar la ruta antigua, tendríamos que atravesar la ciudad vieja, y la ciudad nueva, con una gran sonrisa llena de cariño genuino, me comentó ahora en un perfecto español, tras haber reconocido mi acento, que así podría disfrutar el paisaje. Le agradecí falsamente.

Salimos del aeropuerto Alexandre Trois, me impactó ese nivel de infraestructura, tres terminales que nada tenían que envidiarle a Charles de Gaulle, a Barajas o a Fiumiccino. Con las ventanas bajas por el calor, vi por primera vez África. Una que no me esperaba, sin selva ni rutas en cal. Vías de seis carriles, adornadas de pitidos y carros de todas las esquinas. Incluso la ruta vieja por la cual nos desviamos me lleno de una envidia confusa. Entramos a la ciudad vieja, lo primero que me llamó la atención, fue el ruido. Se oían trompetas, se sentía una fiesta, las risas cómplices, las cargadas. Las calles estaban rellenas de turistas, cada uno con su respectiva camisa nacional, cada tres pasos se veía una bandera distinta, un nuevo café, un nuevo restaurante. ¿Eran estas las casas diminutas, que veía desde los cielos? Casas de arcilla, de blanco y de colores pastel, de gamas de cielo y espectros de dulce. La radio sonaba en francés. Las arquitecturas complejas y ancestrales desfilaban frente a mí. Palacios chicos pero majestuosos, en lo que el taxista llamaba el centro pre-colonial. Al pasar la última casa de fantasía, nos enfrentamos a minutos solitarios, donde solo el cielo azul perdido nos acompañaba. Lo miraba desubicado, golpeado por la realización de los prejuicios.

En un abrir y cerrar los ojos, nos adentramos a una selva de palmeras, pinos y bambús, donde pájaros de todos los colores volaban entre sus ramas trinando melodías de amor y aventura. Pregunté al respecto. Habíamos entrado a la hacienda Darién, "desde esta selva…" comenzó a decir, pero luego calló. Yo también callé, frente a nosotros cuatros edificios gigantes como montañas, relucían colores difíciles de describir y materiales pocas veces vistos. "Las ruinas del palacio" se oyó. ¿Cómo podían ser ruinas, algo tan bello? Seguramente se había equivocado de palabra. "Ahora son museos". Un día volvería, y dentro de esas paredes de bambú estallaría la llama de mi curiosidad y mi pasión. Salimos de esa selva sabanera repleta de misterios y secretos y nos adentramos a otra de hierro y de cristal. La ciudad nueva. Aspiré su aire y sentí el agite que caía de esos rascacielos de color blanco. La luz de sus vidrios se reflejaba hacia el infinito para alumbrar los mil y un parques que íbamos atravesando, por primera vez en mi vida sentí la modernidad. Los edificios fueron disminuyendo de talla, mientras que los parques fueron aumentando en belleza, para combinar con los edificios de mármol con la bandera nacional. Y en medio de ese sueño hecho ciudad, una viejo edificio de ladrillo nostálgico. El famoso Gran Hotel de Las Estrellas, donde en la noche más gloriosa de esta nación, se materializó el fin de nuestro imperio y de los sueños de muchos. Pagué, tomé mis pertenencias y descendí perplejo. Preguntándome si todos los Andinos que llegaban a esa tierra, se habían topado con esa misma sensación que corría por mis venas. La de un asombro inesperado que lo hacía a uno luchar con todas sus fuerzas para no llorar de la felicidad.

Cuando Tolomeo Darién y Alegría de Darién descendieron de "La Cecilia" en lo que sería su hogar para el resto de sus vidas, fueron recibidos por velas y antorchas de llama azul. A parte de cinco pelagatos del comité colonial provisional, que se habían salvado de la humillación del despido por tacaños o afeminados y de la bruja Rayowa que los despedía desde la cubierta, su llegada al Darién Africano fue solo acompañado por mil y un estrellas de buena suerte de una noche calurosa pero con viento. Solo se bajaron ellos, porqué a esas tierras malditas de arena negra, no la quería visitar nadie y menos de noche, donde se decía que las ánimas en pena subían desde los infiernos para llorar flamas azules de lamentos carcomidos. En una carroza jalada por cebras los llevaron a una palacio improvisado, que de palacio tenía solo el nombre y que de improvisado tenía todo lo demás. Era una gran casa de cemento, que se tiraba el paisaje de todas las lindas casas de arcilla que lo rodeaban. Adentro estaba decorado de tapices verdes y ruanas moradas, con ningún cuarto con camas, pero con hamacas. Con un solo baño fuera de la casa, ya que el anterior al mando decía que tener un baño en el mismo lugar que uno comía, dormía y tiraba era algo vulgar solo digno de franceses. Sin cocina, porqué solo comía afuera de la casa, y sin ducha para tener excusa para amanecer donde las Habibis. Tolomeo agradeció los meses de mar donde había descubierto la paz interior, porque de lo contrario le hubiera dado una rabieta histórica que le hubiera parado el corazón. Mandó a su Alegría a dormir en una de las

hamacas y a pesar de ser las tres de la mañana. Les pidió a los asesores que le habían asignado que lo llevaran al cuartel general, ya que claramente no había tiempo que perder, si querían enderezar esa bagattelle que les habían dejado.

No tuvo que esperar mucho, el cuartel general no era otra que la alcoba principal, donde el antiguo al mando desde su cama daba órdenes o escribía cartas, mientras salía hacia el club o hacia el burdel frente al club. Le explicaron que los meetings coloniales se hacían desde el baño turco del club y que por eso los archivos que tanto pedía eran inexistentes, debido a que la tinta se corría al mismo tiempo que el secretario la escribía entre toallas de algodón egipcio. Sudando más por rabia que por calor, preguntó, que como la armada había dejado que ocurriera semejante guachafita, y le respondieron que la armada estaba muy ocupada dándole palos a los locales que se quejaban, para ponerse a averiguar porque era que se quejaban, en sus tiempos libres se iban a las Habibis y en ese mar de voluptuosas, lo último que importaba era la incompetencia ajena. Preguntó un par de cosas más, sobre los cultivos, la infraestructura o la educación, y le respondieron, que como tal, de esos temas no sabrían decirle, porque eso lo manejaban los antiguos jefes. Al borde de despertar a Alegría para preguntarle donde estaba empacado su fusil, les preguntó a los presentes, sobre que cargos ocupaban ellos en la colonia. Y le respondieron de manera interminable, contándole sus parientes lejanos, cadenas de favores y golpes de suerte, que ellos se limitaban a decir que sí a todo y pasar la voz a lo que decidiera el que les daba el sueldo. Tolomeo respiró profundamente, les dijo que se retiraran, y se puso a pensar como darle vuelta a ese país de incompetentes.

Cuando Alegría se despertó se encontró a su esposo desvariando en una de las hamacas, escribiendo mil y un cosas en uno de sus cuadernos. Le dijo que no desempacara nada porqué ni loco se quedaban en esa casa tan inútil como los que la habían construido. Mando a llamar al jefe de la armada y le pidió que sus soldados trasladaran sus cosas al club colonial, que a partir de ese momento se cerraba y se volvía su residencia personal y que una vez hecho ese cambio, dinamitara ese bloque de concreto, para que no quedara prueba de semejante adefesio arquitectónico. Alegría se fue con los sargentos, quienes recibieron la orden de hacer lo que ella les dijera. Mientras que él pidió que lo llevaran a dar una vuelta por su protectorado. Visitó la ciudad junto a sus cinco asesores, se topó con casas de arcilla, las cuales en sus paredes aún resaltaban los huecos de balas de la conquista. Se bajó a hablar en las casas más lindas, las cuales dedujo pertenecían a los locales poderosos y se topó con que ninguno hablaba español. Le preguntó al quinteto de sin neuronas al respecto, y estos les respondieron que los jefes de antes habían considerado que el castellano era una lengua muy pura para que la hablaran esos barbaros y por eso se comunicaban con ellos en el lenguaje de los golpes, los insultos, las señas y los favores. Pidió que le consiguieran un intérprete, que debía haber uno, mientras él siguió su recorrido de decepciones y rabietas. Lo llevaron a las afueras, a que viera los campos y tal como le habían indicado, se topó con cultivos deplorables frutos de agrónomos testarudos. Prosiguió al puerto, donde lo

recibieron los ronquidos de los funcionarios, que le argumentaron que el único barco que había llegado a esas costas desde hacía un mes había sido el suyo la noche anterior. Los buques de la armada con la ayuda humanitaria desde la metrópoli llegaban cada dos meses, y entre tiempo no había más que hacer que dormir y echarse cinco padres nuestros por hora para protegerse de las arenas vecinas.

Se dispuso entonces a ver las famosas arenas que tenían quebrado a su colonia. Lo acompañó solo el jefe de la armada porqué los demás se pusieron a temblar, mostrando que las supersticiones de los vecinos europeos les habían carcomido el sentido común andino. Se topó con una arena que en sus pies descalzos se sentía como harina o como la nieve más fina, al verla y al sentirla no vio nada demoniaco y lejos de que le diera miedo esa suavidad de color oscuro, le dio fue felicidad, ya que entendió que era arena volcánica y mágica, símbolo de la mejor de las tierras y la mejor de las fortunas, y que una vez pusiera en marcha esa broma de país, las alegrías serían infinitas. Finalmente para acabar su vuelta, se pasó por la casa de las Habibis, y se sorprendió de ver la organización de ese recinto de mala muerte, pero de una logística envidiable. Con todas las Habibis divididas por edad, talla, tez, peso, altura, tocaba tomar turno, ir a pagar, pasar por una zona sanitaria, y hasta había un buzón de quejas, sugerencias y felicitaciones. Conversó un rato con la Madame dueña del lugar, e incluso le tocó respetuosamente negar sus servicios argumentando que estaba casado. Pero eso sí, la invitó a la reunión que había citado para esa noche en su nueva casa-club, en lo que prometió sería una cena de bienvenida, para dar inicio al Protectorado del Darién Africano de la mejor manera.

Su esposa preparó una gran cena con ayuda de las sirvientas del club, reconvertidas a sirvientas de la casa en un par de horas, ya que cuando uno sirve, no importa mucho el contexto. Alegría con el idioma de la amabilidad les logró indicar como pelar, lavar, cortar, sazonar y cocinar todos los ingredientes traídos en las nieves infundibles del Galeras. Les hizo una típica comida criolla, para los que extrañaban las papas y las frutas de su gran país de allá arriba, o para quienes se preguntaban que comían todos esos blancos que un día llegaron con escopetas a dañarles los buenos días. Poco a poco fueron llegando los involucrados del día, los peleles del comité, los funcionarios de la agricultura, del puerto, el alto mando militar, los líderes locales que por primera vez en más de una década tenían chance de hablar con los colonizadores en un contexto que no involucrara las burlas o los disparos, algunos embajadores vecinos que recibieron invitación gracias a la buena fortuna de estar saliendo del Habibis cuando Tolomeo entraba a indagar. Y por supuesto la Madame que contribuía a buena parte del producto interno bruto de la colonia gracias a sus voluptuosas árabes del Sahel.

La entrada fueron unas empanaditas bien típicas y bien rellenas de un poco de todo, para que Tolomeo empezara por las buenas noticias. Que luego de ese día tan arduo había logrado trazar un plan perfecto para ordenar ese carnaval. Primero que todo, le agradecía mucho a todos los funcionarios de los diferentes sectores, por haber hecho las cosas tan

mal, que de ahora en adelante solo se podía mejorar. Y por eso como agradecimiento le pedía a las fuerzas armadas que una vez se acabasen el postre, el cual al parecer iba ser una muy rica tarta de chocolates, los arrestara a todos por incompetentes y que los mandara en el primer buque de vuelta a Cartagena, para que los juzgasen por tontos y alcahuetas. Todos los funcionarios, entre lágrimas y caras tristes aplaudieron y felicitaron a Tolomeo por la sabia decisión, porque al fin al cabo era lo único que sabían hacer. Siguió con más noticias, pero no las dijo en su tono rápido de sabelotodo, sino que se tomó su tiempo, para que el traductor pudiera encontrar las palabras correctas. Era inaudito que los que habían vivido tanto tiempo en esas tierras mágicas, no tuvieran voz ni voto, y les proponía unirse al nuevo comité del Darién Africano. Para que ayudaran a revitalizar los campos, ayudaran a mejorar las relaciones con los locales y modernizaran esa tierra de potencial infinito. Para eso no les quedaba de otra que tener ministerios, y para ello tenían que construirlos, ya que como lo explico muy bien con una de sus frases raras "Uno no puede pintar, si no tiene una ventana para ver el atardecer". Así que le pedía a las fuerzas armadas que en su camino a Bogotá, le indicaran a su tío que iba a mandar a construir a una nueva capital a diez kilómetros de la actual, porqué se necesitaba, y que su buena fe no le dejaba tumbar esas casas tan lindas de arcilla ni hacerles edificios al lado que le quitaran su armonía. De paso ya que los militares iban a estar libres sin la necesidad de martirizar a los locales, los iba a poner en la labor de ayudar a embellecer esa ciudad vieja, para que algún día se volviera patrimonio no solo de la Costa Negra, ni del Darién Africano, sino de toda la humanidad.

Los dejo masticar el plato fuerte, con las noticias y una vez hubo acabado su sancocho de un poco de todo, prosiguió con las determinaciones. La más importante según él, era quitar de la mente ajena eso de que su costa era demoniaca. Le pidió a la Madame que se uniera ella también al comité de decisiones, lo que le daba garantía a una ayuda monetaria del estado central por sus labores. A cambio le pedía dos cosas, que mandara a sus mejores Habibis a un tour regional, para conquistar corazones de marineros, y así atraer turistas y navíos a sus costas, pero que también se encargara ella y su equipo de gestionar los puertos de la colonia, con la misma vara alta con la que gestionaba su burdel. Hablando del puerto, se le ocurrían dos ideas, la primera que los aranceles para los barcos que llegaban de día se duplicaran, mientras que una vez el sol puesto se cobraría solo la mitad, todo eso para que los barcos llegaran de noche, donde la arena negra se mezclaba con la oscuridad y perdía así parte de su embrujo exagerado. La segunda que dejaran de ser tacaños y que en vez de quemar alquitrán de mala calidad, lo que daba el color azul a sus llamas, quemaran grasa fina de las ballenas del mar de Bering, para crear una llama tan blanca y celestial que en vez de almas en pena, los barcos de la noche pensarían que eran ángeles perdidos queriendo hacer milagros.

Pero eso no era todo, desde mañana empezaba una campaña intensa para que al cabo de un par de años todos en su nueva tierra hablasen español. Le pedía a la armada que prestara parte de sus hombres para enseñar esa bella lengua, y de paso dejaba en claro, que se debía

referirse a ella como español, y no como castellano para no sonar pedante. Él de paso se comprometía a hacer todo lo posible para inculcar esa lengua suya en la gente. Y por eso proponía que los ministerios en vez de llevar nombres genéricos y cosas así llevaran en sus fachadas frases útiles para aprender la lengua. Así que en vez de ministerio de hacienda tuvieron el ministerio de los Buenos Días para saber cómo recibir al cobrador de impuestos, y en vez de ministerio de minas y agricultura tuvieron el ministerio de las Muchas Gracias para que dejaran de quejarse por qué les explotaban las minas y las tierras, y en vez del ministerio de salud tuvieron el de Salud, Dinero y Amor, para que la gente supiera que decir cuando alguien se enfermaba, no tenía con que pagar y no le quedaba otra que buscar amor. O el ministerio de guerra al que llamaron el ministerio de No Gracias. O el ministerio de economía que titularon el de las Buenas Noches, porque las reformas económica se pasaban siempre en la oscuridad cuando todos andaban dormidos. O el ministerio de justicia al que llamaron el del Por Favor, para ver si así conseguían piedad de los jueces. Y con el tiempo llegaría el ministerio del ¿Cómo Andas? en vez del de relaciones exteriores, o el ministerio del Bienvenido para lo que sería de turismo en cualquier otro territorio. Y como no el ministerio de los aplausos a para el ministerio de comunicaciones.

Acabó la cena y todos aplaudieron con frenesí, fuese por convicción o por costumbre. Los militares que como toda la vida seguían y siguieron las órdenes del que mandara por más acertadas que fueran o desacertadas que llegarían a ser, comenzaron a cumplir las indicaciones dadas y cambiaron sus bastones y fusiles, por libros de gramática, diccionarios, palas y herramientas de construcción, mientras en sus buques se llevaban a todos los inútiles a responder por sus anti-constitucionalismos a America. La Madame se puso ahí mismo a operar sus nuevos reinos y seleccionar las afortunadas que irían a amar y enamorar por toda África. Mientras que los jefes locales llegaron a contarles a sus gentes que les habían mandado un blanco nuevo, el cual a diferencia de todos los anteriores parecía tener sentido común, pero sobretodo resaltaron que los trató como si fuesen humanos e incluso estaba casado y había preñado una morenita guapetona. Quedaron en la gran casa-club solo Tolomeo y Alegría, ya que le dio la noche libre a las sirvientas para que fuesen a ver la explosión controlada con dinamita de la vieja casa gubernamental, la cual marcaba el fin de la incompetencia de la Costa Negra y el comienzo glorioso del Protectorado del Darién Africano. Se abrazaron y se besaron por primera vez desde su llegada y se fueron a dormir con una sonrisa.

IV

Con el pasar de los meses las cosas parecían marchar finalmente bien en el protectorado. Los líderes locales habían logrado darle vida a los cultivos, las frutas y verduras empezaban a germinar, mientras que el cacao, el café y la vainilla empezaban a expandir sus aromas por las nuevas carreteras que se construían de a poco. Los barcos volvían a las costas del Darién Africano así fuese en el pico de la oscuridad, y tanto los aranceles del puerto como las arcas de las Habibis se inflaban de moneda extranjera. La ciudad vieja estaba siendo restaurada y pintada, mientras que los locales pasaban su tiempo estudiando el español, arando las tierras o construyendo carreteras y edificios para la ciudad nueva. Con tanta cosa nueva que hacer ya no les quedaba tiempo para complotar, confabular y hacer revueltas. Y además no las querían hacer, Tolomeo había cumplido su palabra, y había vuelto a colonos y colonizados ciudadanos por igual, ya no había humillaciones, golpizas, estafas o masacres. Tolomeo había invertido los dividendos del protectorado, que se redistribuían de forma injusta, pero menos que antes. Haciendo subir la riqueza media de todos sus habitantes sin importar el color de la piel. Los líderes locales además tenían voz y voto igual a los demás asesores de Tolomeo, es decir misma voz, pero sin voto, porque al final del día era Tolomeo que tomaba todas las decisiones según su conveniencia. Más de una vez su amabilidad hacia los colonizados había traido reproches de los nuevos asesores que la metrópoli le mandaba constantemente. Se quejaban de todo ese dinero que se gastaba educando barbaros, construyendo carreteras y palacios, cuando todos esos excedentes podrían servir para construir alguna iglesia en la Federación Andina. Pero él siempre les decía lo mismo, “Si a la federación les molesta como hago las cosas, son bienvenidos a quitarse sus corbatas, subirse a la Cecilia y venir a decírmelo en mi cara, mientras tanto aquí se hace lo que se me dé la gana”. Y como lo que a Tolomeo se le diera la gana hacer estaba funcionando muy bien, los altos cargos de la federación no se quitaban sus corbatas y no se embarcaban a decirle nada en su cara. Los locales admiraban a ese hombre que les había cambiado la fortuna y como agradecimiento poco a poco empezaban a desvelar la ubicación de las minas de oro, diamante y otros minerales y joyas preciosas, seguros que Tolomeo el justo, como se lo empezaba a llamar les daría un pedazo del pastel que les satisficiera a todos.

Tolomeo se había vuelto toda una personalidad entre los locales, desde su llegada, había empezado a recorrer su largo territorio para entenderlo mejor y poder así tomar las mejores decisiones. Había remplazado la carreta de cebras, y se había mandado traer uno de los primeros automóviles que se producían en Alemania. Llegaba a los pueblos remotos adentro de la selva, y al sonido del motor y de los frenos, los habitantes salían sorprendidos y temerosos ante la modernidad, para encontrarse al gigante barbudo con su carrocería conducida por su asistente y traductor oficial. Un local gordo y chiquito llamado Kojo. Quien le había servido tan útilmente en su primer día para su cena de verdades y

restructuraciones. Al día siguiente lo había contratado oficialmente, para que lo condujera, tradujera y anotara con el más minucioso de los cuidados todo lo que hacía, ya que como le había dicho a Alegría esa segunda mañana en el Darién Africano, "Tenemos que dejar constancia de todo lo que hagamos, para que en el futuro puedan saber en qué momento nos cagamos esta mierda". Alegría lo había regañado por semejante vulgaridad, pero él muy a su manera le dijo que como nadie sabía español, sus groserías podían ser groseras más no vulgares. Así que Kojo y los que le seguirían anotaban en mil y un cuadernos, los anales del protectorado, los cuales busqué por los mil rincones de África para narrar esta historia de dos mundos.

Tolomeo cuyas actitudes lo habían llevado prácticamente al ostracismos en la Federación Andina, era recibido en cada pueblo nuevo que visitaba como un héroe liberador, al cual le encantaba dar charlas eternas sobre cualquier tema que le preguntaran, las cuales el pobre Kojo debía traducir, sin preparación o practica alguna, cambiando muchas veces elementos fundamentales de la historia, o del método explicado, lo cual llevaba a confusiones, pero de vez en cuando descubrimientos nuevos. Como la vez que Tolomeo explicaba el proceso de como convertir la arena del desierto en vidrios y espejos capaces de reflejar el alma. Pero al traducir Kojo mezcló los pasos y los ingredientes, y la población terminó creando un nuevo tipo de vidrio que al romperse, en sus piezas quedaban grabados los ultimos reflejos del cristal. Poco a poco ese nuevo invento se popularizó en todo el protectorado, y la gente hacía filas por horas para quebrar un espejo y tener para siempre un recuerdo de su juventud, su amistad, su amor o de un día especial. Fue tal el frenesí del nuevo descubrimiento, que Tolomeo creo dos ministerios nuevos, el de la honestidad, que vendría siendo el de las ciencias, y el de las risas, que vendría siendo el de la cultura. El ministerio de las risas se encargó de crear eventos, fiestas y carnavales sin ánimo de mucho lucro, para que la gente se reuniera alrededor del invento, se llevara su vidrio de recuerdo y se gastase en las tiendas del estado, las ayudas que este les versaba mensualmente. Mientras que el primero se encargó de comercializar ese nuevo invento por todo el país, toda África, medio oriente y Asia, al igual que buscar nuevos descubrimientos como ese. Lastimosamente no lo pudieron comercializar ni en Europa ni en America, los primeros se negaron a dejar entrar esos vidrios mágicos a sus tierras argumentando brujería, mientras que los segundos se negaban a creer que un territorio africano hubiese logrado inventar algo de tal impacto antes que ellos. En la Federación Andina, recibieron con gusto su parte del pastel, pero negaron su importación, por miedo a que ese nuevo invento quebrara la industria de pintores y paisajistas.

Pero aparte de dar charlas, Tolomeo era también popular, porque no despreciaba la sabiduría de ninguna persona, y pasaba por horas en sus visitas, escuchando a los más viejos compartir sus enseñanzas. Anotando con cuidado en sus propios cuadernos de sabiduría, los quienes y los cómo, para el día que le podían ser útiles. Como sucedería por ejemplo en la infame crisis de Felicidad. Pero antes de llegar a ese episodio que cementaría

el amor local por los Darién tenemos que pasar primero por otras curvas mayores del Protectorado. Mientras Tolomeo recorría las entrañas de su Darién. Alegría se ocupaba de su embarazo y de su casa-club. Su barriga de embarazada aumentaba exponencialmente cada mes, por lo cual se pasaba el día en cama, tejiendo y enseñando español de casa a las sirvientas. Para que le entendieran las diferencias sutiles pero importantes entre cada tenedor, cuchara y cuchillo. Les daba órdenes cariñosas, pero ordenes al fin y al cabo. Y así logro que le siguieran paso a paso todas las ocurrencias para embellecer su nuevo hogar. Le colgaban todo lo traido desde la metrópoli, los sombreros volteados de la costa, las flores perpetuas de sus tierras, los muebles en caoba del alto Perú, su colección de plumas amazónicas, las artesanías de los andes, y las cerámicas de los llanos tal como ella pedía, y al otro día lo volvían a descolgar, porque se le hacía feo, y volvían a empezar la decoración interior.

Una vez por semana, las sirvientas la llevaban al puerto, para caminar por las playas negras solitarias, único remedio para desinflamar sus pies hinchados. Bañarse en el mar ardiente del atlántico africano, para flotar entre su propio cuerpo inflado por la maternidad. Y una vez terminado el ritual, la llevaban unas cuadras más abajo del puerto, al gran bazar de los comerciantes. Donde llegaban todas las maravillas del resto de África y una que otra perla sin comprar de la ruta de la seda y del mediterráneo. Se le caían los ojos de ver tantas cosas, tan lindas y extraordinarias, y todos los meses debía sacar una fuerza inusual para solo comprar lo que su marido le había permitido. Así su casa se fue llenando poco a poco, pero de manera constante, de recuerdos lejanos de tierras por conocer. Y cada noche sin marido se dormía pensando en todas esas chucherías sin comprar, y todos esos cielos por visitar, y la entristecía una nostalgia futura y desconocida. Y desde su ventana miraba el mar, y apuntaba hasta donde su marido le había indicado estaba Rio de Janeiro, y en medio de esa gran casa expropiada a los inútiles en la que ahora mandaba, le entraban las dudas, del destino, de quien lo tiene todo, pero no sabe si es el todo que quiere, o el todo que le tocó. Se sentía sola y confundida rodeada de las sirvientas incapaces de hacerle quedar linda su casa, hasta que sonaban las pisadas fuertes y torpes de su Tolomeo. Y ahí se acordaba de su nombre y su esencia y volvía a ser una joven alegre y enamorada, capaz de todo.

Su vida cambió cuando el error de Kojo al traducir trajo al mundo la fotografía cristalina. Invadida por esa alegría colectiva del invento del espejo que recordaba, le pedía a su marido que a donde fuese trajese un pedazo de cristal con las imágenes más bonitas de su nueva tierra. Poco a poco las paredes se fueron decorando de los vidrios envueltos en caucho para no cortar, reflejando los atardeceres más hermosos, los arboles más enigmáticos, los pájaros más atrevidos, y los animales más llamativos que su esposo se encontraba en los senderos del trabajo. Se obsesionó con coleccionar esas imágenes lejanas, que le daban fuerza en su duro embarazo, que para ese entonces ya le impedía incluso de salir de cama, sin que los dolores y la gravedad la hicieran desmayar. Al comienzo Tolomeo, rompía los cristales con memoria, al último segundo del viaje, o en un momento

en que no tuviera nada que hacer, y aunque lo hacía con amor, le desesperaba un poco perder esos minutos valiosos, cuadrando, reflejos perpetuos. Muchas veces incluso delegaba la labor, a su querido Kojo, quién salvo hablar un español relativamente decente y haber creado por su torpeza una fuente de infinita riqueza y entretenimiento, no poseía ninguna habilidad medianamente útil. Sus vidrios quebrados quedaban torcidos, mal enfocados, con montañas cortadas y animales con los ojos cerrados y sin sonreír. Y en más de una ocasión sus dedos salían en alguna esquina, o salía el martillo de romper, el cual tenía que golpear por la parte trasera y no por la parte delantera. Y al llegar a casa Alegría se enojaba y lo retaba y le lloraba y le hacía el show, y le recriminaba y todos los "y" posibles. Y para contentarla le tocó incluso dejar de decir groserías.

Ese hábito extraño que había tomado al darse cuenta que podía decir lo que quisiera, ya que al menos por un largo año nadie en esa tierra hablaría un español medianamente entendible. Por lo que mentaba, puteaba, blasfemaba y pronunciaba el nombre del señor en vano, para todo y por todo, así fuese para saludar a sus amigos locales, que solo oían consonantes y vocales sin entender aún los diptongos y los hiatos, y todas las reglas gramaticales inútiles que luego sirven para criticar escritores. Le daba un placer poder decir esas barbaridades en un contexto alegre y sin rabia, sin embargo Alegría siempre la hacía mala cara, y aunque como él, no creyese en el dios de Abraham, se tapaba los oídos y le movía el índice con agite. Así que una vez en su casa club, se volvía el alumno ejemplar, y no decía ni una sola palabrota o palabrita, pero una vez fuera volvía a ser un gañan de buena fe. Sin embargo con el pasar de los meses, los doctores del Protectorado le fueron anunciando, que el embarazo de su esposa no iba a ser nada fácil, y que debía irse mentalizando para lo peor. El no creía nada de esas locuras, por más que todas las evidencias científicas lo deberían haber llevado a la misma conclusión, pero los regalos de la bruja Rayowa contra el mal de ojo y las malas energías, lo hacían inmune a los malos pensamientos por más reales que fuesen y vivía en los dulces mares de la ignorancia. Para Alegría debió haber pasado lo mismo, salvo que a diferencia de su esposo que llevaba su manilla protectora todo el tiempo con él, su hinchazón de futura madre, la había obligado a quitárselos y dárselos a una de las sirvientas, quien de paso se volvió más alegre y mejoró enormemente su sazón al cocinar pollo con especies. Pero sin sus amuletos Alegría se la pasaba triste y llorando cada vez más, y con el pasar de los días se enteró de las predicciones médicas, y ahí si se terminó de deprimir, convencida que se iba a morir. Tolomeo viendo ese estado no le quedó de otra, que dejar las groserías por completo, para alegrar así fuese un poco más a su querida y a esmerarse a más no poder para traerle sus cristales con recuerdos.

A poco del parto la gran casa club, fue visitada por uno de los líderes locales en una gran cena para celebrar sus logros en los campos. Llegó vestido de traje y se topó a Tolomeo en guayabera y a Alegría en una piyama de algodón de Nueva Orleans. Sintió la familiaridad y se puso a hablar como nunca en la vida, hechizado por quien sabe qué, para mencionar de su lugar de nacimiento, un pueblito cerca de una laguna en la montaña. La describió con

mucho cuidado, con adjetivos prestados y expresiones que nunca había usado, para que la imagen de esa laguna misteriosa, que por primera vez oían mencionar los Darién, se pintara con palabras frente a sus ojos americanos. Una laguna de agua verde jade, y unas montañas de color azul zafiro, con un pequeño islote en el medio de la laguna, donde solo había espacio para un árbol único y sin nombre del cual florecían las flores más bellas del mundo. Un lugar tan milagroso, que le había quitado al pueblo vecino algo esencial para poder existir. Era su pueblo, el de la orilla del lago, les había quitado el tiempo. El tiempo corría cinco veces más rápido que en cualquier otro lugar del mundo, cruzar una cuadra no tardaba dos minutos sino diez, comer algo no tardaba media hora, sino dos horas y media. Los desfavorecía para dormir, ya que en las ochos horas de sueños, se sentían como solo dos de descanso. Sus mentes seguían siendo de niños pero sus cuerpos ya eran de adultos, era un infierno, pero que muchos habían aguantado por ver ese paisaje. Alegría y Tolomeo oían incrédulos. Ya no vivía nadie, les advirtió, todos habían huido hace mucho, y ese paisaje mágico había quedado en el olvido. Solo presente en memorias cansadas e hipnotizadas como la de él.

En medio de la noche, Alegría, soñó con esa isla, se vio embarazada, saltando, bañándose en esas aguas verdes, y sosteniendo a su hijo, quien lloraba el llanto de la vida. Se despertó sobresaltada, le pegó un golpecito a Tolomeo, que sin sentirlo se despertó. Alegría estaba convencida que sí su marido le traía un cristal que reflejara ese paisaje tan mágico, su vida y la de su bebé estarían a salvo. Tolomeo como hombre racional, le comentó muy a su manera, que no por comprar un pez, al pollo le iban a salir espinas. Pero ella hizo caso omiso a sus palabras indescifrables, y durante una semana entera lloró desconsolada, hasta que no le quedó más remedio a Tolomeo de subirse a su coche alemán junto Kojo y partir a las montañas lejanas. Con su coche llegó lo más lejos que pudo siguiendo las mil y un indicaciones del visitante. Y luego cuando su carro no pudo avanzar más, le tocó atravesar la selva a caballo y a pie por los caminos antiguos que descubría por primera vez, senderos que precedían a la civilización, y del cual no había pistas que otro par de humanos hubiesen pasado por ahí en siglos. Al cabo de cuatro días de recorrer esas vías eternas de la madre naturaleza, bajo la lluvia y el sol, logró llegar a la famosa laguna mística. Una bruma espesa y sonora rodeaba la laguna y no le quedó de otra que adentrarse solo a ese pueblos en ruinas. Kojo se negó de acompañarlo argumentando muy ciertamente que no había nadie a quien traducirle ahí adentro.

Comenzó a caminar tranquilo, tenía todo calculado, temiendo perderse el parto, había sacado sus libros de natalidad para calcular con exactitud el nacimiento de su hijo o hija, y había llegado a la conclusión que su primogénito o primogénita llegaría al mundo dos horas despues de que él hubiera vuelto de su viaje irracional. Pero no había tomado en cuenta las advertencias de su amigo, y a medida que avanzaba, empezó a sentirse infinitamente cansado, con cada paso sentía que había dado diez. La respiración le empezaba a pesar, y sus fuertes músculos por primera en su vida se acalambraban. Atravesó las ruinas del

pueblo sudando como si corriera en vez de caminar. Y al llegar al borde del lago, le quedaban solo fuerzas suficientes para romper su espejito o para admirar la inmensidad. Por lo que rompió el vidrio y perpetuó la belleza. Miró su reloj y notó que lo que él había sentido como media hora en verdad habían sido tres. Con los años y sin personas, la belleza del lugar se había duplicado, y con ella la velocidad robada a los alrededores. Tolomeo por única vez en su vida sintió miedo a la muerte, sin energías se arrastró agarrado de su cristal con vista al paraíso. Llegó casi muerto al borde del pueblo, donde Kojo al verlo lo arrastró los metros que faltaban, le dio de beber y con toda su fuerza lo subió al caballo, para la larga vuelta que les esperaba.

No se recuperó del todo hasta dos días luego cuando volvieron al lugar donde habían dejado su coche. Manejo como loco, y preocupado, en su arrastre por las calles olvidadas del tiempo, perdió su amuleto de mal de ojo, y sin él, la realidad y la inminente muerte de su mujer entraron por primera vez a su alma. Se insultó a si mismo por haber accedido a hacer algo tan tonto, que a lo mejor le había costado la oportunidad de tener a su mujer por última vez en sus brazos. Condujo como un rayo y logró llegar a su casa club, tan solo cinco horas después de la hora que había calculado. Entró a la casa con el alma rota y los ojos aguados convencido, que vería a su amada tiesa y sin vida. Pero grande fue su sorpresa cuando al entrar se encontró a su mujer igual de embarazada como la había dejado. Sus cálculos habían fallado de nuevo, no contaba con la testarudez de su Alegría quien se negaba a dar a luz sin que el padre estuviera presente. Apenas Alegría lo vio rompió su agua y comenzó a gritar. Llamaron a todos los doctores que llegaron corriendo desde todos los cuartos de la casa club. Alegría gritaba de agonía mientras empujaba y en vez de su bebé, salía sangre y más sangre. Los doctores sudaban mientras que otros lloraban escondidos. Fue en ese momento cuando todo parecía perdido que de la gran puerta de la habitación apareció la figura de Rayowa. Sin saludar, ni decir nada siquiera, tomó el cristal del limbo de jade y zafiro de las manos de Tolomeo. Y con mucha delicadeza cortó con él, el vientre de Alegría, una fisura mínima pero eficaz de donde salió un humo morado de muerte. Diez minutos despues lloraba su primer hijo al llegar al mundo, mientras su madre Alegría lo consolaba con una sonrisa de vida.

V

La primera vez que vi el pedazo de cristal con la imagen del árbol de la vida en medio del lago de color jade, me puse a llorar. Había hecho una larga aventura por las montañas de Ruanda hasta encontrar ese pedazo de vidrio mágico. Me costaba creer que lo que había leído en páginas arrugadas de casi un siglo de antigüedad fuese verdad. Pero ahí estaba, intacto, fue ahí que me di cuenta, que si eso era verdad, todo lo demás, por más ilógico que fuese, también debía serlo. Me monté a un helicóptero y recorrí los cielos del Darién del derecho al revés, sin resultado. Tal como me lo dicen en la Organización Geográfica del Darién cada vez que llamó, "Señor, es que en este país no hay lagos". Busqué incluso a las tataranietos de ese líder de traje que les dio las indicaciones para llegar. Me mostraron las actas de nacimiento de todos en sus familia, volviendo al 1800, todos nacidos en la costa, en la frontera con lo que hoy es Ghana. Nada de pueblos mágicos, donde el tiempo pasa más rápido. Tal como yo Tolomeo Darién y sus hijos buscaron por el resto de sus vidas esas aguas verde jade, sin volver a verlas. Del mismo modo que buscaron a la bruja Rayowa, que una vez devuelto el favor de la amistad pasajera, solo volvió a ser vista por un único Darién, el pequeño que ayudó a nacer con sus encantos y misterios, para que un día tocase el cielo.

Tolomeo mandó a despertar a toda la ciudad vieja, y los invitó a la casa club a festejar el nacimiento de su hijo. A pesar de las horas y el cansancio, fueron miles los que llegaron a felicitar a los Darién. Uno a uno iban entrando a la casa club para conocer al recien nacido, y felicitar a los padres, Tolomeo brindaba con un sorbito de Champagne con cada uno, y a pesar que bebió un record mundial esa noche, se levantaría al día siguiente sin problema alguno. Alegría que se había salvado de la muerte gracias a las toronjas y al lenguaje de señas, les sonreía a todos, pero su mirada buscaba solamente a su amiga Rayowa, está la había abrazado luego de parto y le había dicho en el lenguaje de los que entienden todo menos el sonido, que no se preocupara que los siguientes embarazos no serían tan duros. En sus manos tenía el pedazo de cristal traido de un lugar que solo un hombre fuerte y puro como su marido podía visitar, lo miraba encantada, perdida en los colores. Fue ahí que le susurró algo a su marido y este luego de un breve pero eficaz análisis, no dudo en validar. Con su voz gruesa de sabelotodo gruñó para pedir silencio, y las miles de personas que lo observaban callaron sin pensarlo. Alzó a su bebé sobre su cabeza y gritó Verde.

Alegría había sido llamada así ya que al nacer morenita, su padre equivocadamente pensó que tendría una vida triste, y de esa manera le cedía al menos una pizca de felicidad en su nombre. Oir esa historia a lo largo de su vida la había hecho entender la importancia de los nombres, proféticos todos capaces de enderezar destinos. Ella daba por hecho que ella y su bebé se habían salvado gracias a ese corte mágico de vida de Rayowa. No habiendo nada más vivo que el verde, no se le ocurrió otro nombre que no fuera ese para su bebé. Por su

parte Tolomeo lo vio como un signo único, de su compromiso de protector, el cual en su promesa de enseñar español a todos sus protegidos, nombraba a su hijo con un color, como lo haría de hecho con todos los hijos que vendrían.

La noticia del nacimiento de Verde, se corrió rápidamente por las calles de la ciudad vieja, y también por las calles en construcción de la ciudad nueva. Pero como es habitual con las noticias de boca en boca, la historia se fue transformando poco a poco, y más de una vez en su visita por los pueblos, lo felicitaron por el nacimiento de su hija violeta. Fue ahí, que se le ocurrió a Tolomeo crear el primer periódico del protectorado, "El Costero". Se asesoró de los diarios más importantes de la región, mandó a pedir imprentas especiales de Suecia, y nombró a uno de sus amigos de los congresos por el mundo como director. Fue por esa época que comenzaron a llegar al Darién Africano amigos eruditos de Tolomeo. Intelectuales malhumorados, que veían en lo que había sido la gran sorpresa sus vidas, el regalo de casi un reino a uno de sus colegas intelectuales, una oportunidad única. Fue así que llegaron ingenieros, matemáticos, doctores, arqueólogos, lingüistas, botánicos y antropólogos a instalarse a los cuartos sin usar de la gran casa club, cada uno con algún proyecto o idea para mejorar ese pedazo de tierra entre la costa de oro y la de marfil.

Y aunque los aportes de todos estos, húngaros, checos, serbios, guatemaltecos, tailandeses y egipcios fueron de gran importancia para que el Darién Africano llegase a ser lo que llego a ser, sin duda alguna el aporte más grande fue el del "Costero" al mando del amigo guatemalteco. Llegó al Darién Africano, en "La Cecilia" como la gran mayoría, se trajo consigo una maleta con libros, y un Quetzal en su hombro. Como no había aún edificios terminados en la ciudad nueva, Tolomeo le cedió a su amigo una de las casitas cerca al puerto que la Madame había mandado a construir, para los marineros que deseaban pasar una noche sin el mecer de las olas, pero no tenían muchas ganas de perderse en las mil y un sensualidades de las Habibis que trabajaban para ella. Le instalaron las planchas de impresión, contrataron a locales aburridos de arar los campos o poner ladrillos y empezó la aventura. Se comenzó con edición bi-mensual, para darles el tiempo a sus investigadores de viajar por la región preguntando si había pasado algo nuevo, pero también dándole la oportunidad a las noticias que ocurrieran. Ya que salvo los decretos que sacaba Tolomeo o el reporte del clima, todo el Protectorado andaba tan concentrado en sus cosas, que las noticias jugosas locales eran más bien pocas. Tocó entonces para vender periódicos, sacar noticias sobre los Darién, que bordaban el culto a la personalidad, las gateadas de Verde, las recetas de Alegría, la columna o las columnas según su tiempo libre de Tolomeo explicando cosas que quería explicar. Eso era acompañado de las noticias internacionales, sobre lo que pasaba en la Metrópoli, donde aún ´por esas épocas reinaba la seriedad y por ende también estaban bajos de noticias. Lo de Estados Unidos y Europa, que como siempre eran un desastre, por más que se las dieran de civilizados. Y las noticias africanas, que nadie creía porque los informes lo mandaban los blancos europeos y no los colonizados explotados. Las páginas se fueron llenando de información, de aquí, de allá, y más allá. Y a

esa gente que durante tanto tiempo la mantuvieron en la ignorancia y la isolación, les nació el bichito de la curiosidad. Así que como había pasado con el cristal fotográfico, se volvió de moda, comprar "El Costero" apenas estuviese impreso, para educarse y enterarse de ese gran mundo sin arenas negras. Las noticias salían en español pero con la demanda tan grande, al guatemalteco se le ocurrió sacarla también en la lengua local. Lengua que hasta ese momento a nadie se le había ocurrido detenerse a preguntar cuál era. Con las noticias en doble idioma, y llevándose a cada rincón del Protectorado finalmente el español empezó a hablarse, entenderse y leerse. Pero como aún muchos no sabían leer, Tolomeo creo el ministerio del ABC, el cual vendría siendo el de la educación, y este se encargó de mandar profesores que no solo leyeran las noticias en voz alta, sino que enseñaran en cada rincón a diferenciar las "v" de las "u" y las "c" de las "s", para que todos pudieran comprar su diario y ayudar a las arcas de la nación.

Mientras tanto en la metrópoli, llegaban también los cables diplomáticos, contando los asombrosos avances de la colonia, en tan solo un par de años desde la llegada de Tolomeo. Las cosechas eran un éxito y los buques con ayuda humanitaria habían parado definitivamente, la minería empezaba a dar resultado, el comercio nocturno había sido todo un éxito, e incluso ya había barcos que se aventuraban a pasar de día para llevarse su pedazo de vidrio de recuerdos. Las revueltas y descontentos de la población habían parado casi por completo, y en los salones de bailes de Manhattan y Paris se hablaba de los progresos sorprendentes de la ex Costa Negra, donde los negros en vez de matar blancos por quererlos educar, leían y discutían de política internacional. Para completar las buenas noticias, el último telegrama les anunciaba que en cuestión de meses estaría terminada la primera parte de la ciudad nueva, con todos los ministerios con nombres ridículos, y que Tolomeo le cedía el honor a la metrópoli de nombrar esa nueva gran ciudad. Al ser un evento importante el ministerio cedió la decisión al presidente, pero este estaba muy ocupado haciéndole competencia a los ingleses por la influencia regional en el rio de la plata, y a los americanos en los países bananeros. Así que la decisión recayó en el tío de Tolomeo, quién declarándose con conflictos de intereses, cedió la decisión a un sub-comité conformado por un ministro de cada uno de las seis naciones. Como la constitución prohibía la mediocridad para todo lo relacionado a los cielos andinos, muchos dirigentes se pelearon para salir hacer parte en ese sub-comité y darse el lujo de ser tontos así fuese por unas semanas, que eso de ser siempre bueno y eficaz comenzaba a cansar. Por eso a nadie sorprendió que el venezolano propusiera Nueva Caracas, el ecuatoriano no se pudiera decidir si entre Nueva Quito o Nueva Guayaquil, así que propusiera Nueva Cuenca. El boliviano propusiera Santa Cruz de la Costa. Mientras que el peruano se le ocurriera San Martín en honor al libertador. El colombiano estuvo tentado de decir nueva Bogotá, pero finalmente propuso Magallán, para jugar con lo de los descubridores. Finalmente el panameño salvó patria, y propuso la opción ganadora, se le ocurrió que si había una Santa María la antigua del Darién, bien debería existir Santa María la nueva del Darién. Y así quedó sin mucha convicción, hasta que se dieron cuenta de la gran oportunidad que ese

nombre les daba para liberarse de todos esos Andifederados como había quedado el gentilicio, a quién la constitución no protegía. Los indígenas, los afros y los revoltosos, quienes a cada oportunidad salían a quejarse del hecho que la constitución parecía proteger a todos menos a ellos, que el gobierno con ellos sí que era truhan y que para defender sus causas, les mandaba puros tarados o malaleches. Así que durante unos años cada vez que alguno de estos grupos salía reclamando que las tierras robadas, que los años de maltrato, que el extermino y que el genocidio, los subían a un barco les decían que iban al Darién, pero no les avisaban a cual y meses despues llegaban famélicos y deshidratados a las costas de la versión Africana, sin bloqueador, porqué aún no se había inventado, ni pasaje de vuelta.

Cuando a Tolomeo le dijeron por primera vez que en el puerto norte y el puerto sur de su protectorado estaban dejando negros, indios, anarquistas y anarco-anarquistas junto a las frutas en hielo del Galeras, se molestó doblemente, primero porque sentía que a ellos mismos en su protectorado los trataban igual de mal que a esos pobres hombres, y segundo porqué al traer polizones, los barcos le traían menos carga. Le contó a Alegría la tragedia de la carga y de los engañados, pero ella que más bien si era de sentir empatía por todas las almas de la especie e incluso las que no, pareció lejanamente distante a la crisis humanitaria que se armaba. Su cabeza estaba en su vientre. El pequeño Verde ya iba para dos años y medio, y por más que intentara con su marido, y vaya que intentaban, no podía darle un hermanito colorido a su primogénito. Había consultado con todos los doctores blancos y locales, y por más pócimas, medicamentos, ungüentos y consejos que le daban, su barriga seguía absolutamente plana. Mandó a buscar a Rayowa por todo el oeste africano sin resultado, y fue en esas que se enteraron de su reputación de bruja. Tolomeo también se sintió responsable de la situación y siguió un sinfín de dietas extravagantes, y consultó con sexólogos etíopes, que por más consejos sobre que gritar, en que tono y en que idioma al momento de la eyaculación seguía sin poder embarazar de nuevo a su esposa. Era algo que los atormentaba a los dos, noche y día, ya que Verde les había salido tan pacífico y bonito, que se aburrían un poco, y tenían la esperanza que más hijos hicieran valer todos los libros suizos sobre como criar niños traviesos que habían leído. Se les veía esa tristeza incluso en los grandes acontecimientos, las fiestas de sociedad, los viajes a los países vecinos, o las fiestas religiosas y locales que parecían realizarse cada dos semanas. Cuando sentían que sus habilidades parentales se veían inutilizadas, con su hijo angelical que en vez de hacer monerías, miraba las nubes queriendo subirse a ellas.

El día de la inauguración oficial de Santa María la nueva del Darién, no fue la excepción. Los ministerios de mármol estaban terminados, las calles resplandecían, las fuentes con estatuas de animales y los parques con flores y árboles nativos estaban listos, al igual que un centenar de casas para funcionarios y altos dirigentes. Todos menos ellos, que estaban felices en su casa club, frente al mar, por más ruido que hicieran los vecinos de las Habibis, con las cuales se cruzaban los días festivos en la playa, para cambiar tips amorosos.

Cortaron la cinta roja, dieron una vuelta por las instalaciones, Tolomeo leyó un poema escrito por él, frente a los invitados, de todos lados y todos los países, menos de la metrópoli, que no había sacado el tiempo de pegarse ese viaje tan lejano. Abrieron el champagne, brindaron, hicieron un banquete y una fiesta interminable. Tolomeo veía como los hijos de todos los invitados, hacían caos, se sorbían los mocos, regaban sus bebidas, rompían los platos, mientras su verde, se quedaba quieto en su silla, moviendo la cabeza de lado a lado, reprochándole a sus iguales, tal comportamiento. A Tolomeo que le encantaba resolver problemas, le molestaba esa espinita, de no poder hacer nada para mostrar su instinto paternal, y su capacidad para educar.

Fue en medio de esa fiesta, mientras Verde miraba golpeado a los que serían sus contemporáneos, por no seguir las reglas, que Alegría empezó a sentir retorcijones, y a respirar cada vez más rápido. Se preguntó que habría comido, pero al notar que ningún invitado parecía mal en la pista de baile, se fue a acostar esperando que fuera el cansancio de un día largo. Tolomeo se despidió de los amigos de todos los países y se fue con ella, dejando a su hijo al mando de hacer la charla a los embajadores, a pesar que aún decía "Ti" en vez de "Si". Tolomeo había decidido desde el día ese que casi se muere al dar a luz su esposa, que no se irían a acostar una noche alejados el uno del otro. Se acostaron en sus piyamas de seda japonesa, y ni bien pasada media hora, se oyó un "Poof" entre las sabanas, y un llanto inesperado. Prendieron las velas, y para su felicidad y sorpresa vieron a un bebé de ojos claros conectado por su ombligo al cuerpo de Alegría. Entendieron las palabras mágicas de Rayowa, y agradecieron a la vida por el nacimiento del pequeño Azul, a pesar que saldría incluso más juicioso que el hermano.

Azul les salió igual de ejemplar a Verde en el respeto de las reglas y la buena educación, e incluso más si se tiene en cuenta que había heredado la necesidad de resolver problemas ajenos del papá. Mientras el pequeño Verde Darién de cuatro años se la pasaba escalando los arboles de la casa club, eso sí, con casco y sirvientes que lo ayudaran para no hacerse daño, desesperado por llegar al cielo que lo seguía llamando. El pequeño Azul Darién dos años menor, se ponía a llorar cada vez que los tutores le leían historias de guerra, y no paraba hasta que cambiaran la historia, para que todos salieran ganando un poco en algún compromiso y todas las historias acabasen con la frase "Se dieron la mano y decretaron la paz". Cada vez que oía un grito en la casa club, llegaba gateando, y servía de moderador, entre las partes. Muchas veces Tolomeo le comentaba a Alegría, que quizás debería llevarse a Azul a los campos fronterizos a ver si así solucionaba los problemas con los botados en sus costas. Aunque ya eran pocos los afros y los indígenas que caían en la trampa del barco al Darién. Habían sido muchos los incautos secuestrados en los primeros años. Estos dos grupos en su mayoría no solían poner problema, se les pedía perdón, se les daba una tierra, porque lo que había en Darién Africano era tierra de sobra para el cultivo del Cacao, del Café, la Vainilla y tantas cosas más y se los incluía en la sociedad productiva.. Pero los anarquistas y anarco-anarquistas, que eran anarquistas que no creían en el mismo

anarquismo que los otros, se rehusaban a trabajar la tierra, se quejaban de la forma en la que estaba distribuida, se quejaban también de cómo estaba administrado el protectorado, de la metrópoli, del continente americano, y del mundo occidental en general. Y aún más grave, a pesar que sabía lo del truquito del viaje al Darién, seguían montándose en los barcos para reunirse con sus camaradas. Llegaban a la costa negra del norte, e inmediatamente eran trasladados a casas construidas por Tolomeo en tiempo record para que tuvieran donde dormir al menos, ya que el protector del Darién Africano, se negaba a dejar a toda esa gente a merced de la naturaleza. Pero lejos de estar agradecidos, se quejaban contra todos, sin hacer nada productivo salvo sentarse a discutir las ideas de otros como ellos. Y por más que Tolomeo y los suyos les propusieran empleos en todos los frentes posibles, estos se quejaban, y salían a marchar por las carreteras exigiendo que se les diera sillas en la mesa de decisión, o que mejor aún les cedieran el poder a ellos, para organizar ese país tan estructurado y eficaz de una manera que les gustase a ellos.

Tolomeo los quería enviar de vuelta a la metrópoli, pero la armada le advirtió que tenían órdenes de dispararles antes de dejarlos subirse a uno de los barcos. Y Tolomeo lo entendió, ya que si un día lograba quitárselos de encima, haría todo lo posible para que no volvieran con sus ideas de matar a todos los altos mandos, para liberar esa tierra de violencia. Con el desespero, que siguiesen llegando los barcos con forajidos espirituales cada par de meses. Les propuso incluso en un momento de desespero pagarles el transporte terrestre a algún país vecino, para que una vez allá tomarán algún barco a tierras menos malas que la que los había recibido, pero estos se negaban argumentando desvaríos sobre que los demás países estaban peor, pero que no por eso, implicaba que el Darién Africano estuviera bien. Tolomeo escribía tres cartas diarias a la Metrópoli, rogando para que dejaran de enviarle subversivos, pero ellos tan contentos de no tenerlos en sus cielos de cóndores, sacaban escusas tontas o sugerencias barbáricas.

El punto de quiebre llegó poco después de una mañana en que Alegría se despertara con dolor abdominal y respiración agitada. Esa noche nacía una pequeña bebé a la que para seguir con la traición colorida, le iban a poner Amarilla. Pero por esas épocas el ministerio de Salud, Dinero y Amor andaba luchando contra un brote de fiebre amarilla en los extremos del protectorado, y la gente comenzaba a asociar a ese color tan alegre y primaveral con la muerte y el adiós. Así que a último momento a Tolomeo y a Alegría, se les dio por cambiarle el nombre a Felicidad, que a pesar de no llevar nombre de color seguía sirviendo con la función de expandir el vocabulario de los locales, homenajear a la madre, y de paso se decían que no había más amarillo que las risas de una persona feliz. “El Costero” sacó una edición extra para anunciar la nueva llegada, donde contaba además que para festejar el nacimiento de su primera hija, Tolomeo organizaba una fiesta gigantesca con todos los hombres y mujeres fuertes del país en la casa club. Los anarco-anarquistas y los anarquistas, unidos por el error ideológico, no perdieron tiempo, y por primera vez se pusieron a trabajar. Se financiaron por los ingleses, que buscaban represalia por las

intervenciones de la Federación en sus influencias americanas. Aprovecharon las distracciones de la fiesta de Felicidad y armados hasta los dientes, se tomaron, una de las haciendas más grandes del norte del país. Se declararon independientes y se autodenominan la comuna del Darién. A Tolomeo le anunciaron de la insurgencia en medio de su quinto baile de la noche, lo terminó sin apuros, e incluso bailo dos más antes de ir a buscar en su cuaderno, una enseñanza aprendida durante sus conversaciones furtivas con los chamanes regionales.

En la metrópoli sin embargo no se tomaron la noticia con la misma calma. Se dieron cuenta que su táctica de mandar revolucionarios a su colonia, cada día más productiva, había sido un gran error, confirmándoles así la idea que su preciada constitución anti-error, solo los amparaba bajo cielos americanos, y que de ahí en adelante a lo mejor sería confiar todo a Tolomeo y compañía. Pero inmediatamente luego de llegar a esa revelación, se les olvidó y mandaron a dar la orden a, las fuerzas armadas del Darién Africano para que se prepararan para tomarse los campos robados. Y lo hubieran hecho, si la la corona inglesa, siempre tan preocupada por los derechos de todos, argumentó que en caso de baño de sangre, se verían forzados, muy a su pesar, a intervenir militarmente en la costa vecina a la suya y de paso ya que estaban en esas invadir la federación a ver si dejaban de entrometerse en su juego por el dominio regional.

Fue ahí que toda la nación quedó en las manos de Tolomeo, quién hizo don de su habilidad de resolver problemas. Reunió a los chamanes tan amables con los cuales había intercambiado conocimiento, sobre cómo y quienes en sus recorridos por el Darién Africano. Y explicándoles la situación los convenció de demostrar algo que le habían contado tomando café con vainilla. A la madrugada del día siguiente, los chamanes dijeron unas palabras con música de trasfondo en su idioma desconocido, y al cabo de dos horas todas las arañas de la nación, guiadas, por el son del tambor, avanzaron como ejército, hasta los campos robados, y como una plaga bíblica, se esparcieron en cada pedazo de los campos, y de las casas, llenando los cultivos, las cosechas, las vías y las casas, con telas tan gruesas, que la oscuridad se adueñó de esa zona, y donde nadie dentro de ese terreno podía dar dos pasos sin toparse con una gran mancha negra pegajosa. Un gran iglú de tela negra empezó a formarse en el norte del Protectorado. Los rebeldes desesperados, al ver la luz desaparecer, intentaron librarse de la plaga arácnida, con agua, fuego, y hasta pólvora de sus arañas made in colonias británicas, pero lo único que lograron fue quemar las cosechas de las que esperaban vivir y llenar su aire de humo y gas. Tras tres días atrincherados, respirando cada vez peor, llenos de picadas y con todos sus víveres repletos de huevos de araña, salieron con las manos en alto, para ser embarcados a las cárceles de la costa pacífica Fedeandina.

Tolomeo hizo otra fiesta, para festejar su victoria contra los Anarquistas y sus secuaces Anarco-anarquistas. Pero para su sorpresa, entre los invitados blancos no logró reconocer más de un puñado de locales. Y es a pesar que había logrado el objetivo de recuperar el

territorio nacional sin derramar una sola gota de sangre. La opinión pública local no apreció que se utilizara un método de ese tipo, tan drástico y violento, ya que no todas las violencias se miden por la sangre. Su reacción le hacía temer a todos esos colaboradores de buenos tiempos, sobre cómo reaccionaría su supuesto protector, el día en que estuviesen en contra de alguna de sus ideas. ¿Acaso a ellos también les mandaría las arañas? Tolomeo notó de inmediato ese cambio de viento hacia él. Al salir a recorrer el país, ya no salía tanta gente, y cuando lo hacían, las sonrisas ya no parecían genuinas. En sus caras veía miedo, uno no del todo infundado, despues de todo, Tolomeo no era uno de ellos, era uno de los otros, los que habían llegado un día a las costas con cañones y que durante tres años, le habían quitado uno a uno sus derechos y libertades. Era la versión amable, de un régimen que les había quitado su autonomía, su poder de decisión. Notó con peligro, como los altos jefes que había ascendido a dirigentes de ministerios y de las grandes empresas nacionales que se venían formando, se alejaban de él, dejaban de aceptar sus invitaciones, a la casa club. Y sin el apoyo ciego, de las clases altas, los asesores fedeandinos comenzaron a pedirle que era hora de cambiar su política de mano suave. Dar un golpe de autoridad, aplastar unos cuantos, dar ejemplo para que los otros lo volviesen a respetar, así ese respeto no fuera otra cosa que miedo. Pero Tolomeo se hacía de oídos sordos, ignoraba los consejos y se ponía a jugar con sus dos hijos a las espadas, mientras que su hija jugaba con el Quetzal del tío guatemalteco. Salía de picnic con Alegría mientras que sus asesores paranoicos mandaban cartas alarmantes a la metrópoli, muy al modo latino, preguntándose preguntas que ellos mismos se respondían. Urgiéndoles a convencer a ese gigante barbudo que si seguía por esa ruta, de la buena vibra y la convivencia, a la próxima no serían rebeldes sin neuronas, sino el pueblo negro de Darién, que se alzase en armas, y ahí los ingleses harían su agosto.

La tensión aumentaba cada día, y en las calles se sentía la desconfianza mutua. La gota que colmó el vaso fue cuando un bache del “Costero” fue interceptado y vandalizado por desconocidos, y en vez de la portada del día, salió una caricatura del Protector Tolomeo, pintado como un gran oso comiéndose una jarra de miel mientras en el césped las arañas picaban a niños. El titulo leía “Protectorizo Trampolín”. En la metrópoli reacionaron como siempre, con enojo y exageración, más de cien senadores, mandaron una carta conjunta urgiendo al protector Tolomeo de hacerse respetar. Que eso de Protectorizo era sin duda un insulto a su cargo, y que lo de Trampolín no tenía mucho sentido, pero que sin duda era algún código al estilo del “Viva Verdi”, que habían utilizado los italianos para independizarse de los Habsburgo. Los locales que tampoco habían entendido muy bien eso del Protectorizo y menos eso del trampolín, comenzaron a temer, que hubiesen con su actitud desencadenada algún futuro belicoso dentro de su territorio.

Ese miedo aumentó cuando la siguiente portada del “Costero” que ya para esa época salía cada tres días, anunciaba que para la portada del domingo, el Protector Tolomeo escribiría una fuerte carta al respecto de lo sucedido. Durante toda la semana, se rumoró lo que

sucedería, los más miedosos, venían volver los tiempos de la Costa Negra, los más belicosos ya se preparaban para una guerra civil. Durante días en la ciudad vieja poblada en su mayoría por locales, no se habló de otra cosa en los cafés y en los restaurantes. La tensión fue aumentando los días previos, cuando más de uno salía con falsas primicias, que iban de la ley marcial al fin de la prensa libre. Ya más de uno venía maldiciendo los graciosos que habían irrespetado al líder, que tanto progreso le sabía traido. Fueron pocos los que durmieron la noche del sábado en paz. Al salir el sol, cada familia o cada barrio según el caso, mandaron a algún representante a buscar el diario, a averiguar si su pequeña utopía se había ido al caño por una broma que nadie había logrado entender. La sorpresa fue mayúscula, cuando descubrieron la famosa portada, era la misma imagen del oso, la miel y las arañas, pero con anotaciones del tipo que, al oso original le faltaban las garras, a las arañas les faltaban un par de patas, al jarro de miel le hubiesen agregado una marca ficiticia llamada "Costa de Miel". En un largo texto, muy al estilo de Tolomeo, con anotaciones y sugerencias, para quien hubiesen llevado a cabo la broma. Los felicitaba por la osadía, con osa en negrilla, les aplaudía la habilidad crítica y de hacer metáforas, y los invitaba a utilizar esas habilidades por el bien del Protectorado, y acababa su carta preguntándose si alguien le podía explicar la broma sobre el "trampolín" ya que él a pesar de ser Protectorizo eterno del Darién Africano no la había captado del todo. Desde la casa club, se oyeron las risas colectivas de todo un país, al que se había vuelto a ganar.

De ahí en adelante cuando anduviera por la calle, o por los pueblos y puertos de su Darién, la gente lo saludaría diciéndole señor Protectorizo o simplemente Protectorizo Tolomeo. Se harían juguetes de ese oso ficticio, para que los niños creciesen con su Protectorizo trampolín personalizado. Se comenzó a vender más miel, y poco a poco la crisis de Felicidad quedó en el pasado, gracias a un acto vandálico por un grupo anónimo que nunca más volvió a aparecer para desprestigiar al líder. Años despues, cuando los nietos de Violeta Darién, me recibieron en su casa en Valencia, me permitieron ver los diarios de su tía-abuela Felicidad, contando como de niña, se le hacía imposible llamar a su padre Protector Tolomeo, como se le enseñaba en su jardín, y como por cariño lo acabó llamando Protectorizo trampolín. En ese mismo diario descubrí mil y un dibujos de su niñez, con toda su familia pintada como osos, en los típicos picnics que hacían cada sábado, comiendo miel y recolectando insectos.

VI

Cuando las tropas francesas y las tropas de su majestad la Reina Victoria, se cruzaron en Fachoda, se recibieron mutuamente con abrazos fraternales y solidarios, de quienes han cruzado selvas y desiertos para enriquecer sus respectivas arcas nacionales. En Paris y Londres, sin embargo, la noticia de ese encuentro de vecinos al otro lado del mundo, lejos de probar que el mundo fuera un pañuelo, los llenó de angustias y les hizo nacer iras históricas mal guardadas. Con los dos grandes poderes de la época al borde de la guerra por un pedazo de tierra que lo único que tenía de bueno era su ubicación, el resto de naciones llamó a charlas diplomáticas por el bien mundial, al menos mientras tuvieran tiempo de armarse mejor. Preguntaron por los cinco continentes y los siete mares, sobre algún hombre rico y justo que pudiera hacer entrar en razón a dos imperios ricos y egoístas. Fue así que Tolomeo Darién terminó en un barco a Europa para servir de mediador en el conflicto del siglo.

Tolomeo salvo visitas puntuales con las dos naciones con las que compartía costa, la de Oro y la de Marfil, no había salido de su protectorado en los nueve años que llevaba al mando de ese caserío imperial. No que no lo hubiese querido, pero cada vez que le prometía a Alegría que la llevaría a conocer los cafés del mundo de mármol, como le decía cariñosamente al continente de las guerras, como le decían los demás, ocurría algo que se los impedía. Fuesen las ya nombradas revueltas anarquistas, el nacimiento de algún hijo sin avisar, o las confabulaciones normales de cualquier terreno invadido, donde a pesar de que lo quieran a uno, preferirían ser mandados por uno de ellos mismos. Y como si fuera poco, desde la metrópoli lo reñían bastante por gastarse tanta plata en ayudas y programas a los colonizados, como para mandarles una carta diciéndoles que se iba un par de meses a Europa con la esposa de vacaciones. Fue por eso, que cuando leyó la carta de su tío anunciándole que podía hacer quedar en alto el nombre de la federación en el plano internacional, haciendo lo que más le gustaba hacer, resolver problemas, no dudó en aceptar tal responsabilidad. Le pidió a los sirvientes que le empacaran ropa para él y Alegría para un mes, nombró al Ministro de los Buenos Días, Protectorizo temporal, y le pidió a Verde y Azul que le echaran un ojo. Y así fue.

A pesar de su corta edad, los dos hermanos Darién, causaban terror en toda la clase alta dirigencial del Protectorado. Inteligentes como el papá acababan sus cursos con el tutor incluso antes del desayuno, por lo cual les quedaba todo el día para divertirse a su manera. En los días bendecidos por el señor como se le referían los ministros, decidían quedarse en su casa club, jugando en el gran patio, leyendo los libros de Jules de Verne, peleándose entre ellos sobre dilemas filosóficos o simplemente bañándose en las playas negras de la tierra que nunca dejarían de amar. Al contrario en los días maldecidos por los demonios de todas las religiones, como se le referían los ministros, los dos hermanos le pedían a alguno

de los sirvientes que los llevara a pasear por la ciudad nueva. Solían entrar como los príncipes que eran a cualquier ministerio acompañados de sus niñeras respectivas, indagando y observando con el más fino de los cuidados, sobre todo a su alrededor. Y si algo les parecía mal hecho, o contra intuitivo, no tenían ningún problema en hacerle saber al Ministro respectivo, de sus inconformidades. Al principio los Ministros se reían, pero cuando en los días siguientes llegaba Tolomeo más grande y más barbudo que nunca a averiguar si los reproches de sus hijos eran ciertos o no, se arriesgaban a una regañada histórica que incluso alguna vez acabó con el despido de algún funcionario, o aún peor su democión al servicio de correos o recursos humanos. Fue así que se armó una red de mensajeros entre los ministerios y la casa club, para saber qué día Dios había amanecido con su clemencia de nuevo testamento y que otros se despertaba con su ira irracional del viejo libro. A penas se les anunciaba que los niños se habían puesto sus trajes de baño o que andaban preguntándole a las niñeras sobre "La Vuelta al Mundo en 80 Días", se oían los suspiros de alivio y tranquilidad. Pero cuando el mensajero llegaba sudando diciendo que se estaban poniendo sus botas de ciudad, subía la tensión, y cada uno en su ministerio empezaba a revalidar las cuentas, verificar sus planes o preguntar a los subalternos sobre cualquier detalle que podría evitarles la desgracia.

Es por eso que durante muchos años, gran parte de la clase alta, recordó el par de meses de ausencia de Tolomeo y Alegría, como los más más duros, estresantes y atroces de la corta historia del Protectorado. Verde y Azul se tomaron muy en serio las órdenes del papá, y no solo desayunaban diariamente con el Protectorizo temporal, interrogándolo sobre cada detalle de su día anterior, sino que le ponían una nota al final del día según lo que había logrado o no. Como además esos meses coincidieron con la época de vacaciones, salían madrugados, incluso sin desayunar, saltándose así todo el sistema de vigías. Llegaban de sorpresa a cualquier ministerio y de paso pedían desayuno. Durante esos meses nadie sabía cuándo llegarían y si tocaba tenerles almuerzo o postre. Hasta que llegaban y empezaban a susurrarse entre ellos y anotar cosas en un cuadernito rojo. Y por más que tratasen de sobornarlos con regalos o hacerlos caer en trucos de adultos, ellos no compartían nada, ni mostraban clemencia alguna. Y cuando decían "Tendremos que volver mañana para que nos dé más detalles" a más de uno se le hacía un hueco en el corazón, sentían la gota fría caerles por el alma, y pasaban la noche en vela, preparando mil y un discursos para que los mocosos esos no les fueran a dañar la carrera. Fueron días donde se registraron trece infartos, ocho calvicies prematuras y donde las ganancias de las Habibis se redujeron en 8%, ya que nadie tuvo tiempo de nada más que no fuera trabajar. Cuando por fin desembarcó el navío con el Protectorizo y su mujer, lo esperaban todos los ministros, vice-ministros, y delegados entre aplausos y alaridos, con más de uno al borde de las lágrimas, haciendo mea-culpa adelantada, para que no fuese a enterarse de sus equivocaciones de buena fe, por sus adorados hijos que no habían ido al muelle porqué el barco llegó luego de la hora pactada para irse a acostar.

Tolomeo se alegró de encontrar el protectorado en mejor estado del que lo había dejado, y más aún que fuese gracias a sus hijos. Se sintió orgulloso que hubiesen heredado el sentido del deber y de la responsabilidad, y no solo de él, sino también de su madre. Las negociaciones no habían sido para nada fácil, los franceses muy al estilo francés estaban siendo testarudos y los ingleses muy al estilo inglés también. Cada uno tenía la razón en todo, incluso en los puntos que se contradecían a ellos mismos. Por cada buen argumento que daba Francia, los ingleses respondían que tenían más soldados, y por cada argumento bueno que daba Inglaterra, los franceses los acusaban apoyar a Dreyfuss y su causa a sus espaldas. Tolomeo vio tal nivel de inmadurez y se dio cuenta que por fin podía utilizar sus conocimientos paternos que no había logrado aún usar con sus dos hijos ejemplares. Mostró su madurez y conocimiento y logró bajar la tensión al minino necesario, para poder hablar sin declararse una guerra que acabar todas las guerras ante la menor diferencia. Empezó a hacer diversos mapas sobre cómo repartirse los pocos territorios que quedaban, al igual que la zona de influencias que cada uno tendría según su cercanía o lejanía al Nilo y al rio Congo. Pero incluso habiéndoles resuelto sus problemas en el papel, en lo concreto los delegados de ambas potencias se negaban a darse la mano y acabar con sus diferencias infantiles sobre el nuevo juguete de moda. No fue hasta que Alegría se involucró que no lograron poner tinta sobre el papel. Ella había pasado sus semanas recorriendo las calles Parisinas, deslumbrada por los lujos del poder, las grandes avenidas de la historia, y la armónica tranquilidad de los que deciden sin afrontar consecuencias. Todas las noches, Tolomeo la llevaba a algún café o algún gran restaurante del mundo viejo, un mundo de ideas y soberbias dignas de un sanatorio suizo, que algún día un gran escritor describiría a la perfección desde su montaña. Fue en una de esas comidas de champagne y ostras que Tolomeo quejándose del impase de las charlas, vio brillar los ojos de su querida, “Déjame cinco minutos con ellos”, le dijo nomás.

Al otro día con todos vestidos de traje y pañuelo, Tolomeo en su francés y su inglés académico les introdujo a su esposa. Los ojos de los presentes se agrandaron al ver esa muchacha veinteañera de aspecto de adolecente, con su piel trigueña cautivante de un mundo de misterios. Les dio una charla en español que ninguno entendió, donde les mencionó sobre sus juegos de cartas en “La Cecilia”, su capacidad de leer las personas sin saber su idioma, y la diferencia de caminado entre los Neerlandeses como ella los llamaba y los alemanes, e incluso se animó a mencionar a Bismarck, del cual no sabía mucho más que lo que le había oído discutir a sus hijos en alguno de sus debates sobre las ambiciones de Prusia. Para acabar su monologo diciendo lo mismo que le había dicho a su esposo casi una década antes, que si algún país iba a hacer estallar esa sociedad de sonrisas falsas serían los chicos nuevos del barrio africano. Y aunque nadie le entendió, todos quedaron convencidos sin saber bien porqué, que les convenía más ser amigos nuevos que enemigos viejos. Todos firmaron y luego de unos días más en Paris donde pudieron disfrutar de encuentros fortuitos con los grandes intelectuales de ese siglo que se apagaba se subieron a uno de los muchos barcos coloniales que traían minerales y riquezas y devolvían pólvora y soberanos.

Alegría volvió a casa feliz a cuidar a su pequeña Felicidad quién pasaba sus días en el jardín escolar que se había inventado uno de los egipcios amigos de su esposo, allí llegaban todos los niños de las clases altas locales e importadas para aprender de ese copto alejandrino amante de la historia y las matemáticas. Les enseñaba en una de las casas de la ciudad vieja, una linda casa artesanal con paredes de barro indestructible, llena de laberintos y cuartos conectados por pasillitos angostos. Todos de alguna manera con vista al gran patio trasero, un patio grande como casa, adornado de palmeras y ruiseñores, a los cuales a veces se les unía para una breve visita el Quetzal del "Costero", que volaba libre por los cielos de la ciudad vieja. Allí en ese jardín de conocimiento, Felicidad aprendía las bases necesarias sobre los números, las letras y los valores de la nación, para que al llegar la edad los tutores no fueran más que guías para sus ambiciones. Pero lo que más le gustaba, más que las canciones didácticas o los juegos mnemotécnicos, disfrutaba sobre todo cuando el alado animal centroamericano bajaba desde las nubes y se posaba en la punta de una fuente de piedra blanca en el centro del jardín, para ser admirado por la muchachada estudiantil. Lo observaba con devoción y cariño, como un ser místico y mítico. Recolectaba sus plumas coloridas que caían del ave al aterrizar y despegar, y al llegar a casa las pegaba con cuidado a una corona de juguete para fingir ser reina del mundo de los seres salvajes. Le dedicaba tanto tiempo al cariño animal, que aún confundía la pronunciación de algunas palabras, para diversión de sus hermanos que le pedían que repitiera palabras largas como escarabajo, que resultaba en caravaggio, o Mediterráneo que acababa en medioterreno. Eran tantas las burlas que su padre quién pensaba que el idioma es de quien lo habla y no de quien le pone reglas, se enojó por primera vez en mucho tiempo y decretó que nunca nadie jamás se burlase de su princesa por pronunciar mal alguna palabra.

Su madre notó rápidamente el amor de su hija por los animales, comenzó a llenar la casa club de flores y arbolitos, para que los pájaros que ella también tanto amaba, los visitaran más a menudo. Creo un jardín envidiable con flores de toda África y de todas las Américas que resistieran el viaje transatlántico en medio de las nieves infundibles del Galeras. Con el pasar de las semanas los atardeceres se teñían de todos los colores, pero no por la luz zigzagueando entre las nubes y el mar, sino por los pájaros que venían al jardín a trinar melodías y ser alimentados con gusanitos y agua dulce por la pequeña Felicidad. Quien jugaba con ellos hasta que el cansancio o el anochecer la vencieran. Pero cada tarde apenas oía los ruiditos de las campanas en los árboles, corría de donde estuviese y abandonaba cualquier tarea no hecha, para encontrarse con la naturaleza primaria, y volar con sus saltos entre las plumas coloridas de su propio jardín del Edén. Lloraba cada día al despedirse de sus amigos alados y le imploraba a la madre que les construyera jaulas de madera fina para que pudieran pasar la noche con ella. Pero Alegría se negaba y mientras le secaba las lágrimas a su hija le explicaba día tras día la importancia de la libertad, y que lo lindo de esa historia era que los pájaros volvían cada día para verla porque querían y no por obligación.

Pero Felicidad no solo disfrutaba de la compañía de los pájaros de sus diferentes jardines, sino también de bestias de todo tipo y todo clima. Luego de la histórica actuación de los Darién en los eventos de Fachoda, su pequeño protectorado había salido en los periódicos de todo el mundo colonial. Lejos había quedado ya la fama demoniaca de sus costas, y ahora se hablaba del Darién Africano como una de las joyas del continente partido, una tierra neutra a cualquier lio geopolítico, donde sin importar la bandera se les trataría bien y con respeto. Los barcos de comercio y de curiosos llegaban numerosos, a tal punto que por fin se pudo quitar los aranceles reducidos de caída del sol. Y más de un intercambio era hecho en la arena negra misma, luego que uno de los amigos forasteros de Tolomeo comprobara sus cualidades curativas contra las lesiones musculares y las afecciones reumáticas. En cuestión de meses los productos de todo el mundo empezaron a llegar a los puertos modernos del Protectorado, empezando por el de Santa María la nueva. Telas, especies, maquinaria, libros, alimentos, productos de todo tipo y para todo uso. Llegaron también los barcos de entretenimiento, con gitanos y orientales buscando sorprender con sus magias. No faltaba tampoco los que recorrían las costas mostrando animales salvajes, para aquellos que no tenían tiempo de adentrarse a las selvas y sabanas. Fue así que Felicidad vio por primera vez, las jirafas y los rinocerontes, los hipopótamos y los elefantes, los tigres y los osos, que durante tanto tiempo solo había podido ver en sueños y en las enciclopedias empolvadas de su padre. Y a pesar de ser salvajes, todas estas fieras, incluidas las cobras reales y los cocodrilos del Nilo, se le rendían a sus pies, reconociéndole la corona de plumas de Quetzal que llevaba siempre consigo. Los cocodrilos la acariciaban con sus colas y las serpientes se le dormían en el regazo, mientras que los pumas y las panteras se peleaban por lamerla, y los lobos de los pirineos le rogaban con sus ojos que les acariciara la panza. Fue tal su éxito con los animales, que domadores del mundo entero viajaban con sus bestias más necias para que con un simple mirar de la pequeña Felicidad se volvieran mansos y dulces para siempre.

Tolomeo asombrado por la capacidad de su hija, decidió crear un nuevo ministerio, el de la fauna y flora al que llamó muy sabiamente el Ministerio de los Amigos. Tomó una parte deshabitada de los terrenos del protectorado y creo una de las primeras reservas naturales del mundo. Un hecho que serviría de inspiración para un futuro vicepresidente americano con nombre de osito, que haría lo mismo cuando las balas le permitieron volverse presidente de su patria. El ministerio de los amigos se encargó de rescatar animales sin hogar a causa del progreso e incluso comprar uno que otro a mercaderes malintencionados. Cada dos o tres semanas, Tolomeo se llevaba a su hija a la reserva, para que jugara con todas las bestias que iban llegando poco a poco. Para el cumpleaños número cinco de su pequeña, le organizó una fiesta con todos sus amigos en medio de los animales. Como gran sorpresa, logró mover sus influencias para que el Shaa de Irán le vendiese una cría de guepardo de belleza única, no solo dotado de sus manchas características sino también poseedor de tres raya gruesas en la espalda que le daban un aspecto imperial. Tolomeo se lo entregó con nombre y todo, lo llamó Meteorito, para que algún día corriese tan veloz como

uno. Al verlo Felicidad se conmovió hasta las lágrimas, de ver una belleza tal. Lo abrazo sin soltarlo el resto de la noche y el resto del día siguiente. Cuando ya fue hora de volver, con sus hermanos ansiosos de pasarse por el Ministerio de las Buenas Noches a ver si se habían implementado sus últimas sugerencias, Felicidad se declaró en rebeldía. Ella no se movía de vuelta a la casa club si no era con su pequeño "Guillermo Prado". Luego que las negociaciones fallaran y que sin que los viera su papá Verde se burló de ella por no saber pronunciar "Guepardo".

Tolomeo desesperado y cansado, decidió forzarla con amenazas, pero el llanto de la niña atrajo a los leones rescatados listos para defender a su reina. Para evitar problemas con el reino animal, pero consiente que una casa por más grande que fuese no era apta para un animal salvaje, Tolomeo decidió permitirle a su hija que se quedara bajo el cuidado de los guardabosques del ministerio y una de las niñeras por un par de semanas. La familia se fue en sus coches, y la pequeña se quedó en la naturaleza salvaje, jugando con sus animales entre sueños y comidas, durmiendo cada noche con su guepardito. Luego de dos semanas volvió Tolomeo con una escopeta tranquilizante por si la cosa se ponía fea con los leones. Encontró a su hija con la cara pintada sacándoles los piojos a los babuinos. Le preguntó por su guepardo, y esta le respondió que andaba corriendo por la "pardera". Tolomeo se adentró a los reinos de los felinos y vio a esa criatura majestuosa corriendo libre como el viento a pesar de su edad. Se emocionó y lo quiso abrazar. Convencido que los animales copian a sus dueños, no dudó que su Meteorito ya entendería el español básico. Y a gritos comenzó a llamarlo, sin que el felino se diera por apercibido. Luego de un buen rato llegó su hija, y para mostrarle a su padre como se hacía, tomó un largo suspiro y a todo pulmón gritó "EMETERIOOO". Gritó que funcionó de maravilla, el felino estaba a sus pies en media fracción de segundo. Tolomeo pasaría el resto de su vida queriendo que esa bestia tan majestuosa respondiera al nombre que se le había asignado, pero ya el daño estaba hecho y su Meteorito se había convertido para siempre en Emeterio.

Felicidad no fue la única en aprovechar el creciente comercio que había vuelto a Santa María la nueva del Darién uno de los puertos más importantes de la Africa del Oeste. Los hermanos se llenaron de libros de todo el mundo y de todo tipo, con los cuales se llenaron aún más de argumentos para sus debates constantes sobre la vida y todo lo que los rodeaba y de paso para desgracia de los funcionarios se volvieron aún más estrictos que antes en temas contables y gerenciales para con sus ministros. Pero la que ganó más con todo ese comercio y llegada de personas fue Alegría. La primera dama del Darién había pasado casi su primera década enseñando español a las sirvientas, decorando su casa, cuidando a sus hijos o amando a su marido. Pocas habían sido sus actividades lúdicas a parte las galas y los bailes de la alta sociedad. Pero la llegada del comercio masivo, había traido como ya dicho antes gitanos y orientales. Y con ellos llegaron juegos de todo el mundo, dados, cartas, adivinanzas, trabalenguas y acertijos. Juegos tan simples como el tic tac toe o tan difíciles como el juego del Go. Y en todos ellos, Alegría logró no solo competir, sino

dominar por completo a sus rivales. Todos los días mientras su hija jugaba en las plumas del atardecer y sus hijos volvían de una larga jornada de atemorizar burócratas, ella llamaba a sus amigas y a cualquier forastero que se atreviera para competir contra ellos en el juego que quisieran. Le fue ganando uno a uno en cada juego que iba llegando e incluso fue capaz de vencer a los gitanos en sus juegos trucados. Empezó a apostar una mínima suma, que nunca perdió, y con sus ganancias, logró atraer más y más contrincantes, convencidos que ganarle a una mujer latina sería pan comido pero que terminaban llorando en la casa de empeño de las Habibis vendiendo sus joyas familiares para pagar sus deudas con la señora de Darién. Su fama fue creciendo por Africa y el mundo. Empezaron a llegar veleros del mar amarillo con los campeones del Go de toda asía, y buques de tela lunar con los Tahúres del imperio otomano. También llegaron kazajos y tártaros con juegos tan complejos y difíciles que el mismo Tsar de todas las rusias los había prohibido en cada una de sus rutas de antigua seda que cubrían su imperio. Jugó con todos y les ganó a todos, recaudando fortunas inimaginables, que confiaría a su marido para invertir por el mundo. Era tal su superioridad, que sus rivales solo accedían a jugar con ella, si les daba alguna ventaja, por lo que jugaba vendada con los pies colgados del techo o mostrando sus cartas. E igual les diera todas esas ventajas al mismo tiempo, les seguía ganando.

Su único rival de verdad llegó del lugar menos pensado y en el momento más inesperado. Se festejaba la última noche vieja del siglo, Tolomeo había invitado a media nación al recién inaugurado palacio de exposiciones en la ciudad nueva. Era un edificio majestuoso, con mármol italiano, cristal, y maderas sagradas de los bosques prohibidos del Japón. Todos bailaban al son del vals y de las orquestas, se comía langosta recién pescada y los niños y jóvenes jugaban a las escondidas en las cientos de habitaciones del palacio que hoy sirven de congreso de la nación y en que su momento sirvieron para exponer arte de todo el mundo. Se bailaba y se brindaba por el nuevo siglo, pero también en un rincón de la pista central, se jugaba a la suerte y la habilidad. Era el rincón de Alegría que por respeto a los perdedores dejaba de jugar una mano por medio. En ese ambiente de fiesta, retumbaron los tambores y la voz aguda de Kojo que ese día sirvió de anunciador, vocalizó a la perfección el nombre del mismísimo Emperador de Bélgica y dueño personal aún del más grande de los Congos. Se había venido escapado, y en secreto para que nadie nunca supiera que había pisado ese continente de segunda. Su olfato para el dinero lo había traido hasta el Darién Africano, con el objetivo de apostar una fortuna para nada despreciable para cualquier humano, pero relativamente migajas para él. Tolomeo tradujo entre el monarca y su esposa. Le apostaba a Alegría todo lo que ella había ganado en ese tiempo de bonanza del azar a un solo juego de un juego inventado por un Maharajá ancestral, que según la leyenda lo había creado con el objetivo de retar a la muerte y así obtener la vida eterna. Era un juego que mezclaba un poco de todo, la suerte, las cartas, los dados, la estrategia, la rapidez mental, la lectura del rival pero sobre todo la valentía. Para hacerlo interesante el visitante proponía que Alegría jugase de cabeza, y que bajo esas condiciones en caso de perder él le daría tres

veces la apuesta. El palacio de exposiciones se quedó callado, cuando la voz gruesa de Tolomeo traduciendo para su esposa anunciaba que la apuesta era aceptada.

Se leyeron las reglas con cuidado, en español, flamenco y francés. Alegría se cambió su vestido por una piyama para que no se le vieran los calzones y la amarraron de los pies al techo. Comenzó el juego, y el retador y la retada empezaron a mover los dados, barajar las cartas, hacerse preguntas traducidas, pasarse fichas, combinar piezas y mover los tableros con su mano izquierda. Las rondas avanzaban y en ninguna de las dos caras se podía leer lo que estaba pasando y ni siquiera Tolomeo con su brillantez podía entender quién iba ganando a pesar de tener las reglas escritas en tinta purpura de la babilona antigua junto a él. Verde y Azul en silencio comentaban lo que se podría hacer con ese dinero en caso de ganar y como podrían hacer ahorros en casos de perder. Felicidad andaba fundida en el regazo de la Madame, que de paso tomaba apuestas entre los presentes sobre el resultado del encuentro. Luego de más de una hora, cuando ya la orquesta se alistaba para tocar el Auld Lang Syne, Tolomeo temió lo peor al ver que su esposa empezaba a sudar y como cuando nadie la veía se tomaba su panza con angustia. El amo del Congo debió haber notado lo mismo, porque sacó tres cartas nuevas, le dio vuelta al tablero, preguntó sobre la condición humana y lanzó tres dados con la mano derecha. Azul suspiró en voz alta y más de uno entendió que según lo que hiciera Alegría se definía el juego. Dudó por un momento, pero al final miró en los ojos de ese Leon aterrador y sacó dos cartas con su mano izquierda, le preguntó sobre las olas del mar, lanzó un solo dado y decidió no mover ninguno de los tableros. Dicho y hecho, los dos concursantes y Azul que era el único que entendía se abalanzaron con la mirada y empezaron a cuadrar las piezas en su mente. Pasaron unos segundos de incertidumbre, hasta que el Emperador alargó su mano y Azul pegó un grito de felicidad, que prontamente tuvo eco en los demás para que volviera la fiesta y la celebración. Alegría aún colgada apretó la mano del adversario, lo reverenció con la cabeza, y una vez en el suelo, salió corriendo hacia al baño cogida de la mano de su esposo. Al volver traía en su pecho un bebé al que llamaron Salmón.

VII

Le pusieron Salmón por la testarudez de ambos. A Alegría se la había criado con la idea que en la vida como en el universo, siempre existía un equilibrio constante para todo y para todos. Fue por eso que desde el nacimiento de la pequeña Felicidad, se convenció que la próxima vez que de ella saliera sin avisar una linda creatura, sería de nuevo una niña. Como ya tenían el cuarto verde para el primogénito, el cuarto azul para el segundo y el cuarto amarilla para tercera, pintó el cuarto contiguo rosado, convencida que al dar a luz por sorpresa, le pondría a su hija Rosa. Durante cinco años, fue adornando el cuarto contiguo al de Felicidad con todas las gamas de rosas que se le fueron apareciendo en los bazares del puerto. Cada vez que tenía un tiempito libre, entraba a ese cuarto del color del amor, y le añadía alguna cosa más para que el día que por fin llegara su nueva inquilina se encontrara con su hogar listo para recibirla. Así que el día en que colgada de cabeza se jugaba una fortuna contra el Rey Belga, y empezó a sentirse con los signos típicos del embarazo instantáneo al cual la había bendecido la bruja Rayowa, dejó de darle ventaja al monarca, y le ganó en un dos por tres, para que su hija no naciera al revés y acabara de loca. Se fue corriendo al baño como una mujer más rica de lo que era horas antes, y agarrada de su esposo, sintió el peso en su vientre, seguido de los cantos de la nueva vida. Alzó a la criatura y se topó para su gran sorpresa con un varón. Lo primero que se le ocurrió fue ponerle Rosado, pero ahí saltó la voz de su marido, que a pesar de ser de una mente muy abierta para la época, se negó a que su hijo se condenará a una vida de bromas y malentendidos. Ambos empezaron a lanzar colores al aire, si Naranja, si Rojo, si Morado o si Plateado. Pero ninguno terminó de gustar a Tolomeo, no tanto por el nombre en sí, sino que se había tenido que aguantar cinco años, del famoso cuarto rosa, acompañando a su esposa a cada Bazar para garantizar que no gastará de más, y negociando por ella con todos los vendedores. Ya que si su esposa tenía mil y un cualidades, la de regatear no era una de ellas, y todo lo contrario, al ver los personajes con sus ropas viejas y oir sus travesías por los mares del mundo les terminaba pagando incluso más que el precio fijado. Era cierto que eran ricos y que unos cuantos pesos más o menos no los iban a afectar, pero si eran ricos, era sobretodo porque por generaciones habían comerciado y regateado precios y leyes fiscales para no perder su fortuna colonial. Así que de solo pensar en que un nuevo nombre podría llevarlo a perder horas y horas en las tiendas del puerto, y costarle quizás una partecita considerable de lo que venían de ganar en el azar, se contorsionó y comenzó a buscar algún sinónimo de rosado que le sirviera en masculino. Fue así que se le ocurrió lo de Salmón, que de paso servía para educar a los cocineros locales sobre su pez favorito, a ver si algún día se lo dejaban de cocinar seco y pasado. Y aunque Alegría no le mató el nombre, accedió con la condición que pasase lo que pasase ella escogía de ahí en adelante el nombre de los futuros hijos.

Fue a raíz del nacimiento de su hijo que Tolomeo se empezó a dar cuenta que una gran desgracia corría por su protectorado. Luego de tomarse dos semanas de paternidad pagas, retomó sus deberes como líder de la nación en ese nuevo siglo. Viajó a las entrañas del país, a ver el estado de las minas, y cuando discutía con uno de los encargados, se sintió confundido por una de sus frases. "¿Onfet esperaban una niña?" había preguntado el encargado. Se resistió a preguntarle sobre esa extraña palabra nueva, pensando que a lo mejor era de la lengua local, la cual aún no sabía cuál era. Siguió su viaje estatal y tras unos días se olvidó por completo de ese "onfet". Pero no tardó mucho para que se lo volviera a encontrar, andaba comiendo en el restaurante que habían puesto los vascos cerca al puerto, disfrutaba un pollo vasco lleno de pimentones mientras discutía con el ministro de las Muchas Gracias, quien le sugería mandar a sus hijos a algún internado europeo, pero también escuchaba a la distancia todas las conversaciones ajenas, tratando de detectar problemas que él pudiera resolver. Fue en esas que notó a uno de los camareros, decirle a un comensal "Onfet, usted pidió pez y no pollo". Se tentó a indagar, pero se limitó a comentárselo al ministro al tiempo que le exponía las observaciones de sus hijos sobre las licencias que planeaba dar a firmas británicas para explotar la última mina encontrada. El ministro pálido, más por lo de los mocosos que por lo del onfet, se hizo el desentendido de ambas cosas y la comelona acabó sin más palabras conocidas o desconocidas. Tolomeo permaneció alerta las semanas siguientes, creyendo encontrar la palabra misteriosa en las bocas ajenas. Se lo comentó a Alegría, pero ella estaba muy concentrada en el nuevo miembro de la familia para hacerle caso sobre el peligro inminente.

Fue sin embargo en una cena en la casa del nuevo ministro de las Muchas Gracias, cuando el ministro del Bienvenidos dijo "Onfet con el nuevo acuerdo los barcos de Estados Unidos pagan menos aranceles". Claramente se refería al acuerdo recien firmado por la metrópoli, los fedeandinos delegaban al gobierno americano la construcción del canal de Panamá, y 75% de sus dividendos por los próximos 90 años, además prometían dejar de influenciar centro américa y a cambio por fin lograban construir esa mega-infraestructura en medio de la selva y la malaria, pero sobretodo se hacían con un aliado que los protegiera de los británicos y sus amenazas. Pero a Tolomeo poco le importó que los británicos anduvieran haciendo de las suyas en el rio de la plata, ni que estuvieran considerando cambiarle el nombre a la British Columbia, para que nada en sus terrenos tuviera nombre del rival. A él le interesaba saber qué era eso del onfet. El ministro alzó los brazos desconcertado, como lo hicieron todos. Ninguno parecía haberse dado cuenta de la palabrilla. Pero al cabo de unos minutos el mismo ministro dijo de nuevo "Onfet…" y ni siquiera logró acabar su frase, cuando Tolomeo estaba levantado en su silla, apuntándole. Esta vez todos la habían oído. El ministro, sin embargo no entendía nada, se le había salido sin querer y desconocía su significado. Era algo curioso, sin duda, a lo largo de la noche, todos hablaron entrecortado, y con mucha atención para darse cuenta si volvía a aparecer y en qué contexto lo hacía la palabrita de cinco letras.

Los días fueron pasando, y Tolomeo que no se perdía una, fue notando como el onfet comenzaba a resonar por todos lados, “Onfet nos vemos mañana”, “Onfet me dio mal las vueltas”, “Onfet se me olvidó contarte”. La preocupación de Tolomeo subía día a día, hasta que una mañana cuando Kojo le dijo “Onfet esa no es la traducción exacta” al tratar de contarle una broma en el idioma local que seguía sin interesarle, decidió que no podía más, le pidió a Kojo que lo llevara a las oficinas del “Costero”. Una vez allí le pidió a su amigo guatemalteco que le prestara a su mejor investigador. Era un local de ojos cafés. Tolomeo le comentó la situación, e incluso le hizo dibujos en un mapa, de las zonas donde había oído más veces la palabra. El local de ojos cafés, asintió a todo, y prometió ir a la casa club apenas tuviera idea de lo que pasaba.

Fueron dos semanas largas, el país andaba muy bien, los barcos americanos empezaban a llegar, las cosechas eran un éxito, y nadie sabía cómo habían empezado a aparecer esmeraldas en las minas, sin embargo Tolomeo no podía dormir, cada día que pasaba escuchaba más veces las cinco letras misteriosas. Era la primera vez en su vida, que no lograba entender algo, se sintio ignorante, y en su ignorancia encontró miedo e ira. Algo que le permitió entender un poco sobre la condición humana, al comprender que todas las desgracias del mundo debían provenir de alguna forma de ignorancia sin resolver. Empezó a escribir al respecto en un ensayo titulado, “De la ignorancia y otras maldades”. Fue en ese momento que entró el local de ojos cafés, a contarle el resultado de sus investigaciones. La plaga, como se le referiría de ahí en adelante había llegado por dos puntos diferentes. De las entrañas de la selva, en la frontera con las junglas compartidas, y por los puertos. Estaba presente desde hacía diez años, cuando aún esa tierra se conocía como la Costa Negra, y los contrabandistas franceses miedosos de entrar por el mar, habían empezado a introducirse por la selva. Fue en esa frase que Tolomeo lo entendió todo, el onfet, no era nada más que la expresión francesa “En Fait”, una especie de “De Hecho”. El hombre de ojos cafés asintió y prosiguió. En esa primera incursión, la expresión se había introducido al país, pero no había pegado, sin embargo había dejado una huella en la memoria para el futuro. La expansión de la plaga como tal, era algo más reciente, no más de un año. Quizás desde los eventos diplomáticos relacionados con Fachoda. Había llegado en uno de los barcos junto a marselleses más hablados. Habían contaminado a los de la aduana, que estaban preparados para inspeccionar contrabando y tormentas eléctricas, pero no expresiones extranjeras. Se había transmitido así a los trabajadores del puerto, acostumbrados ya un poco a la lengua francesa luego de tantos años de oficio. La infección había continuado mediante el puesto de las Habibis, no solo por sus trabajos logísticos en los muelles, sino por el lugar en sí, donde todas las noches llegaban marineros y funcionarios deseosos de amor. Ahí había mutado la plaga a una versión más despiadada. La expresión se había combinado con la sensualidad arabesca, y al decirlo el cerebro recibía las mismas endorfinas que una noche árabe bajo las estrellas de Damasco. Con esa mutación, no era de sorprenderse que la plaga del “En fait”, hubiera tomado un ritmo acelerado a todas las esferas de la nación.

Tolomeo reunió a sus ministros y a su esposa, para comentarles los descubrimientos del local de ojos cafés. Pero lejos de encontrar preocupación, se topó con caras sonrientes y gestos de aprobación. A más de un ministro le pareció una muestra clara que su sociedad era de las más avanzadas y más progresivas, tanto así que incorporaban palabras de otros idiomas a sus catálogos de día a día. A algunos le parecía refinado, a otros cautivante. Incluso Alegría le recordó a su esposo, eso que solía decir, que la lengua es de quién la habla y de nadie más. No habiendo razones a la vista para luchar contra la plaga, Tolomeo se tuvo que resignar a la inacción, por más que en su interior algo le dijera que el tiempo le daría la razón.

Las semanas fueron pasando, y la plaga se fue tomando el país sin objeciones del estado. En fait por aquí, onfet por allá. No había frase que no empezara con ella, así no fuese necesario, "Onfet buenos días". Otros la utilizaban para acabar sus monólogos "te quedó muy rico en fait". Algunos incluso, la empezaban a usar como comas auditivas, "En fait, hoy en el trabajo me crucé onfet con tu colega y en fait fuimos a almorzar onfet" Tolomeo quién había logrado muchos de sus logros oyendo conversaciones ajenas en busca de problemas, ahora utilizaba toda su fuerza interna para no tener que oir esas letras que tanto le molestaban. Sus ministros la usaban, sus sirvientes la usaban, incluso salía versión escrita en alguna página del "Costero". Lo único que le daba algo de paz, era que en su casa su familia parecía inmune a la plaga auditiva. Los hermanos habían tomado la costumbre de hablar en latín entre ellos para que nadie les entendiera, mientras que Felicidad por más que lo intentase decía fresas en vez de en fait, y además lo utilizaba mal porque lo ponía como adjetivo, "Que elefantes fresas" decía cuando su padre la llevaba a la reserva para alejarse del ruido de la plaga. Alegría que se tomaba muy en serio su incapacidad de hablar lenguas extranjeras, no decía onfet sino que decía de hecho, pero lo decía de una manera tan tierna que a él no le molestaba. Fruncía los ojos como si estuviera ciega, levantaba su índice derecho, bajaba un poco su cabeza y decía "De hecho tal cosa". Esa le parecía la única manera correcta de usar esa sobre exagerada expresión que por algún motivo le causaba tanta molestia.

No le quedó de otra al pobre Tolomeo, que seguir con su vida al tiempo que aguantaba ver día tras día como más de sus cercanos caían ante las garras de la plaga. Por más que trataba de convencer a la gente de los peligros de esos fonemas, sin pruebas fehacientes su pueblo seguía como si nada con sus rutinas descuidadas sobre lo que decían. Un día mientras desayunaba, cambió de opinión sobre su bebida caliente y dijo "En fait, me gustaría chocolate". Sintió un escalofrió, pensó que había sido un desliz. Pasó todo el día con los nervios de punta, y concentrado en lo que decía, se durmió tranquilo al no haber vuelto a decir las palabras de la desdicha. Pero al día siguiente en una desconcentración, otra vez "En fait, cojamos la vía nueva" le dijo a Kojo. Había contractado la plaga. Al comienzo luchó contra ella, pero a cada desliz, se le salía algún en fait. Llegó a un punto en que

pensaba tanto en ello, que dejó de pensar en lo que debía pensar, y no tuvo más remedio que rendirse ante la enfermedad.

Decía en fait, al comienzo o al final de cada oración, en algunos momentos se le salía como coma auditiva. A nadie parecía importarle, y él pensó, que a lo mejor había estado exagerando todos esos meses. En casa sin embargo, hacía el esfuerzo extremo, aún sentía que algo malo había en ello. Pasaron más semanas, y empezó a notar que se demoraba más en solucionar los crucigramas libios que llegaban cada mes. Tomaba más tiempo en tomar decisiones. Del mismo modo, los indicadores del protectorado, parecían haber tenido una pequeña baja. La productividad había decaído un poco. Incluso en el instituto meteorológico, administrado por uno de sus amigos checos, le informaban que había menos nubes blancas en los cielos. La pereza de la plaga, había invadido al país. La facilidad de esa palabra se había incrustado en todos. El cansancio de la repetición se veía reflejado en sus acciones, sus decisiones eran conservadoras. No innovaban, no pensaban, actuaban como maquinas, ausentes de cualquier albedrio. Y era irónico, porque la naturaleza de la palabra, la cual parece traer algo nuevo sobre la mesa, por más que solo sirviese para extender la frase, los convencía a todos en el fondo de su subconsciente que lo que decían, por más simple o trivial que fuera era algo único y revolucionario. Se empezó a adular la mediocridad, mientras que la variedad del idioma desaparecía. Ya no se usaban sinónimos, o variantes para ninguna palabra, solo la más fácil, la que saliera primero. Pero lo peor fue que en ese mar de repetición y destrucción de células, nadie se daba cuenta del hoyo sin fin en el que se habían metido.

Como en tantas ocasiones fue Alegría, la que terminaría resolviendo el problema. Había notado que su esposo se había vuelto perezoso y falto de innovación, en más de un aspecto esencial de la vida. Luego de analizarlo con cuidado, notó que su caída productiva y reproductiva, había empezado con el famoso uso del “de hecho” francés. Como ella también estaba contagiada pero de la versión en español, la cual parecía ser menos severa que la francófona, decidió experimentar en ella misma. Cada vez que sentía que iba a decir de hecho, se tomaba unos segundos, no para no decir la palabra, sino para buscar alguna variable, así acabó diciendo, en realidad, quizás, capaz, aunque, ahora que lo pienso, pero, sin embargo, de pronto, también podría ser, sabes, y decenas de variables más según la ocasión. Luego de una semana de práctica, su mente había interiorizado todas estas variables, y el de hecho había desaparecido de su forma de hablar. Le compartió su método a Tolomeo, pero los resultados no fueron los esperados. Seguía diciendo en fait, incluso un mes luego del experimento. La razón según ellos luego de mucho pensar al respecto, no era otra que al ser una expresión traída de afuera, hacía que las variantes españolas, por más acertadas que fueran, no lograsen sacar la mala costumbre del cerebro, que guarda cada idioma en una parte diferente del mismo. No le quedó de otra a Tolomeo que empezar a hablar nada más que en francés en casa, aprovechando el poliglotismo de los hijos, y remplazando directamente en el francés su en fait, por las decenas de variables del idioma

galo. Al cabo de una semana a punta de “Du coup”, “En Realité” o “Au Fond” había logrado curarse de la plaga, primero en francés y luego incluso hablando español. Habían logrado encontrar una cura.

Al día siguiente, Tolomeo puso un anuncio todos los diarios francófonos de África y de la Metropole, el protectorado estaba en busca de profesores de francés. Ni bien un mes despues, empezó el programa del ministerio del ABC, para que todos los habitantes del protectorado aprendieran francés, con miles de profesores que habían aceptado el reto. Con el pasar de los meses, la plaga se fue erradicando a medida que la población aprendía un idioma más, que aún hoy más de un siglo despues de esa gran epidemia, se habla de manera perfecta por las calles de esta tierra.

Con la plaga del nuevo siglo superada de la mejor manera, la productividad y agilidad volvieron a sus niveles espectaculares que tanto habían caracterizado al protectorado del Darién Africano. Se acabó de construir oficialmente Santa María la nueva del Darién, se fortaleció el comercio con los países vecinos, al punto que se debió ampliar el puerto de la ciudad vieja, construir uno nuevo en la ciudad nueva y remodelar los diferentes puertos de las otras ciudades al borde del mar. Eso sí a cada barco o navío que llegase se lo sometía a la más grande pesquisa lingüística, para garantizar que no entrara ninguna nueva plaga. Y con los barcos, llegaron más juegos, más animales y más conocimiento, para que Alegría, Felicidad y los hermanos Azul y Verde pudieran extender aún más sus esferas de pasión. El protectorado andaba tan bien, que Tolomeo podía darse el lujo de ausentarse algún mes por año, donde se llevaba a la familia entera a Europa de vacaciones. Como lo pagaba gracias a los dividendos de las inversiones hechas con los dineros ganados en el azar por su Alegría y no con las cuentas de la nación, la metrópoli no ponía problema alguno a esas escapadas intercontinentales, más que parecía que ante la ausencia del Protectorizo, los ministros encargados, se esforzaban el doble, para que al volver, los herederos no los destrozaran con sus férreas auditorías. Y si los ministros sacaban lo mejor de cada cartera, los diferentes centros, y programas ideados por los amigos de Tolomeo no se quedaban atrás. Los jardines de enseñanza, primaria, se habían vuelto en institutos de segundaria e incluso en la primera universidad de todo el protectorado, la Universidad de la Costa. A parte del instituto de meteorología ya mencionado, habían nacido otros, como el de astronomía, el de los estudios náuticos, los estudios geológicos, el de historia, o el de las ciencias naturales, todos financiados en parte gracias al ministerio de la Honestidad, que seguía sacando frutos infinitos de su patente del vidrio de recuerdos, que aún era favorecido por las clases altas sobre las imágenes aún no del todo claras y en blanco y negro de la fotografía. Todo el país era alumbrado por luz eléctrica así muchos usasen aún velas para dar toque románticos a sus noches. Los inventos de Tesla y Edison iban llegando, y gracias a ellos, más de una fábrica empezaba a erguirse a las afueras de las ciudades, para no depender de industrias ajenas.

Los Darién siguieron con sus vidas emocionantes, a las cuales se sumó primero una bebé de ojos violetas como su nombre, nacida a los nueve meses de la victoria de Tolomeo contra la plaga. Una niña, que llegaría a ser la más brillante de toda la nación. Dotada de una inteligencia única, que se vio desde su nacimiento, ya que a diferencias de sus cuatro hermanos precedentes, logró ingeniárselas en el vientre materno para dar señales de su llegada incluso desde la barriga plana de su madre. Lo notó Tolomeo un día en la playa cuando vio que el ombligo de Alegría se movía de adentro hacia fuera en lo que le pareció, código morse. Con toda la delicadeza posible tocó la barriga de la madre, preguntando en el código de los submarinos, y para su sorpresa recibió respuesta, era la pequeña indicando la hora exacta de su llegada. Todos se emocionaron con la noticia y prepararon todo para recibirla, siguiendo las indicaciones de la bebé misma, las cuales se limitaban a que al llegar al mundo quería estar en un cuarto repleto de violetas, como ella misma había decidido nombrarse. Ante tal lucidez, decidieron hacerle caso, y en el día y hora indicada, luego del malestar típico, llegó al mundo con los ojos bien abiertos y sin llorar.

Tolomeo no podía estar más feliz con los niños que le había dado la vida, Verde y Azul competían entre ellos por ser el más servicial para la nación, Felicidad con su ternura única vivía la mitad del año en su reserva, cuidando a su Emeterio pero también contagiando a muchos niños locales con la importante labor de la protección y del cariño hacia los animales, dos mantas a los cuales muchos de ellos dedicarían sus vidas. Salmón aún era pequeño, pero ya mostraba con sus escapes constantes de la casa club, gateando hacia el mar y la casa de las Habibis, que tendría la vida más emocionante de todos en la familia. Y finalmente la pequeña Violeta, que llegó a ser su consentida, con la cual se comunicaba a punta de pestañeos desde su nacimiento, para responderle todas las preguntas con las que había llegado a sus vidas. Si hubiera sido por él, ese último milagro hubiera sido el definitivo. Llamó incluso a uno de los chamanes de las arañas que los habían librado de los anarquistas, para que cerraran la llave de la vida de allá abajo. Pero apenas se enteró Alegría, los hizo devolver a sus pueblos a punta de escobazos. Ella aún convencida con la idea del equilibrio, quería un bebé más, el cual estaba nuevamente convencida sería una niña. La cual incluso pensaba lograría combinar todas las virtudes de sus hijos anteriores, para ser la persona más dotada de toda la nación. Tolomeo no estaba muy convencido por esa teoría, pero al estar locamente enamorado de su esposa, no pudo decirle que no. Así llegó por sorpresa en plena fiesta de cumpleaños, cuando el patriarca de la nación festejaba sus 55 años de vida, el ultimo de esa primera generación Darién.

Una vez más la cuestión del equilibrio no se vio mucho ya que llegó fue un niño de ojos tímidos y que desde que salió casi que asustado al mundo de los vivos, se notó no poseía la suma de todas las virtudes de sus hermanos. Alegría se rio de esa nueva sorpresa, ante los reproches de Tolomeo que le avisaba que ya mismo le mandaba el telegrama a los chamanes a su pueblo para que emprendieran el viaje a la ciudad a dejarlo infértil a punta de veneno de bamba negra. Ella en una broma premonitoria le dijo a su marido, que ese

niño flaquito y lloroso, tendría un rol por jugar que ninguno de los otros hubiera podido. Sin saberlo acertaría para mal.

Pero en ese momento, nadie podía imaginar todo lo que vendría, siendo la mayor de las preocupaciones, el nombre que le pondrían. Como ya tenían un cuarto verde, uno azul, uno amarillo, uno rosado y otro violeta, decidieron que el último cuarto podía ser del color primario que faltaba, uno que habían evitado, porque les recordaba la sangre que esperaban nunca debiese de derramarse en sus tierras. No le quisieron poner Rojo, porque les sonaba feo, y sobre todo que luego de quince años desde su llegada a esas tierras, ya los colores habían sido aprendidos por los locales en español y francés. Al final y como se lo había prometido cinco años antes, Alegría tuvo la última palabra. Como aun soñaba con las playas de Rio a las cuales aún no había podido volver desde el inicio de su travesía, decidió honrar esas tierras mágicas donde pasaría años más tarde las noches más felices de su vida, poniéndole a su hijo Vermelho. Un nombre que las cuerdas del destino ya habían decidido estaría ligado junto a su linaje a las desgracias más grandes y al eventual fin de su amada tierra de arenas negras.

VIII

La logística para entrar al estadio fue impecable, pasé dos anillos de seguridad donde mostré mi carnet de prensa. Ambos guardias me sonrieron, el primero me dijo en ingles que tenía un buen lugar, no tan lejos del palco presidencial. El segundo me preguntó por el jugador de moda de esa época, compartíamos el mismo apellido. A pesar de ser invierno había un gran sol y hacía calor. Yo andaba desanimado, aún no me acostumbraba a la situación, pasaba horas enteras amargado. El folclor del estadio me alegraba un poco, la Costa Negra jugaba contra Marruecos. El estadio estaba lleno de colores y de música. La gente cantaba y bailaba en sus asientos, se vivía una verdadera fiesta. A mi lado dos senegaleses discutían sobre las alineaciones, yo la verdad, no entendía nada. Hicieron un bonito show, hubo buena musíca, aprecié las coreografías. Unos cien metros más allá de mi silla estaba el palco presidencial. Reconocí al presidente de la Costa Negra, el de la FIFA, y a quien supuse era el de la federación Africana. Fue un partido intenso, ganaron los locales cuatro goles a dos. No lo disfruté sin embargo, había muchas cosas en mi mente. Me pesaba la circunstancia que me había hecho huir, pero también andaba distraído por el golpe de lo que había visto a ese momento. Esa playa, esas vías, esos edificios. Casi parto al medio tiempo, bajé a la sala de prensa, escribí mi reseña de la ceremonia de apertura, describí los tres goles que habían pasado hasta el momento, y pensé en tomar un taxi directo al hotel, ver el resumen por la noche y con eso terminar mi crónica. Lo hubiera hecho, pero me puse a dialogar con un colega inglés que me instó a quedarme.

Tampoco le gustaba mucho el futbol, estaba de paso, se marchaba a Darfur en unos días. Discutimos al respecto durante el segundo tiempo, solo paramos para ver la repetición de los goles en la gran pantalla central. Al acabar el partido, pasamos por la sala de prensa a tomarnos una cerveza. Allí nos interceptó un miembro del comité organizador. Nos pasaron dos invitaciones con nuestros nombres escritos en ella. Había un concierto esa noche, también había una gala previa, estábamos invitados. Abandonamos el estadio Namibia Darién juntos, nuestros hoteles no estaban muy lejos. Yo me bajé primero, le pasé un billete para cubrir mi parte, pero no lo aceptó. Me puse la mejor combinación de prendas que tenía, no había pensado que acabaría en una gala. El inglés, llegó a la hora que habíamos acordado, me traía un corbatín extra, siempre viajaba con dos. Tomamos un taxi, el cual pagué. La gala era en el Palacio de exposiciones, donde más de un siglo antes nacía Salmón Darién luego del juego del siglo. Me impactó su belleza, no le envidiaba nada al Grand Palais. Al entrar había una larga fila, el presidente de la nación estaba saludando uno por uno a todos los invitados. Aproveché esos minutos para ver los techos pintados con arte clásico. No había ninguno comparable en todos los países de la antigua federación. Sentí esa molestia en mi espíritu, me alcancé a sentir en un sueño febril. Llegó mi turno de darle la mano al jefe de estado. Me dio un fuerte apretón, no rompió contacto visual en ningún momento. Le dije mi nombre y mi país. Me dijo que era una lástima todo lo que nos había

pasado en los ultimos años, y dijo un par de halagos al Hombre de Blanco. Le sonreí sin más. Se nos dio un discurso de bienvenida, y se nos invitó a comer los pequeños platos típicos que nos habían preparado. Debíamos ser una centena de periodistas. Charlé con varios, mientras disfrutaba de los sabores. Reconocí alguna que otra influencia nuestra en sus platos. Al cabo de una larga hora, uno de los miembros del comité organizador tomó la palabra. Nos invitaba a cruzar la calle a la opera. Me enteré luego que el presidente se había marchado, estaba en plena campaña de reelección. La ganó, como lo haría con las siguientes dos, y como seguro lo hará con la próxima.

Era una ópera pequeña, pero divina. Tenía un domo adornado de piedras verdes, esmeraldas, tenía un caparazón de mármol de color misterioso. Alguien comentó que iba a cumplir cien años de construida. Me impresionó, se veía como nueva. Nos dieron champagne, fue un gran concierto, El tenor era local, nos deleitó con Aida de Verdi. Al acabar deambulé por el hall por un rato, hablando con los colegas que había hecho. Le devolví el corbatín al inglés. Decidí que me iría caminando, no debía ser más de media hora de marcha. Pregunté si era seguro, y me indicaron que sí. Había mucha gente en las calles, no solo los turistas, reconocibles por sus camisas nacionales respectivas. Había mucho local, no hacían nada en particular, caminaban charlando, cogidos de la mano, riendo. Algún par de hinchas tocaban trompetas, y en algún decibel más alto de lo normal comentaban las jugadas del partido. Todos los edificios irradiaban luz amarilla, eran los ministerios. Crucé un par de parques, todos con mucha vida. Sentía una felicidad triste, de quién se acaba de dar cuenta que ha perdido algo. En medio de uno de los parques vi una estatua curiosa. Un hombre cantando con un violín en su mano, leí el grabado. “Dal Protettorato del Darien Africano a Procopio Garibaldi, grazie per tutti gli insegnamenti”.

Como muchos Procopio Garibaldi llegó al Darién Africano poco después del fin de la plaga del onfet. El territorio se había vuelto un centro económico continental, gracias a su industria naciente, sus vastos campos agropecuarios y una gran actividad cultural y científica que reunía constantemente a las grandes mentes del mundo colonial. Cuando el aduanero le pregunto su oficio al entrar por el puerto recien terminado de Santa María la Nueva del Darién, este le respondió que era un juglar. Alquiló un cuarto en una de las casas portuarias perteneciente a una empresa de las Habibis de la cual los Darién eran accionistas. Era un cuartico con vista al puerto donde se oía día y noche el ruido de las olas chocar contra el malecón. Garibaldi no tardó en hacerse notar, se paraba en un rincón de alguna esquina y comenzaba a cantar operetas a cambio de algún reconocimiento material o inmaterial. Muchas veces prefirió el honorable “Chapeau Bas” de algún pasante a una moneda en plata. Pero ese era su trabajo de noches. Por las mañanas caminaba por la playa y se ponía a pintar paisajes de esa Costa Negra con la que lo asustaban de niño. Hacía paisajes únicos inspirados de los movimientos que se consolidaban en el viejo continente. Se negaba a venderlos por dinero, y siempre exigía al comprador dos cosas, que lo invitara a una comida barata pero rica y que le introdujera a alguien con el que fuera divertido hablar. Fue así que su agenda se fue agrandando, ya que había días que vendía cinco o diez

cuadros, y tras dos almuerzos seguidos se veía forzado a aplazar los pagos restantes. No aceptaba tampoco la merienda de la tarde, ya que destinaba esa hora para calentar su voz para los shows musicales de la noche. Iba a los parques de la ciudad donde los niños jugaban con sus padres, se hacía en un rincón y contaba las historias más fantásticas que se le pudieran ocurrir, o que lograba recordar. Lo hacía gratis y nunca aceptó el menor de las compensaciones, ya que según él, la risa de un niño era solo comparable a los cantos de Enrico Caruso. Fue en uno de esos parques que entró en la vida de los Darién.

Para esas épocas, Verde se la pasaba casi todo el tiempo con Tolomeo dándole vueltas al país resolviendo problemas. Azul seguía con su rutina de estudiar por la mañana y traumatizar funcionarios por la tarde. La pequeña Felicidad se la vivía en la reserva acompañada de la niñera, la tutora y su Emeterio. La pequeña Violeta de cuatro años, se la pasaba todo el día en el jardín de la casa siendo educada por cinco tutores a la vez. El pequeño Vermelho le tenía miedo a todo y se la pasaba llorando todo el día en el regazo de su mamá, que utilizaba los llantos distractores como una ventaja más para sus juegos de mesa contra los grandes tahúres del mundo que aún seguían llegando a ella para perder sus fortunas. Quedaba entonces el pequeño Salmón que para esas épocas debía tener seis o siete años. Nunca se supo si había nacido en el último segundo del siglo anterior o en el primero del nuevo, por lo que nunca se supo verdaderamente su edad. Salmón no había heredado la pasión por las reglas, ni por el deber de sus hermanos, ni la ternura infinita y amabilidad extrema de su hermana mayor. Tampoco sería el causante de los problemas que traería Vermelho el día que dejara de llorar, ni tampoco poseía el cerebro más dotado de toda África como su hermana menor. Era un niño que sonreía todo el tiempo, pero con una sonrisa pícara que a más de uno le daba miedo de lo que sería ese niño. Disfrutaba haciendo bromas y buscando rendijas a las reglas, para romperlas sin romperlas. Se escapaba constantemente de la casa, sin que nadie se diera cuenta, y acababa solo como el viento recorriendo los confines de las dos ciudades conectadas por tranvías. Todos lo reconocían, lo saludaban y para ganarse su amor le compraban golosinas y dulces de miel. A nadie nunca se le ocurrió cuestionarlo sobre su vagabundería, ni comentárselo a ningún otro de la familia al mando del país, por la fama de dotados que tenían en todo el protectorado.

Entraba a los restaurantes y a los bares y se hacía invitar por los dueños a un refresco de vainilla o una tarta de chocolate nacional. Tenía su puesto reservado en cada antro y café, y como era extrovertido, terminaba siempre hablando con los otros comensales, pero lejos de discutir sobre las diferencias entre la biblia hebrea y la biblia griega como lo harían sus hermanos, el discutía sobre los eventos de la nación. El precio del azúcar, los sucesos en la metrópoli, el reporte del clima o los resultados de las carreras de cebras en el hipódromo del amigo Croata de su papá. Como le invitaban todo, el siempre correspondía de dos maneras a los amables dueños que le dieran refugio y galletas. La primera convencía a sus padres de ir un día allá en familia, argumentando que algún compañero de escuela se lo había recomendado. Con la visita de Tolomeo y compañía, se corría el rumor entre la gente

y al día siguiente el local tenía filas de dos horas para ser servidos. La otra y más importante eran los tips que les daba para conquistar a las distintas musas del Habibis. Desde muy niño impulsado por su corazón había tomado la costumbre de escaparse a media noche de su casa, cruzar la calle y visitar el burdel más famoso de todo el oeste africano. Las Habibis ya acostumbradas a las excentricidades de la casa de al lado, no se hacían muchas preguntas, y daban por hecho que a eso se referían sus clientes cuando las venían a abrazar en llanto tras un día entero de visitas indagatorias de Verde y Azul. Fue así que al pequeño Salmón lo dejaban entrar a cualquier cuarto disponible y a cualquier hora para hablar con cualquiera de las trabajadoras. Se pasaba allá las noches, haciendo el papel del hermano chiquito o del hijo abandonado que nunca habían podido ver o tener debido a la exhaustiva profesión. Salmón conoció así todos sus secretos, sueños e ilusiones, los cual compartía con los buenos anfitriones enamorados y sin habilidades de conquista.

Luego de sus postres solía darse una vuelta por algún parque, jugar con algún contemporáneo, escuchar a los cantantes o simplemente leer algún libro prestado de las distintas bibliotecas que el ministerio del ABC tenía en cada parque. Fue en uno de esos días, que descubrió al juglar trovador Garibaldi, contando con su acento italiano a mitad francés y mitad español, una historia fantástica sobre un reino de osos en una de las lunas de Júpiter. Garibaldi narraba su historia, y con cada minuto se le iba ocurriendo algo nuevo y lo añadía, se imaginaba peces voladores circulando en los anillos de Saturno, barcos de vapor hundidos en el fondo de Neptuno, y por qué no hablaba de algún planeta aun sin descubrir, donde el rey de todos los osos escondía su mina de oro. Fascinado por esas historias de aventura, lo venía a oir a la distancia día tras día. Fue así como se enteró de piratas vengativos cruzando el pacifico para luchar contra ninjas, o de vaqueros del viejo oeste que no disparaban balas sino que luchaban con trovas y rimas, su favorita sin embargo la historia de dos caníbales perdidos en la fosa de las marianas que no habían tenido más opción que convertirse en delfines para escapar del abismo. Pocas veces en su vida había estado tan encantado sentado en una banca, cerraba los ojos y se imaginaba a el mismo como el protagonista de todas esas aventuras. Todos los días de cinco a seis llegaba en puntillas, se sentaba en la banca más lejana y se ponía a escuchar. En una de esas ocasiones sintió la gota fría bajándole por la espalda, cuando notó, que su padre, el mismísimo Protectorizo Tolomeo caminaba a paso firme para hablar con el juglar. Utilizó todos sus métodos de escapista que si hubiera querido lo hubieran hecho un gran mago o un gran ladón y se fue del parque sin ser visto.

Por la noche en la cena familiar, su padre les presentó a todos al juglar Garibaldi. Le venía de comprar un cuadro y se lo pagaba con una cena rica como especificaba el contrato verbal. Fue una noche mágica donde Garibaldi se inventó una vida, les contó a los jóvenes sobre las nieves del Sahara que caían por la noche y las tormentas de corales que azotaban las costas de Siam en las lunas llenas. Les habló sobre batallas inexistentes en las que había luchado, se paraba en su silla con el permiso de la dueña de casa y con un esparrago

recreaba esas batallas imaginarias contra moros en despeña perros, o contra hunos en la muralla china. Les cantó las trovas del Cid campeador que se sabía, pero le añadió dragones, grifos y luciérnagas. Les contó sobre sus romances trágicos, con el permiso del padre, triángulos amorosos en las estepas de Siberia, o como casi lo habían decapitado en Bagdad por robarse la mujer más linda del harén del sultán. Les habló de Marco Polo y de Magallanes, y les contó los colores de los atardeceres de Kazajistán que lo habían devuelto a la vida tras haber sido atacado por beduinos perdidos en el tiempo y el espacio. Les habló del imperio del Japón donde había hecho amistad con el emperador, y les comentó en una frase como había ayudado a diseñar la bandera de Etiopía. Les contó de la boda del Tsar a la cual había asistido, gracias a la benevolencia de su compadre favorito, un monje gigante que servía de consejero de la Tsarina. Finalizó la noche cantándoles sus óperas favoritas, a las cuales les cambiaba las letras para acomodar a Verde como un toreador, a Azul como un barbero, a Felicidad como gitana, a Vermelho como un bandolero y a Violeta como una valquiria. Los dejó tan encantados a todos, que Tolomeo incluso sabiendo que todo era falso, le ofreció el cargo de tutor a medio tiempo de geografía e historia alternativa, para el único de los hijos que sabía se aburría en sus clases y cuyas locuras harían bien. Y así acabó de tutor personal de Salmón, que de ahí en adelante solo se escaparía de la casa los días impares.

Cada día para la hora de la tarde, llegaba el juglar con su violín y con sus mapas, y le desvelaba al joven Salmón los misterios del universo. Le explicaba los olores de las diferentes galaxias, y le daba tips sobre como surfear olas según el color del mar. Le explicaba que todos los alquimistas eran embusteros y que la única forma para lograr la vida eterna era viviendo al máximo cada instante de la vida. Le enseñó a tocar los diferentes instrumentos, y le divulgó los secretos mejor guardados de la aristocracia europea. Le enseñó con cuidado sobre cada país real o imaginario, sobre sus atajos para contornar los Himalayas sin cruzarse con ningún yeti y como sobornar a los montados canadienses para que lo dejaran probarse sus sombreros. Le habló de la maldad humana y como enfrentarla, al igual que como convertir un espejismo en un oasis solo utilizando agua de cactus. Le enseñó a pintar lo que sentía y no lo que veía, y le explicó las diferencias entre lo caro y lo costoso, para que nunca dudara en darse un lujo si este lo valía. Terminaba cada clase, cantando a todo pulmón alguna canción de amor en su italiano natal, para irse a donde las Habibis a gastar rápidamente su sueldo recien ganado, el cual nunca le cobraron por ser un recomendado de Salmón.

Cuando se supo que se había vuelto el tutor personal de uno de los hijos del Protectorizo, las otras grandes familias comenzaron a invitarlo a sus casas, a que les cantara, a que les pintara, y a que les contará sobre esos caballitos de mar gigantes que había montado en las cataratas del Iguazú. Su fama se volvió tan grande, que de toda la nación primero, y luego de todo el oriente colonial, empezaron a invitarlo a que fuera a sus tierras a impartir su sabiduría. Él siempre se negó utilizando una frase que solo Tolomeo entendió, “Uno se baja

de la hamaca solo cuando le ofrecen cama". Así que a todos los curiosos del mundo de los trópicos no les quedó de otra que tomar un barco y visitar el palacio de exposiciones donde cada noche por dos horas Garibaldi cantaba, pintaba y entretenía armado solamente de su voz, su violín y su imaginación.

Garibaldi cedió la organización logística de su acto a la Madame, como agradecimiento por no haberle cobrado nunca, y esta montó un show espectacular, con tanta fama y renombre, que tocaba comprar su boleta tres meses en anticipado. El único que no pagaba nunca era Salmón, que se escapaba todas las noches para no perderse de las dos mejores horas del día, donde no se sabía si el juglar les iba a cantar sobre un pueblo donde no llovía pero donde todos tenían paraguas o les iba a pintar los arcoíris color ceniza del Eyjafjallajokull. La gente pagaba fortuna por las boletas revendidas, para no perderse lo que muchos libros de aventura habían descrito como una de las 101 cosas que ver o hacer antes de morir. Incluso en la casa club, no podían conseguir boletas siempre que querían, y todas las mañanas a la hora del desayuno se había instaurado la tradición de oir a Salmón, recopilar lo mejor de la noche anterior. Relato que siempre empezaba con "Garibaldi me contó que iba a hacer…" para que tanto el hijo como los padres pudieran pretender que el primero no se escapaba y que los segundos lo sabían y lo dejaban igual para no perderse de las nuevas del juglar. Fue gracias a esas charlas matinales, que se lograron preservar casi en su totalidad las historias de Procopio Garibaldi. Escritas con detalle por Kojo, siempre presente a la sombra de Tolomeo, anotando con el mayor de los cuidados todos los detalles de la familia Darién para los historiadores del futuro. Cuando el Palacio Darién fue saqueado, y los anales personales de la familia acabaron regados por todos los rincones de África, los que más fácil encontré, fueron precisamente estos. En su mayoría en vitrinas a prueba de bala como pieza central de alguna colección privada. Reliquias de tiempos pasados, de antaño de alegría que muchos dudan volverán a ver.

Pero en esas épocas, la música sonaba todas las noches, y las luces empezaban a durar hasta la madrugada, para quienes salieran del salón de exposiciones, pudieran ir a los cafés y a los parques a contar lo que venía de hacer el juglar adorado. Y fue así como se hicieron las fuentes que hoy reúnen a la gente a su alrededor, para cantar todos juntos con el sonido del agua que cae. Y se comenzaron a hacer teatros pequeños y salones de baile, para aquellos que salían dinamizados de las funciones y querían bailar y saltar y cantar y recrear las peleas imaginarias que Garibaldi tenía contra las Gorgonas del pasado y contra las truchas gigantes del Guadalquivir. Y un día todos con sorpresa se despertaron con la primera página de noticias del "Costero", anunciando dos buenas y una mala. El ministerio de la de las risas iba a construir una ópera para la nación, la cual estimaban estaría lista en un poco más de un año. Sería una ópera pequeña pero deslumbrante, con el mejor mármol portugués y con las mejores esmeraldas, para adornar el diseño de un amigo húngaro de Tolomeo, el mismo que llevaba diseñando los bellos palacios ministeriales desde hacía años. Para inaugurarla, quien más sino el único Procopio Garibaldi, haría un concierto con las mejores

operas italianas de veinticuatro horas de duración, para que todo el que quisiera pudiera ser parte del evento. La mala noticia sin embargo, esa función triunfal, sería la última del juglar en esa tierra que tanto lo había querido. Desde el imperio del Brasil le habían hecho una propuesta a la que no se podía negar. Lo invitaban a hacer su espectáculo todas las noches que quisiera en la opera de Manaus, para entretener a los oligarcas del caucho, que como contaría un gran escritor amante del mate y del futbol, mandaban a lavar sus ropas de gala a Lisboa, para no denigrarlas con el agua del rio amazonas.

En un abrir y cerrar de ojos, el mismo "Costero" anunciaba que había llegado el día. La inauguración de la ópera. Se habían repartido unas diez mil boletas, para que cada espectador pudiera observar al menos un acto de alguna de las óperas. El proceso para repartir las boletas no fue uno fácil. Para garantizar la igualdad de chances el ministerio de las risas había contratado un sub-comité conformado por los hombres y mujeres más ligados a las artes, con el fin de diseñar un sistema justo para la repartición de las boletas. Luego de un largo análisis se decidió un complejo sistema para complacer a todos, 10% de los tiquetes se regalarían entre los que habían ayudado a construir la ópera, para que escogieran entre ellos quienes irían o si venderían esos tiquetes al mejor postor y repartirse así la plata entre ellos como un bonus por su arduo trabajo. 5% sería vendido en los mercados internacionales para financiar en parte la construcción de la opera misma, otro 20% sería sorteado entre los habitantes de las regiones lejanas, para que ellos también fueran parte de la historia. 15% sería sorteado entre los habitantes de la ciudad vieja, y 15% entre los habitantes de la ciudad nueva. El 35% restante sería entregado a quienes lograran el mejor puntaje en un examen de italiano, para garantizar que al menos un tercio de los invitados entendieran con toda comprensión los cantos del juglar. A penas corrió la noticia, más de uno vio como la mejor de sus chances para asistir a la despedida del juglar, aprender italiano. De la noche a la mañana una gran parte de la población, se puso a aprender la lengua de Dante. Era usual ir en el tranvía y oir alguno recitar sus verbos, o ver en el parque clases de decenas repitiendo en unísono la lección del día. En el "Costero" empezaron a salir tips para saber cuándo la gramática se asimilaba más al español y cuando más al francés. Las familias empezaron a cocinar más pasta, y a comprar libros antiguos con recetas que los hiciesen practicar para el examen. Durante el mes previo al examen, organizado en conjunto entre el ministerio de las risas y el del ABC, por las calles del Protectorado solo se oía la melodía del idioma del renacimiento.

Llegó el día, con casi toda la población inscrita para tomar el examen, los dos ministerios tuvieron que elaborar un sistema impecable de verificación de documento, e instalación de centros de toma, un sistema que sería utilizado muchos años despues para las primeras elecciones libres de la nación. Durante dos horas, el silencio se apodero de toda la Costa Negra, y al acabar, su población entera por todo el país, se preguntó entre ella, sobre cuál era la respuesta de la pregunta 22, y como se conjugaba tal o tal verbo que nunca antes habían visto. Se guardaron las pruebas y se las mandó por correo certificado en miles de

bolsas a que fueran evaluadas a la academia de Mantova, donde accedieron corregir las decenas de miles de exámenes de forma gratuita pensando que el juglar era un pariente lejano del revolucionario y prócer de la patria. Luego de dos meses, llegaron los resultados. La mejor nota de todos los participantes fue para Violeta, quién sin embargo renunció al boleto, argumentando que solo había tomado el examen para probarse a ella misma y que el día del concierto tenía muchas clases que tomar. Tolomeo, Verde y Azul quedaron todos en el top 10. Salmón no hizo el examen ni se ganó ninguna de las rifas pero fue invitado de honor a ver el show tras bambalinas por el mismísimo Garibaldi. Alegría que tampoco se ganó ninguna de las rifas, decidió comprar una de las boletas que pusieron en venta los obreros a un precio extremadamente elevado, una inversión a la que siempre se refirió como una de las mejores de su vida. Vermelho era aún muy pequeño para esas cosas, y aún hubiera sido de edad suficiente, no lo hubiera disfrutado por ser algo para burgueses. A Felicidad también se le ofreció comprarle un boleto, pero se negó argumentando que prefería oir los ronroneos de su Emeterio. Todos tenían horarios diferentes, incluso Kojo, que se había ganado una de las boletas en la rifa, lo cual les permitió comparar el pedazo de historia que habían podido ver cada uno. Para llegar a la conclusión que habían presenciado uno de los espectáculos más maravillosos de la historia de esa joven nación.

Cada acto, de cada función, viviría para siempre en las mentes de los afortunados, que volvieron a sus casas, sus barrios, sus pueblos, sus ciudades y sus países como personas nuevas, que habían logrado asistir a ese convenio entre la voz y la belleza. Cada vez que se acababa una función, los que no habían podido quedarse con uno de los preciosos tiquetes, veían con celos y envidia, a aquellos que salían con los ojos aguados de la emoción, alabando al juglar que los dejaba. Para la última escena del último acto de la última función, y con la voz aún intacta luego de un día entero cantando, el escenario era más rosas y claveles que cualquier cosa. Acabó con un soneto conmovedor, y se fue llevado a hombros hasta la plaza central de Santa María, donde decenas de miles de personas vitorearon su nombre entre las lágrimas, para desvelarle una estatua en su honor. Allí les cantó por última vez, un O Sole Mio, y entre los aplausos se fue caminando como llegó, con un violín y una maletica, hacia el puerto, para seguir con su travesía por la vida.

IX

La partida del juglar dejó un vació en toda la nación, y cada uno a su manera trató de colmar esa pérdida de cualquier manera. Tolomeo y Alegría, decidieron que si la aventura se había ido, ellos la seguirían cada vez que pudiesen. Es por eso que en los años que siguieron al adiós de Garibaldi, los Darién se la pasaron tomando "La Cecilia" y sus variantes, para arriba y para abajo. Fue así que Tolomeo logró expandir su lista de amigos interesantes, desde egiptólogos en Alexandria que los llevaron entre los valles del ayer a descubrir las tumbas saqueadas de los Faraones, hasta marineros búlgaros retirados en la costa de Zanzíbar, con los cuales bebieron hasta la perdida de la memoria en veleros de caoba, y pasando por científicos masoquistas en los campos de azufre de Etiopía, aristócratas rusos en crisis existenciales buscando buena compañía para visitar la Isla Socotra, o astrólogos con pies negros extasiados por enseñar todas las constelaciones visibles desde las heladas noches del Sahara argelino. Y mientras Tolomeo hacía amistades, Alegría aprovechaba para aprender nuevas picardías y nuevos secretos en los juegos de azar y la psicología humana. En Madagascar ganó cuarenta y dos hectáreas de cultivos de vainilla, en filipinas setenta y un lingotes de oro, en Indonesia se quedó con tres cofres repletos de jades místicos, en la malasia británica accedió a la fórmula del nuevo caucho que salvaría la propia industria Fedeandina al menos por unos años. Y si los padres se divirtieron en esas excursiones de varios meses a la vez, que los obligaron a cruzar canales, tomar trenes, volar en globo, atravesar el desierto en caravana y aprender a leer en medio de tormentas, los hijos no disfrutarían menos.

Verde que ya andaba en edad de enamorar, entrelazó reuniones con Emperadores, Virreyes, Maharajás, Protectorizos, Sultanes, Emires y Reyes donde aprendía de liderazgo para el día que le tocara estar a cargo, junto a cocteles de gala siempre bien acompañado de las chicas del mundo que se peleaban por un vals junto al apuesto heredero. De esa manera no solo aprendió sobre el sistema de riegos en los campos de arroz del sudeste asiático, o el sistema de vías férreas en el subcontinente indio, pero también pudo disfrutar de citas románticas al borde del Ganges, picnics de a dos en las playas blancas de Mauricio, o piyamadas sin piyama en las arenas del desierto arábico. Y en cada viaje aparecía la opción de la verdadera aventura para Salmón y Violeta, no solo esa de conocer nuevos cielos sino la de llevar al límite el cuerpo y el alma. Así fueron practicando para lo que serían sus vidas. Mientras la hermana, leía los libros rescatados de la biblioteca de Alejandría en los archivos de Damasco y Bagdad, él se iba con algún guía a buscar las ruinas de los jardines de Babilonia, o a correr por los arcos de Palmira. Y mientras el hermano recorría en camellos de dos metros de alto las dunas de Wadi-Rum y los templos de Petra, ella practicaba su árabe con los beduinos ermitaños con más de un siglo de recuerdos y conocimientos. Y juntos se adentraron a la Meca a pesar de todos los riesgos, desde los extremistas hasta las epidemias de cólera, él por la necesidad de conocer y ella por el ansia de entender. Salmón

lloró al escalar la gran muralla y Violeta al ver por primera vez las impresiones xilográficas del periodo Edo. Y a ambos le agarró la carcajada eterna cuando Vermelho se resbaló con una cascara de banano en los escalones de Angkor Wat.

Cuando Vermelho por fin dejó de llorar por todo y tener miedo a cualquier cosa que se le cruzara, su familia pensó que había llegado el momento en que seguiría los triunfales pasos de todos sus consanguíneos. Pero su descubrimiento de un mundo sin lágrimas y sin miedo aparente no significaba que fuese más feliz o más valiente. El joven siempre andaba de mal humor, pero no era el mal humor que había caracterizado a su padre, cuando de joven sufría constantemente ante la estupidez humana. Era un mal humor inexplicable, veía a su mamá bailar en el salón junto a Tolomeo, y algo en su interior le hacía crujir sus entrañas. Cuando sus hermanos reían todos juntos a la hora de la cena, bromeando y haciéndose chistes entre ellos, Vermelho los miraba con apatía, cuando alguno para incluirlo le hacía algún comentario cómico, él solo fruncía el ceño más. Nada parecía traerle alegría, ni los ecos de la playa, ni los animales de la reserva que venían a lamerlo ordenados por Felicidad, ni los miles de juguetes que su padre le mandaba a traer de las jugueterías rusas, ni los excéntricos compañeros de mesa de su madre, con sus turbantes, sus trajes y sus anécdotas. Ni siquiera la inmensidad parecía hacerle la menor de las cosquillas. Mientras todos quedaban sin palabras ante la punta milenaria de la pirámide de Keops, el tan solo veía un montón de piedras, en el Taj Majal bostezó tanto que por primera vez en tres años las lágrimas volvían a él. Las aguas fosforescentes de las maldivas y los campos carmines de Panjin, no solo no le causaron la menor conmoción, sino que lo hicieron enojar al punto que le dio jaqueca. Ni siquiera en las largas noches de transatlántico, cuando las estrellas del cielo y las del mar se encontraban a mitad de camino con las auroras perdidas y las estrellas fugaces, su corazón podía abrirse a la emoción. Sus allegados debieron preocuparse y luchar con todas sus fuerzas para mostrarle la luz, pero entre tantas maravillas que la vida les traía, sacrificar sus energías por lo que los doctores y la intuición les decían eran berrinches de la primera edad, parecía una pérdida de ese tiempo tan efímero que tanto podían explotar y disfrutar. Por eso en vez de acorazarlo con tiempo y dedicación, lo dejaron a la deriva de la vida, en su rincón de la casa, para que descubriera como todos lo habían hecho antes desde sus respectivas esquinas, su sendero por seguir.

Pero claramente no todos nacen agraciados con la brújula del sentido, y sin el compás del cariño, Vermelho fue tomando poco a poco la mala costumbre del error. Y todos convencidos en la teoría que tarde o temprano sería como ellos, se lo tomaban con el humor que a él le faltaba, para ver si así se lo contagiaban. Si había dos opciones posibles, Vermelho siempre escogía la peor, si él decía que playa, ese día las olas eran tan bruscas que ni siquiera Tolomeo con su físico de toro podía adentrarse al mar, si decía que reserva ese día, las leonas estaban en celo, y todos los felinos afilaban sus garras y mordían sin piedad a cualquiera que se les acercara lo más mínimo. Si sugería comer manzanas, salían con gusanos, si pedía kiwis salían maduros, si quería piñas el tallo era irrompible, si se le

apetecían naranjas salían amargas. Y así con cada decisión, cada giro, cada idea, siempre el error. Sus hermanos se morían de risa con su habilidad para la equivocación constante. En los viajes utilizaban su talento, para poder escoger la excursión, o el restaurante correcto. Incluso sus padres acudían a su falta de criterio para decidir el destino a seguir, y así lograron por muchos años evitar guerras, plagas, insurrecciones y desastres climáticos, siempre siguiendo la regla de hacer lo opuesto a lo que dijera el hijo menor. Pero sus hermanos lo llevaban al extremo. Siempre que había algún dilema de opción múltiple rondando en sus cabezas, corrían al cuarto rojo de su hermano a pedirle consejo. Y él enojado les decía de mala gana su parecer, para enojarse aún más cuando los veía hacer exactamente lo opuesto una y otra vez con la sonrisa más grande en sus bocas. Intentó mentir para sabotearlos, no seguir su corazón, sino decir lo opuesto a lo que normalmente diría, pero su falta de talento también incluía el de engañar a propósito y sus hermanos leían en sus ojos negros su verdadera intención.

En el caso más llamativo a su don por el desliz antes de que empezara a hablar de plusvalía en las fábricas a las afueras de Santa María, se fue a dormir una noche más amargado que de costumbre. Azul quién más disfrutaba de las bromas ante los futuros incorrectos de su hermano, le preguntó sobre el porqué la cara larga, y este le respondió que con esas nubes que se veían en el mar, el día siguiente estaría marcado por un diluvio tal que tendría que quedarse encerrado todo el día en su esquina solitaria. Por primera vez los hermanos concordaron con el menor, hasta la misma Violeta mirando las nubes y calculando la velocidad de los vientos, sumado al historial histórico de tormenta en ese mes, llegó a la conclusión que al día siguiente llovería a cantaros. Pero Azul a pesar de hacer parte de la unanimidad del mal tiempo, aseguró que sería un día de sol veraniego y no se limitó a eso, mandó a los mensajeros a que dieran la noticia en todas las casas de sus amigos, el día siguiente sería uno de una fiesta en la playa con él de anfitrión. Todos se fueron a dormir entre las habituales carcajadas, salvo claro Vermelho Darién que como todos los días e incluso más que nunca se acostó con el corazón lleno de ira. Al despertar la gran sorpresa, las nubes habían llegado, pero lejos de ser nubes grises cargadas de lágrimas celestiales, eran nubes blancas, casi translucidas, por las cuales los rayos del sol se dividían uno a uno en los colores del arcoíris. Los cielos se pintaron de los siete colores de la luz, y el viento llegó no con brisas heladas sino con un respiro de calor armonioso. Era un día tan lindo, que todos por un acto reflejo dentro de sus genes, dejaron los quehaceres e incluso los ministros temerosos desde hacía años, salieron a las calles a bañarse de tal belleza. Se corrió el rumor de la fiesta de Azul y las playas negras del litoral de la casa club se fueron llenando poco a poco de todos los habitantes de las dos ciudades, para festejar la belleza agraciada por la naturaleza. Un día que viviría en el recuerdo por muchos años como el más bello de la nación, hasta el día celestial en que Verde subiría a los cielos.

La fiesta playera confirmó la creciente reputación de Azul, que en los viajes de esos años había adquirido un hobby que sería fundamental para el Protectorado. En esos viajes

emocionantes por las diferentes culturas del mundo no occidental, Azul deambulaba solo por las vías de ese gran mundo, buscando un rol que le sacara a muchos de la cabeza que era una versión más pequeña de su hermano mayor. Le impresionaba que cada uno de sus hermanos tuviera una pasión característica, se asombraba su hermana Felicidad encontraba en cada horizonte un nuevo reto, como convencía a los pandas en los montes chinos de reproducirse entre ellos, como le enseñaba a los dragones de comodo a lamer sin inyectar toxinas, o como le enseñaba a los orangutanes de borneo la lengua de signos que había aprendido de los gorilas gaboneses. Él en cambio se limitaba a sorprenderse con cada sitio nuevo, disfrutaba un poco de todo, de la aventura, de los conocimientos, de las chicas, de las nuevas amistades, de las constantes rabietas del hermano ante cada equivocación. En cada lugar que los recibía, probaba algún hobby nuevo con la esperanza de engancharse. Lo intentó todo, tomó clases de ajedrez con el mismo profesor del Shaa de Irán, jugó golf en las mesetas de Kashimir, y pasó horas y horas pescando peces extintos en la costa japonesa, pero no fue hasta uno de los ultimos paseos familiares que hicieron en juntos, una gran excursión al continente Australiano y las islas aledañas, que no descubriría la que sería su gran pasión.

Sus padres se habían ido con Salmón y Felicidad al Outback australiano, su hermano mayor tenía reuniones con parlamentarios, Violeta se había quedado en el hotel de Sydney leyendo con atención los avances constantes que la ciencia estaba logrando y de paso servía de niñera para el hermano menor, que con los brazos cruzados y mostrando que su cuerpo podía haber recorrido medio mundo, pero su mente nunca había abandonado su cuarto rojo en Santa María, despotricaba en voz baja de todos en su familia. Azul por su parte se había ido a la costa, le habían hablado de la oportunidad de sumergirse a las profundidades de los océanos para explorar su fauna al mejor estilo de una fantasía de Jules Verne. Pero no fue el buceo que lo terminaría conquistando. Sería ver a esos locales con tablas de madera pintadas con colores y decoraciones polinesias montando olas pequeñas, grandes y gigantes con la gracia que solo había visto antes en las peleas de esgrima. Los miró con cuidado, como se montaban, pedaleaban y en el momento justo saltaban para hacerse dueños del mar. Parecía tan simple como complicado, pero estaba convencido que costase lo que costase quería dominar ese arte. Pasó las siguientes semanas aprendiendo lo básico, y cuando fue el momento de emprender el barco de vuelta a su propia costa, convenció a uno de los mejores de ese nuevo deporte que se viniera con él al Protectorado para seguir con las enseñanzas. Incluso al cruzar el cabo de la buena esperanza, y ver las olas gigantes que chocaban sus playas, decidió bajarse del barco y tomarse una semanas con su instructor para descubrir las olas de la gran Sudáfrica. Tolomeo no puso problema, ya que lo único que le había pedido siempre a sus hijos, desde que notó que tenían cualidades para triunfar en lo que se propusieran, fue que fueran buenas personas, mientras que Alegría le bastaba con que fuesen felices. Es por eso que Azul convirtió el par de semanas en un par de meses y fue subiendo la costa, junto a las olas, y al llegar por fin a las playas de arena negra que llamaba hogar, ya parecía un experto más en ese oficio de volar sobre el agua.

Como su hermano mayor tenía bajo control a todos los ministros, Azul pudo dedicarse a su nueva pasión, mandó a construir las mejores tablas posibles, utilizando toda la sabiduría de los científicos aerodinámicos que en esos tiempos trabajaban para el ministerio de la Honestidad. Tomaba alguno de los coches y recorría la costa buscando los mejores lugares para domar el océano. En más de una ocasión, acompañó a los delegados del ministerio del ¿Cómo andas? a Liberia, Marruecos e incluso Mozambique, pero en vez de negociar tratados bi-laterales sobre tarifas y cooperación, él se escapaba con su tabla a las costas y daba una demostración del poderío humano que por la juerga había logrado convertir las furias de Poseidón en una diversión más. Era un pasatiempo divertido, y poco a poco eran más los curiosos que llegaban a la casa club a preguntar si podían unirse a esa aventura al que le decían surf. A Azul no le quedó de otra que crear la Fundación de Surfistas de Santa María la Nueva y del Protectorado Del Darién, que para simplificar y con la esperanza de un día englobar más deportes quedó como La Fundación Santa María. Azul le enseñó a su sequito de jóvenes en vacaciones, adultos retirados, y amas de casa aburridas, lo que él había aprendido en ese corto tiempo. Y las playas negras empezaron a decorarse de los colores alegres de las tablas aerodinámicas, de las risas mezcladas con mar y de los suspiros de la aventura. La popularidad de Azul y sus tablas aerodinámicas se expandieron primero por todo el país y luego a todos los rincones de surfistas. Y como solía ser el caso con todos los eventos de importancia en esas tierras aún alegres, los barcos de extranjeros fueron llegando cada vez más numerosos a ver con sus propios ojos si todas esas maravillas eran ciertas. Así que el ministerio del Bienvenidos, armaba tures que empezaban con la visita a la fábrica de vidrios de memoria, que seguían con un chapuzón en las playas negras con clase de surf incluida y que acababa por la noche con un algún recital de la orquesta nacional en la Opera.

Azul disfrutaba esa nueva vida, lejos de las sombras de los ministros y de su hermano, planeando viajes, enseñando técnicas y disfrutando del sol y la brisa junto al mar. En el famoso día bonito cuando los cielos se vistieron de arcoíris para hacer quedar mal a Vermelho, él y los suyos se aventaron al mar con los cristales fotográficos y desde sus olas y con el mayor de los cuidados para no cortarse encapsularon en sus vidrios rotos los cielos reflejados en el mundo submarino. Ya volviendo los tomó por sorpresa una ola y muchos de los vidrios aún sin usar acabaron cayendo a las profundidades del mar. Con tanta belleza en las alturas, poco les importó en el momento. Pero al cabo de dos semanas, un par de esos vidrios envuelto en plástico lograron encontrar su camino hacia la playa. Y en sus fisuras retrataban, no solo la belleza del mar profundo, sino también peces y creaturas de belleza única. En los vidrios rotos se encontraron con cardúmenes de rojo carmín mezclados con pulpos violetas y tiburones amarillos. Imágenes de langostas de dos metros y de rayas fosforescentes que cautivaron sus espíritus. La Fundación Santa María, se diversificó entonces al buceo. Y sus integrantes comenzaron a ir en canoas hasta altamar, y hundirse con piedras para poder pisar el fondo de la costa y ver con sus propios ojos, esos colores acetaticos y esa fauna aguada. Azul encabezaba cada expedición y fue el quien con la ayuda

de sus hermanas logró aprender a distinguir entre las anguilas eléctricas amantes del contacto y las serpientes que nadan en busca de presas, o entre los tiburones inofensivos y los pulpos de anillos venenosos. Entre más veían, más el bichito de la curiosidad hacía sus estragos, y entre los más aventureros nacía la necesidad de querer más. Cambiaron las canoas, por barquitos para adentrarse cada vez más a las profundidades del mar. Y en esos nuevos paseos se encontraron con atunes de tres metros, peces espadas con alas y calamares mitológicos cazando delfines y ballenas. Fue en una de esas expediciones en las cuencas del mar siguiendo tortugas perdidas que Azul notó una fisura en la tierra de la que salía un líquido de una espesura oscura. De inmediato reconoció que era petróleo.

Un mes más tarde, tras verificación casi de inmediata del ministerio de la Honestidad, el ministerio de las Muchas Gracias asesorado por sus expertos se ponía a construir las extractoras y las refinerías que llenarían al Protectorado de riquezas. Tolomeo que sabía que este nuevo descubrimiento sería la llave a la más grande de las armonías pero que también podía ser el causante de las más grandes desgracias, nombró inmediatamente a la Fundación Santa María como detentora de los derechos de explotación de petróleo de la Costa Negra por cien años. Se inventó un modelo legal asesorado por los mejores abogados neoyorquinos, para que los dividendos dieran la fundación fueran distribuidos al estado fedeandino, al Protectorado, pero que una parte no insignificante quedara a manos de la Fundación para usos caritativos. Así en un pestañeo del destino, la Fundación Santa María pasó de ser una dedicada a los deportes acuáticos, que de ahora en adelante pasaban a ser organizados por el recien creado Ministerio del Sudor, como se le llamó a lo que debería ser al de los deportes, a convertirse en una explotadora de petróleo con fines benéficos, bajo la dirección de Azul como director general.

En la Metrópoli la noticia del descubrimiento del petróleo en su colonia fue recibida con gran entusiasmo, una nueva noticia positiva en la larga lista de buenas nuevas. El país seguía siendo un ejemplo para el mundo por su unidad política y su intachable eficacia para todo, como se había demostrado con su cooperación remarcable con los americanos para la construcción del canal de Panamá, la cual se esperaba demoraría unos años más, para ser estrenada justo a tiempo para la feria mundial de 1915 que planeaban organizar en la ciudad pacífica. Su posición como potencia se hacía cada día más evidente, y sus embajadores en las grandes naciones comenzaban a tomar un rol de importancia en las reuniones clandestinas de cocteles y aperitivos. Mientras que en las grandes ciudades se comenzaban a construir grandes proyectos de infraestructura, monumentos y barrios bonitos. Era tal el esplendor que los adjetivos de toda la vida comenzaron a ser remplazados por comparaciones, Bogotá pasó a ser llamada la Atenas de Sudamérica, Lima se volvió la Viena, Quito la Budapest, Guayaquil la Amsterdam y Caracas la Roma, Panamá la Bangkok y así para Medellín, Cuenca, Cuzco, Maracaibo, Santa Cruz o la Paz, con las que

los guías locales y los operadores de turismo tuvieron que ponerse creativos para encontrar en el viejo mundo bellezas iguales a las propias.

Se hablaba incluso que en esa gran nación se llevaban tan bien, que la única razón por la cual no habían hospedado unos juegos olímpicos se debía a que ni el alcalde de Caracas le quería quitar el honor a Lima, ni el de Lima a Caracas para ser la primera ciudad en el hemisferio sur en albergar los renacidos juegos. La ciencia y la cultura florecían casi tanto como en su colonia, y las universidades estatales comenzaban a rivalizar a las americanas y las europeas. Las grandes familias vivían tan bien, que incluso aceptaban los impuestos progresivos que proponían sus gobernantes, la clase media y trabajadora gozaba de tantos beneficios, que los venenos del anarquismo, el comunismo y todos los otros ismos, que resonaban en murmullos en las otras potencias industriales no les llamaban la más mínima de la atención. Todos actuaban de manera irreprochable entre ellos, como lo pedía la constitución por al menos cuatro décadas más, y los únicos que andaban con caras de pocos amigos, eran las minorías étnicas que la constitución se había olvidado de proteger. Ellos seguían en la miseria, sin ayuda, ni estado, abandonados a la merced de la suerte y debiendo luchar contra viento y marea si osaban salir de sus vidas predeterminadas. Pero a esos barrancos en las faldas de las grandes ciudades y esos pueblos sin vías ni banderas, nunca llegaban los turistas europeos o americanos, que volvían a sus países encantados de esa federación de seis naciones y cincuenta climas, como la promocionaban en las agencias de turismo del exterior.

Ya no podían hacer como en épocas anteriores, donde los embarcaban en los barcos hacia el Darién Africano con engaños. Ya esa costa que tantos problemas les había causado era uno de sus más grandes orgullos como para mancharla de esa forma. Y ahora a parte de todo tenía petróleo, para complementar sus exportaciones en cacao y café que tanto dinero le daban a la nación. Los “Ca-Cas” como se les había referido por tantos años puertas adentro de los clubs de sociedad, se habían vuelto los “Pe-Cas”, aunque había algún otro que aún les decía despectivamente “Pe-Ca-Cas”. Como en todo el mundo, los clubes de la alta sociedad no eran exentos a los rumores sobre su colonia, y a pesar de la reiteración continua sobre sus progresos y maravillas, los altos dirigentes de la nación que encabezaban los saunas de los campestres, nunca creyeron tanta belleza, creyendo muchos hasta el día de su muerte, que Tolomeo más que un gran estadista, era un gran publicista. Por eso cuando él les decía, que habían producido cinco veces más toneladas de café y seis veces más toneladas de cacao de lo que ellos habían calculado y que por ello, se quedaba con la mitad para su protectorado, ellos se reían pensando que eran puras fanfarronerías del barbudo, para dárselas. Le decían que sí a todo, mientras a las arcas de la nación entrara lo que ellos desde a la distancia calculaban les debía entrar. Subestimaron siempre las tierras dotadas de su colonia, y no se darían cuenta que Tolomeo y sus hijos nunca les dijeron la menor mentira hasta muchos años más tarde cuando por fin un jefe de estado se dignó a visitar el Darién Africano. Con el petróleo y la Fundación Santa María pasó lo mismo que con las

esmeraldas y los diamantes. Tolomeo les dijo que había encontrado ríos de esmeraldas, y mares de diamantes pero que no les iba a enviar ni uno solo, porque se había gastado esa plata en profesores franceses para luchar contra una plaga lingüística y en hacer una ópera para despedir a Garibaldi como se lo merecía por tantas alegrías dadas a la nación y que con lo que sobraba se iba a poner a construir vías y hacer un fondo para cualquier infraestructura que se le fuera ocurriendo. Y de hecho, si me perdonan la expresión, fue con esa plata que se hicieron las refinerías y plantas de extracción que de otra manera no hubieran sido aprobadas por los burócratas, y aún se seguiría vendiendo petróleo bruto para comprarlo después refinado al doble de precio.

En esa ocasión creyeron que se había enloquecido o que era una broma digna de sus frases misteriosas, hablando de revolucionarios y plagas fonéticas y ni siquiera dignaron su carta de respuesta alguna. De ese modo la noticia del petróleo fue recibida con alegría, pero nadie le creyó a las estimaciones de los disque científicos africanos sobre la cantidad de barriles que podrían sacar cada año. Por eso cuando Tolomeo les prometió la cantidad casi irrealista que les prometió por años, les pareció tan exagerada, que nunca se imaginaron que esos dos tercios que según él se quedaban al otro lado del atlántico pudiesen ser reales. Y así millones de barriles que en otra realidad hubieran terminado en américa, acabaron en las manos de una pequeña colonia. Porque tal como decía Tolomeo con una de sus frases raras que nadie le entendía, la mejor manera de engañar al deshonesto es siéndole honesto.

Pero no todas las grandes familias de esa gran federación subestimaban las capacidades y verdades de su Darién Africano. En cada rincón había alguna, que creía tanta belleza, fuese por conocidos europeos que habían ido al gran palacio de exposiciones a perder sus ahorros con Alegría, o por comerciantes de caucho que en sus pasos por Manaus habían presenciado los relatos del juglar Garibaldi, o simplemente porque aún en sus pueblos existía la buena costumbre de creer en la palabra ajena. Así que cuando llegó la noticia del petróleo, y la siguiente noticia que el protectorado por un lado o por el otro se quedaría con dos tercios de la producción, entendieron que si había una última oportunidad de subirse al tren colonial era ese. “La Cecilia” que a pesar de los años seguía haciendo su ruta, se llenó de más de un joven de buena familia queriendo integrar algún ministerio protectoral, y de un montón de chicas apuestas y de buenas costumbres enviadas por sus familias a conquistar todo corazón disponible que se pudiese. Y los miles de metropolitanos como se les conoció a esa generación que llegó al olor del petróleo, vivió lo mismo que vivieron y vivirían todos los forasteros al llegar a esa costa negra, se encontraron un mundo que jamás se habían imaginado, por más que estuvieran advertidos. La inmobiliaria de las Habibis y la familia Darién les consiguió hogares cómodos, según sus preferencias, en los edificios de lujo de la ciudad nueva para quedar cerca a los ministerios, o las casas coloridas con encanto rustico de la ciudad vieja para quedar cerca a los cafés y bares donde llegaban los ricos a relajarse. Para el trabajo no había problemas, con la plata del petróleo, las minas y los excedentes agropecuarios, y bancos prestando dinero a diestra y siniestra a cualquier

empresa que quisiera lanzarse al emprendimiento lo que había eran ofertas laborales para cualquier oficio imaginable, desde funcionarios, hasta ingenieros pasando por profesores, contadores o constructores. Por último y más importante la Madame que ya por su edad había delegado las riendas del emporio, se había dedicado a utilizar su experiencia en los movimientos del amor, para dedicar su energía como casamentera.

Y con cada barco y con cada nuevo cliente potencial desembarcando en sus puertos, la Madame fue jugando y mezclando un poco de todo con tal de hacer las parejas perfectas, fue uniendo a locales poderosos con jóvenes inocentes, y futuros funcionarios con hijas de funcionarios ya por retirar, empresarios timoratos con chicas con agallas, mientras que las jóvenes que habían llegado llorando y querían volver a casa a esas las logró emparejar con los comerciantes que se la pasaban entre los dos continentes. A las que se veían conflictivas las emparejó con los que se veían conflictivos para que fuesen felices siendo infelices, e incluso emparejó a todos esos que llevaban toda la vida enamorados unos de los otros pero que no se habían atrevido a seguir su amor. Hasta hizo milagros como cuando emparejó a dos hombres entre si así fuera prohibido por la ley de la Federación, haciéndolos casar cada uno con una mujer enamorada de la otra y de pasó les vendió casas conjuntas que compartían patio para que pudieran mezclarse como quisieran sin que a nadie le incumbiera. El único milagro que no logró cumplir, fue el que le pedían todas las chicas e incluso algún chico, cuando recien bajadas del barco le rogaban que hiciese todo lo posible para que su otra mitad resultara ser alguno de los dos hijos mayores del Protectorizo. Y no lo pudo lograr, porqué el destino se le adelantó y tanto Verde com Azul encontraría su amor definitivo sin necesidad alguna de sus servicios.

X

Para sorpresa de nadie se casaron ambos con Marías. Las grandes familias de la Federación, habían llegado a la conclusión cada una por su lado, que la probabilidad de casar sus hijas a ricos hombres del protectorado aumentarían si estas llevaban en su nombre el mismo que la ciudad a la que las mandaban. Por eso tras un montón de papeleos y cambios de nombres en las diversas notarías de la nación, llegaron a los puertos de Santa María la Nueva del Darién, miles y miles de mujeres con un María suelto en algún lado. Según los datos de la aduana en 1911 se presentaron 3506 Marías, 2481 Ana Marías, 785 María Jimenas o María Ximenas, 697 María Josés o José Marías, 499 María Julianas, 414 María Camilas, y 402 María Anastasias. Y entre las miles más de Marías algo resaltan las 176 Marianas e incluso 3 María María, sorprende por otro lado que no hubiera ni una sola María Antonieta. Pero las Marías que saldrían en los árboles genealógicos que nos interesan no llevarían ninguno de esos nombres, la primera la que se robaría el corazón de Verde sería una de las 9 María Eduardas, mientras que una de las 87 María Victorias sería la que encantaría a Azul. Las conocieron el mismo día en circunstancias totalmente opuestas. Verde la conoció por la mañana, el ministro desdichado del día había salido el del ABC, y al hijo mayor de los Darién se le dio por hacer visitas sorpresas junto al ministro sudoroso a diferentes escuelas primarias de las dos ciudades. Luego de tres escuelas, ya Verde había rellenado medio cuaderno de anotaciones, y con cada nueva movida horizontal de cabeza y tajada de lápiz, el pobre ministro se ponía aún más pálido. Trató de convencerlo a que fueran a la escuela insignia de la nación, el recién abierto Liceo Francés Jules Verne de Santa María, pero Verde no se dejó engañar por los trucos y pidió ir a una de las escuelas públicas al borde del fin de la ciudad vieja. Entraron sigilosamente a la pequeña casa de tres cuartos y un jardín, y ahí se encontraron a una profesora de pelo castaño enseñándole a los niños los nombres de los colores y de los animales en los tres idiomas oficiales de la nación, les hablaba de las mariposas amarillas, les papillons jaunes y le farfalle gialle. Y los niños, todos claramente locales como se le llamaba aún luego de treinta años a los de piel morena, repetían con sonrisas exagerando los acentos que hacía su profesora. Verde se enamoró de su voz antes que nada, le encantó como su acento misterioso le permitía hacer resonar de forma ton armónica palabras tan distintas como ardilla, écureuil o scoiattolo. Luego cuando se le acercó al final de la clase, y por fin pudo ver algo más que su cabellera. Se sorprendió con su sonrisa y sus ojos verdes, e inmediatamente supo que un día se casaría con ella.

Le perdonó la vida al ministro, y citó a la joven chica de Sucre a la fiesta de ese día. Porque cada día había alguna fiesta, algún concierto o alguna exposición. La vida cultural de la ciudad era una de las más movidas de todo el mundo, y en el pleno apogeo de la primera globalización, no era raro en una semana ver obras de pintores húngaros en el palacio de exposiciones, oir algún concierto de monjes tibetanos en la Opera, y asistir a alguna gala en la embajada colonial británica, algún aperitivo en la embajada colonial francesa y acabar la

semana con un desayuno tardío en la casa club. Ese día el evento destacado ocurría en la casa eslava, donde un grupo folclórico ruso venía tocando desde hacía unas cuantas semanas en lo que era su tour mundial en la época en que el mundo incluía más partes que Norte America, Europa del oeste y Japón. En esa fiesta se encontraba María Victoria para que la conociera Azul, quien casi no va por andar surfeando.

Como ahora andaba de gerente de una de las empresas más importantes de la nación, no le quedaba otra que pasar todo el día resolviendo problemas como su papá y como su hermano. Lo hacía con gusto como lo había hecho toda la vida, pero sería mentir no admitir que extrañaba esos meses en que se la había pasado entre las olas calientes de la costa. Para calmar esa nostalgia había adquirido la costumbre de tomar su tabla e irse a surfear en las noches en que la luna iluminaba el mar. Esa noche en especial, la luna brillaba en exceso, y las olas eran bravas pero respetuosas. Se hubiera podido quedar hasta el amanecer, pero había dado su palabra al esloveno que organizaba las noches en la casa eslava, que estaría ahí esa noche. El deber pudo más que el placer, y tras haberse secado, y puesto su traje de fiestas de amistades, tomó el coche hasta la ciudad nueva. Recién entrado vio a su hermano jugando con el pelo de su cita en un rincón de la gran sala. Se quedó en la entrada buscando con los ojos a su amigo alpino, cuando la banda rusa empezó a tocar una canción nueva. Advirtieron que era una canción tradicional rusa, sobre ojos negros que fascinan y ojos negros que lastiman pero que se aventuraban a cantarla en español con una letra más cerca a la traducción que le daban en los cafés de Bruselas que en los tangos porteños. Así Azul se puso a escuchar, una voz nostálgica cantando “En tus ojos negros yo me perdí, con el alma en pena te busco sin fin, me da tanto miedo esta adoración, ¿es la mala hora o una maldición?”. Y ahí vio a Maria Victoria que andaba bailando con su cita mientras la voz ronca seguía. “A nuestro alrededor suenan las sirenas, ebrios en champaña a nadie le da pena, tus ojos negros me llenan de amor, pero cuando miran solo siento dolor”. En ese giro, ella lo notó, apoyado sobre el marco de la entrada, mirándola fijamente, como ella lo haría por el siguiente verso. “Buscando tus caricias pierdo la razón, ven y bésame me quemó de pasión, tus ojos negros, que luz tenebrosa, iluminan esta noche tan misteriosa”. El giro la dejaba mirando la banda, sintiendo un vació, los miraba con angustia como el hombre de la canción, esperando que sus palabras corrieran rápido para girar de nuevo, “Te quiero solo a ti y por eso este canto, es un tormentoso error quererte tanto, contra tus ojos negros no puedo luchar, me hunden sin querer en este dulce mar”. La última estrofa los dejó de vuelta con miradas cruzadas y entrelazadas. “Estoy loco por ti mi linda adorada, incluso si mi vida se ha vuelto endemoniada, por tus ojos negros hice esta canción, brindo por ellos ¡Ochi Chernye!”.

Ella no demoró en buscar una excusa para dejar la cita y este al notar que se iba a hablar con el tercer hombre más poderoso de la nación y quizás el más interesante, entendió que todo estaba perdido. Él la notó por fin de cerca, no tenía ojos negros como los de la canción, sino unos azules de mar profundo, que iban muy bien con su cabellera dorada y su

acento de la Valencia venezolana. Se sorprendió al escuchar que no vivía en el protectorado, y que a pesar de su nombre, no era una de las muchas Marías nuevas atraídas por el petróleo. Estudiaba en Roma y si estaba en esos soles tan lejanos no era más porque su hermano, que sí que era uno de los llegados en "La Cecilia", le había conseguido un tiquete de bote barato al ser funcionario del Ministerio del Bienvenidos. Le advirtió que en un mes tomaba el bote de vuelta y que ni se fuera a hacer ilusiones, que nada le iba a impedir volver a la ciudad eterna. Azul aceptó el reto y copiando los gestos de su hermano comenzó a juguetear con las mechas doradas que vibraban con la música.

Al mes del día de los dos amores, ya María Eduarda cenaba todas las noches en la gran mesa familiar de la casa club y María Victoria se iba llorando en su bote a Roma prometiendo escribir cada día y diligenciar los papeles necesarios para proseguir sus estudios de arqueología en la universidad de la Costa. A los seis meses ya María Victoria había vuelto y María Eduarda le enseñaba a Alegría las bases del portugués, el único idioma que siempre había querido aprender. Y a los nueve meses del día de la luna brillante y los acordeones rusos, ambas parejas anunciaban que se casaban. Como el amor no les había quitado lo prácticos, decidieron hacer una gran boda doble en el palacio de las exposiciones. Y como aún los Darién estaban de facto excomulgados por las travesuras del padre en su niñez, le tocó a Tolomeo como jefe de estado auspiciar la doble boda. Los pisos de granito se llenaron de miles de orquídeas azules y verdes enviadas directamente de la primavera andina. Y el único invitado que no se apareció a la hora indicada fue el presidente de la nación, que no veía la lógica de tomar un barco por semanas para ir a ver negros y asistir a una boda de dos veinteañeros. De los demás no faltó ninguno, y hasta los europeos más meñique-alzados que habían conocido en los viajes no dudaron en pegarse el viaje al Protectorado con la esperanza de cruzarse con Procopio Garibaldi. Que claro que llegó para tocar la canción del primer baile de las dos parejas. Entre los miles de invitados, destacaron tanto artistas como científicos, como jefes de estado y como guías y marineros. Los padres de las dos muchachas al igual que sus hermanos y hermanas, pisaron por primera vez esas tierras místicas, y fue tal la conmoción de la sorpresa que todos mandaron telegramas respectivos a sus hogares para decir que les mandaran sus pertenencias por que no volvían más a las américas luego de conocer ese mundo.

La boda fue un éxito total, con pájaros amaestrados por Felicidad volando de lado a lado siguiendo la armonía del juglar. Nunca se volvió a comer tan bien ni beber tanto en una fiesta, y más de un monarca asiático acabó bailando la chacha con los sirvientes. Fue una fiesta tan buena que duró tres días y tres noches, donde entre el baile, la comida y la juerga, se podía oir los debates e intercambios de conocimientos entre los invitados. O ver a los delegados alemanes abrazados con los británicos y franceses prometiéndose amor eterno luego de haberse tomado cada uno, tres litros del mejor mezcal, cortesía de la delegación mexicana que andaba por el mundo gastándose la plata del pueblo. Hubo juegos y rifas todos ganados por Alegría, y el único quejido que se oyó en las casi cien horas que duró la

celebración del amor, fue el de Vermelho diciendo que toda esa plata gastada se la hubieran podido regalar a los campesinos pobres del resto de áfrica. Pero nadie le hizo caso, pensando que algún día se le pasaría la conciencia social, para disfrutar de los cantos del juglar sobre las anacondas moradas del amazonas. Fue el mismo juglar que les canto *Plaisir D'Amour,* a Verde y María Eduarda, y Ochi Chernye en su ruso original a Azul y María Victoria, cuando los dejaron por fin irse a sus lunas de miel en las maldivas y Tahití respectivamente. Y aunque la fiesta acabó con el show de magia de Houdini que a pesar de no estar en la lista de invitados se apareció por allá al segundo día de maracas. La siguieron en la casa club, en las playas y en las calles, para que se uniera todo el pueblo que llevaba tres días oyendo risas y oliendo alcohol con una pizca de celos. Y cuando a Tolomeo, los ministros, funcionarios, diplomáticos y demás salariados les tocó volver a sus oficios, los que no tenían responsabilidades la siguieron por las carreteras y durante dos meses recorrieron el país bailando con cualquiera que se les quisiera unir.

Entre tanta alegría generada por el amor, Tolomeo que preveía todas las eventualidades posibles, se dio cuenta que los primeros nietos llegarían en cuestión de tiempo, y que la casa club no iba a poder albergar cómodamente a tanto nuevo llegado. Así que se puso a recorrer las dos ciudades buscando una casa nueva para todos, y al no encontrar nada que le satisficiera al cien por cien, se compró un terreno gigante en la mitad exacta de la ciudad vieja y Santa María la Nueva del Darién, en el cual prometió construir una casa tan linda y tan grande que cualquier Darién que naciera podría vivir en ella feliz el resto de sus vidas. La noticia se corrió por el mundo, y a los puertos empezaron a desembarcar arquitectos de los siete mares, cada uno con un proyecto más excéntrico y grandiosísimo que el anterior. Y a pesar que los nombres más importantes de la época se reunieron con Tolomeo para explicarle los detalles de sus sueños, casas gigantes con pasillos infinitos, copias de palacios y castillos, bloques de hormigón decorados con cristal, casas de arena, o construidas hacía abajo para empezar la revolución de las madrigueras, incluso hubo alguno que pidió excavar el suelo y hacer una casa sumergida en un lago artificial. Pero Tolomeo no contrató a ninguno de esos europeos locos sino que se fue por un arquitecto desconocido de Hong Kong, que se lo ganó con un diseño basado en la flexibilidad del bambú y la elegancia de la madera, el chino prometía lo imposible, una vivienda que se podía cambiar en cualquier momento, para ponerle más pisos, menos pisos, sacarlos sin que se cayera la construcción, para ponerlos más arriba o más abajo, o porque no en medio del bosque que también iba a plantar de árboles y flores para que en él vivieran los pájaros del mundo entero, con ese sistema revolucionario no habría necesidad de esperar hasta el fin de la obra para irse pasándose poquito a poquito a los diferentes pisos extraíbles a medida que fueran saliendo. Porque eso si les advertía que tal complejidad nunca antes hecha, tomaría tiempo, y que la última pieza se pondría si les iba bien no antes de diez años, pero que una vez terminada, con todos los pisos en orden y no regados por ahí como cabañas, tendrían una gran torre de belleza milenaria, capaz de ser dividida en dos, cuatro, ocho o cualquier

múltiple de dos, para tener versiones más pequeñas de ese gran proyecto sin perder su belleza ni practicidad.

Fue el día mismo que empezó la gran construcción de esa torre de babel moderna rodeada de su propio jardín del Edén, que María Eduarda amaneció con escalofríos, dolor de barriga y al acabar el día lejos de ser diagnosticada con la gripa de estación se encontró que de ella había salido un pequeño bebé sonriente que le daba una vez más la razón a las predicciones de Tolomeo. Como ese día habían llegado los primeros camiones repletos de los robles pedidos por el arquitecto, y de paso para seguir con la buena costumbre de nombrar los recién nacidos con nombres didácticos, le pusieron a ese pequeñín Roble Darién. Se declararon dos días de fiesta nacional por el nacimiento del primer nieto de la familia protectoral, que indicaba que los hechizos de la bruja Rayowa se habían heredado también para todos los descendientes de Alegría. Lo cual trajo más compliques que previsto, ya que a través de los años cada vez que una de las descendientes o una saliendo con algún descendiente empezaba a sentirse con malestar, se prendían las alarmas sobre algún posible nacimiento, y dependiendo la edad o la ocasión, empezaban los cálculos, los llantos, las declaraciones de amor eterno, o los regaños paternales y maternales, pero nunca en esos casos apareció ningún bebé gateando, porque lo que Rayowa nunca les explicó es que su hechizo solo aplicaba para bebés creados por almas gemelas y que estas nunca se iban a lamentar del regalo inesperado. Y de ese malentendido sobre los términos y condiciones de la brujería obstetral fue que Tolomeo terminó conociendo al mismísimo Marqués Juan de Fierascoco.

Felicidad se levantó un día sudando y con el dolor de estómago típico que caracterizaba los nacimientos repentinos. Alegría pegó un grito queriendo saber el nombre del padre y todas las sirvientas comenzaron a susurrarse entre ellas chismes inventados en el momento mismo. Y Felicidad entre el dolor y la pena se negaba a hablar o dar pista alguna. Y es que era un misterio porque a diferencia de todos los integrantes de la familia que desde siempre mostraban proclive por el amor, desde Verde ahora casado que rompió corazones por todo el mundo de oriente, o de Azul que antes de enamorarse de ojos azules con tinte negro, era conocido por su táctica de ofrecer a cualquier chica que le gustase una clase personal de surf con él de enseñante, incluso la pequeña Violeta ya coqueteaba con sus compañeros de clase que mostrasen intelectos superiores a la media, o el pequeño Vermelho que aún sin sonreír trataba de impresionar a las niñas del jardín con su estilo de chico malo. Y ni hablar de Salmón que ya no se escapaba de la casa para ir a charlar de política internacional en los bares de la ciudad nueva, sino para impresionar las niñas de los parques que se reunían frente a la estatua del Juglar. Felicidad en cambio nunca pareció remotamente interesada en el sexo opuesto, y ni siquiera en el mismo de ella. A ella solo le interesaban sus animales, a los que amaba como una madre y por los que vivía por cuidar y consentir. Más de un joven de buena familia y más de uno de mala familia trató de conquistarla aprendiendo sobre las bestias o llevándole algún canino o felino rescatado, pero ella nunca les puso atención a

ellos y se limitaba a corregirlos cuando confundían un reptil con un anfibio o agradecerles por el regalo animal con una palmadita en la espalda, con los ojos incrustados en los de seres de cuatro patas. Y a pesar de todo ello, los dolores de vientre seguían, y su silencio corroboraba las sospechas que medicamente no tenía nada malo en ella. Las horas se hicieron eternas con todos esperando las lágrimas del recién nacido de un momento para otro. Pero ya con la luna en su esplendor, los únicos llantos eran los de Felicidad quejándose de las molestias internas. Con el pasar de los días y sin signo de bebés, se dieron cuenta que la cosa no iba por allá. Y sin pistas médicas, sobre el porqué del malestar, a Violeta se le ocurrió llamar a algún fisiatra de la mente.

A las semanas y con la hermana aun retorciéndose sin explicación, llegó un suizo de Trípoli con las credenciales de haber compartido más de un café con Freud en Viena. La examinó y le hizo preguntas en italiano, todas las cuales tuvieron que ser traducidas por Violeta, ya que Felicidad con el español y el idioma de la naturaleza siempre se había sentido suficientemente satisfecha como para seguirle la corriente a la nación poliglota. Sus respuestas no indicaron nada a simple vista, por lo cual el helvético dedujo que el problema debía residir en el subconsciente de la chica. Le comenzó a preguntar sobre sus sueños y tras seis días de conversaciones y análisis logró descubrir el problema. Se lo comentó a su familia con cuidado y explicándoles que nadie tenía la culpa y que de todos los males era uno con solución. La hija andaba traumatizada desde que uno de los posibles arquitectos presentó su visión de una torre hecha completamente de marfil. Y esa idea de que aún en el luminoso siglo veinte se siguiera matando a los honorables elefantes para robarles sus mástiles, la había entristecido al punto del dolor. A penas se les develó el secreto del malestar, Tolomeo mandó a llamar a Azul y le ordenó por primera vez en su vida, que sin importar el precio, la Fundación Santa María se encargase de proteger todo elefante que pudiera en el continente africano, así tocara contratar a diez mercenarios por cada paquidermo. Y así se hizo, pero en vez de pagar milicianos, lo que se hizo fue comprar directamente las criaturas a los países sin recursos para protegerlos, prometiendo devolverlos el día que existieran garantías, y paralelamente ayudar económicamente a las zonas donde más se reportaban cazas furtivas, ya que ningún hombre se despierta con la idea de asesinar un elefante, si no es por la necesidad de alimentar a su familia. A pesar de diversos estudios ninguno ha podido estimar cuantos elefantes y otros animales han sido salvados por esa orden de Tolomeo para curar a su hija. Lo que sí se sabe sin embargo, es que Tolomeo quedó impresionado por los logros del helvético y le ofreció un gabinete pagado por el estado para que atendiera a cualquiera que tuviera problemas de origen espiritual. De tal manera cada día en una de esas casas de adobe rojo de la ciudad vieja se hacían filas más largas aún que en los tiempos del juglar, para por 45 minutos dialogar con el doctor en italiano sobre los males de la mente.

Incluso Tolomeo para dar ejemplo y quitar el estigma de la ayuda decidió pasarse un día, a pesar de no tener ningún problema aparente. Comenzó contando sus sueños, los cuales

siempre le habían parecido bastante extraños, pero con tanto problema por resolver nunca se había puesto a analizarlos. Así que le describió sus pesadillas matemáticas y sus sueños donde empezaba como tigre en un funeral para acabar como un negro en algún museo americano, o como era la sombra de un cactus en el desierto temiendo desaparecer. Y él medico alpino abrió grandes los ojos y a pesar de utilizar todos los métodos de análisis conocidos, no logró entender el subconsciente del gigante barbudo. Y lo impresionaron tanto esas historias de sueños en blanco negro con narraciones femeninas describiendo lo que pasaba, que mandó un telegrama a la asociación de psicoanalistas del mundo, y en el siguiente barco colonial descendieron en el puerto un centenar de expertos queriendo charlar con el Protectorizo. Cada hombre con su pipa tuvo sus minutos con Tolomeo, e incluso con Alegría para buscar en ella alguna información complementaria, pero todos llegaron a la misma conclusión filosófica, que aún su ciencia carecía de respuestas para todas las eventualidades. Y juntos escribieron un largo informe académico que publicaron apenas pudieron, describiendo con el permiso del paciente, sus sueños y su vida, para que algún día algún hombre del futuro lograra entender el significado de esas nubes tocando saxofón.

Aunque no volvió ningún doctor, sí que llegaron escritores y hombres de cine, ese nuevo arte que emergía, fascinados con esa vida extraordinaria que habían llevado a un autodidacta de las ciencias a ser jefe de estado de una colonia sudamericana. Y como ya Tolomeo había delegado gran parte de sus deberes entre sus dos hijos mayores, se dedicó a recibir a quien quisiera oírlo para hablarle de su vida y de sus sueños. Y más de un libro y más de una película que tenemos hoy en día tienen como origen esas charlas con café y habano en la que Tolomeo contaba sus sueños y sus vivencias. Pero aparte de artistas buscando inspiración, llegaron también apasionados de los sueños de todo el mundo, queriendo compartir ellos mismos sus vivencias en el mundo de los ojos cerrados. Tolomeo que había vivido su vida entre conversaciones fascinantes se encontró de la nada rodeado de las mejores conversaciones de su vida, junto a personas que habían vivido vidas similares a las de él, ya que los sueños no son más que el reflejo de la vida misma, y quienes sueñan con grandes cosas, son quienes las han vivido. Y entre ellos sí lograron entender sus sueños, y como las langostas firmando bonos de guerra tenían sus orígenes en los tratados filosóficos de los intelectuales daneses de la época de Carolina Matilda, o como sus sueños en código binario y con colores primarios mostraban su gran amor por los cantos armenios del siglo quinto. Y entre más hablaba de sueños, más los sentía vividos y más fascinantes se volvían, y lograba cruzar túneles de lava y respirar bajo el agua y volar sobre acantilados. Y un día mientras era tan pequeño como el átomo y tocaba guitarra con las cuerdas de la existencia, vio parado frente a él en un caballo bien grande y bien negro, el porte solemne del mismísimo Marqués Juan de Fierascoco que tras perderse en un barco que lo transportaba de Cartagena a Brujas, llevaba tres siglos recorriendo los sueños de la humanidad. Apareciéndole solo a aquellos con los mejores sueños.

Y si de día era feliz disfrutando del retiro parcial, caminando por la playa descalzo con Alegría, visitando los progresos de su torre o charlando con los demás miembros de la recién creada sociedad de los sueños, o asesorando a sus hijos con las diferentes preguntas que le llegaban a la hora de la cena. Por la noche la felicidad no era menor, se adentraba a las cuevas de la mente y de la imaginación, y casi todas las noches se le aparecía el Marqués en su caballo, para cabalgar juntos por los sueños guardados de la humanidad. Y subido en su propio caballo, uno blanco como el del libertador, surcaban los deltas del pasado y guiado por la experiencia del belga descubría los anhelos y los deseos de los faraones y conquistadores que habían forjado el mundo, y los lamentos y tristezas de los olvidados por la historia. Veía los lienzos de la especie y entendía que en el fondo nos unía a todos la misma misión de ser felices y hacer felices a los demás. Y viendo las manchas oscuras del pasado entendía que la equivocación y el horror eran una constante del sendero evolutivo, una prueba del plasma superior para que cada generación lograse dar el salto de la luz y en el camino redimir y enderezar los males de sus ancestros.

Fue en una de esas galopadas por las mentes pasadas, que el Marqués Juan de Fierascoco lo llevó de paseo por las mentes de sus contemporáneos del mundo, para que Tolomeo viera lo que se tramaban esos corazones europeos. Y horrorizado por los caminos de pólvora presentes en todo el mundo, se despertó por primera vez de sobresalto y sudando entendiendo que la guerra era inminente. Y despierto vio la muerte y la barbarie, y por primera vez en su vida no quiso resolver los problemas ajenos. Ese mismo día reunió a toda la familia y les anunció que él que llevaba una vida entera trabajando por hacer las cosas bien, pero ya no tenía ni las fuerzas ni las ganas de aguantarse quien sabía cuántos años de estupidez humana envuelta en sangre y mezquindad. Que de ahí en adelante iba a dedicarse a ser feliz y vivir bien, y que solo volvería al mundo de los problemas si veía que a los hijos se les complicaba la situación. Luego de eso los sentó a cada uno por separado y les dijo lo que les tenía que decir en voz alta y clara para que no hubiera problemas de interpretación, salvo con Alegría a la que le susurró la última frase en el oído para que ningún chismoso oyera. Y luego de eso subió a su habitación, cerró los ojos y se fundió con el mundo de los sueños para no pararse nunca más.

XI

A los diez días de la muerte de Tolomeo cuando todo el país velaba su cuerpo en una de las marchas más grandes que ha presenciado la humanidad, desde Europa llegaba la noticia que el archiduque Ferdinando había sido asesinado. Los pactos y contra pactos se activaban y tal como lo había predicho el difunto, los estruendos de los cañones se apoderaban de Europa y sus colonias. Desde la Metrópoli se sentían importantes y empezaban a enviar todos los soldados que se habían salvado de morir en guerras civiles gracias a la misericordia de su constitución, a que fueran a dejar la vida en las tierras de sus ancestros. El nuevo Protectorizo, Verde Darién agradeció en medio de todas las tragedias, que sus vecinos fueran aliados, y que el legado de su padre no se pusiera en riesgo por las bayonetas enemigas. Eso sí, le tocó seguir las órdenes del presidente de la federación, y ordenar a la armada del Darién, que llevaba dos décadas y media sin tocar un arma, a que se desplazaran a los países aliados para ayudarlos a luchar en los campos de batalla del Togo y Camerún, donde los Alemanes tenían sus bastiones. El dio la orden, y las fuerzas armadas cumplieron. Y eso fue lo último que tuvo que ver con la Gran Guerra. Protegidos de cada lado por países armados hasta los dientes, el único miedo real que sintieron en el Protectorado fue cuando llegaban los navíos vecinos con las cartas mortuorias, y las madres y padres miedosos esperaban a la orilla del muelle temiendo lo peor. Fueron años tristes, y de angustia, en que la vida siguió, porque el mundo no para ni siquiera bajo los destellos de las bombas. Pero todos juntos para compensar todo el drama que se vivía en el globo, se apretaron los unos a los otros y cada vez que pudieron, mostraron su amor y su cariño.

Alegría se la pasó con Felicidad en la reserva, donde de día con los ojos tristes por la ida de su amado marido y por la rabia de haber tenido razón sobre los orígenes de la guerra, se la pasaba rodeada de crías de animales que su hija mandaba a ella para calmar el dolor. Incluso intentó enseñarle a los chimpancés y los babuinos a jugar dominó para que su mamá no se aburriera sin sus legendarios juegos sobre todo, parados indefinidamente por el miedo a ser hundido con todas sus ganancias en el océano índico y el atlántico. Pero los juegos de primates no resultaron como debían, y Alegría incapaz de leer las emociones de animales mal enseñados a jugar sin estrategia o lógica terminó perdiendo más de un juego por primera vez en la vida. Por lo que descubrió ya entrada en sus cuarenta que era una mala perdedora, así que para evitar rabietas por perder con simios come piojos, desistió de jugar sus juegos de mesa y se puso a pintar con los elefantes y tejerles guantes para sus trompas para las noches en que el viento soplaba con finos toques de frialdad. Y cada noche se dormía abrazada de Emeterio, que en años felinos debía tener la misma edad que ella, y se despertaba cada mañana con una gran sonrisa para luchar contra un nuevo día.

En la casa club las cosas seguían su orden de pre-guerra. Con Salmón escapándose más por costumbre que necesidad, para irse a las plazas de los parques a enamorar, y en más de una

ocasión intentó enlistarse al ejército, sin éxito alguno, porque a pesar que por su corpulencia bien podía pasar como un soldado apto para la lucha, no había persona en el protectorado que no reconociera la sonrisita de pillo del joven. Violeta no se vio enterada de la guerra, la cual hasta agradeció, porque con los navíos parados no había distracciones de invitados ni viajes al otro lado del mundo que le impidieran ampliar su conocimiento. Y sin el papá ni la mamá dándole sermones sobre el descanso y el mundo fuera de los libros, ella podía pasar las dieciocho horas diarias que tenía los ojos abiertos leyendo o debatiendo con sus diferentes tutores. Pero aunque mostraba una fortaleza única para su edad, más de una ocasión todos en la casa club fueron despertados a mitad de la noche con los llantos de la niña que extrañaba al papá alcahuete. En esos momentos los cinco hermanos presentes en la casa club, incluido Vermelho se reunían bajo la luz de las velas a recordar el patriarca ausente, y los ultimos consejos que le había dado a cada uno antes de irse a pasear eternamente al mundo de los sueños.

Fue en esas épocas que Vermelho se radicalizó en sus pensamientos, en parte porque no entendió el significado que era a las últimas palabras que el padre la había dicho. Antes de subirse a dormir Tolomeo le había dicho que quien vive feliz suela ayudar con amor, y quien vive amargado suele ayudar con violencia. Y Vermelho en vez de entender que el padre lo empujaba a volverse una persona feliz, entendió que como el vivía amargado no le quedaba de otra que ayudar con violencia. Así que dejó de leer los manifiestos y los libros rojos a escondidas y solo hablar de revolución con las chicas en los parques que quería impresionar con su radicalismo. Para leerlos en pleno jardín, y a pararse a las salidas de las fábricas de la nación, clamándole a los obreros del protectorado que se alzaran en arma y derrocaran a sus hermanos. Pero como en esas épocas aún se les pagaba bien y se les daban mil de beneficios gracias a la Fundación Santa María, los obreros se limitaban a sonreírle al niño condescendientemente y ofrecerle alguna galleta. Pero a pesar del rechazo continuo del pueblo que quería liberar, él nunca se dejó amedrentar y cada día en las plazas gritaba a todo pulmón, que la revolución no demoraba en llegar y que una vez cayera el Tsar en Rusia, caería toda la monarquía europea y toda la burguesía mundial y el mundo por fin podría regirse a sí mismo sin necesidad de nadie, salvo quizás un partido central detentor del monopolio del poder y la libertad que los guiara al largo camino de la barbarie burguesa a la utopía comunista. Y luego de despotricar de sus hermanos todo el día y llamarse así mismo un perseguido político, llegaba a la casa club a ser atendido por los sirvientes y a oir a sus hermanos decirle constantemente que si eso era lo que lo hacía feliz que siguiera haciéndolo, porque una de las ultimas cosas que les dijo el patriarca había sido que apoyaran siempre al hermano menor en su búsqueda por una vida en que no estuviera amargado.

Y aunque hubieran querido llamarle la atención, o explicarle con lógica, matemáticas o ejemplos históricos porque su nueva ideología carecía de lógica, practicidad o ética, andaban muy ocupados dirigiendo la nación para perder tiempo con modas pasajeras.

Verde había asumido de lleno el cargo de su padre, y no solo debía resolver los mil y un problemas de día a día, o dar las órdenes para encaminar la nación siempre a buen puerto, ahora debía escribir los reportes mensuales para la metrópoli, diciendo siempre la verdad como mejor manera no hacerse enemigos, ni arriesgar que les quitaran todo lo ganado a través de los años. Debía tener a los ministros y a los líderes locales felices, atender cualquier percance de los gobernadores de provincia, y jugar a la política con los diplomáticos de los vecinos y aliados. Y como si fuera poco debía encargarse de la familia, comenzando por supervisar la construcción de la Torre Darién, que avanzaba al ritmo que se les había dicho desde el comienzo, constante pero sin progresos. Por último y más importante, la vida de casado era una muy feliz pero que requería un compromiso contante para no perder la magia. Así que en más de una ocasión tuvo que dejar a algún embajador esperando o algún ministro sudando de más para escaparse a la escuela de la esposa y sorprenderla con un ramo de claveles de Tanzania, traídos entre las balas especialmente para ella. Por ultimo le quedaba la labor de padre, jugando no solo con Roble, sino con los tres bebés que le siguieron casi que con 9 meses de diferencia con el anterior a lo largo de la guerra. La primera en llegar por sorpresa fue Palma, que llegó mientras su madre tomaba una siesta bajo los palmeros de la casa club. Le siguió Cedro que llegó el día que su padre andaba almorzando con una delegación Libanesa sobre el futuro del medio oriente una vez acabase la guerra. Los interrumpió el secretario y le avisó que la esposa andaba con dolor estomacal y palpitaciones sudorosas, le tocó abandonar la reunión, explicando que nacía un nuevo hijo, ante los ojos asombrados de la delegación que el día anterior habían visto a la esposa delgada como una navaja. Finalmente el día mismo que se firmaba el tratado de Versalles y festejaban todo en familia comiendo almendras exóticas de Namibia, nacía Almendro para complementar la camada.

Y si Verde había llenado la casa club de llantos de bebé durante los cuatro años de guerra, Azul no había traido uno solo a pesar de la insistencia de María Victoria por tener a algún infante al cual consentir. Azul se negaba a traer al mundo vida alguna mientras hubiera guerra, y para garantizarse de ello tuvo que llamar a los famosos chamanes de las arañas, para que le recetaran jugos y pócimas que le aseguraran no tener hijos hasta que se firmara la paz. Y él pensó que con esas tácticas se salvaría de ser papá por un tiempo, hasta que un día fue a recoger de sorpresa a la esposa en la universidad y se encontró que estaba hablando con los mismos chamanes que él. Así que supuso que le vendían los antídotos de las pócimas y jarabes, e incluso le añadían azucares y mieles especiales para ayudar a la fertilidad. Y ya se había resignado a perder contra la esposa, cuando lo salvó la metrópoli. En Perú y Venezuela venían de encontrar posos y yacimientos petroleros y a pesar del conflicto y la gripa española, lo mandaban a llamar en el primer barco para asesorar a los dirigentes de las respectivas naciones sobre todo lo que había aprendido en la experiencia colonial. Y así pasó, se fue en un buque de la armada directo a Caracas y se convirtió en el primer Darién que volvía a las tierras de Colón desde que su padre y madre se embarcaran a lo desconocido.

Pasó casi un año en la Federación Andina, entre Caracas y Lima donde se centralizaban las decisiones regionales, y entre Bogotá donde debió declarar ante el congreso sobre todo lo relacionado al mundo del líquido negro. Se sorprendió de la belleza de sus ciudades, que nada tenían que envidarle a las de Europa, y amistó con los dueños del poder, en los cocteles de corbatín y traje largo. Dio su opinión sobre la guerra que parecía por fin iba a terminar una vez los americanos se decidieron por entrar. Y si no hubiera sido claro por su acento extraño que era del Darién Africano le hubieran hecho caso a todo lo que dijo y hasta lo hubieran convencido de quedarse y lanzarse a la política a pesar de la corta edad. Le sorprendió lo bien que se llevaban todos en la Metrópoli, y como los ricos de Caracas y los de Lima y los de Bogotá y todos los que se fue encontrando en las fiestas de la alta sociedad se trataban como hermanos sin la menor de las falsedades. Tanto así que los frutos yacimientos que él ayudó a explotar y las ganancias de las refinerías que el organizó, fueron distribuidos ecuánimemente entre las seis naciones, sin discusiones y sin objeciones. Y casi que la única pelea fue porque los de Venezuela y Perú querían darle incluso un poco más a los de Bolivia o Ecuador para que llegasen al alto nivel de vida de las otras naciones. Aún quedaba más de medio cuarto de siglo del pacto constitucional, y no había tiempo para peleas regionalistas y lo único que importaba en ese entonces era hacer crecer la nación, y mejorar la vida de la mayoría de su población. Tanto así que le ofrecieron incluso una mínima parte de las ganancias al Darién Africano en agradecimiento por las enseñanzas, pero Azul prefiriendo que el gobierno central federal no se metiera mucho en las cuentas petroleras del protectorado lo declinó amablemente. Y como ellos daban por hecho que todos en la colonia eran idiotas de una forma u otra, no insistieron más ni se hicieron preguntas y lo despidieron en el muelle de Cartagena, para que llegara justo a tiempo a la fiesta del armisticio donde su esposa de ojos negros con tinta azul, lo esperaba para cumplir su sueño maternal.

Dicho y hecho a comienzos del último año de la década en una jornada fría pero sin nubes nacía un bebé de ojos tan claros como los ríos subterráneos de Groenlandia, a la que le pusieron Cielo. Llegó justo el día de algún evento importante, como sería la costumbre para los nacimientos espontáneos de la pareja. Ese día había sido uno agitado, el arquitecto de Hong Kong les había anunciado que ya las primeras cabañas estaban listas, para quién quisiera mudarse. Ya Alegría había vuelto a la casa club, y con la guerra terminada, la casa se había llenado de invitados por doquier, fuesen los amigos de pluma con los cuales Violeta se comunicaba constantemente, las amigas de Salmón que llegaban a la casa para tratar de volverse más que amigas, o los pocos desprevenidos que Vermelho lograba encantar con sus errores económicos e históricos. Eso sin contar, los invitados de toda la vida, los tahúres que volvían a ver si la guerra les había cambiado la suerte, los que volvían de surfear, y los diversos ministros que llegaban a la hora del té para pedirle algún fondo extra al Protectorizo. Y como si fuera poco había los amigos de los niños de Verde, y las amigas de las dos Marías. Y había días en que todos coincidían, y la casa se volvía en un

murmullo atroz, que incluso había forzado a las Habibis de cruzar la casa para pedir silencio para que sus clientes no se intimidaran y pudieran rendir bien.

Así que la noticia que por fin había casa nueva, así fuera a pedazos esparcidos por el bosque de bambú que andaba creciendo, fue tomada como una bendición. La mitad dijo que se iba y la otra mitad dijo que se quedaba hasta que ese rompecabezas no estuviera terminado. Los casados fueron los primeros en tomar sus maletas, y asentarse en el mosaico de pisos tirados al azar. Escogieron los más lejanos del centro de la obra, donde todo el día y toda la noche resonaban los martillos y los crujidos de las poleas. Fue al acostarse en la cama de bambú y algodón pekinés, cuando Azul suspiró y dijo que por fin tendrían silencio, que la barriga de la esposa empezó a crujir, y el sudor empezó a caer como cascada de la frente. Y tras una media hora de molestias llegó la bebita de ojos zafiro como el cielo de un invierno frio pero sin nubes. Y mientras los recien padres se volvían a subir al coche para presentarle la nueva nieta a la matriarca. En la otra cabaña de bambú al otro lado de la hacienda, Roble y Palma Darién ayudaban a desempacar las cajas repletas de cosas que se había traido el padre. Los juguetes propios, los libros de Jules Verne, los vidrios rotos con los recuerdos de todos los paseos de la infancia, los papeles del padre, algún juego de cartas extraviado de la madre, y por casualidad les tocó llevarse la caja con todos los descriptivos de las noches del Juglar que el buen Kojo había escrito en los desayunos de hacía casi una década. Y los dos hermanos aprovechando que la madre se la pasaba el día cuidando a Cedro y Almendro, tomaron la caja para lucrarse de ella. Se aprendían las historias y al salir del colegio cobraban por persona una pequeña monedita con la cara de Santander, para recitar con la elocuencia familiar las aventuras que el juglar había cantado en la buena época. Y sus compañeros de clase, e incluso algún otro niño más grande no dudaban en pagar para entender porque todos sus padres derramaban la lágrima recordando esos tiempos.

Y eran tantos los niños, jóvenes y ya íbamos en transeúntes curiosos que se reunían en el parque de detrás del colegio para oir, que les tocó subir los precios, para que el ruido de tanto suspiro de asombro no dañara el ambiente del cliente. Y al final de cada función cruzaban un par de cuadras a la chocolatería de uno de los locales, que les vendía con alegría los elefantes de chocolate y los guepardos de vainilla que fabricaba. Llegaban llenos a la cabaña y no se comían sus vegetales y los padres preocupados por la falta de verdura y excesos de caries se culpaban entre ellos de alcahuetas y darles dulces a los niños cuando el otro no veía. Y hubiera seguido la cosa así, hasta que les diera diabetes juvenil o se les cayeran los dientes, sino fuera porque un día Vermelho andaba por el parque de la escuela primaria, y se encontró con ese acto de burguesía máxima y capitalismo salvaje. Y fue al palacio Protectoral donde el hermano mayor trabajaba y acusó a sus sobrinos de lucrarse del trabajo ajeno. A Verde le dio risa y se alegró del espíritu emprendedor de los hijos, y al llegar a casa solo les dijo que en vez de gastarse la plata ahí mismo se la dieran a él para que la invirtiera por ellos. Y así lo hizo, durante un par de meses el dinero de los cuentos de

después de colegio acabó invertido junto a su propio dinero en acciones de minas de cobalto en el Congo belga o propiedades en la costa amalfitana. Y quien sabe en qué más maravillas hubieran acabado invertidas esas monedas con la cara de Santander y San Martín, si no fuera de nuevo por Vermelho que rojo de la rabia cada día al pasar por el parque, tomó el tranvía de la costa y se fue a buscar la casa en la playa de la Madame que andaba pensionada. Le contó todo, y ella que también era capitalista se vistió, llamó a sus abogados y llegó a la casa club pidiendo millones en regalías y derechos de autor. Alegría conmocionada sin entender de qué hablaba esa mujer, mandó a llamar al hijo que llegó en seguida, con dos maletines para mostrarle a la Madame, uno con todas las licitaciones y contratos que el Protectorado le otorgaba cada año, y otro con todos los contratos rechazados a la competencia. Y como si fuera poco, también se sobresaltó Salmón argumentando que según los apartados del código penal sobre derecho de autor, el único que podía reclamar era el autor y no ningún apoderado. Y todos se sorprendieron al oir a Salmón hablar de cláusulas y derechos, porque desconocían que en los bares a los que se iba a que le dieran postres gratis todas las tardes se reunían los mejores abogados de la nación para emborracharse luego de un largo día de esquivar leyes. Así que la Madame no tuvo más remedio que sonreír y pedir perdón, y devolverse a su casa playera.

Sin embargo, para evitar problemas posibles, por si un día volvía el Juglar necesitado de dinero y armado de abogados del Bronx, Verde les pidió a los hijos que dejaran de usar derecho de autor ajeno. Los niños aceptaron de mala gana y de paso nunca más volvieron a saludar al tío delator. Pero no por ello se rindieron en su idea de negocio. Recorrieron toda la casa club buscando alguna nueva fuente de historias que no infringiera los derechos de autor de ninguno, desde el recopilatorio de sueños del abuelo, hasta la vida misma de la abuela, pero no se pudo ninguna, porque la caligrafía del abuelo era ilegible, y las pocas líneas que entendieron ya habían sido convertidas en películas famosas por los americanos y los alemanes. Y la abuela aceptó cederles sus vivencias pero a un precio tan alto que el negocio dejaba de ser rentable. Intentaron contar las enseñanzas de la biblia y del Corán pero los clientes se sentían en clase de catecismo y las bancas del parque no se llenaban ni a la mitad, lo mismo pasó con la historia universal, porque no podían competir contra los profesores de escuela, que lo contaban mejor y además lo hacían gratis. Fue ahí cuando fueron donde el tío Salmón en busca de consejo. Y este solo les dijo que en su opinión las mejores historias no eran las que contaban las cosas como eran, sino las que contaban lo que hubiera podido ser. Que si querían contar la historia dorada del imperio otomano, contarán mejor una realidad donde Bizancio no se hubiera derrumbado, y que si querían contar el mundo de la post guerra, contarán una versión donde los alemanes ganaban. Y a ellos les pareció que mejor era eso a nada. Y estrenaron el show de historia alternativa, comenzando por su propia patria la cual se imaginaban divida en seis naciones distintas en vez de una sola, y en donde en vez de cordura había estupidez. Y entretuvieron a sus oyentes con guerras imaginarias entre países, y entre hermanos, guerras civiles que duraban mil días, golpes de estado, y presidentes incompetentes y arrodillados a las potencias

extranjeras. Hablaban de desgracias, guerras perdidas, corrupción, mares robados y pobreza. Se imaginaban un protectorado a mano de franceses e ingleses y ahí no tenían que inventar mucho y describían las miserias de los países vecinos, donde ni siquiera había operas ni ciudadanos trilingües o cuatrilingües si se contaba la lengua esa que nadie sabía aún que era. Y cada vez ponían más tragedias y más estupideces, y entre más ridículo describían ese mundo alterno de desgracias y equivocación perpetua, más los espectadores apreciaban ese mundo casi que mágico en los que les había tocado nacer. Y esas historias fueron tan convincentes que llegaron incluso a la Metrópoli, para que los ciudadanos vieran la buena estrella que les había tocado al tener políticos tan honestos siguiendo al pie de la letra la constitución. A tal punto que ya muchas décadas después cuando el primer Fedeandino ganó el nobel por la literatura por sus cuentos de absurdidad en una América ficiticia condenada a vivir siglos sin segundas oportunidades, agradeció en su discurso a Roble y a Palma por mostrarle el camino.

Pero incluso muchos años antes de ese agradecimiento, los dos hermanos terminaron cobrando suculentos derechos de autor por sus cuentos de horror regados desde punta gallinas hasta la frontera chilena, y en agradecimiento al que les dio la idea compartieron una parte de lo ganado a su tío preferido, para que pudiera financiar la expedición que tanto quería. Desde la partida del juglar Salmón había tratado de imitarlo, en cada viaje se aventuraba lo más que podía, pero sin nunca lograr el nivel de aventura que hubiera querido debido a la vigilancia precavida de sus padres. Durante la guerra, su deseo de adrenalina se había limitado a los viajes con el hermano por la extensa geografía de la nación y a las visitas casuales con la hermana mayor en su reserva del millón de bestias. Había intentado incluso partir con el hermano petrolero a la Metrópoli, pero este se había negado por los peligros del altamar bélico y de la gripa ibérica que no se había introducido a la colonia por sus experiencias con plagas anteriores. Pero una vez la guerra terminada Salmón no había perdido el tiempo y financiado por los diversos fondos familiares había emprendido de nuevo su espíritu de nómada. Se había aventurado a los países cercanos e incluso a los no tan cercanos, había vuelto a más de un lugar de su infancia para hacer lo que la mayoría de edad ya le permitía, se puso a escalar cimas desde el Kilimanjaro hasta el Mont Blanc. Navegó ríos acaudalados en canoas de madera, corrió los sanfermines, y cruzó el Kalahari. Pero en cada una de esas cimas y de esas aventuras solo podía pensar en lograr lo imposible, ser el primer hombre en alcanzar la cima del mundo. Les informó a todos en su familia que quería liderar una expedición africana para escalar a la punta del Everest. Pero rápidamente su sonrisa se disipó, cuando tanto Alegría, Verde y Azul se negaron a prestar los fondos de la nación a una misión suicida. Trató de recolectar el dinero de alguna forma, pero él había pasado la vida gastándose sus monedas en vez de conseguirlas y no supo cómo. Decepcionado siguió viviendo la vida al máximo, ya que como le dijo alguna vez Tolomeo, “no por no lograr tocar el violín uno no se va a privar de tocar las maracas”. Así que siguió con sus escaladas locales e incluso se puso a bucear sin oxígeno para prepararse

para el día en que pudiera estar a los 8mil metros donde el cuerpo empieza a morirse de a poco.

Pero las ganancias inesperadas de sus sobrinos cambiaron todo, y a pesar de los ruegos y las críticas finalmente había logrado conseguir el dinero necesario para entrar a la historia. Se fue a Europa a entrenar por seis meses, se hizo todas las montañas alpinas que pudo y todas las mañanas entrenaba cuatro horas para asegurarse de estar listo cuando llegara el momento. Finalmente tomó el largo camino a los Himalayas, y tras pasar tres meses aclimatándose a la altura al borde de Nepal, cruzó la última frontera hacía la eternidad. Consiguió un sherpa valiente que lo acompañara hacia la gloria, y en el último de los valles se cruzó con las expediciones de su majestad. Tenían equipos más refinados, pero nada que se le acercara a los de él, todos hechos con el mayor de los cuidados por los científicos del ministerio de la Honestidad. Siguió los consejos del Juglar sobre cómo afrontar esos montes nevados al igual que recordar los consejos de su padre sobre la serenidad y el poder interior. Emprendió así una larga subida que lo llevó al extremo, pero tras mucho sufrimiento y valentía, logró llegar junto a su Sherpa a la cima del mundo. Había seguido bien las señales y se encontró con la inmensidad, vio al mundo entero y entendió que de ahí en adelante no había nada que no pudiera lograr. Rompió uno de los vidrios de recuerdos que había llevado y retrató para siempre el mundo entero. Por ultimo antes de decir adiós a la que sería el primero de muchos logros imposibles tomó un poco de nieve y la guardó en un pequeño tarro con la nieve infundible del Galeras para llevarse el recuerdo de su triunfo.

Los británicos y con ellos el mundo se negaron a creerle, que donde ellos habían fracasado él había triunfado, pero él no insistió ni puso problema, que al final esa travesía lo había hecho comprender que él competía contra él mismo y no contra las inseguridades ajenas. Deberían pasar otras tres décadas para que otro humano llegase al tope del planeta, y al hacerlo encontraron otro de los cristales de recuerdos que había llevado, esta vez era uno de él sonriendo junto a su sherpa y una nota que leía “Felicitaciones, han tocado el cielo”. Ya que desde ese día la alegría nunca se le iría de su sonrisa y viviría por contagiarla. Tomó un largo viaje de vuelta con muchas paradas de aventura, para las cuales tocaría escribir otro libro aún más largo que este. Y al llegar a su tierra fue recibido con un desfile de honor por su logro no reconocido en los anales de la historia. Y tras pasar varios días alzado en brazos ajenos, y roseado de todos los polvos coloridos que el país le dedicó a su proeza, finalmente se quedó solo y fue al Mausoleo del padre y sobre su tumba le colocó el tarro con la nieve más alta del mundo. Ahí decidió que crearía su propio grupo de viajes extremos, para llenar el Mausoleo del padre de recuerdos de todos los sitios del mundo al que no pudiera llegar a través de los sueños. Los famosos Salmones Galácticos, que aún hoy llegan a la Costa Negra a depositar alguna roca volcánica o alguna pluma de animal extinto a las puertas del Mausoleo familiar de los Darién. Pero para hablar del fin de cada uno de ellos, aún falta mucho, y antes de eso debemos recorrer sus extensas vidas, para lograr entender no solo su tierra adoptiva sino el gran imperio que se las dio.

Al volver al Protectorado, Salmón se encontró que en el largo año que había durado su expedición, no mucho había cambiado, salvo por pequeños detalles, como que la Torre Darién se erguía cada vez más majestuosa en medio de la selva de bambús o que su hermana Violeta no solo había completado su carrera universitaria en ese año, sino que ya daba clases como profesora y que su hermano menor había dejado la casa club para mudarse a una de las cabañas del lote familiar, donde organizaba meetings y lecturas para entender el marxismo, el leninismo, el trotskismo y el estalinismo. Se alegró de estar en casa, y de haber vuelto justo a tiempo para lo que sería sin duda uno de los eventos de la década. Ya los diarios habían anunciado la llegada del primer avión al Protectorado del Darién.

XII

De los cauces del Magdalena había nacido la segunda aerolínea del mundo de la mano de alemanes colombianos. Y con ella la federación se hizo más pequeña. Los ricos del norte, del sur, del oriente, de las montañas y de las costas ya no tenían que emprender largos viajes en barco o por tierra para rendirse a las diferentes ciudades que hacían crecer la Federación. Y con el pasar del tiempo, los aviones con la bandera Andina, no solo recorrían sus propios cielos sino que se aventuraban a esos cielos aliados del resto del continente. Se volvió una insignia de los logros del país, cada vez que desde una carretera aislada se veía entre las nubes el reflejo de las alas del progreso. No tardaron en querer volar sobre ese gran charco que los separaba del mundo antiguo, y a pesar que su plan original era ser los primeros en hacer el deseado Nueva York-Paris, la sensatez les advirtió que aún no era el momento para intentar tal travesía, y ese honor recaería años más tarde a una avioneta con mucho espíritu diseñada en San Louis. Sin embargo las agallas y el combustible les daban para tratar llegar a su colonia. "El Cóndor de los Andes" como se le llamó al aeroplano histórico, salió los cielos de la Federación hasta Fortaleza, allí se aventó al mar y tras 2600 kilómetros de océano aterrizó en las playas de Praia en las islas de Cabo Verde, de ahí salió hasta Monrovia, para finalmente volar sobre las playas negras de la colonia lejana. Todo el protectorado salió ese día a las calles de la nación, para oir los ruidos del motor volador mientras aterrizaba en la pista improvisada que le habían mandado a hacer. Fue un evento que tuvo una propagación mundial, y en todos los rincones de ese gran mundo unido por las colonias, se habló de ese cóndor negro volando los cielos. Años después cuando el pacto de la sensatez ya había dejado de tener validez por un par décadas, y un autor se atreviera a contar las barbaries de la estupidez naciente, los europeos tendrían problemas para entender el título de su obra, preguntándose en sus valses y sus cafés, ¿dónde habrían enterrado ese avión histórico?

Pero para la decadencia del imperio aún falta, y por ahora recordamos esos pitidos de alegría, cuando el aviador se bajó de su avión con la bandera del país doblada para dársela a Verde. Se declaró un día de fiesta por cada uno de los viajes hechos desde Bogotá. Y esa semana fue una de fiesta, donde el aviador fue llevado entre hombros por toda la nación, para dedicarle las óperas y presentarle los hombres y mujeres que representaban la federación andina al otro lado del mundo. Y mientras el aviador era vitoreado y engolosinado con todos los frutos de ese mundo mágico, Verde mandó al ministerio de la Honestidad a qué analizara ese artefacto de pies y cabezas para construir uno igual o mejor para el uso protectoral. Y así lo hicieron, y cuando el aviador se fue entre lágrimas, prometiendo regresar a esas costas depravadas de color, ya los científicos de la nación comenzaban a construir su propia flota de avioncitos financiados por la Fundación Santa María. Y tras arduos meses de trabajo, finalmente salió el primer avión, copia exacta al "Cóndor" pero al que llamaron "Quetzal" en honor al ave que había sobrevolado la nación

por tantos años alegrándolos con su elegancia y belleza. Se trajeron un piloto americano que había estudiado las artes del viento con los hermanos Wright, y fue él que voló con Verde encantado de por fin tocar las nubes y una María Eduarda pálida de angustia por los cielos del Protectorado. Les dio la vuelta por toda la nación, y desde las nubes vieron esa costa famosa, y esa jungla extensa y a pesar que buscaron y buscaron no encontraron ningún lago místico donde el tiempo pasase más rápido.

Le siguió el turno a Azul con su María Victoria, y tal como con su hermano el avión se alzó y lo primero que vieron fue el mar azul jugueteando con la arena negra infinita, y luego notaron la ciudad vieja con su barro de casitas chicas, y los destellos de la ciudad nueva con su mármol cristalino. Y en el medio vieron una gran torre aún en construcción y por fin se dieron cuenta que el arquitecto no había bromeado sobre su talla. Y siguieron por la selva, y vieron los pequeños pueblos donde los locales se asomaban a saludar, y llegaron hasta la reserva donde vieron el millón de animales que vivían en ella, todos felices y sonrientes como en el jardín del Edén. Y cuando ya tocaba dar la vuelta, Azul pidió que siguieran, y María Victoria vio como el verde se apoderaba de todo y como solo los brillos de algún cristal de alguna ciudad lejana les recordaba de la existencia humana. Y justo en ese momento que llegaban al límite de la nación marcado por la ultima mancha negra sobre el litoral azul marino, sintió el escalofrió y los dolores de barriga y le advirtió al marido que dieran vuelta, que no demoraba en dar a luz. Así que al pobre piloto de Indiana no le quedó más remedio que acelerar lo que más pudo, mientras Azul calmaba a su esposa retorciéndose en el asiento trasero. Y tras recorrer con angustia todos los colores que los habían fascinado a la ida, el "Quetzal" finalmente aterrizó en el aeródromo, y una vez sobre la pista con María Victoria clamando por ayuda, se oyó el llanto del nuevo miembro de la familia al que llamaron Marino.

Los "Quetzales" tuvieron una gran importancia para el protectorado, facilitó los desplazamientos de los ministros y gobernadores, y de vez en cuando se hacía una rifa para que algún civil se ganara el derecho de volar sobre su patria por poco más de una hora. Verde por otro lado se quedó con un avión solo para él, y tras tomar numerosas clases con los pilotos americanos que habían contratado para montar el Ministerio de las Nubes, como se le llamó al ministerio encargado de todo lo relacionado a los aviones, se volvió el mismo un piloto experto. Cada vez que podía se subía a su Quetzal, y volaba hasta las nubes para sentir la turbulencia, se adentraba al mar y desde los cielos veía los pozos petroleros que tanta alegría le daban a su pueblo. Disfrutaba llegando a los países vecinos en su avioneta, y más de un gobernador y diplomático se sintió intimidado al ver al jefe de estado del Darién Africano aterrizar su propio avión donde fuese antes de asistir a alguna reunión. Aprovechó también para embarcar a sus familiares, prometiéndole a Alegría que un día cumpliría la promesa de su padre de llevarla a Rio en un puente de nubes, a Felicidad la llevaba a los adentros del continente para que viera la verdadera naturaleza, donde los animales no se querían todos entre sí y pudiera ver las migraciones masivas de bestias en la época de

sequía o volar junto a las miles de aves de estación cruzando el litoral. Mientras que a su hermana Violeta le daba piruetas extremas, para que ella pudiera probar sus hipótesis físicas de primera mano. El único que se negó a subirse para sorpresa de nadie, fue Vermelho muerto de miedo, y que se acogió que él no se subía a inventos burgueses, a pesar que cada día tomaba alguno de sus diferentes automóviles para dar sus meetings cada vez con más concurrencia de jóvenes aburridos y abrumados ante tanta calma. Pero el día que Verde más agradeció ese invento volador, fue cuando le tocó adentrarse al Sahara buscando a su hermano Salmón que se había perdido en medio de la aventura.

Salmón había disfrutado como todos la llegada del avión, se había montado un par de veces, y desde los cielos había trazado más de un mapa que le permitiese adentrarse a la selva y entender el núcleo de su país, así lo hizo, solo y junto a su hermana Felicidad. Y gracias a ello catalogaron todas las especies vivientes en esa gran tierra que era el Darién Africano y de paso logró cartografiar todo su país, todas las rutas perdidas entre las hiedras y las hojas caída por el viento y la lluvia, siguió todos los ríos y sus riachuelos para encontrar la fuente de cada uno, escaló cada piedra, cada cerro, cada monte, colina y montaña, para hacer un mapa de relieve del país. Fue a cada pueblo, pueblito y caserío y en cada uno como cuando era niño, se dejó invitar de algún postre o a alguna anécdota y en compensación prometió traerles de vuelta la modernidad por más lejana que esa pareciese. Y junto a sus hermanos, se encargó que nadie quedara incomunicado y que las ventajas de las cuales disfrutaban en el litoral se vieran también hasta en el último pueblo de la selva. Salmón se volvió el héroe de los más humildes, y cada vez que volvía de alguno de sus viajes llevaba sus valiosos recuerdos hasta el último rincón para que quedara claro que todos eran iguales para el Darién. Les mostró los fósiles de kraken que recolectó en el fondo de la fosa de las marianas, a la cual no logró descender, pero si observar gracias a un complejo sistema de vidrios y reflejos inventado por la hermana Violeta. Así descubrió los restos del animal mítico, para subirlos uno por uno usando una caña de pescar gigante, cortesía del Ministerio de la Honestidad. También les llevó pedazos de meteoritos caídos que encontró en las faldas del monte Hekla, y trozos de flechas lanzadas por el mismo Genkis Khan en las estepas de Mongolia. Lo recibían siempre con las puertas abiertas, hambrientos de oir sus aventuras, fuesen en los fríos de Siberia o en las fiestas del Paris de la Post-guerra.

Porque Salmón no solo viajaba por las maravillas de la naturaleza, pero en el camino disfrutaba de las grandes ciudades y sus institutos, los de ciencias y arqueología, donde compartía con gusto sus hallazgos y teorías. Y con esos hombres de Mundo, como él, disfrutaba las ventajas de Paris, Londres y Berlin, danzando al ritmo del jazz importado y bebiendo los licores del suspiro tan efímero que fue la paz. Aunque no todas las veces sus aventuras terminaban en alegrías, y más de una vez tuvo que desistir para volver otro día fuese por el clima, malos compañeros o lesiones inesperadas. Más de una vez le tocó montarse al frio rompehielos con destino a la Antártida, antes de lograr por fin conquistar el

polo sur. En contraste al polo norte solo le bastó con un solo intento, aunque volvió muchas veces para acompañar a los esquimales en sus iglús de invierno y sus viajes nómadas de verano. En las montañas nevadas de Nueva Zelanda, desde donde se mira todo el país de costa a costa, un rayo le cayó a pocos metros y le tocó pasar tres semanas en el hospital curándose de sus quemaduras que le dejaron una linda cicatriz en la espalda en forma de estrella fugaz. En otra expedición con el objetivo de buscar las ruinas de Atlántida, fracasaron por más de darle mil vueltas al Atlántico, no le quedó de otra para aguar las penas que pasar un trimestre entero recorriendo las islas del caribe. En el desierto de Arabia, terminó metido en una de las batallas sectarias en la casa Saudí y la casa de los Hachemitas, por lo que le tocó esconderse en una cueva por cuarenta días y cuarenta noches, comiendo alacranes y bebiendo agua de aloe, mientras paraban las lanzas y las balas. Y si se aventuró a tantas travesías arriesgadas sin miedo alguno fue por ese viaje al Sahara que le cambió la vida.

Se había hecho poseedor de un mapa de los tiempos del profeta, que indicaba un oasis perdido entre las dunas del Sahara. Se adentró al desierto con una caravana de quince camellos, cada uno con un jinete en busca de adrenalina. Seguían el mapa y las estrellas, cuando a mitad de la noche una tormenta de arena roja, hizo volar las carpas. Cada uno de la expedición se subió a su camello buscando refugio, pero cuando se disipó la arena, notaron que de todos solo faltaba uno, Salmón. Sin líder y sin mapa, dieron media vuelta a contarle a Verde y compañía que el hermano andaba perdido y muy seguramente muerto entre las arenas de Libia. Pero lo que no sabían y tampoco creerían nunca es que Salmón no se había perdido solo en el espacio sino también en el tiempo.

Al disiparse la arena roja, Salmón se topó con que solo él seguía de pie en su camello. Lamentó la pérdida de sus compañeros, pero el deseo pudo más que el duelo, y siguió con la epopeya. Siguió las estrellas, las indicaciones y su brújula de madera chipriota, hasta que en el lugar indicado, vio las gigantes palmeras rodeadas de dátiles que marcaban su oasis. Había un pozo de aguas cristalinas, y suficientes frutas para sobrevivir una vida. Pero más que eso se sorprendió de ver ruinas con más telarañas que indicios sobre sus orígenes, estructuras de piedra y estatuas indescriptibles, encontró también uno que otro sarcófago sin saquear, protegidos por espadas nubianas. Entre la tierra hundida por el olvido descubrió monedas de oro con la cara de Mansa Musa y piezas en plata con el sello de la gran Cartago. Tomó un poco de todo, lo que se podía tomar, y de paso dejó en un cofre tres pedazos de vidrio de recuerdo y un poco de nieve infundible del galeras, como recordatorio que el Darién Africano también había estado ahí. Prosiguió el camino de vuelta, pero el mapa que le habían dado estaba incompleto, decía como llegar pero no como devolverse. Así que ahí sí se perdió por completo, y le toco sobrevivir con gran esfuerzo, como nunca lo había hecho. Racionó sus frutas y aguas lo más que pudo, y en más de una ocasión le tocó cazar algún ciempiés o beberse sus propios orines. Se negó a comerse su camello, y su camello se negó a comérselo a él. Cuando ambos ya yacían exhaustos en una duna, oyeron

el ruido de los motores, pero no eran aviones ni coches conocidos, vio una nube de polvo acercársele. Y cuando estuvo lo bastante cerca, se impresionó en su miseria física, de ver carros tan grandes como hipopótamos, adornados de números y marcas que apenas conocía. De uno de los carros, se bajaron dos muchachos y una muchacha con chaquetas rosas, que leían Salmones Galácticos. Le dieron bebida y comida, mientras le contaban que ellos eran sus nietos. Y mientras bebía y comía, con una voz tenue, les preguntó sobre todo. Sobre su vida y la de sus hermanos, y ellos que habían crecido escuchando esa misma anécdota que ahora vivían del mismo Salmón, le dijeron lo que él les había contado ya lo que ellos dirían. Así que le dijeron la verdad, sobre todo, y no se ahorraron ni las buenas ni las malas. Se dieron un abrazo entre lágrimas de rencuentro y antes de partir le dieron la segunda parte del mapa, la que el mismo Salmón encontraría casi una década despues en una cueva en las filipinas. Con el mapa logró volver a su espacio y a su tiempo, y cuando ya había vuelto al lugar mismo de la tormenta de arena roja que lo había transportado al final de los 90's, oyó junto a su camello el sonido indescriptible del avión protectoral, en el que su hermano lo venía a buscar.

Al volver al protectorado, todos se asombraron de ver las reliquias que había traido, pero nadie le creyó eso del Rally Paris Dakar, acusándolo de haber sido víctima de los espejismos y los mirages picaros del desierto. Y el igual que con lo del Everest, no insistió más al respecto. Y respetando las fibras de la historia y del destino, se limitó a vivir su vida sabiendo lo que vendría, sin advertirle a nadie lo que sucedería, ni lo bueno ni lo malo, para que no perdieran ese regalo tan especial que a él le había arrebatado la curiosidad, el de lo inesperado. Y aunque se lamentó de ya saber que ya las grandes cosas que le pasarían le habían sido reveladas, el conocimiento del paso por dar le causó una tranquilidad única para poder lanzarse al vació siempre que la vida lo llamó a hacerlo. Disfrutar del momento aún más cada vez que reconoció los signos de la fugacidad eterna, y abrazar, amar y reírse incluso más de lo que lo hubiera hecho, de esos que sabía no les quedaba tanto tiempo como pensado.

Salmón se repuso de su experiencia con el hambre, en una de las cabañas que rodeaban la Torre Darién. La misma Alegría cada mediodía salía de la casa club, con el manjar del día en dirección al bosque de bambús, para alimentar a su hijo y tratar de sacarle alguna pista del futuro, de todas las personas. Solo su mamá le había creído sus relatos febriles, por el único motivo que le convenía hacerlo, si así podía sacar una ventaja en los juegos de apuestas. Como ganar en los juegos de mesa se había hecho tan fácil como respirar, ya no pasaba tanto tiempo en las mesas del azar, salvo para darle una lección a algún foráneo atrevido, o para dar una mano a algún amigo necesitado de victoria o de emoción. Controlaba tan bien su oficio de la suerte, que desde la primera jugada ya sabía no solo cuanto y como iba a ganar, sino que se daba el lujo de hacer parecer el juego, uno reñido, donde había ganado de milagro, para que los competidores siguieran volviendo, con la

esperanza que cada vez estaban más cerca de destronar a la reina de la suerte. Había días que solo por aburrida se dejaba ganar, y para darle gustillo a Vermelho, que nadie debía tener ningún monopolio, ni siquiera el de la suerte. Para sentir esa adrenalina perdida durante el día, que de la noche ya llegará el momento de contar que hacía, se había puesto a apostar en cosas donde a priori fuera cincuenta-cincuenta. Cosas tan banales como si llovía o no dentro de 208 días exactos, o si iba a volver a haber guerra mundial antes de 1962. Apostaba sobre terremotos, huracanes, bodas, y hasta nacimiento de nietos. Siempre apostaba solo un poco, y al final la suerte estaba más de su lado y terminaba ganando más veces de lo que perdía, ya que como decía Tolomeo cuando andaba en el mundo de los vivos, "El que sabe, sabe, incluso cuando no sabe". Y ella estaba contenta con los resultados, ya que al final, no había mucho más que hacer, pero cuando se enteró que su hijo tenía información privilegiada sobre los días a venir, se imaginó el mundo de posibilidades, se vio ganando apuestas de mil a 1, pero sobre todo, pensó que quizás era capaz de ganarle al juego de la vida al destino mismo y cambiar hechos ya escritos en las piedras de la historia. La emocionaba jugar contra el universo una partida celestial, y pensó que ninguna viuda podría quejarse de tener un segundo acto de tanta importancia. Se veía moviendo hilos para evitar guerras y muertes, y porque no, hasta huracanes y tsunamis. Pero por más que trató de sobornar al hijo con dulces y delicatesen, Salmón no le dijo ni la más mínima información, ni siquiera la de su propia muerte, para saber si alcanzaría a cobrar todas las apuestas ya hechas.

Cuando la mamá dejó de volver por falta de incentivos, el que llegó un día fue su hermano Azul con un pequeño aparatico que le cambiaría la vida, la radio. Por fin luego de mucho intento, la Fundación Santa María, había instalado antenas por todo el país, y gracias a la ayuda de los científicos de siempre, esos que recibían ofertas todos los días para irse a trabajar con los Americanos, los franceses, los ingleses y hasta con los japoneses, pero decidían quedarse en su país adoptivo, el que había confiado en ellos y que les daba fondos casi ilimitadas para que hicieran lo que quisiesen, habían logrado que sus antenas captaran las señales de toda América y toda Europa. Durante un par de meses el protectorado tuvo acceso a las señales del mundo occidental, y hubiese seguido así hasta nuestros días, si Verde no se hubiera puesto a oir un día que le dio gripa y le tocó quedarse en cama en vez de irse a trabajar, todas las bellezas que decían por las señales AM y FM. Los programas de la metrópoli le parecieron vergonzosos, todos alabando conceptos que a él le parecían retrógrados y de al menos dos siglos anteriores. Los italianos eran puras cosas italianas que hacían quedar mal a la Italia renacentista que les había vendido el juglar con sus cantos, la de los franceses eran puras cosas francesas quejándose de todo y quejándose de las soluciones. La de los británicos eran puras cosas británicas, con un humor bastante peculiar, eso sí no tan malo como el francés, que le hacía entender como esa isla sobrevivía estrictamente gracias a su mundo colonial. La única que le gustó fue la de los americanos, que muy al estilo de ellos hacían lo que se les daba la gana, y para todos había algo. Así que decidió que de ahí en adelante, salvo las estaciones locales que daban noticias, en su

protectorado solo se oirían estaciones estadounidenses, y de pasó así al pueblo no le quedaba de otra que aprender inglés. Dicho y hecho, se siguió la orden, a pesar de que Vermelho y diez de sus compañeros de lucha marcharon en protesta a la hora de la sombra frente al palacio protectoral, argumentando que debería haber solo una estación en todo el país, una que enseñara las enseñanzas de Hegel y de Marx. Así que Verde para contentar al hermano le dijo que el estado le patrocinaba una estación, para que compitiera en libre mercado con las 500 emisoras americanas que llegaban. Y así nació la 83.14 que durante unos buenos diez años ocupó el último lugar en ratings de la nación.

Al contrario, fue la estación de Salmón, la famosa 82.22 que lograría por casi cincuenta años posicionarse en el puesto número uno. Salmón había disfrutado de la Radio en su convalecencia, y cuando vio que su hermano menor se había lanzado al mundo de las hondas. Entendió que a esos se habían referido sus nietos, cuando le hablaron que había sido un influenciador de mentes a través de su programa de radio. Así que siguiendo los pasos de su propio destino fundó una estación y junto a sus seguidores de aventura, se pusieron a contar sus experiencias de viaje, a hacer programas de humor y de opinión, a poner la música que tarareaban en sus escaladas, y las que les hubiera gustado oir al llegar a la cima. Ellos también se pusieron a dar noticias, y a compartir enseñanzas, pero no de filósofos muertos, sino las del juglar y las de Tolomeo. Y la gente sabía que si estaban ya cansados de escuchar a los Yankees y quería oir el idioma conocido sin quedarse dormidos, o sentirse espontáneamente llenos de ira, siempre se podía sintonizar la estación de Salmón, y divertirse un rato con la experiencia humana. Se volvió costumbre cada vez que los Salmones volvían de alguna de sus galaxias terrestres, al día siguiente nadie podía perderse el primer show de muchos a venir, de seis de la tarde a siete de la noche, en el cual entre cervezas y humor recopilaban de pies a cabeza, todo lo ocurrido. Y los oyentes mismos al día siguiente y los muchos días siguientes comían sus almuerzos o dialogaban con el colega del escritorio de enfrente sobre lo escuchado. Y cada vez que en las noticias decían algo importante, todos en sintonía, cambiaban de estación a la de Salmón, para oir su opinión y la de sus invitados, la que muchas veces incluía a Verde, Azul discutiendo sobre las reformas y decisiones que se tomaban, de forma simple y relajada. O la de las hermanas Violeta y Felicidad, que se pasaban de vez en cuando para hablar del mundo del conocimiento o del reino de los animales. El único, como siempre que nunca se pasó fue Vermelho, que se negó a debatir contra sus hermanos todas las veces que le ofrecieron, acusando que habría favoritismo de estado. Fue, por cierto en uno de los shows de Salmón, que Verde como invitado dio la noticia que tras casi diez años, finalmente había finalizado la construcción de la Torre Darién.

XIII

Cuando al presidente de la Federación Andina leyó por primera vez el telegrama enviado desde el Protectorado del Darién Africano anunciándole la inauguración de la Torre Darién, se echó a reír como pocas veces en su vida. Pensó que ahí estaban pintados esos campechanos trogloditas, en vez de metros le habían mandado la talla de la edificación, en quien sabe qué medida, si cocos, si bananos, o si conchas de mar. No había otra explicación a ese número tan absurdamente alto, que de ser verdad no solo sería más alto que todo edificio en la Metrópoli, sino sería de lejos la construcción más alta del mundo. Mandó a hacer copias del telegrama y se lo compartió a sus ministros y gobernadores para que se rieran junto a él, de la ingenuidad de sus súbditos coloniales. Y tal fue la risa que les dio que a ninguno se le ocurrió mandar algún diplomático a la inauguración, e incluso cuando a través de los años algún visitante extranjero le mencionaba la estructura con asombro, se pensaron que era una gran broma y se contentaban a menear la cabeza con una risita cómplice.

La Torre Darién no solo fue la más grande estructura jamás construida por el hombre desde la torre de Babel, sino una de las más bellas desde los jardines colgantes de Babilonia. El arquitecto de Hong Kong, no sobre exageró ni un solo detalle de su obra cuando se la presentó a Tolomeo tantos años antes. Desde el nivel de los mortales, se veía esa torre gigante, con curvas extrañas a su subida, y su cima en estructura piramidal. Relucían sus columnas de estilo corintiano, sus paredes de maderas de belleza única, que al verlas no quedaba otra que acercárseles para sentirlas en las yemas de los dedos. Había días que parecía un gran árbol de la vida, pero en otros el bambú cambiaba de color por la luz del sol, y el gran árbol parecía una maravilla perdida de la antigüedad. Nunca nadie supo bien que vidrios utilizó el maestro, porque apenas se cortó la cinta roja inaugural, tomó un barco a sus tierras y nunca se lo volvió a ver. Pero lo que si fue cierto, es que los vidrios se conectaban de tal manera que nunca le faltó luz a ningún rincón de la mega infraestructura. Tampoco mintió sobre la flexibilidad del orden de los pisos, tan solo apretando un botón el piso más alto podía acabar de primero, o en la mitad del edificio. Se sentía solo un pequeñísimo temblor, mientras las poleas y los tubos se cambiaban de lugar, se salían al vació para adentrarse una vez los resortes de titanio endurecido hacían saltar los pisos cambiantes. Pero esta peculiaridad de ingeniería no se utilizó de lleno por casi tres décadas, hasta que el número de piso en él que uno vivía comenzó a volverse relevante.

En esas épocas a mediado de los años 20’s, si uno vivía en el piso cuatro, en el setenta y ocho, el ciento nueve o en el Pent-house, carecía de importancia alguna. Cada piso había sido hecho de forma diferente, y por pedido de Tolomeo, la gran mayoría tenía alguna temática. Había uno que era una gran piscina con camas acuáticas, otro hecho especialmente para Alegría, con mesas de Póker, de billar y todas las maquinitas de los

casinos de Atlantic City. Había un piso con estilo de castillo prusiano, otro modelado con el alcázar de Granada, otro que parecía mezquita Iraní, uno con lienzos del Japón, y otro decorado por pintores impresionistas. Se decretó que el Protectorizo, o jefe de estado viviera en el Pent-house de dos pisos, para ver desde la cima del país cada rincón de la nación, y en caso de guerra tener ventaja estratégica sobre las trincheras y batallones enemigos. Azul tomó uno de los cuartos altos pintados de azul índigo y adornado con murales de las distintas playas del globo con sus respectivas olas, las cuales se lograban oir y que sirvieron de maravilla para ayudar a dormir a tanto niño inquieto que tenían. Para nadie fue sorpresa que el día de la mudanza, cuando se subieron al gran ascensor de cristal, que demoraba veinte minutos en subir desde la planta baja hasta la cima, que María Victoria empezara a sudar y sentir retorcijones al segundo que se cerró la puerta. Encerrados en la jaula de cristal a la que se habían subido con sus dos hijos, todos empezaron a sobre ventilarse y sudar con el ruidito silencioso pero constante que anunciaba un nuevo piso. Al acabarse los cientos de "rings" casi mudos, la puerta se abrió y recién dar dos pasos adentro de su nuevo hogar se oyó el llanto del bebé, al que llamaron Índigo.

Los demás miembros no tuvieron problemas en la mudanza, Violeta acabó en un gran piso repletó de libros y equipo científico para sus experimentos, Salmón acabó en uno de los pisos de abajo para poder saltar desde su ventana y no perder la costumbre de escaparse que había adquirido desde niño. A Felicidad le dieron uno sin paredes para que los pájaros pudiesen entrar y salir cuando les diese la gana. A Vermelho le dieron uno sin decoración, para que no se quejara del gusto burgeois del decorador y a Alegría le dieron uno diseñado especialmente por Tolomeo, un lindo cuarto color llanero, repleto de flores de todas las especies y colores, por todas las que no le había podido dar en los años de ausencia. Pero los Darién no fueron los únicos en mudarse a la gran estructura. Con tantos pisos disponibles, tan variados y tan lindos, los ministros, líderes locales, empresarios, comerciantes y artistas, aprovecharon y se fueron pasando uno a uno a la gran torre de los mil mundos. Hubo algún embajador o diplomático que hizo pataleta cuando no le dejaron abandonar la embajada o el consulado para irse a vivir junto al resto de la elite al edificio del futuro.

Los que más gozaron fueron claramente Verde, María Eduarda y sus cuatro hijos, el Pent-house era el único de todos los pisos que se encontraba más alto que las nubes. Por lo que contaba con la vista más privilegiada de toda la nación, en un buen día desde ese pseudo-paraíso se alcanzaba a ver la punta nevada del Kilimanjaro, o el reflejo dorado de la punta de la pirámide de Keops. Cuando llovía y el mundo de allá abajo se inundaba del ruido de los truenos, ellos protegidos por el colchón de las nubes lograban oir el silencio casi absoluto, solo roto por el ruido armonioso de las gotas chocantes de las cascadas del Lago Victoria. Era un vista tan clara que mandaron a hacer un telescopio, y desde su cima podían ver con detalle el momento en que el Nilo azul se volvía blanco, y como las grandes bestias del Serengueti y del Masai-Mara seguían en cada estación el circulo de la vida. Por las

noches las luces del continente no eran ausentes, y con los años fueron viendo como las pequeñas luciérnagas solitarias se fueron convirtiendo en grandes ríos pecosos de luces amarilla. Pero ya entrada la noche cuando la humanidad dormía, y era hora de los astros lejanos de empezar su fiesta, las estrellas bajaban al gran vals espacial, y se sentían tan cerca esos destellos de supernovas y nebulosas que más de una vez se tentaron a dar el salto al vacío para danzar abrazados juntos a las constelaciones lejanas.

Era un espectáculo tan hermoso y tan bello, que incluso rozaba lo divino, que en más de una ocasión, algún monarca o millonario se hizo todo el viaje al mundo colonial para dormir en la hamaca al borde de la ventana que Verde destinaba a las visitas. Incluso y así la Santa Sede lleve un siglo acallando esta versión, el Papa de la época encantado con los rumores de un lugar en el mundo tan cercano al paraíso que no se dudaba que algún día desde ahí se pudieran ver las puertas de San Pedro, violó las órdenes del segundo concilio del Vaticano, y en uno de los Quetzales del protectorado viajó de Roma a Santa María la Nueva del Darién para subir a esa torre de Babel Moderna y ver con sus propios ojos la inmensidad. No fue el único, y en más de una ocasión se rumoró que algún Patriarca, obispo, Imam, Ayatola o Rabino se aventuró al continente negro para acercarse a dios. Los cuatro retoños de Verde, vieron con mucho interés como grandes magnates del mundo accedían a invertir sus fortunas en empresas del Darién Africano a cambio de poder pasar un par de noches en la hamaca celestial. Fue así que a Roble se le ocurrió una idea para capitalizar en su hermosa vista. Invirtieron parte de lo ganado con sus cuentos de fama mundial y compraron una cantidad bárbara de los vidrios de recuerdos que había inventado Kojo sin querer hacía ya más de tres décadas. Así al caer la última luz, y con las estrellas fugaces dando la señal a los astros para que bajaran, Palma daba la orden y Almendro y Cedro rompían con cuidado los vidrios desde los ángulos que ordenaba la hermana, para encapsular para siempre los colores lejanos de la creación. Cuando ya tuvieron miles y miles de momentos mágicos entre los cristales del recuerdo, se fue cada uno a los diferentes rincones de las dos ciudades, a vender ese pedazo de divinidad.

Y la gente con gusto intercambió sus monedas con el escudo del cóndor andino, para tener en sus manos esos espejos que reflejaban el mundo de allá arriba. Y no es exageración decir que cada habitante de la nación sin importar su raza, sexo, o trabajo se hizo con decenas de esos cristales que conmovían y dominaban sus espíritus. Y mientras los cuatro chiquillos ampliaban sus cuentas bancarias y sus fideicomisos en suiza, las islas caimán y en el propio Banco Nacional del Darién Africano, los habitantes del protectorado se dormían cada noche en sus hogares mirando esas estrellas tan cercanas que una parte de su salario había podido comprar. Y observando el infinito muchos de ellos se empezaron a hacer preguntas, para las cuales no encontraron respuesta. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Qué había antes? Y ¿Qué había después? Se preguntaban sobre los poderes superiores y quienes los poseían. A más de uno ese sentimiento le causó un despertar en su corazón, llevándolo a las puertas de los museos y los institutos de ciencia, en los que llevaban años discutiendo y preguntándose

las grandes preguntas. Pero a la gran mayoría, ese vacío que contenía todo y no significaba nada, esas preguntas que no tenían respuestas sino más preguntas causaron una gran angustia, una que solo podía solucionarse con respuestas concretas, para colmar sus almas.

Los murmullos del miedo a lo desconocido se hicieron oir en el país, y los líderes religiosos y filosóficos, que llevaban cuatro décadas aburridos sin que nadie fuera a sus templos, y los pocos que iban a oir sus sermones se quedaban dormidos, vieron en esas dudas la oportunidad de ampliar sus rebaños. Y en ese país de tantos sueños, lo que había eran diferentes religiones, así nadie se hubiera dado cuenta. De los Fedeandinos muchos habían crecido bajo el mantel del catolicismo, pero del norte de África y sus Habibis muchos bajo las caricias de media noche se habían dormido escuchando los muchos harams que estaban haciendo con sus besos, pero que eso no importaba ya que al final esa religión de desiertos y medias lunas enseñaba que uno solo le respondía a dios y a su amor eterno al momento de partir. Y los muchos amigos de Tolomeo que habían llegado hace ya tanto habían traido con ellos sus culturas y creencias, y si en una esquina había una iglesia ortodoxa griega a la que iban tres personas, en la otra había un serbia o una rusa o una armenia. Y si uno se ponía a ver entre los miles de barcos que llegaban cada año, se habían bajado luteranos, calvinistas, anglicanos, coptos, judíos, hinduistas, sijes, budistas, sintoístas. Y claro habían aun los que practicaban la religión local, esa que habían tenido toda la vida antes de que las carabelas coloniales llegasen a sus costas, y a la que nadie nunca se le ocurrió preguntar en que se basaba. Si había un lugar en el mundo donde todas las religiones habían convivido en paz sin saberlo había sido en esa costa mágica. Pero ahora todos lo sabían, y comenzó un gran bazar espiritual en el que en cada tienda el vendedor hacía lo mejor que podía para apoderarse de lo más valioso que posee un hombre, su fe. Hasta Vermelho intentó ganar seguidores para su causa, pero a cada uno que se le acercó, les respondió que esas preguntas eran una pérdida de tiempo, y que lo que tenían que preguntarse era como la historia y la economía eran la misma cosa y como esos mismos que habían escrito la historia y creado las leyes económicas, eran los que ahora los emboban con ese opio que era la religión. Así que todos esos no solo salían sin respuestas, sino salían regañados por preguntarse las cosas que nos hacen humanos.

Pero todos los otros guías y líderes de la conciencia hicieron bien las cosas y con el pasar de los meses, sus templos se fueron llenando, las contribuciones fueron creciendo, y casi todo habitante de la nación, decía con orgullo su afiliación religiosa. A los Darién todo ese despertar religioso les dio gracia, y no le prestaron mucha atención, ya que para ellos lo importante no era quién había creado todo, ni porqué lo había hecho. Sino aprovechar ese milagro que era la vida, para ser feliz y hacer felices a los demás. Y al comienzo todo fue así y el respeto por el prójimo aumentó y la cordialidad llegó a puntos nunca antes vistos. Pero con el pasar de los meses, comenzaron a ocurrir los primeros roces. En ese gran mosaico de ideas, las había claramente que se oponían entre ellas mismas. Y los creyentes de una u otra empezaron a creer equivocadamente que si el otro violaba alguna de sus leyes

para no violar las propias, por más triviales que fueran, era un insulto e incluso más, una provocación. En las calles de la ciudad empezó a subir una hostilidad pasiva, ya no todos se daban la mano o se bajaban el sombrero al cruzarse, los vecinos dejaron de saludarse o hacerse favores, se oían entre dientes insultos despectivos, los vendedores solo vendían a los que veían en sus templos, y los compradores decidían comprar solo en tiendas cuyo dueño fuera uno de ellos. Los reproches se hicieron constantes, y la culpa y la desgracia propia siempre tenían su origen al menos en las mentes de las personas, en las actuaciones ajenas. La polarización y la división eran tal, que ya en muchas reuniones en el marco mismo de los templos del amor y de la vida, se comentaba la necesidad de alzarse en armas para salvar el alma de la nación de todos los que en sus corazones y raciocinios habían llegado a diversas conclusiones sobre los orígenes del todo.

Verde observaba ahora si con preocupación los caminos que llevaban a su patria al borde de la guerra interna. Veía en su propio hogar, como algunos ministros ya no se dirigían la palabra y como otros aprobaban leyes que beneficiaran solo a un grupo, o peor aún que perjudicara a otro. Y por más que cambiaba a los ministros, a los jueces y los funcionarios, los remplazos luego de un tiempo caían en las mismas malas costumbres. Era un problema estructural en el cual no parecía haber solución. Se reunió con los líderes de cada banda, juntos y por separado, y todos se alzaban los brazos diciendo que al final ocurriría lo que ya estuviera escrito en los planes de cada dios. El único en todo el país que durmió bien en esos meses de tensión, fue Salmón, porque ya sabía en cómo iba a acabar todo ese problema. Por eso cuando su hermano Verde desesperado luego de haber hablado con todos en la familia sin encontrar una solución, acudió a su hermano, este solo le dijo que respirara hondo viendo la inmensidad, que si el problema había nacido de los cielos, en los cielos estaba la respuesta. Y Verde que desde ya hacía muchos años había sentido como Salmón se le había acercado, y con el cual había creado una relación no solo de hermandad sino de amistad, le hizo caso. Mandó a la familia a la reserva, y solo en el silencio de las nubes, se puso a ver el mundo. Miro con cuidado y atención por horas, vio los arcoíris del roció mañanero, los destellos del día y los colores sanguíneos del atardecer y entre los surcos del cielo cuando ya todo era oscuro logró divisar entre las estrellas el camino al paraíso.

Reunió a toda la familia en los que alguna vez fue la casa-club y que desde entonces se había tumbado y convertido en un lindo parque a la orilla del mar. Les contó que subiría a los cielos a tener un cara a cara con el dios que fuese. Mandó a revisar el Quetzal con el que había dado mil y un vueltas por la tierra que su padre le encomendó y se puso a recorrer el país por tierra a contarles personalmente a sus habitantes lo que se disponía a hacer. Así lo hizo y en cada pueblo les dijo lo mismo, que si triunfaba en su objetivo se aseguraría que todos lo supieran y que no quedara ninguna duda. En uno de esos muchos pueblos, una mujer se le acercó y le dio un largo abrazo, era la bruja Rayowa que venía a despedirse del niño que ayudó a nacer. Con el avión listo y con toda la población expectante de lo que ocurriría, sentó a cada uno de sus familiares tal como lo había hecho Tolomeo catorce años

antes, y a cada uno le dijo bien fuerte y bien claro lo que esperaba de ellos. Le dio un largo beso a su esposa, un fuerte abrazo interminable a sus cuatro hijos, se puso su casco de aviación y se subió a su avión.

Se fue volando el avión sobre los cielos de la Costa Negra, subiendo y subiendo hasta que lo dejaron de ver. Pasaron las horas, y no hubo señal alguna, ni de milagros, ni de accidentes. Azul asumió como Protectorizo interino mientras se resolvía bien que había pasado con Verde y sobretodo que iba a pasar con la nación. Ya muchos ministros habían advertido que iban a hacer moción de censura a Azul por su falta de creencia alguna, y en las calles se hablaba un poco de todo, desde independencia, guerra religiosa, elecciones democráticas y de revolución obrera por parte de Vermelho y sus seguidores. Los días pasaron y la tensión seguía subiendo en las calles, algún militar vía radio advirtió a la Metrópoli de la situación, y preventivamente mandaron media flota a cruzar el atlántico, para no perder su preciada colonia. La pólvora estaba lista por todos los lados, y solo necesitaba un suspiro con un poco de chispa para hacer explotar todo. Todos buscaban señales en cualquier lado, queriendo que algún mensaje celestial de Verde evitara la tragedia, y aunque los líderes religiosos empujaban a sus creyentes a cumplir la voluntad de quien sabe que dios en las calles como animales salvajes, muchos se resistían aún a la violencia porque en ninguno de los miles de shows de radio se había reportado algún escombro aeronáutico.

Parecía que nadie quería dar ese primer empujón, y ahí apareció la figura de Vermelho, que había tenido unos días de dicha pura soñando con el caos y la insurrección, en la cual el pudiera meterse con los suyos y de alguna manera aún por determinar tomarse el poder y crear una república democrática socialista bajo su mando. Así que él y los suyos disfrazados de diferentes cultos, se dispersaron por la ciudad vieja y la ciudad nueva, y por el bien del pueblo ingenuo que no sabía que era lo mejor para ellos, lanzaron piedras a los vitrales de los templos para desatar la ira general. Y al son de los cristales rotos, ya no hubo nada más que hacer, y las nubes no acompañaban porque ese día el cielo era de una negrura espectral. Y en pocos minutos las calles del país entero se llenaron de seguidores dispuestos a todos para vengar los desmanes subidos, y la armada cargaba los fusiles, y Azul y compañía desde su Torre miraban con angustia esas nubes cargadas de rayos, preguntándose si su historia africana se iba a acabar en ese jueves negro. Y ya cuando los tambores de la guerra se habían puesto en marcha, cayó un rayo en el mar con tanto estruendo y tanto poder, que todo el cielo se aclaró, y todos alzaron sus cabezas hacia las alturas estupefactos. Y fueron testigos de cómo las nubes fueron perdiendo su color y como la lluvia caía sin tocarlos, y como el cielo se adornó de los colores del arcoíris, para disiparse y convertirse en un cielo de un color vainilla que nunca habían visto en la nación, ni siquiera en el día famoso del error de Vermelho. Y todos soltaron las armas al sentir como el aroma de la vainilla descendía sobre ellos, y los invadía una paz y una calma que muchos no habían sentido. Y mientras el cielo seguía con el color de la paz y su aroma era

esparcido por el viento al resto de la nación, se oyó un grito que vieran el mar. Y los que estaban cerca voltearon las cabezas, y los que estaban lejos corrieron hacia él para ver como las olas habían parado, y como el azul del atlántico se había vuelto en un verde color jade que destellaba alegría. Y ahí ya si no hubo dudas, que el Protectorizo había alcanzado los cielos y había cumplido su palabra. Todos en las calles, entre la vergüenza propia y la recien nacida empatía ajena, se abrazaron como hermanos y hermanas, y emprendieron todos juntos cogidos de la mano la corta marcha a la torre Darién donde clamaron por Azul y el resto de los suyos. Y todos bajaron y una vez entre sus compatriotas fueron alzados a hombros y llevados hasta la casa de gobierno, para embestir oficialmente a Azul como nuevo Protectorizo del protectorado.

Así pasó, y mientras Azul daba su discurso improvisado sobre la unidad, la hermandad y la búsqueda de la felicidad, propia y colectiva, la pobre María Victoria sintió los escalofríos y roja de la rabia de siempre acabar en esas en los peores momentos, sintió el malestar del vientre lleno, y aunque trató de aguantarse al final del discurso del marido no pudo hacerlo, y justo antes de los aplausos finales del pueblo unido otra vez, se oyó el llanto de la niña que venía de nacer, una linda bebé de ojos verdes para que no hubiera más dudas sobre el origen del milagro, y aunque no fuera azul y rompiesen la tradición, ambos padres supieron que el único nombre posible para esa niña era Vainilla.

XIV

Finalmente hubo un día libre, la fase de grupos había acabado. Ya solo quedaban ocho equipos, la Costa Negra había pasado segunda de su grupo pero seguía invicta. Empataron con Ghana en un partido muy pesado en la previa. No solo había la rivalidad de vecinos, sino que también fue justo a ellos que la Costa Negra le arrebató el privilegio de ser los anfitriones del torneo. El partido se jugó en la ciudad fronteriza, muchos ghaneses hicieron el viaje para apoyar a su patria en el duelo regional. Supongo sirvió. Fue interesante tomar el tren de la costa para ver el partido, me relajo bastante. La ciudad me impresionó, no tanto como la capital, pero sin duda se notaba que habían puesto las mismas ganas en toda la nación y no solo en su capital a la hora de construir edificios lindos. Lo comprobé días despues cuando tomé un bus para ir a una de las ciudades del interior del país, una ciudad muy linda, la gente me pareció incluso más amable que en los otros lugares, y eso ya es mucho decir. La Costa Negra se jugaba su pase a la segunda ronda ante Guinea. Ganaron bien, pero erraron muchos goles, esa falta de puntería les costó el primer lugar del grupo, Ghana le arrebató el lugar gracias a los goles a favor. Aunque según lo que me contaron los colegas, daba un poco igual, los vecinos se la jugarían con la siempre difícil Nigeria, y ellos se verían en un par de días contra la otra vecina, Costa de Marfil en lo que prometía y cumpliría ser un partido apasionante.

Cubrí varios partidos de las grandes favoritas, las ya mencionadas tres naciones costeras famosas por su oro, su marfil y su petróleo, pero también Egipto, Camerún y Nigeria. Con cada partido y con el ruido de los tambores me fui divirtiendo más y dejé de pensar poco a poco en las desgracias que me habían llevado allí. Cuando por fin hubo el día de descanso, decidí irme a la playa a disfrutar del mar y del sol. Invité a unos cuantos colegas, y varios de ellos aceptaron. Pensé que estaría todo el día recostado, pero luego de almorzar un buen pescado en los típicos reclinadores blancos de cualquier playa turística, uno de los colegas propuso que fuéramos a dar una vuelta cultural. Nos secamos y nos cambiamos en una de las cabañitas, y en dos taxis decidimos ir a las cuatro misteriosas torres que todos desconocíamos. Una vez allá en la selva de bambú, nos enteramos que dos de la torres servían como edificios estatales, uno era la casa de gobierno, el otro la alcaldía, el tercero servía como edificio residencial, nuestro taxista resaltó que allí era donde vivían las elites y las celebridades del mundo del espectáculo. La cuarta era un gran museo, en realidad eran varios, de ciencia, de historia, de arte clásico, moderno y contemporáneo. Por tener carnet de prensa la entrada nos salió casi gratis. Nos dividimos para que cada uno viera lo que quisiera en el orden que quisiera. Comencé por los de arte sin esperar mucho. Una vez más estaba gravemente equivocado, me encontré con salas con obras de Van Gogh, Miró, Klimt, Matisse, Chagal o Pollock para nombrar solo algunos. Me tomé mi tiempo, el museo cerraba bastante entrada la noche. Disfruté las vistas desde ese mega edificio, preguntándome como esas cuatros torres tan grandes como el más grande edificio de mi

país, podían ser consideradas ruinas. Quizás fue por eso que me aventé al museo de historia. Fue allí que empecé a leer sobre los Darién y sobre todo lo que he contado y seguiré contando. Me gustó en especial el árbol genealógico que tenían en una de las salas. Era una gran pintura de un árbol de sangre de dragón, esos famosos de las islas Socotra. Empezaba con las dos fotos de Tolomeo y de Alegría, y de ahí cada conjunto de ramas tomaba un color según el descendiente, verde, azul, amarillo, violeta y rojo. Esa fue la primera vez que saqué mi cuadernillo para anotar nombres. Esos nombres tan curiosos, Almendro por un lado, Vainilla por el otro. Me puse a ver las fechas, y noté entre risas enteras la seguidilla de niños que habían nacido en un momento. Y me pregunté cómo debió haber sido esa época con catorce herederos entre la niñez y la adolescencia corriendo y haciendo sus vidas bajo el mismo techo.

Nueve meses luego del día celestial en el cual el Protectorado se tiñó del aroma de la vainilla, mientras en la Metrópoli festejaban la pequeña guerra que habían hecho contra su vecino Paraguay para adueñarse definitivamente de todo el Chaco, y en los aliados del norte la depresión causada por su propio jueves negro comenzaba a hundir al mundo con ellos, en la gran Torre Darién se despertaban con alaridos conocidos, pero no por ello menos sorpresivos. Aida, una de las hijas de uno de los altos funcionarios que había sido capaz de costearse uno de los tiquetes vendidos por los obreros de la ópera, para ver la última función del juglar, tocaba sudando el interconector de su novio para subir a verlo, sentía que se moría, el sudor frio había empapado su espalda y los retorcijones eran tan fuertes que nunca en su vida, ni siquiera leyendo todas las barbaries de la clase capitalista a lo largo de la historia, había sentido tanto dolor interno. Vermelho finalmente se despertó al sonido del timbre, y tras habilitar el ascensor, empezó a hacer cuentas en su mente. La desenfrenada felicidad de nueve meses antes, cuando pensó que la revolución finalmente había llegado, había tenido sus consecuencias. Se alegró, y trató de explicarle a su amada, esa que había conquistado en las plazas con gritos de guerra, que estaba por dar a luz. Los llantos desgarradores de la futura madre despertaron a los vecinos de arriba y rápidamente Violeta llegaba a ayudar. Salió el primer bebé llorando como loco, gritando y pataleando. Y a pesar de haber salido, la pobre Aida seguía revolcándose de incomodidad. Llamaron a la madre a que bajara, y junto a ella bajaron las dos Marías y hubieran bajado resto de la familia, pero cada uno andaba o en la reserva, o en cumbres diplomáticas o recorriendo Uzbekistán en globo. En medio círculo las cuatro mujeres observaban al joven desesperado y temeroso viendo a la novia sufriendo, sin saber muy bien que hacer. María Victoria se preguntó, si a lo mejor tenía que ver con que eran comunistas. Pero Alegría mojando paños desde la cocina gritaba que la corriente política no influenciaba los hechizos. Ahí casi de inmediato se oyó el suspiro del parto de nuevo y todos se asombraron al ver salir del vientre de Aida un bebé igualito al primero, llorando ni más ni menos y pataleando con la misma

coreografía. Ahí Violeta entendió que eran gemelos y mandó a María Eduarda a arropar al recien nacido. Pero la madre seguía en su tortura y la abuela Alegría se alcanzó a preguntar si su hijo no había procreado un ejército rojo para él solo. Pero tras diez minutos de injurias en ruso por parte de la madre, finalmente un último suspiro y un último bebé, idéntico en todo a los dos anteriores salvo que en vez de niño había salido niña. Los padres no dudaron y para homenajear al ídolo máximo de los extremistas, le pusieron a sus hijos por orden de llegada Tigre, Jaguar y Puma, para que ninguno tuviera desde la llegada y sin ganárselo con su trabajo el honor de llamarse Leon.

El nacimiento de los tres pequeños revolucionarios, alegró a la familia que pensó erróneamente incluso después que Salmón les advirtiera entre murmullos que no se hicieran muchas ilusiones al respecto, que ahora siendo padre, quizás Vermelho dejaría de jugar al soviético y empezaría a actuar como los demás, ayudando a la gente con obras concretas y no llamándolos a la lucha de clases. Pero el nacimiento de los trillizos tuvo otra consecuencia inesperada. Violeta observó como ya todos sus hermanos tenían hijos, o los tendrían, porque con el pasar de los años y a medida que aprendía sobre la física cuántica había comenzado a dudar sobre si Salmón si había acabado en el futuro y vuelto al presente que ya era pasado. Incluso su hermana mayor en su ingenuidad perpetua se pavoneaba presumiendo su millón de hijos adoptados a los que cuidaba en su reserva. Pensó que a lo mejor ella también quería ser madre, no tanto por su deseo sino por la idea que con genes tan buenos como los suyos sería pecado no pasárselos a la próxima generación. Fue así que emprendió una de las búsquedas más rigurosas de su vida, para encontrar una pareja que maximizara aún más los genes y dotes de sus futuros hijos. Como mujer de ciencia que era puso un afiche en las revistas respetables de la época, en las cuales exponía su caso y sus preocupaciones. Y aunque el mundo andaba en crisis económica y la globalización se frenaba abruptamente, un centenar de hombres de ciencia de alrededor del mundo acogieron el llamado, para sumársele a casi dos centenares más de científicos del ministerio de la Honestidad. Violeta los hizo pasar por exámenes físicos, de cultura y de cultura general o inteligencia emocional ya que la inteligencia sin sabiduría o empatía no servía para mucho. Los puso a jugar ajedrez contra ella, a resolver ecuaciones a contra reloj, y a prepararle huevos benedictinos, porque ella no iba a pasar el resto de su vida desayunando mal los domingos. Finalmente quedaron media docena, y ya sin pruebas objetivas, le tocó pasar a lo subjetivo, eliminó a los que consideró feos, y entre los tres que quedaron no le quedó de otra que hacerles bajar los pantalones para hacer la decisión final.

El ganador resultó ser un neurocirujano indio y tras una breve boda auspiciada por el Protectorizo mismo, se pusieron en marcha, para dar tres hijos en tres años, a los que llamaron de manera científica y sin sobre complicarse, así fue que siguiendo la estadística nacieron dos varones primero, Junio y Agosto y luego una niña a la que le pusieron Abril. Todos apellidados Darién porque era obvio que en la historia de la especia humana, un buen apellido suele valer más que un buen par de genes. Así que la gran torre Darién se

llenó de niños y cada uno a su manera en esos años tranquilos que precedieron a la guerra aportó su granito de arena a la gran historia de la Costa Negra.

Los hijos del difunto Verde lloraron a su padre cada día a su manera, pero motivados por sus últimas palabras, impulsándolos a seguir siempre adelante sin importar que tragedia les ocurriese, no les quedó de otra que acatar la última directiva del padre. Palma pensó que una buena manera de honrar al padre sería haciendo moneditas conmemorativas del héroe, y gracias a su parte de las ganancias de los vidrios espaciales que habían desatado la crisis espiritual de la nación, lo pudo hacer. Abrió una pequeña fábrica, la cual colocó frente al restaurante favorito de su tío Vermelho a quién aún despreciaba por dañarles el negocio de los cuentos del juglar. Y así cada día mientras Vermelho y Aida comían Bosch ucraniano y beef Stragonoff debían observar los humos de metal fundido que salían de la acera de enfrente. Las monedas con la cara del líder, el Quetzal Protectoral que nunca se encontró y la más popular una moneda con las insignias de todas las religiones, se vendieron como pan caliente. Y gracias a esas ganancias logró expandir su marca de monedas conmemorativas, ya no solo vendía las famosas monedas del padre, sino que fabricó unas con las barbas míticas de Tolomeo, con el Everest del tío viajero, con las tablas de surf del tío Protectorizo, los granos de café, de cacao y los pozos de petróleo de la nación, pero lo más vendido de lejos fueron las moneditas con las bestias de la tía mayor, los elefantes, los leones, y hasta el guepardo Emeterio que nadie entendía bien como no se había muerto. Las monedas de animales se vendían por todo el país e incluso eran lo suficientemente populares para ser exportadas a los diferentes mercados, donde se daban como premio a los maratones de danza, los concursos de radio, o como medio de pago en las empresas al borde de la miseria. Tanto fue el éxito de todo lo relacionado a los animales de la reserva, que logró ampliar una vez más la marca, para incluir todo tipo de joyas, aretes con manchas de jirafa, pulseras con rayas de tigre, hebillas con el lomo plateado de los gorilas, collares en blanco y negro como las cebras. Y como eso también fue un éxito, y la gran nobleza europea y los grandes magnates americanos las llevaban con orgullo a las premieres y a los grandes valses, pues pudo ir incluso más allá, en su gabinete de bestias, creando líneas enteras de ropa al que para darle un toque más refinado llamó “Cabinet Bestiare”. Y ahí sí que rompió todo el record de ganancias, y con cada colección basada en animales pero sin nunca tocar la piel de uno, se hizo conocida por el mundo como una gurú de la moda.

A Roble por su parte tampoco le fue mal. Él también pensó que la mejor manera de agradecer al padre era homenajeándolo. Así que finalmente pudo llevar a cabo su sueño de hacer una película sobre la familia, porque a diferencia de los derechos de imagen de Tolomeo, los cuales se negaba a pagarle a su abuela, los de su padre habían quedado en manos de la madre, y como esta se la pasaba en enseñando en sus colegios días y noche, no tuvo problema en obtenerlos. Mandó a llamar a más de un cinematógrafo que la crisis había afectado en Europa y America, y se puso a hacer la biografía del padre, al cual quiso que lo interpretara Charlie Chaplin, y este casi acepta, pero al final una carta de Vermelho

acusando al sobrino de capitalista voraz, desalmado y sin respeto alguno por la clase trabajadora, lo hizo rechazar la jugosa oferta. Contrató entonces otro gran actor que años despues ganaría dos Oscars consecutivos, y la película fue un éxito rotundo en todo el mundo, salvo en la Metrópoli donde la categorizaron de exagerada y poco realista. Y con los dividendos de ese éxito se fue en barco hasta el Brasil, donde el Juglar se había retirado ya del mundo del espectáculo en las playas del sur del país, y le compró por un precio record los derechos de su vida y de sus historias. Y con ese material casi que infinito, fundó las "Producciones Vía Láctea" y logró traer al Darién Africano todos los grandes directores, actores y actrices de la época para filmar muchos de los clásicos que hoy son catalogados de icónicos y obras maestras. Y por lo general se las arregló para que cada malvado tuviera alguna similitud sutil con el tío y alguna crítica clara a sus ideologías. Y a los estudios americanos y a los amos de la propaganda política les pareció tan brillante esa forma de ataque a la amenaza roja, que con gustó le siguieron prestando sus más grandes actores y directores y aún con más gustos le compraban los productos finales para hacerlos pasar por ellos. Y a él nunca le molestó que su nombre no saliera por ningún lado del producto, ya que había aprendido del tío Salmón que uno hace las cosas para uno mismo, y sobre todo que con tantos dólares que le pagaban para mantenerlo secreto, lo del nombre era lo de menos.

Cedro y Almendro por su lado no tenían el suficiente capital para meterse a proyectos tan grandes por separado, así que decidieron unirse para sacar lo mejor de sí. Como aún eran jóvenes y a diferencia de sus hermanos debían asistir a las clases de segundaria por gran parte del día, no les quedó de otra que operar una vez caído el sol, cuando acababan los deberes de algebra y trigonometría. Lo primero que notaron en sus estudios del mercado más cercano que tenían, es decir los habitantes de la Torre Darién, fue que había mucho residente que no poseía sirvientes para limpiar y prepararles la cena. Lo que acababa en idas nocturnas a restaurantes y peleas continuas con las esposas que no veían porque les correspondía a ellas limpiar y cocinar. Se les ocurrió entonces un doble negocio, el primero fue el más simple, fueron a hablar con las sirvientas familiares que vivían todas juntas en varios pisos con sus familias y que cocinaban para los Darién un gran piso que era solo cocina, repleto de utensilios y hornos de diverso uso para cada plato que les fuera pedido hacer. Les propusieron que en vez de cocinar en las ollitas pequeñas cocinaran en las grandes, y que con todo lo que sobrara, y que no temieran que ellos pagaban los ingredientes de más, se lo llevaran a los distintos suscriptores del servicio de comidas del edificio. Las mujeres aceptaron a cambio de una buena parte de las ganancias y nunca nadie más en el edificio se fue a dormir sin estar satisfecho.

El segundo negocio tenía buenas intenciones, pero no les salió tan bien, como las sirvientas no tenían tiempo ni energía para limpiar el centenar de pisos de la mega infraestructura, los dos hermanos fueron a hablar con las Habibis. El negocio de la prostitución había decaído bastante con la crisis mundial, ya que los barcos llegaban en menor cantidad y con ellos los

posibles clientes, además muchos de los regulares se habían casado y a mucho joven se le había metido en la cabeza por culpa de Vermelho, que el sexo debía ser gratis y universal, lo cual por fin le había hecho ganar un buen número de seguidores nuevos. Les propusieron que en vez de satisfacer a los hombres en las camas, se las tendieran, y en vez de hacer acrobacias con sus piernas, lo hicieran con las escobas y los polveros. Así que muchas de esas mujeres cambiaron los escotes y lencerías por uniformes de mucama para limpiar, planchar, y doblar, mientras los barcos volvían al ruedo o a los jóvenes se les pasaba el idealismo de querer todo regalado. El negocio funcionó muy bien por un par de meses, y las regalías se dividieron en partes iguales entre las mujeres y los jóvenes. Hasta que un día los mandó a llamar la mamá, a indagar si ellos estaban detrás del negocio nuevo que había salido, en que se llevaban a las esposas a largos tours de todo el día a museos, playas y diversos sitios de interés del país. Y Azul que oía desde la lejanía, notó que desde el comienzo del negocio de limpieza los funcionarios pedían más días de vacaciones, se reportaban más enfermos o salían más temprano del trabajo. Ataron los cables, y lo que le dio más rabia no fue que las Habibis los hubieran dejado fuera del negocio, sino que no se les hubiera ocurrido a ellos primeros tal nivel de integración vertical. El negocio de la limpieza colapsó a penas las mujeres se enteraron de las infidelidades, pero al menos los dos chicos se ganaron el "Finders Fee" que le dieron diversos bufets de abogados.

Los hermanos no se dejaron amedrentar ante el fracaso, ya que el padre les había advertido que el único fracaso de verdad era el de no volver a levantarse. Se les ocurrió organizar una competencia, en la cual diversos concursantes pagarían por tratar de subir la torre Darién en el menor tiempo posible, y al ganador se le daría parte de ese dinero y ellos se quedarían con el resto. Para probar si tal idea podía realizarse sin arriesgarse a alguna demanda, intentaron subir ellos mismos el edificio. Luego de seis horas sin haber llegado a la mitad, y sudando como cerdos, se dieron cuenta que por ahí no era. Sin embargo descubrieron que había una gran cantidad de pisos intermedios totalmente vacíos debido a los recientes divorcios. A ambos se les iluminó el bombillo, y fueron a donde sus hermanos mayores a pedirles un préstamo, alquilaron varios pisos, los adecuaron y les pusieron vidrios y paredes anti-ruido, y pusieron una discoteca. La "Discoteca de las estrellas", que inmediatamente se volvió un sitio muy atractivo para los jóvenes y que luego que su tío Salmón lo mencionara en su show de radio, estalló en popularidad a tal punto que había más chances de cruzarse a una super estrella de Hollywood ahí que en los estudios del hermano Roble.

Los hijos de Violeta salieron tal como ella lo había deseado, brillantes, apuestos y bien dotados, hubieran sin duda podido ser lo que quisiesen, desde astronautas hasta deportistas de alto nivel, pero la vocación de su vida se marcó a causa de todo el asunto ese de la limpiezas y las damas de compañía. Con su madre en la universidad dictando clases y haciendo investigaciones y su padre viajando por el mundo operando casos imposibles. Los niños acabaron solos en su piso de la torre, su madre los consideró brillantes desde el nacimiento, ya que tal como ella, habían anunciado con código morse desde la barriga sus

respectivas llegadas, pero sin auto nombrarse, lo cual le pareció un claro signo a la madre que habían nacido más maduros que ella. Los niños deambulaban por su piso, jugando con sus juguetes, haciéndose de comer, oyendo la radio y leyendo libros que ningún niño de cuatro o seis años debería leer, como lo son los libros sobre la termodinámica y turbulencia. Pero como eran genios como la madre, incluso esas nociones capaces de enloquecer o curar de la locura a cualquiera, los terminaron por aburrir. Fue así que diseñaron utilizando rollos de papel higiénico, un sistema para escuchar por el ducto de ventilación las conversaciones ajenas. Fue así como sin querer fueron los primeros oyentes del servicio a domicilio de las Habibis, y luego de que todo saliera a la luz. Pudieron oir las largas conversaciones de abogados cruzados, luchando por tener la razón a los ojos de la ley. Luego cuando ya los ductos se bloquearon por las barreras de ruido de los primos, oyeron con atención en la radio en la estación judicial los pormenores de todos los juicios de los Estados Unidos, desde los crímenes amorosos de Chicago, los fraudes fiscales de los capos de la mafia, los complots de las bebidas, e incluso algún que otro juicio viejo, como los juicios evolutivos que les hicieron preguntarse si era posible heredar el viento.

Con esos ejemplos tomaron la costumbre de luchar con sus palabras y argumentos ante cualquier cosa que les decían los padres, si los mandaban a dormir temprano mencionaban alguna jurisprudencia en la que los padres les habían permitido dormirse tarde, si no los dejaban repetir postre sacaban de debajo de la mesa estudios hechos por el mismísimo Ministerio de la Honestidad mostrando que de vez en cuando un postre de más no tiene nada malo. Anotaban en sus cuadernitos con portadas de héroes griegos, toda frase dicha por los padres y en más de una ocasión mandaron un telegrama a Kojo ya retirado en una playa para encontrar en las anotaciones de Tolomeo algo que les permitiera contradecir a sus padres. Cuando ya en los meses que precedieron la guerra, la Federación Fedeandina le negó en primera instancia a Azul recibir barcos repletos de judíos huyendo del Nazismo, fueron los tres pequeños que desempolvando documentos viejos, encontraron los precedentes que comprobaron que luego de la debacle esa de los anarquistas, la Metrópoli había cedido la decisión final de quién entraba y quien no al Protectorado, al Protectorizo. Y es por eso que hoy, tantas décadas despues, los cuerpos de esos tres se encuentran enterrados con todos los otros justos entre las naciones, por haber salvado vidas que de no ser por ellos se habrían perdido.

Y mientras los niños se preparaban para lo que sería una larga vida luchando entre las leyes, unos cuantos pisos más arriba, los hijos de Vermelho se preparaban para lo que sería una larga vida luchando en los montes. Ya los seguidores del menor de la primera generación de Darienes africanos, se podían contar con más de dos manos, y aunque su programa de radio seguía siendo el último en ratings, ya el penúltimo no le llevaba tanta ventaja. Junto a Aida le dieron a los niños la educación que a ellos les hubiera gustado tener, y antes de dormir no les leían cuentos burgueses, sino pasajes de “El Capital” o discursos de Lenin o Trotsky. Les enseñaban a compartir, a pensar críticamente y siempre

hacerle caso al superior en el rango. Les hablaban de la revolución, y lo bello que sería cuando llegara, y en todo el mundo sonara la internacional, y la burguesía y todos sus aliados fueran fusilados para por fin tener un mundo de paz y solidaridad. Y aunque los niños no entendían bien, por que vivían en el edificio de la elite, o porque cada domingo mientras su papá hacía caras de niño chiquito en su rincón de la mesa familiar, ellos jugaban con sus primos a los vaqueros y los indios, sin problema, nunca se atrevieron a preguntarle al papá para no contradecirlo. Y con el pasar de los años, ya las dudas dejaron de importar y comenzaron a enorgullecer a Vermelho, con sus acciones. Bajaban al gran piso de cocinas y trataban de convencer a las sirvientas que su plusvalía estaba siendo robada por los primos mayores y que de paso para esa noche querían helado de chocolate y no de vainilla. Cuando iban a la reserva reunían a los animales y los trataban de convencer de que formaran un sindicato de bestias para poder tener margen de negociación con la tía. En el jardín hicieron manifestaciones pacíficas, bloqueando los columpios y los rodaderos hasta que la profesora María Eduarda aceptara enseñarles las lenguas obreras que eran el ruso o el alemán. Pedían cita para ver al tío Protectorizo para preguntarle cuál era su plan de cinco años. Cuando los cuidaba la abuela y esta los consentía con caricias y galletas, le prometían que el día en que llegara la revolución, a ella la perdonarían y no tendría que ir a ningún Gulag a expiar sus pecados arando la tierra, sino que la mandarían al mejor Koljoz posible donde la trataran bien. Su acto más vandálico fue cuando echaron tornillos en el ducto de los ascensores, y estos estuvieron descompuestos por tres días. Lo hicieron para que los burgueses del edificio sintieran lo que era el trabajo físico que nunca habían hecho. Pero les salió mal porque se les olvidaba lo de los pisos movibles, y todos los que quisieron subir o bajar de sus pisos solo debieron saltar de su ventana cuando esta se encontraba en la segunda planta.

Al único tío que quisieron de verdad fue al tío Salmón, que por su buena vibra se había ganado el derecho de entrar y salir de la unión soviética cuando quisiese, y les traía de cada viaje por ese inmenso país algún regalo de la madre Rusia. Salmón era también el tío favorito de los niños de Azul. Más que hacer cosas como sus primos, Cielo, Marino, Índigo, y Vanilla, preferían disfrutar de su infancia, se divertían en la escuela, leían, jugaban, hacían travesuras. Los apasionaban las historias, surfear, el cine, y entender ese gran mundo en el que vivían. Su papá nunca les ocultó nada y era común a la hora de la cena, que les contara las diferentes eventualidades de la nación. De él escucharon porque la crisis mundial no los había afectado tanto como a otros, y como incluso habían ofrecido enviar cargamentos de excedentes alimentarios a diversas naciones, muchos de los cuales fueron rechazados por orgullo, como fue el caso de muchos de los países europeos o de muchos estados americanos, negándose a recibir ayuda de una colonita en África, o de ignorancia como en la Metrópoli que a pesar de tener dificultades en algunas regiones, se negó a recibir más de lo acordado pensando que como siempre Azul mentía sobre su producción y que de aceptar esos bultos de más, causarían una hambruna en el protectorado.

Lo que más disfrutaban era cuando el tío Salmón volvía de viaje y venía esa misma noche a cenar junto al hermano. La buena vibra del tío Salmón junto a su renombre mundial como una persona buena, le permitían adentrarse a los corazones mismos de la historia. De sus viajes llegaba con noticias sobre las represiones rusas, las masacres en China, el militarismo de Japón, las barbaries que empezaban a ocurrir en Alemania, y la impavidez de Francia y el Reino Unido al respecto. Le tocó presenciar más de un evento histórico, no por casualidad, ya que ya le habían dicho sus nietos más de una fecha clave. Por eso aprovechó cada viaje para ver con sus propios ojos la realidad y sentirse no un turista sino un actor de la historia. Fue así que sus sobrinos terminaron siendo quizás, unas de las personas mejores enteradas sobre la realidad del mundo, sobre los juegos de poder, los pactos y contra pactos, sobre motivaciones, rencores y rivalidades. Cuando las tropas del Fuhrer cruzaron los Sudetes, y el mundo sintió los escalofríos del pasado, se llamó a una conferencia para tratar de preservar la paz. Azul fue invitado, esperando que sus aportes fuesen igual de buenos a los de su padre en los eventos de Fachoda. El Protectorizo no solo llevó a sus hijos, sino que invitó a su hermano, pero este ya conociendo el resultado final, se negó a ir. Además sabía que en cuestión de semanas conocería a la madre de sus hijos en una cafetería de la ciudad vieja y no podía faltar a su cita con el destino.

Los cuatro herederos llegaron en uno de los Quetzales junto a su padre, vieron las esvásticas colgando en cada esquina, vieron a jóvenes de sus edades uniformados y levantando el brazo hacía los cielos. Vieron los restos de vidrios aún presentes en las aceras de comercios que estrenaban dueño. Sintieron el aroma de odio y de pólvora. Fue un viaje que los marcó para siempre. El padre entró a la gran junta de Múnich, donde junto a él se sentaba Daladier y Chamberlain. Ahí las puertas se abrieron y vio al hombre de los millones de muertos, lo vio con su bigotico y su peinado engominado, miró directo a sus ojos y supo que no habría nada que hacer. Él también lo miró, preguntó algo en alemán a uno de su sequito y este le respondió algo indescifrable para Azul al que nunca le interesó aprender alemán. El dictador volvió a decir algo enojado, y el traductor dijo que el Fuhrer se negaba a dialogar con un africano en la mesa. Azul miró a los dos líderes que venía a aconsejar, y en sus ojos vio nuevamente que no había nada que hacer, cederían en eso y en todo lo que vendría. Salió de la junta y por el transcurso de la reunión le tocó quedarse, para aparentar. Cuando se firmó el acuerdo de la vergüenza, le repitió a los líderes lo mismo que el único hombre sensato de esas época había dicho días antes, podían tener una guerra o perder su honor, escogieron perder su honor e igual tendrían guerra. Se subió a su avión junto a sus hijos y volvieron a casa. Al bajar lo esperaban en la pista, su pueblo, lo recibían con aplausos y flores, había preservado la paz, pero al verlo cabizbajo tomado de la mano de sus hijos pálidos, entendieron que lo único que había hecho el acuerdo había sido aplazar la guerra.

XV

Si la primera gran guerra empezó con los llantos de la muerte, la segunda empezó con los llantos de la vida. Tal como lo habían predicho sus nietos cuando lo encontraron moribundo en las dunas del Sahara, se cruzó con la que sería la madre de sus hijos en uno de sus cafés favoritos de la ciudad vieja. Llegó al café de las flores rosadas en las que solía pedir el postre de cacao-vainilla que había ordenado desde que tenía cinco años y se escapaba de casa todas las tardes. Ahora ya rondaba la cuarentena, no estaba ni emocionado, ni ansioso, pasaría lo que debía pasar, e hiciese lo que hiciese o se sintiese como se sintiese ya todo estaba escrito, al caer el sol habría conocido la mujer que le daría hijos. Desde su mesa vio a muchas chicas de la alta sociedad tomando martinis y cocteles, todas le sonreían y le hacían ojitos, si hubiera sido cualquier otro día, se hubiera parado a hablar con la que más le interesara, para cautivarla con sus historias de aventuras y hazañas. Pero al ser un día ya predestinado, decidió para variar que fueran las piezas del universo que hicieran lo suyo. Y por más guiños de ojos y risitas distantes no se levantó de su silla. La tarde fue pasando y ninguna de las mujeres se atrevió a dar los tres pasos que las distanciaban de Salmón. Cuando salió la última por la puerta giratoria que pretendía imitar los cafés de Manhattan, Salmón dudó por primera vez en su vida sobre si había actuado bien, quizás había dejado escapar su gran oportunidad, y aún peor, quizás sin quererlo había alterado para siempre, o mejor dicho para nunca, la historia. Fue en ese momento que una de las meseras, se le acercó para decirle que cerrarían pronto. La volteó a ver y para su sorpresa en la placa de metal que cada empleado tenía con su nombre, notó las tres letras que le habían anunciado. Awa.

La alta sociedad del protectorado se alcanzó a escandalizar por la naciente relación, era la primera vez que uno o una de buena familia salía abiertamente con una local que no perteneciera a las familias de poder. Sin embargo en el seno de la familia protectoral a ninguno se le ocurrió criticar a la pareja. Al contrario, tras la llegada de Azul con las noticias trágicas de lo que vendría, cualquier razón para celebrar y estar feliz fue recibida con los brazos abiertos. De todos la que más se alegró sobre la primera relación estable que le recordaban a Salmón, fue Alegría. Aunque le había creído lo de la perdida en el tiempo, siempre le había quedado dudas sobre lo de los nietos. Alegría creía en una cierta poesía universal, en el equilibrio ese que le había hecho tener a Vermelho. Y como Felicidad ya se había quedado definitivamente sin hijos pensaba que lo mismo le iba a pasar a Salmón, que a lo mejor se había cruzado con sobrino-nietos y no con nietos per se. Pero apenas le presentó a Awa, vio en ella una joven dulce e inteligente. Por eso fue ella quien impulsó al hijo a dejar esa bobada que ya todo estaba escrito y que tendría con ella dos hijos y una hija así la llevase a citas románticas o la fuera a visitar una vez por semana cuando se le antojaba algún postre con aroma especial. Y así Salmón, más para que la madre dejara de quejarse que por amor, empezó a planear citas románticas con Awa. La llevó a nadar a los

ríos subterráneos de las cuevas de dentro del país, le dio un par de vueltas en su Quetzal personal para que viera el amanecer desde los cielos, la llevó a la reserva para que jugara con las crías de panteras, y mientras la paz lo permitió la llevó a alguna expedición leve por los países vecinos.

Awa se dejó encantar por ese mundo de adrenalina y lujos, y Salmón a pesar de que no sentía ese amor en llamas que le habían descrito los hermanos tantas veces, disfrutó de la compañía, de tener alguien a quién contarle las cosas, alguien a quien abrazar al volver de sus travesías y alguien que siempre lo mirara con una sonrisa. Sintió un amor dulce y cariñoso, uno de un rio alegre que baja sin prisa por las montañas para no perderse ningún momento de ese largo camino. Eso sí, nunca le pidió que se mudara con él, aunque si le ofreció alguno de los pisos de la gran torre, uno bien alto, para que cuando se quedara con ella no pudiera escaparse por la ventana como lo había hecho todo la vida. Y a pesar de los chismes de sociedad, nunca se le ocurrió pedirle matrimonio, ni siquiera el día que los Alemanes invadieron Polonia, y todos reunidos en la cima de la Torre Darién, debieron dejar de oir la radio para ayudar a Awa que de la nada empezaba a transpirar y sentir retorcijones. Cuando pasó el ritual de la vida en que se acordaban de Verde con melancolía, salió un bebé llorando, pero no de tristeza sino de hambre. Bostezaba y bostezaba, y Awa no tuvo de otra que darle lecha materna, y él tomaba y tomaba sin saciarse, y así duró por tres noches enteras, hasta que finalmente soltó a su madre exhausta y se puso a dormir. Con un niño así a Salmón le pareció evidente que tenía ponerle Knut, así muchos se demoraran años en entender la referencia.

Y es de entender, ya que una vez cayó la primera bala y con ella se fueron derrumbando una a una los pilares de la paz, no hubo tiempo ni energía para pensar sobre nobeles o libros. Las bombas y los tanques se habían vuelto una vez más tapas de diarios, y desde la cima de la gran torre Azul veía lejanos las formaciones de aviones de los unos y los otros. Como había sido en la Gran Guerra, la federación se declaró neutral, hasta el momento en que los aliados del Norte decidieran a quien apoyar. Pero para Azul era claro que solo un lado era el justo. Y conociendo las brutalidades y la maldad del otro lado, Azul no dudó en ayudar a su manera. Lo primero que hizo fue instarle a los grandes museos de los países aliados a que mandaran sus obras hasta su pequeña colonia lejos de los estruendos. Al principio hubo negativas, pero cuando la línea Maginot quedó sin estrenar y la neutralidad belga fue ignorada. Del Louvre y tantos otros no dudaron en envolver sus piezas más valiosas y mandarlas en buques de contrabando al otro lado del mar. Fue así que las cabañas de la reserva se llenaron de obras maestras para que las bestias adiestradas pudieran ver los matices de Goya, Da Vinci, Vermeer y Caravaggio.

Cuando cayó Francia, Azul personalmente habló con De Gaulle para darle su apoyo, y garantizarle que si las colonias no seguían el buen rumbo, su armada los enderezaría. Pero no hubo necesidad de despertar la armada dormida, y salvó Dakar y Gabón, la moneda cayó del lado de la libertad y no de los colaboradores. Desde la gran Torre vieron las tres grandes

batallas del oeste africano y se alegraron que no hubiera necesidad de matarse con los hermanos de los países vecinos. Desde su Torre y gracias a los telescopios del ministerio de la Honestidad, Azul se pasaba sus días viendo la campaña del norte de Africa. Se alegraba enormemente de no poder ver más allá de Gibraltar y ahorrarse la desdicha que había caído en Europa. Pero aunque no se viera, las noticias igual llegaban, y en esos primeros años fueron pocas las noticias alegres que les lograron dar esperanza sobre un final feliz. Para distraer a su pueblo de las lágrimas lejanas, Azul encomendó a todos los ministerios de hacer obras, que el ruido del levantamiento de puentes silenciara el de las bombas, que las molestias por los atascos relacionados con la construcción de los metros subterráneos hicieran olvidar esa molestia espiritual y gangrenosa que traen los boletines de guerra. Lo que los boletines de guerra no contaban era todo lo que Azul hacía por la causa del bien.

Desde el inicio de la campaña en el norte africano, Azul se tomó como misión personal ayudar como fuera, y a pesar de la neutralidad de la nación mandó dinero y cargamentos de armas pagadas por el mismo. Pero no contento con eso, armó un gran sistema de palomas mensajeras desde su Torre. De la cima de la nación lograba ver como ya hemos contado las menores ocurrencias en los campos de batallas del Sahara Libio y de la Africa de Vichy. Cuando veía algún movimiento extraño, no dudaba, sacaba un papelito y en el código secreto que le habían indicado a él y a solo él en todo el protectorado, escribía con cuidado lo observado. Proseguía a poner el papelito en el tobillo de una de las miles de palomas persas que había mandado a traer, y las mandaba volando a los cielos africanos con la esperanza que llegaran a tiempo a los comandos amigos en las fronteras vecinas, para que ellos por radios y telegramas encriptados dieran el mensaje al frente de batalla. Fue un trabajo arduo que le impedía ocuparse de ninguna otra cosa. Fue así que su hija Cielo y su hijo Marino, que ya andaban entrando la adultez y estudiaban ciencias políticas en la Universidad de la Costa, les tocó empezar a remplazar a su padre en las reuniones ministeriales, tomar nota de lo dicho, hacer pasar las instrucciones del Protectorizo y reportar a los unos y a los otros los temas más importantes de la nación. Lo hacían con elegancia y gracia, y todos los ministros se alegraron de haber nacido en la época de Cielo y Marino y no de Verde y Azul.

Poco después de los incidentes de Pearl Harbour, la Federación Andina a quién nadie había llamado, se puso a reclutar a los jóvenes más pobres de su gran patria para ayudar a los aliados europeos y sobre todo a los amigos americanos en su intento de salvar una vez más al mundo libre. Estos jóvenes excluidos, a los que nunca se les había dado la educación de las grandes ciudades, y quienes pocas veces incluso habían salido de sus veredas, acabaron en buques temblorosos para todos los frentes de la guerra. Ese mismo rumbo, el del desierto, las islas del pacifico y el canal de la mancha lo siguieron sus famosos aviones, que tanta fama les habían traido años antes. Le obligaron a los alemanes fundadores a vender su parte del negocio para preservar la neutralidad, y una vez acabada la neutralidad mandaron

todos los aviones que pudieron a los rincones del mundo para ayudar como se pudiera, fuese transporte de tropas, de víveres o de armas. Obviamente esa ayuda no gustó mucho a los poderes del Eje. Sedientos de venganza, desde sus bases desérticas se atrevieron a mandar uno que otro avión al único punto de ese enemigo que podían alcanzar, el protectorado del Darién Africano, al otro lado del Sahara.

Fue Vainilla la primera en notarlos, al ser la más joven de la familia protectoral todavía se podía dar el lujo de pasar sus noches viendo el baile de las estrellas sin preocuparse sobre los quehaceres o deberes del día siguiente. Fue en esa claridad nocturna en la que se inspiraba para escribir poemas que vio a la lejanía las luces tenues del misterioso avión. Corrió a avisarle al hermano mayor, y este al entender lo que era la nave, no perdió tiempo alguno, y llamó directamente al ministerio de las nubes, que en cuestión de segundos tenían en los aires a dos de sus Quetzales de guerra listos para defender la nación. Cuando ya Azul fue despertado, el peligro había pasado. Pero la advertencia había sido clara. Azul decidió mandar a toda la familia lejos del peligro, y los embarco a todos, a la esposa, hijos, a la mamá, a los sobrinos y cuñadas a la metrópoli. Incluso Vermelho e hijos aceptaron el viaje, con la esperanza de tener más suerte en el reclutamiento de camaradas en la metrópoli que en la que habían tenido en el Protectorado. Y así se fueron todos en uno de los buques de la armada en el otoño del 42. Todos mirando desde la popa del barco vieron alejarse esa costa negra sin saber si volverían a verla. Era un momento duro para todos, en ese momento la guerra estaba más perdida que ganada, y en los espíritus de los viajeros, incluso los más optimistas había la melancolía de lo incierto, hasta Salmón que ya sabía cómo todo se decantaría, se vio contagiado por la tristeza general, porque aunque él conocía que tan solo en un par de años volvería la paz, también sabía que en ese mismo momento en tantos campos lejanos, millones de gente buena e inocente moría sin sentido por culpa de la estupidez humana. Con el caer del sol se alcanzó a preguntar sobre el sentido de tantas muertes, sobre él por qué de la estupidez humana, sobre si algún día pararía tanta absurdidad. Fue en ese momento, cuando el capitán del barco anunciaba que estaban por salir de las aguas de la nación, que notó a Awa de una palidez extrema, y se acordó que ese día nacía su segundo hijo.

El pequeño Magallanes alegró las almas de los viajeros, fueron un par de semanas felices, una especie de burbuja en medio de esa tormenta. Los días eran de ruido, entre los delfines que venían a saludar a Felicidad, los debates ardientes entre Violeta y sus hijos sobre la jurisprudencia aplicable en las aguas internacionales, los hijos de Verde hacían estudios de mercadeo entre los soldados, para ver si había algún negocio potencial por hacer con la armada Fedeandina, Vermelho y compañía se la pasaban haciéndole propaganda a su causa, tratando de convencer a los soldados de revelarse y hacer un motín, y al capitán de desviar el barco al Cáucaso para ir ayudar a la madre Rusia en su labor. Vainilla hacia odas sobre el mar, Índigo se bronceaba desde la cubierta mientras que las dos Marías acompañaban a Alegría y hacían un esfuerzo para no perder tan rápido en las cartas y el dominó. Al final

del día comían todos juntos, y entre gritos y risas discutían un poco de todo, incluso hasta los insultos donde aparecían Cielo y Marino para mediar entre las partes y buscar algún consenso. Ya al acabar los festines que se daban, Salmón los reunía en su cuarto a todos y les contaba las historias del pasado, las del juglar, las de Tolomeo y las de Verde. Y cada noche cuando todos ya dormían, Alegría antes de adentrarse al mundo de los sueños subía a la cubierta y veía las estrellas. Se preguntaba lo rápido que había pasado el tiempo, la última vez que había pisado America, había sido ya hacía cinco décadas atrás, cuando aún era una veinteañera ingenua, y la había despedido desde un muelle el presidente de la nación. Pensaba en todas esas personas hondeando pañuelos en ese muelle, y como una a una habían partido. Pensaba en ese mundo que había dejado atrás, sus padres a los que nunca volvió a ver, sus hermanos mayores con los que intercambió tan solo un par de cartas en todos esos años de alejamiento. Como había cambiado todo en esas cinco décadas, y ahora una guerrita podía acabar todo. Se preguntaba si eso era la vida, hacer tanto para que un día por la más mínima cosa se acabara. Cerraba los ojos y veía a su Tolomeo cuarentón con su barba y su físico de elefante bailando junto a ella en "La Cecilia", los abría y miraba los cielos y veía a su hijo sentado en los jardines celestiales, no lo juzgaba por más que lo extrañara, al fin de cuentas si ella hubiera llegado al cielo tampoco se hubiera devuelto a ese mundo tan problemático.

Llegaron a Caracas y fueron recibidos por un par de amigos de Azul, altos funcionarios de la industria petrolera, convencidos que la Federación saqueaba por completo los fosos del amigo. Para compensarles ese atraco imaginario los alojaron en el mejor hotel de la ciudad el tiempo que quisieron, y cada uno decidió donde pasar esas vacaciones forzadas. Solo Salmón había pisado la metrópoli antes, y ya hacia bastante de ese largo viaje que lo llevó del Saltó del Ángel hasta los salares Bolivianos, donde escaló todos los volcanes Ecuatorianos, se aventuró a las serranías perdidas del Chiribiquete y a los Cerros Mavacure, nadó junto a las tortugas de las galápagos, los delfines del amazonas y los colores de la Macarena. Se asoleó en las playas panameñas y admiró las ruinas de Machu Pichu. Pero como aún le faltaban aventuras, emprendió una segunda ronda desde Punta Gallinas hasta ese nuevo Chaco que ahora era Fedeandino. Por su lado los dos Azules mayores se fueron a la Capital para presenciar las plenarias del senado y del congreso, mientras los menores se fueron a San Andrés y Providencia, los de Verde se fueron cada uno a un puerto, a Lima, Barranquilla, Guayaquil y al Canal de Panamá, a ver que mercancía interesante podían comercializar en su protectorado al volver. Violeta se llevó a los niños junto al esposo a la Paz, para que la ayudaran a montar diversos experimentos que querían hacer en la altura. Las Marías se quedaron junto a sus padres, Awa y los dos bebés en Caracas, para disfrutar de las playas vecinas y los buenos restaurantes. Felicidad se fue al amazonas para aprender el idioma de las anacondas y Vermelho junto a los suyos también se dividieron y se fueron a dar vueltas por ese gran país esparciendo su mensaje revolucionario. La ultima en decidir qué hacer fue Alegría, que tras mucho pensarlo contrató un chofer y le dijo que ella le avisaba cuando parar.

Tomaron la carretera y se fueron adentrando a las entrañas del país, cruzaron las cordilleras, la tierra caliente y la tierra fría, los pueblos de rio, y las ciudades de mar, hasta el momento que reconoció sus montañas viejas, y respiro el aroma de los recuerdos. Vio su casa con algunas telarañas y se adentró a ella, la dejaron pasar los sobrinos que ahora vivían allí. Dio vueltas por esa gran hacienda donde había pasado su juventud, mirando las esquinas que habían sido suyas, entró a su cuarto tan distinto, y vio las fotos de sus hermanos y de sus padres a través de esas cinco décadas que la separaban del ayer. Vio esas caras fuertes, esos trazos finos de piel acrílica que habían caracterizado a sus hermanos, y los vio con arrugas, canosos, y acabados. Vio la foto de su padre en una sillita, delgado y pequeño, él que tanto miedo le había dado, vio a su madre siempre sonriendo con un pelo blanco que había remplazado esa melena negra que se peinaba cuando le decía que fuera feliz. Se quedó en esa casita esos largos meses que estuvieron en la metrópoli, y a esa casita con el tiempo llegaron sus hijos, sus nietos y sus nueras a visitar a la matriarca. Marino le contó sobre esas ciudades y esos paisajes, sobre la unidad que tanto había hablado Azul, sobre lo centrado que había visto al presidente y a los senadores. Roble le contó sobre las bellezas que harían una vez llegasen a su tierra, ya tenían contactos, socios, materia prima y sobre todo ideas. Vermelho no le dijo nada, pero notó en su cara una gran sonrisa de oreja a oreja, igualita a la de Felicidad que llegaba con un loro que hablaba como serpiente, y la de Violeta que llegaba con un centenar de cuadernos lleno de anotaciones.

También llegaron todos los sobrinos que no había visto nunca, y ellos llegaron con sus propios hijos, y durante esos meses esos dos mundos separados por el mar y por el tiempo se volvieron a encontrar, y para complementar llegaron también los familiares de Tolomeo, preguntando que había sido de la vida de ese tío perdido del que tanto habían oído hablar a sus abuelos y padres. Y entre tantas bandas, los de acá aprendieron sobre los de allá escuchando a Salmón tocando la guitarra, y los de allá aprendieron sobre los de acá escuchando los chismes de sociedad que no salían en los diarios, oyendo la música que no llegaba en la radio y leyendo los libros y los cuentos que se perdían en las grandes bibliotecas. Y recordando y enterándose de sus vidas paralelas, de esas emociones iguales que no por estar bajo un cielo distinto eran menos parecidas, de esas similitudes, de cómo reían por las mismas bromas y lloraban por las mismas tragedias, pasó el tiempo y pasó la guerra, y un día les llegó el telegrama de Azul, que los aliados habían ganado la guerra en Africa, y que ya se podía volver, que en Europa era cuestión de tiempo y en Asia un poquito más. Así que todos se reunieron de nuevo esta vez en Cartagena, y de ahí unidos por primera vez a un país que por fin entendían, un país tan estable que no tenía noticias, un país en su apogeo, que salvo pequeños detalles con su colonia y con sus minorías, llevaba 93 años haciendo las cosas bien, se subieron al mismo buque que los trajo y volvieron a su Protectorado.

XVI

Ya la Alemania Nazi había caído, y la vida volvía poco a poco a la normalidad en el Protectorado del Darién Africano. La gente disfrutaba de la primera línea del metro que permitía ir de un extremo de la ciudad vieja hasta los más recientes barrios residenciales de Santa María la Nueva del Darién, sin necesidad de pasar horas en los atascos, eso sí muchos seguían prefiriendo la pérdida del tiempo con tal de poder disfrutar los colores de la costa y sobretodo pasar por el jardín del Edén que rodeaba la Torre Darién. Almendro y Cedro habían llegado a un acuerdo con diferentes inquilinos de la torre y desde hacía un tiempo ofrecían un tour de cinco estrellas a la gran edificación. El tour incluía una vuelta por el bosque de bambús con guía de aves para poder identificar todas las especies que la hermana había traido de su reserva, más las aves de estación que nunca faltaban su cita con el Darién. Se seguía por uno de los pisos del tío Salmón, donde se podían observar diferentes artefactos y memorabilia recolectadas alrededor del mundo. Luego se pasaba unos minutos en diferentes pisos, donde se podían observar las obras de arte de los varios coleccionistas que había en la torre, en la cual resaltaba la colección de impresionistas del hermano Roble, y los vestidos de gala de la hermana Palma. Se proseguía por diferentes pisos de estilo variado, donde el visitante podía pasar por el piso-casino de la abuela, el piso acuatico, el piso caverna, el piso renacentista y el piso de la Bagdad dorada, según la disponibilidad del día. Para finalizar se subía hasta el piso más elevado posible, por lo general el de María Eduarda, que al pasar todo el día enseñando ni se enteraba del centenar de personas diarias que tomaban fotos o rompían vidrios de recuerdos a sus tapices y ventanas. Se los despedía pasando por la tienda de regalos, para que gastaran sus pesos andinos, dólares y libras en recuerdos y se llevaran con cada compra mayor a 30 dólares, un descuento para la discoteca del edificio.

Los dos hermanos también aprovechaban cada vez que sabían algo grande iba a pasar en su torre, para triplicar el precio de los tiquetes y vender la exclusividad. Cuando la abuela les contaba que se venía una partida dura contra algún Maharajá experto en el parqués o algún otomano capaz de leer la mente, o quizás una mesa de póker con los mejores tejanos del mundo, eran ellos los encargados de vender las entradas para ver ese evento a metros de la gran mesa en la sala de la abuela. En otras ocasiones vendían tres o cuatro puestos para asistir a los shows de radio del tío Salmón contando sus aventuras en las selvas de la metrópoli. En otras ocasiones se animaron incluso a pedirle a la tía Felicidad que le mostrara a la decena de invitados pagos, como lograba que los pájaros pintaran la bandera del país en los cielos. Pero sin duda el evento por el que más cobraron fue cuando el tío Salmón anunció la fecha exacta en la que nacería su tercer hijo. A la pobre Awa la había impactado para mal las dos veces que tuvo que dar a luz con tan solo media hora de advertencia. Por lo que le rogó mil y un veces al compañero de vida que dejase sus tabús físico-cuánticos sobre alterar la historia de lado y que le dijera con al menos un mes, si

debía tener otro bebé con él. Y así lo hizo Salmón, muy de mala gana, haciéndole prometer de no contarle a nadie para limitar los daños. Pero no contó con el famoso ducto que habían construido los hijos de Violeta para escuchar conversaciones ajenas, ni tampoco que los jóvenes le habían contado la existencia del mismo a los dos primos empresarios, quienes entendiendo la gran ventaja que es el conocimiento, habían convencido a la tía de hacer un trueque de apartamentos, donde además los dos jóvenes le incluían una linda cabaña en Montana, una de sus muchas propiedades compradas gracias a los distintos negocios hechos en los meses americanos.

La inversión se pagó con creces el día que escucharon las grabaciones del día y se toparon con la noticia del nacimiento de la que nueva prima. Entre lágrimas de felicidad se preguntaron ¿Cuánto no pagaría un científico o un fetichista de los embarazos, para ver ese milagro andante que eran los nacimientos de los Darién? Mandaron correos certificados y secretos a cualquier científico de renombre y cualquier pervertido de buena familia que se les ocurriese, y tras un par de semanas ya habían vendido a un precio tan bueno que les daba para comprarse si lo quisieran 10 mil hectáreas en Montana, la media docena de tiquetes para el evento. Movieron todas sus fichas y todos los favores pendientes con los primos, desde un Rolex para Marino hasta trufas albanesas para Knut, y lograron que el día anunciado, el Protectorizo Azul organizara un asado familiar en el Pent-house de la torre. Y allí todos reunidos en familia y con los seis amigos misteriosos de los hermanos, se sentaron a esperar el milagro inesperadamente esperado de la vida. Pero pasaron las horas, las salchichas, el asado de tira y las costillas, y hasta el postre de caramelo y nada de nada. Les tocó prometer más favores por aquí y por allá, y con escusa de mostrarle las estrellas danzantes a los amigos misteriosos, se extendió el asado a una velada de cata de vinos y noche de jazz. Ya cuando dejó de sonar el último disco y se habían vaciado las ultimas botellas de merlot, cuando la noche estaba bien adentrada y el tío Azul empezaba a bostezar, los pobres Cedro y Almendro sudando se veían devolviendo su dinero y contratando a los primos para que los defendieran en la corte por falsa publicidad y fraude, pero de repente una brisa salvadora de aire inesperada se adentró a través de los cristales de la ventana e hizo que los más mayores soltaran sus copas en el piso de mármol. Todos miraron con sorpresa los cielos y vieron un destello verde como nunca habían visto en la vida. Uno tan hermoso, pero que venía acompañado de una tristeza incierta, ni siquiera Violeta a la que todos miraron supo explicar ese fenómeno, por lo que se quedaron con la hipótesis de Vainilla que era la más poeta de toda esa familia y se había animado a decir que alguna galaxia vecina les había venido a visitar. El resplandor hizo medio sonreír a Alegría, que andaba enojada por la desvelada, propuso un brindis de copas vacías por las estrellas. Y entre el clank-clank se oyó a Awa pegar un gritico seguido de un “Aquí viene”. Los hermanos y sus “amigos” sonrieron con deleite y en menos de veinte minutos llegaba al mundo la pequeña Andrómeda.

Al día siguiente se despertaron con la noticia que Andrómeda no había sido la única en nacer en esa noche de madrugada, y que más allá de donde el sol nacía el Enola Gay y su Little Boy habían dado nacimiento a la capacidad del hombre de autodestruirse. Un par de días despues, ya no con asombro sino con lamento observaron la misma brisa y el mismo destello verde que daba el fin a la guerra. El fin del conflicto acabó la barbarie caliente, para remplazarla por un nuevo conflicto, uno frio que de la noche a la mañana dividió a Europa y al mundo en dos. Por esa razón me permito en este momento contar los próximos años por dos lados separados, los dos lados que al final de esta historia acabaron decidiendo el destino de esa pequeña nación al borde del mar y en cierto modo la de ese gran país en las faldas de los Andes. Dos lados, donde no hay ni buenos ni malos, ya que los buenos de hoy serán los malos del mañana y los malos del mañana volverán a ser buenos cuando un nuevo sol caiga y otro nuevo salga. Dos lados que reflejan de algún modo la sociedad no solo en la que crecieron, sino también la que heredaron y la que vivieron.

Comenzamos por Azul y los suyos, que una vez la guerra acabada encontraron en ese nuevo mundo sus respectivos caminos. Ante la evidencia que los senderos del pasado habían causado ya dos grandes guerras, millones de muertes, el genocidio más grande que se hubiere visto y la capacidad de acabar con la misma especie, no le quedó de otra a las grandes naciones de crear un sitio para el dialogo y la cooperación. En esa gran organización de naciones unidas por un futuro diferente, acabó Cielo Darién. La mayor de los retoños de Azul había crecido como sus hermanos, siendo testigos en primera mano de la historia del mundo, no solo habían gozado de los reportes sin tabúes ni mentiras que el tío Salmón le contaba al hermano en su gran mesa de comida, donde había aprendido de las condiciones, regímenes y problemáticas de prácticamente cada rincón del mundo. Junto a su padre había estado en muchos de esos lugares y gracias a la madre que aunque no ejerciera su profesión de antropóloga, fuese donde fuese le había enseñado a todos sus hijos como analizar las distintas culturas, no solo para tolerarlas y entenderlas, pero sobre todo para respetarlas por más distintas que fuesen. De su tío Vermelho había acabado entendiendo la corriente del otro lado del muro de hierro al derecho y al revés, y de la tía Violeta había aprendido el poder de la tecnología y la importancia del cambio. Pero lo más importante que había aprendido ella como el resto de sus hermanos, había sido el coraje de la abuela y la empatía de la tía Felicidad.

Se pasó la guerra estudiando sobre el mundo en la Universidad de la Costa y por las diferentes universidades de la Metrópoli, lo que le permitió contrastar el mundo de los que mandaban con el de los mandados. Se ganó su puesto en la estructura por talento y habilidad y nunca ni el padre ni cualquier otro tuvo que mover un dedo. Dio su opinión sobre muchas cosas, como dividir países, no con reglas sino con lógica y usando un libro de historia, como reparar a los que les habían ayudado durante las horas más oscuras, no dándole poder ciego a unos cuantos, sino invirtiendo en todos por igual, como crear un país para un pueblo al borde del exterminio sin hacer que todos sus vecinos los odiaran, o como

crear un país nuevo así eso molestara a todos los países que por tantos años habían maltratado cada uno por su lado a un pueblo roto en pedazos. Imploró por un fin a ese gran mal que era el mundo dominado por cinco y pidió que cada nación, que cada pueblo, y que cada grupo de gente pudiera tener el derecho más simple, el de ser libre, el de escoger su camino para disponer de ellos, y sobre todo no abandonarlos a su merced luego de que durante décadas, sino siglos se los hubiese explotado sin dejar mucho a cambio. Y aunque sin duda tuvo razón en todo lo que dijo, fueron pocas, por no decir casi nunca las veces en que se le hizo caso. Pero a pesar de ello, y de tener que chocar constantemente contra la pared de hombres con ideas fijas e inamovibles, no paró con su deseo de ver un mapa fragmentado con cientos de colores y poco a poco, los años le fueron dando la razón, como lo iremos contando a medida que el tiempo transcurra en esta historia.

Al que si le fue muy bien desde el principio fue a Índigo. A diferencia de la hermana que había heredado la necesidad de resolver problemas del abuelo y del papá, Índigo siempre se había limitado a mirar de lejos, solo metiéndose en los problemas que le importasen, y alejándose de los problemas que sabía le causarían enojos o molestias innecesarias. Nunca acompañó al padre a las reuniones eternas y aburridas sobre las finanzas de la nación, pero nunca se perdió ningún corte de listón rojo, ni ningún coctel de importancia. Siempre que viajó en familia a los países vecinos, se las arregló para acabar en museos ventilados, en cafés exclusivos y en playas de arena blanca muy lejos de los grandes halls repletos de carpetas y abogados y de los campos embarrados para ver las bases de palacios desaparecidos. Siempre pensó que el intelecto era para disfrutarlo y divertirse, que para pasarla mal ya habría tiempo una vez muerto, que la vida le pertenecía para reír y gozar y no para lamentarse y sufrir. Con esa filosofía no es raro que a diferencia del tío aventurero, no fuese aficionado a ensuciarse hasta el cuello, ni poner al limite su cuerpo para buscar esa diversión, le gustaba ir a esos lugares mágicos en busca de la inmensidad, pero preferiblemente a alguno que tuviera un buen hotel y al que se pudiera llegar en carro. A todos los demás, por más que le interesase, los veía de lejos, desde el avión, o se compraba algún libro al respecto y así completaba con su conocimiento, lo que su falta de aventura le había privado. Buscando la vida descomplicada acabó también en esa gran institución, recomendado el si por esos amigos del gran mundo, terminó así en una linda oficina parisina analizando ese patrimonio de la humanidad que conocía tan bien gracias a los libros y los cuentos del tío, escogiendo que proyectos le interesaban, como por ejemplo recorrer Italia con buena pasta y buen vino mirando que castillo y que puente entraba en la famosa lista, y cuales prefería dejarles a los demás como por ejemplo lo sería dos décadas más tarde el traslado de Abu Simbel, en la que curiosamente acabó metida hasta la tía Violeta, más por la presión de las sobrinas que del sobrino.

Otro de los proyectos que Índigo decidió le traería más molestias que alegrías, fue cuando con el fin del yugo del imperio británico a la gran India, le dijeron si quería ir ayudar a su partición. Se imaginó por allá en los Kashimir donde solo le gustaba ir a jugar golf, en

medio del polvo y los reclamos de los musulmanes yendo a India y los hindús yendo a Pakistán. Se imaginaba teniendo que pedirle tres veces al mesero que le trajera leche para poder comerse su curry y se vio en el griterío de la estación de tren y se dijo que prefería darse una vuelta por Dresden para ver cómo iba la reconstrucción. Se perdió de trabajar junto a sus dos hermanas. Cielo no dudó un segundo al llamado, y tomó el primer avión de Nueva York a Mumbai para asesorar en lo que pudiera. Como siempre, hizo lo que pudo, pero la condición humana a veces pesa más que la misma humanidad, y los problemas entre hermanos de dioses diferentes no se hicieron esperar. Reconociendo los mismos errores y fisuras que habían terminado en el sacrificio del tío Verde tantos años antes, le compartió a los máximos referentes de las dos naciones nacientes, la historia de la subida al cielo del segundo Protectorizo y como el sacrificio había acabado en un aroma a paz y vainilla bajado de la atmosfera para unir a los divididos y de paso añadió sonriendo, que le incidente le había dado el nombre a la hermana. La historia conmovió al mismísimo Mahatma del alma venerable, que a pesar de la edad y los problemas que vivía el protectorado por esas épocas insistió en viajar en uno de los Quetzales de la nación, a ver el lugar del milagro en la costa negra de la ciudad vieja.

Lo recibió Azul personalmente y a pesar de las amenazas que tenía en ese momento lo llevó sin guarda espaldas y en su coche descapotado de siempre por los sitios de la historia, desde la cima de la Torre donde su hermano había visto el camino al cielo, hasta los templos que ahora convivían en paz, para finalizar en la orilla de la costa en el Parque que había remplazado la Casa-club. Azul se alegró enormemente que el negocio de las Habibis ya no existiera y que todas esas mujeres se dedicaran ya a las diversas filiales de su gran multinacional de la cual el mismo era socio. Le dio pena incluso contarle al venerable, que ese edificio frente al parque, tan bonito con ladrillos rojos al estilo bogotano, que ahora servía de biblioteca, había sido el burdel más prolífico de todo el continente africano. Milagrosamente para ambos, cuando dejó de ser biblioteca para volverse la base de la infame central de inteligencia anti-independentista, ya ambos llevaban varios años en el más allá. Pero en esa tarde cálida de cielo sonriente, ambos anduvieron felices charlando sobre el deber, el respeto y la hermandad. El ilustre visitante conoció finalmente esa noche a Vainilla y choqueado de su belleza y gracia, una que solo podía ser sinónimo de la intervención divina, la convenció a que fuera a la India a recorrer las calles divididas con su mensaje de armonía. Fue así que Vainilla terminó en la India recorriendo sus calles divididas recitando versos de unidad. Y quedó tan encantada de esos rostros cambiantes que no solo caminó por ese subcontinente de maravillas, sino en tantos otros lugares igual de bellos y maldecidos que lo necesitaron con el tiempo, predicó siempre cohesión, empatía y entendimiento de la mejor forma que sabía, con poemas estelares por la paz inspirados de los sueños que tenía todas las noches desde su nacimiento, sueños de nubes blancas melódicas con olor a vainilla y cascadas de colores sin descubrir de cuyas aguas bebían todos los hijos de la especie.

Marino fue el único que no se lanzó a lo internacional, el largo año en la metrópoli le había generado una extraña necesidad de conocer la tierra de sus ancestros. No solo había quedado maravillado por las similitudes entre las dos orillas del atlántico en lo que productividad y eficacia y hermandad se refería. También le había encantado las pequeñas diferencias, le parecía curioso como a diferencia del gabinete ministerial del padre, los de la metrópoli no contaban con ninguna mujer, ni siquiera había mujeres maestras de universidad como su tía, o mujeres juezas como por ejemplo lo sería su prima Abril en unos cuantos meses cuando se convirtió en la mujer más joven del mundo en llegar a ese puesto. Se preguntó si eso mismo sentirían los fedeandinos al viajar a su costa y ver la ausencia de democracia o elecciones.

Le causaba gracia también la hermandad ya mencionada, porque si era cierto que en el gran senado de la federación y en cada pueblo se trataba al compadre o la comadre con acento extraño con la más grande de las cordialidades, pero también había notado que cuando el mismo grupo de personas pertenecientes al mismo país o incluso a la misma región, se encontraban solos, los otros países y regiones alabadas durante el día eran burlados durante la noche. Le impresionó por ejemplo como un concejal de Medellín se había referido a Bogotá como la ciudad más importante culturalmente de toda la región, para luego por la noche ya entrado en aguardientes decir que nunca se conseguía un licor decente en ese mega humedal que habían escogido como capital. También vio a un senador Bogotano dar un discurso muy lindo sobre como el mar inspiraba al pueblo, para luego en una de las fiestas privadas a la que tuvo la suerte de asistir, el senador disgustado por el servicio de los meseros, le susurraba con olor a ron, que eso les pasaba por contratar costeños. Y cuando le tocó viajar por el país, encontró que en Caracas no entendían muy bien como su petróleo tan preciado terminaba en rutas para los indios bolivianos, y como en Santa Cruz de la Sierra se preguntaban como hacían esos limeños para gastarse la plata que les daba el cobalto tan rápido. Y en Lima se quejaban que ese año hubieran salido más congresistas serranos que de costumbre, y en Ecuador mejor ni nombrar las bellezas que decían los de Quito sobre los de Guayaquil y los de Guayaquil sobre los de Quito. Y en Panamá le tocó a más de uno preguntarse si no les convendría mejor ser libres de esa federación y quedarse para ellos solos el canal. Pero todos esos rumores de media noche desaparecían por la mañana, y una vez frente a frente al colega otro acento pero de mismo cielo de se abrazaban y brindaban juntos con una cerveza bien fría, planeando el nuevo puerto de Buenaventura o el nuevo resort en Manta.

Se dijo a si mismo que esa forma de burlarse del otro, se diferenciaba de la de su Protectorado, porque los chistes por más malvados que fueran se hacían de frente para que el otro se riera, y al revés una vez en solitario se solían decir cosas como “que tipazo” o “que buen hombre, me alegra conocerlo”. Pero esa no era la única diferencia que notaba, nunca había pasado una navidad tan triste como esa que le tocó pasar junto a toda su familia en la finca en la que había crecido la abuela Alegría. Muchas de sus navidades las

había pasado con el papá, la mamá y los hermanos en alguna cabaña nevada en los Alpes, hacían guerra de bolas de nieve, construían los hombrecillos y les ponían zanahorias en la nariz, y dos ramas en la cabeza para simular cuernos de reno. Una vez les quedó tan lindo el personaje de copitos, que lo rodearon de nieve del galeras para poder llevárselo a casa, y hasta donde sabía, aún se encontraba en el piso de la hermana mayor junto a las miniaturas traídas de Lahore y las cajas húngaras donde escondían sus secretos.

Las otras navidades, en las que se habían quedado en su protectorado, se iban a la reserva de la tía Felicidad, y jugaban hasta dormirse con las bestias domadas. En las noches buenas cenaban algún plato especial cocinado por el tío Salmón, y al despertarse en el día de navidad, se daban los regalos entre ellos, incluso al tío Vermelho y los trillizos que nunca los aceptaban por considerarlos impropios de gente como ellos desapegados al consumismo. Pasaban el resto del día recostados en sus camas, leyendo libros, oyendo la radio y comiendo las sobras del día anterior, y al volver a casa se sentía una gran felicidad que marcaba lo especial de la ocasión. En la Metrópoli había sido todo lo contrario, las fiestas no habían durado los dos días que ellos estaban acostumbrados, sino casi una decena, la familia de la abuela los reunía cada noche y los hacía leer salmos y canciones, y aunque el país era laico según la constitución, los quedaban mirando mal cuando no sabían recitarse un maría llena eres de gracias. Luego le seguía un sinfín de canciones melancólicas sobre tristezas y tiempos mejores, que según él y los suyos, poco eran apropiadas para un país en teoría feliz. Finalmente para la noche buena, los hicieron esperar hasta la media noche para darse los regalos que no les había traido el papá Noel, sino el niño dios. El cual no entendían porque se convertía en niño una vez al año y volvía ser grande y barbudo los 364 restantes. El 25 los quedaron viendo aún peor cuando ninguno se levantó a ir a misa y oyeron entre voces a uno de los primos lejanos preguntar si es que todos eran comunistas en el protectorado. Les siguieron dos días medio normales, donde eso sí la música se hizo cada vez más deprimente, le siguió un día de bromas extrañas, para tener otros dos días de música decadencia sentimental, finalmente en la noche vieja toda la tristeza acumulada de todos esos días y quizás del año hacía erupción, junto a fuegos artificiales caseros. Muy lejano de esas noches viejas protectorales marcadas por los bailes alegres y los propósitos de año nuevo.

Pero entre todas las cosas que le habían gustado de la metrópoli, la primordial razón cuando le pidió a su papá que lo nombrara delegado del Darién Africano en el congreso de la nación, fue, como no podía ser otro el caso, una mujer. Conoció a Helena en un hotel de Tobago entre risas vacacionales. Venia de pasar unos cuantos días en Ciudad Guyana, discutiendo con políticos locales que tanto más se podría pedir del país vecino en las cortes internacionales y si valía ser usada la fuerza. Los convenció que lo mejor sería esperar al fin del conflicto antes de decidir, si lanzar los tanques desde Roraima para ampliar el escudo guayanés patrio valía la pena o les traería solo problemas. Estresado por esas discusiones acaloradas al margen del Orinoco, se fue a la pequeña isla caribeña y sin

habérselo propuesto quedó enamorado de otra de los huéspedes. Le habló de a raticos mientras hacían la fila para los omelletes, y se la cruzó en la piscina leyendo la novela de uno de los grandes poetas de la nación. Como se lo había cruzado muchas veces en esos largos meses, cada vez que se pasaba por Caracas, aprovechó para contarle los detalles escondidos en esa aventura de amor buscándola impresionar. Pero a ella no la impresionó tanto por sus conocimientos literarios sino por sus pasos de baile inspirados por los swings americanos que tanto había visto en la discoteca de los primos. Con el caer del sol y con las piñas coladas junto al mar se perdieron mutuamente en los ojos ajenos y prometieron volverse a ver. Él le mandó cartas apasionadas desde donde estuviera y ella desde su cuarto con vista a la catedral de Cuenca le respondio cada una con un pétalo de azucena. Una vez la guerra acabada y con tantos pétalos en su casa regados por doquier, le prometió que finalmente la iba a buscar. Llegó a Cuenca más desesperado que un loco, temeroso que se la hubieran quitado. Pero allá la encontró en la dirección prometida leyendo otro libro con un sombrero de panamá para cubrirse del sol de la tarde. Lo demás se dio como en todas las otras historias y Helena que se había ido de vacaciones al mar para alejarse de las tristezas constantes de la guerra acabó ennoviada por la casualidad con el representante del famoso y prestigioso Protectorado en la metrópoli. Se fueron juntos para la capital para compensar todo el tiempo perdido entre el mar y el rencuentro, y no se volvieron a separar nunca más en su vida.

Su vuelta a la capital del país no fue como lo esperaba, quizás por primera vez en casi un siglo de historia había gran tensión en las calles. El pacto constitucional de ni tontos ni trúhanes llegaría a su fin en poco menos de cinco años, y sin la protección constitucional de tener que hacer las cosas bien, las dudas se apoderaban de las entrañas de la nación. Había muchos que pedían la solución que parecía más evidente, extender el pacto de la eficacia por otro siglo más, o porque no de por vida. Pero la idea tenía tantos seguidores como detractores. Las familias del poder que llevaban un siglo haciendo las cosas bien por la nación, no parecían muy convencidas, veían de reojo a los iguales de los países vecinos, y ellos a pesar de haber hecho tantas cosas mal por tanto tiempo, tenían en sus arcas más dinero y riquezas que ellos que no habían fallado una sola vez. Sin duda ahí había alguna incoherencia histórica, se decían entre ellos, capaz hacer las cosas mal por unos años no sería tan malo, despues de todo, con esa santidad que habían profesado por un siglo se lo habían ganado. Por eso salieron a las radios del país a vender el mensaje, que por algo los padres de la patria habían decretado el pacto por un siglo y ni un día más. Que el país estaba tan bien luego de cien vueltas perfectas al sol, que no había poder humano ni divino capaz de descarrilarlo.

En la capital petrolera el gran escritor de la nación que ya desde hacía unos años andaba en la política, salió a decir de manera sorpresiva que él estaba de acuerdo con la no renovación del pacto. Despues de todo, había momentos en que se debía hacer las cosas un poquito mal, por ejemplo subir mucho los impuestos o reinvertir más plata del petróleo que la

aconsejada por los expertos, para que en el futuro fuera más fácil hacer las cosas bien. Allí los ricos del poder se dieron cuenta que con el fin del pacto no eran solo ellos los que podían hacer las cosas mal a su favor, sino que todos esos marginados de ideas radicales e irrealistas se podían subir al poder y hacer las cosas mal en su contra.

Eso se vio claro en Bogotá cuando uno de esos caudillos apartado del poder por sus ideas, pero no de la prensa y de las plazas, convocó a millones de compatriotas para que salieran a marchar en el más grande de los silencios con un objetivo claro, el pacto tenía que acabarse, no para comenzar a hacer las cosas mal, sino para hacerlas mejor, no limitarse a lo mínimo, como según él venían haciendo los dueños del poder desde los inicios de la nación, darle al pueblo la suficiente paz y apenas justa tranquilidad para cegarlos ante la posibilidad de una vida no solo digna, sino prospera y cómoda para todos. Esa marcha encendió el fuego interno de más de uno por el país, en el Perú los militares que también llevaban un siglo limitados a lo suyo, se hinchaban el pecho de haber agrandado el mar boliviano y hacerse del Chaco paraguayo, sentían que a la menor desestabilización del estado fedeandino, los vecinos rencorosos no demorarían en volver por sus tierras perdidas y si dios no lo quisiera subía al poder uno de esos izquierdosos que nunca habían dejado subir siquiera al senado, esos que se les daban con orgullo de anti-imperialistas y de no sé qué tantas cosas más, ahí sí que venía abajo todo. Uno de los militares se manifestó claramente en contra de renovar un pacto que hubiera malcriado tanto a una nación, y pidió al gobierno central que una vez el reloj del país marcara el siglo, el estado por todos los medios necesarios garantizara que esos locos resentidos y malagradecidos fueran reprimidos como no se los había hecho en todo ese tiempo, con bala y hierro. Fueron propósitos tan atípicos e irreales para los habitantes de la nación, que años más tarde el segundo nobel que dio la Federación se inspiraría del hombre y lo que hubiera sido un país bajo su mando, para hacer una extraordinaria novela sobre como la patria se hubiera ido al carajo.

En Bolivia y en Ecuador, los pueblos indígenas y muchos que pensaban como el Caudillo, el novelista nacional o los llamados anti-imperialistas, también vieron su chance de mejorar el país aún más, no con las doctrinas de hacía un siglo sino con las enseñanzas e ilusiones de todo ese tiempo, los más radicales incluso llegaron a decir que si el post-pacto salía beneficiando a los de siempre, o aun peor que si al no renovarlo se subían los militares al poder, no les quedaba de otra que llenar las calles y hacer la revolución. Al oir propósitos como esos, las grandes familias sintieron el miedo de perderlo todo, pero incluso así se animaron a apoyar el fin del pacto, porque si también podían ganar muchísimo más. Y como llevaban un siglo ganando todas así fuera por poquito, se dijeron que tenían las de ganar. Y los que llevaban un siglo perdiendo todas así fuera por poco, se dijeron que estadísticamente alguna les tocaba ganar. Y para probar que iban en serio salieron a las calles nuevamente, y en vez de llenarlas de silencio, las llenaron de ruido para que se oyera en todo el país lo que se vendría en las próximas elecciones. Fue ahí que otro militar Venezolano, al que Marino se refería con gracia como el doble –Ez por su doble apellido,

fue más allá que cualquier otro. Mostró del dedo a ese ruido de cambio y con el otro apuntó a lo que pasaba en ese momento en la colonia, y con esa imagen abogó para que el estado no tuviera limitantes para la erradicación de la plaga comunista y para ello proponía un nuevo pacto que no tuviera nada que ver con el anterior, donde se estableciera un régimen militar a ver si los otros eran tan valientes de hacer su revolución. Ahí se activaron las campanas del ejecutivo y el legislativo, que al deber hacer las cosas bien por un par de años más, anunció que el pacto no se renovaría por clamor popular, y sobretodo porque así lo decía la constitución, pero que era al pueblo y los elegidos de ahora en adelante hacer las cosas bien, no porque lo dijera un papel sino porque les convendría a todos. Y para que no hubiera dudas el presidente mandó a llamar a los diferentes militares, militantes y políticos que habían hecho tantos diferentes llamados y los obligaron bajo la constitución aún valida que les daba la potestad de expulsarlos del país por tontos o trúhanes, de respetar los resultados de las futuras elecciones a venir. Así todos se dieron la mano con sonrisas falsas a los destellos de las cámaras y se pusieron a esperar con ansias el fin del siglo nacional, para hacer lo que se les viniera en gana sin acabar en un barco de exiliados.

Ante tal mosaico Marino se dio cuenta que la Federación iba a cambiar, y mucho, una vez pasara el centenario de la muerte del libertador del sur. Y si la metrópoli cambiaba, cambiaría también su colonia. Ya había cambiado mucho desde su partida. Sabía que su padre iba a necesitar toda la ayuda posible para enfrentar ese nuevo mundo que se les venía encima. Aprovechó su cargo y recorrió con cuidado el extenso país en su apogeo económico y social, vio con cuidado todos esos que sabía serían los actores del futuro del país, los oyó hablar y se atrevió incluso a discutir con ellos, aprovechando la imagen que se tenía aún en la metrópoli de los nativos de su tierra, y fue haciéndose una idea paulatinamente de las diversas posibilidades que podrían llegar en el día D, de las diferentes motivaciones en juego, de quien convenía ser amigo y de quien convenía alejarse. Cuando reunió toda la información necesaria para aconsejar a su padre, decidió que era tiempo de irse. Mandó una carta al Protectorado, ya iba en camino, pero se demoraría un poco, tomarían uno de los pocos barcos coloniales que aun existían, en lo que sería una luna de miel adelantada. Le había prometido a Helena que se casarían al llegar a Santa María, pero el sabía que una vez en su hogar no tendría tiempo de viajes amorosos, solo tendría tiempo de trabajar.

Tal como lo hizo su abuela y abuelo seis décadas antes, cruzaron el atlántico, llegaron al cabo de la buena esperanza y subieron hasta las costas de Namibia. Y allí se dejaron encantar por las dunas eternas y la brisa caliente que bajaba del Sahara. Fueron tan felices que bien hubieran podido quedarse ahí toda la vida, olvidándose de todo, del futuro, de los problemas, del deber y la responsabilidad, llegaron a pensar en quedarse en una cabaña a la orilla del mar, despertarse con las olas mañaneras y dormirse con la luz de luna, desconectados del mundo y su realidad. Lo hubieran hecho quizás, si en uno de esos días de

calma inusual no hubieran visto al catamarán del tío Salmón desembarcar en la playa. Les traía una carta de Azul, y la consigna de entrar de inmediato al protectorado.

XVII

Todo empezó el día que se fue Marino, mientras Azul lo despedía con el brazo en alto y veía como la nave de la nación desaparecía entre las olas, a pocos kilómetros en el aeródromo del protectorado aterrizaban en una pequeña avioneta color gris y sin bandera, los señores de la guerra. Como todas las desgracias, habían llegado en tres, tres hombres que no tenían entre ellos nada en común fuera de sus ojos grises, ni su nacionalidad, ni su religión, ni su color de piel. Se bajaron con sus maletines sellados que nadie se atrevió a inspeccionar, y desafiantes como solo los dueños del mundo suelen caminar, se abrieron paso entre las calles y los autos directo a la gran torre, que solo una riqueza como la que les interesaba podía construir. Sin decir palabra alguna acabaron sentados en la cima del protectorado aceptando el Whiskey que les ofrecía el mismísimo Azul. Ni él mismo entendía bien quienes eran esos tres sujetos tan extraños, con sus quijadas cuadriculadas y sus sonrisas secas, solo sabía que eran hombres de poder como le habían dejado claro los que ya se los habían cruzado en otros cielos, que era mejor tenerlos de amigos que de enemigos. Los observó con cuidado, desde la punta de sus zapatos de cuero de caimán hasta sus gafas de marfil, los vio abriendo sus maletines, y presenció el brillo oscuro de las armas que venían en cada uno de ellos. Fingió interés mientras casi en unísono los tres hombres le pintaban un futuro que nunca se le había pasado por la mente. Uno al que llamaban independencia y que adornaban con ese gran moño que era controlar en su totalidad las reservas y las minas de esa Costa Negra que llevaba su apellido. Le hablaban de las maravillas del poder y los lujos del que lo controlaba y con cada frase y en medio de las sonrisitas le presentaban uno a uno los diferentes jugueticos de fuego que le podían cumplir cada uno de sus sueños. Y Azul escuchaba luchando contra el encanto en el que muchos habían sucumbido y en el que sucumbirían tantos otros. Cuando acabaron, les estrechó la mano con cordialidad y utilizando toda su habilidad diplomática los rechazo de la mejor forma posible. Los tres hombres no perdieron su sonrisa y tras dejar una tarjeta blanca en el centro de la mesa, se despidieron seguros que un día volverían a negociar entre esos vidrios repletos de estrellas. Azul suspiró aliviado al ver cerrarse las puertas del elevador, sin saber que al mismo momento del otro lado, uno de esos hombres siniestros sacaba de uno de sus bolsillos una pequeña lista de papel y con su pluma tachaba con cuidado el primer nombre de la lista.

Llegaron a un edificio de mármol rosa, con las siglas PCCN, se estuvieron poco más de una hora, y con el deber cumplido y con los cheques que se habían propuesto conseguir se fueron tal y como vinieron al aeródromo Verde Darién. Dentro del recinto de mármol rosa, que desde hacía ya un par de años y gracias a las contribuciones de la unión soviética, servía como sede para el Partido Comunista de la Costa Negra, Vermelho, Tigre, Jaguar, Puma y medio centenar de camaradas más, festejaban lo que habría de ser el principio de su fin. Si llorar de felicidad por una compra no hubiera sido considerado como un acto

burgués, Vermelho se habría desecho en llanto. Luego de toda una vida luchando por la causa del proletariado finalmente sentía que había llegado el momento, su momento. Le hubiera gustado creer en dios para agradecerle por esa guerra tan desastrosa que le había traido tantas alegrías. Su amada Union de repúblicas soviéticas había dado un golpe sobre la mesa y no solo había desenmascarado ante el mundo las vildades del fascismo y del totalitarismo de derecha, sino que había logrado a punta de fuerza y principios expandir su influencia a todos los rincones del mundo. Pero sobretodo le había permitido a él y sus hijos recorrer las carreteras polvorosas y los barrios asmáticos de esa gran metrópoli. Por primera vez había visto la verdadera miseria en esos lugares perdidos y olvidados por la constitución de los ricos, y allá entre las grietas y las neumonías perpetuas, se encontró con todos esos guías que impulsaban el cambio. Y él no dudo en contarles su vida y sus ideas, y retratarles con el mayor de los detalles, ese paraíso torcido por los burgueses, una tierra tan repulsiva de ideales que el pueblo vivía tan bien en su comodidad relativa que no les quedaba tiempo para reclamar por más. Y los jefes de esa gran idea de lo que debería y podría ser, se sintieron identificados, y no solo eso, ya que se dieron cuenta, que a diferencia de esa gran nación repleta de montañas, selvas y matorrales tan difíciles de tomarse por la vía de la revolución. Allá en ese centenar de kilómetros de playa y pueblos selváticos, solo había que tomarse esa doble ciudad de burgueses multicoloros.

Así comenzó una migración masiva de revolucionarios disfrazados, al igual que una lluvia de fondos de los diferentes defensores de la bandera roja internacional. Y el partido comunista que por mucho tiempo había sido una colección de amigos de Vermelho e incautos fáciles de engatusar en los parques de la ciudad a punta de panfletos y rencores, se convirtió en toda una organización, con sede, puestos y funciones. Y tal como todos los fedeandinos que vinieron y vendrían, los cientos de llegados se encantaron en instantáneo de esa tierra bendecida, en la que a los mandamases les daba igual su existencia, dónde no los reprimían, ni los exterminaban en secreto, ni los amenazaban, ni les quemaban sus panfletos ni los llevaban a esquinas oscuras detrás de comisarías para golpearlos y cicatrizarlos, y donde incluso les financiaban un programa de radio que finalmente había dejado de ser último en ratings. Con esos rivales tan tontos, no veían como no lograrían imponer la revolución. Y más, si se tenía en cuenta que ese gran país de ahí arriba les había mandado un par de sus mejores planificadores. Comenzaron así los años rojos que tanto marcarían el futuro del protectorado y su gente.

Lo primero que hicieron fue dividirse en distintas facciones, cada una liderada por uno de los cuatro Darién. A Jaguar lo pusieron en cargo del comité de propaganda, a Tigre en el de reclutamiento y a Puma del de financiación. Vermelho él se proclamó secretario general del partido y se auto-concedió el deber de formar el brazo militar de la organización. Y aunque los llegados de Moscú y de la Metrópoli argumentaron que ese trio de veinteañeros no estaban capacitados para mandar, Vermelho les refutó las acusaciones de nepotismo,

argumentando que había pocos revolucionarios en el mundo que hubieran pasado toda la vida desde la primera niñez instruyéndose sobre las escrituras de los grandes pensadores.

Rápidamente los resultados se fueron viendo, y como para el partido, el reclutamiento, la propaganda y la financiación venía siendo lo mismo, no se sabe muy bien quien hizo qué al final. Lo que sí sabe es que en el programa de radio y en las salidas de las fábricas y hasta en las horas de poco sol en los campos de la nación, se comenzaron a ver a los hombres vestidos de rojo. Había días que hablaban de esa utopía que era la Unión Soviética, una patria tan justa que mientras sus líderes comían caviar y se mandaban a construir palacios para sus ministerios, mandaban a los fauces del león a millones de jóvenes a morir para derrocar a esos viles líderes que comían caviar desde sus lujosos ministerios. Prometían en sus largos discursos que una vez se hubiera instaurado el régimen socialista que tanto deseaban, ya no habría discrepancias ni mentiras acabando así los problemas, y de paso las opiniones y el debate. Promulgaban que habría por fin justicia y enumeraban todos esos traidores de la humanidad que habían mandado a Siberia a purgar sus penas, obviando claro está los diferentes crímenes que incluían pero no se limitaban a protestar, criticar, insinuar algo malo del comunismo o su líder, o apreciar cualquier fruto de ese árbol envenenado que era el capitalismo. Otros días prometían educación y salud gratuita, y cuando les preguntaban que cual sería esa educación y cuál sería la calidad de esa salud, sonreían falsamente y anotaban en un cuaderno aparte el nombre de la persona altanera. Otros días sacaban las armas pesadas, y desde sus tarimas enunciaban los gastos de la familia protectoral, describían perfectamente los cuartos de la abuela, y los del tío y de los primos, e incluso describían los de ellos. Les hablaban de esos viajes por medio mundo y en más de una persona, que hasta ese momento habían pasado su vida feliz con lo que tenía y había conseguido se le alumbraba por fin la llama de la indignación.

Se hacían a la salida de los metros de la ciudad y a todo pulmón anunciaban que al estado no le importaba su pueblo, fuera de los museos cantaban cantos criticando el porcentaje del producto interno bruto dedicado a la cultura. Y mientras alababan a Stalin por haber liberado al mundo del Nazismo, acusaban a Azul de haberse gastado la plata del pueblo financiando a los países burgueses en su lucha. Y mientras aplaudían que los tanques soviéticos se propagaran por Europa imponiendo el buen camino, alentaban a los locales a unírseles para salir finalmente de ese colonialismo en los que los tenían esclavizados. Viajaban por el mundo a los países aliados a su causa y a esos donde se les permitía exprimirlas, y tal como en su Darién, hablaban pestes de su patria para generar simpatía y recaudar fondos. Y los tres hermanos denunciaban a quien quisiera oírlos y a quien no el nepotismo de esa costa, dónde solo habían mandado una sola familia y no temían acusarlos de fascistas. Y sacaban cifras y números sobre sus gastos y como sabían nadie les creía que recibían tanta plata por petróleo, los acusaban de corruptos y de sacar ese dinero de quien sabe dónde. Y si algún periodista o alguno con conocimiento de causa osaba corregirlos, lo acusaban de fascista y colaborador. Se reunieron incluso con muchos líderes y empresarios

y prometieron que su ayuda en ese momento inicial donde la chispa apenas empezaba a nacer, sería agradecida de gran manera una vez explotara definitivamente la revolución, y más de un líder soñador y empresario amante del riesgo empezó a firmar cheques y a soñar con lo que haría con todos esos barriles de petróleo que le prometían los trillizos.

Entre las unas y las otras lograron expandir no solo las arcas sino los camaradas. Y ya con recurso ajeno y con pies y manos de sobra, Vermelho y los suyos dieron la orden de hacerse notar. Empezaron así las marchas y los bloqueos. Salían todos a caminar al ritmo de los cantos y los gritos cada vez que había ocasión e incluso cuando no. Cada decisión por parte del gobierno local era criticada y acusada de fascista, salían entonces a la calle bloqueando las vías del centro para mostrar su descontento. Y aunque no deberían ser más de uno o dos centenares quizás tres en sus mejores días, sabían muy bien dónde se debía marchar, y al final de la tarde el atasco en el centro de la ciudad solo era superado por los pitidos del pueblo clamando poder volver a sus casas tranquilos. Al día siguiente desde su radio Vermelho con vehemencia anunciaba a sus oyentes que toda la ciudad se había unido en una pitada para la historia contra los dueños del poder. Pero esos dueños ni se veían aludidos ya que la mayoría vivía o en la gran torre o en los barrios elegantes de la ciudad nueva dónde nunca se les ocurrió ir marchar. Y el pueblo que de tonto no tenía nada, se acercó muchas veces a los manifestantes a preguntarles porque marchaban y bloqueaban las vías céntricas de los trabajadores y no la de los ricos. Pero a esa pregunta nunca hubo respuesta y al jueves siguiente volvían a salir para protestar el nombre de alguna de las estaciones de metro, y se volvía a bloquear la ciudad obrera y trabajadora. Y cuando volvían los mismos a decirles que sus bloqueos retrasaban la circulación de víveres y elementos básicos del y al resto del país, salían a decir que esa era la única manera de hacer entender a los ricos la carencia que vivía el pueblo en su día a día. Y cuando los perjudicados les recriminaban que los ricos ni se habían enterado porqué ellos consumían eran productos importados que llegaban por mar o por avión, y que los que estaban pasando hambres y tenían que sobre pagar eran los más pobres, la banda de roja los acusaba de fascistas y les decía que la culpa era del gobierno y no de ellos por no hacerles caso a sus demandas válidas.

Poco a poco se les acabaron los motivos válidos e inválidos para salir a marchar, y tras haberse dado cuenta que casi la totalidad del pueblo del Darién africano debía ser fascista por no apoyarlos y criticarlos por ejercer su derecho al desorden, les tocó cambiar el ángulo de la protesta. Comenzaron a salir a protestar no contra Azul y compañía que habían embrutecido al pueblo con una buena calidad de vida, y comenzaron a marchar por lo que se hacía en la lejana metrópoli, esa tierra de la que hacía parte ese Darién Africano, pero la cual eran pocos en esa Costa Negra bendecida que se habían puesto a pensar largamente sobre su existencia. Comenzaron así a marchar contra la salida de recursos de la nación para financiar quien sabe qué problema social al otro lado del atlántico. Y ahí por primera

vez una parte de la población que vivía bien, se puso a pensar que con todo eso que le mandaban a la Metrópoli podrían vivir más que bien.

Y la gente empezó a salir a marchar no contra su protectorado ni sus líderes, sino contra ese imperio distante. Así que el partido cambió toda su propaganda y en vez de irse a las fabricas vestidos de rojo a hablar de plusvalía, se iban a las iglesias vestidos de civil a mostrarles los artículos de los periódicos Bogotanos y Caraqueños, repletos de tiras cómicas retratándolos de negros e ignorantes, y luego se iban a los barrios de los locales a contarle a los nativos ancestrales de esas tierras, que sus vecinos de los barrios ricos se habían puestos rojos de la ira al ser llamados negros. Así que al jueves siguiente no solo marchaban los comunistas por el fin de la burguesía, y la clase media por menos plata sacada del país, sino que marchaban los ricos por respeto y los locales por lo mismo. Pero al final del día esa mancha de gente gritando en las calles entre tanto grito era reivindicada solo por Vermelho y los suyos para pedir que se les diera silla en la mesa de decisión. Y así cada semana se las arreglaban para enojar algún sector más de la población, y con el tiempo comenzaron a salir las mujeres a protestar por el trato que se les hacía en las américas, y salían los descendientes de los afro-andinos y los indígenas que habían llegado engañados en barcos para protestar la estafa de cinco décadas antes, y salían los niños de los colegios públicos a protestar que las minas andinas estaban repletas de trabajadores menores de edad, y salían los funcionarios para exigir que a sus colegas trans-coloniales se les diera más vacaciones, y salían incluso los comerciantes a protestar que los de la metrópoli pagaban menos aduanas que ellos si querían exportar a los Estados Unidos. E incluso se las arreglaron para que salieran a protestar los que estaban cansados de tanta protesta y en el jueves fatídico se estimó por parte del "Costero" que habían salido a marchar casi el millón de personas, dato que fue desmentido por el PCCN que dijo que ese número era cinco veces mayor, a pesar que eso excedía la población total del país. Con tal cantidad de personas Vermelho mandó al "Costero" una carta abierta, exigiendo para él y los suyos al menos tres ministerios y vía libre para implantar la agenda que el pueblo había gritado en las calles. Al día siguiente la portada del mismo diario se compuso de una sola palabra, "No".

Azul había seguido de lejos todo ese asunto de las marchas, con tantas cosas por hacer y mejorar, los caprichos del hermano destinado al error eterno le parecían destinados al fracaso eventual. Desde su torre se vio advertido varias veces que en las calles crecía el descontento contra le metrópoli, pero el alzaba los brazos sin entender que podía hacer él, si gracias a su Fundación Santa María lograba que la gran parte de las riquezas del país se quedaran del lado correcto del atlántico, y para todo lo demás llevaba ya décadas quejándose con el presidente y los senadores fedeandinos sin conseguir el menor cambio. Le costaba entender como su pueblo tan bien con respecto a tantos otros salía a pedir incluso más, al igual que no lograba descifrar como una nación tan feliz salía a protestar por causas ajenas a ellos. Fue su hermano Salmón que debió recordarle que la condición

humana estaba hecha para siempre querer más y que en esa misma esencia que compartimos los humanos hay además una gran empatía por nuestra especie, sobre todo con quienes compartimos rasgos o historia en común. Salmón no dudaba que algún día se marchara en Papua por alguna injustica en Polonia, o que un acto de bondad en Tailandia creara sonrisas en Nicaragua. Pero en todo caso, no se tomó en serio el asunto hasta ese jueves trágico, y la posterior carta de su hermano menor. Sus consejeros más conservadores le propusieron que lo citara para hablar, que formara una mesa de negociación y que mandara a los mejores burócratas de la nación para retardar y enlentecer las mismas. Los más extremistas, casi todos recien llegados de la Metrópoli, le propusieron que usara la fuerza del estado, que arrestara a todos esos comunistas, que prohibiera el partido y a uno casi le sale decir "eliminar" pero se acordó a tiempo que el líder de los rojos era el hermano del Protectorizo. Al final convencido de la inteligencia de su pueblo decidió jugársela por completo.

Los habitantes de la nación se despertaron con la ahora celebre primera página con el "No" gigantesco. Al voltear a la segunda se encontraron con una carta abierta del Protectorizo, donde ponía a disposición su cargo, daba día cívico para el siguiente jueves, e invitaba a cualquier persona descontenta con su gestión que saliera a marchar, prometía que si el número de marchantes superaba el cuarenta por ciento de la población dimitiría de su cargo, pero de lo contrario pedía a sus compatriotas dejar de luchar por causas ajenas a él y restablecer la normalidad de los jueves. Los siguientes días en las calles del país se vivió un clima tenso, los murmullos recordaban tiempos de tensiones pasadas, y el PCCN movilizó todos sus miembros para garantizar dar el gran golpe que tanto esperaban de manera pacífica. Ya Vermelho veía millones en la calle gritando bajo una tormenta bíblica, caminando todos juntos al son de la internacional hacía la gran Torre Darién, veía a su hermano bajar de su trono de cristal y ante la gran multitud nombrarlo a él el primer líder comunista escogido pacíficamente por el pueblo en las calles. Pero llegó el día y en vez de las nubes bíblicas salió un sol cálido, y a pesar del día tan lindo los marchantes de ese jueves no llegaron ni a mil y sus cantos y sus gritos fueron opacados por el ruido de las olas de la tarde y de los pájaros de estación cruzando por los aires. A Vermelho le quedó claro que el pueblo era muy tonto para saber lo que le convenía y que había llegado el momento de usar todas las armas que los señores de la guerra les habían vendido. Esa noche en lo que fue su último show de radio, acusó al protectorado de haber intimidado al pueblo para no salir a marchar y declaró la creación de las Fuerzas de Liberación de la Costa Negra.

XVIII

La guerrilla de Vermelho poseía una ventaja única, tenía en su líder una brújula dañada para el acierto que siempre les permitía evadir las autoridades. Una vez los hechos del jueves trágico finalizado Vermelho y los suyos se alejaron finalmente de la opulencia de su sede de mármol rosa para adentrarse al corazón de la selva, armados hasta los dientes y con el camuflaje inconfundible de las hiedras selváticas. Para mostrar su descontento contra el régimen protectoral, la metrópoli a la que hacía parte y la mentalidad occidental que representaban, decidieron sabotear sus ganancias. Atacaban las minas de piedras preciosas y dinamitaban sus entradas, no sin antes hacerse con todas las bolsas posibles de las esmeraldas y diamantes, para venderlas a los mismos compradores que lo hacía el estado, solo que con el precio regateado por eso de la ilegalidad. En otras ocasiones se limitaban a la tradicional explosión de las torres de energía que comunicaban a los pueblos selváticos, para causar el terror y usar la escusa tradicional que el estado no velaba por sus intereses. Y que por ello, ellos como guerrilla debían complicarle sus intentos de hacerlo constantemente. Para los ríos de Oro que tanto representaban el daño ambiental y el consumismo capitalista, se les ocurrió echar químicos y pesticidas en el nacimiento de las aguas, para que los pobres campesinos que pasaban su día escarbando la cuenca de los ríos en buscas de pepitas doradas, recibieran quemaduras e intoxicaciones. Quemaban las cosechas de café y de cacao protestando contra el peyorativo apodo de ca-cas con los que aún se les llamaba en la metrópoli, aunque irónicamente eso fuera la situación en la que ponían a todos esos agricultores que tanto esfuerzo y esmero habían puesto en sus cultivos. Hacían barricadas en las grandes autopistas y carreteras de la nación, y gracias a sus millones de balas lograban resistir el tiempo suficiente para causar retardos mortales a las cadenas de producción de las fábricas de las grandes ciudades. Y como sorpresivamente para ellos ni los campesinos, ni los obreros los apoyaban en su lucha, les tocó con un gran pesar comenzar a extorsionar a los habitantes y pequeños negocios para garantizar su seguridad. Fue así como empezaron las bombas y las amenazas, y alguno que otro secuestro exprés para asegurarse los fondos necesarios para crear algún día una sociedad utópica y justa.

La armada de la nación se la pasaba corriendo de un lado al otro del país para apagar esos pequeños focos de caos que originaban las FLCN, y a pesar de contar con los mejores estrategas de todo el continente siempre estaban un paso atrás de los guerrilleros. Azul les había advertido al grupo de milicianos de diferentes partes del mundo que habían mandado desde Bogotá para aconsejaros, que su hermano tomaba siempre la decisión incorrecta y que si le hacían la guerra utilizando el sentido común estarían condenados a perder. Pero nadie le hizo caso, argumentando que un príncipe surfista no les vendría a enseñar a ellos como vencer una simple guerrita contra amateurs. Por eso la gran armada de la nación se preparaba para defender alguna mina el día en que los camiones blindados debían pasar a

tomar la producción de la semana, pero en realidad el ataque se hacía al otro lado de país en alguna mina de baja producción, y cuando la armada se movilizaba a salvo guardar la torre central de energía de la región fronteriza con lo que hoy es Ghana, la torre que dinamitaban los rebeldes era alguna vieja en la mitad de la selva. Bloqueaban la vía siempre en el peor lugar de punto de vista estratégico, pero inverosímiles de que una guerrilla pudiera ser tan tonta en táctica, la armada temía algún plan maestro invencible, una emboscada con bombas toxicas, y actuaban de la manera más conservadora posible, dándoles así tiempo de sobra a los enemigos para cumplir sus objetivos y escaparse. Ninguno de esos grandes profetas de las balas y las trincheras, lograban descifrar la clave para vencer a un ejército sin coherencia.

Y en esa confusión esa pequeña costa de alegrías vivió sus años más oscuros hasta ese punto, inundada del escalamiento de la violencia, el miedo a cruzarse con una bomba, una bala perdida, o incluso peor, el pánico de la miseria, los escalofríos de las amenazas, el hambre de los campos en llamas, el fin de esos lujos innecesarios que dan un toque dulce a la vida. Los habitantes del Darién Africano, sin importar su género, raza o condición social, tuvieron que acostumbrarse al miedo y al hambre, al desaliento y a la desesperanza. Los heridos eran pocos, gracias a ese juego de gato y ratón entre las selvas y las vías polvorosas que evitaban los enfrentamientos directos. Pero la incertidumbre del futuro, de toparse con la mala hora y la desgracia se habían convertido en el pan de cada día. Los ricos se podían dar aun sus lujos, tomar un barco o un avión y perderse entre los rascacielos ajenos, como lo hicieron tantos en esa familia protectoral y tantos de ese edificio de infinidades. Pero para los pobres incapaces de dejar todo botado y para los valientes, esos que pudiendo escapar al miedo decidían quedarse en él para vencerlo, sus días se volvieron más largos y más dolorosos de lo que deberían haber sido.

Y en medio de esos días grises eternos en que ni el sol lograba sacar la más mínima sonrisa, en los ecos de la nación resonaba el himno de los rebeldes. Un himno conocido y cantado con vehemencia en cada uno de sus ataques y atentados contra el pueblo que pretendían liberar. Cantaban a grito herido entre lágrimas de rabia y de felicidad, esa canción de ojos negros maldecidos que todos en la historia hablada de la nación asociaban al Protectorizo y su enamorada. Y mientras en los campos se oían las lágrimas de quien ha perdido en las cenizas el fruto de su tierra y su trabajo, en el viento de la gasolina sonaba un “Ochi Chernye”, y cuando algún soldado gritaba de una bala atravesada en el pecho, se oía entre las ráfagas metálicas un “Ochi Zhguchie”, y en el estallido de una bomba frente algún ministerio, entre la humarada sin alma que ascendía a los cielos se lograba escuchar el estruendo del “Ochi Strasnye”, y en ese rumor horrible, que es la barriga vacía de un niño en la miseria, se escuchaba claramente el “I Preskrasnye”. Y así cada noche entre los llantos de una nación pacifica maldecida por la guerra, se oía desde algún monte lejano y algún escondite indescifrable, la voz maliciosa de la estupidez con su acento indoctrinado el “ Kak Lyublyu ya vas, Kak boyus’ ya vas”, para que Azul desde su torre viera entre las

estrellas tristes y la luna aguada como ese “Znat’uvidel vas ya ne v dobryy chas” que tantos buenos recuerdos le había traido durante décadas, se convertía poco a poco en el grito más desgarrador que su corazón hubiera sentido.

Los que estuvieron con Azul los ultimos días de su vida, recuerdan como en medio de la locura y la fiebre no podía dejar de hablar de los malditos susurros. Todo empezó en un día más trágico de lo normal, en el cual los guerrilleros del hermano Vermelho habían hecho siete ataques a lo largo del país. Pero eso no era todo, el centro de inteligencia del Darién hablaba que algo grande se venía, no sabían qué, pero sabían que sería pronto y que podía ser un golpe definitivo. Cada día su oficina en la cima de su torre de la cual no salía por miedo a algún atentado, se llenaba de agentes de traje y anteojos, hacían hipótesis con los expertos y cruzando información con los espías y agentes de campo pasaban horas y horas debatiendo los susurros de la calle, que si se había oído la canción de los ojos negros maldecidos en tal pueblo, o en tal otro, frente a qué ministerio. Llegaban reportes que toneladas de dinamita habían sido robadas en Malí, que en la selva una avioneta gris había aterrizado con cien cajas de armas. Había movimientos extraños en los puertos, se reportaba cruces ilegales en las fronteras terrestres, agentes de la KGB, camaradas de otros países atendiendo el gran llamado de la revolución. Todos los días los susurros, la inminencia y la impotencia. Los expertos de la pólvora llegaron a la decisión unánime que el único ataque racional posible desde un punto de vista militar, sería un gran ataque a la Torre Darién, para capturar o eliminar a gran parte de la clase política y económica de la nación. De paso sería un golpe ideológico perfecto, la pequeña guerrilla que se toma el símbolo de la riqueza burguesa de la nación. De manera inmediata se encercó el extenso terreno de bambú con los tanques de la armada y se mandó a parar cualquier vehículo sospechoso o no a cinco kilómetros del recinto. Azul sin embargo no pensaba que ese fuera el gran ataque por venir, era la opción lógica y por lo tanto la única que su hermano no ejecutaría. Se puso a pensar cual sería el ataque más estúpido posible y concluyó que la peor decisión posible sería atacar los pozos de petróleo en la costa de la nación. Explotarlos y dañarlos para siempre, el protectorado perdería su autonomía frente a las grandes empresas petroleras, su ingreso máximo a sus arcas, y de esa forma su pueblo se hundiría en la miseria por quizás décadas. Se lo comentó al consejo de sabios, pero estos una vez más desestimaron tal idea, nadie en su sana mente, volaría el recurso máximo de un territorio que planeaban conquistar.

Pero Azul entendía que en la mente de los radicales, lo único que importaba no era más que el poder, y que el poder de esos radicales específicos que hondeaban la bandera del pueblo al que querían esclavizar bajo el yugo de sus ideas, radicaba en el desorden, la ira, el miedo y la pobreza. Solo en un país totalmente acabado económica y espiritualmente, sin fuerzas para luchar y resistir, podrían aplastar y ahogar con su maquiavelismo el cuello de la libertad en nombre de una estabilidad de pobreza. Esa noche, cuando los susurros parecían

ya gritos, se quedó solo en ese gran piso en el cosmos, lejos de sus hijos, de sus sobrinos, hermanos e incluso su esposa, todos bajo algún cielo más seguro. Miró esas galaxias coloridas sordas a la miseria humana, y con el corazón repleto de tristeza, recordó esos días alegres bajo las olas y la luna. Sintió la desesperanza máxima y oró a los cielos por alguna ayuda que le permitiera salvar su Costa de milagros y humanidad. Se quedó dormido bajo el manto estrellado de la noche, descendió poco a poco al limbo del alma y del espíritu y en medio de las olas del cabo de la buena esperanza donde alguna vez había sentido la felicidad máxima, vio a un gran hombre barbudo y canoso, al que no tardó en reconocer como su padre Tolomeo. Hipnotizado por las arenas de lo real y del sueño, le dio un fuerte abrazó y como un niño chiquito lloró a cantaros, lamentando haber fracasado en el lugar que el primer Protectorizo había ocupado una vez. Su padre trató de no decirle nada, pero acobijándolo de un abrazo caluroso, lo montó a su caballo y le dijo que había venido a ayudar.

Galoparon sobre las corrientes de los sueños y surcando los puentes del reino de Morfeo, Azul oyó con atención las indicaciones de su padre y las implicaciones de lo que sucedería. Azul asintió con firmeza mientras entraban a un gran laberinto de roca, hierro y hormigón. Uno repleto de heridas y puertas con candado que nunca habían sido abiertas, Entre las telarañas y los vientos helados que recorrían los pasillos sin alma de ese paralelogramo gigante, se abrieron paso a un pequeño cuarto sobrio pintado de un rojo deslucido, y ahí en esas paredes tristes, un niño atacado llorando viendo su sombra escribía números, coordenadas y diagramas. Azul hizo lo que su padre le pidió, miró con cuidado los garabatos del niño y se prometió a sí mismo no olvidarlos nunca. Salieron del laberinto en ruinas y cabalgaron toda la noche entre ese mundo de miedos y rencores. Al finalizar la travesía de subconscientes, Tolomeo abrazó una vez más al hijo y le dijo que lo había hecho bien.

Azul se despertó sudoroso, temblando con escalofríos y con la jaqueca más fuerte que había tenido en su vida. Sobresaltado se lanzó al primer papel que encontró y anotó desesperado todos esos números y palabras que no le decían la menor cosa. Se calmó en medio de la ansiedad más grande de su vida y lo único que se le ocurrió fue llamar a su mamá, Alegría Darién que milagrosamente para él andaba aún despierta en los casinos de Monte Carlo. La fue a buscar un botones y al enterarse del mensaje, y en su español cantado le dijo a cada uno de sus contrincantes las cartas que tenían y como las iban a jugar, y como ella los iba a engañar a cada uno para vencerlos a pesar de tener peores cartas que cualquiera. Dio sus fichas al repartidor como propina por su amabilidad y partió a atender a su hijo. Escuchó la narración del jefe de la pequeña nación y a la pregunta final, de que si estaba loco, le respondió que no, y le reveló un secreto con el que llevaba treinta seis años. Le reveló el susurro de Tolomeo en esa tarde de despedidas donde había bajado al reino de los sueños, le había dicho “Nos vemos esta noche, hermosa”. Y así había sido, cada noche desde entonces, una vez dormida, su amado esposo la venía a buscar en su

caballo, siempre con una sonrisa y poniendo su dedo frente a su boca para que nadie dijera nada. La tomaba de la mano y montándola en su caballo, galopaban por un inmenso arcoíris que atravesaba el atlántico y al final de ese puente del Valhala, llegaban a las playas y las olas danzantes de esa Rio de Janeiro que tanta ilusión le causaba a Alegría. Al principio pensó que había sido el duelo, llegó a pensar que era bruja como le había dicho toda la vida su papá, pero con el pasar de los años, al ver que a su Tolomeo de la noche, le salían canas y arrugas, supo que tal como lo había dicho al despedirse, había abandonado el mundo de los problemas, por el de las posibilidades, y entre esa infinidad, todas las noches, la había escogido a ella.

Azul no tuvo dudas al oir a su madre, y recien colgó el teléfono, irrumpió en la sala de decisiones del consejo de sabios y puso su cuaderno lleno de coordenadas, números y cifras donde estaban todos, solo dijo "Ganamos hoy", con tal convencimiento, que a nadie se le ocurrió contradecirlo. La armada abandonó la Torre Darién y sus alrededores y se dirigieron a las latitudes y longitudes que Azul había memorizado en su paseo entre mundos. Una a una fue llegando la noticia, guerrilleros capturados, guerrilleros abatidos, armas confiscadas, dinamita desactivada, botes encontrados con equipos de buceo. Al finalizar el día, una última llamada, Vermelho, sus hijos y los altos mandos del grupo de bandidos, se encontraban rodeados en una casa en la selva. Azul dio la orden de que no se disparara una sola bala más, que los crímenes se pagan en un estrado ante un juez, y no ante el pelotón de fusilamiento del rival.

Dentro de la choza selvática reinaba el desconcierto, Vermelho miraba perdido por la ventana, frente a él los tanques de la nación y los despreciables uniformados de la armada del Darién Africano. No lo podía creer, como se les había escapado la gloria, la tenían ahí, todo parecía predestinado, todo lo que había vivido, lo que había sufrido a lo largo de su vida, todo lo había llevado a ese día, a horas de atacar las refinerías, oleoductos y puntos de extracción del Protectorado. Sin ese opio negro corrompiendo el alma de sus habitantes, el país sería purgado y el camino se abriría a la revolución. Todos llevaban años haciendo todo perfecto, y sin embargo, de la nada, como caído del cielo, el castillo de naipes se había derrumbado. En silencio sus hijos observaban asqueados por el sabor a la derrota, los tres trillizos miraban con odio a su alrededor pensando lo mismo. Alguien los había traicionado, era la única explicación, como más los incompetentes militares los habían podido eliminar en el mejor de sus días, en un solo día… Desde afuera se oía el grito de algún general instándolos a rendirse, el Protectorizo había dado la orden de no disparar una sola bala. Al oir eso, ya no hubo dudas dentro de la cabaña, el Protectorizo estaba queriendo salvar la vida al traidor o a los traidores. Comenzaron las acusaciones mutuas, de un lado, al otro, se acusaban, de maoístas secretos, de trotskistas encubiertos, de estalinista corrompido, de leninista descerebrado, y hasta de Marxista disfrazado. Comenzaron a atar cabos, quién sabía tal información, quien no, y al final de cuentas, cuando ya la noche caía, se dieron

cuenta que casi el 90% de los presentes debían ser culpables, si no por traición, al menos por incompetencia, de alguna manera, consciente o inconscientemente habían traicionado la causa revolucionaria y debían pagar. Vermelho, Jaguar, Tigre, Puma y sus respectivas parejas de lucha y corazón, Aida, Verónica, María Cristina, y Miguel, terminaron en el lado de los culpables junto a una docena de milicianos. Solo tres de los presentes, tres recien llegados de Europa para el gran día, un checo, una española y un francés habían sido exonerados. Ellos tres por su virtud comprobada fueron los escogidos por la unanimidad, para llevar a cargo un juicio marcial exprés. Nadie se negó, era obvio, debían mostrar que eran buenos soldados, admitir su error, así no supieran cual había sido, y rendirse ante la decisión del trienio fuese la que fuese. Los tres justos entre los culpables discutieron casi media hora, mientras afuera la gruesa voz militar seguía insistiendo a que salieran con la bandera blanca a afrontar sus crímenes.

Llegaron a un consenso y así lo anunciaron, se le pidió a los culpables que dividieran en dos grupos, los que habían nacido en clases burguesas y los que habían nacido en clases obreras y campesinas. En el lado burgués quedó Vermelho, Aida, sus tres hijos y María Cristina, hija de uno que había llegado a ser ministro del No Gracias. Todos los demás incluido Miguel y Verónica, quedaron en el otro lado de la casa, todos hijos de obreros, de trabajadores de sol a sol, de campesinos, buscando así algunos consideremos por el camino incorrecto, una vida más digna y más justa para tanta gente buena que hace mucho y recibe poco. Se oyeron armas cargándose, María Cristina pensó lo peor, sabía bien que los tres verdugos eran todos hijos de proletarios, le tocó usar toda su fuerza para no llorar por lo que pensaba sería una muerte inminente. El checo habló en una voz clara con un acento marcado, “A los hijos de burgueses encontrados culpables por traición, se los sentencia…”, María Cristina pensó desmayarse. “… a prisión a mano de los burgueses de afuera, han traicionado al partido comunista, pero no a su clase”. María Cristina sintió el alivio más grande de su vida. La española tomó la batuta, “A los hijos de proletarios encontrados culpables por traición, se los sentencia a la muerte, no solo han traicionado a su partido, han traicionado a su clase”. Al Acabar la frase, se oyó la ráfaga y la caída de los cuerpos. El silencio se apoderó del lugar, María Cristina vio la sangre corriendo por el piso mojarle sus pies descalzos. Pensó iba a vomitar, cuando hubo un nuevo grito. Esta vez habló el francés, “Primero muerte antes que esclavo de los burgueses”, acto seguido se oyeron tres disparos casi en simultaneo, junto a los tres respectivos desplome que se oyeron como uno. Puma corrió a tomar una de las armas para volarse los sesos, pero su madre Aida logró contenerla, mientras Tigre le decía “Hermana, aún hay tiempo para luchar, algún día lo lograremos”. Jaguar no dijo, nada, se acurruco al lado del cuerpo de Verónica, le arrancó el sostén con rabia, y se dirigió a la puerta hondeándolo como bandera. Afuera los soldados alertados por los disparos vieron esa bandera blanca manchada de roja y se acercaron para esposarlos.

La noticia de la victoria total contra la guerrilla fue tan inesperada como alegre, el pueblo salió a la calle a un baile de cinco días, en los que tambores, trompetas, maracas, cantos y el son de los pasos que solo puede dar la paz, marcaron la alegría del triunfo y el fin del miedo que tenían asociado a la vida misma. Cuando la fiesta estuvo en su apogeo y en el parque frente a la opera apareció el mismísimo Azul con el pañuelo blanco de la paz acompañado de su mamá, su esposa, sus hermanos y la mayoría de sus hijos, algún patriota sintió la necesidad de cantar el himno de la Federación Andina, pero como eran pocos los que se lo sabían, algún otro transeúnte en la calle, empezó a cantar la famosa canción de los ojos negros que fascinan que tanto los había atemorizado durante media década, pero esta vez no la cantaba en ruso, la volvía a cantar en español, tal como esa noche lejana en la que Azul y María Victoria se habían encontrado. La plaza, la ciudad y el país entero, corearon juntos los versos traducidos de Hrebinka, cambiando eso sí, la palabra negros por azules, para rendir homenaje a su líder. Fueron unos minutos de altísima emoción, para todos los presentes, entre ellos un joven de seis años, un local como se les solía llamar, acompañando a su padre a festejar la paz. Alexandre Trois.

Pero una vez los tambores guardados y con el protectorado volviendo poco a poco a la normalidad lejana de la paz, el silencio de la rutina y la calma mostró que aún faltaba una última tragedia. La jaqueca de Azul tras su paseo de padre e hijo, había sido la primera de muchas, las cuales no habían hecho sino empeorar desde entonces. No solo eso, el cansancio se había vuelto su normalidad, había tenido que hacer uno de los mayores esfuerzos físicos de su vida para asistir ese puñado de minutos a la gran fiesta de la victoria. Los médicos estaban desconcertados, su familia, ya de nuevo reunida no podían entender la razón de ese decaimiento, solo su madre y él entendían el trágico fin que se le venía. Porque si las palabras de su padre habían sido ciertas, y no había razón para creer lo contrario, dejaría el mundo de los vivos en un mes como máximo. Su alma había cruzado la frontera de los mundos, el de acá y el de allá, se había comunicado con los del otro lado en el limbo eterno e incluso había osado husmear en los secretos del alma ajena. En el ábaco de los espíritus ya su esencia pertenecía a la siguiente vida. Su cuerda vital perdía sus fibras, una a la vez, y la que pagaba el precio era su mente, que deambulaba ya entre las dimensiones, la vida por terminar con todos sus recuerdos y experiencias y la eternidad futura con la calma universal que la caracteriza. El resultado de esa dualidad, fueron jaquecas insoportables, un cuerpo sin respuesta y una mente dispersa y confusa, con apenas ciertos momentos de lucidez. Ese había sido el precio a pagar por su nación, y en esos escasos momentos en que era él y solo él, no dudó en decirles a sus allegados que había valido la pena. Y él que ya sentía que se uniría a ese mundo donde lo esperaba el padre y el hermano, pidió en uno de esos ultimos días de claridad, que le trajeran a su hijo Marino para despedirse. Sin saberlo ya Salmón que sabía muy bien la fecha del adiós del hermano lo había ido a buscar para que llegara a tiempo.

XIX

Estábamos eufóricos, luego de cubrir la victoria de Ghana contra Nigeria en el estadio de la capital, decidimos con el resto de colegas que habíamos formado cierta amistad, ver el partido de la Costa Negra contra la Costa de Marfil en un bar de la ciudad vieja. Como los organizadores habían dado por hecho que los locales iban a terminar primeros de grupo, cuadraron el fixture del segundo de grupo en la ciudad limítrofe con la Costa de Marfil para aumentar el número de espectadores, y por lo tanto el de billetes vendidos. Pero tal como me lo había repetido muchas veces durante esos días un colega argentino, "El futbol, como la vida, impredecible y con sentido del humor". Llegaban noticias que había más hinchas visitantes que locales en el estadio y que los jugadores estaban bastante enfadados con la federación por tan mala planificación. Se sentían los nervios en el bar, a pesar del alcohol y la música a tope, las gesticulaciones y las sensaciones no eran buenas. Se los veía comerse las uñas, morderse los labios, suspirar en exceso. Me costaba entenderlo, al fin y al cabo era solo un partido de futbol. Sonó el pitido inicial y la tensión fue montando, yo no entendía mucho de futbol, pero se notaba que eran los naranjas los que llevaban la iniciativa. Uno de los italianos que nos acompañaba me trataba de explicar la táctica de cada uno, el amigo argentino me decía que no había nada peor que perder contra un clásico rival y menos cuando eres tú el que organiza la copa. Poco después de ese momento cayó el primero por parte de Costa de Marfil. El bar se silenció y pasarían varios minutos para que volviera a haber el menor de los sonidos. Ni siquiera nosotros nos animamos a romper ese luto que se sentía. Con el pasar de los minutos se oían los insultos en el multilingüismo local, los gritos a las diferentes televisiones se intensificaban. El equipo parecía superado. Poco antes del final del primer tiempo llego el segundo, esta vez no hubo silencio solo insultos. Varias mesas se desocuparon, pero no tardaron mucho en llenarse por nuevos comensales para el inicio de la segunda etapa.

Algo cambió, incluso yo que aún tantos años despues no entiendo nada del deporte lo noté, los jugadores corrían más, se les notaba el entusiasmo, todos la pedían, se animaban, saltaban más alto, entraban más fuerte, y a pesar de ese ímpetu y ese frenetismo, parecían más calmados más serios. Ahora era la Costa de Marfil la que se replegaba sobre su línea. En el bar los gritos aumentaban, pero ya no eran insultos, era una arenga rodeada de aplausos. Con los colegas estábamos felices, gritábamos y alentábamos. Llegó el descuento y por los cielos del bar llovió la cerveza de las mesas aledañas. La emoción aumentaba con cada pared, cada corrida por el carril derecho, cada centro venenoso del flanco izquierdo. El arquero rival se hacía figura, y los disparos de los de camisa negra pasaban a milímetros, se estrellaban en los palos, en el larguero. Se oía que el estadio a pesar de la minoría, hacía respetar la localía. Era emocionante, a pesar de estar en otra ciudad nos sentíamos ahí en ese estadio lejano, sentíamos el calor de la noche, la brisa de la selva bajo la luna. Quedaban pocos minutos, el árbitro había añadido unos minutos de más de lo que debiera

haber hecho. Al fin de cuenta, el anfitrión siempre recibe favores. Tiro de esquina al último minuto, y todos sabíamos que ahí era, y así lo fue, una serie de cabezas, de rebotes que acabaron con el balón al fondo de la red. La locura. La felicidad. Saltábamos y gritábamos hipnotizados por el alcohol y la emoción contagiosa. Treinta minutos más, las mismas ganas, pero menos piernas, menos energía. Un cierto miedo invadió a los dos equipos. Ya había algo que perder, ese acto de heroísmo que había presenciado el mundo, porque en ese momento no nos imaginábamos que no hubiera alma que se estuviera perdiendo ese espectáculo, se podía venir abajo con algún error. Un par de llegadas sin peligro por equipo y a los penaltis.

Las voces se confundían en mis oídos, se decían nombres, porcentajes, cábalas, estadísticas. A cada tiro el suspenso, el grito, el puño apretado, el suspiro, el silencio. Nadie fallaba, el arquero rival manoteo un disparo pero no lo suficientemente fuerte, el arquero nacional casi se vuelve héroe sin querer, el último disparo de la tanda pegó en el palo pero se metió igual. La famosa muerte súbita. Adentro, adentro. Dos más. Fuerte al medio, rasante a la derecha engañando al arquero. Dos más. Un palo, el silencio, pensábamos que se acababa todo. Y de la nada un disparo ni muy fuerte ni muy esquinado, y las manos salvadoras, aún hay vida. El siguiente no falló, directo al ángulo. Le vi la cara al rival de turno, les dije a los amigos, “lo va a fallar”. Casi que no tomó carrera, lo pateo mal y se fue a los cielos. La locura. Los saltos, los abrazos con desconocidos, la necesidad de compartir esa alegría que corría por nuestras venas. Salimos a la calle como reflejo y allí cantamos y saltamos y seguimos bebiendo, al ritmo de los pitidos de los carros, de las trompetas y tambores improvisados, del eco de la música que resonaba en eco desde los bares de la ciudad vieja. La euforia del triunfo, de la valentía. Y en medio de ese carnaval en que me encontraba me puse a pensar, en lo linda y curiosa que es la vida, pensaba que hacía un poco más de una década en esas calles alegres en las que nadaba, se vestían todos de otro negro, de uno de luto y lágrimas ensangrentadas. Cuantas vueltas, pensé en esas calles, cuantas vueltas, cuantos cambios, cuantas historias.

Cuando Marino llegó a ese último piso de esa gran torre a la que llamaba hogar, su madre con los ojos negros y repletos de ojeras, le contó en medio de un abrazo fuerte y una voz rota que su padre no encadenaba dos frases cuerdas seguidas. Su mente se había ido de a poco a ese mundo secreto de sueños y de limbos. Y sin mente para dar órdenes, el cuerpo le armaba una revolución interna en busca del descanso eterno. Sin embargo, cuando entró a despedirse de ese Azul que había salvado al protectorado de una gangrena roja, se topó con el patriarca sonriéndole como cuando era niño. Se había guardado lo que le quedaba de lucidez, para despedirse del que le hacía falta, y de paso encomendarle lo único que le podía encomendar, la patria misma. Con la voz soñadora que alguna vez le había caracterizado al hablar de las distintas olas de la mar, le contó sobre las diferentes personas que componían su nación, todas ellas con sus respectivas características y encrucijadas. Le

recomendó cuidar esa nación de milagros inesperados de los que brotaba y atraía tanta gente especial y singular, pero eso sí esperaba que no tuviera que sacrificar su vida por ella. Hizo pasar a los ministros, a la familia y a los líderes locales y les repitió lo mismo que le había dicho al hijo, palabra por palabra salvo por los secretos de estado y las consideraciones personales. Acabó recitando la famosa canción, tanto en español como en ruso para vieran que estaba cuerdo. Y cerró los ojos para siempre.

El país se tiño de negro una vez más para despedir a un nuevo líder que los había salvado, luego de una breve discusión el consejo de ministros, los representantes del pueblo, y los enviados de la metrópoli, acordaron en unanimidad que Marino sería el siguiente Protectorizo de la nación. Claro que desde la metrópoli más de uno alzó la ceja alegando a su corta edad, pero al haber sido escogido por el hombre que venció al comunismo, no les quedó de otra que aceptar, además más de uno en las altas esferas del poder fedeandino pensó que sería más fácil negociar e incluso manipular a un veinteañero que a un grandulón. Fue así que se hicieron todos los preparativos para la ceremonia de posesión, a la que incluso y por primera vez en la larga historia del Darién Africano, estaría presente el presidente mismo de la nación. Viajó en avión con los hombres fuertes de la nación, los ministros favoritos, los empresarios e industriales y los famosos militares que habían logrado evitar el prolongamiento del pacto del siglo, incluso encontró un asiento disponible el embajador americano en el estado fedeandino, para celebrar todos juntos la derrota del comunismo, así fuera en esa pequeña colonia africana. Desde el cielo vieron esa costa negra imponente y más de uno se echó la bendición por si las moscas. Aterrizaron en el aeródromo Verde Darién, el cual había sido rodeado de pétalos de rosa azul creados por el ministerio de la Honestidad para la ocasión.

Los recibió Marino tomado de la mano por Helena, Salmón, la viuda María Victoria y la viuda Alegría que por primera vez se sentía viuda. Su esposo se había despedido de ella la misma noche en que encaminó a su hijo a la victoria. Había cumplido su promesa de volver en periodo de dificultad y con casi cien años ya no tenía las fuerzas para cabalgar todas las noches por ese puente de arcoíris que unía Santa María la Nueva del Darién con Rio de Janeiro. Bailó con ella una última vez bajo las estrellas doradas del atlántico y la brisa cálida que bajaba del monte de los dos hermanos, y tras un beso tierno de adiós, le dio un fuerte abrazo y le sonrió para que se despertara. Fue ella misma que le explicó al presidente de la nación y a su sequito como su hijo se había adentrado al mundo de los sueños para vencer a los enemigos. Y todos le sonrieron condescendientemente seguros que había sido ella que le había pasado el gen de la locura que había acabado con el último Protectorizo. La comisión que se esperaba que los transportaran en carrozas de caballos o quizás de burros, se sorprendió al ver los Rolls Royce que los esperaban para llevarlos al centro de la ciudad nueva. Marino se fue con el presidente y le empezó a contar los planes que tenía para la nación, pero este no le hizo el menor de los casos, no solo porque nunca le hacía caso a sus subalternos, sino porque no podía parar de ver por la ventana todos esos edificios

de mármol a la europea y todas esas edificaciones e infraestructuras que nunca se le hubieran ocurrido hacer en la capital de su imperio y mucho menos en una ciudad africana nombrada por un pueblo abandonado en la selva. En los otros carros, la comisión iba igual de desubicada por el desarrollo que confundían con opulencia. Escuchaban las anécdotas de la abuela Alegría o del Tío Salmón, sobre oasis perdidos en el desierto y en el tiempo, o cielos color vainilla enviados por dios, y estaban convencidos que en esa tierra de arena negra estaban o todos locos o todos poseídos. Al llegar a la ceremonia, se sorprendieron que les tocara sentarse, con el mismo número de blancos que de negros y con el mismo número de mujeres que de hombres. No entendían como era posible que por un lado se oyeran conversaciones en español, en otras en francés, que la música fuera en italiano, que los camareros hablaran en inglés, ni tampoco porque una de las tías del nuevo Protectorizo hablaba en latín con sus hijos, y porque la otra se reía a carcajadas charlando con los patos de la fuente.

El presidente le hacía prestar sermón al nuevo Protectorizo, pero cada dos frases se sorprendía de ver entre los invitados algún miembro de la muy alta aristocracia europea o algún político famoso americano, mucho de los cuales ni se habían molestado en responderle a la invitación de su propia inauguración. Luego se vino la gran cena, donde alcanzó a pensar que estaba soñando ya que nunca en su vida había comido nada remotamente tan delicioso, como esas salsas raras combinadas con frutas perdidas. Y cuando pidió ver al chef para felicitarlo, se topó con Knut Darién, hijo mayor de Salmón, quién amante de la comida había preparado todo él. Luego vino la fiesta y la gala, y ahí sí que se le subió la bilirrubina, cuando se topó con media Hollywood bailando en la pista de baile, y preguntándole sin parar que quién era él, y que si les podía ayudar a conseguir un buen papel en la próxima película de Roble Darién. Pasó como todos con los que había compartido avión, la noche con la boca abierta del asombro y la indignación, que se viviera mejor en la colonia que en la capital, y ya desesperados a la media noche al ver que Cedro y Almendro Darién se llevaban cada uno en cada hombro a las mujeres más bellas de la fiesta, le pidieron al chofer, el hijo de Kojo que ya hacía varios años había tomado el retiro, que los llevara al hotel, a ver si se despertaban de la pesadilla. Los llevó por las vías iluminadas para la ocasión, y al adentrarse a la selva de bambús pensaron que finalmente había acabado esa larga desgracia, pero al oir los frenos del automóvil, se encontraron frente a ellos con esa inmensidad de rascacielos que era la torre Darién. Y durante la buena decena de minutos que tardó la subida hasta los pisos altos que les habían reservado, se mordían los labios y se apretaban los nudillos para contener el grito de furia interna que se les agitaba en sus viseras. Las puertas se abrieron y vieron la galaxia misma al otro lado de un cristal, y como Stendhal en Florencia fue tanto el golpe que el presidente y cuatro de sus ministros compañeros de colegio, se desmayaron ahí mismo. Y le tocó a los militares y los industriales arrastrarlos y empiyamarlos hasta las camas de algodón egipcio que les habían asignado.

Cuando se despertó el presidente con el sonido de las aves y se vio rodeado de nubes blancas de una pureza inimaginable, alcanzó a pensar que había subido a los jardines de San Pedro y que toda esa pesadilla no había sino nada más que el limbo del que tanto le habían hablado los curas que lo educaron. Pero cuando la cordura llegó a él se dio cuenta de la realidad y se acordó de esa humillación sin querer que había subido el día anterior. Se fue a buscar al nuevo Protectorizo para echarle la madre. Lo encontró leyendo el periódico en medio de la sala junto al Tío Salmón, y apenas los vio les soltó todas las groserías que se sabía, les prometió que eso no se quedaba así y finalizó diciéndole que era el colmo que su familia que había estado exenta del pacto de ni tarados ni trúhanes por más de medio siglo, se hubiera puesto a hacer tantas cosas tan ilógicas. Les dio un sermón sobre la patria, la verdadera, de la blancos bien vestidos en clubes sociales, sobre los barbaros al que les había dado puestos en el gabinete ministerial, y de paso les dijo que estupidez era esa con los nombres de los ministerios, y que porqué todos hablaban tantas lenguas, y que como había hecho para que Ava Gardner anduviera en esa fiesta y entre tantas preguntas que se le fueron ocurriendo entre los hijueputas y los malparidos, le repetía una y otra vez que eso no se quedaba así, y ya cuando se fue calmando de su rabieta, suspiró y le dijo que venía siendo hora que dejara de robarle plata al estado y se la comenzara a robar al pueblo. Y tras eso el Doctor, como le decían en su partido, pegó otro grito con el que despertó a todo su sequito, y todos en sus piyamas, despelucados y ojerosos se fueron indignados y lanzando groserías directo al aeropuerto para volver a tierras serenas y racionales donde nadie fuera más rico que ellos.

Marino y Salmón se quedaron riendo, el primero porque lo primero que le había dicho el papá en su despedida final había sido que se preparara para las rabietas del Doctor y el segundo que conociendo ya el futuro sabía que aún les quedaban unas buenas tres décadas antes de que se cumplieran las palabras proféticas que “eso no se quedaba así”. Marino se acabó su café y le pidió al hijo de Kojo, que lo llevara a su oficina a ponerse a trabajar. Le pidió que fueran lento, para disfrutar de la brisa mañanera y del canto de los pájaros, observó la ciudad dormida y le dio un gusanillo en el estómago que ahora todo eso y aún más era su responsabilidad. Al llegar al Palacio de Decisiones como decidió renombrar la casa protectoral, se encontró en su despacho, que la primera cosa por hacer, era decidir el futuro de Vermelho y el resto de supervivientes de la masacre comunista. En el pueblo había un cierto clamor de venganza, ya los soldados rasos habían sido sentenciados, pero aún faltaban la de los lideres intelectuales. Querían que se le pusiera la pena más severa, a saber la prisión por vida, a todos esos que los habían llenado de temores y de bombas. Al no haber jurisprudencia previa, las cortes concordaron que la responsabilidad de la pena caía al jefe de estado, encargado de liderar la nación contra los enemigos de ella misma. Se lo pensó varios días, al fin y al cabo se trataba de su tío, de sus primos, no quería favorecerlos por esa familiaridad y al mismo tiempo no quería ser muy severo y dejar un mal precedente para los gobernantes del futuro. Decidió que lo más justo, y al fin al cabo, eso era el objetivo, sería crear una corte especial para juzgarlos. Preguntó al ministerio del

Por favor, sobre cuáles eran sus mejores jueces, y se topó con que todos en la lista, habían sido blancos de ataques directos o indirectos de la guerrilla comunista. Se dio cuenta que no serviría ninguno y decidió escoger un trio de tres jueces que no hubieran vivido de primera mano los años oscuros del país. Pensó en pedir prestado, por decirlo de algún modo algunos jueces a la metrópoli, pero se acordó de las palabras de su padre, que a la metrópoli solo se le debía llamar lo menos posible, pensó en llamar a los ingleses o a los americanos famosos por sus "juicios del siglo" cada dos semanas, pero una vez más pensó que la propaganda anti-comunista de las dos naciones podría ser demasiada. Influenciado por sus años de estudiante en el liceo francés Jules Verne de Santa María, en la cual había formado de los profesores franceses una idea de gente justa y honesta, decidió invitar a quien había sido su profesor de filosofía, un excéntrico abogado apasionado a las leyes y las discusiones. Como segundo miembro del jurado de tres cabezas, logró mover los contactos de los hermanos en las grandes instituciones mundiales, consiguió convencer a uno de los jueces que habían precedido los jueces de Nuremberg, donde se juzgaron los peores crímenes de la historia humana. Para el último miembro del tribunal, pensó que si debía haber alguien que tuviera un vínculo con el país, pero que fuera cien por ciento justo. Y tras preguntar por todos lados, se encontró que su prima Abril Darién, igual o más brillante que su madre, se había convertido hacía poco en la jueza más joven del mundo. La invitó a comer en la ciudad vieja, y tras corroborar su seriedad e imparcialidad, pero sobre todo su gran conocimiento y su gran brújula ética y moral, decidió que fuera ella la última pieza del rompecabezas.

El Protectorizo dio la noticia como era costumbre mediante una carta abierta en "El Costero", en la metrópoli a nadie le pareció importar, ya que dieron por hecho que un juicio de barbaros solo podía acabar en una decisión bárbara, el pueblo pareció satisfecho con su decisión, pero las famosas voces rumorosas dejaron en claro que el ministerio del Por favor, debía mandar a su mejor fiscal. Y así lo hizo el ministro que tras revisar con cuidado los curriculum de todos los abogados de la nación, se encontró con Junio Darién, que en su corta carrera de abogado no solo no había perdido ningún juicio, sino que siempre había logrado la pena más dura para todos los criminales y delincuentes que había decidido de enjuiciar. Al saberse la decisión del ministerio, hubo varios que no se convencieron del nombramiento, pero tras una larga campaña publicitaria, que incluyó varios encabezados en "El Costero" y varios shows en la famosa 82.22 de Salmón, el público quedó convencido que a pesar de su juventud, Junio Darién sabía la ley al derecho y al revés, y más importante aún, la usaba solamente contra aquellos que él estuviera cien por ciento convencido de un acto criminal o un acto de mala fe incontestable. Para garantizar la igualdad, el trio de jueces al que se les había dado todo el poder judicial de la nación, decidieron invocar por primera vez, la famosa ley "Coronel salve usted la patria" con el que se amenazó al difunto Tolomeo para aceptar su destino tantos años antes. De esta forma se les permitió a los acusados escoger a cualquier abogado del protectorado para que los defendiese. Y Vermelho que había pasado años en la Torre Darién viendo a Junio ganarle debates a todas las mentes brillantes que habitaban el edificio, incluyendo a su madre

Violeta y a él mismo, supo que la única opción para no pasar el resto de sus años en la cárcel pasaba por el sobrino Agosto, quién de vez en cuando se las arreglaba para vencer a su hermano. Pasó el nombre al ministerio, y estos informaron a Agosto su labor de defensa. Agosto que había vivido desde la distancia las bombas y el caos ocasionado por el tío y los primos, no dudó un solo momento en aceptar la responsabilidad que le asignaba la nación de brindar una oportunidad de justicia a cada uno de sus ciudadanos. Esa misma noche cruzó la ciudad hasta la periferia, donde se encontraba una de las pocas prisiones del protectorado, se sentó con esos con los que tantas veces había compartido mesa los domingos en la casa de la abuela y les pidió que le contaran todo. Así quedó decidido el último elemento de lo que sería el juicio más famoso de la historia del Darién africano.

XX

Fueron meses intensos en el palacio de justicia del Darién Africano. Toda la nación pasaba el día pegada a la radio, para oir la voz de Salmón comentar en una voz silenciosa todos los detalles del juicio. Fue así que el pueblo de lo que hoy llamamos Costa Negra escuchó en primera mano la primera gran sorpresa del juicio, una de los integrantes había decidido no ser representada por Agosto, María Cristina la pareja de Tigre. Fue ella la única que desde el primer día se declaró culpable de todo lo que se le acusaba, y que repetidamente a lo largo de los varios meses que duró el juicio, pidió perdón cada vez que pudo por haber actuado con violencia por tantos años. Fueron esas declaraciones las que usó Junio en sus argumentos. Mostró con detalles como los actos de la guerrilla no habían contribuido en lo más mínimo a un progreso de la clase trabajadora y rural, y que todo lo contrario el nivel de vida había bajado por culpa de sus actos vandálicos y terroristas. Varias veces se le oyó responder a los casos aislados, donde testigos campesinos del otro lado de la frontera del Darién venían a hablar del "buen señor Vermelho" que se había adentrado hasta las profundidades de la selva a darles insumos robados a los pueblos vecinos y a educarlos a punta de panfletos rusos. Les respondía con el doble argumento, que no veía porque si los vecinos no cuidaban a sus campesinos tan ben como en el Darién Africano, era esta nación la que tenía que pagar a punta de miedo y balas. A eso añadía la segunda parte donde se preguntaba retóricamente si vivir con miedo no era peor que vivir en el olvido. Pero para sorpresas de mucho a esa y a las diferentes preguntas que hizo, entre ellas, ¿Si odiaban tanto el país en el que vivían porque no se iban a uno en que fueran felices? O ¿Por qué habían alzado las armas cuando el pueblo con su ausencia en las calles había votado contra ellos? Siempre hubo una respuesta convincente.

Agosto se había preparado bien, habló centenas de horas con cada uno de los revolucionarios de buena familia, como les decía "El Costero" en sus crónicas, y tras esas horas de sinceridad y acercamiento, logró entender muchas cosas que durante tantos años no había entendido en los almuerzos de domingo o los paseos en bote. Fue por esas charlas de reflexión, que el argumento esencial de su defensa podía resumirse con la frase, ¿si alguien hace algo mal, pero piensa que lo hace por un buen motivo, acaso se le debe castigar como alguien que hace algo mal a propósito? Argumentó varias veces con ideas que iban más alla de las pruebas físicas y concretas que usaba su hermano. Por ejemplo hizo notar que en todos esos años de guerra, nunca hubo muertos en ninguno de los atentados, sí hubo heridos, heridos graves, pero nunca un muerto. Y es verdad que los expertos que Junio subía al estrado repetían una y otra vez que pocas veces habían visto una guerrilla tan incompetente, y también era cierto que María Cristina en su testimonio admitía que cada bomba que pusieron había tenido la misión de eliminar a alguien pero que la diosa fortuna siempre les había jugado en contra. Pero Agosto iba más allá de eso, hablaba del subconsciente, del yo interior, le preguntaba a todos los que oían ese juicio, que si no era

más probable que esa ineficacia casi que inexplicable se encontrara en un deseo interno por no herir a nadie de manera tangible, que por una torpeza casi histórica que sin embargo paradoxalmente había puesto de rodillas a la nación con sus tácticas. Por varias horas él también se hizo grandes preguntas, ¿si el olvido no era la causa de la ira, y si la ira no era el motor para crear miedo? Se preguntaba por el amor de un humano hacia la tierra que había conocido y que le había dado todo, y si el deseo de ayudar al vecino de todos los días, por más duro que fuera no era suficiente para no empacar maletas e irse en egoísmo. Se preguntaba sobre esa gran marcha que no ocurrió, y ahí volvió a hablar del miedo, a lo desconocido, a romper lo que siempre ha funcionado. Habló de un grupo de niños ricos, así los llamó, dispuestos a sacrificar su vida de lujos en el oasis del privilegio, no habían puesto al pueblo con sus acciones en ninguna posición diferente a la que ellos mismos se habían puesto. Decía eso sí, que los otros, los que no tenían nada y se habían atacado contra los que si tenían, ese era otro debate mucho más grande y complejo, pero al cual no entraría, ya que no hay nada peor que los hipotéticos, y todos esos habían ya pagado sus crímenes con la vida.

Los testigos subían uno a uno al estrado y Salmón con su voz silenciosa pero imperiosa describía los atuendos de los campesinos que habían perdido su cosecha, y de los profesores de economía hablando de los mil y un errores que Marx había creado en su teoría desde un punto de vista práctico y realista para un funcionamiento estable y duradero. Subieron también refugiados de todos esos países donde la ola roja había purgado a sus enemigos de pensamientos. Pero también subieron filósofos y gente del común, no defendiendo los actos de la guerrilla, sino preguntándose como un protectorado donde sus habitantes no tenían voz para elegir su destino, podía culpar a un grupo queriendo hacer lo mismo. Junio hablaba del espejismo de libertad en los regímenes comunistas, como el que habían querido imponer Vermelho y los suyos, y Agosto le respondía, con el espejismo de autodeterminación en el mundo colonial. El juicio dejó de ser sobre los crímenes de los Darién guerrilleros, y se convirtió en debates filosóficos sobre el deber, la paz, la guerra, el fin y sus medios. Utilizando la excusa del crimen y del castigo, se habló de perdón, de democracia, libertad, autodeterminación y porque no, del sentido mismo de la existencia humana y su condición. Salmón y el resto de periodistas resumían los argumentos y la gente durante esos meses se sumergió en ese mundo de debate. Y a pesar de estar inundados en ese torbellino del cual ellos eran propulsores, cada tarde se veía por la noche, a los dos hermanos tomando malteadas juntos en la misma cafetería frente al palacio de las Decisiones. Y el pueblo al ver esos dos gladiadores de las palabras y de hilos mentales, pasar todo su día sin piedad en esa gran arena que era la corte, acabar sus días riendo como niños, se daba cuenta que el país iba en buen camino.

Para los argumentos finales, Junio hizo subir una vez más a María Cristina al estrado, y una vez más pidió perdón por sus actos, el fiscal procedió a preguntarle al resto de acusados si pedían perdón, y uno a uno desde sus asientos, se negaron a hacerlo, cada uno

argumentando que no se puede pedir perdón por una acción justa. Junio terminó así con la frase, que no se puede perdonar a quien no quiere ser perdonado Mientras que Agosto tras un largo monologo filosófico sobre la banalidad del mal, y la displicencia del bien, terminó por hablar de causas y consecuencias, y como cada reacción violenta, tiene en su fondo una acción igual de violenta. Levantó su índice a los cielos por una última vez y resaltó el deber histórico de los enjuiciados por haber, quizás de manera equivocada y desproporcionada, sido los primeros en hablar de independencia de un estado lejano, sobrado e irrespetuoso. Acabó con la frase, que utilizarían años más tarde los independentistas como lema, la libertad no se vende por oro, se gana con valentía.

Los jueces excusaron a todos de su recinto y se pusieron a discutir un veredicto. La nación se paralizó una vez más, y como siempre cada individuo tenía su opinión, sobre lo justo y lo no justo. Y en los cafés y las estaciones de metro era casual oir debates apasionados sobre el tema, y sobre todas las raíces que se le habían desbordado. Incluso en la gran torre infinita, Marino discutiendo con su abuela, su madre, y su esposa, se preguntaba sobre el futuro, y si a los ojos de la historia, serían vistos como justos o como villanos. Le preguntaba a su Helena sobre la mezquindad de la metrópoli, a la matriarca sobre la colaboración de sus ancestros a perpetuar una colonia justa e igualitaria, pero sin libertad, y a la madre viuda se limitaba a preguntarle sobre el papá. Se preguntaba cada día sobre ese castigo a venir, sobre que hubiese dicho él, y sobre qué consecuencias traería cada posibilidad. Se escribía con sus hermanos, y entre las dudas de su cargo les transmitía las inquietudes que le pesaban luego de ese largo juicio. ¿Se podía ser esclavo aun sintiéndose libre?, ¿y de ser esclavo, fuese de una doctrina o de un ente lejano, que castigo se debía pagar por tal ceguera?, ¿y si se revelaba contra ese amo, debía de ser castigado al fracasar? ¿Quién dictaba el bien y quien dictaba el mal, en esa existencia tan absurda que llamaban civilización? Así pasaron semanas, mientras que en el Palacio de las Decisiones, los tres jueces seguían deliberando. Hasta que finalmente salió el humo blanco metafórico y toda la ciudad se reunió dentro y fuera del tribunal para oir el pronunciamiento.

La fortuna había querido que la decisión callera el día que al otro lado del charco se jugaba la final del mundo en el estadio Maracaná, y todos en las dos ciudades e incluso en todo el país, sudaban desquiciados cambiando cada tres segundos la estación de radio que narraba los hechos del juzgado con la transmisión que hacía Salmón en vivo desde Rio. Los nietos le habían contado el resultado del juicio más no el de la final. Los tres honorables jueces presididos por Abril entraron a la sala y con un tos seca en armonía llamaron al silencio para dar sus veredictos. Se hizo un breve resumen del juicio y de los grandes argumentos, se recordaron las frases cautivantes, las dualidades filosóficas y las consideraciones personales de cada uno de los jueces. Finalmente Abril leyó la sentencia, En primera instancia remarcó que había por razones evidentes, dos sentencias, una para María Cristina, y otra para el resto de acusados. Ambos sin embargo habían sido hallados culpables por lo mismo, terrorismo y traición. Pero eso ya se sabía desde antes, y si se había hecho todo ese

espectáculo no había sido para el veredicto sino para la sentencia. A María Cristina que había perdido perdón por sus actos, y que cada vez que tuvo la oportunidad, se mostró arrepentida, se le decidió sentenciar a una condena no menor de tres años y no mayor a cinco años en la prisión del Darién Africano. Para los demás, la cosa era algo distinta, por un lado los tres jueces reconocían que su violencia se podía considerar como una reacción de último recurso ante el estado colonial. Sin embargo esas acciones no habían sido dirigidas contra el estado colonial sino contra la colonia misma. Una contradicción por la cual no se habían disculpado. Teniendo en cuenta eso, se los sentenciaba a una pena de cinco a siete años, pero más importante se les exiliaba de por vida del Darién Africano, y por lo tanto su pena debía ser pagada en alguna de las muchas prisiones de la Metrópoli. Al fin y al cabo si los atentados tenían como fin la Metrópoli, debía será esta última la más interesada en castigarlos. Pero eso no era todo, teniendo en cuenta su ideología y su deseo de ayudar al pueblo, los tres jueces determinaban que se les confiscara todas sus propiedades y que ese dinero sirviera para reparar a las diferentes víctimas del conflicto. Dicha esta frase, los dos abogados, los dos hermanos se dieron la mano y de esa forma se dio por finalizado el juicio.

En las calles la reacción fue mixta, pero el interruptor, les permitió olvidar sus pensamientos y oir la voz ronca de Salmón gritar el gol que tanto silencio había traido a un país lejano. En la corte el Protectorizo se acercó al banco de los culpables y les dedicó al tío y a los primos algunas palabras de despedida. Esa misma noche salían en uno de los Quetzales a la prisión de Santa Cruz de la Sierra. Y mientras daba la noticia se oyó un grito de dolor agudo, las cabezas de jueces, abogados, condenados y espectadores se voltearon para notar a Helena tomándose la panza en agonía. A Vermelho le dio un ataque de risa para ocultar la tristeza y se le alcanzó a oír entre las carcajadas “Ay este país…”. No hubo tiempo para más porque la armada se acercó para llevar a los condenados a sus celdas a recoger sus pertenencias íntimas. Pero sobretodo porque Helena que se había instruido bien sobre el nacimiento de cada uno de los Darién, sabía muy bien que las circunstancias que rodeaban el nacimiento tenían alguna incidencia en el destino del bebé. Y asustada que si su bebé nacía en un juzgado acabaría de criminal, abogado o con síndrome de persecución, le imploró al marido que se subieran al coche protectoral y la llevara al bosque de bambús, para que su hijo tuviera una vida armoniosa. Se abalanzaron al carro y el mismo Marino se puso a conducir a toda velocidad entre los centenares de compatriotas que andaban en la calle siguiendo el juicio y escuchando la final del mundial de futbol. En la intersección de la calle canela y la avenida de la libertad, entre los pitidos del padre, los gritos de la madre, los cantos del pueblo eufórico, la voz del tío Salmón narrando los minutos finales de la gran gesta de la historia del futbol, y una pequeña llovizna de agua dulce, nació en la misma calle en la que moriría algún día, el hombre que marcaría el destino del Darién Africano. Un bebé de ojos curiosos al que llamaron Namibia.

No pasaron ni dos semanas del nacimiento del pequeño Namibia, en cuyos ojos sus padres veían diariamente la esperanza que las dunas les habían dado de una vida calmada, una que claramente no tendrían, que llegó uno de los mensajeros sudoroso en busca del Protectorizo. Desde la cárcel del Darién reportaban problemas con la reclusa María Cristina. Temerosos que algo grave les estuviera pasando, Marino junto a Alegría, que a la llegada del mensajero andaba visitando a su primer bisnieto, se subieron al vehículo protectoral. Al llegar al centro penitenciario casi vacío, se toparon con María Cristina retorciéndose de dolor en su celda, los médicos de la prisión no habían podido detectar nada inusual y temían que ese dolor fuera obra del diablo. A pesar de que nunca fuera un secreto, la historia de que los hijos de los Darién nacían de la nada y sin el aviso de la barriga, los nuevos habitantes de la nación, todos esos fedeandinos que llegaban por miles cada año, se resistían a creer en el hechizo de la bruja Rayowa, y pensaban que tales cuentos no podían ser que otra mentira de los poderosos para justificar sus privilegios. Alegría les informó muy a su manera de matriarca de la nación, que eso no era ninguna obra del demonio, sino de la gentileza de los amigos pasados, y que en vez de decir estupideces fueran en busca de toallas y pañales para el futuro recien nacido. Se quedaron los tres en la celda, Marino y Alegría dando fuerzas a María Cristina, y esta última que hacía una fuerza sobrehumana para luchar contra la vida misma. Entre gemidos de lucha y gritos de desespero espiritual les decía a llantos que ella no quería traer una vida a un mundo así, uno de injusticias, de traiciones, de asesinos, donde los buenos resultaban siendo malos, pero los malos no resultaban siendo buenos. No quería criar a un bebé en prisión, y no quería que creciera para volverse igual a su padre, a su abuelo. En la locura de los dolores escupía palabras sin sentido, a lo que Alegría sin entender ni pio, le repetía una y otra vez, que si no había tenido barriga, debía ser fruto del amor y que un bebé fruto del amor solo podía ser bienvenido en abrazos por el mundo. Marino que era menos de emociones y más de razón, le prometió a María Cristina que todo saldría bien, que él y Helena cuidarían al hijo hasta que ella saliera de prisión, y que haría todo lo posible para rebajar su pena. Exhausta y resignada a las fuerzas de la vida María Cristina no tuvo otra que dejar de resistir y tras un suspiro de rabia, se oyó el llanto enojado de un bebé impaciente. Para ese punto los médicos ya habían vuelto, y al ver al niño en las manos de la madre, solo les ocurrió preguntar por el nombre de la creatura. La madre, convencida que apenas tuviera la oportunidad haría todo lo posible para olvidarse de ese maldito Protectorado, dijo muy convencida de su decisión, que su hijo se llamaría Santiago.

XXI

Le sorprendió que lo invitaran a la fiesta del fin del pacto. Desde su ceremonia de investidura el Doctor que tenían como presidente de la Federación, le había dejado de contestar las cartas y las llamadas. Le tocaba pasar horas con el inepto Ministro Colonial, puesto que alguna vez había ocupado el tío de su abuelo, ahora lo ocupaba el que él suponía era el amigo bobo del presidente, un amigo de colegio que había tenido que hacer carrera en San Vicente y las Granadinas, por eso que en el estado no aceptaban tarados. Pero ahora a días del fin del pacto que había condenado a la nación a la excelencia y a las clases altas a portarse bien, los expatriados volvían a recuperar los cargos que habían añorado por casi un siglo. Celoso del gran palacio de exposiciones que había visto en la colonia de negros con el ego inflado, como se le refería desde su llegada el Presidente al Protectorado del Darién Africano, había mandado a construir un palacio dos veces más grande y tres veces más lindo. Para ello le tocó mandar a demoler todo un barrio en el norte de la capital, a cuyos habitantes reinstaló en casas temporales en las colinas del sur, casas que acabaron siendo cambuches y temporales que acabaron siendo permanentes con la excusa que primero se debían construir las casas para los miles de soldados que la Federación mandó a las coreas a apoyar a los amigos del norte en su cruzada contra el comunismo.

Y como a esos tampoco se les dio ni siquiera un techo, los miles de habitantes expulsados no tuvieron nunca el pretexto para reclamar la de ellos. En todo caso, cuando algún periodista le preguntó en los años a venir sobre el hecho, el Doctor presidencial siempre respondió que debían dormir orgullosos que sus casas mugrientas hubiesen servido para construir un edificio tan encantador como el que habían hecho. Y el Doctor se moriría pensando que en efecto su legado como presidente había quedado no en ese desastroso fin del pacto que hundió a la nación, sino en ese edificio de acero deprimente, inspirado de su amor por el arte futurista y las ideas fascistas de los años treinta. Un edificio que inspiraba más miedo que admiración, como si los pesares de los miles de obreros explotados a trabajar sin descanso para tenerlo a tiempo, se hubieran quedado atrapados en esos muros puntiagudos de colores opacos. Un edificio tan horrible, que ni siquiera el Hombre de Blanco infame por su gusto, logró apreciar, y que al llegar el momento, y ya con el Doctor que alcanzó a ser su mentor, en el otro mundo, mandó a demoler para remplazarlo con un edificio igual de nefasto, pero un poco menos feo. Pero me adelanto hablando de personajes y tiempos aun por aparecer.

Para evitar problemas cuando el Doctor le preguntó de forma insolente en medio del banquete sobre cómo le parecía el “palacito que me mandé a construir”, Marino le respondió que le había quedado muy bonito y original, porque a él nunca se le hubiera ocurrido nada semejante. El presidente que andaba ya bastante tomado, no logró notar el insulto disfrazado y con una gran sonrisa de victoria, gritó que le abrieran otra botella de

champaña de Francia, para perderse entre la multitud. Una multitud cegada por la dicha de la ocasión, todos bailaban, cantaban, y tomaban hasta la náusea. Marino que había asistido a tantas fiestas a la largo de las años nunca había presenciado ese nivel de decadencia que observó esa noche. Pasos sin ritmo, miradas perdidas, charcos de vómito, orines y heces. Insultos por doquier, bonches, puños, peleas, escupitajos envueltos en sonrisas falsas y trajes de corbatín. Fue una noche espantosa donde fue testigo de primera mano cómo esa gran pintura que por un siglo se había titulado a la nación, se desteñía como el retrato de Dorian Grey al verse frente a frente con la falsa realidad. A través de la noche deambulando por ese palacio de escalofríos, se topó con los dueños del país, los dueños de los países que formaban esa gran nación, en su estado puro, uno de incompetencia, celos, supremacía y avaricia. Vio a los dirigentes del Ismo, embriagados con Ron tratando de aprovecharse de las meseras apenas de edad, que servían mal pagadas los cocteles a quien lo pidiese. Los vio inflarse el pecho hablando del canal que no controlaban, y como en susurros de borrachos, gritaban que ahora con el pacto roto, ya podían ponerse a hablar con los gringos para ver si los ayudaban a separarse de esos cachacos racistas, que si no fuera por los trajes les estarían confundiendo con meseros y mandándolos a buscar otro bocadillo.

En los sillones que horas antes servían como respaldar para el gran banquete, donde hombres y mujeres bien peinados discutían con elegancia de los chismes de sociedad, ahora que las mujeres habían sido enviadas a sus hoteles, uno de los altos dirigentes de los puertos del Perú se quejaba con uno de los altos dirigentes de las minas bolivianas, sobre la ausencia del Senador Pinta, se preguntaba como el hombre que había negociado con los americanos la alianza de amistad, había podido dar un hijo capaz de perderse la fiesta del siglo, porque su esposa iba a dar luz. Ante el comentario uno de los banqueros más ricos de Guayaquil le gritó que además ni siquiera era para recibir un varón, sino a una niña y añadió que ahí estaban pintados esos peruanos maricas. Otro ecuatoriano, pero esta vez un senador de Quito le respondió que no hablara así del Senador Pinta, que su familia tenía más pedigrí en su ano que todas las familias de Guayaquil juntas. Ante tal vulgaridad salió el de los puertos a decir que ninguno de los dos tenía altura suficiente para hablar de un peruano, fuese para bien o para mal y menos de un limeño, porque a lo mejor de un serrano sí. Y como ya se veía la ira en los ojos de todos, preparándose para los golpes, el líder gremial de las industrias cafeteras de Colombia, se lanzó un chiste, burlándose de los panameños que ni siquiera habían sido capaces de negociar con los gringos por su canal y le había tocado a un peruano. La broma calmó a la mayoría que ante la embriaguez se dejaron consumir por las risas, pero enardeció a los panameños que dejaron de manosear a las camareras para pedir que les repitieran el chiste, a ver si esta vez sí les daba risa. Los del sillón incapaces de pararse se limitaron a pegar insultos raciales llamándolos negros, y los panameños les respondieron llamándolos indios. Ahí en ese punto llegó el presidente y a punta de hijueputazos los hizo callar a todos, y a punta de malparidazos les pidió que se comportaran como fedeandinos, que con tanta maricada parecían era de la colonia. Y al decir eso le dedicó una sonrisita a Marino que observaba. El Protectorizo se dio media

vuelta, y se perdió la parte en la cual el Doctor les pidió a sus compatriotas que se gastaran esa energía en erradicar los comunistas de sus naciones, sin importar la forma.

De eso hablaban los famosos militares que Marino tanto conocía en el corredor. Estaba el doble – Ez, y todo su combo, hablando vulgaridades inscribibles en cualquier novela respetable, sobre los diversos líderes de izquierda. Cuando vieron a Marino se callaron y así supo él, la violencia que vendría, ya le había dicho alguna vez su padre, que el silencio era la mejor manera de encubrir las barbaries. Siguió por el corredor donde se topó con el senador más respetado de todo el Ecuador y el senador más respetado de toda Venezuela, hablando de construir vías por todo lado, adjudicándolas a los familiares, a ver si así inflaban las facturas y podían por fin sacarle algo de plata a la profesión de político. Incluso al ver pasar a Marino, lo tomaron del brazo, y le preguntaron que cuanta plata se había ganado su familia haciendo ese edificio tan alto que tan emputado tenía al Doctor. Y este honesto como siempre les respondió que el edificio lo habían pagado con la plata de la familia y no la del Protectorado, y estos sin entender cuál era la diferencia se pusieron a reír tanto que dejaron un charco amarillo en el tapete. Él siguió su camino al baño a ver si podía darse un respiro, pero se topó a los altos funcionarios del Petróleo Venezolano inhalando coca en billetes de 100 dólares. Le ofrecieron si quería una línea, en agradecimiento a los consejos del papá difunto para las refinerías, pero Marino con la misma sonrisa falsa que tenía desde su aterrizada en El Dorado, se negó con amabilidad dio media vuelta, atravesó ese mar de decadencia y deseos reprimidos y le pidió a uno de los choferes que lo llevara a su hotel.

Durmió mal como no podía ser de otra forma, solo se alegró de su sabia decisión de haberle insistido a Helena de quedarse en la cima de su torre bien lejos de las nubes verdosas de Bogotá. Apenas hubo un poco de sol llamó al inepto secretario que le había asignado el Ministro colonial, y pidió que le informara al presidente que adelantaba su regreso, viajaba esa misma noche, en su Quetzal Protectoral. Pasó todo el día recordando los hechos de la noche anterior, todas las mentiras que había tenido que decir, para pasar desapercibido. Uno de los militares bolivianos lo había abordado en medio del banquete, le había dicho "¿Cómo le pone usted a su primogénito, Namibia, no ve que eso es nombre de mujer?", y él que no tenía ganas ni de discutir ni educar, le había respondido, que como algo tan bello como las dunas de Namibia podía ser otra cosa que no fuera masculino. El militar se había exaltado y había brindado en nombre del pequeño Namibia, que andaba seguramente jugando con su primo Santiago entre las estrellas nocturnas. Había sido una mentira, de esas a las que llaman blancas, una para evitar problemas, y sin embargo se sentía molesto, se preguntaba si a punta de mentiras por más inofensivas que fuesen no se acababa uno volviéndose uno un mentiroso de tiempo completo. Pasó el día reflexionando sobre eso y mucho más, pensó en el caudillo capitalino y en tantos otros nombres que había oído decir con rabia de los labios silenciosos de los militares, y consideró por un largo momento si no debía advertirles. Pero recordó una de las frases que le decía el papá al crecer, una de esas

frases enigmáticas que había reciclado de Tolomeo, que uno nunca tiene que buscar lo que no se le ha perdido, porque si es para uno, uno acaba encontrándolo sin tener que buscarlo, y si no es para uno, menos mal que se le perdió a uno sin saber.

Ya en su camino al aeropuerto, logró agraciarse un poco, con la horrible experiencia que había tenido en su corta visita a la metrópoli. El chofer del carro le pareció un ciudadano más ilustre que cualquiera con el que se hubiera cruzado hasta entonces, tenía una amabilidad que alguno podría confundir con inocencia. Maravillado con una sonrisa autentica, le preguntaba sobre ese país lejano del cual tantos rumores y verdades había en las calles. Y Marino le respondía, con honestidad y a través del espejo retrovisor notaba con las pupilas del conductor se agrandaban de la emoción. Y el hombre se emocionaba de la misma manera contándole sobre lo que el suponía correctamente, el pasajero ignoraba. Le hablaba de las fiestas de su pueblo, con humildad comenzaba diciendo que nada tendrían que ver seguro, con esa a la que había asistido él ayer, pero no por ello dejaba de describirle los colores, olores y sabores. Empezaba la frase diciéndole nombres desconocidos y ya en medio de la descripción entera de su personalidad, de sus hechos, de sus bromas, se acordaba y le añadía si era algún tío, algún amigo, o el perro de la esquina.

Le contaba entre risas y muecas, cosas tan tristes como felices, tan trágicas como bellas, reivindicaciones y redenciones. Sueños frustrados y sueños logrados. Le hablaba de pasados alegres, futuros maravillosos y presentes que mal que bien andaban. Le decía nombres de boxeadores, de músicos y hasta de poetas, todos a los cuales había llevado en ese mismo carro. Se llenaba de orgullo al hablar de ellos, y de haberlos llevado, de haberlos ayudado en algo por más mínimo que fuera. Y con ese mismo orgullo hablaba de los desconocidos que igual que él hacia su oficio y su labor por esa gran patria de cincuenta climas. Le hablaba del panadero en Ica que horneaba panes dulces para regalar al orfanato local, de la viejita en Manta que madrugaba todas las mañanas a limpiar la playa. Le habló finalmente de un joven en su pueblo, un niño casi huérfano, que había salido un negociante nato, que no había hecho ese niño para rebuscarse la vida. “Son las pequeñas cosas” le decía, “uno las va sumando y acaban siendo grandes”. Ya había dejado de ser niño, y sin embargo no había perdido las ganas, tenía varios negocios, empresas chiquitas, pero inteligentes. De todos los que había hablado en ese largo recorrido, era de él que más se había emocionado. Estaba muy orgulloso que ese niño fuera de su pueblo, “Algo bueno debemos de tener en mi pueblo para sacar a alguien así”. Antes de bajarse, mientras le dejaba una pequeña propina, el hombre sacó de su guantera un pequeño pedazo de papel periódico arrugado. Era un artículo viejo sobre el niño, “El niño que le hace competencia al servicio de correos del estado” se alcanzaba a leer. Marino sonrió, se le había contagiado la emoción, lo que más le asombró sin embargo, fue la foto del artículo. El niño parecía tener el pelo blanco.

Una vez dentro del aeropuerto se sorprendió de ver al mismísimo señor presidente acompañado por medio centenar de burócratas encorbatados. El presidente que andaba con lentes oscuros, ya que claramente no se había recuperado de sus mil y un brindis de la noche anterior, lo saludó mentándolo, y recriminándole que cuando uno se va de la capital de la nación lo mínimo es despedirse del presidente, para luego añadir, "Vea aquí lo mandó con refuerzos, a ver si deja la maricada". El presidente había enlistado en esos meses cincuenta de los burócratas más leales a él, con el fin de enderezar ese esperpento de nación que era el Darién Africano. El Protectorizo protestó, citando la ley de la nación que dejaba al Protectorizo la última palabra sobre quién entraba a sus dominios. Pero el Doctor con su risita insultante, le aseguró que los nuevos llegados no tenían autoridad alguna para interferir en la toma de decisiones de instituciones creadas antes del fin del pacto del siglo, ni la facultad de competir de cualquier manera contra esas mismas instituciones. Le aseguró, que solo iban a analizar y ayudar, como hacer las cosas de manera más seria. A Marino que no quería perder más tiempo en esa visita obligada, no le quedó de otra que aceptar la orden dada, y de llevarse junto a él en su Quetzal protectoral, al ejercito de burócratas. Desde su cabina privada en la que se escondía cuando la compañía era mala, oyó el roce de los rosarios y el desfile de ave marías y padres nuestros al verse desde la ventana la costa negra indistinguible que le marcaba el regreso a casa. Se acomodó a los burócratas en los hoteles del puerto, pero con el pasar de los días, y alarmados de estar tan cerca a las arenas del diablo, y a las vulgaridades de los marineros, fueron mudándose uno a uno a los diferentes pisos libres de la Torre Darién. En silencio y con sigilo, cada burócrata siguió la tarea encomendada por el líder lejano, y en cada uno de sus cuadernitos decorados con la cruz de alguna virgen, anotaron por casi dos semanas, los desarrollos diarios de la nación. Como sombras sin almas, siguieron a los ministros, y sus ayudantes, analizando y juzgando el menor de los detalles que pudiera explicar cómo esa colonia andaba tan bien, y que se podía hacer para que dejara de estarlo.

Fue así, que un día llegó una orden con el sello presidencial, que anunciaba la formación de un nuevo ministerio en la colonia, el Ministerio Colonial Interno. Marino no entendió muy bien que haría ese ministerio ya que según las reglas puestas por el presidente mismo, no podía legislar contra ninguno de sus ministerios. Algo apiadado del fin banal que pensó tendrían los funcionarios, les sugirió como acto de buena fe, cambiarle el nombre a algo más local, y llamarlo el Ministerio del Pueblo, y prometerles que les daría una mínima libertad de poder ayudar. Pero inmediatamente el ministro Colonial Interno vetó la proposición, argumentando que si bien no podían actuar en nada, podían pedir un tiempo de análisis para dar recomendaciones a cada propuesta. Al preguntar qué cuanto podía ser ese tiempo, el Ministro le respondió, "En los tiempos del señor, no hay prisa" y así Marino entendió que lo que hacía ese ministerio no era nada menos que joder. El ministro Colonial Interno, empezó a vetar lo que se le diera la gana con el pretexto que no se podía seguir adelante, sin antes haber atendido las recomendaciones de los expertos. En cualquier ministerio de la nación, en cada oficina, y cada salón, aparecía el Ministro diciendo "Veto"

y como no podía estar en cada ministerio trabando todo lo bueno, nombró 49 vice-ministros coloniales internos, a los cuales dio autoridad para que andarán por donde les placiera diciendo "Veto Ministerial", a cada cosa que les hacía retorcer el buen juicio que compartían con el Doctor. Los cincuenta burócratas del apocalipsis como se les conoció a esos forajidos de corbata, no solo andaban como palomas gritando veto a todo lo que se movía. Y para que hubiera transparencia se les ocurrió crear formularios, reglas, sub-comités, comités así por lógica debiesen ir primero que los sub-comités, para que cualquier ciudadano pudiese seguir en qué lugar de la cadena burocrática se encontraba el respectivo veto que tenía parado a todas las instituciones y programas de la nación con la excusa de la perfección y detallismo. Era de admirar su capacidad de trabar el progreso, incluso se les ocurrió como poder entorpecer el trabajo del único ente en el cual no tenían jurisdicción, es decir la Fundación Santa María, encargada de todo el petróleo de la nación. Comenzaron a vetar literalmente cada acción emprendida por el ministerio del Muchas Gracias, comenzando por decirle Ministerio de Minas, para que los trabajadores locales perdieran tiempo constantemente tratando de descifrar cual podía ser ese ministerio, con los permisos y las concesiones perdidas en el laberinto de los papeleos, los comités de sugerencias, los sub-comités de reclamos y los sub-sub-comités de ideas y anotaciones, la explotación petrolera del país fue frenada de facto. Los encorbatados de la metrópoli, calculaban a la perfección sus frenos y sus trabas para que la nación produjera exactamente el nivel de petróleo deseado.

Como el Protectorado por ley debía enviar siempre la misma cantidad de crudo a la metrópoli, vio como poco a poco la parte del líquido negro que le quedaba disminuía considerablemente. Y sin la piedra central de su poder económico, se desató un efecto dominó que afectó toda la economía del país. Sin petróleo que vender, las importaciones decayeron, sin ni siquiera cantidades suficientes para abastecer el consumo interno, la escases del líquido produjo que el poco en disponibilidad subiera a precios nunca antes vistos. Incluso se debió por primera vez en décadas, importar crudo a los países vecinos, e incluso de la misma metrópoli, que con una gran sonrisa vendía sin descuento alguno el petróleo mismo que venía de recibir de su colonia, sin siquiera molestarse en cambiarle el sello del barril. Las alacenas se fueron vaciando, las vías empezaron a estar desérticas de autos, y solo el transporte público operado con energía solar, gracias a los esfuerzos del ministerio de la honestidad podían circular en las calles. No contentos con crear la crisis económica más grande desde la época en que se creía que el diablo habitaba las entrañas de la nación, al ministerio colonial interior, se le ocurrió una nueva idea para dar el golpe de gracia. Se argumentó que se debía separar todo lo relacionado con el medio ambiente, del Ministerio de la Honestidad, en efecto, tal labor no estaba inscrita en el momento de su creación, a pesar que desde su primer día el ministerio se había encargado del cuidado de los ríos, de los aires y la protección de la naturaleza. Un vació legal contra el cual ninguno de los hijos de Violeta pudo objetar. Se creó así un nuevo ministerio, el Ministerio del medio ambiente, al cual de manera soberbia y para mostrar una gracia desconocida

permitieron llamar el Ministerio de la Vida sin ninguna traba. Irónicamente el Ministerio de la Vida tenía como fin todo lo contrario. Al ser un nuevo ministerio, los cincuenta funcionarios tenían por fin autoridad para legislar y crear leyes. Menos mal gracias al servicio de inteligencia heredado de la época de la guerra contra la guerrilla, se logró averiguar, cuál sería la primera ley del supuesto Ministerio de la Vida, planeaban poner tantas reglas y trabas a la explotación petrolera del país, con la excusa de la protección del medio ambiente, que solo se le permitiría a una empresa americana o europea hacer la extracción y el refinamiento del crudo. Lo que sin duda forzaría a la fundación Santa María, a vender todas sus operaciones a un precio regalado a las empresas de la metrópoli. Ante tal noticia, Marino entendió que en sus próximas decisiones se jugaba el futuro de su nación.

Estaba sinceramente perdido y con pocas personas para pedir ayuda. Los hermanos andaban en sus instituciones tan ocupados como él, luchando por un mundo mejor. Su mamá andaba en un crucero eterno con las amigas tratando de superar la muerte del esposo. Su tía María Eduarda andaba acompañando a la abuela Alegría a los casinos de Macao y a los nacientes casinos de una ciudad en el desierto de Nevada, a ver si se le pegaba la pasión por el juego que tanta vitalidad le daba a la abuela. Sus primos del lado de Verde, andaban cada uno en sus negocios, fuese haciendo películas en Hollywood, ampliando la marca de Cabinet Bestiare en Paris y Nueva York, o haciendo negocios europeos buscando aprovechar el mar de dinero que se había inyectado en la reconstrucción del nuevo continente. Su tía felicidad andaba por Papua Nueva Guinea junto la hermana Violeta investigando como siempre y al hermano Salmón quien ya sabiendo que la crisis de los burócratas no era tan compleja como otras a venir, ni se molestó en responder las cartas del sobrino.

Quedaban los primos abogados que a pesar de haber sido actores fundamentales del juicio del siglo se habían ido cada uno a su lado a seguir estudiando. Le quedaba la esposa propia muy ocupada cuidando dos bebes de apenas más de un año, los primos de parte del tío Salmón a quienes la crisis parecía gustarles, ya que Knut inventaba platos con ingredientes escasos, Magallanes aprovechaba que no había gasolina para los carros y se iba corriendo de lado a lado de la ciudad ante cualquier necesidad, y Andrómeda viendo tantas caras tristes se había dedicado a cantar y alegrar a todos con su voz atómica. Perdido como muchos antes que él, se sentó en su gran sala con vista al mundo y se puso a observar a su pequeño hijo jugando con el primo. Namibia pateaba a medias un balón hecho con medias que le había dejado el tío Salmón, mientras que Santiago jugaba con la concentración que solo tienen los niños cuando juegan, con dos soldados en forma de gladiadores. Se puso a ver al hijo, que al darse cuenta de ser observado se dio la vuelta y aún en el piso pateó la pelota improvisada hacía el padre, este último con acto reflejo intentó atraparla pero se le coló entre las manos, lo cual hizo que Namibia riera. No le quedó de otra a Marino que aplaudir al hijo, a quien le volvió a lanzar su juguete esférico. Al caer en el piso, no fue Namibia el primero en hacerse del balón, fue Santiago que había dejado la concentración de

las espadas, en busca del aplauso. Por la siguiente hora los dos bebés compitieron arrestándose y gateando por ser el primero en patear el conjunto de medias. A Marino se le prendió una bombillita en la cabeza.

Reunió a los cincuenta nefastos que tanto mal habían causado al país, en el Palacio de Decisiones, estaban todos con sus caras serias y concentradas en su labor de bloquear. Esperaban sin duda alguna reprimenda, algún grito en busca de empatía, el Doctor ya les había informado de las tácticas demoniacas que el Protectorizo y los suyos podrían utilizar. Les había advertido que debían resistir sus encantos, recordándoles los mil y un trucos que usa el diablo para corromper las almas puras, como las de ellos. El Protectorizo comenzó anunciándoles, que debido a sus acciones, la totalidad de su gabinete había renunciado a primera hora de la mañana, y que ninguno de los funcionarios de confianza y de nivel quería hacerse cargo de las carteras. No le quedaba más opción que utilizarlos a ellos para cubrir los puestos. Alguno que otro con confianza balbuceó que no aceptarían ninguna orden que no viniese del Presidente de la nación. Pero Marino muy tranquilamente les anunció que si bien con los funcionarios de toda la vida no se atrevería a invocar la ley del "Coronel Salve Usted la Patria", con ellos sí, y que de no aceptar los cargos, la armada tenía orden de escoltarlos fuera de las aguas de la nación. El Protectorizo salió de la junta, y en unísono los burócratas debatieron sobre el siguiente paso a tomar. El líder, ese quién actuaba de Ministro Colonial Interior, opinó que debían aceptar, no había nadie más capaz que ellos para la misión que les había encomendado el presidente, y además, había un factor muy importante. Una vez en las carteras, podrían legislar y mandar como quisieran. Era una oportunidad única.

Entraron todos a la oficina de Marino y en unísono aceptaron los cargos. Como los cincuentas acabaron de ministros o vice-ministros de los diferentes ministerios, el Protectorizo decidió que tanto el Ministerio de la Vida, como el Colonial Interior, quedaban congelados hasta que hubiese quien contratar o hasta que al presidente le mandara un nuevo grupo de arpías. Los burócratas fedeandinos estaban ansiosos de empezar sus nuevas labores, pero antes de ello, fueron conducidos a la Torre Darién. Cada cargo venía con su respectivo piso y beneficios, los ministros tenían los deseados pisos de arriba en la cercanía de las nubes, según la importancia del ministerio más arriba y más beneficios, el carro, el chef, el número de asistentes personales. Durante los primeros días, los burócratas se encontraron con el primer obstáculo a sus ambiciones destructoras, las trabas que ellos mismos habían puesto les seguían impidiendo hacer lo más mínimo. Y como el presidente andaba ocupado en la metrópoli en sus propios problemas, no había tenido tiempo de mandar ayuda burocrática. Los nuevos ministros se reunieron con el Protectorizo, y le pidieron que dejara algunos de ellos renunciar a los cargos más bajos, para poder destrabar el laberinto de los sub-comités. No había forma, si renunciaban al cargo, por ley debían ser expulsados por la armada, eso sí, bien podía nombrar alguien el mismo, claro estaba de manera interina, mientras el presidente mandara a algún otro. Estando entre la espada y la

pared, no les quedó de otra, que aceptar. Marino nombró de forma inmediata al Ministerio Colonial Interior, a todos los ministros a los cuales les había pedido la renuncia un par de días antes. La primera acción que tomó el nuevo ministro, fue aprobar el cambio de nombre al ministerio del Pueblo. Y luego mostrando un gran respeto al trabajo de los colegas anteriores se tomaron su tiempo destrabando, encargándose de solo quitar las trabas que les convenía ahora que sabían que los enemigos manejaban el barco de la nación.

Los burócratas se dieron cuenta de la trampa en la que habían caído, hacer sus nuevos trabajos con una margen de maniobra dictada por Marino y los suyos, implicaba actuar en contra de la misión dada por el presidente, pero no hacerlo los hacía quebrar la ley del "Coronel salva-patria" y por ende acabar en un largo barco de vuelta a la metrópoli. Hubo algunos en cual el sentido del deber pesó más que la lealtad, esos actuaron concorde a lo esperado por Marino, pero los otros a los que su lealtad por el Presidente superaba las órdenes del oficio, decidieron hacer lo mínimo necesario para cumplir su deber. Pasaron los días, y los funcionarios estaban seguros que solo debían aguantar un par de semanas, ya llegarían los refuerzos, y el Protectorado del Darién Africano estaría bajo su poder. Pero no contaban con las astucias de Marino. Al primer día de la nueva semana cada uno de los hombres en sus respectivos piso, oyeron con temor el ruido de los engranajes de la mega-estructura, moviendo el orden de los pisos. Una carta le indicaba a cada uno que debido a su desempeño algunos habían sido ascendidos y otros degradados. Los que habían sido productivos subían a los pisos altos, con la vista, los chefs, al cambiar de ministerios habían pasado de ser empelados de la Metrópoli a empleados del protectorado, era ahora Marino quien decidía su sueldo semanal, a los ministros les dejaba un sobre lleno de billetes.. Al contrario los que habían hecho el mínimo se despertaban en los pisos medios, en los que bordeaban con la discoteca de los hermanos Cedro y Almendro, o justo debajo del piso de casino de la abuela, siempre con todas las maquinas prendidas y con el volumen al máximo para garantizar que las estadísticas y las cábalas no cambiaran en su ausencia. Ya no desayunaban huevos benedictinos hechos por los chefs ministeriales, ahora tenían neveras vacías y solo unos cuantos billetes para hacerse de víveres.

Reunidos todos en el lobby mientras unos subían a sus carros con choferes y otros debían esperar el bus, se prometieron que no caerían en ese juego tonto al que le quería hacer entrar Marino, solo debían esperar, ya llegarían los colegas fedeandinos. Y así cada tres días, los que habían hecho más se despertaban entre los sonidos armónicos de los pájaros de estación, mientras los que habían hecho menos se encontraban con el sobre con dinero para el diario con apenas unas monedas. Durante un par de semanas, los ruidos de los engranajes se hicieron habituales como despertador, las cartas anunciando los puestos nuevos, los sobres con billetes de 100 o monedas de 25 centavos. Y más de uno notó que había algunos que nunca habían bajado, mientras otros siempre habían estado en los pisos de abajo, pero nadie decía nada, ya que les habían adelantado desde la metrópoli que ese día llegaba uno de los aviones nacionales con los deseados funcionarios escogidos por el presidente para

los dos ministerios vacíos. Todos fueron al aeródromo para presenciar el fin de esas semanas confusas, en las que algunos habían perdido kilos y otros parecían haberlos ganado. Qué alegría cuando vieron aterrizar el avión, pero que efímera, al ver como se abalanzaba al avión la armada de la nación vestida con trajes hazmat creados para la ocasión. Minutos de incertidumbre, hasta que uno de los oficiales les desveló el problema. En una inspección de rutina al avión recién llegado se habían encontrado con que al menos dos de los tripulantes, utilizaban la expresión "¿o qué?", por ejemplo en "¿Te gustó el almuerzo, o qué?" o "¿Vamos mañana al cine o qué?", al ser considerada una expresión capaz de expandirse y crear una epidemia como la infame del "Onfet", no les había quedado de otra que poner a todo el avión en cuarentena estricta, por lo menos por cuarenta días. Todos los funcionarios se vieron pálidos los unos a los otros.

Pasaron los famosos cuarenta días, y cada mañana, el temor se hacía sentir con los engranajes del centro de la torre, el miedo a abrir los ojos en los pisos de abajo, la felicidad al encontrarse con el masajista tocando la puerta. Muchos trataron de resistir y seguir haciendo estrictamente lo mínimo, otros comenzaron a teclear un poco más rápido, a autorizar proyectos parados. La tensión entre los funcionarios empezó a aumentar, hubo algún reclamo en los ascensores al notar que alguno ponía el piso 97 mientras otro ponía el 16. No se sabía en que confiar, en que haría el otro ese día, si caería a la tentación de ser productivo para así tener agua caliente. Unos hacían cosas bien, e igual se encontraban a la mañana siguiente en los pisos bajos, lo que los hacía pensar que algunos colegas, no solo estaban haciendo más de lo mínimo, sino que al contrario estaban haciendo las cosas más que bien. Otros en la cima de la torre por varias semanas seguidas sin entender bien el porqué, temían bajar de nuevo a los pisos bajos, quedarse sin el chofer, o incluso peor tener que irse al centro caminando o a la merced de algún amable carro aceptando dar aventones. Los más fuertes, aguantaban las desgracias, incluso se negaban a pedirle a los afortunados de las plantas altas que les dieran algún billete de sobra. Esa fuerza se fue disminuyendo a medida que terminaban los ciclos de cuarenta días, y las autoridades de salubridad les anunciaban que los colegas del avión seguían encuarentenados, uno había dicho "Ehh" al comienzo de varias frases, cuarenta días más, y luego, otro decía mucho "Hmmm" antes hablar, cuarenta días más, luego que uno no paraba decir "Si" al finalizar sus frases, cuarenta días más. Y luego recaídas, cuarenta días más, y luego que tenían gripa, cuarenta días más, y que los notaban ansiosos y tocaba investigar el motivo, cuarenta días más. Y a medida que iban pasando las cuarentenas, uno a uno fueron cediendo, y poco a poco el nivel de la productividad de la nación fue volviendo a sus niveles de antes. Ya nada bloqueaba a la fundación Santa María, ya los trámites volvían a ser rápidos. Incluso cuando a los que amanecían en los pisos de abajo se les daba los mismos billetes que a los de arriba y se les dotaba de conductor y de chef, ya ninguno se arriesgaba a bajar su compromiso con el Darién Africano.

Al otro lado del charco, la metrópoli andaba en llamas. Tal como había previsto Marino en la infame fiesta en la que con una emoción nunca antes vista todos contaron en regresiva los segundos que daban fin a la ley constitucional que los obligaba a actuar bien, el vacío de actitud decente había dado paso a una violencia desconocida. Bajo el mando del Doctor y de los suyos, los rincones más alejados del país, esos con más críticas y más necesidad se llenaron de sangre. Los escuadrones de la muerte bajaban de los cielos montañosos como aves rapaces, llevándose con ellos miles de vidas. La opresión por parte del círculo cercano, ese formado por militares y por garrapatas buscando poder, se encargaba de atemorizar en todas las regiones del país a cualquiera que hubiese podido pensar que el fin del pacto del siglo podría abrir las puertas a todos esos olvidados por los padres fundadores. Pero a pesar del amedrentamiento, los hubo, como el caudillo y sus seguidores que siguieron insistiendo. Y al final lo pagaron con la vida. Y las balas transeúntes fueron llenando los cementerios de guías y a los corazones de odio.

Y cuando a los mercenarios del poder se les dio por eliminar al caudillo principal, el corazón de tantos en la nación hirvió sangre de protesta. Al caer el caos de la última luz que se apaga, se desencadenó lo que ahora los historiadores llaman el “Andinazo”, donde las calles de las ciudades más grandes se envolvieron en el humo del desorden, de los gases policiales y de los ruidos de las piedras y de los reclamos. La violencia que se vivía en los extremos ocultos en las entrañas de las montañas y los pueblos alejados, encontró el camino a todos los órganos de la nación. Y en medio de ese desorden que hacía pensar lo peor, los mismos militares que habían aplaudido sin parar los sueños retrógrados y autoritarios del Doctor, se vieron en la necesidad de hacerle un golpe igual al que el le había dado al país con su mandato. Apartado del poder en el exilio del fracaso, la federación quedó en las manos una vez más de todos esos que Marino se cruzó eufóricos en la fiesta del fin del pacto. Eligieron entre ellos a uno que no fuera ni muy fuerte para decirles que hacer, pero tampoco muy débil como para que algún otro, fuera del círculo del poder se tentara en buscar provecho. Una toma de aire, una vuelta a la tranquilidad relativa, un respiro antes de todo lo que se vendría.

XXII

Se fue el Doctor y se fueron sus burócratas, los cincuenta funcionarios del apocalipsis y los del avión de la cuarentena eterna. Y ya sin ellos y con el protectorado mejor que nunca, Marino pudo finalmente empezar a gobernar. Por primera vez en mucho tiempo, pasaron los días, las semanas, los meses e incluso hasta los años, sin aparición de problemas grandes. La tranquilidad de la rutina del buen camino, fue acompañada del progreso constante que traen las buenas decisiones, y bajo los cielos del Protectorado se respiraba una vez más el aroma indeleble de la vainilla, del café y del olor del mar cuando sus olas pegan menos fuerte pero con la misma calidez. Hay poco que decir sobre los integrantes de la familia protectoral, salvo que siguieron con sus vidas como siempre lo habían hecho en las malas y en las buenas. Muchas de esas vidas ya alejadas de las costas negras en las que habían crecido, vivido y remplazado por esas ciudades mundo donde los hijos de los poderosos terminan llegando tarde o temprano. Con el sendero de sus vidas alejados del Darién Africano, no le quedó de otra a Alegría a pesar de la edad, de montarse a mil y un aviones por año, para visitar a su gran familia extendida y de paso aprovechar para terminar una noche o dos entre las danzas de las manos de los croupier, en Macao, Monte Carlo, Las Vegas o Atlantic City. Para la matriarca de la familia fue una bendición esa diáspora familiar, desde la partida final de su esposo, su nación esa que la había adoptado y a la que ella tanto había contribuido, le recordaba sin parar a su Tolomeo, a la ausencia que le hacían esos paseos nocturnos a las playas de Rio. Veía en cada esquina no solo las obras del marido, sino la de los dos hijos muertos en cumplimiento del mismo deber del padre, y por supuesto al otro hijo al que nunca le pudo enseñar a portarse bien. Por eso nada le daba más felicidad que subirse al Quetzal que le había cedido la nación, atravesar los océanos y las nubes blancas y las grises, para visitar a sus descendientes.

Fue en uno de esos viajes a la gran manzana en que se topó con que su nieta Cielo andaba con una barriga de tres meses. Al verla así con el vientre lleno se echó a llorar y sin importarle que el padre de la creatura estuviese sentada frente a ella, le preguntó casi con tono de recriminación, que como había hecho para tener un hijo con alguien que no amaba o no la amaba, por más profesor de Columbia que fuera. Menos mal para la diplomática, se había conseguido una pareja muy brillante en todo salvo por el hecho que como gran parte de los americanos, se contentaba inexplicablemente de solo hablar su idioma materno y quizás algún otro algo más refinado que el español. Así Cielo pudo explicarle a su amado en ingles que su abuela lloraba de la emoción del embarazo, y a la abuela en español que ella amaba a ese hombre tanto como él a ella, tanto así que había aceptado ponerle a la niña que se venía Paraiso, para seguir con la tradición de nombres educativos. La abuela no le creyó mucho, y de paso se preguntó a si misma si el padre sería capaz de pronunciar el nombre de la hija si no sabía español. Pero ya la vejez le había enseñado a medias a no buscar problemas hipotéticos.

La angustia por si la nieta había conseguido una pareja de vida o un vividor en busca de la fortuna Darién le duró tan solo un par de semanas. En el desierto de Utah asistiendo a una de las grabaciones de Roble se encontró con el nieto tomado de brazos por dos mujeres tan bellas como embarazadas. Y tras escuchar el largo discurso del nieto sobre el amor libre y polígamo, llegó a la conclusión, que la panza en todas esas mujeres no se debía a falta de amor sino a la lejanía con las arenas negras que había encantado la bruja Rayowa para salvarle la vida. Y por eso de ahí en adelante cuando terminó en Maracaibo visitando a Cedro y Almendro ya ni movió ni una ceja al verlos importando juguetes vietnamitas y rompecabezas rusos para alegrar a los hijos que se les venían con dos de las herederas del petróleo venezolano. Ni tampoco se inmutó en Paris cuando Índigo abandonó su apartamentico en la avenida Foch, para irse a vivir a Fontainebleu para que las niñas gemelas en la barriga de su esposa italiana, tuvieran un jardín donde jugar. Y mucho menos se sorprendería años más tarde al leer una de las últimas cartas que recibió, la de su hijo Vermelho que para esas épocas ya había salido de la cárcel y andaba junto a Jaguar, Tigre, un barbudo y un doctor tomándose el poder en Cuba. Contándole que Puma andaba en China emparejada con un alto miembro del partido comunista, esperando un hijo al cual nombraría el mismísimo Mao. La única vez que llegó a dudar de su teoría del amor, fue cuando en una visita a Tokyo a la apertura de una tienda más de Cabinet Bestiare, se encontró a Palma rodeada de dos niños asiáticos y dos africanos, sin recordar que le hubiesen informado ni de ninguna pareja, ni de ningún embarazo. Pero al ver que junto a los niños había una mujer incluso mejor vestida que la nieta y a la que Palma no podía parar de ver, lo entendió todo y empezó a jugar con los nuevos bisnietos.

Pero de todos sus bisnietos, sin duda sus dos favoritos eran Namibia y Santiago. Cuando aterrizaba cabizbaja en el aeródromo Verde Darién, nada le lograba devolver la esperanza como las risas lejanas de los dos primos inseparables, Namibia siempre riéndose y jugueteando, y Santiago algo más serio pero de un cariño que no había sentido nunca de ninguno de sus hijos, nietos o bisnietos. Era él que la abrazaba más, y la tomaba de la mano cada vez que podía. Le encantaba cuando Marino y Helena le pedían que cuidara a los dos niños por un par de días o un par de semanas. Se los llevaba a la reserva de Felicidad y en medio del millón de animales les contaba una y otra vez las mil y un aventuras que había tenido en su vida. Luego de cada viaje le traía a cada uno maletas y maletas de recuerdos, de juguetes, de máscaras, de libros. Disfrutaba tanto estar con ellos, oírlos reír, sentir sus manos calientes envolver sus arrugas mientras les enseñaba a lanzar dados con técnica vencedora, o repartir cartas para siempre acabar con todos los As. Le encantaba ver esa complicidad que alguna vez había visto entre Azul y Verde, al caer la noche y rodeados de estrellas fingía leerles las manos, y a cada uno le deparaba un futuro grandioso y glorioso, se refería a ellos como los futuros Protectorizos, y antes de que cerraran los ojos del cansancio del juego diario, les susurraba a sus oídos historias extraordinarias sobre todo las cosas magnificas que harían por la nación. Y les hacía prometer a pesar de su corta edad, en la cual no decían “Si” sino “Ti”, que siempre estarían juntos. Y ellos con la bondad infantil

lo prometían entre bostezos con la esperanza de encontrarse con el marqués de los sueños que tanto hablaba la abuela para poder seguir jugando incluso dormidos.

Un día de esos en que la vida se delimitaba a jugar con los bisnietos el millón de animales y dormir bajo las estrellas de Africa, vio a la lejanía el carro protectoral. De él se bajaron Marino sonriendo junto a Helena, y junto a ellos un hombre fornido con barba de marinero y con ojos de aventurero. Se tardó un poco pero al final lo reconoció, era el famoso escritor del que su nieto siempre hablaba, ese que con tanta simplicidad explicaba la condición humana, fuese en un barco pesquero cubano, en las montañas bélicas de Europa o en las faldas del Kilimanjaro. Ya le había contado María Victoria en una ocasión que lo había conocido en el banquete de los laureados en Estocolmo, justo despues de haber recibido su galardón. Y en otra ocasión había sido María Eduarda, que desde el fin de la burocracia y tras no engancharse ni en el juego ni en el amor, había acabado como Ministra del ABC, que luego de que el Protectorizo y la primera dama de la nación se lo volvieron a encontrar en las playas de Zanzíbar, habían vuelto con la idea que todos los niños de primaria tenían que leer la obra del nobel cuanto antes. Pero esta se había negado, con el pretexto que no porque casi se muere dos veces en una semana en Africa, le iba a poner a los niños de la nación a leer libros los cuales no disfrutarían ni entenderían todavía. Le preguntó en español al nieto que hacía tal personaje en la reserva, y este le respondió que venía de vacaciones. Como tenía fama de cazador, a Marino le tocó añadir que le habían advertido las reglas de antemano, pero Alegría que no se fiaba ni de escritores ni de aventureros no le perdió la vista durante todo el paseo.

Fueron un par de semana de aventuras, donde la pareja Protectoral, su hijo, su sobrino, la abuela y el laureado, se dejaron llevar por el viento y el corazón. Cabalgaron por las praderas de la reserva sobre la espalda de los tigres adiestrados por Felicidad, nadaron en los ríos junto a cocodrilos que lamían en vez de morder, y junto a las pirañas del amazonas educadas para hacer cosquillas. Jugaron escondidas con los gorilas, hicieron peleas de agua cada uno subido en un elefante con la trompa cargada de agua, se dejaron acicalar por avestruces y le apostaron a las carreras de guepardo, donde siempre ganó la abuela, que sabiendo la ventaja de la experiencia le apostaba al eterno Emeterio que aún seguía igual de fuerte a ella. Se subieron a uno de los globos que alguno entre Cedro y Almendro habían convencido de instalar para atraer turistas a la reserva en la temporada baja, y una vez en los aires, las águilas, los halcones y las guacamayas desfilaron frente a ellos, pintando sobre las nubes las diferentes banderas que Felicidad les había enseñado a lo largo de los años. Y cuando no andaban en la aventura, en las cabañas dispersas por la propiedad, el laureado divertía a los niños con sus historias reales y ficticias, y de paso Marino le traducía al inglés todos los cuentos de la abuela sobre brujas, epidemias, milagros y tragedias. Y el laureado que aún tenía la mente intacta, no dudó ni un segundo sobre ninguna de esas aventuras, e incluso prometió que si la vida y la mente le daban, escribiría alguna historia como las que a él le gustaban, sobre esos días selváticos jugando con infantes, abuelas y mandatarios.

Y si los adultos se divertían, claro que los niños se divertían más con esa relativa eternidad que son los días jóvenes de vacaciones interminables, donde cada hora parece una estación y cada día parece una vida. Y entre los bailes entre las lluvias de la tarde, y los moretones de las corridas a pleno sol, los dos niños conocieron de primera mano lo que era la felicidad, y la amistad, y se despertaban sincronizados, comían lo mismo, lloraban por lo mismo, se reían por lo mismo, y hasta soñaban lo mismo sin la necesidad de ningún marqués y en ellos nacía un sentimiento que nunca los dejaría y que se manifestaría de diferentes formas en cada uno de ellos, un amor infinito por esos días, y por esa tierra oscura en la que se revolcaban con felinos y primates, el sentimiento que da el lugar donde uno fue no solo feliz sino completo, una necesidad inmensurable de preservar ese recuerdo a como dé lugar. Y a la sombra del futuro, con euforia silenciosa observaba la matriarca, dispuesta a vivir ochenta años más, con tal de ver que harían esos dos.

Tras dos semanas en la intemperie de la nación, ya cuando los carros esperaban para llevarlos de vuelta a la llamada civilización, justo en el momento en que el laureado les explicaba a los niños como dar un golpe fulminante en caso de pelea, se oyó un grito agudo salir de la boca de Helena. Todos se acercaron temiendo que alguna de las cobras hubiese sufrido un golpe en la cabeza y que en su amnesia hubiera recordado su vida antes de la reserva, pero al llegar solo vieron a la madre transpirar y tomarle la mano al marido. Y la abuela sonriente de presenciar el milagro con el que había empezado todo, así fuese una última vez, le pidió a Namibia que le tradujera al laureado, que “Así nacemos en esta tierra de milagros”. Y el nobel de Montana, observó sin saberlo el último nacimiento milagroso en la historia del Darién, una niña con el pelo crespo, que según las fechas y cálculos de los padres, llamaron Zanzíbar. Años despues cuando el nobel poseído por la locura hereditaria que le costaría la vida, no podía ni reconocerse así mismo entre las jaulas de su mente, acabó quemando todas las cartas e historias de su paso por el Darién Africano, pensando que todas esa maravillas no habían sido nada más que otro juego de su enfermedad.

Esas horas entre la selva y el mar recorriendo el camino que comunica la reserva con Santa María la Nueva del Darién, fueron quizás unas de las horas más alegres que Alegría tuvo en su vida, con el nieto manejando, y ella en el asiento trasero sintiendo en sus piernas las cabezas exhaustas y somnolientas de sus dos bisnietos. Les acariciaba el pelo con delicadeza para no despertarlos y de reojo veía el sol caer sobre el atlántico y sus rayos lejanos alumbrar los arboles de la nación que había construido con su marido, sus hijos, sus nietos, y algún día esperaba ella sus bisnietos, tataranietos e incluso más. Y se acordó cuando ella tenía cuatro o cinco años por allá en la finca en la que creció entre los bueyes de su padre, y se dio cuenta lo larga y a la vez lo corta que había sido su vida, y como las cosas se fueron dando y como en un pestañeo pasó de llorar a cantaros en el frio de la noche solitaria a contemplar la inmensidad desde la cercanía. Y pensó que en ese momento cuando a la lejanía se veían las luces amarillas de las dos ciudades, apenas en ese momento había aprendido a vivir y había entendido el significado de toda esa peripecia que llaman

existencia. Y el carro se parqueó y mientras Marino le abría la puerta del otro coche a su esposa que bajaba con su nueva niña en sus brazos, y mientras el laureado se ponía un niño a cada brazo para subirlos fundidos al pent-house de la Gran Torre, vio que María Victoria los esperaba en la puerta de su palacio vertical con una sonrisa de buenas noticias, que solo podría venir acompañada de una desgracia.

Como casi siempre en su larga vida los instintos no le fallaron a Alegría, eso que tenía tan contenta a María Victoria no era otra cosa que la portada de "El Costero" de hacía unos días, la corte había decidido liberar finalmente a María Cristina. Al cabo de dos semanas, ya con el laureado de vuelta en sus montañas, fueron todos a recogerla a la salida de la prisión. Santiago que la había visto todos esos años tan solo una vez al mes y por un par de horas a la vez corrió llorando hacia ella a un gran rencuentro. Marino le anunció que ya tenían listo uno de los pisos de la torre para su mudanza inmediata, pero esta con una voz seca pero agradecida, se negó. Les dijo palabras lindas por todo lo que habían hecho por Santiago durante su ausencia obligada, pero que ella prefería no tener nada que ver con ellos de ahora en adelante. Santiago inmediatamente empalideció y ella, lo calmó diciendo que nada le privaba de seguir en contacto con la familia de su padre si así lo deseaba. Podía pasar algún fin de semana al mes con ellos, o asistir a los famosos almuerzos de los domingos, ya verían, pero ella nunca estaría allí. Marino que siempre fue muy diplomático no insistió en el asunto, pero si le pidió a María Cristina que aceptara de su parte una suma de dinero mensual para ayudarla en su nueva vida. Una vez más ella se negó aunque dijo que si querían pusieran esa plata en un fondo para el día que Santiago fuera mayor de edad. La llevaron en silencio a una pequeña casa a las afueras de la ciudad vieja, no dejó que la ayudaran a bajar sus escasas cosas y tras una despedida sobria con más emociones retenidas que expresadas, se devolvieron a la Torre Darién, a confirmarle a la abuela Alegría que había acertado en todo una vez más y que había hecho bien en no acompañarlos ese día.

Santiago volvió como prometido al domingo siguiente y sentándose junto a la abuela Alegría les contó lo curiosa que era su casa nueva, sin ascensores ni vista a las estrellas, ni con pájaros de estación que lo despertaran en la mañana pero con un silencio ruidoso que no lograba describir. Y a la semana siguiente les vino a contar que la mamá no lo había cambiado de colegio y que seguiría asistiendo al Liceo Frances Jules Verne de Santa María, así eso implicase madrugar casi dos horas más de lo habitual para tomar el tranvía, que el metro aún no llegaba a esos barrios tan lejanos. Y Marino le propuso que lo fuera a recoger un de los choferes, pero al siguiente domingo les dijo casi con la voz callada que su mamá no había dejado y que de paso les avisaba de una vez que no podría venir el siguiente mes a almorzar con ellos los domingos, que su mamá quería que la ayudara en la tienda de esquina que venía de abrir, antes de que empezara el colegio. Y cuando empezó el colegio le tocó en una clase y a Namibia en otra, y envueltos en las nuevas amistades y en el mundo casi sectario que son las clases de primaria, tan solo le pudo decir en un recreo que no podía

ir todos los domingos porque ese día era en el que hacía tareas, así que solo podría ir una vez por mes si tenía suerte. Y así pasaron los meses, las visitas de Santiago se volvieron casi nulas, y entre la vorágine de la infancia los dos niños que llegaron a ser hermanos a penas se saludaban con una sonrisa incomoda cuando sus ojos se cruzaban en la cantina del colegio.

La clase de Namibia jugaba a los policías y ladrones durante el recreo, mientras que la de Santiago jugaba a los indios y los vaqueros, y aunque compartían 90% de las reglas, era en el 10% la de las palabras a decir, los números de "salva patrias" o los segundos que se tenía que esperar antes de buscar, que residía una importancia muy grande para niños de esa edad. Las dos clases estaban separadas en todo, nadie de la clase C en la que se encontraba Namibia era amigo de ninguna otra clase, pero sobre todo entre los niños y las niñas del salón se había llegado al acuerdo que de ninguna forma se podía ser amigos de los de la clase E en la que se encontraba Santiago. Cada clase tenía su propio profesor, pero para ciertas materias, como la música o los deportes compartían todos los mismos maestros. Fue así que el profesor de deportes anunció un día que ninguna clase corría tan rápido como la E, y eso hirió gravemente el orgullo de la clase C. Otro día fue la profesora de música y artes que colgó en el mural de su clase las mejores diez pinturas hechas por sus alumnos, cinco de las cuales habían sido por los estudiantes del C, algo que llenó de celos claramente a la clase del E donde ninguna de sus obras fue seleccionada. Y casi sin quererlo Namibia por su lado y Santiago por el suyo acabaron de líderes respectivos de sus clases. Namibia tenía la facilidad de unir a sus amigos, de hacer que los niños interactuaran con las niñas, de resolver los problemas y de motivar a sus compañeros, eso sumado a que todos los niños sabían debido a sus padres que ese niño tan amable era además el hijo del mismísimo Protectorizo, eso empujaba a los camaradas de salón a acercarse aún más al niño, buscando recibir una de sus famosas invitaciones para jugar los viernes luego del colegio a la cima de la Gran Torre o las escapadas a la playa los miércoles que salían al medio día, en la que los acompañaba el mismísimo Magallanes Darién, quién ya era celebre en el país por sus habilidades deportivas.

Por otro lado en la clase E, Santiago se había ganado la fama de ser el más inteligente, nadie lo superaba en conocimiento, era el que sacaba las mejores notas, pero a diferencia de otros cerebritos del colegio, nunca se regodeaba y muchas veces incluso ayudaba a sus compañeros fueran amigos o no a explicarles las cosas tan difíciles que a él se le hacían fácil. También tenía fama de buen amigo, y siempre que vio a alguno de los suyos en algún problema en el patio de recreo dejaba su timidez para ir a defenderlo así fuera contra algún niño de alguna clase superior. Fue por ello que a pesar que todos sabían que quizás era el único niño del colegio que vivía fuera del edificio Darién o de los barrios ricos de las dos ciudades, y que también debido a las malas lenguas de los padres todos sabían que sus dos padres habían sido condenados por violencia y terrorismo, nunca en su estadía en la escuela nadie se lo mencionó o se le burló por ello. Si lo molestaban por tantas otras cosas, porque

al final los niños son niños, y en su inocencia se encuentra también una gran dosis de crueldad no asimilada. Y en especial ese año de rivalidad entre los del C y los del E, las burlas y las bromas de pasillo no faltaron, y más de una vez Namibia y Santiago acabaron intercambiando insultos forzados, para complacer a los suyos que los veían como líderes. Pero todo eso desaparecía los domingos famosos en los que por fin Santiago tenía derecho a cruzar la ciudad para ver a su familia de la primera infancia. Una vez se abriesen las puertas del ascensor de cristal, y veía a su primo, olvidaban la animadversión de clase, y por un par de horas reían y fingían que no eran enemigos mortales. Pero a las siete de la mañana del día siguiente se olvidaban esta vez de las bromas del día anterior y de los recuerdos bajos las estrellas y las promesas hechas a la abuela, y cada uno en su lado del patio lideraba con fervor a sus compañeros en sus juegos de atrapadas. Y si alguno del bando contrario se cruzaba a su lado del colegio empezaban los retos y los insultos donde acababan siempre ellos dos lidiando.

Se acabó el año escolar y en las vacaciones Namibia y los suyos se fueron de paseo en el yate familiar a la típica vuelta del mundo, mientras que Santiago se quedó todo el verano trabajando junto a la madre, obsesionada por ahorrar lo suficiente para poder partir. Una vez más el azar puso a los dos niños en clases aisladas, y aunque ni siquiera hubiera motivo alguno para que se enemistaran los del A de Namibia con los del C de Santiago, las dos clases con la idea que los dos chicos se odiaban se enemistaron porque sí desde la primera semana, así en los del A hubiera muchos que el año anterior habían aprendido a escribir gracias a la ayuda de Santiago y muchos del C hubieran disfrutado los juegos eternos en las piyamadas de Namibia. Al final el deseo de pertenencia va mucho más allá que de religiones, naciones o colores, y los niños no son la excepción. Así que la rivalidad entre los primos se vivía a diario y en los pasillos del colegio y en los patios de recreo los niños se preguntaban con quién querían jugar si con los de A o con lo de C, mientras las niñas del A trataban de convencer a la de los otros cursos que Namibia era más lindo que Santiago, lo cual todas parecían estar de acuerdo, hasta las del C que para defender el honor de la clase hablaban de la gentileza, inteligencia y sensibilidad de alumno más ilustre. Era tal la polarización entre los dos niños, que sus amigos cercanos pensando que en verdad se odiaban, así estos dos nunca hubiesen dicho palabra mala sobre el otro, hacían todo lo posible para que se evitaran, por temor que un encuentro de los dos acabaría en una batalla campal en la que ninguno por miedo a algún regaño de profesores o padres quería participar, hacían todo lo posible para evitar el encuentro. Así que pasó otro año y con Santiago trabajando cada domingo, los dos niños ni siquiera se vieron una sola vez.

Volvió un nuevo verano, Namibia se la pasó en Hollywood junto al Tío Roble y sus cuatro hijos jugando tras las bambalinas de las producciones del tío. Muy originalmente y para rendirle honor a la tradición educativa, había nombrado a sus hijos con nombres de estados americanos, Dakota, Indiana, Minnesota y Montana, dos niños y dos niñas que habían heredado el don de la comedia y aprovechando el unisexismo de sus nombres se

intercambiaban por días quien respondía a que nombre, tanto que al volver del verano que el catalogó como el verano de las veinte películas, no le supo decir a sus padres que primo era cual. Santiago por otro lado acabó trabajando en todo lo que pudo. El tío Cedro había comprado un lote gigante en la ciudad nueva y se dispuso a hacer el hotel más grande y elegante de toda Africa, lo llamó el "Hotel de las estrellas". Allá acabó Santiago cansado de mover cajas y almacenar diferentes tipo de comidas en los estantes de la tienda de su mamá. Le pidió trabajo al tío, que lo puso a hacer de todo, ser mensajero, tomarle las notas, e incluso ser niñero cuando se iba con la esposa a alguna cena romántica. Le fue tan bien cuidando a Falcón y Mérida, nombrados obviamente en honor a la tradición familiar y a los estados donde habían nacido los padres de su amada, que cuando la tía Palma se pasó por Santa María la Nueva para que su pareja conociera su tierra, Santiago acabó también de niñero de Vietnam, Brunei, Congo y Etiopia. Y cuando se fue la tía, y con el hotel terminado, lo pusieron a hacer de todo mientras contrataban los puestos faltantes, así que le tocó ser el mesero del Room service y llevar los platos que hacía Knut a los distintos pisos, limpiar las piscinas antes de la madrugada, apretar los botones del ascensor, llamar a los restaurantes de la ciudad a hacer reserva para los huéspedes o recolectar las toallas sucias dejadas a los bordes de la piscina. Y hacía tan bien todo, que Knut lo llevó como ayudante para el show de radio que hacía por la noche en la estación del papá. Y allí Santiago se la pasó apretando botones, escribiendo notas, siendo mensajero. Y eso lo hizo tan bien que cuando no andaba de niñero, en el hotel o en el show de Knut, terminó ayudando incluso en el show de Magallanes donde hablaba de deportes o el mismísimo show del tío Salmón. Toda la plata que ganó ese verano al que se refería como el verano de los veinte trabajos, se la dio a su mamá y no se quedó ni siquiera con un par de monedas para comprarse un libro sobre dinosaurios que había visto en la librería infantil.

Al llegar al primer día de colegio se topó que finalmente volvía a compartir clase con su primo, ambos serían abanderados del D. Al entrar a clase se sentía la tensión de todos menos ellos. En estas averiguaciones que me han llevado por medio mundo buscando los niños ricos que hoy en día son banqueros, abogados y artistas por todo el mundo, más de uno me comentó entre risas y nostalgia esos primeros días de clase. Santiago y Namibia apenas se saludaron, y a su alrededor sus compañeros no sabían bien que pasaría, se imaginaban la famosa pelea que tanto les había prometido su imaginación. Los compañeros veían con sorpresa e incertidumbre al ver que los dos chicos se saludaban normalmente y pasaban los recreos cada uno con sus amigos, amigos por fin libres de las tiranías de las clases. Y los dos chicos en ese limbo en el que estaban, sin la rivalidad ni la necesidad de liderar un grupo, comenzaron a sentarse juntos de nuevo, reírse como en otros tiempos. Comentar sobre los diferentes amigos en común que habían tenido en uno u otra clase.

La paz relativa duró hasta el primer examen. Namibia obtuvo la mejor nota, y Santiago la segunda. Las voces del aula comenzaron a sentirse como un murmullo. Luego llegó la famosa clase de deporte, el profesor los puso a hacer una carrera, y Santiago luego de

pasarse las vacaciones subiendo y bajando escaleras no tuvo problema en dejar atrás y por mucho a Namibia que pasó gran parte de sus días asoleándose en la piscina del tío. Y ahí si las voces dejaron de ser murmullos, y antes de cada examen se oía al lado derecho del salón decirle a Namibia que hoy volvían a ganar, y si era Santiago quién sacaba la mejor nota los de la parte delantera del aula dejaban escapar las risitas para decir que Namibia había solo tenido suerte en el examen anterior. Y luego en la clase de deporte los ojos estaban en ellos para ver quien saltaba más alto, corría más rápido, o nadaba más tiempo. Y ahora por primera vez, los dos jóvenes con el honor en juego, empezaron a pensar en ello. En que debían superar al otro, no porque fuera el otro, sino porque todos esperaban que ellos fueran los mejores. Y tras cada examen las risas, y tras cada hora de deporte los murmullos y cada día la tensión. Y ya no se saludaban, ni se reían como antes, ahora cuando uno decía algo el otro levantaba la mano y argumentaba en su contra, y si en los minutos de descanso oían a uno hablar del actor que había visto en sus vacaciones californianas, el otro decía en voz alta los políticos que había visto en el lobby del hotel o en la sala de radio. Y los compañeros llevaban las cuentas, de quién había sacado más mejores notas en cada materia, y quien había ganado más carreras. Fueron meses en que el mundo no importaba para ninguno de los dos, solo importaba ese tablero imaginario que anunciaba quien era mejor y quien era peor. Pero por más que se esforzasen, era empate absoluto, tanto en lo mental como en lo físico como en lo social. La mitad del colegio ponía a Namibia en un pedestal, y la otra mitad ponía a Santiago en el trono de la generación. Y en ese empate, en el cual ninguno de los dos podía sacarse ventaja, llegó la gran noticia del año. En Francia los profesores habían declarado la huelga general, y los profesores del Darién en solidaridad con sus colegas hacían lo mismo. El colegio se cerró por tiempo indeterminado y los niños fueron mandados a sus casas hasta nuevo aviso.

La huelga duró tres meses. Y sin saberlo las reivindicaciones a tantos kilómetros de su hogar tendrían un impacto incalculable en sus vidas y lo que debía ser su destino. Sin la necesidad de ir al colegio, y con las lecturas recomendadas siendo bastante fáciles, Santiago no tuvo otra que volver a trabajar, para aprovechar todo ese tiempo libre. Se decantó por volver a la radio, lo que se le hacía infinitamente más entretenido que las labores del hotel, mucho más ahora que el tío había dejado un encargado, mientras él se ocupaba de todos sus otros negocios. Acabó una vez más siendo fundamental para la mayoría de programas de la estación, haciendo mil y un labores que nadie a pesar de su edad podían hacer mejor que él. En cada programa de radio de la estación terminaban agradeciendo en vivo "A Santiago por todo lo que hace". Y esa frasecita le producía una felicidad algo única, se imaginaba a todos sus compañeros escuchando eso al oir los shows de aventura de las cuatro, en los que el ayudaba a hacer los ruidos de los caballos, los truenos y lo que se necesitase. Soñaba el momento en que la huelga acabara y en la que él tendría esa ventaja sobre su primo.

Un día fuera de la estación se encontró con un hombre joven, con sombrero que le venía a ofrecer trabajo. El hombre se le presentó como un emprendedor de la Federación que había

venido al Darién en busca de oportunidades. Luego de analizar el mercado y la nación se había dado cuenta que lo único en lo que fallaba esa nación tan perfecta, era en su industria televisiva. Y era cierto, el país contaba con apenas un puñado de televisiones, y la programación se limitaba a un programa de un par de horas diarias producidas por el Ministerio de los aplausos, en la que se leían básicamente las noticas del día de "El Costero". El hombre había ido a hablar con el Ministro de los Aplausos y le había propuesto hacer por un precio relativamente bajo, diversos programas educacionales para la nación. A cambio que el día que habilitaran los canales privados se le concediera a él la exclusividad por un par de años. El ministro aceptó la oferta sin pensar mucho en las implicaciones que podría tener. Y así el hombre de negocios empezó con la labor prometida. Se limitó a comprar los derechos de los videos hechos en otros países, para luego contratar a actores de doblaje locales. Todas las emisiones las escogía él, para garantizar un cierto nivel de calidad. Pero los negocios de la metrópoli lo reclamaban y ya no podía tomarse horas viendo videos y mucho menos, andar tan lejos de su base de operaciones. Sorprendido por la fama de Santiago en el mundo de la radio y en el mundo hotelero, además de conocer muy detalladamente sus vínculos familiares, le ofreció el puesto de seleccionador de videos. Así fue como Santiago acabó con un televisor propio y uno de las pocas videocasetes de la nación, cada día veía decenas de programas internacionales, enviados a él en correo exprés desde diferentes partes del mundo. Los veía y decidía cuales valían la pena doblar y cuales no tenían valor alguno. Era un trabajo apasionante que le permitía ganar una buena suma de dinero, la cual toda iba para su mamá, pero además le permitía aprender toneladas de información que quizás no hubiera aprendido en años, si es que la hubiera aprendido. Desde estrategias militares espartanas, hasta los hábitos alimenticios de los pingüinos emperadores.

Le pareció tan interesante ese mundo, y quizás también motivado por sus propias ambiciones, que le escribió a su tío Cedro, y este tras darse cuenta del mercado potencial, tomó un avión a Santa María la Nueva, se reunió con los científicos del Ministerio de la Honestidad, y en una semana ya tenía alquilada las fábricas de la hermana para producir masivamente televisores. No se demoró en tener los mejores espacios publicitarios en la ciudad, en los periódicos y en la radio promoviendo esa maravilla que era la televisión. Santiago cuyo nombre salía al final de cada programa seleccionado, ya se imaginaba la popularidad que eso le iba a traer frente a sus compañeros. Lo que no sabía él, era que al otro lado del país, su primo también andaba descubriendo su destino.

XXIII

Namibia pasó sus primeros días de huelga acostado en la hamaca de su casa oyendo la radio, despreocupado abría un poco la ventana y dejaba que los vientos cálidos del Sahara lejano fueran la compañía perfecta al cielo azul espacio que veía desde su piso privilegiado. Era una calma tan grande, que todos esos problemas de juventud, esa rivalidad, la necesidad de ser el mejor fueron desapareciendo de su espíritu con el pasar de las brisas y de las pocas nubes atrevidas en el horizonte. Tal calma y tranquilidad, fue tomada equivocadamente por sus padres como un signo de aburrimiento o tristeza. Lo veían botado todo el día en la hamaca inmóvil, perdido en los colores del ozono, y sin ni siquiera la voluntad de cambiar la estación de radio en la que sonaban vallenatos día y noche. La madre preocupada con una atrofia de cuerpo, mente y alma le imploró al padre que hiciera algo. Y como él a pesar de ser Protectorizo de la nación con mejor calidad de vida de Africa no podía hacerle fuerza a la capacidad de huelga de los franceses, no le quedó de otra que llevarse al hijo con él a las labores de la nación. Se lo llevó así al palacio de decisiones a que lo acompañara a mandar, pero eso no ayudó mucho, ya que mientras el padre recibía a los diferentes ministros en sus despachos, el hijo se acostaba en el pasto del jardín a seguir su proceso de elevación espiritual.

Llegó a contarle sobre el fallido experimento a Helena, pero en la sala de su casa haciendo visita se encontró con Magallanes que andaba haciendo visita. El joven se había estado despidiendo de todos los familiares por orden creciente de piso de torre, se iba a dar una vuelta por el país para entrenarse para los juegos olímpicos de Roma que ya se veían a la lejanía bianual. El muchacho iba a representar a la Federación Andina, en la esgrima, natación y en diversas modalidades de atletismo, junto a él lo acompañarían los célebres Salmones galácticos que tantas vueltas le habían dado al mundo aventurándolo a través de los años. Se iban a ir a la reserva a correr junto a los guepardos para mejorar la velocidad, luego se iban a adentrar a las ciudades selváticas a nadar en las corrientes de los ríos bravos de las entrañas del mundo, a practicar sus saltos entre los árboles. Y una vez acabado el arduo entrenamiento iban a ir de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad haciendo demostraciones y competencias entre ellos para alegrar al pueblo con las proezas del cuerpo humano. A Marino se le prendió la bombillita y mandó a empacar al hijo para que se fuera con su primo a mover un poco el cuerpo hasta que se solucionara eso de la huelga.

Se fue entonces Namibia en el Jeep del primo hasta la reserva, y bajo el sol del trópico acompañó a su primo y el resto de salmones a su intenso entrenamiento. Madrugada con el salir del sol, corrida con los guepardos, nadada con los cocodrilos, salto con los babuinos y pelea de espada entre los atletas. Exhausto, tras un par de días de caídas, golpes y falta de aire, le notificó al futuro medallista olímpico que se iba a tomar un día de descanso. El primo se fue con los suyos con la salida del sol a practicar el salto largo con las gacelas y

Namibia se quedó solo junto a los guardabosques en la cabaña. Intentó proseguir con su misión hacia el descanso, pero cada vez que se acostaba en alguna de las hamacas o sobre el prado de la reserva, llegaban las cebras juguetonas a lamerlo, o lo despertaban los osos para que les diera miel, o incluso se le acostaba encima un elefante bebé queriendo ser consentido. Aburrido, y con más golpes y morados que si se hubiera ido a montar jirafa, le tocó pedirle a uno de los guardabosques que lo llevara a la parte de la reserva donde se quedaban todos los turistas a ver si al menos allá podía oir radio sin ser interrumpido por los trinos de los pájaros coquetos.

Eran una serie de cabañas en madera que había mandado hacer la tía Felicidad tras muchos años de insistencia de los primos verdosos. Comenzó a caminar por la instalación buscando un buen lugar para recostarse a contemplar los cielos, cuando en una de las cabañas se topó con una media docena de muchachos como él. Por el sonido de sus voces dedujo que debían ser ingleses e italianos, se les acercó y los saludó, y estos con la amabilidad de la juventud reciprocaron la amistad. Luego de una breve charla de tanteo, finalmente se animaron y lo invitaron a jugar con ellos. Namibia aceptó sin importarle cual fuera el juego, y tras una breve caminata entre las cabañas, se encontró con un pedazo rectangular de césped, en cuyas extremidades se encontraban dos arcos de madera blanca. Se dividieron en dos grupos de mismo número y por primera vez en su vida jugó al futbol. Al principio le costó, pero sus nuevos amigos entre sonrisas y consejos lo guiaron en el proceso. El de soltar el pie justo a tiempo para recuperar un balón, con que parte del pie pegarle al esférico y también con que fuerza. Cuando hacer un pase y cuando tentar la gambeta. Y así se puso a jugar, y a correr, y a gambetear, y a lanzarse al césped para evitar un gol rival. Y en medio de los pases y los gritos, le pegó al balón y con los ojos cerrados oyó el golpe mágico de la red moviéndose y ya no hubo nada más que hacer.

Volvió al día siguiente y ya con las piernas menos cansadas, se atrevió a imitar cada vez que pudo los movimientos de los amigos. Fingía ir a un lado y se lanzaba al otro, tomaba el balón y corría y corría y entre las zancadas movía su cuerpo para ir a un lado o para el otro, y si el balón se le quedaba atrás, se recuperaba haciendo un pase, y si se le iba muy adelantado se lanzaba con elegancia para evitar el ataque rival. Que felicidad cuando con el balón en los pies comenzaba la carrera, y sentía los pasos persecutorios detrás él, los gritos de los compañeros al otro lado pidiendo el pase, y en esa carrera contra las rayas y junto al viento sentía esa paz y esa iluminación que buscaba en su hamaca grande. Era una paz infinita, igualada cuando ponía el pie de forma correcta para crear un muro entre el pie enemigo y el campo propio, ahí oía los aplausos de los suyos y una sensación de orgullo lo invadía, como cuando pateaba el balón con fuerza y lo veía introducirse entre los palos, lo llenaba una euforia nunca antes sentida y a esa euforia se le sumaban los abrazos sinceros y cálidos de los que corrían hacia el mismo lado. Incluso cuando le tocó tapar unos cuantos minutos, y al ver el balón potente venir con furia hacia él se había quitado del camino por miedo al dolor, se encontró con hermandad de los que defienden los mismos colores así sea

por un par horas, vio a su amigo de tarde quitarse las medias y envolvérselas en sus manos para amedrentar los golpes del balón seco. Y con esas medias sucias y sudadas cubriendo sus manos, ya no tuvo miedo, y ante el siguiente balón iracundo, se sintió con un chaleco antibalas en sus manos capaz de parar hasta un meteorito. Y al finalizar la tarde, ya con los ultimos rayos del sol huyendo a un merecido descanso, el seguía corriendo y sudando, gritando que le hicieran un pase y engañando con sus pies para devolverle el favor a algún amigo generoso que en vez de patear a puerta vacía le habían cedido el balón a él para que disfrutara de esa sensación tan bella que es marcar. Se fue ya cuando las estrellas hacían irrupción y de las cabañas se oían los gritos bilingües pidiéndoles a los más chicos que entraran a cenar.

Volvió todos los días durante dos semanas, y jugó con esos ingleses y esos italianos, y luego cuando esos compañeros que jamás olvidaría se fueron en los jeeps de media tarde a sus respectivas vidas lejos del sol africano, jugó con franceses y con alemanes, y con egipcios y con australianos y con brasileños y con fedeandinos. Y con cada uno de ellos fuese rival de tarde o compañero de vida, sintió la emoción de la hermandad. Por eso cuando Magallanes le contó que era hora de dejar la reserva para adentrarse a los pueblos selváticos, él sintió el vació de quien lo tiene todo y lo debe despedir. Pero consciente que él no era cualquier niño, sino Namibia Darién hijo del Protectorizo del Darién Africano, llamó a su papá directo a su oficina y le contó que él ni loco abandonaba ese paraíso rectangular, ni que volvía a esa torre vertical donde no se podía ni correr ni gambetear rivales. Y Marino en esas palabras pensó momentáneamente escuchar a su padre Azul cuando le contaba la emoción y la felicidad que le había dado todos esos años volando sobre las olas torrenciales. Así que para que ni su hijo tuviera que quedarse solo, ni para que Helena se hiciera películas en su cabeza, le prometió a su primogénito que ya mismo hablaba con el Ministro del Sudor, y que le prometía que sin importar a donde fuera en la nación, se encontraría con una cancha de futbol. Y el papá cumplió la promesa, y a cada pueblo que llegó junto a Magallanes y sus salmones, le tocó a Namibia cortar el listón rojo que marcaba el estreno de alguna cancha con sus tribunas respectivas.

Durante esos meses de huelga Namibia jugó futbol todos los días desde la salida del sol hasta la de las estrellas. Y junto a él se acercaron todos los chicos de la nación a aprender sobre eso juego de inteligencia y valentía. Y cuando se iba al siguiente pueblo siguiendo el cronograma del primo, Namibia directamente iba a hablar con el alcalde y le advertía que él podía volver en cualquier momento, así que más le valía para evitar problemas que la cancha siempre estuviera en buen estado y que los niños tuvieran balones con que jugar. Y todos esos funcionarios que habían crecido oyendo las historias de los niños Azul y Verde atormentando ministros por el menor detalle, se tomaron muy enserio las advertencias del jovencito, e hicieron todo lo posible para que el día que volviera el niño se encontrara con un campo hermoso, buenos balones, y sobretodo, compañeros de equipo y rivales de gran nivel.

Un día Namibia se despertó con la noticia esperada, la huelga en Francia había terminado, y le tocaba estar presente al otro día a primera hora en el patio del colegio. Al entrar a clase fue recibido por sus compañeros, todos emocionados de contarse mutuamente lo que habían sido esos meses de vagancia. Recién entrados el profesor los recibió con un baldado de agua fría, había examen sobre todos esos libros y documentos que les había hecho llegar. En la cara de la mayoría de los alumnos se sintió el miedo y la cadena de escalofríos recorrió varias veces el salón. En otras caras, como por ejemplo la de Santiago se notó una pequeña sonrisa, él estaba más que listo para continuar la batalla por el poder de la clase, ya desde la mañana había oído las felicitaciones de más de uno por su trabajo en la radio, e incluso una de las chicas lindas le había preguntado si era él que salía al final de la emisiones de la tele. En esos minutos que habían precedido el examen se había llenado de una confianza y una seguridad que no volvería a tener en muchos años, sabía gracias a Knut, que su primo Namibia se la había pasado dando vueltas por la nación y que sin duda no había estudiado ni un solo minuto. Pero al voltear a ver a Namibia unas cuantas sillas más atrás, notó en su cara una ausencia de miedo alarmante, incluso se podría decir que parecía incluso más confiado que él. Sintió la famosa gota fría que se oía en la radio día y noche, y por unos minutos dudo de todas sus respuestas, hasta que finalmente se sacudió así mismo para finalizar la prueba convencido que tendría la mejor nota. Al acabarse el examen, se acercó sigilosamente al grupito de afuera con esperanza de oir que decía Namibia. La respuesta lo sorprendió. Con una voz tranquila decía casi que entre risas, que de milagro sacaría algo más alto a 0. Quiso sonreír pero no pudo, la actitud de su primo lo había desconcertado. Se desconcertó mucho más cuando ya con su voz de líder habitual, Namibia dijo que ya volvía, había olvidado sacar algo de la clase, tenía un juego que mostrarles.

Todos esperaron con ansias, y Santiago fue el primero en percatar que su primo volvía con un balón ajedrezado. Namibia les dijo que de ahora en adelante en el recreo se jugaba futbol, mandó a que juntaran dos canecas en cada extremidad del patio, apuntó a los de su derecha y dijo “conmigo”, y a los de la izquierda y dijo “rivales” y empezó el juego. Al principio todo era confuso, nadie se acordaba quien jugaba con quien, y alguno sin entender las reglas metía la mano en la mitad del campo o tomaba el balón y se ponía a correr, otro incluso trató de encestar el balón en el hueco de la caneca. Se daban más patadas a piernas que al balón y Santiago se regodeaba, mientras que sentado con los que no habían sido seleccionado respondía preguntas de radio y televisión. Pero con el pasar de los minutos se vio el orden, y la armonía, los que no entendían el juego o habían recibido alguna patada violenta se salían y eran remplazados por los sentados con ganas de descubrir el nuevo juego. Y al sonar la campana que marcaba la vuelta a clases, Santiago observó lo que había observado Namibia todos esos meses, una sonrisa indescriptible de felicidad en todos los que habían jugado. Pensó que sería una moda pasajera, pero al día siguiente no había un balón, sino dos, para que pudieran jugar más. A la semana siguiente llegó y se encontró que en el patio gigante del colegio habían puesto dos arcos blancos en medio de un rectángulo

pintado. Y pocos días despues el profesor de educación física anunció que por solicitud del ministerio del Sudor, el futbol entraba en el curriculum. La fiebre del futbol invadió la escuela, y a nadie le pareció importar que hubiese sacado la mejor nota del examen, ni su trabajo de la radio o su nombre al final de todos los programas de la televisión. Nadie oía radio o veía tele, una vez llegados a sus casas, salían a cualquier parque o a cualquier calle y se ponían a correr tras el balón, como se corre tras la libertad o el amor. Y en la boca de casi todos los alumnos solo se oía un nombre, el de su primo Namibia.

Intentó jugarlo, pensó que nada sería mejor que vencer al primo en su propio juego. Y a pesar de que no era malo, e incluso bueno, no podía igualar las gambetas del primo que llevaba meses de ventaja practicando el control con el pecho, los regates y los centros. Llegaba las tardes derrotado a su casa, hacía sus tareas, ayudaba a su mamá con el aseo y luego veía los videos que debían ser seleccionados para las emisiones futuras. Eso también hacia los fines de semanas, y por más que intentase nunca lograba encontrar tiempo para practicar ese maldito deporte. Veía semana tras semana como perdía popularidad, como era sobrepasado por esos que jugaban mejor, por esos que llevaban balones con escudos de cuadros europeos que él desconocía. En su corazón se hacía un hueco de tristeza, como el que habían sentido su padre y su abuelo tantas veces, había tenido su sueño tan cerca, y sin embargo, había perdido. El sin embargo se prometió que no sería como ellos, se prometió entre lágrimas en su cuarto poco iluminado que nunca más volvería a perder. Y como si los oídos del universo hubieran escuchado su pedido, al día siguiente su madre le anunció que ya había ahorrado lo suficiente, al acabar el año escolar se irían a Bogotá. Había hablado con el Empresario, les había conseguido un apartamento y a ella un trabajo de recepcionista en una de sus empresas, él podría continuar con su labor televisiva directamente desde la capital, el hombre le había conseguido cupo en uno de los mejores colegio de la ciudad más grande de toda la federación y se había comprometido a pagarlo. Santiago no dijo nada, pero en el fondo sintió una gran alegría.

Las semanas pasaron volando, no le dijo a nadie en el colegio que se iba y solo les informó a sus familiares Darién un par de días antes de su ida en un inusual almuerzo de domingo. La única que mostró tristeza visible a pesar de llevar años con cara de póker fue la abuela Alegría, Namibia ni siquiera estaba ese día, se había ido a jugar futbol con los amigos a la reserva. Marino le dio consejos que Santiago no escuchó y Salmón misteriosamente se quedó callado toda la tarde. Esa noche me contó hace unos meses en una pequeña casa a las afueras de Accra una de las hijas de su ama de llaves, llegó a su apartamento cabizbajo y al ser preguntado por la mala cara, respondió “Hoy ha comenzado”. Pero eso puede no ser verdad, que con la tapa del lunes se puede reescribir lo que se dijo el sábado. Lo que sí es verdad y de eso estoy cien por ciento seguro, es que Namibia Darién volvió de la reserva y recién entrado a su casa le contaron sobre la marcha de su primo, esa misma tarde partía el avión. Al oir eso lo invadió una tristeza grande como las amistades de infancia, y sabiendo que él no era ningún niño cualquiera, le pidió a uno de los conductores que lo llevara al

aeródromo para despedirse. Al llegar, ya era demasiado tarde, vio en la pista el avión de la compañía nacional con la escalera puesta. Vio subir a María Cristina, alcanzó a notar a su primo con gabardina y sombrero, le gritó, pero su voz era muy tenue para ser oída a través de los ruidos de todos los que se despedían a distancia. Finalmente junto al primo vio a un hombre con traje y sombrero, supuso era el famoso hombre de negocios que tanto había ayudado a su primo. El hombre se despedía con fervor así no conociese a nadie, hondeaba su sombrero a todos los que decían hasta luego a la lejanía, y con el sombrero hondeando Namibia notó con sorpresa que ese hombre tenía el pelo blanco.

A las pocas semanas fue turno de Namibia de salir del aeródromo Verde Darién, su papá lo mandó a Paris a que pasara el verano junto a su tío Índigo. Fue un verano lleno de emociones, como lo deben ser los veranos. Por las mañanas el tío se lo llevaba a su oficina, y él recorría consciente que no era un niño cualquiera, las instalaciones de la Unesco de arriba abajo, y con la confianza de su condición se ponía a hablar con funcionarios y cuando ya hubo aprendido todo lo que había de aprender sobre ese mundo, salía a caminar por la ciudad luz, tomaba el metro siempre acompañado a la lejanía de algún escolta pagado por su padre, y siempre acababa las tardes en algún parque, en alguna callejuela jugando futbol en medio de canículas. Los fines de semana eran diferentes, iban a parís todos juntos e iban a alguno de los museos, a alguno de los grandes restaurantes, para llegar a casa de vuelta para las tardes en el jardín inmenso del tío en Fontainebleu, disfrutando la brisa siempre presente , jugando con sus dos primas Capri y Amalfi. Otras veces tomaban el tren, el carro o el avión y se iban desde los castillos de la Loire, o la rivera italiana. Y en todos esos lugares a su tío y por ende a él, lo acababan invitando a las grandes galas de verano. Así que Namibia acabó jugando en medio de trajes apretados y el aroma a alcohol caliente, con los hijos y las hijas de todos esos diplomáticos y nobles del mundo en su rencuentro eterno sobre las costas del Mediterráneo y los palacios de las grandes ciudades. Incluso se dieron el lujo de tomarse un fin de semana para presenciar en Suecia la final del mundial, donde pudieron observar los malabares de quien sería el rey del futbol.

Y quien dice verano juvenil, dice amor de verano, y en esos meses Namibia sintió sus primeras taquicardias y sus primeras mariposas en el estómago. Y todas esas princesas europeas se peleaban por comerse un helado con ese joven de bronceado perpetuo y de personalidad de líder. Y él siguiendo el rol otorgado, les untaba la nariz de helado de fresa para luego acercárseles y robarles un beso. Pero no era solo la coquetería lo que lo había apasionado durante ese viaje. Su tío consciente de la madurez casi siempre presente en su familia, no temía invitar al sobrino a charlar con las grandes mentes que se encontraba. Fue así que Namibia pasó horas y horas en los cafés parisinos comiendo helado de chocolate y participando en los debates de intelectuales, esos críticos de boinas que hablaban de cambiar el cine, y de esos críticos en boinas discutiendo como cambiar el mundo, y pasó atardeceres con poetas, y frente a los lienzos medio empezados que hoy adoran los grandes

museos. Y un día el que recordaría como uno de los más gloriosos, el tío le dijo que se preparara, que tenía un almuerzo muy especial. Al llegar al café de turno notó a uno de esos grandes autores. Y el tío los dejo a los dos en ese café, esperando que el futuro nobel le hablara a su sobrino de la existencia, del deber, de las pestes que corroen el mundo. Pero al volver los encontró hablando de futbol, de esquemas, de jugadas, de compañerismo y como todo eso no era más que un reflejo de la vida misma.

Y entre el futbol, la playa y el amor, se convenció que estaba en los mejores meses de su vida. Por eso cuando el calor fue disminuyendo y la inevitabilidad de su regreso se asomó le entró por primera vez la gran tristeza. Una que ni siquiera los ultimos besos frente a la Madeleine o los ultimos partidos en el parque de Luxemburgo pudieron quitar. Desde el cielo vio como los colores del verano temporal eran remplazados por los del verano eterno, y una vez cruzado el Sahara, y el verde colonial, vio esa franja negra que daban por finalizado los mejores meses de su vida. Trató de encontrar la alegría en el campo pero sin alegría su futbol y sus corridas también estaban ausentes, apenas lograba mandar pases hacia atrás y por más que intentara su mente no pensaba pinceladas o pases infiltrados, sino que pensaba en los cielos pasados y los besos volados. A su alrededor todo parecía andar como siempre, incluso mejor que nunca. La nación andaba en su ritmo sin freno al desarrollo más alto, cada mes llegaban nuevas comitivas de alrededor del mundo para analizar el éxito casi inexplicable del pequeño país. Su padre era cada día más respetado por las esferas del poder, e incluso era alabado por el presidente marioneta que los dueños del poder y los militares habían elegido nuevamente al mando de la federación. Su madre era feliz disfrutando de la pequeña Zanzíbar. Su bis-abuela si el ministerio del Buenos Días era de confiar, había reportado su mayor ganancia en los juegos del azar. Su abuela Maria Victoria andaba feliz en Nueva York acompañando a la hija, y el resto de la familia en el Darién andaba feliz con sus cosas, Knut cocinando en el hotel de las Estrellas que ya había recibido sus primeras estrellas Michelin, Magallanes con su entrenamiento vigoroso para los olímpicos a venir, y la pequeña Andrómeda cantando con su voz celestial en los diversos coros de la nación. Los demás andaban por el mundo haciendo de las suyas. Y si por el lado familiar andaba todo bien, por los otros lados también, ya se habían formado los primeros equipos de futbol en la nación, y se creía que era cuestión de meses para crear una liga. La fiebre del futbol se sentía y se vivía en las calles, y cada tarde al aroma del café y la vainilla se oían los gritos de gol en todas las calles de las dos ciudades. Y a pesar de ello, Namibia andaba triste día y noche.

Lo llevaron al psicólogo y como todo psicólogo dijo cosas evidentes y condescendientes que no sirvieron para mucho más que cobrar un platal por 45 minutos. Menos mal el nieto de Kojo que había tomado el rol de conductor/escribano del Protectorizo hacía unos meses, sugirió que lo llevaran a los mismos chamanes que tantas décadas antes habían ayudado a vencer a los anarquistas. Marino dejó todas las reuniones pendientes y se adentraron a la selva-selva, la de verdad, y allá seguían los chamanes, que bendecidos por el don del

tiempo le preguntaron ingenuamente sobre Tolomeo, a lo que Marino respondió que luego de una vida soñando finalmente andaba descansando. Prosiguió a contarle que su hijo andaba malo. Y los chamanes con una simple vista dijeron en unísono en su idioma universal, "A ese niño se le perdió la alegría". Y cuando les preguntaron que como se curaba eso, les respondieron "Tiene que ir a buscarla".

Comenzó así la búsqueda de la felicidad perdida, y como no se podían poner a recorrer todos los pasos dados, para ver en qué momento se le había caído la alegría, al padre, muy al estilo de las clases altas, le pareció que era más fácil conseguirla una nueva. Lo primero que hizo fue llevarlo a las montañas de Uganda donde le habían dicho las vistas eran tan lindas que cualquiera al ver tal paisaje se llenaba de felicidad. Se pegaron el viaje a las Rwenzori y aunque sin duda la belleza fue tal que a Marino se le escapó más de una lágrima y Namibia sonrió por primera vez en meses, ni a él ni al hijo se les subieron los niveles de felicidad. Le echó la culpa al maldito marketing exagerado y por eso cuando le propusieron irse a un pueblo donde los andes se juntaban con el amazonas llamado "La Consentida" que en la época estaba de moda, porque allá se iban los que habían perdido algo importante desde los tiempos de los conquistadores, se negó acusando la mano negra de los hombres de madison Avenue.

Lo siguiente que se le ocurrió fue darle al hijo un equipo de futbol profesional para que compitiera en la liga que se venía, pero como ya estaban tomados los nombre de Santa María Futbol Club, El Atlético Darién, El Deportivo Costa Negra y hasta Quetzales o Juglares le tocó ser creativo y así nació el Club de los Ojos Negros. Y obviamente eso causó gran ilusión en el joven Namibia, que sin embargo tras visita a los chamanes, confirmaron que aún andaba con la felicidad extraviada. El papá dobló la apuesta, tomó un avión sin avisar para donde era, y al volver le contó al hijo que se había asegurado la sede de la Copa Africana de Naciones que el año anterior había organizado su primer torneo, pero eso sí, como en el país no había infraestructura de futbol, la más pronta que le aceptaron dar fue la de 1970, más de 10 años en el futuro, así que ya mismo se ponían a construir estadios, canchas y centro de entrenamiento. La noticia a pesar de la lejanía temporal hizo que Namibia a pesar de no estar feliz, pudiera poner sus esperanzas en algo concreto, por más lejano que fuera. Lo llevaron a los chamanes, y estos tras extenso análisis del iris de los ojos llegaron a diferentes conclusiones. Primero que sin duda no había encontrado la alegría, pero segundo, al menos se le había secado la tristeza que lo inundaba meses antes. Tercero y más importante viendo las líneas de sus ojos, las cuales son siete veces más precisas que la de las manos, llegaron a la conclusión que la felicidad volvería a él de forma completa dentro poco más de diez años. Padre e hijo asumieron al oir eso que la felicidad del hijo volvería para el evento asegurado por Marino, y tanto el Protectorizo como el hijo, que tenían más cosas que hacer que buscar la felicidad por una década, tomaron eso como una victoria y dieron por terminada la travesía.

Namibia siguió con su vida a pesar de no ser feliz, pero conforme de no estar triste. La pérdida de la felicidad le había quitado muchas cosas, pero sin duda la incapacidad de jugar al futbol fue la que más lo afectó. Sin embargo haber perdido la esencia misma de lo que muchos buscan, le permitió también ganar muchas cosas. Con la seriedad de quien no es feliz, pero con la valentía de quien no es triste, ganó una madurez inesperada que le serviría para los años a venir. Ausente de felicidad comenzó a apreciar las ahora escasas risas, que en un momento llovían en abundancia. Cada vez que reía lo anotaba en un cuadernito, donde escribía la hora, la duración de la risa, y sobre todo el motivo. Se ponía a analizar cada risa con una gran precisión, con la idea que si lograba entender que le causaba una risa a lo mejor podría encontrar la felicidad perdida antes de 1970. Cada noche antes de dormir sacaba su cuaderno y tras análisis anotaba al borde de la página diaria, las risas totales, las risas cortas, las largas, y las risas de felicidad verdadera. No sabía cómo definir lo que era una risa de felicidad verdadera, ya que muchas veces era una risa silenciosa pero con una sonrisa que alumbraba todo su interior. Entender los motivos de su felicidad o ausencia de ella, le hacían entender mejor su espíritu. Comentándole eso a su tío Salmón, este le propuso que hiciera ese experimento no solo con él mismo, sino con todos, quizás entendiendo que hacía feliz a los demás, podría entender mejor porque había perdido su felicidad.

Namibia aceptó la idea, y comenzó lo que sería llamado más tarde “El Informe sobre la Felicidad del Darién Africano”. Comenzó con sus familiares, pasó varios días pendiente de la hermana, y su muñeca casi se lesiona de todas las risas que tuvo que anotar, sin duda la felicidad del niño es la única pura en la cual todas sus risas son de felicidad verdadera. Siguió con su mamá Helena, quien notó se reía menos, pero cuando reía eran risas largas que podían durar varios minutos, eran risas contagiosas que generaban risas a todos los que anduviesen en su alrededor. La catalogó como una persona de felicidad explosiva. Siguió con su padre, que para su sorpresa se la pasaba el día carcajeando, de tantas cosas tan variadas, que le tomó varias semanas poder clasificarlas. En su cuaderno celebre que ahora reside en las bibliotecas de la Sorbonne, anotó que su papá era feliz porque lograba encontrar el lado alegre en absolutamente cualquier situación. Y así lo hizo con la abuela María Victoria, quien reía siempre recordando el pasado, la tía María Eduarda que reía solo de lo que decían los demás, y del tío Salmón que solo reía cuando sentía adrenalina. Los catalogó de alegres nostálgicos, alegres exógenos y alegres extremos. Notó que los hijos de Salmón, reían sobretodo en temas relacionados a su profesión, les notaba la sonrisa esa linda, cuando cocinaban, corrían o cantaban, y los catalogó de alegres de pasión. Y cuando acabó con la familia siguió con los vecinos de la Gran Torre. Y así catalogo el origen de sus felicidades, la mayoría de los funcionarios reposaban su felicidad casi todos en su trabajo, para documentarlo se hacía en las puertas de madrugada al final de mes, cuando los pisos cambiaban su orden según la eficacia del personaje. Y oía las risas, o el sonido de la sonrisa que había logrado detectar como pocos, y lo anotaba. Era una alegría rara, que catalogo como una con base a la supervivencia. A tantos otros que habitaban la torre los logró

catalogar en las categorías existentes, pero también se sumó las alegrías de riqueza, las alegrías de corazón, quien al final supuso debían ser sub-secciones o de la de pasiones o la de supervivencia, según un estudio de caso por caso.

Al acabar con los propietarios empezó a analizar a sus trabajadores, y le sorprendió que la gran mayoría, el origen de sus risas y sus alegrías eran por cosas que le pasaban a los demás, a famosos, a amigos, a parejas, a sus hijos e incluso a desconocidos. Los catalogó de alegres empáticos. Otros sin embargo distorsionaban esa idea y más que empatía era un deseo de inclusión, el cual reconoció como el origen de muchos de los problemas pasados de la nación. Los que ponían su felicidad en su religión, en su nacionalismo, en su color de piel, en sus creencias, en sus ideas. Los catalogó de alegres temáticos, y aunque con los años muchos han criticado esa decisión, y los adjuntan a los pasionales, la lógica de Namibia a esa edad fue que una pasión no puede generar odio alguno. Con los habitantes de la torre catalogados, se subió al tranvía, al metro y a los buses, y ahí analizó la sociedad en su global, entendiendo mejor que porcentajes de felicidades movían a las masas. Y luego le pidió a uno de los conductores que lo llevaran a los pueblos, y allá entendió que la felicidad del ciudadano de ciudad no es la misma que del ciudadano rural. Pero lo que más le gustó de ese largo recorrido en los fines de semana y las vacaciones fue volver a todos esos lugares a los que él había llevado el futbol, donde lo recibieron con un balón siempre porque pensaban volvía a cumplir sus advertencias. Y jugando con los jóvenes notó en ellos la felicidad pasional que era el futbol, y al ver las tribunas notó fanáticos, que no jugaban pero alentaban, y se preguntó si esos entraban en los pasionales o en los temáticos. Así que al acabar cada partido en cada uno de los pueblos, les advirtió que el futbol sin duda les podía dar muchas alegrías, pero que les aconsejaba no poner un simple juego como el núcleo de su felicidad. Que cuando uno apuesta todo a algo en lo que se pierde más de lo que se gana, está destinado a la felicidad irregular. Y con todos esos datos sobre lo que movía las almas de la nación y de todos sus grupos de gente, escribió su famoso informe, el cual cedió al ministerio del pueblo, para que hiciera todo lo posible para hacer feliz a los millones de habitantes de esa tierra bendecida. Y una vez con el deber cumplido, se reunió con su papá y le dijo que tenían un problema gigante que se les había pasado por la cabeza. La abuela Alegría se estaba muriendo.

XXIV

Nadie se había dado cuenta porque la abuela Alegría que ya era bisabuela siempre andaba con una sonrisa puesta. Pero la verdad lejos tenía esa mueca que la caracterizaba de ser una sonrisa de felicidad, y tenía mucho más que ver, con la famosa cara de póker que llevaba utilizando desde su nacimiento para ganarle la partida al azar. Por eso cuando Namibia comenzó a llamar a sus parientes a contarles que la matriarca no se había reído una sola vez durante los largos meses que duró su informe sobre la felicidad de la nación, a todos los tomó por sorpresa. Se pusieron a pensar y recordar. E incluso en los momentos felices como esos pasados en la reserva con sus dos nietos favoritos, o ganando una mano a ciegas contra el emperador de Brunei en Macao, no había salido de ella la menor de las risas, solo la famosa mueca falsa de la victoria. Se pusieron a ver las fotos y los cristales perpetuos que aún se usaban para las ceremonias o los momentos más especiales, y en ellos realizaron una vez más que los hallazgos de Namibia eran ciertos. Había fotos con todos llorando de la risa y en medio de las carcajadas inmortalizadas en blanco y negro o en colores marchitos, se veía la sonrisa perfecta que tanto contradecían los ojos que la llevaban. Salmón que conocía casi todo, desconocía al contrario un par de fechas claves, una de ellas la fecha de la muerte de la madre, por eso preocupado por primera vez en quien sabe cuántas décadas, se puso a observar con cuidado las fotos familiares. Y si en todas desde hacía mucho salía la sonrisa sin valor, en muchas desde el mismo tiempo salían los ojos delatores reflejando el alma adolorida. Empezaron las llamadas cruzadas por el mundo, para discutir la situación, y todos entre más pensaban, más se daban cuenta de esa ausencia gigante que nunca habían percatado. Ni siquiera Violeta con su memoria prodigiosa podía recordar el sonido de la risa materna. La preocupación se apoderó de las diferentes casas en los cinco continentes, hasta que Vainilla que por esas épocas andaba defendiendo los derechos de los pueblos aborígenes australianos, les contó con gran precisión que ella si sabía muy bien como reía la abuela.

Muchas veces de niña Vainilla, había acabado durmiendo en el piso de la abuela alcahueta que le daba manjares azucarados de todos los tipos antes de dormir, para que tuviera sueños dulces. Pero con tanta azúcar lo que le daba era insomnio, y así acababa dando vueltas sin fin por los diversos salones de juego de la abuela, el jardín de orquídeas africanas e incluso el cuarto mismo de la abuela. Donde cada noche en vela Vainilla oía como oyen las plantas el rocío, la risa aguda al comienzo y grave al final de la abuela, perdida entre sus sueños de arena y amor. Eso dio una cierta esperanza a la familia, y los diferentes nietos e hijos comenzaron a recordar varias veces que al apogeo de la luna oyeran risas de hienas seguidas por carcajadas de ballenas, Namibia solo había anotado las risas nocturnas durante un par de noches, luego que entre las risas de los padres oyera ruidos, palabras y obscenidades no aptas para menores. Fue así que durante una semana entera entre el Protectorizo, Namibia y el tío Salmón se turnaron para oir por los ductos que alguna vez

habían utilizado Abril y compañía para sus prácticas legales, y se pusieron a escuchar los ronquidos de la matriarca con la esperanza de oir una risa. Pero se hubieran podido quedar mil y un noches y no habrían oído la menor de los ruidos. Que la abuela había dejado de reír de día, la noche en que una joven Cielo le había mostrado las fotos macabras de las barbaries del Congo Belga, y junto a cada una de esas fotos reconoció pegada a esos actos los amigos de fiestas y de juegos que desde su llegada en la "Cecilia" habían compartido con ella salones y galas. Y ante esas fotos de masacres, de manos cortadas, de heridas y de niñas violadas, recordó todas esas veces que esos perpetradores la hicieron reír a llanto con su encanto y bromas infantiles. Y desde esa noche su risa mal usada desapareció para siempre, y solo le quedaron las noches en el mundo de los sueños, hasta que un día su guía también partió y la dejo viuda de felicidad nocturna. Y como si eso no fuera poco, la viudez, la muerte de dos hijos, el exilio de un tercero, llegó el clavo final había con la partida de Santiago, el único que siempre había sentido el vacío espiritual de la abuela y que con su inocencia de niño lo había intentado colmar con caricias y abrazos.

Con la alerta puesta sobre el estado verdadero de la matriarca, todos pusieron más atención a su día a día, y como cuando se busca se encuentra, notaron signos alarmantes por doquier. Se dieron cuenta que todos esos pétalos marchitados que acababan pegándose contra las ventanas altas de sus pisos, no eran signo que las aves de estación hubieran cambiado sus dietas como lo había sugerido uno de los Ministros, sino que la abuela ya no regaba sus miles de orquídeas ni se molestaba en cerrar sus ventanas a pesar del frio invernal que trae el viento a esa altura. Notaron que el aroma a tabaco cubano que invadía los pasillos no eran los resultados de ningún nuevo vecino del edificio, sino de la abuela que sin nada que perder se había puesto a fumar los habanos mientras leía sus revistas al caer la tarde. ´

Pero lo más preocupante, fue cuando se dieron cuenta que todas esas ganancias nuevas que lograba en las mesas de juego, se debían que por primera vez en décadas, ya no se dejaba ganar para darle emoción a los juegos ni amedrentar demasiado a sus rivales. Ahora cansada y triste, se limitaba a ganarles en tiempo record para poder volver a su casa a dormir y descontarle un día más a la vida. Intentaron hacer de todo para alegrarla, la llevaron en globo desde la cima desde la Torre Darién hasta la reserva a que jugara con las camadas recién nacidas. Reunieron a los sabios de la nación para que inventaran un nuevo juego de suerte que fuera incluso mejor que el gran juego del Milenio donde había vencido al responsable de la pérdida de su risa. Hicieron volar a su cantante favorito desde Nueva York para que la alegrara con sus ojos azules y sus cantos a la gran manzana. Pasaron más tiempo con ella y cada sábado se turnaban para llevarla a la Opera, al circo de juguetes, al show de sombras, o a cualquier cosa que estuvieran presentando en el palacio de exposiciones. Desde Hollywood el nieto le mandaba en exclusiva las películas recien terminadas, y hasta le desvelaba quien iba a ganar los Oscars con meses de anticipación para que ganara en las apuestas. Salmón le contaba en susurros las maravillas del futuro, así el mismo no las comprendiera del todo. Desde Paris Índigo le mandaba trufas y quesos para

que Knut le creara platos que llevaran su nombre, y desde Nueva York Cielo le mandaba resoluciones de la ONU para un mundo mejor. Vainilla mandaba instrumentos nativos y Andrómeda los tocaba mientras componía canciones para la abuela. Los nietos de lado de Verde le mandaban de todo desde joyas, a las maquinas, ropas y baratijas que importaban y exportaban por el mundo, masajeadoras de pies, de espalda, bufandas de casimir egipcio, faldas de algodón saudí, abanicos con pluma de canario malayo, y un sinfín de chucherías que nunca se supo muy bien para que servían aparte de ser bonitas. La llevaban a las carreras de Magallanes donde le dedicaba la victoria siempre a ella. Pero a pesar de todo eso, nada. La misma sonrisa falsa adornada de ojos ausentes.

Ante esa situación tan sombría decidieron jugársela por una última carta. La familia decidió reunirse toda junta para la navidad. Todos tomaron sus respectivos aviones, barcos y trenes, y tras varias conexiones alrededor del mundo, todos los integrantes de la familia Darién, volvieron tras muchos años a estar juntos bajo ese techo estelar que era la Torre Darién. Bueno casi todos ya que no se invitó a Vermelho ni a ninguno de sus hijos, expulsados de por vida de la nación. Si llegó Santiago, a quién habían mantenido en la sombra de todos los problemas de la abuela, pero que una vez puesto al corriente no dudó en tomar el primer vuelo pagado por el tío de vuelta a casa. Su llegada fue la cereza del pastel, que permitió a la más vieja de todos los Darién, compartir las festividades con sus; si los cálculos no me fallan tres hijos, catorce nietos, y dieciochos bisnietos, ya que Almendro sorprendió llegando con dos bebes de un par de meses llamados Pino y Nogal. Y a eso se le sumaron los nueros y las nueras, al igual que un par de invitados estrellas traídos para la ocasión. El futbol no había sido la única fiebre que se había apoderado de la nación en esos años. A parte de la perseguidera y pateadera de balón, el país andaba invadido del furor del vallenato, y la estación de música del caribe, donde las cumbias y los acordeones sonaban día y noche, había logrado llegar al segundo lugar en ratings de la nación. Y como la abuela mal que bien se la pasaba oyendo todo el día a los compatriotas lejanos, a Marino se le ocurrió invitar a los grandes maestros a que pasaran unos días junto a la familia protectoral. Los mandó a traer en el mismo avión en el que se vino Santiago, y el que quería tanto a su abuela se la pasó describiéndosela durante las horas interminables del vuelo transcontinental. Así que una vez aterrizó el avión y los trovadores del viento fueron recibidos por la comitiva familiar, no dudaron en bajarse con las trompetas, las maracas, los acordeones y las raspas en sus manos para estrenar la canción que le habían compuesto a la "Seño' Alegría" como le dirían durante esos días. Era una canción alegre como los recuerdos, con una melodía dulce como la vida, y con una letra que lo hacía a uno aplaudir mientras se le escurrían las lágrimas.

Fue tal el éxito y las emociones de esa llegada, que en los aviones vecinos se abrieron las salidas de emergencia para que ningún pasajero se perdiera esa parranda. Y fueron tales los aplausos que los maestros de la alegría olvidaron el cansancio y el jet lag para seguir la

fiesta por un par de horas en plena pista de aterrizaje, cantando todos los paseos que se sabían. Y más de un turista que le tocó llegar por esas fechas, se sintió decepcionado todas las veces que le tocó volver y en vez de pedazos de acordeón les tocó ser recibidos por agentes de la aduana nacional. Cuando por fin acabó la fiesta, y el desfile de autos de lujo trasladó a las dos comitivas a la inmensa Torre Darién, y las puertas de cristal se abrieron al Pent-house que servía como punta, el maestro mayor de todos esos magos musicales, se emocionó tanto de finalmente estar en una casa en el aire donde no lo molestara nadie, que le pidió a los compadres que se sacudieran el cansancio como se sacude un sombrero volteao y que siguieran tocando. Y todos con esa alegría que solo da el caribe, hicieron caso y siguieron la serenata dedicada a la Seño` hasta que saliera el sol. Pero el sol casi no sale, porque con tremenda fiesta, la luna y las estrellas que ese día bajaron más que nunca, se negaban a cederle paso al sol y sus rayuelos. Así que cuando por fin se hizo imponer el día casi que al medio día del tiempo normal, todos estaban tan cansados y tan afónicos que se pusieron a dormir fundidos por tres noches enteras.

Cuando por fin se despertaron los agarró el hambre acumulada, y a pesar de ser Noche Buena mandaron a traer un poco de todo, para que Knut los deleitara con las delicias de todas las tierras. Y así comieron armónicos al son de las marimbas, contándose los recuerdos, compartiendo los cantos y dedicándose tanto canciones como bromas. Y como esa noche, lo que hubo fue sol, para equilibrar la balanza cósmica de la primera noche, se fueron todos a la playa a asolearse con la luna y con el sol. Y mientras en la arena negra los jóvenes y aventureros jugaban una partidita de futbol, los cantantes hacían sonrojar a las damas con las letras de amor que les componían con la llegada de cada ola. Y en esa felicidad colectiva, llegaron los pájaros a trinar al ritmo de merengues sentimentales, las mariposas para acompañar a todas esas morenitas que se iban a quedar muy solas y los delfines a invitarlos a nadar en esa hamaca grande que era el mar. Y como en los viejos tiempos donde la fundación Santa María se dedicaba al mundo de las olas y no al del crudo, el grupo familiar, el musical y cualquiera que anduvo ese día por el malecón, se adentró al mar a bailar con las olas que pusieron el ritmo y el paso hasta que el sol ajustara las cuentas pendientes.

Y durante todos esos días que precedieron la noche buena, Alegría volvió a ser reflejo de su nombre, y envuelta en el manto del cariño fue la primera en lanzarse a la celebración, y bailar sin pensar, y lanzarse a las olas cálidas sin temer por el estado de sus huesos. Y cuando no estaba en medio de ese torbellino festivo, lo observaba desde la lejanía, observaba todas esas cosas que había notado a través de los años, las miradas cómplices, los famosos “fou rires”, las sonrisas de paz, los suspiros de alivio, y en ese momento en que todos cantaban al ritmo de los cantores, ella se acordó de su vida y de todos esos momentos en que se sintió feliz, se comenzó de acordar de tantas cosas tan variadas y tan distintas, de tantas caras y tantos cielos y en medio de esa avalancha de recuerdos se acordó de las frases extrañas de su marido, todas juntas en el mismo instante, y pensando en él se le aclararon

las dudas y estalló en un ataque de risa, uno tan fuerte que todos en el mar y en la playa oyeron la risa tal y como la había descrito Vainilla, y fue una risa tan bella, que todos los vallenatos presentes se inspirarían de ella por años para seguir componiendo canciones alegres. Y la risa de acordeón de Alegría que seguía riendo entre las lágrimas, comenzó a hacer acompañada de otra, y de otra, y cuando menos se dieron cuenta, estaban todos con la risa imparable y contagiosa, en la que más de uno agradeció estar dentro del océano para no pasar vergüenza por los pantalones mojados. Y la risa se fue calmando, como se calman los temblores, de poquito a poquito y con replicas constantes. Y así entre risas solitarias se fueron todos a la torre, que al día siguiente era navidad. Y familiares e invitados se despidieron con abrazos. Y todos durmieron profundos, no solo por las risas, sino por el abrazo de mil soles que les dio la abuela a cada uno, con una gran sonrisa genuina.

Santiago se despertó primero, ya se había acostumbrado a despertarse a primera hora por más cansado que estuviera. Era la única forma en que el día le daba para todo, seleccionar videos, charlar con su mamá, tomar el bus desde el barrio humilde y empolvado donde el hombre de Blanco los había instalado, hasta el colegio de niños ricos donde lo había matriculado. En ese bus eterno pensaba en tantas cosas, en las frases del hombre de Blanco, "Mejor una casa de mierda que una educación de mierda", "La vida sin esfuerzos no es vida, es espejismo", y luego miraba por la ventana del bus y veía como la ciudad se iba transformando y como las casas iban mejorando, y como los trajes en las personas dejaban de tener parches, dejaban de estar sucios. Y se ponía a pensar en ese palacio de mármol y bambú y en esa nación perfecta, en la que el esfuerzo de décadas los había forjado y llevado por el buen camino. No como ese nuevo país, uno por ciento espejismos irreales noventa y nueve por ciento polvo. Y cuando menos se daba cuenta entraba a la zona de ladrillos y parques, se preguntaba cómo le hacían para que no hubiera polvo. Y luego le llegaba al colegio, y le tocaba fingir con todos, fingir que era un Darién como todos los demás, con recursos ilimitados, que un día andaban en yate por Mozambique , y al otro estaban filmando películas en Nuevo México junto a Jimmy Stewart, o en Taiwán seleccionando telas, o montando hoteles en las costas de Belice. Y luego de todo un día fingiendo, otra vez el bus eterno, hacía las tareas, repasaba una vez más las lecciones, verificaba que video seleccionaría, cual no. Pensaba en ese sueldo que le daba el hombre de Blanco, bueno a él no, a la madre. Ella lo ponía en la cuenta destinada para él algún día. Volvía a pensar en el Darién, se preguntaba si Namibia sería protectorio algún día, le daba algo de rabia pensar eso. Él lo podría hacer bien, el entendía la riqueza y la pobreza. Pasar de cargar cajas por la mañana a comer caviar al almuerzo. Y de la nada sentía la sensación en la barriga, lo mucho que amaba ese país. Y por el vidrio del bus las casas a medio caer, el polvo, el mal hablar. En el Darién incluso los pobres hablaban bien, en la Metrópoli los ricos y eso. Y al llegar a casa, llegaba siempre enojado, con la mente agitada, a veces le contaba a la madre, y está según el día o no le decía nada, o le daba una larga lección moral, que los ricos son lo

peor, que los pobres son tontos, que los comunistas eran barbaros, que la única forma era mano dura, pero justa. Y a él le parecía que cada frase se contradecía, pero no tenía tiempo que perder en peleas tontas. Veía los videos, los seleccionaba, mandaba la carta a la oficina del Hombre de Blanco, leía un poco, meditaba si pedirle al hombre de Blanco, en una de esas reuniones que lo invitaba los fines de semana, si le regalaba unos buenos tenis de navidad. Le daba pena pensar esas cosas, su jefe hablando con el expresidente de la nación y el mendigando por zapatos. Leia un poco más, pensaba en la abuela, debió ir a más almuerzos, pero no había tiempo y entre tanto pensamiento se dormía, para empezar otra vez de nuevo al amanecer.

Había una gran palma en la mitad del piso, a su alrededor un centenar de regalos, todos dormían aún. El miraba por las ventanas, era una mañana clara, no había una sola nube, lograba ver el comienzo del Sahara, veía toda la nación, su nación, tan perfecta. Se aburría estando solo, no tener nada que hacer lo desconcertaba. Habían sido días felices, se había relajado, lamentaba no haber pasado más tiempo con Namibia, pensaba que estaba molesto con él, no podía haber otra razón para que estuviera tan serio. Aunque para ser justos, parecía igual con todos. Se puso a ver los regalos, estaban todos adornados con envoltorios de animales, "De Salmón, para Vainilla", "De Violeta, para Capri y Amalfi", de todos para todos. Él no le había comprado a nadie, eso lo avergonzaba un poco aunque sabía que ningún otro lo notaría, ni le importaría. Se puso a buscar los suyos, "De Alegría, Para Santiaguito", era un sobre, pensó sería dinero. Todos los de la abuela para todos eran sobres. Le amargó un poco, se esperaba algo más personal, pensó si Namibia recibiría más que él. Siguió escarbando entre la montaña de regalos. Reconoció las bromas de los primos, siempre burlándose de su nombre "Tan normal", "tan básico". "De Magallanes, Para Hugo", "De Knut, Para Ivan", "De Namibia, Para Pedro". Le molestaba un poco esa broma, quizás era lo único en que la Metrópoli era mejor, había varios Santiago, se sentía un niño con nombre normal. "Mis primos me obligaron", oyó decir a Namibia. Estaba en su piyama, bostezaba. Le dijo que no había problema, Namibia se disculpó de nuevo, él para mostrar que no le importaba le mostró los sobres de la abuela. Namibia dijo que ya era navidad, con un intento de sonrisa añadió que tenían derecho a abrir sus regalos, al menos uno. Ambos rompieron los sobres con cuidado. Santiago miraba de reojo el de Namibia para saber cuánto le había dado la abuela. No había dinero, para ninguno. Era una carta, una larga carta. Se miraron con extrañeza y se pusieron a leer.

El siguiente extracto, lo saco directamente de la carta original que recibió Santiago Darién, y que como muchos de sus documentos personales incluido sus distintos diarios a través de los años, se encuentran accesibles a todos en la Biblioteca Histórica de la Costa Negra. Aquí va. "Siempre he pensado que a diferencia de la creencia popular, son los hombres los que gustan más de las parafernalias de la vida, del escándalo y del dramatismo. Y como yo no tengo ni las ganas, ni el ánimo, ni el don de la oración, no les voy a dar un discurso a uno a uno como hicieron mi esposo y mis dos hijos para despedirse. Me tomé la libertad de

escribir una por una estas cartas de adiós.” Los dos niños llegaron a ese punto al mismo tiempo, se miraron una vez más y se fueron corriendo al ascensor para bajar al piso de la abuela

Y es que en medio de los recuerdos, de la fogata, del viento caluroso, de los acordeones, las marimbas, los cantos y los ruidos de las olas, Alegría se acordó de una de esas frases del marido que nunca entendió del todo, “Yo no sé por qué la gente se complica tanto, cuando uno está cansado de ver llover, cierra las cortinas”, le había dicho un día por allá en el siglo XIX aún. Le pareció tan simple y tan evidente, que se puso a reír sin parar. Y sin querer su risa fue la canción que le faltaba a esa fiesta, y al llegar exhausta pero feliz, feliz de verdad como en mucho tiempo no lo estaba, se abrazó fuerte con todos. Bajó a su habitación y con la calma del viajero escribió con cuidado el mismo encabezado unas cincuenta veces, y luego abrió su corazón para decir verdades y dejar recomendaciones. Al acabar subió sin prisa al Pent-house, lanzó las cartas con cuidado a la pila de regalos. Miro por última vez las estrellas zigzagueantes en la galaxia. De vuelta en su habitación busco un rato en sus cajones, hasta que encontró el cristal eterno del limbo que una vez hacía ya tanto tiempo le había salvado la vida. Y como la princesa que era buscando el sueño eterno se pinchó el dedo con delicadeza. El humo morado salió de la prisión de cristal que la había contenido por casi siete décadas, y con la ternura del amante que espera toda una vida por un beso, la envolvió con cuidado y le cerró los ojos. Cuando las puertas del ascensor pararon horas más tarde en el piso de la matriarca, los niños se encontraron frente a ellos un muro morado misterioso. Al abrirse las puertas, el muro se vino a ellos, y los niños espantados cerraron los ojos temiendo lo peor. Pero no sintieron el frio beso de la muerte, sino la tierna caricia de los pétalos de orquídea. Se abrieron paso nadando entre las flores para lograr abrir la ventana. Y una vez abierta, el viento mismo se encargó de impulsarlos a las corrientes africanas. Los pétalos volaron entre los cielos del país, y en cada lugar que cayeron se fueron transformando en orquídeas de color morado alegre, para despedirse en primera mano del país que le dio todo.

XXV

La voz del estadio anunció en los diferentes idiomas la entrada de la delegación de la Federación Andina, y entre el casi centenar de atletas resaltaron, la docena de uniformados comandados por Magallanes que en su pecho llevaban orquídeas tan moradas, que incluso se lograron ver a color en la transmisión internacional en blanco y negro. En los estrados del estadio Olimpico de Roma, mientras la familia del Protectorizo admiraba la historia en movimiento, el presidente de turno charlaba amicalmente con Marino. Los chismosos de la época resaltan que la única vez que cruzaron palabras sobre política en esas varias horas que duran siempre las inauguraciones fue cuando el Presidente de la Federación entre risas y con la lengua suelta por tanto vino tinto resaltó, que un día de esos deberían cambiar de puesto, para que Marino resolviera todos los "chicharrones" de la metrópoli y el pudiera pasarse medio año en vacaciones así la otra mitad le tocara mandar negros. Y es que en la federación las cosas no andaban del todo bien. Desde el fin del pacto, los ricos se habían vuelto más ricos, los pobres más pobres, los militares más bélicos y los revolucionarios más enojados. Los dueños del poder se las arreglaban a cada elección para poner a algún amigo en las sillas de importancia para seguir haciendo lo que se les diera la gana, mientras que los olvidados de siempre se la pasaban los otros cuatro años en protestas y marchas para convencer en vano al pueblo que dejara de votar por los mismos por más mercados que les dieran el día antes de la elección. Y en ese tire y afloje entre los que deciden y los que los escogen, el país se había estancado en la mediocridad. Cada año perdían peso en los mercados que décadas antes tenían monopolio, la industria quedaba atrás frente a las nuevas tecnologías, y los turistas dejaban de llegar en masas, prefiriendo nuevo horizontes sin tantas marchas y protestas. Lo único que parecía estar en Boom, eran los escritores, los cantantes y los artistas, que parecían salir cada día con alguna nueva forma de criticar a esa gran nación estancada. Gracias a Dios por esa colonia diminuta en la costa africana, que tanta plata les mandaba cada año para arreglar las cuentas y no tener que subir impuestos, que hubiera aumentado aún más la evasión fiscal.

Y a pesar de eso el presidente y compañía pasaban día y noche mandándole memos a Marino para que le parara un poco a la eficacia que los hacía quedar mal a todos. Que dejara por favor de hacer públicas los gastos de la colonia, que la gente de la costa atlántica se preguntaba como hacían carreteras, plantas eléctricas y represas a un tercio del costo de lo que les valían a ellos y en la mitad del tiempo. Que como se le ocurría dejar a los estudiantes tener su propio periódico y como nunca encarcelaba a nadie por criticarlo, que por ese capricho los alcaldes ahora tenían que pensarla dos veces antes de mandar los tanques y al ejército a echar gases y agua a los estudiantes en las marchas pacíficas. Que como se le había ocurrido darle poder de decisión autónoma a las regiones selváticas sobre como gastaban su plata, que ahora los Panameños andaban alborotados queriendo lo mismo, y que menos mal los venezolanos se robaban en secreto un montón de plata del

petróleo que sino andarían por la misma vía. Que como se venía a enterar por el New York Times o por Le Monde, que en su gabinete ministerial había tres mujeres, dos negros y un indígena, que al menos le hiciera el favor de avisar con tiempo, para censurar y no tener que aguantarse los llantos de las mujeres, los indígenas y los negros de la nación quejándose que "ve que si se puede". Una de los memos incluso terminaba con "Solo le falta poner de ministro a un Marica". Pero los memos que a Marino le daban más risas eran esos que le retransmitían directamente de los militares y la iglesia, llamándolo comunista vendido, o pagano amante de la herejía, y advirtiéndole que si los gringos no lo invadían por hereje y soviético por eso de andar haciendo programas sociales a diestra y siniestra, sería Dios mismo que subiría el infierno hasta su pantano socialista, para cobrarle eso de nunca ir a misa y permitir tanto infiel en sus tierras. Marino guardaba cada uno de esos memos, los mandaba a plastificar y si le daban suficiente gracia le mandaba hacer marcos en madera de Benín, para colgarlos en la gran sala de reunión donde recibía las comitivas Fedeandinas que cada dos meses sin falta venían a pedirle que intercediera con el fondo de la Fundación Santa María para que les prestara plata a un mejor interés.

Pero en ese verano romano, poco le importaban los memos, solo tenía ojos para la capacidad del ser humano de saltar más alto, correr más rápido y superarse continuamente. El hijo andaba relativamente feliz siguiendo la delegación futbolera Fedeandina, no tanto porque pensara que tenían la menor de las chances de medalla, porque no la tenían, sino porque se la pasaba anotando en su cuaderno todo lo que le pudiera servir para el día que a su Darién Africano le tocara organizar un torneo de calibre internacional. La hija por su lado se la pasaba tomada de la mano de la madre, y juntas recorrían las calles romanas comiendo gelato. Salvo el Protectorizo, solo el Tío Salmón parecía haberse contagiado como era el caso cada cuatro años de la fiebre olímpica. Se despertaban temprano, y casi sin desayunar andaban de evento a evento discutiendo como expertos y emocionándose sin saber muy bien porque por cualquier categoría que anduvieran viendo. Más aún si presenciaban a alguno de los atletas propios, y es que desde un punto de vista realista, si la Federación debía ganar alguna medalla, lo más probable es que lo harían gracias a alguno de los Salmones Galácticos que comandaba Magallanes. Salmón que sabía muchas cosas, pero desconocía los resultados de los olímpicos, le había hecho el análisis detallado desde el primer día, los de la metrópoli por mucho ganarían alguna medalla de bronce en tiro, pero el resto de posibilidades dependía de los suyos. Un par en natación, quizás unas cinco en atletismo, y como no unas tres en esgrima dependiendo de cómo anduviera la muñeca del hijo. Eso sí en medio de la emoción se le había salido que no podrían ver la totalidad de los olímpicos y que más valía disfrutar cada día que pudieran. Pero al darse cuenta de su falla, había tratado de redimirse sin mucho éxito balbuceando incoherencias que no convencieron mucho a Marino.

Alertado que algo pasaría durante el transcurso de los juegos, y temiendo lo peor, mandó noticia urgente a sus ministros de recortar sus vacaciones y dar aviso a la armada nacional

de prepararse para cualquier eventualidad, desde terremotos o tsunamis, hasta invasión enemiga, o pandemia lingüística. Y cada mañana entre el son de la alarma y la tomada de taxi a presenciar los juegos, llamaba con preocupación al Palacio de decisiones a informarse sobre las lluvias, las fronteras y los astros, ya que para ese punto no había descartado la caída de algún meteorito. Y Salmón al ver semejantes conjeturas se limitaba a reír y decirle que no se preocupara y utilizando una expresión del viejo Tolomeo le recordaba que aun sabiendo que va a llover uno termina mojándose así sea en la ducha. Por eso en cada evento, cada vez que veía algún hombre de traje acercársele, pensaba en lo peor, y ya se veía tomando su Quetzal Protectoral de vuelta a su nación. Con el pasar de los días y al volverse experto en los subsuelos y los cielos propios, pero también sobre los juegos de poder de los países vecinos al borde de la independencia, llegó a la conclusión que la tragedia no podía ser nacional, y que para que Salmón estuviera tan tranquilo, la desgracia a venir no podía ser otra que una guerra nuclear entre las dos potencias. Se lo comentó a Salmón y a este le dio un ataque de risa como pocas veces en su vida, y le repitió una vez más utilizando frases del padre, que uno se preocupa por temblores y al final pasa la noche en vela por una picada de mosquito. Y Marino más confundido que nunca, le mandó una carta inmediata a la armada de fumigar los pantanos que se venía una ola de malaria.

Y la tensión le duró por casi una semana, donde superó el miedo nuclear, el de la malaria, y transitó por ideas tan descabelladas como la vuelta del anarquismo, la explosión de Yellowstone, una tercera guerra mundial originada por el canal de Suez, la vuelta de los nazis, una tormenta de arena gigante proveniente del Sahara, y una invasión de mangostas digna de la biblia. Y como cada hipótesis hacía llorar de la risa al tío sesentón, llegó a la conclusión que el tío le tomaba el pelo y que todo eso no había sido nada más que un vacilón. Así que finalmente decidió relajarse, y no pudo escoger mejor momento, que ese día debutaba Magallanes en la esgrima. Ronda a ronda, el primo fue eliminando a sus rivales, y al vencer en las semifinales, la medalla ya había sido asegurada. La gran final enfrentó al fedeandino contra un soviético, y tras una tensa lucha, prevaleció la alegría de los trópicos. Y la emoción llenó al Protectorizo y al aventurero, que no dudaron en saltar en lágrimas a abrazarse con el familiar sonriente. En la entrega de las medallas, sonó el himno de la nación, y mientras Magallán mordía su medalla dorada, sobre su espalda hondeaba la bandera del Darién Africano, que no era otra cosa que la bandera de la nación Fedeandina, con el mapa en negro del territorio africano en la esquina superior. Esa noche soñó con esa bandera hondeando, y lo invadió una felicidad extraña en la que volvía a vivir el duelo histórico que había resaltado de cierto modo, las buenas cosas que se habían hecho por tanto tiempo en su Darién Africano. Lo despertaron poco antes de la madrugada, había problemas.

Varios periodistas habían capturado la imagen del joven deportista rodeado con la bandera del protectorado, y varios medios internacionales usaban las imágenes para criticar el

colonialismo. Los dirigentes fedeandinos no habían apreciado nada el pequeño escándalo y habían multado de manera inmediata a Magallanes, a quien además le pedían que se disculpara públicamente, al igual que asegurar que en caso de victoria no hondearía ninguna bandera que no fuera la de la gran nación. Los atletas del Darién Africano se negaron ofendidos, y en la confrontación de palabras habían sido expulsados de la villa olímpica por la organización. La noticia había corrido por la radio nocturna y la televisión del Darién no había dudado en hacer eco a la noticia. Desde hacía unos minutos apenas, se reportaban marchas con velas moradas en las principales calles de las dos ciudades. Marino aún con los ojos dormidos, no podía captar como tanto había podido ocurrir mientras dormía, y ahí miró a Salmón que armaba su maleta. Entendió que era momento de volver a su patria.

Por primera vez en su vida lo primero que notó desde las nubes no fue la del negro espectral de la costa bendita de su país, vio un rio blanco y purpura que invadía las calles. Desde los segundos antes de tocar la pista, y a pesar del ruido del motor se oían los cantos inconfundibles que inundaban la nación. El grito continuo de una sola palabra, "Independencia". Habían sido los jóvenes, esos que trasnochaban y madrugaban oyendo los shows de radio que cubrían los olímpicos hasta el más mínimo detalle. Los chicos que habían crecido con los estruendos de las bombas y que desde sus infancias habían interiorizado esa idea que las injusticias de la Metrópoli al final terminaban afectándolos a ellos, una nación lejana cuyo petróleo, minerales y alimentos partían a financiar misterios de caras borrosas al otro lado del océano. Poco les había importado lo de la bandera, al fin y al cabo, en esa tierra de sueños cumplidos la única bandera que reconocían era la de las nubes hondeando entre los atardeceres perpetuos y las olas manchadas de arena negra. Lo que los había movilizado en eco a las calles de las dos ciudades, y frente al Palacio de Decisiones, había sido la suma de la injusticia y la matonería con la que se había actuado. Y ante la estupidez única que solo la arrogancia del poder puede generar, se habían dado cuenta que de no levantarse ante ella, vivirían mil años más bajo su yugo. Sus gritos y el tambor de sus pasos ya no iban dedicados al Palacio Libertador frente a la plaza de Bolívar de Bogotá, como lo habían sido tantos años antes cuando sus padres enardecidos por las tácticas de Vermelho salían cada jueves pidiendo cambio. Ahora los alaridos y los reclamos iban al mismo Protectorizo, le pedían que actuara no más por los intereses de la tierra de su abuelo, sino que desde su escritorio lanzara el grito de independencia que permitiera a sus hijos ser libres.

La crisis de las banderas, como le conocemos a ese periodo, puso a Marino en una de las encrucijadas más difíciles de su vida. Desde el primer momento, incluso antes de salir de los cielos italianos las voces de los dueños del poder no dudaron en pasarle un mensaje claro, "o controla a su pueblo, o lo controlamos nosotros". Y en el mensaje mismo entendía, lo que todos esos jóvenes vestidos de blanco y meneando velas moradas advertían con sus movilizaciones, ¿hasta cuándo? El mundo cambiaba, como lo hace siempre, pero

por primera vez desde que tenía uso de razón el cambio no se limitaba a un progreso material o tecnológico, ni siquiera a uno calidad de vida, en todo el mundo se sentía un cambio espiritual, uno de preguntas y de respuestas, de replanteamientos. Veía desde su balcón en el centro de la nación, a la juventud joven y la juventud eterna regada por las avenidas preguntándose ¿Hasta cuándo?, veía el dominio de tantas otras naciones, de tantos otros imperios tambaleándose con suspiros que décadas años ni se habrían sentido. Su pueblo le pedía que fuera valiente, frente al gran país de allá en el medio, como se había referido siempre su abuela, tenía que ser inteligente. En los torbellinos del cambio, más vale estar en una casa fuerte, que no termine en añicos por las ráfagas. Pasaba sus días en reuniones. Su hermana mayor le contaba la opinión de la comunidad internacional, los americanos lo apoyaban siempre y cuando les siguiera vendiendo petróleo al mismo precio, los soviéticos lo apoyaban siempre y cuando dejara de venderle petróleo a los americanos a tan buen precio, las naciones coloniales decían en las radios que no intervendrían en asuntos que no les incumbieran, pero los susurros de las embajadas eran claros, si la federación pedía tropas y armas, ellos se las darían. Y los demás… Que con gusto apoyaban un posible grito, espiritualmente claro está, que no había ni plata ni hombres para pelear guerras ajenas. Y él como buen diplomático le sonreía a todos y les decía que tomaría la decisión correcta.

El servicio de inteligencia le reiteró las advertencias de la hermana, ya en el golfo de Maracaibo los militares a cargo de tantas cosas que no deberían estar a cargo se relamían la boca preparando la flota nacional, lista para cruzar el Atlántico a apagar cualquier chispa separatista. Todos los días su hermana Vainilla recien llegada de cielos liberados le reiteraba en el idioma que quisiera, la necesidad de los pueblos a disponer de ellos mismos. Los líderes económicos de la nación lo visitaban a cada hora, y cada uno desde su perspectiva lo aconsejaba buscando la solución más lucrativa posible. Y en las calles, los cantos no paraban, y la cera fundida por tantas velas de protesta servía para que los artistas hicieran orquídeas decorativas que posaban a cada alba frente a las puertas en mármol de los diferentes ministerios. Por último la armada nacional le reiteraba cada día al Protectorizo, que ellos tenían como misión obedecerlo a él y a nadie más que él, fuera para dispersar los manifestantes o fuese para defender las costas de la nación de los buques de la patria. Y Marino entre llamadas de aquí, de allá seguía dilatando por todas las vías diplomáticas de tomar una decisión de grito o de mano fuerte. Pero la incertidumbre que sentía sobre el paso a dar cesó de manera inmediata cuando le informaron que una avioneta gris como los ojos de sus ocupantes, acababa de aterrizar en el aeródromo Verde Darién.

Los señores de la guerra habían vuelto tal como se habían ido, sonrientes en su seriedad y con maletines repletos de sueños rotos. Se abrieron paso entre la multitud de paz y al llegar al Palacio de Decisiones fueron escoltados por guardias temblorosos hasta la oficina protectoral. Allí como lo habían hecho tantos años antes con su predecesor, y como lo harían tantos años despues con su sucesor, en la voz calmada que tiene el miedo le

presentaron a Marino el mundo por venir, un mundo en llamas y balas cruzadas, con bombas, milicias y masacres. Con la sonrisa de un librero y con la calma de un notario le fueron mostrando los cheques de los países vecinos, de las fuerzas armadas y de las guerrillas a venir, de los que harían golpes y contra golpes. Y con cada cheque le mostraron las armas de mejor o peor calidad que le venían de vender. Y mientras en las calles resonaba el grito de libertad, ellos con su sonrisita le decían que lo pensara, que un país libre nace con balas y mientras sonaban los zapateos fuera de la oficina y se oían los teléfonos resonando, con otra sonrisita le decían que un imperio se mantiene con fuerza. Sacaron su tarjetita color marfil y se la dieron con un guiño de ojo conjunto.

Esa misma noche, y por primera vez en la historia dio un anuncio televisivo en la cadena nacional y retransmitido por todas las radios, en que por el bien de la nación, la cual no explicitó si era la pequeña nación costera o la gran nación de cincuenta climas, llamaba a delegaciones de la metrópoli, de los jóvenes y de la clase empresarial del Darién Africano a sentarse a hablar sobre el futuro de sus destinos entrelazados por la hermandad y la historia. Y cada actor pensando que Marino velaba por ellos y no por la estabilidad, accedieron convencidos, que alguna rusa haría el Protectorizo en esos dialogos para asegurar la sumisión o la independencia.

Convencido que solo la inmensidad podía reflejar las almas de las personas reunió a las diferentes delegaciones en las cabañas de la reserva de la tía Felicidad. Allí llegaron los delegados de la metrópoli, comandados para su sorpresa del venerable Senador Pinta uno de los hombres más poderosos pero con mejor reputación de toda la federación, junto a él un par de militares, senadores amigos del poder, y empresarios, entre los cuales destacó el famoso Hombre de Blanco sobre el que había leído diez años antes y tan solo un par de años antes se había llevado a su sobrino Santiago a trabajar con él. También llegaron los industriales y comerciantes propios, los cafeteros, los mineros, los agricultores, y junto a ellos los representantes de las comunidades indígenas y afro que habían llegado hace ya años expulsados en barcos de mentiras. Los líderes locales de siempre que para esa época pensaban igual que los hijos de colonos. Y claramente los guías del movimiento juvenil que había comenzado todo eso. Jóvenes ricos, pobres, de clase media, blancos, mestizos, negros, de primera, segunda, tercera generación o incluso de toda la vida. En esa delegación variada que representaba mejor a la nación que cualquier otro grupo, resaltaba la figura de un joven que ni llegaba a los veinte años. Un hijo de profesor de geografía, descendiente d inmigrante de uno de los países vecinos, uno de los muchos que llegó por las épocas del “onfet”, Alexandre Trois.

Fue Alexandre Trois quien lideró con pasión y fervor las reuniones críticas y donde más se jugaba el futuro del Darién Africano. Y toda la nación lo vio en primera mano, ya que Marino autorizó las cámaras y los micrófonos en dichas reuniones, para que todo habitante del presente y del futuro pudiera sentirse parte de esos días esenciales. Así si durante las mañanas y las tardes, en las oficinas y los campos los habitantes del país oían los debates

dinámicos sobre la libertad y el deber, por las noches luego de las noticias, los documentales de interés fueron remplazados por los mejores momentos de la jornada. Las reflexiones serenas del Senador Pinta, las amenazas disfrazadas de opiniones de los militares, las frases complejas y pragmáticas del hombre de Blanco hablando sobre la libertad, el dinero y la eficacia, los reclamos de Vainilla, los apuntes de uno o del otro, pero si algo hacía que la gente prendiera sus televisiones por la noche, era para ver ese joven de tez morena recitando ideas como se recitan poemas, hablando desde el corazón sobre confianza, democracia y responsabilidad.

Y pasaron los soles y las lunas, y mientras en el blanco y negro de la noche la gente se conmovía con ideas cristalinas luchando contra tormentas espesas, ellos los negociadores pasaban el día discutiendo números y puntos, pero al caer la noche por orden del Protectorizo, se aventaban a las venas de la reserva y entre el mar de estrellas lejanas, recordaban al sonido del millón de animales cantando la insignificancia del hoy y del ayer y se emocionaban por los escalofríos del futuro que construían ellos con sus palabras diarias. Y con ese manto espiritual que debía durar años según los expertos, en tan solo un par de meses ya los puntos principales estaban y solo faltaba ponerlo todo ordenado bajo el lenguaje inquebrantable de las leyes. Así llegaron los tres que faltaban, Junio, Abril y Agosto, para escribir un acuerdo sin margen a la trampa o las traiciones, uno que reconocía los fallos de la metrópoli, pero también sus aciertos, uno que alabara las mil y un magias de esa tierra de arena negra que desde ese día dejaba de ser un protectorado para ser un territorio libre asociado, ya que en ese pedazo de papel que hoy se estudia en las clases de historia del desarrollo, se mostró sus carencias y limitaciones. Y en ese tire y afloje de sueños, realidad y estrategia, se acordó que la metrópoli haría las cosas mejor, que daría carta blanca a su Darién lejano, y que le quitaría menos y le daría más. Y así dentro de diez años todos los habitantes de esa nación naciente se reunirían en las urnas y votarían si continuar en hermandad, o separarse en amistad. Así quedó firmado y aprobado por el congreso de la nación, feliz de posponer sus problemas por diez años más y así fue festejado en las calles por todos esos jóvenes impacientes de hacer las cosas bien para estar listos para ese momento soñador en que una cruz de tinta negra podría darles un párrafo en la historia.

XXVI

Había quizás un cierto optimismo. Despues de todo habían eliminado a uno de los favoritos como era la Costa de Marfil. Las dos semifinales se jugaban en el estadio nacional, la primera había dado como vencedor a Camerún. Esa noche hubo una gran fiesta en las calles, el derrotado Ghana, el eterno rival, ya no podría festejar en sus tierras. Parecía que todo se estaba dando, las estrellas se alineaban en los cielos, y todos en la Costa Negra, incluyéndome estábamos convencidos que Egipto no sería rival y que los "costeros" estarían en la final. Antes del partido fuimos a almorzar a un muy bonito restaurante frente al mar. Se veía el viejo puerto, un parque con orquídeas moradas y los andamios de un edificio a medio demoler. "Allí era la sede de la inteligencia anti-independentista" me dijo uno de los colegas con cara de serio, otro añadió que antes había sido burdel y que ahora sería biblioteca como en una época anterior. Yo en ese momento no entendí la importancia de sus palabras, ni del puerto, ni de las flores, y mucho menos de ese edificio de ladrillos rojos caídos. Estaba más interesado en las mesas contiguas. Se hablaba del partido, "vamos a cargarnos al campeón" oí en francés en una mesa. En la otra un abuelo contaba los eventos de ese "hermoso año 70" en español del viejo. En otra debatían alineaciones en italiano, y en otra ya hablaban de buscar boletos para la final contra Camerún en inglés. Me sorprendía sobre todo, que en esas palabras se notaba una seriedad misteriosa, una angustia feliz, una alegría con miedo. Cuando pagamos y salimos hacia el estadio noté esa misma tensión en el aire, había una electricidad confusa que aceleraba mi corazón. En la radio repetían una y otra vez, "Se siente como en el 70". Y yo que ya había dado una vuelta por el museo entendía que ese año había sido el referendo por la independencia. Y sentía con esas palabras un peso extra sobre mi corazón, que conectaba algo tan banal y misterioso como lo es un torneo deportivo, con algo tan decisivo y tan contundente como lo es una elección histórica. Y en ese momento llegamos al estadio, y entre las trompetas, los tambores, las flautas, los acordeones y las maracas se me aligeró el corazón y fui a la zona de prensa.

Ni bien había silbado el árbitro que un par de toques habían finalizado con el héroe del equipo frente a la portería, y con una de las mayores sangres frías que he visto en mi vida, cuchareó al arquero con delicadeza. El balón entró lentamente, a mí alrededor esos segundos que parecieron eternos fueron los suficientes para llenar al estadio de una energía atómica para la celebración. La cerveza llovía de los aires, y entre los brincos de euforia locales y periodistas acabamos abrazados como viejos camaradas de escuela. Entre la vorágine de sonidos, identifiqué la famosa palabra "Setenta" entre todas sus variedades y todos sus idiomas. Y al decirla yo mismo en voz alta sentí un escalofrió recorriendo mi espalda. La emoción era tanta que considero todos en el estadio y quizás la nación rozamos la histeria con cada pase y con cada tiro, por más fallado o lejano que fuese. Finalmente llegó el pitido del final del primer tiempo, y como si hubiéramos vivido nuestra infancia en

las calles de las dos ciudades nos abrazamos entre colegas con una sonrisa en la cara. Casi cinco décadas antes, el chico que dio nombre a ese estadio de tantas emociones, andaba en las mismas.

Con la nación en una alegre estabilidad luego de los dialogos de la reserva del millón de animales, Marino al que seguían llamando Protectorizo a pesar de ya no ser más un Protectorado se dedicó a gobernar. Cada día y con la libertad de la autonomía ciega otorgada por su pueblo y sus soberanos lejanos, emprendía algún nuevo proyecto para su país. La renovación de la infraestructura, la modernización de tantos barrios olvidados por el polvo en las entrañas de la selva y a la lejanía de las dos ciudades. Incluso esas dos ciudades tan modernas para su tiempo vivieron un nuevo apogeo, se empezaron a construir los primeros grandes rascacielos en la ciudad nueva y a salvo guardar las belleza autóctona de las edificaciones de la ciudad vieja, a la cual Índigo ya había logrado meter en la lista de Patrimonio de la Humanidad. A lo que se sumaron más de una nueva línea de metro. Pero no todo debía ser material, y con el dinero que sobraba se financiaban programas artísticos que dieron vida al hoy celebre festival de cine de Santa María la Nueva, la feria del libro del Darién Africano, el rencuentro gastronómico internacional de los pueblos que aún hoy se celebra sin falta cada tres años a las orillas de la selva, el festival de la música tradicional de la Costa Negra, o el festival de Teatro Procopio Garibaldi donde tantas grandes obras han dado sus primeras presentaciones. Y es de estos años que salieron los más celebres artistas, escritores, cantantes y pintores de la nación. Como lo había sido en tiempos anteriores, el Darién Africano se volvió un centro regional, y no era raro ver a las grandes figuras africanas y del mundo comiendo en alguno de sus restaurantes costeros, asistiendo a alguna obra, o simplemente paseándose por los jardines infinitos que cubrían la ciudad. Por eso a nadie le sorprendió que fuera en el palacio de Exposiciones que se firmara el tratado que dio vida a la Organización para la Unidad Africana.

El Darién Africano era visto por muchos como el punto medio entre esos grandes países independientes y esos que aún llevaban en sus banderas colores europeos. De tal forma no era extraño ver a Marino en su Quetzal surcando los cielos africanos para reunirse con uno u con el otro, discutiendo tratados y alianzas. Y junto a él en muchas ocasiones y protegido por la inmunidad que da ser hijo del jefe de la nación, Namibia Darién. Haciendo tareas de historia en palacios presidenciales, y asistiendo a almuerzos y cenas junto a Nasser, Idris, Kwame Nkrumah, Selassie y hasta Mobutu. Y en cada viaje anotaba en un cuaderno igual al que había usado para su informe sobre la alegría, todos los detalles pertinentes de cada país, su clima, su comida, sus fiestas, sus mejores hoteles, sus augurios y supersticiones, y con toda esa información pintaba en su mente el retrato exacto de cada sitio. Pero el retrato nunca estaba completo hasta que le pedía algún conductor que lo llevara a ver un partido de futbol. Y ahí sí que anotaba como loco sobre los estilos defensivos, la fisionomía de los jugadores, como defendían los tiros de esquinas y quienes cobraban los tiros libres. Y una

vez en su patria tomaba el metro recien inaugurado que pasaba por la Torre Darién y se iba al estadio que le había mandado a hacer su papá para alegrarlo, cruzaba la calle y entraba a la recien creada Federación de Futbol del Darién Africano para informar con detalle como vencerían a cada nación.

A pesar de su edad y su condición de estudiante había sido nombrado presidente de la federación entre todos los presidentes de clubes deportivos del país. Un puesto que nunca dejó de lado por más tareas, exámenes y compromisos familiares que tuviera. E incluso priorizó a todo, como la vez que se perdió la visita del presidente Americano unos meses antes de su asesinato, debido a que la selección del Darién jugaba un partido eliminatorio en Túnez. Uno que además perdieron tres a cero y los dejó sin chances de asistir al torneo. Al volver y ante las burlas de sus primos presumiendo sus vidrios eternos con el líder del mundo libre, repitió mil veces que así hubiera sabido el marcador de antemano, hubiera tomado la misma decisión, que ninguna persona por más grande que sea supera la ilusión de una nación entera. Y bajo esa idea que el futbol no era solo un juego sino un motivo de alegría y esperanza Namibia hizo todo lo que estaba en su poder para hacer al joven equipo nacional una potencia continental. Mandó un avión a dar la vuelta al mundo y traerle una serie de hombres de futbol que según él, les harían dar el salto de calidad que quería. Mandó a buscar a los tácticos húngaros, a los preparadores físicos austriacos, a los gambetistas brasileños, y tacleadistas italianos, a los motivadores uruguayos y a los dietistas suecos. Mandó hacer un centro de entrenamiento gigante a las afueras de la ciudad vieja y mandó a llamar profesores de Cambridge y gurús de la india para que enseñaran a los futbolistas del país, convencido que una mente más ágil y libre era tan esencial como un cuerpo rápido y fuerte. Así que los futbolistas sin importar de que club fueran entrenaban por la mañana con sus respectivos entrenadores, pero por la tarde debían asistir a alguno de los entrenamientos de la selección, donde los expertos les enseñaban como correr mejor, como saltar más eficazmente, como tener más confianza, como Aníbal había puesto de rodillas a Roma, como la vida es lo que uno hace de ella y como respirar cuando se está frente al arquero.

Pero eso no era suficiente, mandó a hacer guayos especiales al Japón, una serie de zapatillas que sirvieran para cualquier clima o terreno, zapatos frescos por si les tocaba ir a jugar a la humedad de la selva, zapatos impermeables por si diluviaba, con adherencia extra por si jugaban en un lodazal, y hasta con tachos zigzagueantes por si algún día los retaban a jugar en un desierto. Mando a traer de los Estados Unidos máquinas para medir todo lo relacionado el cuerpo, le quitó al ministerio de la Honestidad más de un científico para que las operaran. Pero su más gran logro fue sin duda la playera del equipo. Luego de mandar a traer a los mejores psicólogos de Suiza, se convenció que el color de la camisa nacional debía ser el negro. De inmediato todos los funcionarios de la federación le hicieron notar que jugar de negro bajo el sol africano no solo los pondría en desventaja sino que limitaba incluso con la tortura.

La advertencia le pareció evidente, pero el que estaba acostumbrado a los milagros de esa tierra supuso que debía haber alguna manera de contornar las reglas de la lógica. Le pidió cita al ministro de Honestidad, pero este sudando le respondió que la veía complicada. Telefoneó a su tía Palma que por esos años andaba en México D.F pero ella que se conocía todas las telas del planeta le comentó que era improbable, pero que si encontraba tal tela no dudara en contárselo. Mandó telegramas a todos los rincones del mundo, desde Port Moresby hasta a Kabul, pero cada especialista del tema le respondió de la misma forma. Cada vez que veía la camisa nacional con un azul marino, se lamentaba y se enojaba de haber fracasado en su misión. Además fue por esa época que llegó la noticia que para el siguiente mundial los dueños del futbol no habían otorgado a África ningún cupo directo. Si alguna nación del continente quería ser representada en el mundial, no solo deberían luchar entre ellas, sino contra sus iguales de Asia y Oceanía. Eso enfureció al joven que por más llamadas que hizo a Berna, Paris y Londres, se encontró con la misma respuesta, así era y punto. Lo comentó con su padre y tras hacer una reunión de emergencia con los dueños de los equipos y visitar personalmente a cada plantilla del país, la Federación del Darién anunciaba que en protesta por dicha decisión renunciaban a participar en las eliminatorias. Ya más tarde el resto de equipos del continente inspirados por la valentía del joven, harían lo mismo y el mundial de Inglaterra no tendría representante africano. A raíz de ello de ahí en adelante se garantizarían siempre al menos un cupo directo.

A pesar de estar seguro de su decisión, lo invadió la desilusión de tener que esperar cuatro años más para poder tentar ir a un campeonato mundial, eso sumado al fracaso de los uniformes lo llevó a la decisión de tomarse unas pequeñas vacaciones a pesar de estar en pleno año escolar, para relajarse. Decidió acompañar a su primo Magallanes a darse una vuelta de dos semanas alrededor de la selva del país. Su primo se preparaba para los Olímpicos de Tokyo, donde el Darién Africano sería representado por primera vez. Se adentraron así a los pueblos selváticos, y maravillado por las hazañas de la selva y las habilidades de su primo, capaz de nadar más rápido que una pitón acuática contra la corriente del rio, fue perdiendo la desilusión. En las calles ahora pavimentadas de esos pueblos ya no más olvidados, la gente se le acercaba y le agradecía por haber tomado la decisión valiente sobre la fácil, al igual que por las canchas siempre lindas y bien cuidadas que cubrían la nación para la diversión de chicos y grandes. Fue en uno de esos pueblos lejanos, que se le ocurrió comentar su gran dilema con la camisa nacional. Y para su sorpresa en vez de ojos empáticos se encontró con ojos sorprendidos. No entendían porque había mandado a consultar al sastre del Shaa de Irán, si era bien sabido que la tela de araña tropical que habitaba los bosques de tierra negra de la nación lograba ese efecto. A Namibia se le abrieron los ojos y pidió que se llevara algún ejemplar de ese material. Y tras pocos minutos un par de niños sonrientes y sudorosos le mostraron un saco tan oscuro como el espacio, que enfriaba en vez de calentar.

Al día siguiente llegaron los científicos del Ministerio a recolectar muestras de las prendas y de los animales. Y en un par de meses el equipo nacional debutaba su nuevo uniforme en un amistoso en Accra. Al ser indagados por las autoridades porque nunca habían mencionado tal material a nadie, todos en el pueblo y por separado respondieron lo mismo "Nadie les había preguntado". Al oir tal noticia, Marino mandó a publicar en cada diario nacional un anuncio, en el que llamaba a la gente a contar si sabían alguna maravilla desconocida por la que nadie les hubiera preguntado. Y en tan solo unas semanas el buzón del Ministerio de la Honestidad, se llenó de cartas y cartas repletas de recetas, formulas y técnicas, para superar la calvicie, la impotencia, curarse de una gripa, aclarar los ojos, crear metales flexibles, hacer crecer frutas más rápido, e incluso como curar un corazón roto. Así fue que el ministerio de la Honestidad se puso a trabajar como no lo había hecho en años y asociándose con las fábricas y empresas de la nación se pusieron a fabricar de modo natural mil y un elixires que rápidamente eran comprados a precios exorbitantes alrededor del mundo, fuese en las tiendas de lujo de las grandes ciudades, o por los sindicatos agricultores de las naciones emergentes.

La tía Palma fue la primera en negociar con la nación, y tras pagar una millonada y comprometerse a proveer los uniformes a todos los niños de la nación gratis por cinco décadas, se quedó con la exclusividad de la tela de araña tropical. Así Cabinet Bestiare dio el salto más grande de la historia, y sacó su famosa colección de "Araña eterna del galeras", con ropas de todos los tipos desde trajes de modas para las premieres del festival de Venezia hasta burkas negras como la noche que enfriaban a las mujeres en el desierto arábico. Pero no fue solo Palma la que aprovechó, evidentemente en ese verano de las mil invenciones, llegaron recetas para crear platos dietéticos que sabían mejor que cualquier asado o banquete, y quien mejor que Knut para escribir un libro al respecto, y viajar por el mundo abriendo restaurantes dietéticos con los sabores más magistrales del corazón de la selva. Cedro, Almendro y el resto de industriales de la nación pusieron a disposición sus fábricas y crearon juntos la farmacéutica del Darién Africano, con la que exportaron todos esos elixires, fragancias y mezclas a los cinco rincones del viento. Y con todas ganancias que empezó a recibir el estado por su participación en el consorcio se logró financiar al cien por ciento una salud gratuita para todos en la nación. Y como la capacidad del país no daba para todo lo que se quería hacer, el gobierno autorizó las empresas privadas de salud, y ahí Almendro no dudó en invertir millones en crear los mejores hospitales, clínicas y centros de la nación, para llenarlos de los mejores equipos, los mejores médicos y la mejor atención.

Pero eso no fue lo único que aprovecharon los dos hermanos. Con la fama recien ganada de ser un país líder en los productos naturales, comenzaron a llegar más aviones repletos de turistas. Cedro vio la capacidad de sus hoteles rozar el apogeo histórico, recibiendo no solo los adinerados magnates que venían a curarse con la salud más barata y más eficaz del mundo como fue llamada la red de salud que había creado el estado gracias a sus socios. También llenó sus hoteles económicos de todos esos hippies que había atraído al país,

gracias a una gran campaña de marketing en la que posicionó al país y el resto de la costa oeste africana como “La ruta de la seda africana”.

Pero claramente el más feliz de ese boom inesperado fue Namibia, que finalmente consiguió la pieza que le faltaba para su equipo perfecto. Todas las noches se dormía con su playera del equipo nacional que lo mantenía fresco para esas calurosas veladas de verano. Con esa misma playera viajó a Tokyo a apoyar a su primo Magallanes, que estrenaba las prendas de tela de araña tropical en el marco internacional. Junto a su tío Salmón narraron desde la capital japonesa la totalidad de los juegos y celebraron con abrazos las tres preseas doradas que se colgó Magallanes, y las dos de plata y una de bronce que se colgó el resto de la delegación. Al volver los medallistas fueron celebrados por las calles de la nación en una muy linda ceremonia en la que Andrómeda cantó el himno nacional mientras la bandera de la nación se erguía en la cima del palacio de exposiciones. También cabe resaltar que a esa ceremonia asistió quien sería el ganador del Nobel de la paz de ese año, el reverendo afroamericano cuyos sueños de inclusión habían movilizado a tantas personas a luchar desde la no violencia.

Lo había llevado Vainilla a mostrarle que sus sueños no eran utópicos y que pueblos de todos los colores podían convivir unidos bajo la paz de la hermandad. El reverendo compartió con la familia sus ideas, esperanzas y miedos durante los pocos días que durmió con vista a la inmensidad desde la cima de la gran Torre. Y aunque la punta del Kilimanjaro o los reflejos del Sahara le causaron gran emoción, lo que más lo cautivó en esos días junto a los Darién, fue la presencia de los más jóvenes de la familia. Y es que los trillizos de Violeta sin planearlo ni quererlo habían tenido hijos sin saberlo el mismo día y a la misma hora en tres lugares diferentes del mundo. En Canadá Junio junto a su pareja, una brillante abogada ecológica de Montreal, había dado a luz a un pequeño al que llamaron Solsticio. En Sudáfrica mientras ayudaba con sus conocimientos legales la lucha contra el Apartheid, Agosto y su esposa una diplomática libanesa que había convencido en una conferencia, daba a luz a una pequeña niña a la que llamaron Ida. Y finalmente en Pakistán, Abril que tal como su madre se había enamorado de un médico del subcontinente, daba tal y como su madre, nacimiento a tres trillizos, dos niñas Otoño y Primavera, y un niño, Verano. Y tal como sus padres y su abuela, los niños nacieron con inteligencia superior y a pesar de tener tan solo unos meses de vida, el héroe de los derechos civiles americanos observó cómo construían con bloques de juguete, palacios para sus muñecos, y como en el brillar de sus ojos se veían los reflejos de mil y un cálculos procesándose en sus mentes.

Fueron tiempos felices, en que el pueblo del Darién Africano disfrutó el desarrollo, las mejores vías, los mejores restaurantes, la mejor salud, con conciertos y sinfonías todos los días, con festivales culturales en los que veían antes que nadie, la futura gran canción de las bandas británicas, la futura gran obra que triunfaría en broadway, o la futura gran gema de la nueva ola francesa. En la radio se hablaba de poesía, en las calles se veían túnicas coloridas repletas de flores, en las cenas se veía la elegancia de los tiempos, hombres con

traje y mujeres con vestidos. Había tantas cosas, de todo y para todos. El mundo daba vueltas y se conectaba y en esa explosión de ideas, eventos y personas, la televisión había tomado un puesto principal. El par de canales nacionales pasaban las famosas noticias, al igual que la programación especial escogida por Santiago al otro lado del atlántico. Programación que ya no se limitaba a documentales y notas educativas pero que con el tiempo se había expandido a películas viejas de varios rincones del mundo y últimamente programas en vivo, en los que habían destacado el cubrimiento de los juegos olímpicos o el recibimiento de los atletas. Y se preveía para los meses a venir hacer especiales de música, de teatro y tantas otras cosas, que los dos canales nacionales parecían quedar desbordados. Como la privatización de la salud había salido tan bien, bajando los costos generales, y aumentando la calidad en el Ministerio de los Aplausos a los que se les había encomendado encargarse también de todo lo relacionado a la televisión, se les ocurrió que era hora de hacer lo mismo con esa industria.

Cumpliendo con lo acordado hacía unos años, al Hombre de Blanco se le otorgó el privilegio de tener no solo uno, sino dos canales privados, y como premio a tantos años de buenos servicios y buenos precios, se le otorgaron los derechos televisivos del equipo nacional. Y es que por esas épocas, y a pesar de todas las maravillas que se podían vivir en la nación, la fiebre del futbol seguía siendo la que dominaba el espíritu de la gente. Los partidos de la liga eran seguidos con emoción en la radio, las diferentes canchas siempre estaban llenas, y el lunes no se hablaba de otra cosa en la radio que no fuera de los resultados del fin de semana. Y cuando jugaba la selección así fueran amistosos de preparación, las calles se adornaban de banderas y durante las dos horas de partido, apenas se oía la radio por los ruidos de los tambores que invadían la calle apoyando a la distancia a los compatriotas. Fue así que los meses que antecedieron las eliminatorias para la copa África de 1965, el país se llenó de mariposas en el estómago esperando los partidos decisivos. Y fue en esos meses que por primera vez se pasó futbol por televisión, los partidos preparatorios dentro del Darién eran transmitidos en vivo, mientras los que eran al extranjero eran grabados, y las cintas eran mandadas de manera exprés en el primer vuelo posible, para que el público viera con tan solo horas de retraso lo que habían oído en la radio. Se vio así a los once nacionales, a los que los rivales llamaban los dominós, porque la mitad del equipo era blanco y la otra mitad mestizo o moreno. Los vieron en los diferentes estadios africanos, y vieron al técnico húngaro que tenían gritando como loco desde el banco, y veían los rivales cantar contra ellos, y veían las ampliaciones de las cámaras mostrar al joven Namibia tomando notas desde los estrados.

Llegaron los días decisivos, y comenzó la emoción y el sufrimiento. La suerte los había emparejado con Senegal, Guinea y Mali. Empezaron visitando Mali donde el equipo logró sacar un empate agónico faltando poco para el final. A eso le siguieron dos victorias de locales contra la misma Mali y contra Guinea. Se venían los dos partidos más duros, Guinea y luego Senegal, ambos de visita. Pero la suerte quiso que cayeran en Mayo, justo

en las fechas que Namibia pasaba su Brevet des Collèges, exigido por su colegio francés. A pesar de hacer un escándalo y prometer estudiar desde el estadio, y luego idear un sistema complejo para tomar el examen de matemáticas desde el avión, se le prohibió asistir a los partidos para cumplir su deber académico.

Su ausencia como líder espiritual del sueño del país se hizo notar, y se perdieron ambos partidos por detalles evitables. Todo se definía en la última fecha contra Senegal de local, si ganaban iban a la copa, si empataban quedaban segundos a un repechaje y si perdían quedaban eliminados. Las calles se inundaron de colores y sonidos, y no hubo un solo habitante que no estuviera pegado a su radio, televisión, o alentando desde dentro y a las afueras del estadio. El equipo salió al campo vestidos de negro, hacía un sol inusual para esa hora y esas fechas, y si por si fuera poco, había tanto ruido en el estadio que los tambores se alcanzaban a oir hasta en los puestos fronterizos. Marcaron en los primeros veinte minutos, en lo que fue un frenesí que hizo explotar a la nación. Desde los palcos Marino y Salmón brindaban con champaña, todos salvo Namibia que se mordía las uñas y miraba cada vez que podía el reloj del estadio, cantaban y saltaban. El equipo jugaba un gran futbol, con tacos, gambetas y emociones. Le pegaron dos veces al palo, el arquero rival sacó tres chances claras, y los delanteros tuvieron mala puntería en varias ocasiones. Cuando faltaban diez minutos, el marcador seguía igual, y todo el estadio, por no decir el país era una gran fiesta. Faltando cinco minutos, cuando ya muchos habían salido a bailar a las calles, hubo una falta tonta cerca del área, todos estaban tan felices y confiados que solo Namibia se tomó la cabeza en desespero. El estadio estaba tan hipnotizado por la fiesta que se vivía adentro, que se demoraron casi cinco segundos enteros en percatarse que el balón había entrado al ángulo. Pero el gol no interrumpió la fiesta, con un equipo jugando así de bien, a nadie se le ocurría que no lograría clasificarse en el repechaje. Senegal se mandó atrás, defendiendo su pase, y el equipo motivado por los aplausos y los gritos se lanzó frenéticamente a recuperar la ventaja. Faltaba un minuto del añadido, cuando una serie de toques dejó solo frente al arquero, al capitán y la figura del equipo. El estadio entero lo vio respirar con calma como se le había enseñado y gritaron el gol incluso antes de que hubiera lanzado, ya sus compañeros levantaban los brazos, cuando vieron el balón superando al arquero, el balón rodaba lentamente por los aires, y todos gritando el gol, incluso el delantero que ya se daba vuelta y se tomaba la parte baja de su camisa para festejar, quedaron atónitos cuando pasaban los segundos y el balón no entraba, y cuando el balón golpeó el palo y rebotó en la línea para volver a salir, el estadio, por no decir el país entero quedo mudo. Y en ese silencio sorpresivo, el arquero de Senegal tomó el balón lo lanzó lejos con el fin de acabar el partido, pero a falta de ruido el balón voló menos de lo esperado y le quedó al delantero rival, que sorprendido por la pelota empezó a correr, y tras sacarse a dos defensas batió al arquero. El pitido final sonó segundos despues, y no se oyó ningún otro sonido en el Darién, hasta la mañana siguiente cuando al abrir los ojos, el país entendió que se habían quedado sin nada y los niños y los fans más devotos empezaron a llorar.

XXVII

La vida siguió, como debe seguir siempre a pesar de cualquier golpe y cualquier derrota. Las calles siguieron repletas de ruidos, los trombones de los cafés, las risas de los restaurantes, los suspiros de la playa. Los aviones seguían llegando, el café seguía vendiéndose y el petróleo seguía saliendo de esa bendita costa negra que cubría el litoral de la nación. Marino seguía viajando tratando de contrariar con sus pactos las lenguas viperinas de los señores de la guerra, siempre viajando por el continente buscando cheques a cambio de sus armas y pesadillas soñadas. Incluso Namibia no se dejó amedrentar por los giros inesperados del balón, y cada vez que tenía tiempo, y uno siempre tiene tiempo para lo que ama, llegaba al estadio y cruzaba la calle a las oficinas de la federación. Veía videos, repasaba sus notas, discutía con los expertos, contrataba nuevos, llamaba a los jugadores y los hacía leer ensayos sobre la suerte, la derrota y la injusticia. Viajó a Túnez a ver la copa y vio como una moneda eliminaba al equipo que los había sacado a ellos, y como a pesar de todo el apoyo de una nación los locales perdían la final. Y así volvió motivado y convencido que si hubieran clasificado, hubieran podido competir, y que al final el futbol como la vida se trata de eso, competir. Empezó entonces una nueva estrategia para fortalecer al equipo. Invitar a selecciones consolidadas a jugar contra ellos. Pero claro, como nadie quería darse la vuelta al mundo para jugar contra un equipo desconocido por el público del balón, no le quedó de otra que ofrecerle a las diversas federaciones jugosas primas, regalos y favores con tal de visitar el estadio.

Así que empezaron a llegar los vuelos, y de ellos bajaban las grandes estrellas del futbol mundial, desde los Pelé y Garrincha, hasta los Charlton y los Eusebio. Y cada domingo cada 15 días, la gente se reunía en sus casas, en los cafés y como no, en el estadio a ver a los magos del balón destrozar su pequeño equipo nacional a punta de goles y lujos. Pero al ser amistosos nadie lloraba por más abultado que fuera el marcador, y al contrario debatían si Best jugaba mejor que Rivera, o si Masopust y Puskas aún tenían nivel para ser estrellas. Y los visitantes luego de golear al equipo de negro, se daban vueltas por las calles de las dos ciudades, y asistían al teatro a ver a Callas o a los miembros del Rat Pack desplegar sus mejores éxitos. Y algún otro le pedía a su federación que lo dejaran quedarse un par de días más para ir a la reserva de los animales inteligentes, o quedarse una noche más en una de esas suites rodeado por constelaciones.

Y Namibia no desaprovechaba y se pasaba todo el día hablando con los astros y preguntándoles sobre pases con tres dedos y marcaciones al espacio en vez de al cuerpo. Y luego en la cancha tomaba como siempre mil notas para tratar que el próximo partido se perdiera por cuatro y no por seis goles. Y cuando ya no hubo selección o equipo que no hubiera venido a probarse al calor que era su patria, se le ocurrió que no habría mejor despedida a esa temporada futbolera, que invitar a la selección de la Federación Andina,

que tras un par de ausencias había logrado clasificarse para la fiesta máxima del futbol. Para evitar pérdidas de tiempo inútiles le pidió al papá que hablara directamente con el presidente de esas épocas, que como todos los que habían seguido al doctor era más títere de los militares y los dueños del poder, que ente propio, y que aprovechaba cualquier evento trivial en que pudiera sentirse útil para tomarse fotos y crear la ilusión ante el pueblo de tener un legado o autoridad. Así que sin falta cuando Marino lo llamó personalmente para proponerle el partido, el presidente aceptó encantado sin siquiera comentárselo a los asesores que tenía de jefes. Les dio una fecha y dijo que preparan todo para ese día, que armaran una gran fiesta y un gran evento y un gran todo. Así que Marino transmitió el mensaje al hijo y le deseo buena suerte, ya que él no tenía tiempo entre tanto trabajo y los caprichos de la hermana, que cada dos meses cambiaba de pasión, y según la fecha tocaba conseguirle un caballo, un trampolín, o un profesor de Ballet, o de piano.

Namibia no temió el desafió y con un par de llamadas a los distintos ministerios organizó, la llegada, la hospedada, el partido, el banquete, y la fiesta. Y al mismo tiempo que cuadraba si dar camarón o dar cachama, le pedía videos a la agencia de inteligencia sobre como jugaba el combinado fedeandino, al igual que llamar cada día a los distintos entrenadores para motivarlos a motivar y preparar mejor a su combinado, que contra Brasil se podían dar el lujo de perder por ocho y tan solo marcar un gol, pero jamás contra la metrópoli. Y así pasaron las semanas hasta la fecha pactada, y desde el tapete rojo que había mandado a poner en el aeródromo Verde Darién que estrenaba terminal nueva, vio el destelló rojizo de la compañía nacional cruzando las nubes blancas como carabelas que los acompañaban en esa jornada. Con emoción esperó a que se abrieran las puertas de la aeronave, esperando ver a las figuras del equipo que tanto había estudiado. Pero rápido se fue la emoción cuando vio bajar los jugadores, todos desconocidos de un metro sesenta y flacos como niños, y como si fuera poco se percató que tampoco había venido el presidente de la república. Y es que claro, cuando al presidente le dio por anunciar en su gabinete ministerial que había pactado un partido en la colonia que se creía país, los ministros y asesores se pusieron a reír pensando que era no solo la mejor broma jamás dicha por el mandatario, sino quizás lo único brillante que había salido de su boca en la vida. Y luego cuando vieron que iba en serio, y que quería mandar a su equipo estrella, al que por verlos jugar el pueblo no se había dado cuenta que habían vendido parte de los pozos del Perú a una firma extranjera, al otro lado del mundo, a la selva o al desierto o a quien sabe que barrial faltando tan solo un mes para la copa del mundo, casi le hacen golpe de estado por tarado.

Así que el presidente le tocó retractarse, fingir que había sido todo broma, y pasar bonos a todos los ministros y asesores por tener tan buen sentido del humor. Pero como le dio pena, vergüenza y quizás hasta miedo llamar a Marino a contarle la verdad, le pidió a la federación que mandara un equipo B, y como en esos tiempos los que manejaban el futbol eran los mismos que manejaban el resto de deportes, incluido todos los deportes olímpicos,

se les ocurrió que no había mejor forma de vengarse de la colonia esa que se creía país y que los había tanto abochornado en los olímpicos de Tokyo, que mandar un equipo de futbolistas indígenas de las sierras. Así que mandaron un delegado a las montañas altas del Perú, del Ecuador y de Bolivia a que tomara siete indígenas por país que supieran jugar al futbol bien. Los entrenaron de mala gana por dos semanas y los empacaron con uniformes viejos en el avión más barato que se consiguieron.

Namibia que entendió la broma pesada y sin gusto, se esforzó el doble para hacer sentir bien a sus invitados, que no tenían culpa de la maldad de la ignorancia. Así que durante los tres días que estuvieron, se los trató como se había tratado a tanto personaje ilustre, salvo claro en el partido, en que la caballería pedía dar lo máximo así fuera por un tiempo. Y así el partido quedó 8-0 en el primer tiempo, y en el segundo por orden de Namibia bajaron el pie del acelerador para un global de 10-0. Menos mal al equipo de las Sierras no les importó mucho el resultado una vez vieron el banquete de frutos del mar que les tenían preparados y mucho menos cuando los llevaron a escuchar a la filarmónica nacional. De todas formas y como Namibia se conocía a los compatriotas del otro lado del atlántico le pidió el favor a los periódicos que anunciaran que el partido había quedado solamente dos a cero, para evitarle la humillación al equipo vencido. Pero el gesto no fue suficiente ya que al día siguiente más de un periódico alertado por la federación de futbol, puso bien grande en primera plana, “Los negros le ganan a los cholos”. Marino consciente que un titular como esos podía dañar lo que los dialogos habían logrado, movió todas sus influencias para bloquear la noticia en su tierra y según me cuentan los que saben, la noticia no se supo sino hasta diez años más tarde cuando Alexandre Trois la descubrió por casualidad en un anticuario y la hizo distribuir por toda la nación. Es decir que durante casi una década los únicos que supieron de la infame portada fueron los directores de los periódicos nacionales, que poco les importó ya que las primicias que les dio Marino para evitar su publicación les resultaron más jugosas y lucrativas. Y el Protectorizo, que quedó fuertemente chocado con la estupidez de la gente de la Metrópoli, que por venganzas personales y triviales habían arriesgado desestabilizar la nación entera. Pensó que sería bueno hacer un viaje a Bogotá y compañía para hacer entrar en razón a sus compatriotas poderosos, pero teniendo en cuenta que había elecciones ese año, decidió esperar a ver si al títere que escogían en esa ocasión era más inteligente y ponía en orden ese país de desordenados.

Pasaron las elecciones, y eligieron a otro de muchos nombres distinguidos y de pocas ideas buenas. Así que empezó a planear la visita con mucha cautela e inteligencia, que como estaba la metrópoli en esos momentos se tenía que hacer todo con cuidado. Pasó varios meses asesorándose y pensando sobre todo lo que tenía que hacer y decir. Y cuando ya tenía todo en la cabeza le pidió al hijo que lo acompañara, tal como su padre le había pedido a él tantas veces que lo acompañara a los lugares que un día él tendría que visitar. Y el hijo le respondió que con mucho gusto lo acompañaba, pero que solo despues de las eliminatorias para la copa africana, que en estas si clasificaban porque clasificaban. Así que

al Protectorizo no le quedó de otra de aceptar el pedido de su hijo, y así de paso podía planear incluso más lo que sería uno de los viajes más importantes para la historia de la nación.

Los gajes del sorteo los mandaron a competir por un cupo contra Kenia, Uganda, Libia y la República Árabe Unida. Por motivos que aún hoy cuestan explicar, en vez de un grupo todos contra todos, ese grupo se efectuaría por eliminación directa. La noticia fue recibida con miedo por gran parte de la prensa que veía casi imposible vencer a los egipcios en un duelo directo. Namibia también pensó que sería complicado, pero en ningún momento dejó de creer. Intensificó los esfuerzos y las preparaciones, al igual que mandar a scouts por toda la nación en busca de talentos jóvenes. Mientras los scouts recorrían las rutas de la nación en buses repletos de hippies siguiendo la nueva ruta de la seda, la selección del Darién viajaba a Kenia para su primer obstáculo. Ganaron por dos goles y a la vuelta con la tranquilidad del deber hecho se contentaron con ganar por uno. Dos meses despues cuando ya empezaban a llegar reportes que muchos jóvenes de la nación habían aceptado unirse al programa "becas por balones", los "Dominós" empataban en Kampala. Y ante un estadio nacional a reventar ganaron una vez más por la mínima para avanzar a la última ronda contra el seleccionado sirio-egipcio. Prepararon el partido en las selvas de la nación junto a los salmones galácticos que ya andaban preparándose para los Olímpicos de México. El partido se jugó en el estadio nacional con casi 70mil aficionados entre los que andaban sentados y de pie. Fue un partido duro y reñido donde al final fueron los faraones que se impusieron por la mínima. En las casas de apuesta daban por hecho que serían los norafricanos los que se clasificarían. Pero como lo diría el mismo Namibia unas horas más tarde cuando en el hotel de las estrellas festejaban la clasificación a su primer torneo continental, "La suerte viene de muchas formas, y siempre hay que abrirle la puerta con sonrisa". Tan solo horas despues del final del primer partido, La república Árabe Unida, y sus aliados habían atacado al estado de Israel en lo que fue conocido como la guerra de los Seis Días. A raíz de ellos la nación de Nasser había renunciado a su participación al partido de vuelta, y el Darién Africano había avanzado a la fase final. Esa noche el país se llenó de champaña, tambores y fuegos artificiales. Se bailó toda la noche en las terrazas, las calles, y las canchas reconvertidas en pistas de festejo para una nación en júbilo. Y al amanecer, con apenas unas horas de sueño, con resaca y cansado, Namibia se subió con su padre al Quetzal Protectoral para viajar a Caracas.

Namibia miraba por la ventana del avión con una cierta tristeza, le hubiera gustado pasar el verano de otra forma, con los primos en Los Ángeles, en Paris o en Nueva York, acompañar a su mamá y hermana en las isla del mediterráneo, incluso pasearse con sus amigos por las calles de la ciudad vieja conquistando chicas en los bares. Despues de todo, era el último verano antes de empezar el año final de segundaria. No le causaba mucha ilusión atender cenas aburridas y discutir de los mil y un problemas que parecían llover

todos los días en los cielos de la Metrópoli. Se quedó dormido soñando con gambetas y risas pasadas. De repente una luz lo despertó, miró por la ventana y se encontró con un rojo agonizante esparciéndose por las nubes. Un atardecer inusual, que poco a poco y sin razón le fue quitando su descontento. El rojo se convirtió, en naranja, y poco a poco fue desapareciendo entre el horizonte hasta cubrir el cielo del negro espectral que solo había visto en las arenas de su tierra. Y cuando pensó que la oscuridad total invadiría el universo, volvió el color en forma de puntitos amarillos, pensó por un segundo que serían las estrellas de su torre viniéndolo a buscar, pero cuando puso atención se fijó que eran las luces lejanas de una ciudad que los recibía. En ese momento invadido por un sentimiento extraño que nunca logró descifrar, pensó que a lo mejor estas tierras familiares no eran tan malas como las pintaba su padre.

Y es que el último año había sido fatal en la madre patria. La algarabía de las elecciones habían durado poco, si bien le habían puesto la banda presidencial, que un diario americano había sacado un informe devastador. Se hacía público como el gobierno anterior había vendido parte de los derechos de explotación de los pozos de petróleos del Perú a firmas extranjeras a cambio de jugosas primas y comisiones para ministros, senadores e incluso el presidente. Pero eso no era todo, cuando fueron a ver el contrato se encontraron que faltaba la última página. Ante un panorama tan indignante la gente salió a las calles, y por más que el presidente de turno negara estar involucrado con dichos negocios, nadie le creyó. Y la oposición, es decir los mismos ricos de siempre, pero que esta vez habían quedado excluidos del negocio y se sentían más indignados por ello que por el acto mismo, empezaron a bloquear todas las propuestas del gobierno. En ese caos de legitimidad que se encontraba el país, salieron unos militares en Panamá y con algunos tanques habían ido al palacio regional a declarar un golpe autónomo, a decir que el canal era de ellos y que no veían porqué esos centralistas federales que mandaban desde Bogotá venían y se llevaban la mayor parte, y cuando había por fin negocios buenos como ese del petróleo peruano, se hacían los suecos. Pero eso no duró mucho que del Chocó salieron los tanques de la nación, del Darién Colombiano salieron los buques, y desde las bases aéreas de Texas salieron los aviones Americanos a darse una vuelta por los aires Panameños para hacer recapacitar a los insurgentes.

Pero el general que había dado el golpe, que como todos los generales no tenía nada de tonto pero todo de truhan, hizo un par de llamadas a los amigos gringos del norte, agradeciéndoles por las flores que habían mandado cuando inauguraron el puente que unía el ismo, y la buena voluntad que siempre habían mostrado en los diversos tratados hechos por los años en los que Estados Unidos ganaba más y los panameños ganaban menos, y resaltándolos por no haber puesto tantos problemas por eso de la zona franca que bloquearon por años y por solo disparar a estudiantes revoltosos cuando no les quedaba de otra, y finalizó diciéndoles algo que de ahora los bancos no iban a preguntar tanto y que ajá. Así que los aviones retornaron a Texas, y al otro día luego que el embajador americano

saliera de hablar con el presidente de la federación, no lo quedó de otra a los tanques y los buques dar media vuelta y volver al chocó y al Darién. Y esa misma tarde el presidente del país estaba sentado con los generales panameños firmando un tratado de autonomía para que siguieran siendo parte de la nación, pero mandando menos dividendos del canal y con potestad para decidir cómo se hacían las cosas sin pasar por el gobierno centro-federal. Y el general en su infinita humildad se negó a que lo llamaran Gobernador de Panamá y muchísimo menos presidente, porque presidente había uno solo en toda la nación, pidió que se lo llamara Líder Máximo de la Autonomía Panameña.

Y ante tal muestra de debilidad, las pirañas olieron sangre desde Caracas hasta La Paz, y todos los gobiernos regionales mandaron delegados a Bogotá a ver que podían ganar. A los peruanos no se les dio nada, que por culpa de su petróleo era que estaban en esas, jodidos. Con los bolivianos tampoco hubo problema que con los militares y oligarcas se habían entendido bien toda la vida desde que se les dio por quitarles el Chaco a los paraguayos, y darles esas tierras. Con un regalito de vez en cuando al que estuviera al mando, seguían de amigos y se evitaban problemas. Como por ejemplo, al último de los militares al mando le habían dado un helicóptero último modelo, en el que irónicamente moriría años más tarde. Y el en agradecimiento se había dedicado a erradicar a los enemigos del estado, y a hacer todo lo posible para ocultar cualquier cosa que pudiera afectar los intereses de la nación de los puros, como la llamaba, por eso reprimía a los indígenas en las minas cada vez que exigían mejor calidad de vida, y sin avisarle a nadie llevaba una guerra solitaria desde hacía un tiempo contra guerrilleros locales al mando del Che Guevara y Tigre Darién. Los ecuatorianos tampoco pusieron muchos problemas, salvo su insistencia perpetua de redibujar el mapa de la nación para quitarle parte de selva al Perú y ponérselas a ellos, propuesta siempre rechazada y acallada con contratos del gobierno para pescar atún en las costas del país o entregar participaciones de los nuevos pozos petroleros que encontraban en la región. De resto los militares y políticos del país felices con sus bolsillos llenos, parecían usar su energía para criticarse continuamente entre quiteños y guayaquileños, y acababan muy cansados como para exigirle a la nación ayudarlos en los grandes problemas económicos que vivían desde hace mucho.

Pero sin duda no había mayor problema para los políticos de Bogotá, que los políticos venezolanos. No esos con los que bebían todas las noches en los clubes privados y en los pasillos del congreso, sino esos que manejaban el petróleo del país desde los aires acondicionados de Caracas y Maracaibo. Y es que en Venezuela tenían claro que si por algún acto de dios la federación desaparecía, ellos quizás serían los únicos junto a esa colonia lejana en caer de pie. Cada día se revisaban los números de las reservas petroleras, y cada día tenían más. Y si el fin del pacto había sido auspiciado en gran parte por uno de los suyos. Tras la caída del Doctor de la cabeza de la patria, los dueños del poder tomaron nota, y poco a poco ese grupito de generales y políticos que les había abierto la puerta para hacer lo que quisieran, se volvieron más molestos que útiles, y uno a uno los fueron

cambiando. Tras el Doctor y su sequito bogotano se fue el que movía los hilos del Perú, y quedó como último bastión de la mano dura el doble –Ez. Y a él también le llegó el día en que no fue más necesario, y como a todos los otros, les dieron una palmadita y le mostraron la puerta. Y ahí se reunieron todos los que manejaban ese país de petróleo en medio de ese país de naciones, y juntos se dieron la mano para vivir bien. Y como al fin y al cabo el petróleo era de ellos, cuando en las mesas se reunían los líderes del país, ellos no tenían miedo en alzar la voz y dejarlo en claro. Que si a los negros del Darién les habían dejado manejar su petróleo, porque a ellos no. Y así empezó una guerra a dos bandos entre el poder político que se manejaba desde Bogotá y el económico que se manejaba desde Caracas. Como los cheques se firmaban desde Venezuela, pues si había que decidir a donde iba el producto de lujo y a donde el de segundo grado, pues no había duda que el que pagaba tenía prioridad.

Del mismo modo en Bogotá no dudaban, y como las leyes se firmaban desde la plaza de bolívar, los congresistas se las arreglaban para cobrárselas. Y cansados de que los rolos y sus aliados se la pasaran aprobando leyes para joderlos, los del petróleo acudieron a uno que los jodiera a ellos. Y para dejarlo bien claro y para mostrar que ellos estaban unidos no por ideología sino por patria, pusieron de jefe de la nación al que en el pasado había hecho revolcar al Doctor y compañía. Y él que poco le importó ser un peón en juegos de poderes, se inspiró en el Darién Africano en el que había pasado algún tiempo durante su exilio. Allí había llegado a la conclusión que esos colonos que tanto se despreciaban desde la metrópoli llevaban casi ocho décadas viviendo mejor que ellos, con la única primicia de hacer las cosas bien, y que al fin al cabo, esa gran nación que los cobijaba se había ido al carajo, justo cuando se les pasó por la mente dejar de hacerlas bien, para hacerlas como se les diera la gana. Así que el protegido por el deseo de los poderosos de su patria de joder a los poderosos de su gran patria, se puso a usar toda esa plata de la mejor manera, siguiendo el plano de esa tierra de costas negras. Y fue tal su éxito que hasta lo intentaron matar los dos extremos ideológicos, desde cuba el comandante porque mostraba que se podía ser bueno con el pueblo sin oprimirlo ni quitarle sus libertades, y desde la republica dominicana el señor presidente porque mostraba que para luchar contra el comunismo no era necesaria la falta de empatía con el pueblo.

Así que cuando pasó lo de Panamá, los emisarios de la región petrolera, llegaron con sonrisas regodeantes, y con un índice mostraban todas esas tierras al oriente del Orinoco, sin dudas no perfectas y con problemas, pero mejorando constantemente, y luego con el otro índice lado mostraban el resto de la nación, carcomida por la corrupción, la falta de empatía, dividida, en crisis y cayendo en un espiral de polvo. Y con altanería ofrecieron su ayuda, abrir las llaves del petróleo a cambio de un poco más de poder y reconocimiento. Pero el gobierno, que no eran solo bogotanos, sino colombianos, venezolanos, peruanos, ecuatorianos, bolivianos y panameños sacando provecho de los lujos que este le daba, se limitaron a darle la mano con una sonrisa falsa a los emisarios, y reiterarles con terquedad y

orgullo que allá verían ellos como se gastaban lo que les correspondía por ley, que ellos verían como se gastaban la de ellos.

Y en ese juego de gallos, no se perdonaban una, y los periódicos de ambos bandos sacaban titulares como "Bogotá contra todos", o "El egoísmo venezolano" para echarse la culpa constantemente de todas las desgracias en la que vivía la gran mayoría. Porque mientras las elites se disputaban el poder, el resto debía convivir con sus consecuencias. Una economía que quedó estancada en la mediocridad, con las exportaciones caídas, el peso de la industria cada vez menor. Una economía que si no fuera por el petróleo exagerado que tenían gracias a los pozos venezolanos y africanos sin duda alguna les hubiera tocado devaluar su moneda o pedirle ayuda al fondo monetario o al banco mundial. Pero en teoría el petróleo tapaba todos los huecos que dejaban el pobre ejercicio fiscal y la débil inteligencia financiera de varios gobiernos seguidos de incompetencia y decisiones mal pensadas.

Pero de la teoría a la realidad hay un gran salto, y a pesar de ser el país más rico abajo del trópico de cáncer, los dineros del petróleo acababan en favores ya contados, en sobregiros de contratos, represados por disputas políticas o en bancos panameños, suizos y de islas caribeñas. Y así todos esos lugares que deberían haber sido salvados por los dividendos del líquido negro, vivían en las más grandes de las miserias y de los olvidos, rodeados solo por polvo e ilusiones rotas. Y en esos pedazos de olvido sin desarrollo ni esperanza, en esos lugares tan dejados a la deriva que el estado ni se molestaba en mandar sus matones para apagar llamas de otras ideologías, nacían grupos rebeldes de campesinos sin educación radicalizados por ciudadanos en busca de revancha a tantos años de represiones. Y claro al comienzo, y como era costumbre en esa nación de tiempos mejores, se pensaba que sin hacer nada todo se solucionaría. Pero con el pasar del tiempo, la realidad aterrizaba y los problemas simples se habían vuelto complejos. Y sin dinero, ni ganas para solucionar los problemillas en los montes, al estado no le quedó de otra que pasar la propuesta del Hombre de Blanco, y darle armas a los vecinos de la montaña, para que solucionaran como quisieran ese problema de guerrillas. Y con ese pedazo de ley tan ambiguo, cada región hizo caso, y si en Bolivia peleaban contra guerrillas invisibles para el mundo, era para no mostrar el cómo las combatían, y en Colombia que no tenían tiempo para ocuparse de esas cosas por tratar de mantener unido una federación dividida en los egos, las traiciones y el dinero, se tomaron en serio lo de darle armas a los vecinos y trasladarles a ellos la potestad de combatir y matar. Y en Venezuela la única de todas esas patrias donde todo iba más bien que mal, por más de los intentos del ejecutivo, se les ocurrió pacificar no con balas sino con textos. Por eso fue allá el primer lugar donde fue hablar Marino al llegar.

XXVIII

El Hombre de Blanco lo invitó a la fiesta. No le dijo muy bien de que era, el Hombre de blanco tenía esas mañas, le gustaba jugar con la gente y con sus mentes, se regodeaba cuando sabía algo que los demás no, y a su manera silenciosa jugaba con ellos, sin que los otros se dieran cuenta. El presidente había organizado una gala en el palacio ese horrible, que había mandado a construir el Doctor. Nadie sabía bien la razón, pero era algo grande. El Hombre de Blanco la sabía pero no se lo adelantó. En todo caso Santiago estaba emocionado, habrían encontrado algún pozo petrolero en el golfo de Morrosquillo o habrían dado luz verde al canal del Darién, conociendo al gobierno y sus allegados, una fiesta como la que iba a dar sería solamente para restregarle algo a alguien. Pero eso no era lo que lo emocionaba, quería volver a ver a su primo y su tío. La última vez que los había visto fue cuando la nación se había cubierta de pétalos de orquídea y lágrimas para despedirse por última vez de la Alegría de la nación. Desde entonces había pasado tanto tiempo pero tan pocas cosas. Llevaba casi ocho años haciendo lo mismo, estudiando, trabajando, estudiando y trabajando. Salvo alguna desgracia monumental se graduaría como el mejor del colegio, ya lo habían aceptado y becado en la universidad más respetada de toda la federación. En un momento dudó si aplicar a las universidades americanas o a las europeas, incluso a la universidad de la costa. Pero al final entendía que su futuro estaba en esas calles polvosas que se vuelven mármol entre más se va al norte. Seguía trabajando con el Hombre de Blanco, milagrosamente ya no le tocaba verse las mil cintas semanales, ahora le tocaba dar la última palabra, sobre lo que seleccionaban lo demás. Pero en contraste ahora se había vuelto el secretario personal del Hombre de Blanco.

Los negocios habían explotado de manera exponencial, no solo gracias a la astucia del empresario de pelo claro, que con su sexto sentido e inteligencia sabía mejor que nadie donde y cuando invertir todas las regalías que le producían sus diversos emprendimientos. También, había sido favorecido con la ayuda de las amistades. A pesar de ser ideológicamente opositor al Doctor y sus compinches, una vez este último había sido pedido amablemente de renunciar a su puesto para evitar violencia en su contra, el Hombre de Blanco se le había acercado basado en la idea que un tigre herido, estará herido pero sigue siendo tigre. Ni bien había dado la noticia la radio que el Doctor ya no era presidente, que el Hombre de Blanco se había ido al aeropuerto a convencerlo que no exiliara en España, ni en Dominicana, sino que se quedara como varón y con la frente en alta. Lo hospedó en una de sus propiedades cuando ningún amigo lo quiso recibir, le brindó mecanismos para que sacara el dinero que se había robado en su mandato fuera del país, sobornó sin pedir interés a medio congreso para que movieran favores y lo dejaran quedarse en la patria como ciudadano y no como prófugo y hasta le mandó las cortesanas que él hubiera preferido para esas largas noches silenciosas y solitarias donde uno se replantea la vida.

Lo fue a ver todos los días, así eso le costara perderse de citas y reunión en claves para los negocios. Y hasta le tocó con otros ricos nuevos fundar un club nuevo en el barrio de los judíos para poder hacer tertulias a las que dejaran entrar al Doctor y sus amigos a discutir por horas como les habían tendido la cama los ricos silenciosos que quieren poner orden sin derramar sangre. Pero con el tiempo y con el olvido histórico que cubría al país y sus habitantes, en el club nuevo y en todos los demás, los ricos y poderosos le perdonaron los reproches y las matanzas y apunta de aguardiente y pizco lo volvieron a aceptar en sus corazones. Y junto a él todo el sequito que lo había acompañado en el olvido, comenzando por el Hombre de Blanco, que recuperó toda la plata perdida en esa inversión humanitaria que había sido la amistad con el Doctor, en forma de contactos y aliados que si no fuera por el maestro y a pesar de sus millones ni le hubieran dado la hora. Así acabó de senador, por algún partido de oposición, que de oposición tenía solo la cantaleta que decían en la radio y la prensa, porque el día de la verdad votaban igual que los oficialistas. Y ya de senador, la vida era más fácil, que podía pasar leyes con mil asteriscos y adjudicarse a sí mismo y a sus aliados contratos innecesarios y estratosféricos. Así acabó con el contrato de las cantinas escolares, de los uniformes de policía y de afiches contra la corrupción. Pero el más importante, le dieron el contrato de la televisión pública, y lo negoció con el mismo, así que de paso se adjudicó el derecho del primer canal privado de la nación para él y sus socios.

Así que en un abrir y cerrar de ojos, los diarios de la nación comenzaron a hablar de más en más sobre ese comerciante venido de la nada, que a punta de trabajo había armado un imperio, creado un canal propio. Un hombre de un genio tal y con tanta capacidad de inspirar al prójimo, que lo habían escogido senador de una región en la que nunca siquiera había pisado y en que todas las elecciones anteriores habían escogido a los granujas más corruptos del país. De hecho en su despacho en el congreso tenía con gran orgullo y sin vergüenza alguna enmarcado codo a codo la tapa del periódico que me mandó en esta larga aventura, un pedazo de papel arrugado y amarillo que leía “En la costa pasaron de vender votos a comprar ideas”, junto a una de las balotas pre-marcadas con su nombre que le daban a los campesinos junto a su mercado de tres huevos, dos aceites y ocho chocolatinas, a cambio de las balotas vírgenes que les daban en la casilla de votación. Y claro, con tanto negocio turbio y las responsabilidades que ellos menan, le tocaba delegar al máximo todo lo referente a los negocios legales. Y ahí encontró a Santiago como mano derecha, para que le llevara la cuentas, hiciera los papeleos, y hasta los impuestos que al final nunca pagaba gracias a algún vació legal que el mismo había puesto en letra fina al final de la ley de lucha contra el analfabetismo en la nación.

Ese día en especial había sido uno larguísimo, le tocó madrugar dos horas antes de lo previsto para hacer las tareas del colegio, luego le tocó aventurarse a la transición de polvo-mármol, desde su casa hasta la oficina privada del Hombre de Blanco. Allí le había tocado hacer números y resúmenes de las actividades de la semana anterior y de la siguiente. Y luego le había tocado escoger un número del uno al doscientos cincuenta y siete a ver a que

subordinado le iba a hacer la vida imposible ese día para que cogiera carácter y ver si estaba comprometido con la causa. Salió el vice-secretario de comunicaciones en la selva amazónica, y le dio gran pena porque era la cuarta vez que salía ese mes. Le dio más pena cuando el Hombre de Blanco que se había percatado de lo mismo le dijo que sacara otro número, que al pobre Ramón lo despedía ese mismo día porque no quería que gente con mala suerte trabajara con él. Así que dijo otro número y mientras el Hombre de Blanco telefoneaba al contador del partido a regañarlo por haber olvidado instrucciones que no había dado, a Santiago le tocó escribir la carta de despido a Ramón. Luego de eso desayunaron con los ministros del partido que el presidente había nombrado en gesto de buena fe, y debatieron como podían entorpecer la reforma tributaria desde adentro para a ver si así ganaban más escaños en las legislativas a venir. De ahí salieron al club y allí con los ricos amigos y los ricos amigos falsos, se quejaron de Marino Darién que andaba día y noche jodiendo con los venezolanos amenazándolos con que se empezaran a poner pilas con la elección a venir en la colonia que se creía país, porque a ese ritmo y con esa actitud, se les iba a independizar y ahí si se jodía la nación. Como se atrevía ese niño bonito que nunca había sufrido en su vida a venir a decirles que hacer y cómo hacerlo, que si se habían robado no sé cuántas elecciones en el país, no iban a ser capaces de ganarse una donde los negros. Luego se burlaron de su primo Namibia Darién, y lo llamaban marica por pasarse sus días viendo jóvenes en pantaloneta corriendo detrás de un balón. Finalmente y ya en tono serio discutieron que rumores debían filtrar sobre el senador Pinta, para que se fuera calmando un poco y abandonara la idea loca de lanzarse a la presidencia para 1970. Y como andaban hablando de maricas, Santiago que había permanecido callado toda la conversación, en una voz tímida sugirió que lo culparan de actos obscenos y que infundieran el rumor que de paso, el personaje ese del libro ese que había sacado el futuro Nobel, se basaba en él. Y ellos que no habían leído el libro pero si se lo habían hecho resumir, le dijeron que era una ideota. A lo que siguió una sonrisa gentil y con algo de orgullo del Hombre de Blanco.

Como premio por su aporte le dio un par de billetes y le dijo que comiera en un buen restaurante mientras él iba a Palacio a hablar con el presidente. Fue a su restaurante favorito y pidió el plato más grande así no fuera el más rico para llevarse las sobras y dárselas a su mamá. Al rencontrarse con su jefe le dio el segundo premio, la invitación a la gala de esa noche. Volvieron a la oficina donde aprovechó para escoger los videos que saldrían esa semana en las televisiones del Darién, y las de la Federación, al igual que aprobar que noticias saldrían en los canales privados de las dos naciones. Le prestaron un traje y salieron a la gala. Reconoció a los senadores amigos, a los empresarios que financiaban sus campañas, y a los militares que siempre rodeaban al presidente como moscos. Pero también vio entre los asistentes un par de los senadores de izquierda que habían logrado colarse al senado gracias al apoyo de pueblos que ahora se habían quedado sin agua potable por una falla misteriosos en sus respectivos acueductos. Vio al grupo venezolano haciendo mala cara en su rincón, y junto al senador Pinta reconoció a su tío y a su primo. El senador Pinta

lo reconoció y con una sonrisa dijo “Como pasa el tiempo, otro que se va a graduar”, dijo algo de su hija que quería ser escultora, escritora o algo así, pero él se sintió mal de recibir tanta amabilidad de ese hombre y en su desazón no le puso mucha atención. Luego lo abrazó el tío que le dijo que estaba altísimo, mientras que Namibia le apretó la mano y entre balbuceos le pidió perdón por no escribir.

Cenaron en la misma mesa y disfrutaron del ruido de los acordeones que sin remedio los hizo pensar en la abuela. Para no escurrir lágrimas en medio de los dueños de la nación, se contaron sus vidas a medias, Namibia le contó en su estilo serio ese largo viaje que llevaban en la nación, yendo de lado a lado hablando con medio mundo, había ido a todas las ciudades importantes salvo a Lima. Le hubiera encantado ir a la capital peruana, sobre todo porque quería ver jugar en vivo al Nene Cubillas, pero Pinta les había dicho que él se encargaba de su gente y que mejor usaran ese tiempo en otros horizontes. Santiago intentó decir algo, sobre que más que Cubillas se había perdido de ver a la hija de Pinta, que era una belleza, pero a media frase, ya Namibia le contaba que lo mejor del viaje es que había conocido a una chica en Caracas con la que se había visto varias veces. Santiago notó una sonrisa en la cara de su primo, pero en vez de percatar que era por pena, pensó era de sobrades, así que el prosiguió a contar las chicas con las que había salido y el detalle extremo de su relación con ellas. Fue en esas que paró la orquesta y el presidente desde su mesa tocó su copa para dar un discurso. Agradeció a los invitados por su presencia con tan solo un par de días de aviso, y con una sonrisa que no le cabía, dijo que les tenía que dar un gran anunció. Las fuerzas militares, al mando de su gran amigo, al que apuntó en la mesa de los bolivianos, habían dado de baja días antes al Che Guevara y a los pocos guerrilleros que le seguían. Namibia lo volteó a ver preocupado y lo tomó del brazo. Él se sentía pálido, y al borde del desmayo, pero uso todas sus fuerzas y le dijo a Namibia que no se preocupara, al fin y al cabo nunca había conocido a su padre. La sala se llenó de aplausos y gritos de festejo, mientras que los camareros pasaban con bandejas plenas de fotos de los muertos. Marino que estaba al otro lado de la mesa le hacía señas a Namibia que se llevara a su primo, pero este estaba tan hipnotizado por el horror frente a sus ojos, los cuerpos embarrados y magullados, que no se fijó. Santiago reconoció la cabeza de su padre decapitado junto a la del Che. A su alrededor los aplausos y griteríos seguían, entre ellos oyó el canto “Asesinos asesinados, descerebrados decapitados”. El presidente se les acercó a la mesa y con una sonrisa genuina miró a los dos jóvenes, primero miró a Namibia y sin darse cuenta de su crueldad dijo, “A usted que le gusta el futbol, sepa que los héroes que les dieron de baja jugaron futbol con la cabeza del che por casi media hora”. Luego miró a Santiago y sin darse cuenta que se le empezaban a escurrir las lágrimas le dijo “Felicidades joven, su madre fue vengada”. Con la fuerza que le quedaba agradeció al presidente, y poco después se paró al baño donde vomitó para finalmente ponerse a llorar.

Años despues cuando su abuelo Vermelho junto a otros críticos silenciosos del Comandante, murieron en un avión averiado antes de despegar en las montañas cubanas, no

derramó ni una sola lagrima y hasta se atrevió a cantar con una sonrisa genuina “Se acabó la diversión, Y en eso llegó Fidel”. Pero para ese momento aún falta un poco. Santiago se pasó la noche escondido en las letrinas del edificio, cuando finalmente salió ya casi todos se habían ido, solo quedaba el Hombre de Blanco, que sin decirle nada le pasó una caja con la comida que había sobrado del banquete. Lo llevó personalmente a su casa sin decirle nada, y al bajar le dijo “Mañana le tengo una sorpresa, pero buena”. Y así pasó, al día siguiente le dijo que se olvidara de escoger programas, que eso ya se había vuelto muy banal. Que esas horas las utilizara para practicar su dicción que una vez se graduara, lo ponía a dar las noticias en el noticiero del domingo “Toca que la gente empiece a conocer su cara” añadió. Y así pasó, meses despues cuando ya andaba de universitario, por la noche cuando todas las familias de toda la nación se reunían a ver las noticias a las ocho de la noche, se toparon con un joven apuesto y bien vestido que se presentó a ellos, como Santiago Darién.

Por su lado Marino y Namibia siguieron su vuelta por el país concientizando a los diferentes dueños del poder, lo mucho que se jugaba la nación en el referendo de 1970. Marino le quería transmitir a los que tomaban decisiones, que por más que hiciera él desde su oficina en el palacio de decisiones, si la metrópoli no actuaba de mejor manera frente a su pueblo africano, sería muy tarde, y ahí los dos países estarían en problemas. Namibia asistió a todas esas reuniones y con su falta de alegría que tantos confundían con seriedad y madurez extrema, se fue haciendo en el país una fama de intelectual., Fama a la que contribuyeron dos hechos, el primero que se pasara el día leyendo, tratando de seguir el mismo programa que sus compañeros de curso y preparándose para el examen final que llegaría en algunos meses cuando ya estuviera de vuelta en su nación. En segundo lugar, que siempre anduviera, incluso en sus ratos libres, con un cuadernillo anotando cosas. Los líderes del país veían a ese joven serio y con cara pensativa, anotando día y noche con mucho enigma en su cuaderno páginas y páginas que no dejaba ver a nadie. Además para evitar sorpresas inesperadas las escribía en código. Una vez una mucama del hotel de Guayaquil tomó uno de los diarios y los vendió a la prensa fascinada y obsesionada con esa familia millonaria que reinaba en la colonia africana. Pero por más que los diarios pusieron un fondo en común para contratar a los mejores criptógrafos y descifradores del continente, ninguno logró darle sentido al extraño lenguaje que traía el cuaderno. El incidente solo hizo aumentar la fama de genio de Namibia, que en realidad solo anotaba detalles totalmente triviales que en su mente podrían darles alguna ventaja por si algún día su selección nacional debía venir a jugarse la vida a la altura de la Paz o al calor de Barranquilla.

Y pasaron los meses y se devolvió a su tierra para el año nuevo y con la misión del padre a priori cumplida y todos en esa tierra, incluyendo su primo y el Hombre de Blanco se quedaron convencidos que ese joven era superdotado. Pero a él poco lo importaban las palabras ajenas, que ni bien llegado a su amada patria de costas negras, tomó otro avión a

Etiopia a presenciar la copa Africa. Se sentía algo amargado, porque a pesar que había dejado instrucciones claras y estrictas, el equipo no había hecho toda la preparación que a él le hubiera gustado. Por ejemplo los entrenadores decidieron unánimemente no darles clases de violín a los jugadores, por más que Namibia hubiese argumentado que al hacer música juntos mejorarían su cohesión de equipo y tendrían más armonía en su juego. En todo caso confiaba en el equipo y en que luchara por el título. Eso se vio demostrado en el primer partido cuando empataron contra el local en un estadio a reventar. Le siguió una victoria contra Argelia y un nuevo empate en el clásico contra la Costa de Marfil, les permitía pasar segundos. La semifinal los vio enfrentarse en Asmara a los otros rivales de frontera, en un partido cerrado que se decidió en el tiempo extra y que dio a Ghana, la vigente bicampeona su pase a la final. Les tocó pelear por el tercer puesto contra Etiopía que había caído contra el eventual ganador, el Congo-Kinshasa. Ganaron ese partido jugando bien, y se devolvieron orgullosos con su medalla de bronce, sabiendo que en dos años en sus tierras solo valdría la dorada.

Volvió finalmente a la nación y se puso a estudiar y disfrutar del último año de colegio, pasó su Bac a final del año, y fue aceptado en todas las universidades del mundo que aplicó. Sin embargo él tenía claro, que no había poder humano que lo sacara de su patria y sobretodo del comando de su selección con una eliminatoria al mundial jugándose ese año. Les escribió personalmente a los decanos de todas esas universidades que lo habían aceptado, pidiéndoles que lo dejaran asistir a clases a distancia. Se le había ocurrido un sistema para lograrlo. Mandaría algún empleado a vivir a Londres, Nueva York, Paris, Oxford, Boston o donde fuera, el empleado grabaría sus clases y se las enviaría por correo recomendado exprés de forma inmediata para que el las viera tan solo horas despues. Para los exámenes proponía tomar el quetzal de la federación o el de la fundación para hacerlos en presencial, o incluso proponía pagarle a algún funcionario de la universidad el pasaje de avión hasta el Darién Africano para asegurar que se siguieran todas las reglas. Su propuesta fue rechazada por casi todas las universidades, que lo tildaron de maniático y consentido, pero milagrosamente para él, la Sorbonne de Paris, que había visto su pedigrí disminuido por las protestas de mayo, no pudo darse el lujo de rechazar a una celebridad internacional como lo era el hijo del líder del Darién Africano. Fue así que el bisnieto de Kojo tomó un vuelo a Paris, un apartamento en Saint Michel y acudió a las clases en el Panthéon y en la Sorbona grabando los cursos de relaciones exteriores que veía horas más tarde Namibia desde su casa. E incluso muchas veces desde el avión, el bus, el hotel y hasta la selva.

Y es que Namibia no tendría un día tranquilo desde que se anunció la clasificación al mundial en Berna. Luego del escándalo de cuatro años antes, se le había dado un cupo a Africa para disputar solo entre ellos. Y mientras todos festejaban el logro, Namibia enojado tomaba un avión a Suiza. Y sabiendo que él no era un joven cualquiera se hizo paso y movió contactos para hablar cara a cara con el presidente de la FIFA. Y sacó un mapa y mostró los seis países de Sudamérica a los que se les daba tres cupos directos al mundial. Y

luego mostró el gran mapa de África y con su cara seria mostró el uno, con su dedo. Y le respondieron que la calidad de futbol era superior en Suramérica y él le respondió que si estaban tan seguros que en vez de darle tres le dieran dos, y que el tercero se determinara en repechaje contra el segundo africano. Y habiendo oído los rumores de américa sobre ese genio superdotado, y seguros que no habría poder en la tierra que hiciera que un equipo africano eliminara a un suramericano cedieron a la propuesta. Y así volvió el joven entre aplausos al Cairo. Y el resto de naciones estuvieron tan agradecidas con él, que le dieron carta blanca a un capricho que él tenía, que la copa África de su país no tuviera ocho equipos, sino dieciséis, como en el mundial. Y sin la necesidad de hacer eliminatorias tan largas para la copa continental, pudieron acelerar el inicio de las eliminatorias mundialistas.

Pero el camino no sería fácil, el primer problema se vio a las pocas semanas cuando en el sorteo de la FIFA, en medio de rumores de bolas frías y bolas calientes, les salió que a pesar de haber sido terceros en la última copa África, el Darién se vería en primera ronda contra la tres veces finalista de forma seguida Ghana. Y ante tal panorama, Namibia mandó a llamar al equipo y a los entrenadores y a todos los asesores y los subió a varios buses y se los llevó a entrenar a la reserva con Magallanes que venía de volver con dos medallas doradas y una plateada de los olímpicos de México. Los hizo gambetear escorpiones descalzos, y practicar pases en medio de guepardos juguetones, y centros entre pájaros volando. Y cada mañana antes de las clases de música los hacía correr perseguidos por hipopótamos, y por las tardes despues del Tai Chi, los ponía a saltar con babuinos colgados de las piernas. Y el único momento en que Namibia no estaba ordenando de un lado al otro que si ya habían nadado con pitones o habían repasado su historia egipcia, era cuando se tenía que sentar en su cabaña oyendo las clases en video que mandaba el bisnieto de Kojo por correo y que luego le llegaban a la reserva gracias a las palomas mensajeras que en una época habían servido como medio de comunicación en la guerra. Y así en ese régimen llegó el día y para que no se distrajeran con las óperas y los cafés de las dos ciudades, se fueron en bus desde la reserva. Y para que sus jugadores se relajaran luego de esos meses tan intensos, contrató a un mago americano para que los hipnotizara y durmieran sin parar las múltiples horas en la que cruzaron el país, la frontera y el vecino hasta Accra. Y allí el equipo que ya todos daban por eliminado, dio un golpe de autoridad y ganó 0-3. Y por si había duda en el estadio nacional volvieron a ganar por tres goles para avanzar a la siguiente ronda.

En este momento debo decir algo, y es que esta parte de la historia me entra en especial en el corazón. Cuando decidí hace ya más de una década investigar a fondo la historia completa de este sueño llamado Costa Negra que marcó tantas vidas, me encontré recorriendo el territorio africano del mismo modo en que cuatro décadas antes lo hizo Namibia con los suyos. Yo también tomé un bus eterno hasta Accra buscando los documentos originales del pacto de la selva en la que se decretó el referendo. Y como ellos tuve que volar a Nigeria pero en vez de ir buscando un empate que los clasificara a una

siguiente ronda, fui buscando grabaciones extraviadas del Juglar y testimonios perdidos sobre la noche en que el Papá aterrizó en Santa María para acercarse a dios. Y como ellos festejaban en Sudan al borde del Nilo Blanco una victoria que les garantizaba quedar al menos segundos, yo en los campos de Darfur en medio de la tensión, la tristeza y el hambre, recogía anécdotas sobre los Señores de la Guerra y sus maneras de hablar, moverse, y negociar. Y si en Tánger yo me embriagaba de la impotencia por no lograr averiguar qué demonios había pasado en la cima del Hotel de las Estrellas en una noche de abril de 1970, ellos se alentaban que a pesar de la derrota inesperada en Casablanca, aún les quedaba la chance de ese repechaje contra el rival sudamericano, el cual el destino había irónicamente puesto a la Federación Andina.

Los periódicos de ambos países, advertidos por Marino y compañía, hicieron ver ese choque histórico, como una fiesta. El país, fuera la metrópoli o su territorio asociado estarían en el mundial. Pero esa alegría ficticia que se leía en tinta no se la creía nadie, por más que hubiera en juego la sostenibilidad de la nación. En las ciudades de la metrópoli ya se daba por hecho que vencerían en ese doble duelo de junio y que la Federación Andina estaría sin falta en México. Y en el Darién Africano, la ilusión era gigante, habían quedado muy cerca de ir directamente. Sabían que no sería fácil, pero tenían chances de pasar. Así lo pensaba Namibia quien estaba convencido que el partido se jugaría por detalles. El primero de esos detalles se definía en Lima donde la federación de futbol reunida con el técnico nacional, hablaban de la eliminatoria a venir. El técnico, que había visto videos del juego de los rivales insistía que por más favoritismo se trataría los dos partidos con mucho cuidado. Pero sus advertencias eran recibidas por risas, como un equipo que apenas había podido vencer al cuadro de la sierra que les habían mandado hacía un par de años podría ganarles. De esa forma dejarían a las estrellas del equipo descansando en la ciudad y así evitarles el largo viaje de ida y el largo viaje de vuelta, pero sobre todo esos calores infernales y el riesgo de una intoxicación alimenticia. Por otro lado ya que era obvio que vencerían, no había necesidad de jugar la vuelta en la altura de Quito como se solía hacer para sacar ventaja, y el partido en cambio se jugaría en Lima para poder vender más boletas. Y con eso claro dejaron a la titular usual en el mejor hotel de la ciudad disfrutando de la piscina, mientras que los suplentes y el cuerpo técnico emprendieron su viaje a la reserva del millón de animales. Y es que en el Darién también hacían estrategia. Namibia había dicho que el partido no se jugaría en el estadio nacional sino que se jugaría en uno de los estadios selváticos para sacar provecho del calor. Y es que todo el equipo llevaba casi un año entrenando en la selva que ya se habían habituado al calor extremo y la humedad desesperante. Así que escogieron el estadio selvático más cerca de la reserva y de paso hospedaban a los visitantes en ella.

El avión llegó de día y desde sus ventanas los jugadores quedaron petrificados con la imagen escalofriante de las playas negras que les daban la bienvenida. Aterrizaron en una pista improvisada que solo se utilizaba para los jets privados de los magnates que venían a

pasar sus vacaciones acariciando panteras y durmiendo abrazados de guepardos. Vieron con sorpresa la pista polvorosa, una caseta y tres casas lejanas y se dijeron que esa tierra misteriosa era igual o más pobre que muchos de sus pueblos en los que habían crecido. Se negaron a comer la comida preparada por Knut, por miedo a la intoxicación y se tuvieron que contentar a la mala sazón del chef que habían llevado. Chef que no hizo caso a las advertencias de los locales y dejó mal cerrada la puerta de la bodega que les habían cedido, y al despertarse a la mañana siguiente descubrió que los monos se habían comido las provisiones de los días a venir y que no les quedaba nada más que arroz crudo. Así que por los siguientes dos días que precedieron al partido y por temor a comer los manjares multi estrellas Michelin de Knut, comieron solo una porcioncita de arroz a cada comida. Y por las noches sus estómagos reclamaban con gruñidos la falta de comida. Pero el sonido de sus cuerpos sería la menor de las molestias, que cada noche que pasaron no hubo uno solo que no se despertara cada media hora por los ecos de la selva al cual no se lograron acostumbrar nunca. Y mientras sus rivales locales se despertaban renovados tras ocho horas de sueño soñando al ritmo de los monos aulladores, los insectos, y los ronquidos del millón de animales, ellos cansados y con hambre apenas tenían ganan de entrenar. Y apenas tomaban un balón llegaban las fieras juguetonas a querer robarle el balón, pero ellos que nunca habían visto un tigre o un lobo de tan cerca, salían corriendo para el otro lado. Y ni siquiera pudieron entrenar en las canchas alambradas que el rugir de sus estómagos asustaba a las bestias cercanas y empezaban a chillar en desespero, evitando cualquier concentración posible. Finalmente pasaron las benditas horas, y se montaron al bus con dirección al estadio para el partido, pero ni siquiera ahí lograron descansar o relajarse, que los pájaros adiestrados acompañaron todo el camino a los dos buses trinando desde los aires la melodía del himno nacional, y ellos que no pensaban que tal cosa fuera posible llegaron a la conclusión cada uno en su silla, que o estaban perdiendo la razón a causa del cansancio o que esa tierra de playas negras estaba embrujada.

Luego ya en el estadio se toparon con los cantos, las trompetas y los tambores resonando en el eco de la selva. Sintieron el calor punzante de un día tan caluroso que ni siquiera una nube tuvo la valentía de salir. Y la humedad era tal que incluso imaginar los hacía sudar, y ellos que se imaginaban en una playa fría rodeado de frutas y carnes, quedaron deshidratados incluso antes de saltar al campo. Y cuando salieron vieron a ese mundanal de hinchas, y ver tanta alegría frente a ellos que se sentían tan mal desencadenó un llanto colectivo, en el que no salió ni una sola lagrima porque ya se las habían transpirado todas. Y así llorando lágrimas imaginarias salieron a jugarse un pase al mundial. Mal preparados, exhaustos, famélicos, temblorosos y mal dormidos a nadie sorprendió que se comieran un baile histórico, en que incluso el 5-0 a favor de los africanos pareció corto. Nadie sabe si fue por la vergüenza de la derrota o el malestar de tantas tragedias juntas pero ninguno que jugó ese día volvió a pisar un terreno de futbol.

Al otro lado del atlántico, el partido que estaba siendo transmitido en vivo por el canal privado del Hombre de Blanco, fue visto por todo un país desconcertado a ese baño histórico que les estaban propinando. Y en esa nación donde a nadie le importaba el resultado de las legislativas pero si les importaban los resultados de la selección, empezó el pánico de los hinchas y el griterío de la prensa. Que ya acabado el partido acusaban a los colonos de haber envenenado a sus jugadores, de haber contratado brujos para maldecirlos o de haberlos sobornado con barriles de petróleo. Y mientras el país amanecía entristecido, a las oficinas de la federación de futbol llegó hasta el presidente de la nación a pedir explicaciones. Y en el desespero y la angustia despidieron al técnico por irresponsable de irse a jugar un partido tan importante con suplentes, nombraron al primer aparecido que se le ocurrió al presidente, que no veía futbol desde hacía más de una década, y cambiaron la sede del partido de Lima a La Paz, porque no veían otra forma de estar presentes en México 70. Y allá se jugó el partido de vuelta, y si a los jugadores del Darién con tanta preparación les costaba respirar y correr al tiempo, los de la Federación Andina, que llevaban una semana acostados sin mover un dedo al nivel del mar se fueron desmayando uno a uno luego del minuto sesenta, hasta que no que no hubo el número mínimo establecido en las reglas, y se le dio la victoria por W al equipo de Namibia.

En el campo el combinado africano saltaba y lloraba a pesar de la altura, los jugadores alzaban al técnico y coreaban el nombre de Namibia. Y a la distancia en su Darién, las risas eran más, y las lágrimas eran más, y los cantos eran más, y todo era más, que estaban en el mundial. Y todos saltaban y bailaban con la televisión prendida en cada casa, y observaban con júbilo a su equipo en blanco y negro abrazándose como niños. Pero las sonrisas se fueron bajando cuando en esa misma cajita eléctrica empezaron a ver con cuidado las imágenes que les llegaban. El estadio enfurecido lanzando botellas, basuras y hasta butacas. Y al ver que la policía no hacía nada y es más, hasta alentaban a la tribuna a venirse abajo y vengar con sus propias manos lo que no habían perdido con los pies. Y de las gradas del estadio empezaron a saltar gente al campo, y con la policía bloqueando el camino a vestuario, la delegación del Darién a la que le llovían golpes y rocas se abrazaban como legionarios juntos en el centro del campo. Y quien sabe que hubiera pasado si el presidente de la Federación Andina, no hubiera estado ese día en el palco, y dejando de lado la rabia de la derrota por un deporte que ni le importaba, le pidió al ejército que se adentrara al campo y parara esa recocha, que si algo le pasaba al hijo del Protectorizo, ese país se jodía para siempre. Y el ejército lo alcanzó a dudar y si no fuera porque vieron a su verdadero jefe haciendo caras detrás del presidente, hasta se hubieran animado a dispararle al presidente por traición a la patria. Así que entraron al campo en medio de los gritos de "Negros" y los ruidos de monos y apunta de golpes se abrieron paso y llevaron al equipo vencedor al vestuario, y luego los escoltaron al aeropuerto en medio de un cacerolazo y una pitazon histórica, en la que la autopista se llenó de cucharas, rocas, escombros, tomates, televisores y hasta mascotas viejas.

Al día siguiente y a pesar de las advertencias no hubo un solo periódico en los seis países que formaban la federación o su territorio asociado, que no se hablara del incidente. Al oeste del atlántico se acusaba al rival de provocador, tramposo y otras tantas palabras derogatorias. Se los acusaba de usar su petróleo para comprar árbitros, y haber cambiado las reglas de la clasificación, acusaban a los Darién de ladrones y desviar fondos para patrocinar su equipo de futbol. Y al este del atlántico, los periódicos acusaban a los fedeandinos de barbaros, malos perdedores, racistas y otras tantas palabras derogatorias. De paso llamaban al organismo máximo del futbol a sancionar duramente a los rivales por su vergonzosa actuación dentro del estadio. Y en la tele privada del Hombre de Blanco en el Darién, entrevistaban a los jugadores y a Namibia contando con todos los detalles esos minutos de horror. Y en la tele privada del Hombre de Blanco en la metrópoli, entrevistaban a los jugadores del primer partido contando las barbaries del otro país sin edificios altos y donde había más bestias que hombres. Y en la radio del Darién Alexandre Trois recitaba discursos en forma de poemas en los que recordaba que un año había una salida a esa gangrena llamada Federación Andina. Y en la radio de la Federación el Doctor despotricaba de esa colonia vergonzosa y le recordaba a la gente del país que en las próximas legislativas votaran por su partido, que ellos habían sido los únicos en enfrentarse a ese grupo de comunistas disfrazados con petróleo. Y a la semana salió la FIFA a rechazar los actos ocurridos en la Paz y excluía a la Federación Andina de siquiera participar en las eliminatorias para 1974. Y ahí sí que los diarios metropolitanos no se guardaron una, y ahí sí que tampoco que los diarios africanos no dudaron en mostrarle al país lo que decían ellos al otro lado. Y para echarle más leña al fuego el canal del Hombre de Blanco se puso a hacer encuestas, y en un lado arrojó que si las elecciones fueran ese día 83% de los habitantes votarían por la independencia. Y del otro salió que 77% del país estaría de acuerdo en mandar al ejército fedeandino en caso de independencia para recolonizar el Darién Africano. Y ahí en ese torbellino se reunieron Marino y el presidente Fedeandino a buscar como solucionaban esa hecatombe por venir.

XXIX

Cuando marcaron el empate recien comenzado el primer tiempo, pensamos había sido suerte. Luego llegó el segundo, y un poco más tarde el tercero. Ya cuando Egipto anotó el definitivo 4-1 a poco del final, el estadio estaba completamente callado. Nosotros, los periodistas, nos mirábamos pasmados, ¿Qué había pasado? El árbitro marcó el final y todos lentos como momias empezamos a salir. Ya no había trompetas, ni bailes, no había siquiera quejas, habían ganado bien. Fueron días raros, en que la realidad y las sensaciones parecían opuestas. El mundo seguía girando, los periódicos seguían hablando del partido, de los errores. Otros se relamían con titulares sobre la final a venir, los más nacionalistas discutían el partido contra Ghana que se vendría por el tercer puesto. Pero en la calle… Ah, en la calle ya no había alegría, había la monotonía de siempre. Claro que había risas y había carcajadas, pero ya no eran comunales, en unísono, eran alegrías solitarias y egoístas. Hice un par de notas importantes, me di vuelta al estadio, entrevisté a la figura de Camerún, al entrenador egipcio. Y en un momento, una tristeza me invadió, ya solo quedaban unos días, dos partidos y todo habría acabado, quizás podría extender mi estadía una semana por mucho. ¿Quién lo hubiera pensado? Quitar ese país me estaba produciendo tristeza. Con esa mentalidad, entré al estadio Namibia Darién para el partido del tercer y cuarto puesto. Los locales contra sus archienemigos de Ghana. Luego de la Hecatombe que habíamos presenciado el partido anterior, no esperábamos mucho. El estadio no estaba lleno a su totalidad, algo que no había ocurrido hasta ese partido. Los gritos, los tambores, las trompetas y las marimbas sonaban apenas. Y luego sobre el césped, La Costa Negra tenía cinco minutos trágicos, como bien lo dijo uno de mis colegas sentado junto a mí, no se les caía una idea y ni siquiera una lagrima. Y de repente un saque de banda, un error del defensor ghaniano, una viveza del delantero local, y gol. La gente sonrió, pero no se sintió el júbilo de gritos anteriores. Con el gol en el ego de los costaneros, y con el error en la mente de los ghaneses todo cambió. Los pases que previamente parecían casualidades ahora, se volvían costumbre. Pases, corridas, embestidas, y un segundo, y un tercer gol. Y así no se jugara nada que importara, algo en esa demostración nos hacía sonreír. Al medio tiempo fui al baño y al volver noté que ya no había sillas vacías ni en mi sector ni en ningún otro. Un cuarto gol recién empezado el segundo tiempo hizo despertar también a los músicos olvidados y a las cuerdas vocales en desuso. El futbol seguía siendo bello, y el dinamismo y la intensidad nos regalaron un par de palos y tres atajadas majestuosas del arquero rival. Ya al final cuando el atardecer enrojecía con los ecos del "Ole", llegó un quinto que nos permitió volvernos a abrazarnos en una felicidad colectiva.

Ya con el partido finalizado, una voz gruesa y alegre nos pidió quedarnos para la ceremonia de premiación para el tercer puesto. Nos hubiéramos quedado así no la hubiera. Los sectores del estadio se turnaban en sus cantos, se retaban con canciones, quien podía tocar la melodía más bella, quién podía reflejar mejor la felicidad que se sentía. En el campo los

jugadores aplaudían a un lado y al otro, sonreían y se abrazaban. Al lado de ellos los organizadores armaban una tarima. El presidente del país, el de la federación de futbol y el de la CAF, se felicitaban entre ellos desde la tarima detrás nuestras, que espectáculo, y eso que aún faltaba la final. Con la tarima lista, los ghaneses hicieron un pasillo de honor para aplaudir al equipo vencedor, pero también al país que los había recibido. Fue algo emocionante. Y ahí pasó uno de los eventos más mágicos que he tenido la suerte de presenciar en mi vida. La voz del estadio anunció que un invitado sorpresa entregaría las medallas. A nadie pareció importarle el anuncio, y el ruido de la victoria seguía en su murmullo de esplendor. Pero a mí si me interesaba saber quién sería el personaje, pensé que a lo mejor me daría para un artículo. Y veme aquí una década despues escribiendo un libro al respecto. Una mujer salió del túnel, desde mi posición no lograba distinguir gran cosa salvo que estaba bien vestida. Miré la gran pantalla y la vi. Debía tener unos sesenta años, quizás menos. No distinguía su origen, podía ser de cualquier lado, europea, latina, de la Costa Negra, o quizás de algún otro paraíso, pero eso sí, entre sus canas se veía que había sido en algún momento una mujer muy bella. Me quedé hipnotizado viendo sus ojos cansados pero alegres, y su sonrisa tímida en la gran pantalla del estadio. Poco a poco el ruido de la fiesta se fue apagando, y en un momento se logró llegar al silencio. Pero fue solo un segundo, para que los despistados se dieran cuenta que algo estaba pasando. Y cuando ya todos los ojos se encontraban o sobre el césped o sobre las pantallas. Sentí la fuerza de todo un estadio levantándose en simultáneo para hacer llover una tormenta de aplausos como nunca había sentido en mi vida. Y yo que no sabía nada, miré a mis alrededores y vi el respeto y el amor de cada uno en ese estadio por esa mujer. Y ahí ante la evidencia de algo grande, les pregunté a mis colegas sobre ella. Y ellos, perdidos también en ese momento mágico, se limitaron a decirme su nombre, como si eso fuera suficiente. Canela.

Ni bien había nacido que ya toda la patria, o al menos todos los que la regían sabían de su existencia. A esa niña que tantas alegrías y tantos problemas traería, se le había dado por nacer en la fecha justo en que Bogotá se celebraba la infame fiesta del fin del pacto. Y por ello, su padre, el senador más querido del Perú pudo salvarse de las mil y un vergüenzas presenciadas por Marino Darién. La criaron en una casa grande para que tuviera ideas grandes, y la mandaron a un colegio de monjas para que esas ideas no se le subieran mucho a la cabeza. Creció con hermanos y con hermanas juguetones y gentiles. Desde chica, todo que la veía le decía que cuando creciera sería muy bella, más por ganarse el aprecio del venerable senador Pinta, que por convicción. Pero al final fue tanto la insistencia de la gente que su cuerpo hizo caso y se dejó invadir por la belleza para no dejar mal acompañada a una mente tan brillante. Y es que Canela, como la llamaron para que fuera siempre bien recibida por los caminos de la vida, era una niña de gran inteligencia. Quizás no hablaba desde los tres días de nacida, o asesoraba convictos sobre temas legales en su

infancia, pero la inteligencia, como la belleza, y como todo en este mundo viene de muchas formas. Desde chica se dio cuenta que ella no era ninguna niña más, que ella era Canela Pinta, y que eso significaba algo desconocido, pero que aun sin saberlo le permitía salirse con la suya. Rápidamente entendió que su mejor arma eran sus ojos y ante el menor problema, sabía que cara poner para ser perdonada, colada, ayudada o felicitada. Y es que como se le podía decir que no a la "Niña Canela" si quería más helado o si quería otro cachorrito, es que con los ojitos que ponía. Y cuando se equivocaba o rompía algo, como se la podía castigar o siquiera regañar, que ya llegaba con sus ojos de niña regañada y a profesores, mentores y padres se les pasaba las ganas de corregirla. Y cuando la cosa se ponía dura, es decir cuando hacía alguna fechoría o alguna maldad de niñez y sabía que se le vendría un castigo fuerte, ahí mandaba la caballería dura, y de sus ojos salían las lágrimas más tristes y más dulces, que de tan solo verlas hasta el hombre más duro hubiera sentido un nudo en su garganta.

Y si así pasó su niñez, al crecer y encontrarse con la belleza prometida ya no hubo limites a sus deseos. Y es que sin proponérselo los niños de la clase le hacían favores sin ella pedírselos, y las niñas la rodeaban queriendo ser su amiga y la llenaban de galletas, pulseras y aretes. Y ella que había crecido oyendo de su padre las mil y un historias familiares, sobre cómo habían llegado con el mismísimo descubridor en su carabela más bella, y como habían hecho siempre puente entre el viejo mundo y el nuevo paraíso, y como habían ayudado a moldear esa tierra dividida y como luego habían luchado por una patria criolla libre e independiente y como habían estado en ese funeral celebre donde se les ocurrió tomar seis naciones y hacerla una, y como desde entonces no se habían perdido una, desde fiestas hasta negociaciones y sobretodo decisiones, pues tanta amabilidad ajena nunca la sorprendió más de lo que debería. Andaba por Lima saliéndose con la suya a punta de miradas tristes, alegres y hasta coquetas. Y una vez se dio cuenta que Lima le quedaba chiquita, fue donde su papá y a punta de lágrimas fingidas acabó acompañándolo a cada fiesta y cada gala, y cada viaje a tierras exóticas que le llenaran el corazón. Y ahí en Bogotá y Caracas le tocó por primera vez esforzarse, y no porque su juego de ojos y sonrisas no siguieran abriendo todos los candados que ella se propusiera, sino que las niñas como ella, las caraqueñas y bogotanas acostumbradas ellas mismas a su victoria constante, le hicieron la vida imposible al ver com un simple pestañeó les hacía tambalear su reino. Ahí surgieron los ataques de adolescencia, algunos tan tontos como burlarse por su apellido, y otros tan crueles como la diseminación de rumores horrendos. Pero ella, que de tonta no tenía nada, y de fuerte lo de tenía todo se las arregló sin problemas. Y es que apenas se encontraba con alguno de esos rumores que la tildaban desde ramera de degenerados, hasta adicta a drogas de indios selváticos, a ella le bastaba con poner sus ojos de ángel para no dejar duda que una criatura como ella no podía hacer algo malo así lo quisiera. Y para lo otro, de tanto oir las vocecitas chillonas diciendo "Canela Pinta baños", "Canela Pinta vómitos", "Canela Pinta parada" y centenas de variaciones más, pues le termino dando gracia y le pidió al papá que la metiera en clases de pintura.

Es así que cuando no estaba rompiendo corazones con su mirada, encantando nuevos con su sonrisa, o haciendo guerras silenciosas con las chicas ricas de las otras ciudades, se adentraba en el taller que le mando a construir su padre en un rincón de la casa y se ponía a dibujar y pintar paisajes y pájaros. Y al final luego de que pasaran por ese estudio todos los grandes pintores de la nación, ella prefería estar ahí en el silencio de las brochas y el remojo de las acuarelas, que en esas grandes fiestas de niñas consentidas donde por mucho ganaba un beso y un enamorado que le mandara cartas. Y su pasión por las formas y los colores fue creciendo tanto que cada verano y a pesar que se lo prohibiera su madre, terminaba saliendo de la oficina de su padre con los ojos aguados pero con el tiquete de avión a alguna ciudad de artes para algún curso de verano. Y si no era Florencia Venecia, Roma o Milan, acababa bronceándose en Paris, Madrid, Viena o Praga. E incluso una vez en que ya se tenía todo pago para que se fuera con la familia a Nueva York, armó un escándalo silencioso a punta de ojos tristes, que le permitieron pasar el verano en Londres con el novio que se había conseguido el verano anterior y del cual se había enamorado. Pero la cosa no terminó muy bien, porque al volver dejó de pintar paisajes de playas y montañas, y retratos de canarios y quetzales para pintar, erupciones volcánicas, y águilas despiadadas cazando salmones en los fiordos atormentados de rayos. Pero el mal du cœur se le terminó pasando y hasta le sirvió, porque según todos los expertos nunca había pintado tan bien. Y eso mismo pensaron los jurados de las grandes escuelas de arte, y se topó sin querer con un abanico de posibilidades para seguir su vida. Y para sorpresa de todos no se fue ni a Paris ni Italia ni Tokyo, sino que acabó en San Louis en el Missouri decadente. Y allí pintó los atardeceres marchitos de una ciudad caída, y se aventuró con los amigos a los campos y los ríos a llenarse de espectros y colores que le llenaran el alma. Y se encontró con un mundo de injusticia como el de ella, donde no se juzgaba por la plata sino por la piel, y entendiendo que todas las sociedades injustas eran iguales, supo que decir y cómo actuar para poder seguir saliéndose con la suya día y noche. Y a pesar de ser una desconocida a punta de miradas, sonrisas y lágrimas acabó viviendo mejor que nunca antes, y bailando en las grandes haciendas de antaño bajo la luna. Y no sabía si sería porque esa sociedad al ser más injusta, más valoraban la superficialidad y la belleza, pero se sentía más querida y más venerada que en ningún otro lado. Y aunque la carrera de arte solo le durara unos años se veía tranquilamente viviendo en esas calles y esas alamedas como la princesa que siempre le habían dicho que era.

Y si ese no fue el mejor año de su vida hasta ese momento, habrá sido el segundo perdiendo solo contra algún año de infancia. Y con esa sonrisa de quien vive bien sin entender lo que la rodea, volvió a su casa infinita frente al pacifico. Y envuelta en la felicidad pasó esas semanas encantando sin querer aún más a todos esos que siempre había vuelto locos. Y estaba tan feliz y tan llena que por primera vez en años se animó a dejar su taller de pintura lleno de otoños calurosos para acompañar a su padre que había sido llamado de forma urgente a la capital. Y allá en la gran ciudad dónde tantas guerras silenciosas habían pasado se encontró con todos los pretendientes igual de enamorados y todas las enemigas igual de

celosas con sus sonrisas falsas y abrazos sin fuerza. Y la primera semana volvió a oir los rumores entre las paredes del congreso y los cafés de los barrios buenos, y tal como en el pasado le habían causado era gracia, que dormía en el trigo con salvajes incestuosos y que al igual que el papá le gustaban los negros grandes y musculosos. Y esa última que sí que no la entendió y se preguntaba a ella misma que querrían decir con eso, y si era un insulto a su madre por morenita, o a su papá por haberse ido esos meses cuando ella era chica a negociar con quien sabe cuál de las colonias, o incluso si sería una nueva burla a su nombre. Y es que Canela para ser inteligente con lo que le concernía a ella, optaba por la ignorancia y al desapego de todo lo demás. Lo cual le permitía vivir en ese mundo de rosas perpetuas, donde su país se limitaba a lo que vieran sus ojos en ese momento, y donde las protestas, la miseria y las crisis fueran un adorno lejano de algún otro. Y si ignoraba los rumores despreciables que le habían sacado al papá para que no se lanzara a la presidencia a venir, no tenía ni idea de lo que había estallado semanas antes con un partido de futbol en la Paz.

Y si sabía quién era ese Marino del que el papá le hablaba todos los días, era porque las enemigas tanto las capitalinas, como las ricachas del petróleo, se la pasaban hablando de su hijo. Pero como eso no tenía que ver ni con ella ni con su pintura, pues lo dejó de lado mientras disfrutaba de lo que quedaba de ese verano andino que la separaba de su adorado San Louis. Y así pasaron los días de caras falsas, hasta que un día el papá con cara pálida le dijo que se devolvían por fin a Lima al amanecer. Y esa noche en las galas de siempre notó la sonrisita maligna que ella jamás había puesto en la cara de las rivales, y los ojos de angustia de todos esos que darían la vida por ella. Pero a ella que nunca le había salido algo de forma contraria a lo que deseaba, ni se le ocurrió lo que vendría y pensó que las unas sonreían porque se iba y los otros lloraban por lo mismo. Y una vez en Lima, ni bien aterrizado el avión, el Senador Pinta la llevó a cenar a su restaurante favorito a que se comiera un buen lomo salteado. Y allí con la voz temblorosa la soltó la noticia. El país estaba en crisis, dividido, polarizado por todo y ahora esa mina de oro que era el Darién Africano estaba enojada y de verdad. Y si las cosas se daban como se deberían dar, votarían que si a la independencia en menos de un año y como era casi seguro que ganaría un presidente tonto como de costumbre, pues había chances de guerra. Y ahí sí que se armaba, y el país se acababa de joder. Y ella lo miraba con una sonrisa empática, que en su mundo perfecto donde todo se le daba se imaginó que era la forma en que el papá le decía que se iba a lanzar a la presidencia para evitarlo. Pero el senador siguió, y sin saber cómo decirlo, le recordó cuando su tátara tátara abuelo arriesgó todo por defender la independencia y como a su abuelo le había tocado irse no sé cuantos meses a Nueva York para garantizar lo del canal de Panamá y el pacto contra los ingleses, e incluso le recordó como él no había podido negarse a irse tantos meses al Darién para negociar. Y ahí ella fue entendiendo y fue preparándose para llorar. Y ahí su papá cerró los ojos y le dijo que una de las muchas ideas que se les había ocurrido para evitar el desastre, había sido enviarla a ella, que era tan linda, tan mágica, tan capaz de convencer, y tan todo que la verdadera cara de la federación era

ella y no esa mostrada en el estadio, en las calles, en la televisión y en los periódicos los ultimos meses. Así que la mandaban a estudiar allá a la universidad de la Costa, y que de paso ella sería parte de la campaña por la unión. Y él estaba contándole que podría pintar murales por el país, y diseñar las pancartas anti-independistas, cuando le tocó abrir los ojos porque la oyó llorar.

Pero lloró y lloró y aunque el senador tampoco pudo retener las lágrimas, no había nada que se podía hacer al respecto. La reunión entre todos los bandos, entre los bandos amigos, la de los enemigos y todas las combinaciones posibles, había llegado a la misma conclusión. Se necesitaba un milagro. Y fue ahí que una de las chicas esas, enemigas de Canela de toda la vida, les dijo con su sonrisa falsa, que si no habían visto la gracia, elegancia y belleza de su amiga eterna María Canela Pinta, que se necesitaba una como ella en esa campaña tan crucial, y que nada de mandarla en seis meses, que eso era un proceso largo y que entre más rápido mejor, y que claro que estaba segura que su amiga de toda la vida, con la que tantas noches había compartido sonriendo, aceptaría, como no hacerlo con ese corazón tan grande y esa empatía por la patria que tanto le había dado. Y el presidente, los senadores, los empresarios y demás que llevaban semanas viéndola pasearse de lado a lado de la ciudad con su aura, no dudaron que a lo mejor funcionaría, e incluso los incrédulos aceptaron con la idea que así fuera un fiasco, podían culpar al senador Pinta de la guerra por venir, y de paso dañarle aún más el camino a la presidencia, tildándolo ya no de maricón, sino del hombre que nos costó la colonia, o incluso mejor, el hombre que nos costó la paz. Y es que ni el senador pudo negarse, que sabiendo que darle la espalda al país en ese momento le costaría para siempre la chance de ser presidente, se aguantó las ganas de desmayarse pensando en la cara de la pobre hija, y aseguró a todos que su hija salvaría la nación, porque eso era lo que los Pinta hacían desde hacía siglos. Así que fueron a decirle a Marino que la solución para frenar la tragedia era mandar a una joven de 19 años a su Darién a salvar patria, y el que pensaba que ya la batalla por la unidad estaba perdida pero que al menos había chances de evitar una guerra, y que para ello debía ganar Pinta la presidencia, les dijo que era la mejor idea que se les había podido ocurrir y que gran hombre debía ser su buen amigo el senador Pinta para haber criado a una joven tan comprometida con la nación. Dos semanas despues sería el mismo Marino que llevaría en su Quetzal a Canela al Darién Africano.

Fue un vuelo eterno para ambos, a Canela por primera vez en la vida las lágrimas le salían sin querer, y por más que intentará parar no podía parar de lagrimear. Pasó las horas sobre el atlántico llorando desde su silla, tratando al menos de silenciar los ruidos de su corazón roto. Pero cada tanto en medio de las nubes y el océano, se le venía a la mente alguna imagen del pasado, en góndola veneciana, en los brazos de algún enamorado o en alguna gala sureña vestida de blanco, y se le salía el tan famoso grito vagabundo que tantas veces había oído de sus pretendientes al romperles el corazón. Y Marino que antes de buen líder, era buena persona, se le partía el corazón de ver a esa pobre niña que tenía que sacrificar un

año de su vida para la causa mayor. La imagen desgarradora de Canela le hizo pensar profundamente sobre los gajes del oficio y se preguntó si llegado el caso el haría lo mismo con su hija Zanzíbar, que para esas épocas andaba aprendiendo buceo en Honduras. Y tras larga reflexión, lo asustó la respuesta, de que no sabía si lo haría o no. Y si su deber más grande era el de líder de un pueblo o el de padre. Para acallar esa duda que lo carcomería toda la vida desde ese día en adelante, le comenzó a hablar a la pobre Canela que para ese punto tenía los ojos más negros que las playas a las que se dirigían.

La trató calmar una vez más, contándole que un año no era nada en ese largo camino que era la vida, que amaría la Universidad de la Costa, que haría amigos, que le iba a decir a todos, en especial a su hijo que fueran extremadamente amables con ella. Le habló de los restaurantes, los museos, las óperas, los conciertos, pero nada lograba calmarla. Siguió por contarle que llegaban el día anterior a un evento importante. Se sorteaban los grupos de la copa África que ellos organizarían en seis meses. Había sido una bendición, esperaba que ayudara a calmar un poco los ánimos. Le dijo que ella debía estar en el sorteo, sería su primera aparición, le darían un vestido bonito, la maquillarían, que no se preocupara, que quedaría como nueva. Y como ella seguía llorando e incluso más, le comenzó a contar más cosas, que a lo mejor ni le debía haber dicho. Le contó que su hijo había negociado con la asociación para ampliar la cantidad de equipos, no iban a ser 8 sino 16 como en el mundial. Y que de paso habían invitado a Sudáfrica, que había sido muy polémico, pero que Namibia tenía un plan. Normalmente el equipo estaba baneado de cualquier competencia por sus prácticas de apartheid, pero Namibia había creado un sistema de bolas frías y bolas calientes para el sorteo. Se asegurarían que Sudáfrica jugara contra ellos, contra Ghana y contra la Costa de Marfil, los tres equipos habían hecho un pacto de caballeros. No les importaba que alguno de los tres quedara eliminado en primera ronda siempre y cuando Sudáfrica fuera humillada ante dos equipos totalmente compuestos de africanos negros y uno que orgullosamente era llamado dominó por su diversidad. Y a Canela que no le había importado gran cosa los derechos civiles en un país en el que había vivido un año, no le importó mucho más el de uno que ni conocía. E incapaz en ese momento de pensar que alguien sufriera más que ella, le entro una rabia indescifrable que la hizo llorar más. Fue ahí que Marino con malestar por hacer las cosas peor sin saber bien como, le contó que ella partía con ventaja llamándose María en su primer nombre. Y le contó la historia de las miles de Marías que se aventaron años antes, en la que se encontraban su tía y su madre. Y como cada año llegaban al país miles de Marías y como miles de mujeres más se añadían a su nombre un María para la suerte. Y esa historia le pareció tan ridícula a Canela, que por primera vez en varias semanas de ella salió algo más que no fuera dolor y tristeza, salió una pequeña risa, por la cual siempre le estaría agradecida a Marino.

El avión finalmente aterrizó en el Aeródromo Verde Darién con una Canela que tenía los ojos tan hinchados de llorar que ni siquiera logró observar desde los aires la costa negra característica de la nación. Marino la llevó al hotel de las Estrellas, donde habían decidido

darle la Suite principal mientras estuviera en el país, y antes de despedirse, le dio un abrazo y le dijo unas palabras que le había dicho alguna vez el primer Primer ministro de la india al respecto de los tiempos difíciles y cómo afrontarlos. Ahí Canela se quedó sola en su habitación gigante mirando las luces amarillas de esa gran ciudad inmensa a la que consideraba su prisión. No durmió casi nada por estar llorando, y apenas si comió una sopa por miedo a atorarse por culpa de su llanto. Agotada se quedó en cama todo el día llorando hasta que con la caída del sol entraron los que serían sus empleados por lo que durara la aventura, y tal como había dicho Marino, la vistieron con un traje hecho especialmente para ella por la misma Palma Darién, la maquillaron con extractos nuevos de alguna de todas esas recetas que habían salido los años anteriores de las venas de la selva y la perfumaron con la mejor fragancia que se les ocurrió. Pero como a pesar de eso no paraba de llorar, le pusieron gafas oscuras para cubrir las ojeras, y para combinar con sus zapatos. La llevaron en limosina hasta el Palacio de Exposiciones, y ahí se dejó tomar fotos para la prensa, a la que se le tuvo que pedir que las sacaran en blanco y negro para que no se le vieran las lágrimas. La sentaron en una de las mesas junto a Marino y otros que advertidos que estaba sensible, prefirieron no decirle nada para evitar un posible alarido de dolor. Y allí sin comer y secándose el llanto con delicadeza con un pañuelo de seda negra, vio la totalidad de la ceremonia perdida en sus pensamientos. Tantos que por primera vez en la vida no notó, que no hubo hombre que pasara a su lado que no la viera con asombro, incluso con sus ojos cubiertos. También se quedó sentada ahí durante la gala que siguió, cuando presidentes, directivos, reyes, emperadores y hasta Protectorizos bailaron al ritmo de la música de celebración que significaba el torneo que vendría.

Y en medio de esa alegría inmensurable y enigmática que sentían alrededor, ella se levantó finalmente, y se puso a dar vueltas por ese palacio de mármol. Y así acabó en el jardín interior, donde se recostó sobre el pasto para que su llanto fuera al menos acompañado por las estrellas. Y hubiera podido llorar de nuevo toda una noche entera sin parar, que oyó una voz a sus espaldas. Sin entenderle bien se levantó y ahí vio a un joven seguramente de su edad. Se miraron en silencio por un segundo y el volvió a empezar su frase. Que en todo ese gran mundo de maravillas y milagros, había solo dos seres capaces de llorar, los cocodrilos que lloraban para engañar, y los humanos que lloraban para sentir. Y que él que la había visto toda la noche desde la tarima, y que algo sabía sobre la felicidad perdida le parecía que ya era hora que dejara de engañarlos a todos con esas lágrimas de cocodrilo, que le salían más bien como de niña consentida. Luego se dio la vuelta y ella se quedando llorando una noche más.

XXX

Marino los tenía de lados opuestos de la gran mesa de comedor dónde tantos domingos la familia entera había reído en medio de festines. En esa ocasión era el silencio el que reinaba, Namibia enojado mirando su plato para no tener que ver ni a su padre, ni a Canela, y mucho menos lo que él consideraba el esperpento que habían colgado en medio del comedor. El cuadro original del que se sacó el poster oficial de lo que sería su copa África. Y no es que fuera feo, ya que todo lo contrario, era un poster de gran belleza, que hoy se encuentra colgado en alguna colección privada en una de las galerías más prestigiosas de Nueva York. Pero es que ese no era el que él había escogido, él se había tomado su tiempo y asesorándose de los mejores litógrafos, psicólogos y hasta alquimistas, había escogido un poster diseñado para inspirar a sus compatriotas y amedrentar a los rivales, y no veía como esa recien llegada podía venir pintar algo y arruinar todo el proceso que había llegado. Y es que no era solo eso, desde la llegada de Canela andaba sobresaltado. La tenía que ver todos los días, ya que el padre lo había obligado a integrarse al comité anti-independentista. Todos los días debía sacrificar horas valiosas de su día en la que ni podía ver todas las horas atrasadas de cursos que tenía de la Sorbonne, pero sobretodo irse al estadio a analizar una y otra vez los rivales, las posibilidades, las contingencias, el clima, las señales y todo lo que se le ocurriera podría ayudar a su nación a conseguir el preciado título a disputar en unos meses. Y en vez de ayudar a la nación con algo que importara, estaba esas benditas horas en un salón con mala vista del Hotel de las Estrellas escuchando pésimas ideas por parte de los bufones que había mandado la metrópoli, y el chillido casi silencioso pero constante de los llantos de Canela. Y es que Canela seguía sin poder contener la tristeza. Lloraba tanto por culpa del corazón roto del destino quebrado, que no se sabía bien si las lágrimas empezaban al despertarse o al acostarse, y si siquiera paraban en algún momento del día. A los secretarios que le pusieron para seguirla día y noche les tocaba andar con decenas de termos repletos de aguas minerales y jugos ricos en vitaminas para asegurarse que tanta lagrima no la deshidrataran.

Y es que nada lograba evitar el llanto, ni los medicamentos nuevos, ni los viejos, ni los rezos de los chamanes, curas, imames y pastores que acudieron al llamado asegurando que cada uno tenía la solución divina para el mal de espíritu. La llevaron a las playas negras y a la selva colorida y hasta a la reserva mágica pero lo único que ocurrió fue una quemadura por el sol, picadas de zancudos que le sacaron ronchas en los tobillos, y una reacción alérgica al pelo de cola de elefante que solo hicieron aumentar el espesor de sus lágrimas. Y luego en las famosas reuniones dónde los juglares esos que habían mandado desde su patria para evitar una tragedia que a ella poco le importaba, se la pasaban hablando de hacer conciertos y desfiles con la imagen de cóndores y montañas nevadas, como si eso fuera a servir para que la gente olvidara todas las que le habían hecho desde el otro lado del charco. Y para remate estaba Namibia, ese mismo que se negaba a verla o hablarle, y que cuando lo

hacía era para decirle que dejara de ser una consentida y de distraer a sus jugadores. Como si a ella le gustara tener que pasar sus tardes en ese estadio maloliente por órdenes de Marino. Lo único que había disfrutado en esas semanas había sido el pintar y eso solamente a medias, porque no la dejaron pintar lo que ella quería sino que le tocó seguir las ordenes de ese niño arrogante sentado frente a ella bajo el vidrio estelar. Que pusiera tigres y no leones así no fueran endémicos de África para que sus jugadores no fueran suaves contra Camerún, que pusiera más naranja y menos violeta para que el cerebro de los rivales no sé qué cosa, que el ratio no debía ser de 1,78 entre largura y altura sino de 1,67 por que no sé qué otra cosa, que porque había puesto una mariposa ahí en esa esquina derecha, que si no conocía las teorías de no sé quién sobre no sé qué estupidez. Y ahora desde que Helena y Zanzíbar se habían ido a Madagascar a un seminario de alfarería, las comidas eran siempre con él y con el pobre Marino, que era muy buen hombre para merecer un hijo así.

Y así no se dijera nada en esa cena de langosta y caviar, Marino que por algo era el Protectorizo entendía todo. Conocía a su hijo, que desde que perdió la felicidad en los malecones del Mediterráneo, esperaba con ansias esa cita con el destino que había profetizado los sabios de la selva en la que podría volver a reír. Y lastimosamente para él, su gran evento ahora quedaba eclipsado por esa crisis nacional, que también le habían arrebatado a Canela su cita con la felicidad de sus noches americanas. Y a él le hubiera gustado solucionar los problemas de forma lenta y racional, hacerle entender al hijo que hay prioridades y circunstancias que lo obligan a uno a dejar de lado los sueños, y tratar de estabilizar a esa pobre muchachita al que tanto cariño le había cogido en esas semanas antes de mandarla a la boca de los lobos, pero como bien le decía su padre citando al abuelo que nunca conoció, “Uno no puede contar el azúcar del café cuando se lo acaba de regar”. Y por eso no pudo posponer más lo inevitable. Y rompió el silencio de los crustáceos para informarles que la caravana de propaganda anti-independencia seguiría la misma ruta que la gira de la selección de futbol por el país preparándose para el torneo de enero. Y ahí entendieron porque la había mandado a los estadios todas las tardes y porque lo había mandado a él a toda esa reunión aburrida. Y ambos entre su mal humor y tristeza, asintieron de mala gana sabiendo que no había mucho que hacer para evitarlo.

Y así a los pocos días se fueron sentados juntos el uno al otro en una gran camioneta blindada manejada por el Kojo de turno. Se adentraron a la selva de verdad con dos buses detrás de ellos el que llevaba a los jugadores y cuerpo técnico, y el que llevaba a los de la campaña. Y sí en el primer bus se hablaba de esquemas, de marcas y estrategias en medio de cantos, risas y arengas, y en el segundo bus se veían casetes distorsionados con imágenes de los meeting que Alexandre Trois daba en salas repletas, y discutían como se podía contrarrestar sus argumentos e ideas, en la camioneta blindada solo sonaba el silbido del conductor acompañando las canciones de la 88.22. Y es que los dos pasajeros de atrás, no se decían ni los buenos días que ya estaban en sus respectivos cuadernos, uno anotando ideas sin parar y la otra dibujando los paisajes de la ventana. Y al llegar a los lugares la

cosa no mejoraba, que cada uno se iba con los de su bus. Y mientras unos corrían y hacían exhibiciones de cinco a siete para atraer al público a los estadios, los otros se preparaban para emboscar a ese mismo público a la salida, con panfletos e invitaciones a algún evento mañanero. Y luego en el hotel, Namibia desde su mesa se enfurecía hasta la rojez de ver a los jugadores comiendo a toda velocidad para poder acercársele a la mesa de Canela a ofrecerle un postre, una copa o un cumplido. Y por más que les repitiera que la comida se debía comer con gusto, y a un ritmo lento para interiorizar que todo lo bueno, incluido el buen juego debía ser constante, los jugadores no podían resistirse a que otro por viveza arriesgara la atorada con tal de ir a hablar con la princesa que los acompañaba. Y así Canela no le prestara a ninguno la más mínima atención, ellos sin falta y a pesar de las advertencias de Namibia que la madrugada estaba hecha para dormir y recuperar, todos llegaban puntuales a los eventos mañaneros junto a miles como ellos, dispuestos a oir cualquier cháchara que olvidarían a las pocas horas con tal de ver a esa princesa de quien sabe qué lugar por dos horas sentada en un atrio con su abanico japonés, con su pelo largo cubriendo sus hombros y sus gafas oscuras que les hacían soñar con que ojos tendría esa criatura tan mística y tan bella.

Y de pueblo en pueblo se fue corriendo la voz, no que venían la selección nacional que los había llevado por primera vez a un mundial y que trataría de alzar la copa África en su propia tierra, sino que llegaba una diosa de tez canela como su nombre, con curvas normales pero perfectas que no necesitaban ser voluptuosas para enamorar, con una nariz indescriptible no de lo bella sino de lo tierna, y con una voz dulce que alegraba a pesar de que en su melodía se escondiera una tristeza única, y característica de la belleza de verdad. Y así en cada entrada los recibían con desfiles y serenatas, y con fiestas y procesiones, y hombres, mujeres y niños iban al estadio no para ver ese juego trivial que ya no les importaba, sino para verla a ella sentada en las gradas, y esperar que fuera ella y no cualquier otro que les diera el panfleto o les dignara de un par de frases para invitarlos a los eventos, dónde hablaban todos menos ella, que apenas podía decir tres palabras seguidas sin romper en llanto. Y que con todas sus fuerzas sonreía falsamente escondida en sus gafas y trataba de no temblar mientras firmaba los cientos de autógrafos que le pedían los visitantes. Y en medio de la adoración la solitud y el silencio, y la noche eterna llorando desconsolada, preguntándose si era un juego cruel del destino, de andar día a día de pueblo en pueblo siendo adorada como adorno en medio de la infelicidad absoluta. Si el castigo a tantos años de manipulación y falsedad y de salirse siempre con la suya era ese limbo de calor, gentío y pitidos que empezaban y terminaban siempre con el estruendo de la puerta blindada cerrándose a su izquierda y el sonido de la mala cara eterna de Namibia quejándose en su mente de como esa joven caprichosa les iba a costar la copa. Y ella por su parte entre su llanto silencioso de carretera lo maldecía sin parar por estar tan enloquecido con ese maldito deporte que había puesto a la nación patas arriba por él.

Y es que Namibia que siempre había previsto, afrontado y solucionado todos los problemas que se atravesaron en ese sueño futbolero suyo de ganar, no entendía como todos sus compañeros de aventura parecían hipnotizados por esa sirena chillona, a tal punto que hasta los mismos entrenadores habían alterado los relojes para que los entrenamientos duraran media hora menos, y así ellos pudieran irse esa media hora a rondar como buitres a la bella embajadora de la madre patria. Pero lo que más le dolía eran los partidos de demostración, donde los gritos de felicidad no venían de los goles y las gambetas cada vez menos presentes, sino de cuando algún rayo de sol alumbraba la frente de Canela, o alguna brisa tardía le hacía mover su melena hacía los aires. Ahí todo desde espectadores hasta jugadores interrumpían todo a pesar de sus gritos, para ver a la maravilla y en unísono soltaban un suspiro en forma de flecha que partía directo hacia el ánimo de Namibia. Y así todos los días con el salir del sol, tanto la chica como el chico se encontraban sin saludarse culpándose el uno al otro de sus desgracias.

Y cuando parecía que no se podía empeorar llegó la jornada trágica. Tratando de motivar a sus jugadores Namibia como en buenos tiempos pasados había logrado cuadrar un partido amistoso en el mismísimo Maracaná contra la selección brasilera. Si eso no hacía reaccionar a su equipo nada lo haría. La noche antes de salir volando directo desde la ciudad fronteriza con Ghana en el Quetzal privado de la federación, jugarían un amistoso contra la selección de Luxemburgo, uno de los equipos más débiles de todo el mundo, con el objetivo que lo golearan para tomar autoestima tras unas cuantas malas actuaciones. El partido contra la pequeña nación, no era solo importante para Namibia, sino también para Canela. Como el viaje a Rio no tenía nada que ver con el referendo, ella y el resto del comité, tendrían una semana de vacaciones de ese viaje eterno por las entrañas del país. Ella regresaría a Santa María la Nueva, dónde su padre la acompañaría esos días, aprovechando que ya dentro de poco empezaría oficialmente su campaña electoral en mira de la presidencia. Y así por primera vez sentados los dos en el palco como era costumbre, se saludaron genuinamente antes del pitido inicial. Y si Namibia miraba con atención como el equipo tomaba forma, los pases de daban como antes y las gambetas volvían a ser la costumbre y no la excepción, Canela miraba el reloj del estadio, devorando con gusto cada segundo que pasaba que la acercaba a un recuerdo de su vida pasada. Y ahí entre los segundos que pasaban, se llenó de la ilusión perdida, y por primera vez desde que llegó, sintió que el rio que pasaba constantemente por sus ojos se había secado. Incrédula se tomó su cara con la yema de sus dedos, y al sentirlos secos, sintió una alegría aguda, que le pedía sonreír. Y al sentir la risa en su boca, se sintió bella como antes, y por un momento olvidó que estaba en África y se imaginó bajo el arco de San Louis pintando sus reflejos. Así que en su gran inteligencia, sacó su cuaderno para autorretratarse a sí misma en ese momento en el que volvía a ser, así fuera por unos minutos, feliz.

Con el cuaderno en la mano y sintiendo los músculos atrofiados de sus mejillas estirándose, y sintiendo como esa sensación molesta de las lágrimas evaporándose por el calor y

empañando sus gafas había desaparecido. Miró hacía las pantallas del estadio, que ya era costumbre por todo lo que vengo contando, que una de las pantallas mostrará el partido, mientras que alguna otra estuviera siempre enfocada en ella, para que el público no se viera timado a pesar de que las boletas fueran distribuidas de forma gratuita. Así que encontrándose en la pantalla más grande, se quitó sus gafas para verse despues de mucho tiempo como a ella le gustaba verse, y se puso a pintar. Y ahí se oyó un suspiro solitario, y luego otro y otro, y otro, hasta que la ola que hacía el público acabó perdiéndose en un tsunami de suspiros, que por primera vez veían sus ojos tan perfectos incluso más hermosos de lo que los habían imaginado y que además la vida los había premiado con verla sonriendo, y no cualquier sonrisa, sino una de forma autentica y con alegría y con felicidad genuina. Y la vieron mover sus labios y encantando sin querer, que ella estaba perdida en su pincel y su reflejo, intentando aprovechar ese rayito de paz. Y pronto fueron los jugadores que notaron que su técnico había dejado de dar instrucciones, y que solo se oían ya los gritos de Namibia que ya para ese minuto se había bajado a la primera fila a dar indicaciones. Así que los once jugadores de negro alzaron la mirada y vieron esa poesía echa imagen, y como Stendhal en Florencia sintieron la emoción desbordada y las piernas les empezaron a temblar. Y los de Luxemburgo que serían malos para el futbol, pero buenos para estar concentrados, les raptaron el balón y en un dos por tres estaban gritando el gol en la banderita de la esquina.

Y a nadie le importó salvó a Namibia que estaba colérico gritando y maldiciendo una vez entendió los motivos del gol, a la vanidad de esa mujer desvergonzada. Y por más que dio órdenes, alientos, amenazas y suplicas, al equipo no le pareció importar más el partido, y se la pasaron dándose pases laterales de un lado al otro para poder observar con calma la gran pantalla de la belleza y felicidad. Y al público, sí que le importó menos, e incluso cuando los periodistas rabiosos los entrevistaron una vez consumada la derrota a la salida del estadio, todos describieron el partido como algo mágico sin darse cuenta que habían perdido. Y es que todos en ese estadio, incluidos los jugadores andaban con esa sonrisa de niño enamorado, al punto que Namibia canceló la cena y la fiesta que les había organizado, los reunió a todos, incluido a asesores, técnicos, chamanes, alquimista y hasta a la pobre Canela que no entendía que tenía que ver ella con todo eso. Les prendió la televisión y las radios al tiempo y les dejó oir las barbaries que decían los periodistas sobre ellos, e incluso sobre él. Que a pesar de ser quien era, la prensa nunca perdonaba, y los periodistas de diversos shows ya andaban pidiendo su cabeza junto a su carta de renuncia, porque si perder contra Luxemburgo ya lo ameritaba, perder jugando así y con esa actitud lo exigía. Y en cada canal y cada estación, incluso la de su tío, le echaban la culpa a él por entrenarlos de formas tan raras y anormales, y lo acusaban de estar desgastándolos física y mentalmente y le rogaban que se fuera, que le gradecían por todo, pero que era tiempo de dar un paso al costado. Y como veía que ninguno le ponía atención por estar mirando a Canela, ahí se le subió la rabia, la de verdad, por primera vez en la vida y quien sabe que

hubiera dicho si desde los televisores no hubiera salido un “Ultimo Hora” con la música dramática que ya se había puesto costumbre en el canal del Hombre de Blanco.

Y ahí se oyó el silencio, cuando la voz del presentador anunciaba que el avión donde se transportaba el senador Pinta se había estrellado en su viaje de Lima a Bogotá. Y ahí Canela, se dio cuenta que había aun niveles de tristeza más fuertes a los que había sentido, y con el alma destrozada se quedó esperando a que volvieran las lágrimas, pero esta vez no hubo ninguna. Se levantó temblando de la silla en la que estaba sentada y se fue caminando lentamente a su habitación. Llamó a Lima y se encontró con un mar de llantos que le afirmaban que no era una pesadilla. Ahí tampoco, incluso oyendo el desgarrador lamento de la gente que amaba sintió el líquido salado que horas antes había festejado su huida y que ahora tanto extrañaba. Ella no lo sabía, pero no volvería a llorar por más de treinta años. También la llamó Marino, pero no se le entendió nada que estaba todo entrecortado porque el Protectorizo andaba por el Japón haciendo pactos comerciales. Y ahí una vez colgó, se sintió sola, sola de verdad. Prendió la televisión para huir del silencio y quizás ver alguna foto de su padre, pero se topó con que todos hablaban de Namibia y el partido y ya preveían cuantos goles les haría Brasil. Apagó y descalza subió a la piscina del hotel para sentirse acompañada al menos de las estrellas. Intentó llorar pero no pudo. Y estuvo un buen tiempo sola, mirando las estrellas con la tristeza desconectada que da la pérdida del ser que uno más quiere. Y mientas se acordaba de los buenos momentos, del último adiós, de la última conversación, oyó unos pasos sigilosos detrás de ella. Se giró lentamente y vio a Namibia.

Y este que algo sabía de tristezas, le dio su pésame con voz baja y le ofreció el avión de la federación para que se fuera de manera inmediata a Lima. Y ella le respondió que entonces en que avión se iban ellos a Rio, y él le respondió que no importaba. Y ella le respondió de nuevo que no sabía si tenía derecho a irse con todo eso del comité. Y él le respondió, que no importaba, que se fuera y que él se responsabilizaba, que casi siempre se salía con la suya. Y ella le dijo que tenía miedo de ir allá y no poder llorar y que todos pensaran que era una persona horrible. Y el alzó los brazos y le dijo que allá ellos, que al final solo importaba lo que ella sintiera. Y ahí se quedaron callados y ella le dijo que no quería viajar, quería quedarse y cumplir la misión a la que la había mandado su papá, que ahora que el ya no estaba todo dependía de ella. Y él le dijo que igual se podía ir y volver, y ella le dijo que no era cierto. Que hay lugares y momentos en las que si uno se va, no vuelve más, y que ese era uno de ellos. Y él no pareció entender pero asintió de la cabeza. Y ella le pidió que si se podía quedar un rato con ella, y él se sentó a su lado y sin decir nada se quedaron contemplando las estrellas.

XXXI

Cuando se despertó vio que Namibia seguía junto a ella. Lo despertó asustada, pensando que perdería su avión a Rio, y él se rio y le dijo que el avión había salido hace horas, que había preferido quedarse con ella. Y durante varios días no se separaron el uno del otro, y hablaron sobre la muerte, y la vida. Y ella con la tristeza seca y retenida le contaba de todas esas lágrimas de cocodrilo que había derramado en la vida pero como la de ese día en el jardín del palacio de exposiciones habían sido auténticas. Y él le comentó sobre ese informe que había hecho sobre la felicidad, y como llevaba una década con la alegría extraviada. Y también le contó de su abuela, su hermana, sus primos, sus tíos y antepasados, y me imagino yo, le habrá contado todo en esos días fronterizos, todo lo que yo les he contado en este extenso libro. Y al finalizar Canela tuvo sus dudas, de cuanto sería verdad y cuanta exageración, tal y como yo me lo pregunté alguna vez cuando apenas empezaba mis búsquedas. Pero el caso, es que poco le importó saber que era verdad, mentira, exageración, metáfora o ilusión, que para cumplir con la misión que le había puesto su padre, la de evitar una crisis y quizás una guerra, le tocaba creer lo que ellos creían. Y le pidió a Namibia que le mostrara ese mundo, esa patria que era suya. Y él aceptó con la única condición, de que por favor no volviera a entrar a un estadio de futbol, que desconcentraba al equipo. Así que se dieron la mano y se pusieron a ver como un equipo inspirado y queriendo enorgullecerlos a ambos por los momentos duros que pasaban lograba sacarle un empate a 0 a Brasil.

Y así siguieron esa ruta eterna por la carretera de la selva, con los estadios repletos de gritos viendo que jugador hacía más caños, o más gambetas, o más goles o más pases fantásticos, que cada partido se les ponía un objetivo y el ganador recibía un beso en la mejilla de Canela. Que metida en su rol de política se hacía llamar María en los grandes meetings donde con su sonrisa y sus ojos cautivantes decía ella misma los discursos de como dos patrias juntas valían mejor que dos separadas, y daba como ejemplo el gran elefante, el temido hipopótamo o el feroz cocodrilo de Nilo, con sus relaciones simbióticas con pájaros blancos en que los dos salían ganando. Y si nunca estaba en los estadios para que los jugadores y el público se concentraran solo en el balón, siempre estuvo en todo lo demás, desde los desayunos con frutas traídas de la madre patria, hasta los entrenamientos bajo el sol del mediodía y las orquestas de la tarde con ritmo de las danzas húngaras de Brahms para armonizar el alma y descansar el cuerpo. Y a su lado siempre andaba Namibia, y al lado del príncipe del país siempre andaba ella, y se los veía hablar todo el día y compartirse el último postre. Y con el pasar de los días los que los rodeaban se daban cuenta que tanto el abrazo de los buenos días una vez se veían en el comedor del desayuno y el beso de despedida en la mejilla cuando uno se iba a su habitación y la otra se iba a la suya se iban alargando y alargando. Hasta que un día alguien los vio tomados de la mano paseándose en la arboleda de orquídeas, y otro día algún otro los vio besándose frente al sol inmenso del

atardecer. Y a Canela se la veía en un lado de la plaza cantando con niños el himno nacional de la Federación Andina y al otro lado de la plaza otros niños jugaban mete-gol-tapa con Namibia y alguna figura del equipo nacional, que todos los del medio sentían cuando los dos se miraban en complicidad así fuese por un segundo, que brotaban las chispas y todos sin saber por qué sonreían como los dos jóvenes unidos por el destino.

Y entre más se acercaba la primera gran fecha y en la que todos habían pensado que Namibia estaría más estresado que nunca con sus videos y sus cuadernos, anotando, dando órdenes y trayendo a mil y un asesores de todos lados para que les recordaran como respirar, correr y hasta soñar, se toparon que el chico estaba más relajado que nunca. Y en vez de trasnocharse leyendo los informes en código que le mandaban los del servicio de inteligencia a los que tenía dando vueltas por África para adelantarse a cualquier variante táctica de los equipos rivales, él se la pasaba en el cuarto de Canela encantándose mutuamente con sus risas y sus besos. Y aunque en la noche no hubiera mucho sueño, al día siguiente como si nada cada uno hacía su labor con una sonrisa de descanso espiritual que les bastaba para recuperar el cansancio y el insomnio. Y cuando la hora de los pases y las frases llegaba a su fin, se iban tomados de la mano entre risas de juventud y caminaban por el malecón, la plaza, la gran vía o por donde fuera que caminaran los enamorados en el pueblo que se encontraran. Y luego se los veía tomando las típicas malteadas de vainilla con los aderezos de cacao puro al ritmo de alguna melodía de amor o de algún paseo alegre, siempre claro con la mirada o la boca atada la una a la otra. Y cuando la caravana se iba al siguiente pueblo alzando el polvo de la carretera de asfalto, en el pueblo más que de futbol o de independencia se quedaban hablando era de amor. Y así no se hablara en las noticias, en la radio o en la tele todos en el país sabían de los dos enamorados encantando al país entero con su felicidad. Así que cuando finalmente llegó el gran día, y todos con sus trajes de gala se juntaron en el estadio Nacional para presenciar el duelo con la Sudáfrica del Apartheid, a Marino que dio la patada inicial no le importaba en lo más mínimo el marcador, que sabía que los chamanes habían acertado hacía casi una década sobre la alegría de su hijo y que todo lo demás en el medio había valido la pena.

Y Canela desde su suite en el hotel observó el partido por la televisión y vio como a cada gol del Darién Africano, los jugadores blancos y negros se abrazaban todos juntos e intercalados para mandarle un mensaje a su rival vencido en la cancha y en los valores. Y ya para el segundo partido, cuando el resto de la familia se enteró que Namibia le prohibía la entrada al estadio nacional, la invitaron a verlo en la cima de la torre Darién. Y allí ni se fijó en su enamorado al que mostraban cada cinco minutos en la tele festejando o retorciéndose en el palco, que ella discutía con Vainilla con María Cristina, María Eduarda y Helena sobre arte, humanidad y amor. Y no podía creer lo que oía que la una se ocupaba de detallar cada año lo que se le enseñaba a cada niño en la nación, y la otra estaba en la junta directiva de la Fundación Santa María decidiendo a que proyectos se les mandaban los fondos del petróleo, o que la posible suegra fuera amiga de Hockney y Warholl de la

época en que a Zanzíbar se le había dado por pintar, o que en esa casa gigante con vista a la inmensidad hubiera fotos de Godard, Truffaut, Fellini, De Sica y tanto otro abrazado con algún miembro de la familia. Y en medio de ese centenar de retratos se encontró con uno del Protectorizo abrazado de su padre en medio de los leopardos de la reserva, y ahí la invadió la tristeza y no queriendo poner mal a la familia que tanto la había hecho reír desde la madrugada hasta ese final del primer tiempo, se disculpó y algo temblorosa pidió un taxi para su hotel. Y cuando llegó a su habitación se encontró con Namibia esperándola en la puerta que lo habían telefoneado al estadio para advertirle y él sin dudarlo le dio un apretón de manos al presidente de Costa de Marfil y le pidió a su conductor que lo llevara al hotel.

Y como para el tercer partido ya estaban clasificados y con el empate les alcanzaba para pasar primeros, le pidió disculpas al equipo, a los otros miembros de la federación y hasta al presidente de Ghana, y por primera vez en casi diez años se perdió un partido de su nación y se llevó a Canela a una playa casi que secreta que le había mostrado el tío Salmón hacía ya muchos años antes cuando venía de refundírsele la felicidad. Y en el silencio rumoroso de la selva se perdieron en el paraíso de la arena negra, las aguas color zafiro, los rayos daiquiri, el olor de la madera venteada y la llovizna de agua dulce cayendo de nubes color rosa. Y ahí entre las caricias, los abrazos y las promesas, hubo tiempo para la siesta flotando entre las olas cálidas y hasta para un lienzo retratando ese momento de colores pasajeros y emociones eternas. Y apenas ese cuadro titulado "Todos los días", fue visto en Santa María, se abalanzaron los embajadores, empresarios y pudientes para llevárselo, enmarcarlo y colgarlo en la pared más virtuosa de sus casas, palacios o países. Y es que todo el que vio y ha visto ese cuadro ha sentido en su barriga las mismas mariposas que sintió al momento de su primer amor. Y por más que le ofrecieron millones, joyas, perlas, lingotes, acciones, hasta algún Van Gogh's, un par de Monet's y hasta seis Picasso's para tenerlo, e incluso lo que le ofreció Cedro de crear un museo entero para sus obras con ese como pieza insignia en medio de un barco que diera la vuelta al mundo con él, Canela rechazó toda oferta. Que esa obra que tanto significaba para ella, solo la podía ceder o por un amor más grande que el que sentía por Namibia o por todo el petróleo del Darién. Palabras que acabarían siendo proféticas. Y aunque no estamos tan lejos de ese episodio en la cronología de esta historia, por el momento apenas estamos en la victoria contra Ghana.

Y es que con puntaje ideal, habiendo vencido a los dos rivales fronterizos, el país entero se dejó llevar por la fiebre del futbol como no lo hacía en mucho tiempo. Y si acá he contado como vivimos nosotros la copa del 2008, todos los apuntes, anécdotas y relatos que he recolectado dejan claro, que en esa copa de enero del 70, el clima de fiesta e ilusión era aún mayor. Para el partido de cuartos el partido se jugaba en el estadio de la selva donde meses antes se había humillado al equipo de la Federación. Y tal como en esa ocasión se utilizó todo el poder de la selva para tratar de tener una ventaja extra. A la hora del partido contra Zaire, centena de miles de pájaros de la reserva de Felicidad volaron hasta el estadio y mientras los onces jugadores nacionales y la decena de miles de espectadores cantaban el

himno nacional, las aves volaron sobre su cielo y alrededor de los reflectores para cubrir por ese largo minuto de canto de un tela de plumas que eclipsó por completo cualquier rayo de luz dentro de la cancha. Y en la oscuridad total de ese océano aéreo que se había tragado el sol, todos los nacionales con sus ojos cerrados cantando el himno sintieron la paz de la unión de la patria entera, pero los once rivales con los ojos bien abiertos sintieron dentro de su cuerpo el alma quebrantarse del miedo. Y ya cuando paró el himno y los pájaros que habían permanecido en silencio por respeto emprendieron su viaje de regreso, sus trinos de despedida fueron más aterradores que el silencio anterior o que todas las barras que se cantarían el resto del partido. El Darién ganaría sin problemas. Y esa noche en el Palacio de Decisiones donde Marino vio el partido junto a Canela, los dos festejaron con la mejor champaña de Francia y en medio de la borrachera a la que se sumó Namibia una vez llegó el bus lejano de la selva, se les ocurrió que hacer para ayudar su doble causa si lograban llegar a la final. Pero para ello aún faltaba un partido más.

Una vez más el estadio nacional estaba dinamitado de gente, de sonidos y de pasión. La semifinal había caído para el día de los enamorados, pero a pesar de eso por cábala Canela vería el partido desde un lugar donde no lo hubiera visto antes, y por eso acabó en la plaza Procopio Garibaldi viendo en pantallas gigante con todo el pueblo que no había podido conseguir tiquetes. Y desde el estadio Namibia se comía las uñas que frente a ellos tenían a la siempre dura Egipto, que aún por esas épocas seguía en su unión con Siria. El colegiado pitó el inicio, y empezó una batalla de futbol, con idas y vueltas, palos, salvadas, llegadas y contras, en la que una lluvia espesa como pocas veces vistas antes inundó el estadio de épica y misticismo. Y si en un momento Namibia saltaba de felicidad por una jugada de su equipo, a los treinta segundos, saltaba de pánico por algún remate muy cerca del palo de los rivales. Y si en un momento se oía el "Uuu" del casi gol, luego se oía el suspiro fatal de quien ha rozado la eliminación. Tras noventa minutos el partido seguía a tablas, y en el estadio más que cervezas o perros calientes se vendían pastillas para la tensión. En la plaza del juglar, los tambores y los cantos no habían parado un solo segundo, por más malo que fuera el prognosis en algunos momentos. Y Canela desde la tarima principal era la primera en tocar en una gran marimba los ritmos predeterminados que había aprendido para la ocasión junto a Zanzíbar. En el palco ya con el tiempo extra reanudado Namibia temblaba y no sabía de qué agarrarse para sacarse la tensión y los escalofríos que sentía en el cuerpo. Y casi como si todo ese malestar era una premonición, de un tiro de esquina evitable los faraones marcaban gol justo antes del primer tiempo del suplementario. Y ahí en ese momento, el estadio sintió el silencio que había sentido en eliminaciones anteriores, y si la pantalla no hubiera cambiado a Namibia en ese momento seguro se hubiera desmayado. Pero se aguantó el sentimiento, que algo sabía de aguantar dolor y puso una cara de calma y serenidad que dio animo al estadio, al pueblo y a la nación que aún había tiempo para empatar y mandar el partido a un desempate.

Pero Canela en la plaza que también algo sabía de caras falsas reconoció el miedo que pasaba por él, por ella y por todos. Y ahí se le ocurrió una idea, y abandonó su posición como marimbera principal y corrió al primer restaurante a que le prestaran un teléfono. Y con el llamó al estadio y pidió que le pasaran a Namibia, y cuando estos se negaron porque al hijo del Protectorizo se le podía hacer todo menos interrumpir en un partido y menos uno como ese. Ella les dijo que era Canela Pinta y que nadie ni el mismísimo Protectorizo le negaba una llamada, y ante esa lógica infalible fueron a traer a Namibia, que ya estaba a punto de gritarles y despedirlos cuando oyó que la que llamaba era su Canela. Y fue hablar con ella y ella le dijo que veía que los jugadores la estaban sobre pensando y que si no los lograba sacar de esa vorágine perdían. Y ahí le propuso que les pusiera una de esas melodías de Wagner que les ponía en los entrenamientos para relajarlos. Y como no había nada que perder Namibia subió al centro técnico del estadio y ordenó que pusieran el 1812 de Tchaikovksy. Y como no tenían el disco, les ordenó que llamaran por toda la ciudad hasta encontrar a la filarmónica, y menos mal que andaban todos viendo el partido en la casa del director de orquesta, que dicho sea de paso era uruguayo. Y todos por teléfono empezaron a tocar con instrumentos viejos que habían desparramados por toda la casa. Y los megáfonos del estadio reprodujeron esa señal cortada a todo volumen y todos al principio no entendían bien que era ese ruido metálico que cubría las melodías de los tambores, pero al ver en la pantalla a Namibia con cara de convicción, dejaron el ruido del futbol y tomándose las manos empezaron los tarareos del ruido ruso. Y en el campo los egipcios no entendían bien lo que pasaba pero siguieron a lo suyo, y ante los gritos de Namibia que dejaran de pensar y comenzaran a sentir, los jugadores nacionales se dejaron invadir del tarareo del sonido de los parlantes y sin darse cuenta estaban flotando entre pases y gambetas y el estadio ya no era un estadio sino una cancha de arcilla roja y tierra mojada en la que muchos habían comenzado a jugar. E invadidos por el futbol, y al ritmo del maestro, de la armada francesa y de la rusa, empezaron a jugar y a jugar bien y para el minuto diez del segundo tiempo adicional ya el marcador estaba empatado.

Y contagiados por ese grito desenfrenado que había invadido la nación con el tanto del empate, y a pesar que su técnico les pedía calma, miraron a la tarima y vieron a Namibia moviendo el brazo que atacaran, que había tiempo y que se podía. Y ellos que en ese momento eran esclavos de sus pies danzantes, le hicieron caso al joven y se mandaron a una última faena, y los egipcios heridos casi de muerte con ese empate inesperado, se plantaron como soldados a que ese ataque no pasaría. Y en el choque de los dos bandos, y a falta de cañones llegaron los estruendos improvisados por los tambores del estadio y del país mismo, y ante la percusión sorpresiva, uno en la defensa abrió un hueco y los delanteros del Darién como bisontes enflechados se hicieron paso de esa fisura para marcar el gol de la euforia y la locura que los hacía pasar a la final soñada, y corrieron a la esquina todos juntos alocados quitándose las camisas de la emoción y con la poca cordura que les quedaba formaron corazones con sus dedos para ser el san Valentín de la nación entera. Y ahí a lo poco llegó el pitido final, y todos saltaron y se abrazaron y se besaron y rieron y

lloraron, y salieron a la calle sin pensar a seguir saltando y a seguir abrazándose y seguir besándose y seguir riendo y llorando por el resto de la noche, que lo habían logrado.

Y esa semana el país fue una sonrisa inquieta, que todos estaban alegres y ansiosos mirando cada vez que podían el reloj a ver si ya era domingo. Y todos desde los más ricos hasta los más pobres movían contactos y palancas para ver si algún dios, filántropo o loco los bendecía con una boleta para la final. Pero ni los senadores, ni embajadores ni los habitantes de la Torre Darién se verían beneficiados por el preciado pedazo de papel verde y blanco. Que Namibia como jefe de la federación había decidido que para el gran encuentro solo iban a entrar niños, que el futbol era de los que lo jugaban con alegría y que esa fiesta debía ser para y por ellos. Así que mandó a todos los buses que pudo a los rincones de la nación y de las dos ciudades y llenó el estadio de infantes apasionados por el balón como él lo había sido alguna vez. Y solo permitió que entraran dos "grandes" como los llamó él. El mismo, que nadie le privaba esa dicha y Canela, que luego de haber salvado al equipo en semifinales se había ganado el derecho de estar ahí frente a Sudán y frente a la historia. Y es que ni siquiera dejó entrar al Protectorizo al que le tocó ir a verse el partido a alguna de las plazas con el resto del país. Y el bus del equipo salió del hotel donde concentraban y durante los varios kilómetros que los separaban del estadio, se encontraron con la famosa idea de Marino y Canela, y es que todas las calles estaban abarrotadas de compatriotas con su camisa negra y con sus orquídeas moradas bien en alto en su brazos, coreando los nombres de los jugadores y del cuerpo técnico uno a uno con sonrisas y cariño. Y al entrar al estadio se encontraron con la orquesta de niños aplaudiendo con la emoción verdadera. Y al oírlos cantar el himno con más fervor y convicción que el más decorado de los soldados no tuvieron duda que ese día no había de otra que ganar. Y aunque Sudán jugó un partido remarcable que en cualquier otra vida les hubiera valido el título, esa noche en el firmamento estaba escrito que la estrella dorada sería para el Darién Africano. Y como estaba escrito… Así pasó. Y tras noventa minutos el árbitro pitó el final, y los jugadores de negro levantaron los brazos en lágrimas, y los niños del estadio se abrazaron con más fuerza que nunca en su vida, y en las plazas se abrieron las botellas y a la batuta de Marino se pusieron todos a cantar el himno, mientras las pantallas de la nación enfocaban a Namibia y a Canela dándose un beso apasionado de felicidad en ese palco simbólico que unía a los dos mundos separados por el atlántico.

XXXII

A Santiago le tocó leer las noticias ese día. Las leyó de manera solemne como hacía siempre que daba una mala noticia. Y aunque toda noticia mala sin duda le daba cierta tristeza, esa lo había tocado de verdad. Y es que claro, nunca había dado una noticia donde hubieran fallecido un centenar de vidas, y más de esa forma tan tiste y cruel como lo es un accidente aéreo, pero no era eso. Tampoco lo fue como dijeron algunos místicos por el hecho que presintió que de esa forma también se iría Vermelho al otro mundo en apenas unos años. La verdadera razón es que se sintió mal por Canela. Le había hablado un par de veces en alguna gala a la que lo había llevado el Hombre de Blanco, pero no había pasado más de saludos cordiales. Y sin embargo saber que su padre había muerto en ese avión lo llenaba de malestar. No sabía porque pero la quería abrazar y decirle que todo estaría bien. Supuso que volvería para la ceremonia que se iba a celebrar en el senado de la Federación, y queriendo estar con ella así dudara que ella se acordara de él, le pidió al hombre de Blanco permiso para faltar al trabajo ese día y poder asistir. Pensó sería más complicado, al fin y al cabo, él difunto y su jefe eran rivales políticos, casi se podría decir, enemigos. Pero no, se sorprendió de la reacción de su mentor, claramente afectado y con una cara de tristeza, le había dicho que irían juntos antes de añadir, "Que tristeza para este país, ahora solo quedamos hijueputas".

El día de la ceremonia con todos los senadores y hombres de poder vestidos de negro y con caras genuinas de tristeza, notó con sorpresa como todos sin importar su ideología estaban tocados por el hecho. Se lo comentó al Hombre de Blanco, y este le respondió que los grandes hombres incluso los que uno desprecia por lo buenos que son terminan siempre uniendo a los pueblos de algún modo u otro. Que ya vería como en los próximos meses estarían todos de amigos así fuera solo un ratico, que la muerte y en especial la de alguien que uno admira tiende a unir convicciones divergentes en los puntos comunes. Y en el momento no le prestó mucha atención a esa frase, porque andaba mirando de reojo a la viuda de Pinta con el resto de sus hijos y preguntándose con el corazón en vilo por la ausencia de Canela. Pero con las semanas, y con cada domingo de noticias contándole a los millones de Fedeandinos como por primera vez en años el país mejoraba un poco en todo, la idea de la relación entre la muerte y la unión fue incrustándose poco a poco en el núcleo de su alma. Y es que mientras todos en la nación andaban de duelo por la muerte inesperada de Pinta, los senadores, políticos y hasta el vago del presidente entendieron que las elecciones habían pasado de ser entre los incompetentes de siempre y el cambio, para volverse una solo entre solo los incompetentes de siempre, y con ese cambio transcendental todos se dijeron que ya no tocaba empujar por el caballo de turno sino que ahora cualquiera de ellos podría ser presidente y ganarse esa pensión vitalicia que tanto los hacía soñar. Así que se pusieron a trabajar por un rato, que cada uno quería ganarse esos votos huérfanos, con la idea que si hacían las cosas bien, al menos hasta que empezaran las elecciones, los

votantes de Pinta que sin duda eran los más exigentes y los que ni locos les iban a regalar el voto a cambio de sonrisas o mercados, decidirían la elección.

Así que en esos meses se anunciaron y destrabaron proyectos estancados, se repartieron ayudas, se dejó de oprimir a los disidentes, y de paso ya que estaban en esas falsedades, se les dio por ser empáticos y generosos. Así que al menos por esos meses decayó la miseria, y con ello pues mejoro la seguridad y la ciudadanía. Y todo andaba tan bien en esos meses post accidente, que las noticias empezaron a volverse aburridas, que no había nada jugoso que contar, y ya parecían Suiza o Canadá con sus titulares aburridos sobre estaciones de frutas o gatos perdidos en algún barrio de Bucaramanga. Así que desde arriba llegó la orden que le pusieran emoción al asunto, y el canal del Hombre de Blanco, fue el único que se percató de la historia potencial que pasaba al otro lado del océano. Así que cada vez que podían ponían algún informe o algún videíto de María Canela Pinta hija del difunto senador, quien enamorada había preferido quedarse en la colonia que venir al funeral de su propio padre. Y de paso mostraban a Namibia a quién no tenían miedo de llamar un soviético escondido que se gastaba la plata del petróleo en deporte como si fuera Tito o Ceausescu obsesionado con llenar de gloria deportiva a su nación para justificar quien sabe que barbarie escondida. Y así comenzaron con los titulares y las fotos, y analizando cuantos niños se podían alimentar con la plata que se habían gastado en los estadios del Darién. E invitaban reverendos y profesores de ética para discutir si María Canela tenía síndrome de Estocolmo y por eso había decidido quedarse allá. Y le tocaba a Santiago narrar todas las imágenes, de los dos herederos de buena familia paseándose tomados de la mano en algún malecón selvático, o mostrar alguna foto paparazzi de los dos besándose en algún campo de entrenamiento. Y como los Ratings eran tan buenos, pues la competencia y las revistas empezaron a hacer lo mismo, y en vez de hablar de los militares, las guerrillas y la corrupción, se pusieron a hablar de chismes y de amor. Y para sorpresa de nadie, al pueblo le interesaba más hablar de chismes y amor de ricos que de tragedia de pobres. Pero para sorpresa de muchos, en especial de los que decidían, lejos de repugnar esa relación entre una mala hija y un comunista pasándose de rico, el pueblo, por no decir el público, quedó encantando con esa historia de amor.

Así que sin vergüenza alguna, ya a Santiago no le ponían a leer historias sobre como esos dos niños malcriados andaban tocándose como salvajes en la lluvia de la selva, sino como esa pobre mártir que era Canela y ese filántropo que era Namibia habían logrado encontrar el amor en medio de la desgracia y el exotismo de la selva. Así que cada día traían a poetas y aventureros a discutir sobre el amor selvático y los periódicos sacaban cuadernitos de regalo para que los niños colorearan los animales de África. Y en las revistas sacaban los looks de María Canela, y veinte recetas naturales para tener un cabello como ella. Y en los estadios cuando el equipo jugaba mal los hinchas gritaban “Namibia, Namibia” para ver si así daban tres pases seguidos. Y en los programas de opinión de mujeres se debatía si Namibia era el hombre perfecto, y en los de hombres se debatía si Canela podía y debía

lanzarse a la Miss Señorita Fedeandina. Y los escritores escribían libros de romance selváticos, y las empresas de turismo hacían paquetes para visitar al Darién Africano, el Amazonas o las Guayanas. Y en las centros comerciales se vendían telas coloridas, y trajes típicos africanos así ninguno de esos se usara en el Darién y en las boutiques pidieron más que nunca las nuevas colecciones de Cabinet Bestiare. Yen la radio sonaban ritmos a punta de marimbas, y hasta se invitó a Andrómeda a cantar al Teatro Colón, y le fue tan bien que hizo un tour nacional. Y en los restaurantes ejecutivos vendían las mismas carnes de siempre solo que ahora le decían combo Colonial si uno quería agregarle más plátano, y Combo Canela si quería con postre. Y en los bares se inventaron la "Hora Namibia" que era la hora del partido donde las cervezas salían más baratas. Y en las florerías se pusieron de moda las orquídeas violetas. Y en las librerías volvieron a sacar los libros de aventura que alguna vez habían escrito Roble y Palma. Y los coleccionistas se pusieron a comprar y vender las grabaciones del Juglar Garibaldi, los vidrios eternos de la época de la entre guerras, y hasta las fichas de casino que entregaba Alegría a los que iban a jugar contra ella. Y en medio de esa locura llegó la famosa Copa Africa, de la cual no pasaron ningún partido salvo la final, pero si pasaron cada vez que pudieron las entrevistas de Namibia abrazado con Canela, y las mil y un fotos que le tomaron a Canela el día que vio el partido desde la plaza. Y finalmente el día definitivo cuando los colonos tocaron el cielo continental, millones vieron en vivo ese beso apasionado de felicidad realizada.

Y esa noticia también la dio Santiago de mala gana, porque le pusieron a leer disque "Hoy no solo ha ganado el Territorio del Darién Africano un torneo de futbol, también ha ganado el amor". Y el que pensó que ahí se acababa todo y que ya no tendría que ser torturado con esa "Darién-manía", pues se equivocó por completo que ahora se venía el referendo independentista, y por cinco meses pasó leyendo cada noche las noticias al respecto. Y contando como Namibia y María Canela andaban una vez más de pueblo en pueblo, tomados de la mano y besándose y abrazándose y haciéndose ojitos, y mostrándole al pueblo del Darién que era mejor estar juntos que separados. Y le tocó aguantarse las entrevistas que les hacían cada tres días en su cadena, donde Namibia hablaba de amor y responsabilidad y Canela de superación y amistad. Y luego mostraba las imágenes de Alexandre Trois, con una sonrisa encantadora hablando de sueños y de valentía, y que si el amor había unido a dos de dos naciones que querían seguir siendo una, la realidad y la historia mostraba que esa unión era la excepción y no la regla. Y Santiago desde el estudio presentó el debate diferido entre Marino y Alexandre Trois, donde los dos desde la cordialidad y el respeto presentaron sus dos visiones. Y por más números que dio Alexandre Trois, y por más citaciones y hechos de la historia que dio para convencer a su pueblo que nunca serían iguales, a Marino le bastó hablar de Canela y utilizarla como símbolo del espíritu Fedeandino, y decir con palabras que parecían de padre y no de líder, lo mucho que había aportado al país en ese corto periodo de tiempo, y como no había una sola Canela sino millones, y que el país no se podía dar el lujo por capricho de alejarlas. Y luego salió Namibia entrevistado, y con voz seria en medio de una sonrisa picarona que no

se le había visto hace años, dijo que con todo respecto a su padre estaba en desacuerdo, que como Canela no había ninguna. Y luego salió Canela y con los ojos encantados dijo que le agradecía al amado esas palabras, pero que ella estaba con Marino y le pedía a la gente de la metrópoli que lo mostrara, que así no tuvieran voz en esa elección, tenían voz. Y la gente de la metrópoli encantada con toda esa novela de amor y política en la que los habían metido como personajes, salieron un día a las calles a respaldar la unión entre los pueblos en una gran marcha en más de treinta ciudades. Todos vestidos de negro y con orquídeas moradas, y cantando por la paz, la unión, la hermandad y el amor. Y esas imágenes fueron mostradas sin parar en los canales del Darién, y fue algo tan emotivo que hasta Alexandre Trois salió a decir que quizás había esperanza. Y con esa frase inesperada se cerró la campaña y se le pidió a la gente que reflexionara por una semana y acudieran todos a las urnas al domingo siguiente.

Y allá mandaron a Santiago a que fuera enviado especial, y lo pusieron a hacer video reportajes desde la torre Darién, y desde las plazas, y lo mandaron a la selva y a la reserva, y a entrevistar a pasantes, y hacer juegos lúdicos. Y él con su sonrisa de reportero parecía el más alegre del planeta, pero cuando su productor gritaba corte, la sonrisa le desaparecía. Que si en Bogotá y el resto del país la obsesión con Namibia y Canela le habían parecido exageradas, en Santa María la Nueva rozaba lo absurdo, y en las tiendas se vendían desde pocillos hasta estatuas con sus figuras, y no era raro ver a mujeres en la calle comparar sus cuadernos de recortes con las fotos que salían constantemente de ambos en las revistas. Y a jóvenes estudiantes andando por la calle recolectando firmas para que le cambiaran el nombre al Estadio Nacional y le pusieran "Namibia Darién". Y luego cuando se adentraba a los cafés y los restaurantes no podía no oir las conversaciones ajenas, de cómo algún día Namibia sería un grandísimo Protectorizo y lo bellos que serían sus hijos e hijas con Canela. Y por más que inventara escusas sabía que le tocaría tarde o temprano volverse a ver con su familia, con Marino y compañía y con Namibia tomado de la mano de Canela. Y esa idea le daba nauseas de tan solo contemplarla. Y llegó el día de la elección, y ese día el sol era uno bello, y todos en las calles andaban sonrientes, y en la televisión mostraban a Alexandre Trois diciendo poemas sonrientes y diciendo que votaría no con la razón sino con el corazón, que una vida sin esperanza era una que no valía la pena vivir y que si uno tenía que tomar riesgos no era ni en lo simple ni en lo trivial, sino en lo importante y lo que amaba. Y luego mostraron a Namibia que antes de dejar caer su papelito blanco en la urna transparente lo hizo besar por Canela que no tenía derecho al voto, y todos en la tele vieron esa imagen durante todo el día de los labios rojos de Canela cayendo en medio de la montaña de papelitos blancos. Y la tele fue mostrando uno a uno los grandes votos, de los ministros, y los comerciantes, pero sobretodo de cada uno de los Darién, que estaban todos reunidos ese día, desde las Marías hasta sus respectivos nietos acompañando a sus padres a las urnas. Y finalmente se animó y se fue a su lugar de inscripción, no muy lejos de la casa agrietada donde le había tocado crecer. Y allá igual lo esperaban las cámaras, y él con una sonrisa falsa tomó su papel, y una vez ocultó entre el terciopelo de las cortinas, con una

equis fuerte puso que votaba por la Independencia sin saber muy bien por qué. Y salió de nuevo con su sonrisa de domingo y dejó caer su papelito y al ser entrevistado sobre su lejanía solo dijo que "Uno puede irse al otro lado del mundo que igual va a soñar con las calles donde creció".

Y ya sin escusas se fue en el bus que tomaba de chico hacia el centro, para reunirse con el resto de la familia en el lobby del hotel de las estrellas. Y allá llegó y lo recibieron entre abrazos, y lo bombardearon de preguntas y de anécdotas. Y Knut lo hizo venir a la cocina que le había preparado un plato especial para él, y Magallanes le mostró una de sus medallas que había llevado para la celebración. Y las tías y los tíos le recordaron las cosas de la infancia, y el que se acordaba de todo no quiso corregirles todos los detalles que le decían mal. Y Helena lo abrazó más fuerte que ninguno y le preguntó sobre los amores, y él con los cachetes rojos no quiso contestar. Y finalmente llegaron los tres que faltaban, y al primero que saludó fue a Marino, que le sonrió con un cariño inesperado, y le dijo que era hora de que volviera a su patria, que algún trabajo le encontrarían en algún ministerio o incluso en la fundación. Y el convencido de sus palabras le agradeció, pero le dijo que no creía que volvería en muchos años, que aún le faltaban muchas cosas por hacer al otro lado. Y luego vio a Namibia que llegaba riendo como en tiempos juveniles junto a Canela. Y Namibia le dio un abrazo de futbol y le dijo a Canela que seguro reconocía a su primo, que era el periodista estrella de la televisión Fedeandina, y esta le respondió que claro que lo conocía, incluso de antes que se habían cruzado varias veces en las galas de los ayeres. Y él a eso le hizo sacar un sonrisa, pero no hubo tiempo para más que los dos se disculparon y se fueron a bailar. Y él hablando con el uno y con el otro no pudo no verlos de reojo toda la noche. Bailando entre risas y besos en la pista de baile como si a su alrededor no hubiera nada más. Y fue Salmón que generalmente no le hablaba mucho quien le dijo que esa era la última noche que pasaban los dos juntos. Y él más sorprendido porque el tío finalmente le hablara, que por la noticia se puso a escuchar con atención. Y el tío le dijo que a primera hora de la mañana se iba Namibia junto a la selección nacional a entrenar para el mundial en el Kilimanjaro para que no les pasara en el DF lo mismo que les había pasado en la paz. Y al mismo tiempo María, porque todos en ese lado del mundo se referían a ella como María, se regresaba por fin a casa a decidir su futuro. Y en ese momento salió el "Última hora" en la televisión anunciando que habían ganado el referendo con más de 90% de los votos. Y ahí explotó el júbilo. Y le subieron a la música. Y todos se pusieron a bailar y a celebrar que el país seguía unido.

Y él que no esperaba ningún resultado distinto y hasta había pregrabado su reacción de la victoria con diferentes porcentajes para poder estar en la fiesta, sintió una alegría triste, y una tristeza alegre que no pudo descifrar. Y viendo a la gente bailar y saltar, notó que entre ese mar de risas faltaban dos. Y le preguntó a la tía Felicidad que seguía con su ingenuidad de siempre, y esta le dijo que los había visto yendo hacía los ascensores tomados de la mano una vez anunciado el resultado final. Y eso le creó un mal de estómago que nada

tenía que ver con lo que había comido. Así que salió un momento a respirar aire fresco, y entre el aire cálido que traía la brisa oyó el principio de los fuegos pirotécnicos. Y observó por varios minutos ese festival de locura de explosiones coloridas que llovían por todas las calles de la nación, y a pesar del malestar interior, veía esos colores festivos y oía las explosiones de felicidad y sabía que la alegría se había apoderado en ese momento de la nación. Y no estaría erróneo de decir que jamás en la historia de esa tierra de costas negras hubo un momento más alegre que ese. Y en medio de esa felicidad histórica, Santiago levantó la cabeza y vio la luz prendida en la cima del hotel, y sabiendo que esa suite le pertenecía a Canela, frunció el ceño y sin importarle que esa fuera la noche más gloriosa de su nación, se fue caminando solo entre las calles vacías.

Durmió mal y lleno de pesadillas, como si su interior supiera que su destino se estaba decidiendo en esa suite lejana que no pudo ver más. Vencido por el insomnio y las premoniciones, se fue a trotar con la salida del sol y en medio de su recorrido se cruzó con el bus de futbol que salía al aeropuerto. Volvió al hotel, se bañó y desayunó, y se fue para la plaza principal a grabar el último segmento antes de volver a casa. Entrevistó pasantes afónicos y felices y tuvo una entrevista con un Alexandre Trois sonriente como siempre, del cual destacó la frase, que si las tristezas de su pueblo eran las suyas, las alegrías eran las mismas. Luego pasó por su hotel y se fue al aeropuerto, y allí vio a una Canela de aires tristes hablar con un Marino de aires enojados. Trató de evitarlos pero Marino lo percató y le hizo señas de acercarse. Canela lo saludó con una sonrisa pero sin decir nada y Marino tras preguntarle casi que sin interés por su respuesta, del porque se había ido tan temprano, se disculpó que no podía invitarlo a que se les uniera en su Quetzal que tenía cosas que hablar con Canela. Y él que lo prefería así, no dijo nada más y con una sonrisa se despidió y se fue a su sala de abordaje. Ya en el avión sacó sus notas y se puso a analizar la elección a venir en la Federación. Y entre las nubes fue dejando de lado todo ese asunto de colonias, fuegos y suites y se fue concentrando en las alianzas del candidato del Hombre de Blanco. Y al llegar lo recibió su mentor en el aeropuerto y se fueron a trabajar.

Y ahí les tocó a ellos dar la vuelta por el país de las seis naciones, y entre meetings y entrevistas llegó la primera ronda y entre los dos se coló el caballo del Hombre de Blanco, y ahí empezó la parte divertida, el de las alianzas y promesas, y en medio de eso empezó el mundial, así que a Santiago le tocó dar las noticias de política y entrelazarlas con las de futbol. Y el día del primer debate el Darién Africano le remontaba un 0-2 a Bulgaria, y al otro día salió en primera plana no la imagen de los dos candidatos discutiendo, sino la de Namibia celebrando el gol de triunfo en León, y una foto de Canela en el Barranco limeño a su lado con el titular "¿Por qué no están juntos?". Y luego el día que los sondeos daban por primera vez en ventaja al candidato del Hombre de Blanco, a Santiago le tocó leer la noticia, que mientras el Darién Africano le metía tres goles a su igual de Marruecos, en Lima una fuente les contaba que Canela Pinta había decidido no volver a San Louis y

proseguir sus estudios en la prestigiosa Universidad de la Costa. Luego la noche del segundo y último debate, luego de una presentación extraordinaria del candidato del Hombre de Blanco, repleta de dardos envenenados a su rival, las radios y televisiones estaban tan encantados hablando de la explosividad del debate que nadie se acordó de mencionar que Alemania Federal había vencido por 3 a 1 a la selección colonial. Finalmente el día que el Brasil de los cinco diez comandada por Pelé acabó el sueño mundialista del Darién Africano ganándole 4 a 2, Santiago desde estudio mostró las imágenes en vivo de como Canela se subía al avión con dirección a Santa María la Nueva.

Y con esa imagen Santiago pensó que ya casi se había acabado toda esa bobada, que Canela se iría a estudiar allá, y que Namibia se bajaría junto a su equipo luego de una grandísima actuación y que le tocaría mostrar el video de los dos besándose en la pista de aterrizaje y que eso sería todo. Que ellos vivirían felices para siempre y él podría volver a su vida. Y casi le pega, que la cadena mandó a los reporteros locales al aeropuerto, pero en la pista no había ni Canela, ni Namibia, solo el equipo de futbol siendo aplaudido por la multitud. Y alguien dijo que era normal que Namibia no se iba a perder ni la semifinal ni la final del mundial. Y a los pocos días luego de las elecciones dónde ganó el candidato esperado, y luego que el Doctor, el Hombre de Blanco, Santiago y compañía hubieran festejado esa victoria tan importante para sus vidas y su futuro, llegó la noticia que tras ver a Pelé levantar la copa Namibia había ido al aeropuerto pero en vez de tomar dirección al Darién su jet se había ido para Paris. Y como aún faltaba medio verano, y aunque si se les hiciera extraño que el heredero más famoso del Darién no se llevara a su novia, nadie pareció verle importancia. Y luego cuando el nuevo presidente anunciaba que nombraba al Hombre de Blanco su ministro de comunicaciones, saltó la triple noticia que por un lado Canela había cedido su famoso cuadro de Todos los Días al museo nacional de arte del Darién, segundo que los apuntes anunciaban que Namibia había renunciado a todos sus cargos en el Darién, la presidencia de su club, de la federación de futbol y su silla en la Fundación Santa María, y de paso había alquilado un apartamento frente a los Jardines del Luxemburgo y que según fuentes cercanas estudiaría el resto de su carrera en Paris y ya no a distancia desde Santa María, y finalmente y quizás más sorprendente, Canela era nombrada en la junta directiva de la Fundación Santa María en remplazo de Namibia.

Y ahí la prensa no demoró en mandar enviados a Paris y Santa María la Nueva para averiguar qué había pasado, pero por más insistencia ninguno logró averiguar lo más mínimo. Que cuando le preguntaban a Namibia mientras tomaba café en la Place de la Sorbonne él se limitaba a brindar, y cuando hacían lo mismo en el Café Yugoslavo Canela se ponía sus lentes de sol. Y si por varias semanas todos los diarios de ambos lados del océano intentaron descifrar que había pasado a falta de resultados se pusieron a inventar soluciones. Y un diario sacó que Namibia se había enamorado de una mexicana en el mundial, y luego otro sacó que había quedado impotente luego de pasar tantas semanas en el Kilimanjaro. Un show de televisión dijo que Canela se había enamorado de Marino y que

por eso Namibia había quitado el país. Mientras que en un show de radio se rumoró que nunca hubo relación y que todo había sido un truco para ganar las elecciones. Otros más optimistas y viendo como el pueblo parecía desgarrado por el fin de su pareja favorita, decían que los dos jóvenes seguían saliendo, solo que a distancia. También salió el rumor que el Namibia de Paris era un actor pago, porque la Sorbonne le había impedido seguir estudiando a distancia. Y parecido a ese salió una idea que tanto la Canela que se veía todas las tardes tomando en el Café Yugoslavo en la ciudad vieja como el Namibia parisino eran dobles, y que la pareja vivía feliz en algún palacio de Rajástan. Fue escuchando esa última versión un día en el Palacio Presidencial, en que las noticias mostraban las imágenes de Marino en el funeral de Nasser con Arafat desmayándose y Gadafi sin poder parar de llorar, que a Santiago que ya se había tomado unos cuantos Whiskeys le dio un ataque de risa. Y ahí entre las risas le contó al Hombre de Blanco, que a lo mejor él no sabía que había pasado pero sabía el cuándo, y le contó de la noche del referendo, y la luz de la suite, y el bus tempranero y la cara de Canela y la rabia de Marino. Y al día siguiente ni se acordaba de haber dicho todo eso que se topó en más de un periódico controlado por el Hombre de Blanco una historia escalofriante.

Y es que el Hombre de Blanco que de tonto no tenía nada en esa época ni en ninguna otra, y andaba con diez años de adelanto al resto como mínimo. Al oir las palabras de Santiago no demoró ni dos minutos en llamar a sus diarios a que publicaran un supuesto informe según el cual algo habría hecho Namibia la noche de elección a Canela, una cosa que no podía ser buena, que le había tocado renunciar a todo e irse, y que de paso le había tocado a Marino nombrar a Canela en la fundación Santa María con lo que eso significaba, para comprar su silencio. Y Santiago pensó que sería como todas las otras suposiciones y la gente las diría sin creer en ellas, pero no. Que como esa nueva si tenía bases en la realidad, el resto de la prensa no demoró en encontrar testigos. Un botones que vio salir a Namibia pálido en la madrugada de la habitación, otro que dijo haber escuchado gritos en medio de los fuegos artificiales, testigos en el aeropuerto que vieron a Marino enojado discutiendo con Canela, dos jugadores del equipo que aceptaron que Namibia no había sido el mismo durante el mundial. Y como ninguno de los actores de esos chismes salieron a contradecir la historia, esa fue la versión que quedó en la memoria colectiva extraoficialmente para explicar el fin de la pareja que había unido a dos países irreconciliables. Incluso cuatro años después cuando Santiago aceptó la oferta del Hombre de Blanco de devolverse al Darién Africano, los pasantes del centro apuntaban a la cima del Hotel de las estrellas en medio de susurros.

XXXIII

El hombre de blanco veía las noticias, como lo hacía cada domingo, sentado en su gran sillón rodeado del gran vacío de su gigantesca casa. Su querido Santiago, lo más cercano que tenía, y lo más cercano que quería de una familia, leía las noticias. Casi lo mismo de siempre, problemas por aquí, problemas por allá, la nota de color al final para que los espectadores acabaran la semana con una sonrisa. Esa noche en especial le había dado gracia la noticia del cacerolazo, con tanto problema el pueblo había decidido inundar las calles del país desde el norte de atacama hasta la selva panameña del ruido metálico de las cacerolas y las ollas. Y él que en su mente tenía muy claro todo lo que iba a hacer y todo lo que pasaría si lo lograba, no podía contenerse las risas de un pueblo tan dócil que tras veintitrés años de abusos no encontrara mejor forma de protesta que dañar sus propios útiles alimenticios, como si los ricos y poderosos, a los que ellos mismos habían votado y financiado no vivieran todos en casas con ventanas anti-sonoras perdidas en la altura de conjuntos residenciales apartados en medio de burbujas de silencio. Y como no tenía sueño particular, se divirtió calculando cuánta plata ganaría él gracias a la venta de ollas y cucharas para remplazar las que dejarían de ser útiles tras esa larga noche de ruido trivial. Y como al finalizar las cuentas, más que con sueño estaba era animado, se puso a pensar en las otras noticias que había oído. Y cuando terminó de reflexionar sobre esa nueva guerra que había empezado el día anterior entre los árabes y los judíos para ver quien se quedaba con más desierto, se le prendió la bombillita. Tomó el teléfono y llamó a su protegido y le advirtió que se fuera preparando, que de ahí a un año lo mandaba de vuelta a la colonia. Y Santiago al otro lado de la línea ya preparándose para salir de fiesta de domingo con la de las notas a color, sintió el escalofrió de la tristeza, pero sin voz ni voto se contentó de decirle a su mentor que él seguía sus consejos ciegamente. Así que un poco menos de un año despues cuando su avión aterrizó en Santa María la Nueva del Darién, y fue recibido a la salida por un centenar de fans que le daban la bienvenida no le quedó otra que sonreír, que una vez más el Hombre de Blanco había acertado todo.

Y es que sería una mentira decir que en un momento de esos cuatro años que llevaba la década del 70, Santiago no temió que su maestro de vida estuviera por primera vez completamente equivocado. Porque si seguimos siendo sinceros, ya se había equivocado y bien grande, pero no totalmente con el referendo colonial. El Hombre de Blanco que tonto no tenía nada y vivo tenia de todo, había apostado por que el Darién Africano votara por la independencia, y así poder mandar la armada, los tanques y los aviones a pacificar esa tierra de petróleo infinito cuya plata tan mal gestionaban los Darién y su fundación Santa María. Pero se le habían atravesado esos dos niños malcriados y ese torneo demoniaco de negros y árabes que dios sabrá porque había causado tanto furor en los espíritus de esos seres malacostumbrados. Y si toda esa plata invertida en hierro y pólvora no se había perdido del todo porque igual el estado andaba peleándose con todas las guerrillas que tenía

regadas por su selva, o se las había podido meter a buen precio a los aliados vecinos queriendo agrandar sus desfiles militares, las ganancias no habían sido tan buenas como lo había deseado. Y sobre todo dos tercios de los dividendos del petróleo seguían siendo para ese país de negros y blancos que se la daban de negros. Y sin esa plata extra con la que ya contaban él y su grupito que manejaba el país a medias, les tocó decidir si seguir robando igual o robar menos. Y como ninguno quería cortarse su parte del pastel, pues hicieron la famosa "a la de dios" y siguieron con las mismas e incluso hasta peor, porque ya se olían que ese modelo de corrupción a lo mejor no era viable y mejor les tocaba asegurar mientras podían. Y no demoró mucho en colapsar el sistema de poderes e influencias, que si los de arriba estaban mejor que nunca, los de abajo recibían cada vez menos. Y en un abrir y cerrar de ojos, los militares amigos andaban o muertos o sin puesto y sus remplazos en las cúpulas de poder y decisión eran mucho menos colaborativos que los anteriores. Desde el Perú donde les salieron militares izquierdistas, como si eso fuera algo real, presionando a los senadores y a la capital a nacionalizar todo para ayudar al pueblo, y en Bolivia que tras el accidente de helicóptero que los dejó sin guía, no se ponían de acuerdo los que quedaban si seguían apoyando a las elites de derecha para tener el poder de forma indirecta o se animaban como en el Perú a dárselas de Robin Hood para asegurar el poder de forma más directa. Lo único sí es que siguieron con las buenas prácticas de desapariciones forzosas de sus predecesores para no aumentar la inestabilidad que ellos mismos creaban con opositores irracionales y antipatriotas.

Al menos les quedaba Panamá que seguía con su Líder Espiritual de la revolución o como se hiciese llamar según el día que le preguntaran, que los mantenía a todos calmados, pero al gran coste de una tajada bien grande de la renta del Canal, y ni modo de remplazarlo, que cada domingo se iba en su bote a pescar con la muy alta clase americana que en cada paseo abrían un ojo para ver sus cuentas voluptuosas en los bancos canaleros y cerraban el otro para no enterarse de las bellezas que hacía su nuevo mejor amigo con sus opositores. Y bueno en Venezuela sí que era causa perdida, que con todo ese petróleo se creían de mejor familia y se comportaban como la colonia gastándose plata en estupideces para el pueblo. Y en Ecuador que venían de encontrar un poco de petróleo no se decidían del todo si seguir el modelo Colombiano al que el Hombre de Blanco se refería como "Racionalidad Cautiva" y al cual el bando de Caracas se refería como "La hijueputez andina", o seguir el modelo Caraqueño al que ellos se referían como "Solidaridad Duradera" y en el senado de la federación le decían "Alcahuetería Veneca". Así que en resumen el país estaba vuelto el quilombo habitual, con los unos y los otros y los demás divididos y haciéndose la guerra por todas partes, como ya hemos descrito anteriormente. Y en el club capitalino del Hombre de Blanco y sus asociados se les veían las caras amargas y las nucas repletas de sudor frio, sin saber si lograrían ganar las elecciones por venir, o les tocaría usar el plan ese del apagón y la intimidación para quedarse en el poder. Pero como diría uno de esos mismos miembros el día que los Saudís y su coalición declararon el bloqueo, "Diosito si es

que es muy grande". Que con el bloqueo se disparó el precio del petróleo, y ahí sí que no importó nada más, que el país se llenó de plata, para contentar a todos.

Y es que es difícil de explicar lo que fueron esos años, la época en los periódicos hablaban de la Venezuela Saudita, y los Emiratos Andinos. Que lo que había era plata, para robar, para gastar, para invertir, y hasta para ayudar. Y el Hombre de Blanco, ahí si se puso firme, y le impidió a los aliados exagerar en la corrupción, y a punta de sonrisas falsas y de reportajes de sus televisoras, se puso la capa de héroe, y comenzó a encabezar las propuestas y leyes que meses atrás hubiera tildado de comunistas, y con tanta plata en juego, se la pasaba en Caracas en medio de cuartetos y bandas en los restaurantes de caviar de la capital venezolana, abrazado y cantando con los ricos caraqueños que durante más de una década trató de quebrar. Y hasta se dio el lujo, por más que toda la vida había dicho que primero Colombia, luego la Federación y por último el resto, de liderar los proyectos en la selva, las sierras y hasta en los resguardos indígenas. O hacer viajes diplomáticos a los vecinos del continente a proponerles ayudas y cooperaciones y hasta comprarles bonos del tesoro o prestarles a bajo interés la plata que quisieran. Y los países vecinos recibieron con gusto toda ayuda, y en agradecimiento no pusieron ningún problema cuando las tropas de la federación anexaron una parte de la Guyana que estaba en disputa desde hacía siglos, y tampoco puso problema el aliado del norte del Rio Grande, no tanto para no molestar al único aliado que le vendía petróleo barato, sino por la felicidad que sintió de ver a toda Suramérica unida bajo la bandera del progreso. Y en agradecimiento por esa camaradería, la Federación en acto de buena fe, le cedió a los amigos del sur la parte que le habían quitado en la guerra del pacifico, y a los amigos de habla portugués un pedazo de selva que a ellos les daba igual, pero que a lo mejor a los militares de al lado les venía bien para contentar al pueblo.

Y si al oeste del Atlántico, las cosas iban como iban, al este, en esa bendita colonia de arenas negras, el boom económico por los dividendos del petróleo había vuelto al pequeño país africano en la envidia del mundo. Y así lo constató Santiago, que tras volverse el presentador más célebre de la Federación, aterrizaba en la tierra donde nació para ser el presentador estrella de las noticias del canal privado del Darién Africano. Desde el avión, miró el centenar de rascacielos que cubrían la ciudad nueva, y una vez en camino a la casa que la habían alquilado en el corazón de la ciudad vieja, se maravilló de la limpieza de la ciudad, las remodelaciones de las vías y los parques o los museos nuevos. Y en cada esquina algún cartel anunciando alguna obra, algún evento. Y notó en la gente las ropas de marca, los relojes de pelicula, y en las calles los carros de lujo, mientras que a la salida del metro veía gente sonriendo, como las veía en los parques acostados, o como las vería en las noches, bailando, ejercitándose o simplemente tomándose algo en las terrazas. Y por curiosidad se dio un paseo por lo que había sido su antigua casa y su antiguo barrio, y no vio gente humilde, sino que vio gente de clase media. Y algo desconcertado, porque incluso en la federación con todo el dinero, aun había miseria y aun había polvo, solo que menos, le

preguntó a la tía María Eduarda al respecto. Y ella sacó un panfleto de la fundación Santa María donde se detallaban todas las ayudas sociales, por cabeza, por niño, por barrio, por género, por profesión. Y los descuentos para las artes, y para la salud y para la educación, y como todo al final lo pagaba el estado o la fundación. Y como con tantas ventajas, la gente trabajaba menos, pero todos trabajaban más. Y luego a los pocos días Marino y Helena lo invitaron a almorzar a la cima de su torre y Marino le contó como el país nunca había estado mejor. Y como se alegraba que hubiera vuelto. Que le hacía falta la familia, que eran pocos los Darién que vivían en su tierra, y prosiguió a contarle como lo haré yo ahora, en que andaban todos.

En la patria que llevaba su nombre no quedaban muchos, solo él y la tía Felicidad que no salía de su reserva, en la que se paseaba siempre subida a un elefante tan gris como sus canas, acompañada de su fiel Emeterio que seguía ganándole la carrera a la muerte todas las noches. María Eduarda ya se venía de retirar de la junta directiva de la fundación Santa María, y se mudaba en un par de semanas a Nueva York a vivir con la amiga y cuñada de toda la vida María Victoria, que dicho sea de paso se había conseguido un novio en un crucero y andaba feliz en la gran manzana entre el nuevo amor, la hija Cielo aún en la ONU, y la nieta Paraiso que pintaba seguiría el mismo camino diplomático que la madre. Y era cosa de familia que según le contaban las cartas de su hermano Índigo desde París, las hijas no se perdían una simulación de la ONU, y cada vez que podían se iban con la tía Vainilla a alguna marcha o protesta por la defensa de cualquier derecho siendo vulnerado en el mundo. La tía Violeta también andaba por Europa junto a los suyos, pero en Londres, dando clases en Oxford a pesar de la edad, mientras que sus nietos todos genios ya andaban tomando sus primeras clases de ciencia en Cambridge a pesar de la juventud. Y los trillizos por cosas de la vida estaban una vez más trabajando juntos en la corte penal internacional de la Haya, decidiendo tantos temas diversos y complejos. En todo caso la mitad de la familia andaba por allá, y la otra mitad andaba en California, Palma y compañía se habían reubicado en San Francisco, mientras que Cedro y Almendro se habían reubicado a Los Ángeles para facilitarles los negocios con los países asiáticos, así que no era raro recibir alguna foto de los tres reunidos junto a Roble en algún set de filmación. Rodeados de su pequeña manada de hijos, todos tan brillantes como los padres, y metidos en negocios propios, entre ellos muchos que Marino no lograba entender del todo, sobre computadoras y finanzas.

De Puma y de Jaguar no se sabía mucho salvo que la primera seguía en China, y el otro había huido de Cuba tras el accidente aéreo del padre y andaba en Moscú. Pero mejor así, no saber mucho de gente que hizo tan mal. Del que si se sabía mucho era de Salmón que andaba dando la vuelta al mundo una vez más junto a una nueva generación de Salmones Galácticos, y que desde la lejanía seguía haciendo su show de radio para que toda la nación lo acompañara noche tras noche alrededor del globo. Y como de tal palo tal astilla, Knut andaba también en la aventura, pero en vez de hacerla por ríos caudalosos, lo estaba

haciendo en jet privado, que había sido contratado por uno de los jeques del desierto para que le cocinara sus manjares de renombre internacional. Y de paso no era lo único que había estado haciendo, que en esos cuatro años, se había puesto a hacer bebes, y ya tenía tres. La pequeña Miel, el pequeño Cacao y la pequeña Azúcar, que tal como sus nombres eran incluso más dulces que la madre, una linda panadera argelina. El otro que había tenido hijos, había sido Magallanes que tras sus dos medallas de plata en Múnich había presenciado la barbarie del terrorismo y se había dado cuenta que era hora de dedicarse a algo más que no fuera deporte.

Y fue curioso porque él que había sido ganador toda la vida, casi que no consigue a una novia que quisiera casarse con él, que ninguna de todas las que había tenido le perdono que siempre privilegiara el entrenamiento sobre ellas, y a las nuevas que conseguía les proponía matrimonio a la segunda cita, como si fuera una carrera, y acababa con el traje repleto de champaña y con la mejilla con la marca de la palma de la cita. Le tocó a Andrómeda con su voz atómica explicarle en uno de los pocos momentos que tuvo libre, por sus intensas giras, que así no funcionaban las relaciones de verdad, y que el ritmo lo marcaban los dos y no solo él hombre. Y con el reglamento en mente, hizo lo que supo y a los seis meses, fue la modelo búlgara que se consiguió que le propusiera matrimonio a él. Y ni bien dio a luz a una niña que llamaron Roma, que anunciaron al mes que ya esperaban a un niño al que llamarían Tokyo. Pero ya le advirtió su búlgara, que ni se hiciera ilusiones que con dos era más que suficiente y que no iba haber ni México ni Múnich. Lo que si habría quizás era un Montreal, que Magallanes ya se había puesto a entrenar, aunque ya no en la selva sino en el gimnasio de su casa en Monte Carlo para estar a punto para la cita olímpica. Y ya para cuando les sirvieron el postre Marino miró al sobrino y le dijo, “Bueno y de Namibia ni te cuento, que tú sabrás más que yo”. Y era probablemente cierto.

Aunque por orden directa del Hombre de Blanco a Santiago no se le ponían a leer noticias de su primo, él estaba siempre sentado junto a quién las leía. Y es que como ya hemos dicho varias veces, hubo una época y un espacio en que Namibia y todo lo que lo rodeó interesó mucho al público fedeandino. Así que no hubo una sola semana en esos cuatro años en que Santiago no se enterará en que andaba su primo. Desde la vez que participó en una batalla de nieve en los jardines de Luxemburgo, hasta la vez que se lo vio en una playa nudista en la Riviera francesa. Y en el medio, noticias sin importancia, de con quien salía, en que carro andaba, con que amistades se lo veía. Pero de la centena de noticias que debió haber oído de su primo, hubo tan solo dos que le interesaron. La primera había sido por las épocas en que Magallanes servía de abanderado nacional en los olímpicos de Múnich. Y había sido una noticia extraña, con muchas versiones todas contradictorias y complicadas. Lo único que se sabía a ciencia cierta, fue que Namibia visitaba el set de filmación de “Las Noches Americanas”, sin saberlo en el mismo set se encontraba Canela, quién había sido invitada por el protagonista de la película al set. Y ahí empiezan las divergencias, sobre qué cara puso cada uno, y sobre quien había sido más creativo, o desesperado para escabullirse

de ahí lo antes posible. Si uno se fue corriendo, o la otra fingió un desmayo, o fue al reves, o uno activó la alarma de incendios, o uno de los actores y no se descarta el director mismo, sintiendo que algo no cuadraba suspendió la filmación por ese día. Y claro con ese incidente tan llamativo, la prensa se hizo su agosto, y comenzaron los rumores y los susurros. Por fortuna para ellos, pasaba la tragedia olímpica y los amarillistas se fueron directo hacía la sangre ante que a los flashes. Pero eso sí, los rumores siguieron, incluso alguno que decía que antes de emprender cualquier viaje Namibia llamaba al padre para asegurarse que no habría muros en la costa, mientras que otros decían que Canela tenía a la inteligencia nacional monitoreando al ex, para saber que no se lo volvería a cruzar por error.

Y es que de los dos rumores, quizás el de Canela podía ser el más cierto, como se lo indicó Helena antes de despedir a Santiago, le mostró por la ventana el jardín de rascacielos en construcción que se veían al horizonte, y le dijo, "Sí, el petróleo, pero sobre todo Canela". Y es que la niña mimada, se había vuelto toda una mujer, y si María Eduarda y compañía se podían retirar de la junta directiva de la fundación Santa María, era en gran parte, porque Canela se había investido en su totalidad. Era ella que, se asesoraba de los genios del mundo y se iba en el jet privado de la fundación a cualquier rincón del mundo donde pudiera descubrir un aliado, un método o una idea para ayudar a la gente del Darién, y una vez que lo encontraba, era ella que los defendía a muerte. Y también fue ella que terminó recibiendo a los distintos grupos de ideas y grupos inversores, todos prometiéndole un paraíso, si les daba parte del dinero que manejaba su fundación, pero ella nunca se dejó encantar y siempre prefirió tardarse antes que apresurarse para tomar una decisión. Y así el fondo de inversión de la fundación Santa María, se volvió uno de los más prósperos, incluso antes de la explosión del precio del barril de crudo. Ahí sí que el dinero se multiplicó y con ellos los proyectos, y las ideas, y las regalías, y los halagos y la felicidad. Y todos en la calle, sabían que la señorita María Canela, era la responsable de todo lo bueno y todo lo artístico, y todo lo cultural, y todo lo que los hacía felices y les permitía mejorar sus vidas. Y por eso cuando la veían en los bares, en los parques o en los cafés, le sonreían con cariño y si se los permitía, le daban algún cumplido o algún regalo. Y como la mayor de sus obras se notaba más en la selva, en todos esos sitios que alguna vez había recorrido en bus y en los que había sido tan feliz, pues cuando volvía por cuestión de horas en su avioncito para viajes nacionales, era recibida con orquestas y desfiles tal como en el pasado pero por razones distintas. Y no es que su belleza hubiera disminuido, todo lo contrario, que más de un poeta extraviado en el Darién Africano, quedó perdidamente enamorado de ella al verla, y su imagen les sirvió de inspiración para el resto de la vida. Tanto así que más de un artista sin musa se pegó el viaje hasta el Paraiso de costas negras, con tal de verla. Pero si su belleza era casi infinita, su amabilidad y sus acciones lo eran aún más, y la gente de esa nación, tan buena de corazón, prefirieron siempre agradecerle por sus acciones las cual al fin de cuentas, escogía ella, más que por su belleza que había sido un regalo celestial.

Y fueron sobretodo esas noticias que a Santiago le tocó leer a su llegada. Cada noche se sentaba frente a las cámaras, y al terminar de decir brevemente las noticias internacionales, se adentraban a las nacionales, donde cada encabezado empezaba casi siempre por "Hoy María Canela Pinta…" seguido de que reunión había tenido, que listón rojo había cortado, o en que país del mundo se encontraba representando al Darién Africano y su fundación petrolera. Y entre más leía en voz alta y frente a la nación las noticias de su vida, más le daban ganas de rencontrarla. Y ella que cada día lo veía por la televisión mientras comía tras un largo día, se interesaba en esa persona que le resumía sus jornadas con una sonrisa. Pero a pesar de estar ligados por el destino sin saberlo, al comienzo dicho encuentro fue imposible. El universo parecía conspirar, y sus agendas tan apretadas parecían siempre tenerlos distanciados, por más que el mismo Marino queriendo unir a los dos únicos jóvenes que podía llamar familia hiciese cenas, almuerzos y desayunos para juntarlos. Siempre había una reunión o una noticia de última hora, y al final los dos sumergidos en sus vidas no veían el problema, del encuentro físico, cuando sentían que el otro hacía parte de su vida diaria de 7 a 8 todas las noches.

Fue en ese rango horario, en un jueves por la tarde que Santiago dio a conocer a Canela y el resto del país, lo que sería la noticia más importante del año para la nación. Fue una noticia de última hora, que dio justo antes de acabar la emisión, "Noticia de última hora, los diarios franceses anuncian que Namibia Darién se habría casado esta tarde en una boda intima en el lago Victoria". Al día siguiente los diarios nacionales pudieron confirmar los rumores. La noticia chocó enormemente al país africano, no tanto a la Federación que para esa época ya habían superado su obsesión con el joven. Pero para el pueblo del Darién Africano la noticia que uno de sus hijos más pródigos se casara de esa manera, casi que escondido y en un país extranjero les afectó mucho. Más cuando los reportajes empezaron a salir, y se desveló que la pequeña ceremonia de no más de cincuenta invitados, el único con pasaporte del Darién había sido el esposo. Es que no había asistido ni el padre, ni la madre, ni la abuela, ni ninguno de los tíos, ni ninguno de los primos. Y cuando le preguntó una revista americana especializada en el jet set, este se limitó a decir, que había sido todo muy rápido, y que la boda había sido más para contentar a la novia que por cualquier otra cosa. Y esto enardeció más al pueblo, no tanto por las palabras, sino porque le había dado la exclusiva a los gringos y no a ninguna revista del país. Y cuando siguieron leyendo, se enteraron que los rumores eran ciertos y que no visitaba su nación desde esa noche electoral en que se lo había visto bailando junto a Canela, y su razón para la ausencia había sido, "La vida no me ha dado tiempo de volver". Y acto seguido la publicación mostraba una serie de fotos de los recién casados, en las pirámides de Egipto, en el Taj Mahal, en Petra, Machu Pichu, la muralla China y finalmente besándose en medio del lago victoria. Y para acabar de indignar a su país, la entrevista resaltaba una última frase de lo que se vendría en la segunda parte, "Creo que le he dado al Darién más de lo que el Darién me ha dado a mí…". Y ahí sí que al otro día los programas de opinión disfrutaron debatiendo al respecto, y diciendo si ir a un mundial y ganar una copa África valía lo mismo que lo millones de dólares que se

había gastado en la vida. Mientras que otros debatían sobre porque tenía tiempo para irse de paseo y no para volver a casa. Mientras que algunos más se preguntaban, si no aceptaba entrevistas con la prensa local, para no responder sobre los rumores con Canela. Y otros no tuvieron miedo en sugerir que la familia Darién sabía muy bien que algo había pasado esa noche, y en rechazo ninguno había ido a visitarlo.

Y la noticia siguió circulando por varias semanas y por más que salieron varios miembros de la familia a decir que ellos habrían ido con gusto si hubieran sido invitados, o cuando salió la segunda parte de la entrevista y se leía el final de la frase "… y sin embargo siempre que pueda o que me necesite dejaré todo por darle más" los ánimos no cambiaron mucho. Y no demoraron a salir los shows de radio a decir que si el país no lo había necesitado luego del mundial, cuando el equipo de futbol falló en clasificarse a dos copas áfricas y quedó eliminado en primera ronda de las eliminatorias al mundial. O salieron los programas de televisión a quejarse que si a lo mejor no había invitado a ningún familiar, porque se sentía avergonzado de su patria y no quería quedar mal con su novia portuguesa y sus amigos europeos. Y desde ahí los programas comenzaron a dedicarle más tiempo al joven, y volvían a sacar las fotos de los ultimos cuatro años en los que andaba en la buena vida parisina, y lo mostraban esquiando en los Alpes, y asoleándose en botes y como no en fiestas de gala con la nobleza europea. Y lo sacaron en Zaire, el país que los había eliminado de la carrera por el mundial, sentado al lado de su presidente y junto a los señores irreconocibles de la guerra, todos vestidos de su gris espectral, viendo juntos a Mohamed Ali en el "Rumble in the Jungle". Y los diarios parecían competir para ver quién podía sacar el titular más malvado, desde una foto de él tomado de la mano con su esposa en la fontana de Trevi acordonada para que la visitaran ellos de forma privada, con el título "Enfants Gâtées", hasta la imagen del hotel de las estrellas con el títulos "Seguimos sin saber que le hizo". Y en el medio un poco de todo. Y cuando parecía que la cosa no podía empeorar salió la columna de Alexandre Trois denunciando el infame encabezado de hacía tantos años "Los Negros le ganan a los Cholos". Y como no querían culpar a Marino porque al fin de cuentas lo querían por tantas razones, los periódicos y la prensa decidieron echarle la culpa a Namibia. Y entre los programas de opinión, no se preguntaban, si al fin de cuentas las cosas buenas que había hecho el joven, si habían sido buenas. Que al final de cuentas el futbol los había cegado y por ello no habían votado por la independencia, y si ahora les iba a bien, que tanto más le hubiera ido libres. Y salieron otros a decir que los había mal acostumbrados a los resultados deportivos y que ahora vivían enojados con los fracasos de su futbol. Pero lo que más parecía dolerle al pueblo, más allá de todo eso, era que Namibia se hubiera terminado casando con una mujer que no fuera Canela.

Y por cada golpe que le daban a Namibia, le daban uno igual a su esposa. Y en las revistas las comparaban, y en las radios se burlaban, y la televisión reunía a panelistas para discutir al respecto. Y alguno por la calle, al ver a Canela le gritaba que estaban con ella. Y Canela que solo veía las noticias de 7 a 8, las cuales eran serias y se limitaban a las cosas de

verdad, y no leía los diarios sensacionalistas no entendía bien todo el amor que recibía de sobra en los ultimos meses, y se dedicó aún más a hacer las cosas mejor. El que si entendía todo el caos que rodeaba el imaginario de la nación, era Santiago, que tras años de ver las astucias de su maestro de pelo blanco, había aprendido un par de trucos. Y entendiendo que la nación había perdido un héroe, supuso correctamente que había un vació para ese título. Y no dudó en ir por él. Telefoneó al Hombre de Blanco que por esas épocas andaba preparando las legislativas Fedeandinas, le contó su plan, y el maestro orgulloso del otro lado le dio su visto bueno. Así que Santiago dejó de dar las noticias, y se le dio un programa especial de media hora cada día. En el programa llamado “Héroes del Darién”, el joven recorría el país mostrando personas del día diario que con sus acciones hacían al país mejor. Panaderos, plomeros, niñeros, guardias, meseros. Se sentaba con ellos y discutían con una sonrisa sobre la nación y la vida. Y así cada día la nación conocía un nuevo héroe, al mismo tiempo que Santiago pasaba de ser el hombre apuesto que leía las noticias a ser el hombre sensible que se preocupaba por los sueños y las aspiraciones de su gente. Y sin darse cuenta el pueblo que había perdido al hijo prodigo que los había abandonado por el mundo, se encontró con otro de sus hijos, uno que se había ido pero había vuelto.

XXXIV

La segunda noticia que le había impactado a Santiago durante todos esos años que cubrió la vida de su primo, fue cuando su compañero de mesa anuncio que Namibia había sido visto con una portuguesa en los casinos de Montecarlo. Y lo había impactado, no por la noticia en sí, que por esas épocas era muy habitual que a su primo se lo viera con alguna chica linda, en algún lugar de gran belleza. Sino por el video que acompañaba la nota, se lo veía al primo no solo feliz, sino con una sonrisa misteriosa, una que no le había visto desde los campos de recreos cuando apenas habían descubierto el futbol. Era una sonrisa que no llegaba a la malicia, pero que tampoco se quedaba en la alegría. Y sin saberlo como es el caso en la mayoría de las veces, Santiago había acertado por completo. Y es que su primo había encontrado la felicidad que se la había refundido. No nos referimos a la alegría normal, esa que los brujos de la selva predijeron con exactitud la fecha en que volvería. Esa que sintió en esos meses selváticos junto a Canela y que tuvo su gran apogeo durante la copa Africa y las elecciones que evitaron la separación de dos naciones. Me refiero a la felicidad original, esa que se le había perdido en medio de los besos robados de un verano de niñez.

Y es que Namibia ya con su título en mano recorría el verano con la sonrisa encantadora que tienen los herederos al caminar. Asistía a las regatas del mediterráneo, con los amigos de toda la vida, esos con los que se veía el verano cuando viajaba por el mundo visitando familiares. Cuando de repente en medio del mar de personas que fluyen durante el verano europeo, oyó su nombre con una voz cálida y alegre que lo dejo aturdido. No la reconoció al principio, despues de todo ya habían pasado más de diez años desde su último y único encuentro. Por un momento no vio a la bella mujer de pelo largo y piel canela que tenía en frente, sino que vio a una pequeña sonriente con grandes ojos enamoradizos. Era Leticia Canal, la niña que había encontrado su felicidad tantos años antes mientras jugaban a robarse besos en las galas de luz de luna. Ella lo había visto con su sonrisa de problemas divertidos, y como estaba en la edad de enamoramientos rápidos, quedó perdida en ese joven, y tras una noche de juegos se habían dado un par de besos infantiles que le había hecho estallar el corazón. Y el partía a no sé dónde, y ella se quedaba en esa villa vacía. Y no eran lo suficientemente viejos y románticos para decirse que se escribirían cada noche, pero tampoco eran lo suficientemente jóvenes e inocentes para hacer pataletas con sus familias para seguir juntos. Y así en el limbo sentimental se despidieron, y mientras él se fue sin más empujado por el momentum imparable del verano, ella se quedó devastada y con la incertidumbre del corazón roto. Y allí en esa villa eterna dio vueltas y vueltas llorando y llorando, hasta que siguiendo sus propias lágrimas se encontró con algo desconocido pero que reconoció de inmediato. Era la alegría de su amado.

Y ella la tomó, y la abrazó contra su pecho hasta que fue una con ella. Y así supo que tarde o temprano el volvería, que ningún ser puede estar toda una vida alejado de su felicidad. Y con eso en mente siguió su vida, y fue feliz de sobra, y amó y lloró a quien debía ser amado y a quién debía ser llorado, siempre teniendo en cuenta que todas esas personas no eran más que estaciones en el largo camino que la llevaría de vuelta a quién le había regalado lo más grande que se le puede dar a alguien, su razón de ser. Y así un día ya grande y mujer, sintió a su corazón latir el doble de fuerte, y como si fuera una brújula cerró los ojos y se lanzó a él, siguiendo sus latidos, y cuando por fin sintió que el corazón se le salía, abrió los ojos y vio al chico sonriente y sin temerle a lo que había esperado por tantos años, le dijo "Namibia". Y cuando este la miró, sintió como de su corazón salía ese pedazo de alma que había sido compañera por media vida. Y el impactó casi la hace colapsar, y en el intento de desmayo acabó cayendo en sus brazos en un abrazo cariñoso del que les costaría separarse más.

Y Namibia que no entendía que pasaba sintio la felicidad nueva que había conseguido, junto a esa antigua de la época de sueños y noches infinitas, y en esa fusión de tiempos y amores, ni el hombre más fuerte hubiera podido resistir el encanto. Y ese abrazo que aún compartían, solo le sonrió y supo que ya estaba. Que dejaba de ser adulto, y que mientras el corazón se lo permitiese disfrutaría esa felicidad robada por la vida. Y Leticia que desde el principio había entendido como funcionaban las alegrías perdidas y las felicidades rencontradas, lo abrazó aún más fuerte para que ambos se dejaran llevar por ese rio encantado que era el amor. Y así como en un espejismo siguieron juntos ese camino que era la vida, sin separarse, y sin dejar de quererse. Y cuando menos se dieron cuenta andaban tomados de la mano en las grandes bellezas de la tierra, en todos esos lugares que los niños sueñan con jugar mientras imaginan mundos de aventura y de romance. Y cuando el corazón se los pidió acabaron sin saber cómo en medio de las cataratas infinitas que alimentaban de amor a la cuna de la humanidad, diciéndose que siempre estarían juntos y que nada los separaría. Y a su alrededor estaban solo los invitados de ella, la única de los dos que no estaba encantada por el pasado, y que podía reflexionar no como una niña sino como una adulta. Y él encantado, no le preocupo el que dirán, ni las normas, ni los sentimientos ajenos, le importó tan solo su dicha, y sabiendo que la presencia del manto de su Darién, ese en que había vivido tanto tiempo sin alegría y luego en exceso de ella, podía perturbar la unión perfecta que sentía en su alma prefirió quedar mal en el egoísmo feliz, que bien en la posible tristeza. Así que cuando vio todo lo que se le vino solo alzó los brazos, que al fin de cuenta él estaba en paz con la única persona que le importaba, que era el mismo.

Y así por los años que siguieron se dedicó a él y a su amada Leticia. Y tomado de su mano no se perdieron un solo evento importante, y en las revistas del jet set mundial no faltaban en los recuadros de galas, regatas y festivales. O en los palcos de los grandes eventos deportivos que aún movían las emociones de Namibia. En el famoso "Jungle in the

Rumble", en que Ali retomó su puesto glorioso, en efecto Namibia acabó sentado junto a los Señores de la Guerra, amigos íntimos de gobierno y guerrillas de todo el país. Incluso en una de las pausas entre las rondas, uno de ellos se le acercó al joven y le dio su tarjeta, prometiéndole que siempre había formas de volver a los tronos perdidos. Pero él que sabía muy bien que detrás de esos ojos grises no podía haber nada bueno, se limitó a sonreír y guardar la tarjeta, para botarla apenas llegara al hotel. Llamó a su padre a contarle, sobre el hecho y advertirle que el pequeño avión gris, como sus trajes había salido a Uganda. Y fue así que Marino supo que la siguiente gran guerra sería creada desde allá, por lo que advirtió a los países limítrofes, a los que apoyó estratégicamente para que estuvieran listos. Y cuando lo inevitable ocurrió y las tropas de Amín cruzaron las fronteras de su país, los vecinos no tuvieron problemas en evitar la catástrofe.

Y con Leticia la vida era sueño, y bajo el encanto de la felicidad, la siguió a donde ella quisiera, y vivieron en playas, cascadas y montañas, para luego adentrarse al mundo perdido de las ciudades o desaparecer a la galaxia de los hoteles y los barcos. Y en cada lugar eran recibidos por los amigos del pasado, y perdidos en el amor, estar con ellos era un encanto para cualquiera, y todas las grandes personalidades del mundo se peleaban para tenerlos entre sus invitados, y oir las bromas de Namibia y las anécdotas de Leticia, y sentir esa chispa radiante que contagiaban ellos cuando en una pista de baile o en un salón sus ojos se entrelazaban y no podían volver a separarse. Y en todos esos años nunca se lo vio en su Darién Africano, del cual hablaba con el amor de un niño por su madre, cada vez que se dejaba entrevistar por alguna revista americana, europea, y hasta asiática y australiana. Y siempre que le preguntaban qué porque no había vuelto, alzaba los brazos como perdido, y respondía que la vida no le daba tiempo para volver, pero que los pensaba todas las noches. Y aunque en el Darién eran cada vez menos los que se la creían era totalmente cierto. Que cada noche donde fuera que estuviera, se las arreglaba con el aparatico que le habían dado en el ministerio de la Honestidad, para ver las noticias nacionales. Y así se enteraba de las maravillas que hacía la Fundación Santa María, y lo bien que su padre administraba la nación, y como los ministros seguían siendo impecables como siempre gracias al sistema de los pisos de la Gran Torre, que ya no se usaban para castigar sino solo para premiar. Y se enteró de los grandes acontecimientos, de las grandes obras, las grandes visitas y los grandes conciertos. Y la única vez que le dio pesar no haber estado ahí fue cuando al país aterrizó un avión amarillo con la delegación de escritores, y de ella se bajaron todos los miembros del Boom, incluido todos los noveles propios y foráneos, al igual que todos esos grandes que no por tener medalla dejaban de ser igual de grandes. Y los siguió por el show de radio del Tío Salmón mientras recorrían el país y cada uno desde su punto de vista encontraba maravillas y felicidades entre ese país de progreso y aroma a vainilla.

Pero aunque la visita de los maestros fuese lo que más le hubiera gustado ver, lo que más le interesó de lejos durante esos años, era seguir los debates de Alexandre Trois en la televisión pública, en la radio, o donde se le diera tiempo de aire. Y el activista, que ya

estaba casado y con hijos, seguía hablando de independencia, soberanía y democracia. Y citaba a los grandes autores y les mezclaba reflexiones propias. Y cuando no era un invitado en los show de radio de Salmón, daba clases de política y derecho en la universidad de la Costa, y oírlo hablar daba tanto gusto, que Namibia matriculó a uno de sus secretarios en una de las clases para que grabara al hombre y le mandara los casetes a su domicilio parisino, para cuando tuviera tiempo entre los viajes de amor. Y el cómo niño esperando la llegada el álbum de pegatinas, llegaba corriendo a su casa luego de la aventura pasional, para sentarse a oir con calma las clases filosóficas del profesor. Y su admiración por el hombre llego a ser tan alta, que una vez al enterarse que estaban en la misma ciudad, mandó a reservar todo un restaurante para poder hablar en paz con él. Y allá llegó Alexandre Trois vestido con las túnicas pre-coloniales que usaba desde hacía unos años. Y tras unos minutos de incomodidad, causado por el encuentro entre dos hombres que representaban cosas tan diferentes, Namibia le habló de la vez en que había tomado Madeleines con Camus y discutido sobre la vida y el balón, y la vez que había pasado vacaciones con Hemingway admirando la belleza de la patria. Y ahí Alexandre Trois al oírlo hablar supo que harían amistad y le correspondió con sus propios encuentros con Malcolm X y con Martin Luther King Jr. Y cuando acabaron de hablar sobre ideas ajenas, se pusieron cómodos y hablaron de las propias. Y hablaron sobre sus visiones para el país, y de la independencia, y de la fundación Santa María, y de la Federación, y del Hombre de Blanco, y cuando Alexandre Trois dijo el nombre de Canela, contó alguna vez en una entrevista, que los ojos de Namibia se perdieron en el vació y ahí supo que no debía tocar el tema, ni con él ni con ella, cuando años depsues tomarían la costumbre de tomarse varios tés semanales en la Gran mezquita del Darién Africano. Y superado ese tema, hablaron del amor y la responsabilidad. Y cuando ya se hizo noche, se despidieron con un apretón de mano para pausar ese gran debate, y no hubo mes por el resto de sus vidas en que no se intercambiaran alguna carta que continuara su debate perpetuo.

Fue en esas cartas que siguió con atención los grandes cambios que sucedían en su país. Y es que aunque el país andaba mejor que nunca, las palabras de Alexandre Trois habían transcendido a más de uno. Y siguiendo las enseñanzas de la no violencia, cada vez eran más habituales grandes plantones de ciudadanos, sentándose en las grandes avenidas del país con un papel en blanco tachado de una cruz. Y el mensaje era claro, democracia. Y como la idea no era tan alocada, y como en la metrópoli andaban tan felices con su petróleo que ni se daban cuenta que en sus entrañas nacían tumores que los carcomerían por las décadas a venir, no les importó mucho lo que pasara en el territorio libre asociado con tal que les siguieran mandando los dividendos prometidos, para continuar con los tiempos del "deme dos, o mejor tres" en los que estaban. Así fue que Marino pasó una ley para introducir gradualmente la democracia al país, y lo primero que se hizo, fue dejar de apuntar alcaldes y gobernadores sino que de ahora en adelante estos serían electos por el pueblo. Y para sorpresa de todos, la ley pasó sin mucha oposición, ni siquiera del Hombre

de Blanco que aún manejaba a su antojo el senado de la Federación, y al presidente de la nación.

Las elecciones se llevaron a cabo en el verano del 77, con Alexandre Trois lanzando su candidatura para la alcaldía de la ciudad vieja, y para sorpresa de muchos, Santiago decidió postularse para la alcaldía de la ciudad nueva. No hubo muchos contrincantes que pudieran vencer ni a los refranes poéticos del activista independista, ni a los encantos del joven periodista que recibía el aval de Marino. Y aunque el cargo venía con una responsabilidad moderada y las grandes decisiones aun recaían en el Palacio de Decisiones y por extensión en el aval de la Fundación Santa María. Los dos elegidos, cumplieron con creces sus labores. La ciudad vieja vio una lucha contra la gentrificación, en la que la alcaldía financiada por la fundación Santa María había comprado barrios enteros y había creado programas para que los hijos de antiguos propietarios volvieran a instalarse poco a poco con arriendos moderados. El proceso llamado en los periódicos como "Gentrificación, inversa", fue aplaudido alrededor del continente y del mundo. Mientras tanto en la ciudad nueva, llena de edificios en construcción, Santiago lanzó una campaña para atraer nuevos residentes desde la metrópoli, plan que salió de maravilla, y que no solo atrajo muchos flujos de capitales y mano de obra calificada al país, sino que aumentó los impuestos locales, que permitieron a Santiago instaurar diversos planes sin tener que pasar por el permiso del estado o el fondo petrolero.

Los dos amigos, se volvieron a encontrar durante ese periodo en que uno fue alcalde y el otro "Socialite". Pero el más recordado de los encuentros, fue para despedir la década más estable que había tenido la nación, y darle la bienvenida a una nueva en la que deseaban solo se mejorarían las cosas. Las dos familias, la de Alexandre Trois y la de Namibia, pasaron las festividades y el gran día juntos en la casa de Namibia en la costa de una de las muchas islas de Seychelles. Fue allí que Alexandre Trois fue la primera persona a la que Namibia y Leticia compartieron el ultrasonido que indicaba vida. Y siete meses más tarde, cuando en Paris nacía una niña de ojos verdes a la que llamaron Petra, fue Alexandre Trois el primero en llamarlos con una las felicitaciones requeridas. Mismas felicitaciones que mandaría tan solo un mes despues, pero no por dar a luz sino por dar el sí, a su querida colega y compañera de tés, Canela, quien en una gran ceremonia en Santa María la Nueva se casaba con Santiago.

La primera vez que lo vio en vivo y en directo y no en la televisión encorbatado para su programa de entrevistas, había sido para la misa anual en que se recordaba la memoria del Senador Pinta. Lo notó en traje negro en una esquina, y ella de reojo se dio cuenta que no se tentaba a venir a hablarle. No fue sino hasta que Marino lo tomó del brazo como se toma a un niño tímido, que se le acercó para darle su pésame. Ella se lo agradeció y le dijo que viniendo de él significaba más, porque él también había perdido a su padre. Y él dijo que

no se podía comparar perder a un padre que uno amaba a uno con el que nunca se había hablado, ni a un senador con un guerrillero. Pero que sin embargo su pésame era honesto, porqué perder es perder, y durante una buena parte de su vida le había tocado perder diariamente. Y ella le volvió a agradecer y con una sonrisa le dijo que esperaba encontrarlo en mejores circunstancias. Y así fue que por fin se alinearon las agendas y pudieron cenar juntos con Marino, Helena y sus respectivas parejas del momento en uno de esos asados domingueros en la cima de la Torre Darién. Canela andaba con un banquero de esos que había conocido en las distintas reuniones de la fundación, y Santiago andaba con la maquilladora del canal. Tuvieron una linda velada en que los pájaros de estación se robaron el show de la tarde con un concierto digno de los que preparaba la tía Felicidad. Y en la que destacó una conversación entre Canela y Santiago sobre lo que se debería hacer en Angola, con la jefa de facto de la Fundación Santa María por el no intervencionismo, y con Santiago apoyando la idea de ayuda técnica y militar de occidente para combatir la guerrilla comunista. Fue una discusión diplomática pero intensa, donde nadie más se atrevió a hablar.

Y así seguiría pasando cada domingo, donde ya las agendas parecían no ser problema, que Santiago pre-grababa la emisión dominical y Canela ya tenía suficiente autoridad para aplazar las reuniones que quisiese. Fue así que los almuerzos del domingo dejaron de centrarse sobre que se comía, y más sobre que se debatiría, así que Marino y Helena dejaron de preocuparse por las salsas y los postres y empezaron a enfatizar los invitados. Por lo que llegaban profesores e intelectuales nacionales e internacionales, a debatir cada domingo con un buen cerdo o una buena sopa, sobre Camboya, Portugal, pero también sobre Queen, o Bruce Springsteen. Y al final podían cambiar cualquiera de los invitados, que solo los dos jóvenes eran constantes, porque había veces que Marino andaba de viaje, o que Helena andaba visitando a Zanzíbar en la ciudad que estuviera estudiando en el momento. Incluso cambiaban las parejas de los dos protagonistas, más del lado de Canela, que siempre andaba bien acompañada, que de Santiago, que más de una vez llegó solo antes que con una que lo hiciera lucir mal frente a la hija del senador Pinta. Y fue en uno de esos almuerzos bajo el sol africano sobre los vidrios más alto del país, que Marino les contó sobre su proyecto de ley. Y fue Canela que sin titubear le sugirió a Santiago que se lanzara a alcalde, que ya al menos tendría un voto asegurado con ella. Y como tanto Marino como el resto de invitados pareció apoyar la idea, el tras fingir indecisión, como si el Hombre de Blanco no le hubiera advertido desde hacía semanas que ese era el siguiente paso a tomar, aceptó la propuesta.

Anunció su candidatura directamente en su programa, que de paso sería el último. Y se puso a recorrer las calles de la ciudad nueva para juntar firmas y hacer campaña. Y cuando llegó el día definitivo, festejó en el hotel de las estrellas, pero lo que más apreció de ese día no fue la victoria sino fue el beso en la mejilla que le dio Canela para felicitarlo. Y el nuevo cargo le privó de las comidas de domingo, pero le otorgó el derecho de verla casi

diario, que no hubo día que no tuviera que llamarla o ir a su oficina para negociar fondos, o discutir proyectos e ideas. Y cada día que pasaba con ella, más le gustaba, y más las otras mujeres de su vida se le hacían tontas, feas y sin gracia. Y un día la invitó a comer, y ella le aclaró que solo iría si era como amigos. Así que él le dijo que entonces no, y que volvería a intentar en una futura ocasión. Y cada martes cada 15 días, sin falta llegaba con una rosa, o un chocolate o una idea y le decía que si ya le aceptaba la cita. Y ella nunca se negaba a la comida pero siempre le aclaraba que sería cena de amigos. Así que él alzaba los brazos y le decía que a lo mejor sería la próxima. Y es que no paraba incluso cuando ella estaba saliendo con alguien, y no paraba incluso cuando era él, el que tenía pareja. Y ella se lo comentó una vez a Alexandre Trois con el que se reunía a discutir fondos, proyectos e ideas con un buen Té en la mezquita. Y el en su sabiduría se limitó a decirle que uno a veces espera la ola del pasado, cuando quizás debería contentarse de la brisa de hoy. Y a ella le dio risa oir una frase así, y le dijo a Alexandre Trois que le iba a dar una chance, que al fin y al cabo no tenía nada que perder. Así que al siguiente martes, al ser invitada a comer salmón en el nuevo restaurante sobre el mar, lo sorprendió con un sí. Y él con una sonrisa de última hora alegre, le dijo que si algún día lamentaba esa decisión dejaría el país de la pena.

Así que llegaron los dos bien vestidos al muelle, y se subieron a la lancha que los llevaba al restaurante, y comieron salmón y la hizo reír, y tomaron vino y la hizo pensar, y al llegar al postre le preguntó que si se había arrepentido, y ella con su sonrisa ancestral movió la cabeza en negación. Y a esa cita le siguió otra, y otra, y a las sonrisas le siguieron, besos y caricias. Y cada mañana en la que se despedía de ella, le preguntaba si se arrepentía y ella con su sonrisa de salirse con la suya le decía que no. Y un día la llevó a los barrios lejanos dónde él había crecido, y le sacó un anillo de diamante nacional, y le dijo que si no se había arrepentido hasta ahora, no creía que se fuera a arrepentir en lo que vendría. Y ella con su sonrisa y cara de derretir corazones movió la cabeza en vertical. Y cuando le contaron a Marino se le aguaron los ojos, y dijo que el pagaba todo. Y la fiesta se hizo en el palacio de exposiciones, y llegó media Federación Andina, desde el Presidente de la Nación, el Hombre de Blanco y demás senadores del club capitalino, salvo claro El Doctor que por fin había dejado el mundo de los vivos, hasta los ricos venezolanos y los ricos peruanos que venían por Marino o por la de blanco, y no hubo ni uno solo ausente salvo la madre de Santiago que se negó a volver a esa tierra de pesadillas y Alexandre Trois, que por principio no podía a asistir a un fiesta con tantos hombres que consideraba malas personas. Eso sí la madre envió un atrapa sueños cocido por ella misma, y el alcalde envió una carta de felicitaciones junto a una copia de Germinal. Fue una fiesta llena de artistas, poetas, comerciantes, actores y animales. Dónde todos los Darién salvo uno hicieron presencia para acompañar al primo. Y donde se vivió una parranda digna de las que hacía la abuela Alegría en sus días. Una fiesta que fue cubierta por todos los diarios y televisoras, que anunciaron desde que se supo el compromiso hasta el día de la boda, que el amor había ganado, no solo para Canela que tenía el final feliz merecido, sino para la nación con

Santiago que redimía la historia de sus antepasados y mostraba la pureza de alma de los Darién que daban nombre al país. La fiesta se acabó cuando Andrómeda quedó afónica y ya no hubo quien los mantuviera despierto en medio del cansancio de las piernas y los crujidos de las espaldas.

Y mientras el cuento de hadas perfecto se hacía realidad para los habitantes del Darién, al otro lado del Mediterráneo, el amor pintoresco de Namibia, se dilataba poco a poco. Y si se le pregunta a un psicólogo o a un consejero matrimonial dirá que el nacimiento de un bebé suele ser el detonante de muchos divorcios, pero la verdad, es que incluso con el nacimiento de Petra, Namibia y Leticia estaban más enamorados que nunca. Ya que a su amor se le había sumado un tercer punto, más intenso del que habían sentido hasta entonces. Y es que no hubo año más feliz que ese primer año de Petra, en el que la sacaban a pasear por el Parc Monceau, y cuando ya dormía la dejaban al cuidado de la niñera para irse a cenar a los mejores restaurantes de Saint Germain des Prés, perdidos en su mirada como lo hacían desde hacía ya una década. Pero un día Namibia se despertó y sintió que su corazón estaba tan solo medio lleno. Y sin entender el porqué, ya no sentía las mariposas en el estómago ni las palpitaciones que había sentido hasta entonces cada vez que veía su esposa. Al comienzo pensó que sería un virus, pero al ver los ojos brillantes de Leticia se daba cuenta, que si era un virus no la había afectado a ella. Y aún peor cuando veía a su hija, ese sentimiento de amor no se había perdido, y la seguía amando como si el mundo fuera de color rosa, pero luego miraba a Leticia y el mundo perdía su coloración salmón, para volver a su realidad. Desconcertado trató de fingir amor, no un amor cualquiera pero uno así de grande, pero él que nunca había debido fingir en su vida de honestidad, fingir un sentimiento tan grande se le hizo imposible y rápidamente Leticia sintió la falsa sonrisa, y los falsos besos, y las falsas caricias y los falsos cumplidos. Y cansada de amar sin ser amada le pidió explicaciones y él perdido como si viniera de despertarse de un largo coma levantaba los brazos sin entender bien las razones del cambio. Y visitaron a todos los expertos en amor, y como veinte años antes cuando visitaba a los expertos en felicidad, ninguno le supo decir bien que le pasaba. Así que mandó a traer a uno de esos brujos eternos del Darién a que le viera las pupilas o le oliera la lengua o lo que sea que tocara. Pero el chamán no tuvo que hacer gran cosa, salvo oir la historia, que había descubierto la razón del amor perdido. Y es que el amor que Namibia había sentido por Leticia le había durado lo mismo que él había durado ausente de felicidad, ni un día más, ni un día menos. Y sacaron la calculadora y se pusieron a calcular los días de los años contando los bisiestos y tomando por referencia el horario mediterráneo, y se dieron cuenta que el anciano tenía razón. Y allí no hubo mucho más que hacer, que Leticia entendiendo que el espejismo perfecto había acabado y que muy probablemente él no la volvería a amar como se había acostumbrado, al menos no por mucho tiempo, le pidió el divorcio.

Fue un divorcio rápido, que los papeles matrimoniales los había escrito Agosto Darién y por más abogados que contrató Leticia, ninguno pudo ganar un solo centavo más de lo que

se había acordado al firmarlos, y se dividió la custodia sin peleas ni llantos, que Petra viviría con la madre, y el padre visitaría cuando quisiera. Y como la casa si le quedó a la madre, Namibia tomó sus cosas y se fue al hotel de la place Vendôme mientras escogía nuevo hogar. Fue allí que lo visitó su padre para anunciarle dos noticias, que su prima Andrómeda había dado luz a una bebe con una voz incluso más angelical que la suya, llamada Venus. Y que con el fin del verano, de ese año que apenas empezaba también sería el fin de su tiempo como líder de la nación. Tras 32 años al mando del país, había llegado el momento de un justo descanso, y que a diferencia de sus antecesores no quería esperar a morirse para hacerlo. Todo estaba listo para que se aprobara la ley, que decretaría que el nuevo líder de la nación se elegiría por elecciones libres, y quería que él volviera al país y anunciara su candidatura.

XXXV

Namibia no lo dudó ni un segundo y le dijo a su padre que no. Pero esta vez, y quizás por primera vez en su vida, el padre le movió la cabeza en horizontal. Y eso chocó tanto a Namibia que plasmado en el desconcierto de lo desconocido se quedó sin palabras para contrarrestar la avalancha de argumentos que decía el Protectorizo de la nación. Que diez años eran suficientes para huir de la responsabilidad, que de sus primos lo entendía, que nunca se habían incrustado en las entrañas de la nación, pero él que había visto todo el país en más de una ocasión, que había visto su gente, su potencial y su fortuna, no le podía perdonar el egoísmo de la buena vida y le pedía que viniera a la patria a ayudarla a seguir siendo la joya del continente y del gran país del que hacía parte. Y ante esa tempestad de palabras inesperadas, no le quedó de otra que decir que sí, que volvía y que se lanzaría a ser su sucesor. Así que canceló la busca de casa parisina, y a los pocos días ya andaba montado en el Quetzal Protectoral y cruzando el Mediterráneo.

Y sobre las aguas destellantes que separan dos mundos tan distintos, Marino encantado le hablaba de lo que sería la campaña, había muchos candidatos, pero esperaba que poco a poco se fueran cayendo y al final solo quedaría un contrincante serio, Alexandre Trois. E incluso él no debería ser problema, que con sus ideas independentistas, no debería evitar la victoria en primera vuelta. Y como todo se les había dado siempre como habían esperado, una vez el azul profundo desapareció para darle paso al dorado de las arenas del Sahara, ambos cerraron los ojos para soñar con el futuro ya escrito que los esperaría. Los despertó el ruido de los flashes que le daban la bienvenida en la pista central del aeropuerto Verde Darién. Un centenar de paparazzi advertidos por quien sabe quién y autorizados a andar en pista por quien sabe que autoridad competente. Ni bien bajados y en la oscuridad de la noche, los bombardearon con preguntas, al padre que si ya había perdonado al hijo, y al hijo que qué le había hecho a Canela tantos años antes en la suite del Gran Hotel de las Estrellas, para que no hubiera vuelto hacía más de diez años. Y ambos en silencio sonrieron y saludaron dándose cuenta que los sueños, sueños son y que lo que venía ahora en sus vidas sería todo menos sueño.

Y es que días despues cuando Marino anunció por primera vez, que dejaba su cargo y dejó entrever lo que vendría, y como sería la elección. Es decir una por voto popular, a dos vueltas si necesario para elegir al líder del país por los próximos siete años. Saltaron los periódicos buenos y los malos, y los shows a hablar de las opciones. Y aunque aún no se hubiera lanzado, no tocaba ser científico en el ministerio de la Honestidad para atar los cabos, que si Namibia había vuelto no sería para tratar que el equipo nacional volviera a un mundial luego de tres torneos de ausencia. Y salvo Namibia ninguno parecía con opciones reales, salvo claro Alexandre Trois, que ni bien acababa la alocución televisiva de Marino, ya andaba en las murallas antiguas de la ciudad vieja recitando poemas en el idioma

antiguo de los locales, el cual aún nadie parecía interesarse por cómo se llamaba, y ondeando una bandera antigua que ni los más viejos hubieran podido adivinar representaba los colores de esa Costa mágica en un tiempo anterior a la llegada occidental. Y ante esas dos opciones la prensa parecía dividida sobre cuál sería el mejor de los males. Y para gran sorpresa de muchos el primer sondeo dio ventaja a Alexandre Trois. Y es que al profesor independentistas lo podían tildar de loco e idealista y hasta de malagradecido en los diarios de la ciudad nueva, en los de la ciudad vieja y en la de las ciudades del interior lo llamaban "El maestro", "El guía" y hasta el "Hijo Prodigo". Mientras que a Namibia no parecía quererlo nadie, los diarios no le perdonaban una y se pasaban sacando artículos sobre su personalidad, sobre su divorcio y sobre si se podía confiar la nación a alguien que dejó botado al país por una portuguesa, y luego dejo botada a su propia hija por un cargo político. Y luego, había todo el asunto de Canela.

Y es que gran parte de los diarios sedientos de noticias, ya se habían hecho ideas mágicas en sus mentes, se habían imaginado por años la vuelta de Namibia a Santa María la Nueva. Una llegada triunfal a la mitad de un día azul y con nubes rosas que dejaran pasar el sol para iluminar la pista. Y lo habían imaginado bajar del avión y tener frente a él a Canela tomada de la mano de Santiago, y luego ya le habían indicado a todos sus fotógrafos que apuntaran a los ojos de los protagonistas, que los ojos nunca mienten. Y esperaban en esas fotos encontrar la chispa del amor, y ahí sí que tocaría sacar cuatro ediciones diarias como si fueran los años treinta, y que los radios colapsarían de tantas llamadas, y que no habría horas suficientes en la televisión para comentar las hipótesis, el amor y el escándalo. Pero no, había vuelto a media noche y sin avisar, gracias a quien sabe que dios que les había llegado el chisme, y que las autoridades del aeropuerto hubieran sido tan amables de dejarlos entrar a todos. Y luego, ni una sola entrevista, ni una sola frase siquiera para poner en los titulares. Y aún peor, el bendito Namibia no salía de esa Torre infinita, y cuando lo hacía salía en su carro blindado, con las ventanas de vidrio oscuro. Y como no avisaban a donde iba les tocaba mandar mensajeros al azar por la ciudad a dar vueltas y vueltas hasta que alguno lo reparará y saliera corriendo a la primera cabina telefónica a avisar a los camarógrafos y periodistas. Y así tuvieran suerte y llegaran antes de que se hubiera vuelto a montar, no les daba ni una frase, y se contentaba de sonreírles y saludar como si fuera bobo. Y Canela, ni a la vista, que si a él lo reportaban en los jardines de orquídeas, ella estaba al otro lado de la ciudad en el café yugoslavo, y si él andaba en la biblioteca del mar, pues ella andaba en el museo de la nación mirando sus pinturas. Y tras varias semanas no había reporte alguno, ni de problemas, ni de reconciliación, ni de tensión, ni de nada. Y llegaron a pensar que ese joven al que tanto habían exprimido por años mientras viajaba, salía con modelos y luego casado se había dedicado a ser feliz, dejaría de ser la mina de noticias ahora que estaba en el país. Hasta que se alinearon las estrellas, y Namibia andaba en una reunión con su padre en el Palacio de Decisiones, cuando al otro lado de la ciudad una fuga de gas hizo explotar un restaurante. Y sin pensarlo padre e hijo se fueron al lugar para consolar a las familias de los tres muertos, sin saber que el alcalde de la ciudad nueva había

tenido el mismo reflejo y como la esposa andaba junto a él, pues la llevó. Y allí andaban todos los camarógrafos buscando imágenes de la explosión, testimonios desgarradores de los que andaban llorando y hasta alguna teoría conspirativa por parte de algún vecino creativo hablando de gente encapuchada. Así que todo se dio, y ninguna cámara se perdió el momento en que Canela se bajó de su auto, y al otro lado de la calle Namibia de espaldas hablaba con un bombero, y apenas la dama más querida de la nación lo vio, su cara de poema se puso pálida y espectral, y ni pasaron cinco segundos que ya se había vuelto montar al auto y salido de ahí.

Y aunque salió Santiago a decir que su mujer se había puesto mal al ver los escombros encenizados frente a ella, los diarios más amarillistas no dudaron en publicar la foto de Canela traumatizada frente a los escombros y Namibia. Y fue en ese momento que Namibia anunció que se lanzaba oficialmente, y empezó a dar vueltas por la ciudad, y a avisarle a la prensa donde estaría, y ya con el cronograma, no hubo mucha dificultad en compararlo al de Canela. Y saltó a la luz que no podía haber coincidencia alguna, que los dos se estaban evitando. Que Namibia había puesto que iba a ir a las oficinas de la fundación Santa María justo el día en que Canela andaba revisando las refinerías y no estaría en todo la jornada. Y que justo Canela no podía asistir a la inauguración de una nueva ala del museo de historia natural, y tan solo llegaría para la recepción de la tarde, a la que precisamente Namibia se ausentaría así no hubiera nada más en su organigrama. Y pasaban las semanas y las coincidencias no hacían sino aumentar, que el uno había ido a hablar con Marino en la mañana y la otra por la tarde, y que ese mismo día ella había pasado la mañana con Alexandre Trois y él lo había ido a ver por la tarde. Y luego comenzaron a sacar las fotos en los conciertos, de esos de las grandes bandas y grandes voces, donde se suele ver a todos los que son alguien en la nación, y siempre en la primera fila, una silla vacía, y cuando preguntaban, pues de quien sería… la que le correspondía al uno u al otro. Y cuando les preguntaban los motivos de sus ausencias a ver a Sinatra, Pavarotti o Les Luthiers, siempre sacaban escusas de cajón, que justo se había intoxicado, que le salió una reunión de última hora, que la hija lo llamó del otro lado del mundo y daba pena colgarle. Y si al comienzo el público parecía escéptico ante las ideas de la prensa, ya sí que no había duda, que algo le había hecho Namibia a Canela.

Y con el ronroneo constante del "¿Que le hizo?", salió la segunda gran encuesta y Alexandre Trois ganaba en primera vuelta. Y ante tal panorama y así aún faltase buen tiempo para la elección, las grandes familias y los grandes comerciantes le pidieron a Marino una reunión. Y allí le dijeron que era verdad que el nepotismo les había servido hacia casi ya un siglo, pero que lo de Namibia pintaba mal. Y que miedo que ganara Alexandre Trois que con sus ideas de libertad podía pasar cualquier cosa. Y Marino alzó los brazos y les dijo a los presentes, que él no obligaba a nadie a votar por el hijo, ni a respaldarlo, que cada uno hiciera lo que le dictase la razón, pero que él lo apoyaba a él. Y ahí se armó la bagattelle y la cantaleta que todos los presentes empezaban sus frases que

tenían que tener un frente unido y la acababan diciendo porque el candidato ideal sería el familiar o el amigo proprio. Y cuando todos ya habían terminado de auto-candidatearse, algún sabio de antaño, ex ministro de la Honestidad, dijo que por eso tocaba elegir un Darién, que siempre habían sido justos ante todos y que con tanta plata que tenían no se iban a poner a robarle a nadie. Y todos de mala gana se dijeron que pues sí, que ni modos, que solo en ellos se podía confiar. Y una voz gritó que Salmón, y otra le respondió que como se le ocurría que ya andaba en sus ochenta y además se había ido a Uzbekistán ni bien anunciada la elección a quien sabe qué. Y como en verdad lo de Namibia no pintaba bien, empezaron a lanzar nombres por todos los lados, que Junio que Abril, hasta que Knut o Vainilla, y aunque todos hubieran sido buenísimos sin duda, Marino en voz baja les daba la razón por la que le no lo harían. Y ahí se oyó una vocecita gruesa en el fondo del salón, y salió el Hombre de Blanco, que ni se había hecho notar hasta el momento y que claro debía estar ahí, él que no se perdía una que le pudiera servir por más horas de vuelo que le tocara, desde una piñata para la hija del director del aeropuerto hasta el golf mensual entre los dueños de periódicos. Y con su aire de bandido que no sabe fingir ser bueno, dijo "Pues pongan a Santiago, que ya se probó como alcalde". Y ahí hubo un silencio perturbante e histórico. Y se oyó un "pues sí" y un "por qué no" y luego se oyó a otro decir que ese no valía como Darién por ser de la rama problemática, y otro le respondió que no solo no era un buen Darién sino que era muy cercano al Hombre de Blanco y por ende a la metrópoli. Y la discusión subía de decibeles, cuando el Hombre de Blanco los paró de secó para decirles que a él le daba igual su país de negros, con tal que no escogieran a Alexandre Trois y el petróleo les siguiera llegando. Y con eso se paró y se fue que tenía un avión que tomar.

Y le preguntaron a Marino su pensar al respecto y este les dijo que Santiago era un chico ejemplar, pero que temía su cercanía no con la Metrópoli, que esa la tenían todos, sino con ese para nada venerable senador que manejaba el monopolio de la televisión privada. Y luego alguien dijo, "Sí, pero está casado con Canela" y con eso se acabó la velada. Y al día siguiente a primera hora un grupo de empresarios y poderosos llegaban a la alcaldía de Santa María la Nueva, para proponerle a Santiago que se lanzara. Y tras hacerse el difícil y fingir que no se sentía capaz aún de dirigir todo un país, tomarse dos días para que Canela lo convenciera y ver como el pueblo reaccionaba a los rumores de la prensa, anunció desde el Palacio de decisiones donde venía de ver a Marino para pedirle consejo, que se lanzaba por el puesto. Así que así empezó la campaña. Y los tres hombres se aventaron a las calles del país a proponer sus visiones de un mundo que cambiaba. Y si Alexandre Trois con sus palabras bonitas donde hablaba de sinfonías antiguas, olvidadas y por redescubrir hacía emocionar los espíritus, Santiago con su pragmatismo mostraba un sendero solido el cual no debían abandonar. Y si a Alexandre Trois se le habían unido los jóvenes y sus sueños de pasados desconocidos, a Santiago se le unían cada día más empresarios y comerciantes de todos esos grandes edificios que había llenado él de nuevos inquilinos. Y en el medio de los dos Namibia quién parecía convencer solo a todos esos que lo habían conocido de niño

dando vueltas por el país haciendo canchas y trayendo alegría con ellas. Y es que a pesar del parentesco y la historia nadie salvo su padre salió a darle el visto bueno. Que a quien quiera que le preguntaran, fuese a Knut que había visto a Santiago en la radio de joven, a Almendro, Roble o Cedro que recordaban sus aportes para el negocio de la tele, el Hotel de las estrellas, o su ayuda en el inmobiliario una vez fue alcalde, tenían claro que el próximo líder de la nación debía ser él. Ni siquiera Magallanes con quién Namibia había pasado tanto tiempo salió a su favor, todo lo contrario cada mañana el deportista salía a trotar junto a Santiago por la ciudad, y a quién quisiera oírlo le contaba lo mucho que había hecho el joven por el deporte en su alcaldía, y que sí el pequeño país había ganado medallas en Montreal y Moscú había sido gracias a él. Y así uno a uno en la familia fue visto junto al treintañero en algún momento, desde Andrómeda que cantó en su meeting más grande, hasta la tía Felicidad que se cruzó el país entero desde la reserva hasta la frontera sur con cien elefantes pintados cada uno con una promesa de campaña del sobrino nieto. Y al finalizar el primer mes, las encuestas lo daban casi ganador en primera ronda, al activista atrás con un tercio de los votos, a los indecisos promediando el uno de cada diez y a Namibia apenas con un cinco por ciento.

Fue allí que lo fue a ver a su sede de campaña en la cima de la Gran Torre Santiago, para pedirles al tío y al primo que consideraran abandonar la contienda, para evitar así una segunda vuelta que costará dinero innecesario al contribuyente. Y Namibia, por él hubiera aceptado y hubiera tomado el primer avión a Paris, pero su padre no lo dejó más por terquedad que orgullo, pero eso si le prometió al sobrino que sí de ahí a un mes los números no mejoraban, la campaña de Namibia daría un paso al costado. Así que los tres se estrecharon la mano convencidos que en un mes se acabaría la agonía. Y es que a pesar de estar último en la carrera, la prensa seguía ensañada contra él. No faltaba cada día la foto diaria de Canela junto a una silla vacía, la de Petra junto a su madre en un parque, o la de él en alguna fiesta pasada. No faltaban tampoco las comparaciones con sus dos rivales, en la que decían que si ellos habían sido alcaldes, él en cambio había sido el ministro del nada-nada. Y para rematar lo culpaban de la pobre actuación del equipo nacional, que una vez más había fallado en clasificar a la copa africana y ni hablar del mundial. Y hasta un día sacaron un comic con un hombre que le preguntaba a otro "¿Que habrá hecho, que le toco irse, y que no habrá hecho que le tocó volver?", y el otro hombre con una bufanda futbolera antigua, con huecos y polvorienta le respondía "Nada- Nada". Y aunque tanto Santiago como Alexandre Trois habían dicho que no harían campañas sucias entre ellos, alguno debía de haber mentido que cada vez que había partido pasaban la publicidad que decía "Dejó a la novia, dejó al equipo, dejó la esposa y dejó la hija, ¿Que le hace pensar que no va a dejar al país botado también?". Y así todos los días, y todos los días más creativos, y en la televisión invitaban a psicólogos a analizar como los niños prodigios acaban generalmente decepcionando, y luego llamaban a expertos a analizar si alguna vez siquiera había sido prodigio, y si al contrario su fama no sería más bien privilegio y dinero. Y luego trajeron a un grupo de expertas a analizarle la cara a los tres, y de paso el signo zodiacal y

todas corroboraron que el peor de todos era Namibia. Y él iba a sus meetings, y hablaba del futuro en salas medio vacías, pero en el fondo no contaba las sillas vacías sino los días que faltaban para el fin del mes. Y con tan solo cinco días y rondando el tres por ciento de intención de voto todo parecía finalmente destinado a volver a la normalidad, cuando en las noticias dieron un última hora que cambiaría todo.

Y es que el Tío Salmón andaba aburrido, ya a los 80 y pico años había hecho y visto todo, y con su memoria intacta sabía aún muy bien lo que vendría y lo que no lo deducía. Por un tiempo se puso a repetir los viajes que más le habían gustado, pasar tiempo con los hijos y con los nietos a los que llenaba de historias y de paso les daba indicaciones sobre que debían decirle y que no, cuando lo encontraran un día vagando por el desierto. Y a pesar de que el presente es único y es todo lo que tenemos, el pasado ya lejano y el futuro tan cercano le lograban evitar la sonrisa cada día más. Fue así que siguiendo los pasos de sus padres, que si algo supieron hacer fue irse cuando quisieron, decidió que su tiempo no demoraría. Por lo que empezó una larga vuelta al mundo para despedirse sin avisar de todas esas personas que había conocido en su larga vida de exploración. Y así lo hizo, tomó aviones y barcos y se encontró con quien aún estuviera y quisiera verlo. Y así estuvo desde los Himalayas hasta los Andes, y desde el Sahara donde una vez se había perdido hasta las selvas de Papua donde nunca lo habían tratado mal. Y en el medio de ese recorrido se pasó por Moscú y le escribió a su sobrino Jaguar tras tres décadas de silencio, que a pesar de todo seguía siendo familia y le hubiera dado pena no despedirse de él. Y claro que Jaguar aceptó la invitación del único de toda esa banda de oligarcas al que había querido. Y sentados en el Pushkin hablaron del pasado y de los errores, y de los sueños y el destino. Y Jaguar a pesar que creía que todas esas cosas mágicas que habían pasado en su patria eran cosa de burgueses más que de proletarios, ya que no conocía ningún proletario que se hubiera perdido en el espacio tiempo, hubiera acabado hablando con Dios en su paraíso, o si quiera hubiera podido tomarse su pensión en el mundo de los sueños junto a ningún Marqués, le preguntó al Tío que sería de ese gran sueño de martillos y hormigón que parecía en decadencia. Y el tío alzó los brazos con la misma sonrisa pícara con la que pedía que le regalaran helados y le dijo que ya verían mañana. Y Jaguar que si seguía siendo el último de su combo con vida, porque Puma no había sobrevivido la última ola de la revolución cultural, solo que nadie lo sabía aún, había sido por sus instintos de dejar el barco cuando este se hundía, entendió todo. Así que con una sonrisa propia le dijo al tío que le proponía un trato y citando a su película favorita, supo que su familiar no la podría rechazar.

Y así a cambio de un par de informaciones de cómo y cuándo, Jaguar le hizo el favor al tío de mover las palancas necesarias para cumplirle el sueño que le faltaba. Y es que como la Unión Soviética andaba con sus cuentas en la miseria, habían emprendido un programa especial y secreto, en la que vendían por millonadas un viaje a las estrellas pintadas de

universo. Y el tío que dinero tenía mucho, y tiempo poco, se preguntó que tanto daño podría hacer el sobrino, que igual ya todo estaba escrito, y que pasaría lo que siempre debía haber pasado. Así que hizo el giro, le susurró a Jaguar un par de frases, y cuando menos ya estaba en Uzbekistán entrenando y a lo poco en Kazajistán en un cohete. Y si su cuerpo no hubiera dado, le hubiera dado igual. Pero si le dio y por fin hizo honor a su título de Salmon Galáctico y en la inmensidad pura vio ese pequeño planeta azul el cual había pasado su vida dando vueltas. Y sintio una gran alegría como nunca antes la había sentido, y luego en su rotación miró la franja negra que marcaba su patria, y ahí sintió la tristeza más grande que había sentido hasta ese momento. Que algo tan lindo no podía estar condenado a las cuerdas definidas. Y una vez pisó tierra, llamó a los noticieros a decir que había estado en el espacio pero que esa no era la noticia más importante, había decidido hacer todo lo posible para que el próximo líder de la nación fuera Namibia. A las dos semanas su sobrino ya promediaba el quince por ciento de la intención de voto.

XXXVI

Quedaba ya solo un mes para los comicios, y los tres candidatos estaban en empate técnico. La estrategia de Salmón había funcionado. Consciente que no se podía a acusar a nadie de crímenes aún sin cometer y que decirlos en voz alta podrían causar una ruptura en la fibra misma del espacio tiempo, decidió utilizar métodos más convencionales para lograr su cometido. Que sí Santiago contaba con las televisoras y los diarios amarillistas, y Alexandre Trois contaba con los diarios del interior y el boca a boca, ellos contaban con su estación de radio y con la creatividad de quien ha flotado entre las estrellas. Así que Salmón llamó de invitado al sobrino para la hora prime-time en la que aún gran parte de la nación se conectaba para oir sus aventuras. Y ahí le preguntó no de política, sino de su vida en esa década de ausencia. Y el pueblo que se esperaba respuestas vacías de un enfant gâté, se encontró con la voz de un adulto treintañero que ya no hablaba de futbol sino de responsabilidades y que con cada anécdota lograba mitigar el desprecio injusto que se había ganado por andar enamorado. Uno que hablaba del desierto y del rojo mañanero que invade los oasis en las tormentas de arena con la misma gracia, fluidez y lucidez que lo podía hacer Alexandre Trois. Y describía Petra y describía el Taj Mahal y no se sabía si hablaba de dos construcciones o de su hija y su matrimonio, hablaba de belleza y temor, dudas y sueños rotos, alegrías y sorpresas. Y luego mencionaba la muralla infinita que cubría China y hacía metáforas sobre la vida y la adaptación. Y luego hablaba de los viajes pero no los organizaba por el sitio sino por los encuentros, y describía los célebres compañeros que había tenido, pero una vez más los describía no por nombres sino por ideas. Y luego cada idea la describía de manera simple y con algún ejemplo en concreto sobre la nación. Y al hablar del lago victoria y de su boda, comentó como en medio de la brisa cálida del amor pensaba como en un continente tan bello como ese podía haber tantas tristezas. Y como esas tristezas se resumían por la banalidad del mal, y la banalidad de la miseria, y la banalidad de tantas cosas que no deberían ser banales. Y acabó su frase y su entrevista diciendo que su única promesa de líder sería luchar contra las banalidades, que en la vida, tan corta, larga, preciada y frágil nada puede ser banal y todo debe importar.

Y con esa entrevista repuntó en los sondeos, y ya con un margen de maniobra, se pusieron creativos, y en vez de hacer meetings organizaron partidos de futbol en los estadios del país. Y en esos partidos de media hora la gente podía ver jugar a Salmón, pero también a algún jugador del seleccionado, o algún cantante, actor o amigo de la familia que apoyara la causa. Pero sobretodo pudieron ver jugar a Namibia que tras recuperar su felicidad había vuelto a retomar el deporte del balón y no le costó mucho en volver a su nivel superlativo que había alcanzado en la niñez. Y hay algo en ver a alguien hacer las cosas de manera excelente en algo que convence que puede hacerlas en cualquier cosa. Así que cuando se acababa el mini cotejo y Namibia tomaba el micrófono para hablar del futuro, ya todos estaban vendidos que él era el elegido. Y para todos esos que no querían o podían tomarse

la tarde para ir ver un partido, se les aplicó la publicidad extrema, en la cual Salmón y sus discípulos se lanzaban de helicópteros o avionetas en la mitad de plazas y parques para repartir folletos y programas sobre el candidato. Y para todos esos que aún lograban evadir la lluvia de septuagenarios, siempre estaba la radio dónde Namibia hablaba todos los días para quien quisiera escucharlo, junto al tío y sus invitados.

Y aunque Santiago contaba con toda la maquinaria de la prensa, con los Darién y con los dueños del poder, era él que veía su porcentaje de voto disminuir cada semana, porque si bien Alexandre Trois no ganaba votos, tampoco los perdía. Desconcertado se reunió con los asesores de campaña para entender que estaba haciendo mal, pero estos con los brazos cruzados le decían que ellos tampoco entendían que bajo toda lógica debía estar ganando votos y no perdiéndolos. El único que entendía todo para variar era el Hombre de Blanco, que sabía bien, que no hay nada que el pueblo ame más que una buena historia de redención. Y si la del hijo de un terrorista que trataba de mejorar la patria era sin duda una buena, la del primer amor, que vuelve luego de haberles roto el corazón era aún mejor. Así que el venerable senador dio la orden a la campaña, e intensificaron los artículos y los ataques no solo contra Namibia, sino contra Alexandre Trois, a quien tildaban del peligro más grande para la nación desde los tiempos de Vermelho. Pero la nación por más que quisiera creer todo lo que oía y veía en sus periódicos y programas de confianza, se tenían que enfrentar a diario a los dos hombres en las calles, con sus sonrisas y sus palabras tan adorables, que les hacían olvidar rápidamente las lecturas mañaneras y los chismes de la noche. Y para colmo de males se venía el primer gran debate entre los tres. Los expertos en unanimidad estimaron que ese sería el fin de la campaña de Santiago que poco podría hacer contra la lengua poética de Trois y el carisma del primo. Y en efecto eso pasó.

Namibia respondía con gracia y naturalidad a todas las preguntas hechas por los profesores de la Universidad de la Costa, mientras que Alexandre Trois se las arreglaba como siempre a dejar una o dos frases sonoras y lindas en cada una de sus respuestas. Y Santiago, el periodista, sus frases todo lo contrario, parecían ensayadas a más no poder, y haber sido elaboradas en laboratorios de mercadeo y no en su corazón. Al siguiente día y por primera vez desde el inicio de la carrera, Santiago no se encontraba en segunda vuelta. Y tras el anuncio en la radio del ultimo sondaje, comenzaron a timbrar los teléfonos, tanto de familiares como aliados a decirle que los cheques paraban, y que si sus números seguían bajando pues muchas gracias, pero se iban con Namibia a ver si podía ganar en primera ronda y evitarles la pereza de la segunda. Afortunadamente para él y su campaña, Canela volvió del viaje que la había tenido alejada del Darién Africano por casi un mes. Un largo congreso entre los miembros de la OPEP para discutir las cuotas, embargos y demás cosas que afectaban la actualidad del mundo del petróleo. Se había llegado a un nuevo pacto, pero una vez más dudaba que todos lo cumplieran, especialmente la Federación Andina, quien ya se había hecho atrapar varias veces sacando más barriles que los acordados. Pero nos

estamos adelantando, que en el momento lo único pertinente para esta historia es que Canela había vuelto.

Y con ella volvió la esperanza para Santiago, que no dudó en llevarla tomada de su mano a cada reunión que pudo y cada evento, donde como en tiempos pasados llegaban centenares de personas más de las previstas aprovechando la excusa de ver a una mujer tan admirable y bella. Fue Canela que lo ayudó a prepararse durante todos esos días para el segundo y último gran debate, y fue ella también que por iniciativa propia se dio una vuelta por todos los programas de televisión y radio para hacer campaña por su marido. Y en todas ellas habló del futuro y del presente, y respondió preguntas fáciles y duras sobre el petróleo, la fundación Santa María, la independencia, el nepotismo y la concentración de poderes, pero en ninguno de esos shows se le preguntó fuese por orden de los que mandaban o por sensibilidad de los entrevistadores sobre el pasado y más específicamente sobre el tercero de los candidatos, ese que según todos los sondajes sería el ganador en segunda vuelta fuese contra quien fuese.

Y es que era un hecho que los electores de Santiago jamás votarían por Alexandre Trois, y que los seguidores del independentista jamás votarían por un candidato tan asociado al senador más odiado de la metrópoli. El único problema para Namibia era avanzar a segunda vuelta, si lo lograba, con toda seguridad sería elegido. Y a días del segundo debate, parecía que nada podría evitar su cita con el destino. La suerte parecía sonreírle aún más, que incluso la prensa había sido clemente con él durante los ultimos días, e incluso por temor a alguna represalia, le habían tendido un ramo de buena fe. Para el segundo debate, querían que la pregunta final, fuera una que los candidatos supieran de antemano, y para ello se las dejarían escoger, e incluso les proponían que grabaran a algún allegado preguntándoselas. Ahí a Salmón se le iluminó la bombilla y desde Paris los allegados a la familia grabaron a la pequeña Petra preguntándole al padre con su tierna voz de infante feliz, que haría si elegido por los niños del país. Y todos los miembros de la campaña, desde el Protectorizo hasta los mensajeros supieron sin dudarlo que una vez Namibia respondiera a esa pregunta ante los espectadores de la nación, la carrera se habría terminado.

Llegó finalmente el gran día, los tres candidatos llegaron a la gran biblioteca nacional donde hacía ya muchos años se divertían los marineros con las Habibis. La biblioteca se trasladaría definitivamente a un lugar más central y más grande, y para darle la despedida a ese monumento del pasado, nada mejor que llevar allí el debate que marcaría el futuro del país. Todas las cámaras y micrófonos apuntaban a la tarima, y detrás de esta se podían ver las calles vacías, que todo el país andaba en sus casas, o encerrados donde hubiese una radio o una televisión para no perderse el momento histórico. Dentro del lugar se habían invitado a cien personas al azar según los organizadores del debate, es decir el Diario de la Costa, el Canal privado, y la estación de radio más importante del interior del país. Comenzaron las preguntas, y con ellas llegaron las respuestas. Como siempre Alexandre

Trois habló con claridad y lirica sobre los caminos posibles que traía el avenir, y como el camino más noble y justo quizás no sería el más fácil. Habló de la independencia, y como si elegido haría un referendo para conseguirla, y habló de una gran África que no tuviera temor de encarar a Europa o América, una de solidaridad donde no hubiera más guerras, ni más miserias, y una que finalmente fuera digna de su historia y recursos. Namibia también hizo lo suyo, y con la tranquilidad y convicción de otros tiempos habló de la importancia de los detalles, y de la necesidad de la rigurosidad. Con un par de sonrisas recordó a los oyentes y espectadores que eran unos privilegiados todos los que hacían parte de esa nación bendecida desde siempre y que le correspondía a todos ellos y no solo a uno mantenerlo así. Finalmente Santiago, que se veía más natural, a pesar que Canela se ausentó del auditorio aduciendo que le entrarían los nervios por la importancia del evento. Propuso ideas concretas, y para desmarcarse de Alexandre Trois resaltó la necesidad de estrechar los lazos con la Federación que tanto bien había hecho durante tantos años por ellos. Y para desmarcarse del primo, dijo que las ideas pueden ser muy buenas, como las que proponía el familiar, pero que con todo respeto y cariño no se podía darle el poder de un país a quién solo había gobernado una federación de futbol.

Y salvo ese pequeño ataque, que Namibia tomó con una sonrisa y con una broma sobre que si había llevado a un equipo de amateurs a un mundial y a lo más alto del continente en tan poco tiempo, que no podría hacer en siete años al mando del país más rico de Africa, el debate se llevó en la cordialidad y al amabilidad. Incluso en los temas sensibles, como el de la independencia, el petróleo, el nepotismo, las relaciones de poder, y la fundación Santa María. Porque si bien Alexandre Trois aplaudía que la fundación hubiera hecho tantas cosas bien, como por ejemplo diversificar sus regalías en tantas cosas variadas que ahora los salvaba del bajón del barril petrolero, no entendía bien eso que todo lo relacionado al petróleo de la nación llevase siendo decidido por una fundación de afortunados y que nunca habían sido elegidos ni por el pueblo, y que para hacer parte se debía casi siempre tener un Darién como apellido o hacer parte de su círculo de confianza. Y tampoco entendía eso que si ganaba Santiago, la esposa decía que no iba a renunciar, que al fin de cuentas todos eran honestos, y él les creía, pero eran situaciones que debían hacer pensar al pueblo en el círculo tan cerrado que manejaba todo. Y ahí alguien en el publico gritó “Los Grimaldi bronceados” y se dispararon las risas, antes la cara de desaprobación de Alexandre Trois. Pero los dos primos, a pesar de las críticas y la broma pesada, mantuvieron la calma y cada uno a su manera defendió el statu quo y el modelo con que la nación había progresado sin parar. Del mismo modo cuando tanto Santiago como Namibia preguntaron al tercero que como podía garantizar la seguridad de la nación en un continente tan inestable, sin la alianza con la Federación y sus respectivos aliados, este respondio que si su Africa bella era tan inestable era sobre todo por esas alianzas occidentales que los mantenían en crisis perpetuas para aprovecharse de su debilidad, y que una vez elegido, todo ese petróleo que se regalaba a la metrópoli para que estos lo vendieran a precio de nada a sus aliados, iría destinado a ayudar a sus hermanos vecinos a progresar tal como ellos lo habían hecho.

Ya todo parecía finalizado, que solo faltaban la pregunta final, y en la cara de los dos punteros se veía la tranquilidad del deber bien hecho, mientras que en la de Santiago se veía entre su sonrisa de presentador el temor de no haber hecho lo suficiente. Como si se le hubiera olvidado quien era el hombre para el que trabajaba y como lograba siempre tener la última risa. Así que el moderador anunció el formato de la última pregunta, pero con una sonrisita picara añadió que para darle emoción las mezclarían y que ningún candidato tendría su pregunta, sino la de otro. Apenas escuchó eso, Salmón entendió que Sartre estaba equivocado y que no hay forma de luchar contra el destino. Se le pidió a Alexandre Trois mirar la gran pantalla y responder, y ahí salió con una bufanda adorable y con la nariz roja del frio la pequeña Petra, preguntándole sobre qué haría por los niños del país. Y el respondio, que lo que haría no sería por los hijos del país, sino por los hijos del continente, y que a lo mejor habría menos juguetes por cabeza, pero que sin duda habría más parques y más niños con juguetes. La respuesta generó un murmullo general en la audiencia, lo cual hizo pensar al activista que quizás no había sido seleccionada tan aleatoriamente como sugerían los organizadores. Eso se vería reflejado claramente segundos más tarde cuando fue el turno de Namibia de alzar la frente y ver la gran pantalla. Y ahí su sonrisa de héroe reformado se desvaneció de golpe, cuando vio a Canela con sus ojos de cocodrilo y su cara de poema decir con una de esas sonrisas que matan, "¿Qué harías tú para mejorar la transparencia de las instituciones y de sus actores?" Y ahí el país entero vio la palidez de Namibia, y como inmóvil, mudo y perdido en que sabe cuál confrontación de su pasado era incapaz de decir dos palabras coherentes seguidas. Y mientras en el país se alumbraba una vez más la gran sospecha del "¿Que le hizo?", el público en unísono coreaba "¡Que le hiciste!" y "Transparencia". Y cuando abrumado por la situación, los gritos y las voces silenciosas de los moderadores pidiendo calma, se disponía a hablar, Santiago tomó el micrófono y con su voz de presidente hizo calmar al público y respetar al primo que tanto había hecho por el país. Y el público en casa quedó tan asombrado por esa muestra de carácter y fraternidad, que ni siquiera pusieron atención a la respuesta de Santiago a la pregunta que hacía un anciano profesor local sobre como preservar la igualdad entre todos los pueblos que habitaban el Darién Africano.

El día de las elecciones no hubo sorpresas, tal y como habían repetido los diarios una y otra vez desde el segundo gran debate, el pueblo no elegiría a un bandido. Santiago quedó en punta con el 40% seguido de Alexandre Trois con el 38%, a Namibia le tocó despedirse del sueño de su padre con el 19%. Le hubiera gustado irse a Paris y hacer de cuenta que todo lo vivido en los ultimos meses no había sido nada más que un mal sueño. Pero de hacerlo, estaría dando razón a los críticos, y no podía permitir eso. Que el pueblo era libre de no quererlo, pero no de pensar que no amaba a su nación. Ya decidiría que haría una vez se acabara la elección, porque por más que ya no tuviera opciones aún tenía un rol importante que jugar. Y es que uno de cada cinco habitantes del Darién le había confiado su voto, y su

respaldo podía decidir quién ganaría la elección. Se reunió primero con el primo, quién lo primero que hizo fue pedirle perdón por lo del debate, que él no había tenido nada que ver. Y eso le dio motivo a Namibia de preguntarle al primo que rol tendría el Hombre de Blanco si el ganaba. Y Santiago le dijo la verdad, que sería un asesor de confianza. Y Namibia le respondió con la verdad, que en ese caso no podía apoyarlo públicamente y que no votaría por él. Santiago le dijo que no había problema, que igual contaba con él para algún puesto en su gabinete una vez ganara.

Y luego fue hablar con Alexandre Trois, y de manera directa como lo había sido con su primo, le preguntó qué haría si en su nuevo referendo perdía la independencia. Y Alexandre Trois con toda la honestidad de siempre le respondió, "Pues renunciar y ayudar de otra manera a todos los demás". Y entonces le preguntó, que porqué seguía insistiendo en la independencia a pesar de que ya había perdido en el primer referendo y Alexandre Trois le volvió a responder como siempre, que esa no había valido, porque el pueblo estaba embrujado en un hechizo de amor. Tanto así que incluso él había votado en contra. Y como Namibia se quedó callado, Alexandre Trois retomó la palabra para decir, que de todas maneras, la gente de hacía diez años no era la misma que la de hacía veinte, y mucho menos de la de ahora, y la de dentro de diez, veinte o cincuenta años, y es a cada generación que le toque, volver a preguntar y decidir a su turno lo que quieren para su vida, que como dice la canción que si todo cambia, que uno cambie no es extraño. Y tras oir esas palabras estuvo convencido y así el papá lo regañara, y los primos lo llamaran cada noche a hacerle cambiar de opinión, salió públicamente a decir que el votaría por Alexandre Trois.

Y como no podía ser de otra forma, fueron dos semanas intensas, de volver a darle la vuelta al país. Con los Salmones galácticos saltando desde helicópteros repartiendo imágenes de Alexandre Trois, y de los elefantes de la tía Felicidad pintando con sus trompas el perfil de Santiago. Con la prensa atacando día y noche a Alexandre Trois y a Namibia, acusándolos a parte de todo lo que los venía acusando desde siempre, de corruptos y vengativos, y como siempre inventaban cosas como que el activista le había prometido al perdedor el puesto de Canela en la fundación para vengarse de ella y su esposo. Pero por más fuego que lanzaban con sus lenguas viperinas y con sus tintas demoniacas, los sondeos hablaban de un empate técnico. Así que los dos hombres se reunieron en el debate definitivo, y esta vez sí que se dieron duro, atacándose sobre sus aliados y sus ideas, llamándose nombres duros, desde vendido hasta lunático. Y Alexandre Trois atacando a Santiago de manipulador, y que si había traido a toda esa gente de la metrópoli no había sido por el bien de la economía, sino para que votaran por él, que en ese momento la ley permitía que alguien con cuatro años de residencia pudiera participar en las elecciones. Y Santiago le respondió que era un mal perdedor, que eso no le había importado cuando una década antes todos los emigrados africanos de la post-colonización habían podido votar en el primer referendo. Y ahí Alexandre Trois le hizo notar, que si para él un refugiado vecino viniendo para mejorar su

vida de miseria era lo mismo que un oligarca de otro continente viniendo para enriquecerse, entonces estaban en graves problemas. Y Santiago dijo que para él un ciudadano era un ciudadano, sin importarle su color de piel o lugar de nacimiento. Y así siguieron por un buen rato hasta que no hubo más tiempo y el moderador les agradeció por haber venido.

Sin ganador claro, en la última noche antes del gran día, ambos bandos recurrieron a lo que sabían, permitidos de aparecer públicamente pero no de hacer comentarios políticos, Alexandre Trois y Namibia acudieron al show del tío Salmón a hablar de literatura, mientras que Santiago y Canela acudieron al show de entrevistas popular por esa época a hablar de su relación. Y el público más devoto e indeciso oía en un lado sobre Faulkner y Cortázar y Pagnol mientras veía del otro lado de su sala las sonrisas perfectas tomadas de la mano y haciéndose ojitos. Y así en esa torticolis entre los oídos y los ojos, la nación se fue a dormir ansiosa y con ganas de que el sol saliera antes que nunca. Y cuando finalmente el primer rayo de sol chocó con la noche, toda la nación se abalanzó a las urnas, y uno a uno fueron cayendo los votos, hasta que esta vez fue la oscuridad que tocó la luz y se dio terminada la votación. Y todos en silencio esperaron atentamente que llegara la media noche y saliera el anuncio oficial del ganador. Y desde la Torre Darién Marino miraba con atención las dos ciudades y cuando por fin el gran reloj de la sala anunció la media noche, oyó el grito efusivo y el suspiro triste sin saber bien de qué lado se había decantado la balanza. Por un momento pensó que le daba igual, que al fin y al cabo el ya no tendría nada que ver con el futuro de esa nación, que de ahora en adelante su vida se limitaría a esa casa de madera y mármol que había mandado a construir en la playa más secreta del país, para pasar lo que le quedara de vida junto a su amada esposa. Y luego vio los fuegos artificiales salir de los rascacielos de la ciudad nueva y sintió una gran felicidad en su corazón. Sin saber que esa misma noche Salmón, ya habiéndose despedido de todos emprendía su última aventura en una barca al otro mundo.

XXXVII

El funeral del tío Salmón se hizo en el mar. Así lo decidió la familia cuando lo encontró sin vida en su cuarto a la mañana siguiente de la elección. Estaba acostado en su cama con su ropa de aventura que lo había acompañado toda la vida desde que se escapaba por la ventana de la casa. Lo encontraron con una sonrisa y con dos monedas de misterioso origen en cada una de sus manos. Los doctores dijeron que había sido un infarto, y a nadie lo asombró, que tras más de ochenta años de vivir intensamente, su corazón había hecho incluso más de lo esperado. A su funeral vino medio mundo, que no contentos con la despedida que les había dado en vida, quisieron decirle adiós una vez más en la muerte. Así fue que la costa se cubrió de fragatas con todas las banderas, donde representantes de la humanidad entera asistieron al funeral vikingo que el excéntrico tío había pedido. La familia se reunió, pero no en su totalidad, porque los más chicos andaban en colegios, universidades o reuniones de alto calibre, y solo los más mayores pudieron darse el lujo del viaje a la mitad del mundo a despedir al más viejo de los Darién. Sus hijos sin duda fueron los más golpeados, como se vio claramente en la voz quebrada pero aun así atómica de Andrómeda que despidió a su padre con una serenata como pocas se han visto, y que si no hubiera sido un momento delicado seguro alguno entre Cedro y Almendro hubiera grabado y vendido en VHS alrededor del mundo. Magallanes también se notó afligido y en sus palabras de adiós le prometió al padre que ganaría una última medalla dorada a su memoria en Los Ángeles, y así sería. Knut por su parte se contentó de alimentar a todos esos invitados del mundo tal como ellos habían alimentado al padre en sus miles de viajes. Finalmente y como lo dictaba la tradición, se hizo una gran fiesta para celebrar la vida, y al ser una vida tan magna, se vivió una de las grandes fiestas en la historia de la nación, en la que los idiomas, las lágrimas y las risas se mezclaron en un solo sonido de recuerdo.

Ya al otro día cuando los abrazos marcaban el final del recuerdo y el retorno a la vida, tanto Marino como Santiago dijeron un par de palabras que marcaron para siempre el inicio de una nueva era. Y es que para comenzar Santiago había optado por dejar de un lado el término infantil e inventado que había sido el de Protectorizo, para referirse a sí mismo como Primer Líder del Darién Africano. Sería el primero de muchos pequeños cambios que se verían en el par de años que siguieron, en lo que los diarios llamaron la pragmaticazión de la nación. Se estimó que ya la población debía haber aprendido el español desde hace mucho y que por ende, no había lógica en que los ministerios tuvieran nombres tan excéntricos y se les volvió a llamar con el nombre que la razón dictaba. Con esa misma lógica, se determinó que por más belleza sonora que ocasionara el multilingüismo, los archivos de la nación estaban repletos de documentos que empezaban en un idioma, pasaban a un segundo cada tres palabras, y terminaba en una mezcla de otros dos para el final. Así que salió una ley para que al menos los documentos públicos, como la lengua principal en la que se dictaran las clases, salvo claro que fuera algún colegio internacional,

debía ser el castellano. Finalmente sacó una ley para hacer útil a la armada, que salvo asolearse en su club privado y correr en la playa por si algún día había acción hiciera un poquito más. Y como en la nación nunca había habido policías, por eso de que nunca había habido crimen. Pues le pareció inteligente que la armada cumpliera esa rol, y al menos patrullaran la ciudad o ayudaran a las viejitas a cruzar las calles, o incluso se pusieran a buscar crímenes, que a lo mejor siempre había habido solo que nunca nadie lo había notado. Y como todo ese nuevo trabajo no gustó mucho a la vieja guardia, todos pasaron su carta de renuncia, y le tocó a Santiago mandar a traer del continente americano toda una nueva generación de soldados listos para seguir órdenes. Y como a lo mejor la idea de dejar el calor o el frio de sus ciudades por el calor africano no convencería a muchos, creó un sistema de primas y puntos para que cada soldado que viniera ganara un excelente salario en cuestión de su lealtad, y tuviera rápidas posibilidades de ascenso al deseado servicio de inteligencia que se había instalado en la antigua casa de las Habibis.

Y a lo mejor un lector atento se puede preguntar como el pueblo no se atemorizó por esas pequeñas medidas, pero es que en esa época el país entero estaba desbordado de la felicidad que ni bien tras un año de mandato, la primera dama María Canela desfilaba una gran barriga de embarazada. Y ahí los diarios y los noticieros mostraron que en el fondo tenían un gran corazón, y dejaron de hablar día y noche de política para centrarse en Canela y su barriga, y proponer nombres de bebés, y si sería mejor tener un niño o una niña, y que signo era el mejor para nacer, y que regalos se le deberían dar. Y cuando finalmente nació, y coincidió con la victoria de Magallanes en el tiro al arco, la alegría fue doble. Pero no le pusieron al bebé Oro como hubiera sugerido la tradición, sino que le pusieron Diamante. Y ahí sí que la prensa y los que la consumían se volcaron a su lado tierno, para aplaudir a su Primer Líder y su Primera Dama, tan sabios como siempre. Bueno en casi todo, que la prensa seguía sin entender como Namibia a pesar de la traición había acabado como embajador de la nación ante las naciones unidas. Aunque al fin de cuentas era un puesto muy digno para él, porque el que importaba en la asamblea era el de la Federación Andina, y su puesto era más bien de invitado, y así de paso se la pasaba en Nueva York y bien lejos del Darién Africano, al que solo venía un par de veces al año a visitar al padre quien sabe dónde, o a tener que salir corriendo de reuniones y fiestas apenas se asomaba la cabeza de Canela.

La única voz de crítica a los cambios del país vino de Alexandre Trois, que acusó al gobierno de un genocidio cultural y una Andinicazión de las costumbres. Y para apoyar su tesis el alcalde de la ciudad vieja mostraba las estadísticas de inmigración, y como la migración africana se había cortado por dos desde la elección del líder, mientras que la Fedeandina no hacía sino aumentar. Y a eso le respondió Santiago que le parecía muy normal, porque unos eran compatriotas y los otros no. También se quejaba Alexandre Trois que desde que Canela había decidido retirarse de la Fundación Santa María para disfrutar de la maternidad, los recursos dados al centro del país e incluso en la ciudad vieja habían

disminuido para favorecer al de Santa María la Nueva. Y una vez más Santiago le respondió que todo se hacía con lógica, que la demografía en la capital aumentaba muchísimo más rápido que en el centro del país o en la ciudad vieja. Y como el pueblo parecía más interesado en si Diamante ya caminaba o no, o cual había sido su primera palabra, que en las leyes del nuevo líder, acudió en busca de aliados en la esfera alta del poder. Primero en su amiga Canela, que cada vez que tomaban tés juntos en la mezquita se limitaba a intentar calmarlo y decir que estaba exagerando las cosas, que el país seguía igual de bien a toda la vida y que Santiago había elegido para la fundación amigos de confianza y con la misma visión que él. Para luego centrarse en contarle las bellezas de Diamante y como había dado sus primeros pasos y había dicho su primera palabra. También le escribió a Marino un centenar de cartas, pero a cada una Marino le respondía lo mismo, que era a las nuevas generaciones decidir su futuro, y que a las viejas les tocaba dejar de lado el sentimentalismo. Finalmente le escribió a su gran amigo Namibia, pero este andaba resolviendo tantos problemas presentes, que el tiempo no le daba para resolver problemas potenciales. Y Alexandre Trois con mucha verdad le recriminaba que el gobierno lo tenía resolviendo problemas de la Federación Fedeandina en vez de los del Darién Africano, y Namibia le respondía que era cierto, pero que al resolver los problemas de la Federación se evitaban problemas en su Darién.

Y era cierto, si en el país africano las cosas andaban como siempre, es decir mejor que nunca, al otro lado del atlántico las cosas andaban como siempre, es decir peor que nunca. Y es que a diferencia del Darién Africano los líderes de la nación, encantados con las regalías del petróleo que tapaban cualquier equivocación y los premiaba con bonos gigantescos por no mover un dedo solo para firmar ventas de lotes de barriles, se habían olvidado de diversificar. Y cuando la burbuja estalló la gran nación se encontró sin el dinero prometido, y no solo eso, se encontró debiendo plata que no tenían, que confiados con que los precios, las cuotas y los dividendos no cambiarían nunca, habían pedido mil y un préstamos a todos los bancos del mundo para financiar proyectos útiles, inútiles, y hasta imaginarios. Y el despertar de tan bello sueño había traido convulsiones en todas las esferas de la nación. Comenzando por la Venezuela Saudita, que sin sus tulipanes negros vendiéndose por fortunas, se veía rebajada al mismo nivel que el resto de sus naciones. Y en ese hoyo inesperado se devaluó su estándar de vida, y sus clases altas que tanto tiempo llevaban tomadas de la mano para preservar su posición se encontraron que la posición se había ido. Y sin posición que defender, ya no había motivo para las alianzas estratégicas, y en esa malla rota los bandidos de siempre, hicieron de las suyas, y la corrupción fue tomando paso. Y la pobreza, en una época inimaginable fue apareciendo en los pueblos y en los barrios de las grandes ciudades. Y si eso pasaba en la joya de esas seis naciones unidas por el destino, que se podía pensar del resto. Y en ese hueco de miseria y olvido, había aparecido incluso antes de los tiempos felices, otro camino para el dinero fácil, las

drogas y su mundo. Y claramente aparecieron primero en las zonas de más olvido como lo era la selva olvidada boliviana, y luego fue subiendo por sus calles marginadas y subiendo aún más hasta contaminar al resto de su país, que tan misterioso como siempre no demoró en legalizar esa ilegalidad entre sus secretos. Pero como sabían que ese tema era sensible, sobre todo para los aliados del norte, sus líderes sabios siempre para la fechoría, se buscaron socios bien lejos del aliado tradicional que había sido el senado fedeandino. Y así acabó llegando a Cali y a Medellín los dólares manchados de polvos blancos. Pero mientras esa gangrena pequeña se esparcía en sigilo, en el resto del país la pobreza se expandía al son de tambores celestiales.

Y es que a pesar del dinero manchado que traía la droga, la gran parte de la población se veía excluida de esas regalías, así que tanto en Bolivia, como Ecuador, Perú, Panamá y Colombia, la pérdida del excedente petrolero había causado una miseria comparativa como nunca antes se había visto. Y ante la desgracia en que se había convertido la vida, fue normal entonces, la desilusión, y con ella la inestabilidad. Más aún cuando sus líderes culpándose los unos a los otros, se decapitaban los unos a los otros, figurativamente hablando claro está, a pesar que tanto el líder de Ecuador y el de Panamá sucumbieran como no, en accidentes de aviones. Y ante el sonido de la vergüenza que salía del gruñido de las panzas de millones de hambrientos, cada uno se puso a hacer lo que consideraba el mejor camino. Y en Bolivia cerraron los gastos, como si antes hubiera habido alguno, y despidieron mineros para contentar a los grandes bancos, y en Ecuador culparon a los críticos y su nuevo líder mandó los tanques al congreso estatal para protestar la oposición, al mismo tiempo que desesperados convertían sus deudas en Dólares para salvar a los ricos a los que le habían fallado y de quienes dependían para mantener la mano dura. Y en Perú sus militares de ideas raras también vieron la puerta al no poder parar la miseria, y como ninguno la podía parar, parte del pueblo se armó de armas en busca de un sendero que iluminara un mejor futuro, y para hacerlo se pusieron a disparar y a poner bombas, como si eso hubiera ayudado antes en cualquier lugar. Y desesperados sus gobernantes se pusieron a pelear con los vecinos de Ecuador para agrandar sus montañas y sus selvas a ver si eso daba una mínima alegría al pueblo, como si no hicieran parte del mismo país Fedeandino y que una línea regional cambiará algo a su condición de pobres. Y lo mismo pasaba en Panamá en donde desde la caída del avión del Líder Único y Mágico de la revolución o como se llamase, había ascendido otro de la misma escuela, que además había entendido rápidamente que el negocio de verdad estaba en las drogas y no en el petróleo. Pero eso aún no se sabía y él con sus aliados del norte protegiéndole la espalda se había dedicado a la mano dura y a empujar por más autonomía, culpando a la Federación Andina de esa gran miseria que cubría su ismo.

Y quizás tenía razón, que en la capital de lo que uno vez se llamó un imperio, no se sabía bien que hacer para resolver los problemas ecuatorianos, las bombas peruanas, los lamentos bolivianos, las devaluaciones venezolanas y mucho menos las desapariciones panameñas,

cuando ellos mismos no sabían cómo resolver sus propias bombas, sus propias desapariciones, sus propias devaluaciones, y sus propios lamentos. E incluso sus propios actos de dios, que si ellos desde su montaña se habían preocupado únicamente del día en que temblara lo suficientemente fuerte para erradicarlos de la tierra, fue la tierra la misma en forma de lava y barro que se había comido un pueblo entero. Y esa tragedia evitable, resonaba en los corazones de todos los fedeandinos, que veían casi poético ese acto celestial, que tan bien representaba la situación de su gran país, a la merced de la desgracia y del olvido. Y en medio de tanta desolación, habían caído nuevas elecciones, donde todos prometían lo mismo, que esta vez sí, que ahora cumplirían, que ellos si sabían. Y entre esas voces, solo una parecía decir la verdad, una gruesa que decía que no era Bogotá y su senado a arreglarle la vida a todos, que Ecuador para los ecuatorianos, Perú para los peruanos, Bolivia para los bolivianos, Colombia para los colombianos, Venezuela para los venezolanos, y Panamá para los panameños. Una voz clara como su pelo, que decía que si el país estaba en tal miseria había sido por dejar a cada uno hacer lo que quisiera en vez de remar juntos para el mismo lado. Una voz que hablaba de flexibilidad donde le convenía y dureza donde no. Que decía que era hora de un cambio cuando veía cuerpos escuálidos y decía que tocaba seguir el camino que les había servido antes cuando veía barrigas llenas. Y en el desespero de los terroristas, de la pobreza y del miedo, el país se aferró a esas mentiras blancas como su única posibilidad de salvación. Y así a nadie sorprendió cuando salieron los resultados y por primera vez en años no había ganado un mequetrefe al que le decían que decir, sino que había ganado uno con personalidad, al que podían querer o no, pero que no se iba a dejar mangonear, que al fin de cuentas, era él que mangoneaba desde hace tiempo, el honorable senador de la republica al que todos llamaban el Hombre de Blanco.

Y Namibia andaba en su carro de restaurante en restaurante, hablando con tantos amigos de tantos tiempos diferentes buscando aliados, extensiones de pago y fondos, para todos los problemas que azotaban a la Federación. Llevaba ya tantos años en esas, era su forma de ayudar, así se lo había pedido Santiago, y él con una deuda con su pueblo lo hacía con gusto. Incluso en ese verano caluroso, segundo mundial consecutivo que se perdía, el primero por sus elecciones, y ese sin razón alguna, para ayudar. No descartaba tomarse un par de días e ir a la final, despues de todo no era tan lejos. Quizás podría aprovechar para reunirse con Santiago, sabía que estaba por allá en México tomándose unas vacaciones, familiares. Y al pensar eso, decidió quedarse, lo vería por la televisión. Al menos así lo cuenta la novia de la época y así lo transcribo yo en este relato. Una luxemburguesa muy linda y muy amable, me atendió en su casa en la ciudad baja de Luxemburgo. Me contó varias cosas de su tiempo con Namibia. Le gustaba comer baklavas por la noche antes de irse a dormir, justo antes de bañarse la boca. Eso me lo confirmó Leticia Canal meses después en Paris. Leticia me contó que Namibia, cuando estaba estresado solía pegarse una

pequeña escapada al arco de la Defense, se sentaba en las escaleras a meditar por unos minutos antes de volver al ajetreo de la vida. Lo mismo hacía al parecer en Nueva York en el parque secreto de los Rockefeller en la 51 entre la tercera y segunda. Y sin embargo ninguna me supo decir lo que les fui a preguntar. Como no me lo supieron decir las diversas mujeres de su vida a las que perseguí por una década buscando respuesta a una simple pregunta. Que le hizo Namibia a Canela en esa noche de alegría infinita donde dos países parecían encaminados a la gloria. Y todas alzaron los brazos y dijeron palabra por palabra lo mismo, nunca quiso hablar del tema, y ellas nunca insistieron más. Ni siquiera en los diarios de Santiago, de los cuales pienso ya he hablado en el pasado, se toca el tema. Lo más cercano lo leí en una de las páginas arrancadas en desespero por el pueblo alocado de llevarse un recuerdo al momento del saqueo de la Torre Darién. Me tocó rastrearla por meses entre los mercados negros, el internet prohibido y coleccionistas privados. Finalmente llegué a Tánger donde a cabo de una suma no despreciable de dinero se me permitió ver el documento por un par de horas. Y ahí leí el pasaje, estaba en el estadio Azteca viendo el famoso partido contra los ingleses, recuerdo emocionarme al leer eso, ya que yo mismo desde mi casa seguí el partido con atención a pesar, como él, de no ser un gran seguidor del futbol. Describió el segundo gol de Maradona, como se describe a quien ve la Magia por primera vez. En su diario anota " Hoy he visto la verdadera magia y la verdadera ilusión, un humano como yo capaz de tal proeza en tal momento, eso es magia, no esa de la que me hablaban mis tíos, de bebés naciendo en espontaneo en muestra del verdadero amor" y luego añade "Mi bella Canela se perdió el gol por andar mirando el palco, temía que alguien entrara en cualquier momento, no tengo dudas de quien sería esa alguien, le pregunté por primera vez si había algo que quería decirme, y ella con su sonrisa que trae calma me dijo que no, que todo lo que me tenía que decir o ya me lo había dicho, o ya no me lo diría. Le sonreí como suelo hacerlo cuando dice cosas enigmáticamente hermosas, y me pareció un buen momento para hacerle la pregunta que tanta paz me trae, y como todas las veces me respondió las palabras mágicas, incluso más ahora que lo pienso que ese gol de otro planeta, y me dijo que como se iba arrepentir si yo le había dado todo lo que siempre quiso".

A las pocas semanas los diarios de la nación anunciaron que María Canela andaba nuevamente embarazada, y una vez más el pueblo sintió la felicidad infinita, y se imaginaron a un nuevo bebé perfecto que acompañara a Diamante en sus juegos de jardín. Y a los pocos meses cuando ya mostraba un indicio de barriga fue esa noticia la que salió en todos los noticieros en vez de la noticia de un atentado fallido en la capital de la Federación. Y es que una de las guerrillas había querido tomarse el palacio de justicia, y al parecer llevaban pensándolo hace mucho y es más según los datos de inteligencia habían pospuesto el atentado de más de un año de la fecha original. Y si no la habían podido hacer en esa época, y si los habían atrapado antes de en ese nuevo intento, no fue por otra cosa que los servicios de inteligencia del Darién los habían interceptado. Pero eso no lo supo el público por muchos años. Que todo el mundo pensaba que el servicio de Inteligencia del

Darién se dedicaba a jugarretas tontas con los países vecinos, cuando en realidad tenía espiando a medio mundo por órdenes de Santiago y el Hombre de Blanco. Y aunque la noticia del bebé fue la más aplaudida del año, fue sin duda la de ese presunto ataque que más consecuencias tendría. Y es que al Hombre de Blanco no le agradó que se metieran tan cerca a él y le tocó acelerar los planes que tenía. Y así se vio cuando salió a decir en alocución que de ahí en adelante se cansaba de jugar limpio y con caricias, y que desde ese momento empezaba a negociar duro.

Y los siguientes pares de años serían muestra de eso, que cuando el Hombre de Blanco aterrizaba en alguno de los países que formaban su gran país, corrían los escalofríos y luego corrían las cabezas. Que si el proponía que les mandaba cien toneladas de ayuda para algún temblor y el homologo le pedía que por favor mandaran más, inmediatamente la rebajaba a 90, y si el otro le pedía perdón y le decía que cien estaba bien, pues se la bajaba a ochenta. Y así hasta que aceptara la oferta del momento. Y eso hizo también con los empresarios, aliados y militares, a los que no temió en retarlos para que aceptaran lo que él quería y como él lo quería. Y cuando fue y le dijo a Venezuela que era hora de compartir más su petróleo, y estos le dijeron que ni locos, él mando la armada al golfo de Morrosquillo para mostrar que iba en serio, y ahí más de un militar venezolano llamó a la guerra civil, pero al final se llegó a un acuerdo, y los buques se fueron y a cambio llegó un poco más de petróleo. Y como no podía pasarse el día de país en país extorsionándolos a todos a la fuerza, fue preparando a sus aliados regionales para las elecciones que se veían en el horizonte, y a las que él sin temor se iba a volver a lanzar y a ganar, porque nadie más se atrevería a hacerlo. Pero para eso faltaba aún un poco, porque en el momento había más cosas importantes. Como los narcotraficantes de Colombia que ya se habían apoderado el negoció boliviano y que cada día tomaban más fuerza en el plano nacional. Y como ceder el poder no estaba en los planes del Hombre de Blanco, se les declaró la guerra total, y estos mostraron que no se iban a dejar. Y respondieron a las amenazas con asesinatos, bombas e intimidaciones, ya conocidas por todos y a la que no entraremos en detalles, que lo que hay son libros, películas y series detallándolas. Así que mientras el Hombre de Blanco se hacía el fuerte en ese frente en el plano internacional. A Namibia le tocaba seguir corriendo de esquina a esquina pidiendo ayuda y dinero para combatirlos a ellos, y combatir la guerrilla, y jurar que el estado no había tenido nada que ver en la masacre de los izquierdistas que habían empezado recien elegido el Hombre de Blanco, que todo lo contrario que eso eran cosas de narcos y que por eso necesitaban su ayuda.

Y como el mundo miraba con suspicacia a ese líder autoritario, mandaban la ayuda mínima, mientras rebajaban al pasaporte fedeandino, que cada día más era asociado a la miseria, el conflicto y las drogas. E incluso ya empezaban a ver con otros ojos a esa joya para mostrar que había sido el Darién, que aunque siquiera siendo igual de rico, cada vez llegaban más informes de prensa que algo raro sucedía en el país. Y es que como al Hombre de Blanco no se le podía decir que no, y menos cuando uno era su protegido, Santiago que ahora

manejaba la fundación Santa María por medio de sus amigos, había aceptado una de sus propuestas más polémicas. El llamado plan de los cinco años. Y es que durante cinco años el Territorio Asociado del Darién Africano aumentaba a casi el doble, el monto de petróleo que le debía a la Federación Andina. Y como no hacerlo, si ese dinero servía para financiar la lucha contra todas esas pestes que germinaban en la nación. Y de pronto los recortes no se hubieran sentido tanto si se hubieran hecho de forma proporcional, o incluso mejor quitándole ayudas a los que no las necesitaban, y manteniéndoselas a los que sí. Pero es que el gobierno de Santiago decidió que lo principal era ayudar a los nuevos llegados, con la lógica que los antiguos habían beneficiado de ayudas toda la vida. Y como los nuevos eran los fedeandinos de la ciudad nueva, pues con el pasar de los meses la diferencia de vida entre los capitalinos a su mayoría fedeandinos y los habitantes del interior del país fueron aumentando de manera preocupante. Y ahí Alexandre Trois pegó la alarma, y al comienzo se preveía una gran manifestación, pero si muchas veces la suerte obró para la fortuna del país, en esa ocasión la fortuna parecía decidida a aplazar la gran manifestación.

Y es que primero desde los Estados Unidos llegó la noticia que María Eduarda había fallecido tranquila mientras dormía. Así que Santiago decretó tres días de duelo nacional, y una vez pasado a los organizadores del evento, les pareció de mal gusto salir a protestar luego de una tristeza tal. Y como suele ser el caso, cuando se muere la mitad de una pareja de toda la vida, la otra mitad no suele demorar. Y unidas por la vida, el amor y la viudez, a las pocas semanas llegó una nueva noticia fúnebre, esta vez había sido María Victoria la que se despedía del mundo de los vivos. Y una vez más se declararon los tres días de duelo y una vez más una protesta parecía fuera de lugar. Qué el país no tenía ganas de salir a marchar por tecnicismos, cuando lo único que tenían en sus mentes es que la bisabuelas apenas y habían podido disfrutar de la pequeña Jade Darién que tenía encantada a la nación con esos ojos verdes.

Y cuando ya parecía que la tristeza de perder a dos damas tan importantes para su historia había pasado, los asesores especialistas le dijeron que no podían salir en ese momento que ya empezaban los periodos de fiestas de fin de año y que el país no les perdonaría que arruinaran esas fechas con protestas, cuando lo que más necesitaban era una alegría. Y aunque Alexandre Trois argumentaba que un atropello así no podía quedarse sin una protesta igual de grande a la falta, los aliados argumentaron que los atropellos estarían igual ahí al finalizar las fiestas e incluso más grandes, y entonces que era más lógico esperar unos meses para atraer más gente. Y ese argumento a Alexandre Trois le pareció idiotismo, que para eso se esperaban al inicio de las elecciones, al febrero del año que viniera, y de paso hacían campaña. Y sus colaboradores no entendieron la ironía y le dijeron que sin duda ahí sí que saldría muchísima gente. Así que Alexandre Trois los mandó a todos al carajo y les dijo que saldría a marchar él solo si tocaba. Y por poco que sucede así que tan solo lo acompañaron un centenar de personas, que ese día para contrarrestar su marcha Santiago había invitado a las cámaras de la televisión a que visitaran el Pent-house de la Torre

Darién a ver como vivía él con su familia. Y para colmo el tiempo no acompañó y una lluvia atemporal cayó toda la tarde, y los ciudadanos de las dos ciudades, dónde se podían dar el lujo aún de faltar al trabajo para marchar, prefirieron en su gran mayoría quedarse viendo a los dos niños encantadores desde el calor de sus casas y oficinas que a empaparse por causas que aún no sentían en primera mano.

Así que no le quedó de otra a Alexandre Trois, que esperarse medio semestre y el primero de febrero frente a su alcaldía anunció que se lanzaba oficialmente para las elecciones a venir. Y esa misma tarde anunció Santiago que se lanzaba a la reelección por siete años más que le permitía la ley de Marino. Y de paso anunciaba con una sonrisa que no le cabía en la cara, una nueva ley que estaba convencido daría mucha felicidad a su pueblo, y era que por primera vez en la historia, todos los habitantes del Darién Africano tendrían el derecho a votar para las elecciones de la Federación Andina y de paso anunciaba que por ende y gracias a ese mismo tratado, todo habitante de la Federación residente al menos un año en el territorio africano tendría derecho al voto en las elecciones a venir.

XXXVIII

Y al escuchar ese anuncio Alexandre Trois pensó que alucinaba, que eso sí ya era inaudito, y sinvergüenza. Y se abalanzó a la única radio que aún lo dejaba hablar y llamó a manifestaciones contra ese atropello a la ciudadanía. Y a pesar que él día del llamado, los mil programas diarios que mostraban la belleza de los bebés del líder, varios miles salieron a la calle a acompañar a Alexandre Trois. Y marcharon hasta la gran avenida que daba inicio a la ciudad nueva y se encontraron frente a ellos a la armada que actuaba de policía bloqueando el paso. Y cuando preguntaron porque se les impedía el derecho cívico a la protesta, la policía adujo que un país con atentados constantes no se podía dar el lujo de permitir a desconocidos andar de a miles frente a los lugares de importancia así como así. Sobre todo que así impedían a los grandes hombres de resolver los problemas con sus alaridos revoltosos. Y cuando estos insistieron que caminar en protesta no difería en nada a caminar como se hacía todos los días con el ruido del andar y la conversación, e intentaron pasar, la policía reaccionó a los golpes preventivos, y no les quedó de otra que dar media vuelta. Y en los canales televisivos aplaudieron con entusiasmo la labor de la armada que había mantenido el orden en esos momentos tan difíciles para la gran nación a la que pertenecían. Y el pueblo desde sus casas, pues les parecía que la lógica era correcta. Así que a la siguiente Alexandre Trois llamó a una marcha silenciosa, pero la policía les volvió a impedir el paso, argumentando que el problema no era el ruido de la desconcentración sino el peligro de tanta gente junta, que no había forma de saber que no estuvieran armados de no sé qué cosas escondida entre sus ropas. Así que a la siguiente semana la policía se encontró frente a ellos a decenas de miles de personas desnudas para mostrar que no tenían nada con que hacer daño y con la boca tapada con cinta. Pero una vez más la armada sacó los bastones y les negó el paso, argumentando que podrían estar desnudas, pero que también desnudo estaba el mar, y vaya que un tsunami podía hacer daño.

Y ahí salió Alexandre Trois en todo canal internacional que lo quiso oir, porque en los nacionales se había vuelto persona non grata, y acusó al líder del país de ser peor incluso que su abuelo comunista, suprimiendo el derecho de protestar y de criticar las injusticias. Y como la comunidad internacional estaba más ocupada con ese tema de las drogas, y de los países del este que comenzaban a crujir, como para ponerle atención a una marcha de gente desnuda, Alexandre Trois una vez más llamó a Canela con quién ya no tomaba tés por pedido del marido. Y esta le respondió que sin duda era una gran lastima el recorte de ayudas pero que tenía que entender que en ese momento tocaba ver más allá del Darién Africano y preocuparse también por lo que pasaba a los compatriotas del otro lado del mundo. Y con respecto de los votos, dijo que ella estaba de acuerdo, que no hubiera dado ella para votar en esa gran elección del 70. Y ante esa negativa le escribió a todos los otros

Darién regados por el mundo, porqué a ellos si los seguían oyendo todas las revistas, desde Marino que cuando no andaba perdido en su cabaña, salía pescando con la realeza de Europa en las revistas del Jet Set, hasta Knut que cobraba millones para cocinarle a todos los grandes políticos americanos, pasando por todos los primos que fuese por sus negocios o sus hijos tenían acceso a los dueños del poder del mundo entero. Pero una vez más, solo recibió mensajes decepcionantes, pidiendo por paciencia, que una vez ganada la guerra contra el terrorismo y la droga toda volvería a la normalidad. E incrédulo que nadie pareciera tomar la importancia de la situación como era debido, llamó a Namibia no tanto para buscar solución, sino para desahogarse con un amigo, y este le respondió ahí mismo a pesar de la diferencia horaria y para su sorpresa concordó completamente con él y ofreció ayudar.

No podría convencer al primo de cambiar sus políticas, ni podría convencer al pueblo de votar en su contra, pero si algo sabía Namibia era leer a las personas, aún no había olvidado como detectar que les producía alegría y que se las quitaba. Y como él seguía convencido que el presidente debía ser Alexandre Trois antes que Santiago, le contó cómo hacer para sacarlo de quicio. Que una persona fuera de sí suele mostrar su verdadero ser. Fue así que llegó el día de una nueva marcha tentativa y miles de personas salieron de la ciudad vieja para llegar a la entrada de la nueva, y una vez ahí se encontraron con la armada nacional bloqueando el camino que llevaba al Palacio de decisiones, que dicho sea de paso era el único que había mantenido su nombre. Y una vez más la armada sacó sus bastones y con el megáfono pidieron a los marchantes de dar media vuelta. Y así lo hicieron, se dieron media vuelta y se sentaron en el piso, y cada uno sacó de cada mano una grabadora y dando la espalda a la ciudad nueva pusieron play. Y en ese momento los que creían en la causa y además vivían en la ciudad nueva abrieron sus ventanas y con megáfonos, o radios a todo volumen o con sus voces a más no poder, empezaron a cantar en unísono la famosa Ochi Chernye a la francesa que habían cantado el pueblo tantos años antes para festejar la derrota del comunismo. Y así permanecieron cantándola una y otra vez, hasta que la noche cayó por completo. Y al otro día los diarios los acusaron de sinvergüenzas y escandalosos. Y la televisión pública que ya nadie veía fue la única que mostró la larga entrevista con Alexandre Trois anunciando que cantarían esa canción día y noche hasta que en el Palacio de decisiones se volviera a preocuparse por el pueblo.

Y como Namibia había tenido razón y la idea que lo comparara con el padre y el abuelo lo sacaba de quicio, Santiago hizo todo lo que pudo para prohibir ese conglomerado. Y como al otro lado del mar en la Federación los candidatos a la presidencia caían como moscas asesinados todos en el fuego cruzado del narcotráfico y el estado, sacó una ley de solidaridad nacional, en la que prohibía actos que se podían malinterpretar como faltos de empatía con las tragedias de la madre patria. Y entre ellos número uno, manifestaciones musicales. Pero eso lo único que hizo fue que las dejarán de anunciar, y medida que fueron pasando los meses, y los recortes se hacían más notables en la vida diaria. No era raro que

algún pasante frente al palacio se viera invadido por el espíritu del juglar y comenzara a cantar sobre "Tes Yeux Noir de fer, je peut rien y faire m'entrainent malgré eux dans ce doux enfer" y que a él se le unieran una decena de pasantes que no tenían ningún vínculo salvo la casualidad. Y ya cuando salía la policía a la plaza, se encontraban con pasantes sin saber quién había cantado y quién no. Y así todo el día, hasta que la plaza paso a estar militarizada todo el día para evitar los cantos espontáneos. Pero eso tampoco sirvió de mucho que los seguidores de Alexandre Trois se las arreglaban para pasar y poner grabadoras entre los arbustos o las canecas, y al menor momento de descuido las activaban a la distancia y de la nada de todos los rincones de la plaza sonaba el famoso "Et autour de nous chanten les tziganes, les gens s'en fou en ivre de champagne". Y la armada se ponía a cuatro patas buscando los casetes. Hasta que cansados de dañar sus pantalones se decidió cerrar la plaza, que si podían poner casetes podían también poner bombas.

Y como entre más pasaba el tiempo y al otro lado la guerra contra todos los frentes se multiplicaba y el dinero no alcanzaba, y la única solución era ampliar los barriles de petróleo, y los lotes de oro y los kilos de diamante y las bolsas de cacao y el bulto de café, y hasta se quitó fondos del ministerio del deporte y el de la ciencia, y se subieron los impuestos, ya no importaba que la plaza estuviera cerrada, que incluso desde la ciudad nueva se abrían las ventanas a las seis para oir los cantos del pueblo. Y Santiago salía a sus alocuciones a hablar de solidaridad, y los diarios sacaban sus noticias sobre la pequeña Jade y sobre Diamante que iba primero de la clase. Y en la televisión solo mostraban los estragos del otro lado del océano, para que la gente viera que si se estaban cerrando los pantalones era para luchar contra la gangrena de la droga y la plaga de las guerrillas. Y luego salía Alexandre Trois hablando que había sido el desdén por cuatro décadas de la nación a su pueblo que ahora germinaba en ese estallido de violencia, y pedía de una vez por todas, cortar su conexión malsana con ella. Y Alexandre pidió un debate, pero Santiago se negó, hasta que Alexandre prometiera dejar de hacer actos ilegales. A los que Trois respondió que si su líder temía a una canción, como iba a decirle que no a un presidente. Y todas las encuestas sacaban que Santiago ganaría sin problemas, pero Alexandre Trois decía que la única encuesta que le importaba era la de las seis de la tarde. Y en esas los cantos de "Dans ces Yeux Noir, je sombre mon amour, mais mon désespoir a leur chant est sourd » se hacían cada vez más fuertes en todo el pais. Y como el servicio de inteligencia si le decía los verdaderos números a él, a Santiago no le quedó de otra que aceptar el debate.

Y el gran debate se llevó a cabo en la selva, en una de las ciudades más afectadas por los cortes. Y ahí se debatió de economía, de redistribución, de independencia y de derechos. Y Santiago defendió cada una de sus acciones, y con una pancarta de números mostró que en su global el país iba mejor que nunca. Y ahí Alexandre Trois entró en una de sus reflexiones en la que se preguntó que era una nación sino la suma de todas sus gentes, y que como un país podía iba ir mejor que nunca si solo unos subían en exceso y los demás bajaban sin freno. Y Santiago argumentó sus decisiones para quitarle a unos y no a otros. Y

Alexandre Trois dijo que la lógica era buena en un mundo de números pero no en una de almas. Y Santiago lo intento atacar por el uso de la canción, y le dijo con un tonito burlón que si esos ojos negros a los que le cantaba con tanta pasión todas las noches no serían los de la revolución, y le recordaba que el muro de Berlín había caído, y que seguramente no demoraría en caer la unión soviética. Y Alexandre Trois solo le sonrió con una sonrisa de profesor, y le dijo que él no sabía a quién le cantaban los demás, pero que él le cantaba a esos ojos negros hermosos que tenía la libertad. Y que era cierto que su esposa era muy linda, pero que ante la libertad nadie podía competir. Y hasta ahí llegó el debate, que apenas dijo eso el público y todo el pueblo empezaron a cantar "Je suis fou de toi ma belle aux Yeux Noir, meme si je ne sais pas où va notre histoire" y no hubo poder que los callara, y los organizadores dieron terminado la alocución. Y si no hubieran hecho que lo que pasaba en la televisión iba cinco minutos en diferido se hubieran llevado un bochorno histórico. Pero al haber previsto los inconvenientes, solo cortaron ese pedazo y culparon al clima del fin abrupto del debate.

Y aunque no muchos se enteraron de que había pasado, todos supieron que la cosa no había ido bien, que al otro día a los alrededores de la Gran Torre se oyeron los choques metálicos de los altos pisos que descendían, con sus ministros y consejeros perdiendo puestos y privilegios. Y sin saber qué hacer, y con el olor a la derrota que tanto odiaba asomándose a Santiago no le quedó de otra que llamar al mentor a pedir ayuda, y este le respondió que dejara de preocuparse que aún le quedaban varios as bajo la manga. Y al día siguiente salió la noticia que se había confirmado que el Líder de Panamá tenía vínculos con el narcotráfico, y que el Hombre de Blanco pedía a los Estados Unidos ayuda para derrocarlo. Y ni bien dicho eso, en la noche misma las tropas americanas desembarcaban en el ismo a dar una mano. Y esa misma noche los sondajes de la Federación daban la victoria casi que segura en las elecciones a venir para el Hombre de Blanco sobre el único contrincante que quedaba vivo, uno de los Nobel que tras haber empezado bien había ido decayendo con el tiempo. Pero eso no ayudó en las encuestas del Darién, que lejos de unir al país contra un enemigo común, causó lo contrario, y el pueblo viendo el vínculo de un alto mando del país con el mal del narcotráfico se preguntó cuántos otros no habría. Y como eso no funcionó a las pocas semanas les tocó adelantar un operativo y dieron de baja a uno de los grandes narcos. Pero la noticia nuevamente tuvo doble efecto, que al oeste se aplaudió al Hombre de Blanco mientras que en este se dieron cuenta que si había caído uno aún faltaban tantos otros.

Y llegó el día de la elección y durante todo el día la nación se cubrió de sonrisas y de cantos sobre ojos negros que fascinan en todos los idiomas de ese gran país multicultural. Y en los pueblos y en la ciudad vieja empezó la fiesta y la música y los bailes que no había forma en la que perdieran. Y desde la cima de la Torre Darién, Santiago rodeado por Canela, Marino y Helena, miraba con impaciencia en el reloj, mientras cada uno de los presentes a su manera trataba de animarlo, y decirle que lo importante era saber que lo había hecho bien, y

que a veces toca tomar decisiones duras e impopulares, pero que eso es lo que distingue a un verdadero líder. Y en esas sonó el teléfono y Santiago atendió la llamada desde su oficina porque sabía era el Hombre de Blanco. Y lo primero que hizo Santiago fue pedirle perdón, y el Hombre de Blanco soltó la carcajada y le dijo que el único que le tenía que pedir perdón era el hijo del Doctor que se había lanzado mil veces a mil puestos y los había perdido siempre. Y cuando se le pasó la risa le dijo que qué tanto quería ganar, y Santiago le dijo que con toda su alma. Y el Hombre de Blanco le dijo que aún había una forma pero que tenía que ponerle mucho cuidado. Y al colgar Santiago quedó temblando, sonrió falsamente a sus familiares y les dijo que se daría una vuelta. Y a pesar de numerosas las investigaciones que se han hecho a través de los años, no se sabe bien a quien vio, que dijo y que hizo, solo se sabe lo que escribió en su diario esa noche. “Perdoname Señor, no saben lo que hacen”.

Sin importar como lo hizo, lo cierto es que a media noche, los resultados lo dieron ganador por una margen de tres por ciento, lo suficientemente baja para hacerlo creíble y pero lo suficientemente alto para no mandar la elección aun recuento automático. Alexandre Trois confiándose de las encuestas en boca de urna que lo daban ganador por al menos veinte puntos de margen acusó el fraude, pero tanto los veedores del país, como los de la federación y de los países vecinos negaron la acusación. Meses después cuando se vio a Santiago en una reunión con los señores de la Guerra, Charles Taylor y el presidente de la Costa de Marfil, algunos empezaron a atar los clavos. Para ese entonces ya poco importaba como se habían robado las elecciones, que el país estaba paralizado por la huelga general. Y sonará grave, pero pudo ser peor, que una vez la música de las fiestas se vio parada en seco ante el anuncio inesperado y los fuegos artificiales lejanos desde los rascacielos, más de uno llamó a Alexandre Trois a darle su apoyo incondicional si quería recurrir a las armas. Pero este fiel al principio de no violencia se negó. Lo que sí hizo fue lanzarse a las radios y denunciar por última vez al bandido que tenían de líder. Y pedirle al pueblo resistir desde la desobediencia pacífica. Y por más que saliera Marino, Canela y compañía a pedirle al pueblo que no cayeran a la tentación del desorden, y que de ningún modo Santiago había sido capaz de cometer un crimen como el que se lo acusaba, el pueblo hizo caso omiso. Más aún cuando ni bien habían pasado 24 horas de elegido, que ya había firmado un nuevo paquete de ayudas para la Federación. Nunca la división se vio tanto, con la ciudad vieja y el resto de ciudades y pueblos selváticos y litorales completamente colapsados, mientras que en Santa María la Nueva, la gran mayoría de barrios seguían como si nada. Y desde la cima de su Gran Torre, Canela oía los pitidos, los gritos y los cantos que rodeaban el país, y por la noche oía los recitales y el ruido de las copas brindando en la ciudad nueva.

Y ella ante tal panorama fue a buscar a su marido a preguntarle qué haría. Y él que había sido honesto casi todas las veces, le dijo que no se puede razonar a las buenas con quien no

quiere negociar, y el tiempo para sentarse se estaba agotando. Y con esa advertencia Canela dejó su rol de madre y volvió al de mujer de estado. Se puso una pañoleta y sin que nadie la viera se fue hasta la mezquita a la hora del Té sabiendo que Alexandre Trois estaría ahí. Y ahí le pidió que se sentara con el marido para poner fin a esa división tan ilógica en la que solo perdían los suyos. Y Alexandre Trois, dijo que no habían suyos ni tuyos, que habían humanos, y que cuando pierde un humano pierden todos. Y que los que no estaban perdiendo por ese paro general eran sin lugar a duda los inhumanos, todos esos que habían venido buscando dinero, y que encantados por este y no por la magia bendita de esa tierra de milagros, habían causado tanta miseria a quizás el único pueblo de la tierra que había hecho todo para no merecerla. Y tras oir eso le volvió a pedir que se sentara con su marido, que si algo había pasado en las elecciones, estaba segura no había tenido nada que ver. Y el que conocía bien las almas de las personas, le respondió que uno solo podía poner la mano en el fuego por la gente que uno amara de verdad. Y antes de que ella pudiera decir nada al respecto añadió. Que de todos modos no se puede hacer olvidar a un pueblo convencido, y que la Costa Negra estaba convencida que los Darién los habían traicionado. Y ella le iba a volverá decir que estaba equivocado, pero sabiendo que de poco serviría, solo le advirtió que temía que la paciencia de su esposo se estuviera agotando, y que la fuerza cayera sobre los manifestantes. Y Alexandre Trois le respondió para finalizar, que el solo tenía control de su reacción a la injusticia, que como su esposo reaccionara al grito por justicia ya era problema de él.

Al día siguiente Santiago hizo su último llamado a la reconciliación, acompañado de un ultimátum, la mesa o la cárcel. Y Alexandre Trois respondio a la propuesta con su propio ultimátum, la renuncia o la calle. Así que Santiago declaró la ley marcial, y Alexandre Trois llamó a los manifestantes a una gran marcha a la ciudad nueva. Y a la hora indicada la armada vestida de policía esperaba en las entradas de Santa María la Nueva, pero frente a ellos solo vieron los pocos carros que daban vueltas. Ahí sonó el teléfono de algún oficial infiltrado, y con una voz temerosa contaba en desespero que los manifestantes no iban a la ciudad nueva, sino que iban a la Torre Darién. Así que todos se fueron trotando, en caballo y patrulla. Pero cuando llegaron al lugar se encontraron a la gran Torre rodeada por más de cien mil protestantes, todos tomados de la mano cantando sin parar la canción que los unía a los ojos negros de la libertad. Y la policía cogida por sorpresa no sabía que hacer. Que cualquier acto de violencia para esparcir la manifestación podía resultar en un intento de entrar a la Torre. Y eso sí que estaba fuera de lugar, que adentro no solo se encontraban las familias de todos los ministros, funcionarios, comerciantes y hombres de poder, sino sobre todo María Canela con sus dos hijos. Y ante tal situación las cámaras no demoraron en llegar para narrarle al país el minuto a minuto de ese duelo.

Y las imágenes eran aterradoras, era una tarde de esas bellas que solo se podían ver en el Darién. Un sol gigante como la vida alumbrando las nubes blancas como la nieve de toda la gama de su espectro. Y en la mitad de ese paisaje bíblico, esa torre inmensa de marfil y

bambú, rodeada por el jardín más bello de toda la nación y quizás todo el mundo. Y en el medio de ese paraíso sobre tierra, más de cien mil almas cantando a todo pulmón una canción de amor, rodeados de la totalidad de la armada nacional. Y al lugar llegó Santiago con casco y chaleco antibalas y con un megáfono pedía a los manifestantes partir. Pero cada vez que hablaba subían el volumen de sus cantos y lo intercalaban con un pequeño coro en que le pedían renunciar en todos los idiomas de la nación. Y él cada cinco minutos se alejaba del frente y tomaba el teléfono del carro del jefe de la armada y llamaba a su casa a verificar que todo anduviera bien. Y Canela con su voz de calma le decía que estuviese tranquilo que los niños jugaban en sus cuartos y que sabía que Alexandre jamás incitaría la violencia.

Pero abajo comenzaba a subir la tensión, y la siguiente llamada que recibió fue del Hombre de Blanco a gritarle que dejara de hacerse el marica y mostrara carácter, que ese día no había noticias y el mundo entero andaba viendo. Y ahí no le quedó de otra, y le advirtió a los manifestantes que esa era su última oportunidad. Pero sus palabras se encontraron con el canto " Je t'aime tellement fort toi qui me fais si peur ». Y sin más remedio ordenó a la armada disparar los gases. Y cayeron los gases grises, pero los manifestantes preparados se pusieron en sus bocas las bufandas especiales que algún científico del Ministerio de la Honestidad les había provisto. Y con ellas los gases no les hicieron el menor efecto, y los únicos que se pusieron a toser y lagrimear fueron la decena de infiltrados de la armada, que ahora no podían iniciar violencia para justificar el uso de la fuerza policial. Y sin esa opción pensaron en usar las mangueras de agua a presión, pero Santiago se los prohibió porque podrían dañar los nidos de colibrís que tanto le gustaban a su hija. Santiago preguntó que más opción tenían, y el comandante de la armada le sugirió lo que le venía de decir el Hombre de Blanco, que dispararan balas de goma. Le garantizaba que nadie saldría herido y que una vez empezaran a disparar se abrirían paso para asegurar la entrada de la Torre y ahí todo sería más fácil. Santiago pregunto de nuevo si nadie saldría herido, y el comandante confirmó que así sería. Con eso claro, Santiago dio la orden.

Avisaron que dispararían balas de goma, para no causar pánico y pidieron por última vez que se dispersaran. Y una vez más sono el "C'est pour cette Raison, les Yeux Noir que j'ai fait cette chanson Ochy Chernye ». Y ante el rechazo, empezaron los disparos, y se oyeron los golpes, y los gritos, y las caídas, pero más fuerte seguían siendo los cantos. Y una nueva ronda, y lo mismo. Y entre los caídos y los de pie, desde su comando se vio la figura de Alexandre Trois cantando más fuerte que nunca con los ojos cerrados "Tes Yeux Noir étrange lumière ont Nimbes le soir de tout ces mystères". Y ahí Santiago dijo que alguien le diera, para ver si así decaían. Y el jefe de la armada mando a llamar a varios y les dijo que le apuntaran a los brazos y las piernas. Y luego de eso dio la orden y salió la nueva ronda de disparos. Y esta vez sonaron más fuerte, y se oyeron los golpes y las caídas, pero también en medio de esa tarde tan bella, se oyó un grito de espanto, y luego otro, y cuando se dispersó la gente un poco, se vio la figura grande de Alexandre Trois, aún de pie con

sangre en su pecho en dos puntos diferentes. Y ahí alguien gritó "¡Lo Mataron!". Pero él seguía ahí de pie, mirándose su pecho y viéndose las manos cubiertas de sangre. Y consiente que lo habían matado, utilizó sus últimas fuerzas para decir con su sonrisa cautivante de poeta que tan bien iba con ese tono cubano, ruso de la canción "¡Et je te chercherai encore, et tu te souviendra de moi, et dans la prochaine vie, on se reverra!" y ahí en ese silencio demoledor se oyó el peso de su cuerpo cayendo al piso.

Y ahí Santiago temió lo peor, una ola de violencia tan fuerte como la que venía de hacer su armada contra la Costa Negra, pero en los grandes momentos de tristeza, se puede llorar o se puede pelear, y ese día el pueblo decidió llorar. Y todos en unísono se pusieron a llorar y llorar, y entre las lágrimas los que rodeaban al líder caído, lo tomaron en sus brazos para llevarlo a su casa en la ciudad vieja. Y la armada sin entender que había pasado abrió camino para que pasaran los cien mil protestantes. Y con cada paso que daban las nubes blancas se les acercaban de un metro, y a cada lágrima se les acercaban de uno más. Y cuando apenas iban unos metros ya las nubes los rodeaban que ellas tampoco querían perderse esa caminata de despedida. E invadidos por la bruma blanca y clara de las nubes, a cada paso se les fue uniendo más y más gente. Y entre el espesor blanco no se podía saber quién estaba y cuantos eran, pero lo que sí es claro es que cuando llegaron a la casa del héroe abatido, y su esposa e hijos limpiaron sus heridas con sus lágrimas, las voces de todos esos caminando entre las nubes cantaron una última vez con toda su alma la canción del guía ausente. Y al llegar al final y esta vez en español dijeron bien alto en lo que sonó como una nube con diez millones de hombres, mujeres y niños las últimas palabras de su mártir a la libertad, "Y te buscaré de nuevo, y te acordarás de mí, y en la próxima vida nos volveremos a ver".

XXXIX

Aún en la bruma blanca de las nubes, el país entero sintió el silencio. Ni los unos, ni los otros se atrevían a emitir el menor sonido tras ese canto desgarrador. Santiago se encontraba no muy lejos del epicentro, a unas cuadras no más de la casa del mártir, en las oficinas de la agencia de inteligencia. Las luces de los teléfonos brillaban, y aclaraban apenas un poco más que los bombillos, que la niebla igual se había introducido a todas las casas para hacer sentir el duelo de los cielos. Sobrepasado por el momento miró al jefe de la armada pidiendo explicaciones una vez más. Y este una vez más alzó las brazos sin entender quién había desobedecido sus órdenes y por qué. En ese momento entró un telegrama del Hombre de Blanco, cansado que no le respondieran el teléfono. "Arresten a esos hijueputas" se leía en el primero. Y luego un segundo aclaratorio "¡Los manifestantes! Peligro potencial". Y el jefe de la armada vio a Santiago con sus ojos perdidos entre los destellos de las luces y el humo. El silencio se rompió con la voz del general, "A por ellos".

Y salió la armada con sus bastones y pistolas nuevas, y con una lamparita atada a la frente con la orden de arrestar a cualquiera que se negara a entrar a sus casas. Santiago aún en shock, se subió al primer carro que pudo y le ordenó que lo llevara a su torre. Y al ritmo de una tortuga avanzó el coche, que con tan poca visibilidad no había de otra. Y en esa larga travesía por las calles de la ciudad vieja invadida por los cielos, Santiago observó los destellos de las armas, y oyó los gritos del terror acompañado por los zapateos angustiantes de todos los que corrían a ciegas tratando de evitar la represión. Llegó a la entrada de esa gran Torre y se topó con cientos de soldados protegiendo su entrada. Lo recibieron con la mano en la frente y ya en el ascensor se dio cuenta que nada volvería a ser como antes. Cuando se abrieron las puertas vio a Canela con una cara de angustia que nunca le había visto y pensó que por primera vez en la vida la vería llorar. Pero no fue así, el que lloró fue él. Y fue ella quién lo consoló y le aseguro que todo estaría bien, a pesar de que sabía que no era verdad. Se quedaron los dos mirando su ventana celestial, aunque esa noche no había una sola estrella, que todas andaban tapadas por la espuma y el vapor. En ese silencio tan aterrador se quedaron dormidos sin soltarse las manos.

Y al otro día ya con las nubes en su lugar, aterrizaba un avión gris como las almas que transportaba. Pero el avión no aterrizaba en las anchas pistas de Santa María la Nueva, que allá ya habían recolectado los cheques que querían tantos años antes en una noche de elección. Esta vez aterrizaban en una pista improvisada de tierra negra y roja en medio de la selva, para armar a media nación, que sin su líder que les hablara de no violencia no veían otra opción que recurrir a las armas. Y ese tarde caía la primera ciudad, y la bandera del Darién Africano era bajada a las balas y remplazada con una bandera nueva de las Resistencia liberadoras de la Costa Negra. Y con ese acto se declaró la guerra civil.

Y lo primero que hizo Santiago al enterarse que una ciudad había sido tomada, y que tantas otras habían amanecido con los ruidos de la metralla, fue declarar la ley marcial. Y lo segundo que hizo fue avisar a todos los hombres y mujeres de importancia que entraran de inmediato a Santa María la Nueva. Mandó la armada a las carreteras para asegurar el salvo regreso de todos los Fedeandinos regados por la nación, y una vez el operativo terminado, dio la orden que se apagara esa llama delictiva cuanto antes y a como diera lugar. Pero esa llama estaba alimentada con la más peligrosa de las gasolinas, como lo es la desesperación y la desilusión. Y si en el pasado el pueblo siempre había dado su espalda a la violencia, esta vez, le hacían pasillo de honor. Y la armada de la nación era recibida con trampas y emboscadas de la población civil, una población que cada día era menor, que con cada hora eran más los jóvenes y los adultos que se desprendían de sus ropas diarias por el uniforme selvático de la resistencia. Y al cabo de unos meses medio país hondeaba la bandera de la Costa Negra. Y ni así Marino y Helena volvieron a la ciudad, que ellos en su playa estaban más seguros que cualquiera, que a ese paraíso solo sabían llegar ellos y un par de personas más. A la que si le tocó entrar por más que no quiso fue a la tía Felicidad, que una noche se fue a dormir con el silencio ruidoso de la selva, y a la mañana siguiente amaneció con el ruido de las ráfagas humanas.

Y cuando se puso a ver, en medio de su millón de animales se encontró con la armada disparándole a los rebeldes y en el medio el cuerpo inerte de su anciano Emeterio que podía correr más rápido que la muerte pero no que las balas. Y ahí no le quedó de otra entre las lágrimas que ordenar a su millón menos uno de animales que abandonaran la reserva, y el país si necesario, y huyeran la barbarie humana de la cual siempre los quiso proteger. Y para ello se puso en medio del fuego cruzado, y la armada cumpliendo con las órdenes que la tía debía ser protegida, y los rebeldes de la zona, muchos de ellos que habían crecido trabajando en la reserva, acordaron hacer un pasillo humanitario para que los animales pudieran escapar al conflicto. Y cuando ya todas las bestias habían evacuado, la armada le pidió a la tía que se subiera al vehículo blindado para llevarla a la Torre Darién, y ella lo hizo, pero no paró de llorar durante todo el trayecto. Y al llegar se topó con ese mar de cemento que se había convertido la ciudad nueva, y con ese rio de tanques que se había convertido la ciudad vieja. Y en el medio de ese océano de acero abrió la ventana y llamó a los pájaros de estación para que la vinieran a buscar y se la llevaran para siempre al verdadero jardín del Edén, que en algún lugar de ese gran mundo debía estar aún. Y los pájaros hicieron caso y la envolvieron en sus plumas para hacerla levitar y surcaron con ella hacia al paraíso para que se rencontrara con sus hermanos.

Y ya con el Darién Africano sin su Felicidad, que más podía esperarse, que ahí sí la guerra fue una total, repleta de sangre, bombas y matanzas. Batallas, trampas y operaciones en la que una semana ganaban unos y a la otra ganaban los otros. Y en la ciudad nueva habitada casi que únicamente de Fedeandinos recientes, las estadísticas diarias de la guerra no parecían afectarlos, que todas esas vidas pérdidas en la selva a la que nunca habían ido les

parecían de extranjeros. Y con esa banalidad al dolor, la vida siguió como si nada por bastante tiempo, que los cafés seguían abiertos, y los conciertos de la filarmónica seguían en pie, y algún que otro cantante seguía viniendo. Pero a kilómetros a penas, en las calles coloridas de la ciudad vieja, dónde vivían todos esos que desde siempre habían vivido en ese país de magia y de milagros, la vida no pudo continuar. No solo por el dolor de las noticias y el de los funerales constantes. Sino que sus calles alguna vez en fiesta perpetua habían sido remplazadas por el silencio de la armada y sus tanques, controlando que ninguna chispa quedara viva con ideas que no fueran. Y con el temor constante que de la ciudad vieja a la nueva se estaba a unos cuantos minutos en carro, el ejército cada día tumbaba puertas buscando armas y explosivos. Y cuando no tumbaba puertas, recolectaba gente para interrogarlas por horas bajo el calor de las celdas, en busca de información sobre quien financiaba a todos esos salvajes a los que no podían vencer.

Y como nadie decía nada, no le quedó de otra a Santiago que mostrarles que su silencio era una traición mayor a la de los gritos. Y poco a poco fue nacionalizando empresas ancestrales y rompiendo contratos con aliados de toda la vida, para dárselos a los confiables nuevos amigos de la ciudad nueva. Y si alguno osaba protestar ante la injusticia, se lo acusaba de rebelde y sin pruebas se lo mandaba a la cárcel sin juicio previo. Y cada día eran más los que se despedían por las mañanas y no volvían para la tarde, que en el medio desde la base de la agencia de inteligencia, algo se les había ocurrido para acusarlos de independentistas y encerrarlos hasta nuevo aviso. Y con esos buitres rondando sobre sus cabezas, la ciudad vieja se hundió en el silencio y el miedo. Y ante tal panorama, le hubiera tocado a la comunidad internacional pegar el grito, pero es que del país solo les llegaban los diarios y los canales privados, todos mostrando la bella vida de la ciudad nueva, y el orden de la ciudad vieja, y de vez en cuando algún u otro atentado en la selva, para mostrar la barbarie de los rebeldes que controlaban la mitad del país, que nadie sabía cómo seguían sacando tanta plata para financiar esa guerra, y el mismo Santiago no dudaba en hablar en voz alta de la pista del narcotráfico. Y ya con esa palabra la comunidad internacional no dudaba en armar consejos de seguridad para sacar resoluciones apoyando al pueblo del Darién de esa amenaza que eran los rebeldes. Y con ese aval Santiago podía seguir dando la orden de la mano dura, y de los interrogatorios y la militarización de las calles, y los ataques aéreos y los arreglos de cuentas.

Y si en África la cosa iba mal, en America la cosa no iba mejor. Y es que a pesar de haber ganado las elecciones con un amplio margen, el país se le salía un poco de las manos al Hombre de Blanco. Había logrado contener un poco a las guerrillas colombianas, y había hecho un disque trato con el Patrón del narcotráfico, le había construido cárcel propia para que dejara de poner bombas, y ya que andaba en esas, había pactado con los rivales de Cali a dejarlos hacer lo que quisieran siempre y cuando no jodieran tanto como el otro. Pero a pesar de eso los problemas de seguridad seguían que tal como él nunca había cumplido su palabra, los jefes de la cocaína tampoco. Pero esos no eran los únicos problemas, que en el

Perú la guerrilla andaba peor que nunca, y le había tocado mandar a uno de sus aliados, un agrónomo hijo de la diáspora a poner mano dura. Y sin duda la estaba poniendo, y la estaba poniendo mejor de lo previsto, que se le estaban subiendo las luces un poco a la cabeza, y la inteligencia del Darién le comunicaba que entre puertas cerradas hablaban de más autonomía y hasta de independencia. Y ellos no eran los únicos con esas ideas alborotadas, que en Panamá no veían mucho la lógica de haber cambiado al último Líder sanguinario, por otro de mano dura como era el Hombre de Blanco, que en agradecimiento por haberles quitado al loco ese, les había quitado también gran parte de las aduanas del Canal. Y en Ecuador salieron los pueblos indígenas a pedir una nación multicultural y plurinacional y no sé qué tantas cosas más, y a él le hubiera gustado mandarles la armada, pero ya con Perú y el Darién Africano tenían suficiente mala prensa para añadir una más. Y en Bolivia le llegaban informes diarios, que sin las ayudas a los vecinos, los paraguayos andaban mandando tropas al chaco y los chilenos a la costa, y eso le causó fue gracia, que no tendrían el valor de atacarlos, ni en un millón de años. Pero lo peor sin duda pasaba en Venezuela, como siempre.

Y es que le habían tocado dos eventos subversivos desde su nuevo mandato, el primero no había sido tan grave que había sido el pueblo, quejándose como siempre porque le habían subido los precios a la gasolina, se había salido un poco de control, pero lo bueno es que en esa época no había pasado aún lo del negro poeta ese en el Daríen Africano, ni la mano dura algo exagerada del japacho en el Perú, así que había podido mandar las tropas a mantener el orden. Pero el segundo lo había llegado a preocupar más, un comandante con ideas izquierdosas y con una actitud de maleante que le recordaba la suya, había tentado hacer un golpe de estado al gobierno venezolano, no una, sino dos veces, la segunda desde la cárcel. Y en la primera se habían tomado tres ciudades y si no fueran torpes hubieran podido tomarse Caracas y ahí hubiera habido problemas. Luego la segunda vez fue más show que realidad. Y por él lo imputaba de cargos de narcotráfico para mandarlo en extradición a Estados Unidos, pero la oligarquía local no quería asociar a su país en declive con más manchas negras. Gracias al dios que fuera que tenían a Santiago en mando de los negros, y que les mandaba toda esa plata para solucionar problemas y darse buena vida en medio de esa miseria, que si no esa nación estaba jodida.

Y aunque confiaba en Santiago con los ojos cerrados a veces le preocupaba que fuera tan clemente. Siempre haciendo todo lo posible para evitar la mano dura, y las decisiones fuertes. Y había días en que se preguntaba si haría lo necesario si el momento llegase, o si se dejaría convencer de la esposa que tenía, que llevaba desde la muerte del negro ese quejándose con el marido, para cambiar las cosas. Tanto así que le había tocado a él llamar a la armada y decirles que se hicieran los suecos con un pedazo de información que les había llegado. Y así fue como los rebeldes lograron poner una bomba a las afueras de Santa María la Negra de la Selva como le decía él con sus amigos, en medio de la noche, matando solo a negros que se devolvían a su ciudad vieja. Y tras ellos claramente que lo había

llamado Santiago alarmado, y él le recomendó dos cosas, que intensificará la mano dura, y que mandara a la familia a algún lugar seguro. Y así había sido para ambas cosas, que Santiago había mandado a Canela e hijos a Montreal y había dado la orden al ejército que se pusiera las pilas, que quería volver a ver a su esposa paseándose sin miedo por las avenidas de toda la nación.

Y tras un largo año de mano dura, barbarie e intimidación las cosas estaban dando resultado, en ambos lados del océano. En Perú las fujitacticas como se le denominaron a las barbaries de la mano dura habían erradicado casi por completo al terrorismo, e incluso se habían aventurado a esterilizar en secreto a las comunidades indígenas del amazonas, con la esperanza de algún día poder utilizar los mismos métodos para el resto de etnias agobiantes que poblaban su gran nación. En Colombia la sinvergüencería esa de la cárcel había sucumbido y el Hombre de Blanco no había demorado en hacer un trato con los amigos de Cali para deshacerse de una vez del Patrón, y de paso ya que andaban tan amigos, el gobierno los dejaba de perseguir tanto y ellos en agradecimiento les ayudaban a financiar las campañas por venir.

Y es que la constitución solo le dejaba al Hombre de Blanco dos mandatos como líder de la Federación, y el siempre tan pegado a las reglas, había prometido que no se lanzaría para una tercera elección. Y que con ese acto de buena fe podía permitirse retocar la constitución un poco. Y ahí entendió todo el mundo porque desde su victoria en el 90, había hablado de armar una constituyente, y todos con los ojos abiertos esperaron su propuesta, y para su sorpresa les salió con algo inesperado. Y era una constitución nueva que parecía escrita por algún nobel y no por él y sus secuaces, hablando de igualdad, tolerancia, y amor para todos, todas y hasta todes así nadie supiera aún que quería decir eso, e incluía a los afros, los asiáticos, los indígenas, las mujeres, los hombres que querían ser mujeres, las mujeres que querían ser hombres y hasta los maricas que solo quería ser maricas. Y era tan buena que todos se preguntaron que como haría un país como el de ellos para hacerla cumplir, pero eso ya era otra pregunta y otro problema, que el caso era que la aprobaran primero. Y entre más la leían más la amaban, y solo le hubiera faltado que incluyeran un nuevo pacto de ni tarados ni trúhanes para ser perfecta. Pero pues tampoco se podía tener todo en la vida. Y además con esa nueva constitución las cosas cambiaban, y ya la Federación dejaba de tener presidente como tal, sino que cada una de las naciones escogía Presidente proprio y luego entre ellos se iban turnando el puesto. Y como la votación para la aprobación o no, coincidió con la victoria histórica del equipo nacional que le metía cinco goles a la Argentina en el monumental. Pues no dudaron en decir todos que sí.

Y ya una vez la constitución aprobada, la sorpresa fue aún más grande que el Hombre de Blanco ni siquiera se había lanzado, como todos había previsto a ser presidente de su Colombia. Eso sí, se había lanzado como fórmula vicepresidencial del elegido por su

grupito de poder. Y no solo salieron elegidos, sino que en la reunión de presidentes, y a pesar de alguna cara amarga del de Perú al que le hubiera gustado ser elegido líder nacional en primer turno, también salieron elegidos ellos. Y ya una vez se hizo oficial, el destino volvió a actuar, que ahí sí salieron casetes comprometedores del recien elegido presidente con nexos con los amigos de Cali, que nadie salvo ellos debían saber que eran amigos. Y aunque el presidente negó ocho mil veces esa travestía de qué lo acusaban, le tocó decir que daba un paso al costado y que se iba a cualquier país que no le pidiera visa, y entonces ni modo, quedó por cuatro años más el Hombre de Blanco como líder de la nación.

Y lo primero que hizo fue tomar el coche presidencial e ir al hotel en que se estaba hospedando Santiago, iba a darle el pésame porque si bien los rebeldes estaban casi que vencidos, resistiendo a penas y quien sabe con qué fondos en la región más selvática, se le había ido la madre de improviso a causa de una enfermedad fulminante que quizás hubieran podido salvar los médicos del Daríen Africano. Pero ella en su negativa de pisar esa tierra, había preferido tentar su suerte con los médicos locales, que aunque muy buenos, no hacían milagros. Y se encontró con un Santiago entristecido, como no podía ser de otra. Y en esa desazón que deja la perdida, se hacía tantas preguntas sin respuestas. Y el Hombre de Blanco lo tomó del hombro, y le dijo que tenía que estar orgulloso, que su madre lo había visto convertirse en todo lo que su padre nunca fue. Y sacó su mejor whiskey y esa noche brindaron en memoria de dama. Y cuando acabaron hablaron de lo que vendría. Y el Hombre de Blanco, dijo que lo que vendría sería aún mejor que el pasado, que él tenía varios planes en su mente ya en marcha, y que si todos salían bien, Colombia y su grupo viviría mejor que nunca, y tendrían más poder que nunca. Y Santiago lo corrigió y le dijo que la Federación, y el Hombre de Blanco dejó escapar una risa y le dijo que él no se equivocaba. Y rápidamente cambio de tema y le dijo que tocaba vencer rápido a los rebeldes, y le recomendaba que los bombardeara con toda la pólvora de la nación, y que mandara a la armada casa por cosa si así le tocara, buscando sus colaboradores. Que a las malas hierbas tocas erradicarlas de raíz, que si no vuelven en el futuro. Y Santiago que no podía dejar de sentir el corazón partido, le dijo que ese no era el momento para hablar de ello. Y que la verdad le parecía que hacer algo así de drástico, aún más de lo que se venía haciendo en ese largo año, les podría salir mal ante los ojos de la comunidad internacional y aunque no, el pueblo nunca se los perdonaría, que todo lo contrario quizás era hora de bajar el acelerador y buscar armonía entre las divisiones. Y el Hombre de Blanco le dijo que tenía quizás razón, pero que pensara en sus enseñanzas del pasado, que siempre hay formas para unir a un pueblo e incluso a un mundo. Y dicho esto se despidió y le deseó buena suerte en su viaje a Montreal para su visita familiar, y le añadió “Salúdeme a su esposa, y dígale que aún hoy pienso mucho en su señor padre”.

Y él se fue todo el viaje en su avión al que nadie llamaba Quetzal desde hace más de una década, pensando en las palabras de su mentor. Y al llegar a la casa en la que tenía instalada a su familia hacía más de un año, repartió regalos, abrazos y besos. Y lamentó que no

hubieran podido estar con él, pero que la Federación estaba igual en materia de seguridad que el Daríen, y no valía la pena arriesgar. Y jugó todo el día con los hijos, y en la cena les dijo que esperaba que ya pronto pudieran volver a casa. Y tanto Diamante como Jade, dijeron que no había problema, que disfrutaban mucho esa nueva vida, y los amigos que tenían, y las escapadas a California a ver a la familia o a Nueva York a visitar los museos y el zoológico del Bronx. Y Santiago les dijo que ya verían, pero que su hogar al fin de cuentas era el Daríen. Y ahí Canela intervino y dijo que uno nunca sabía, que si se ponían a analizar, su mandato se acababa en poco menos de tres años. Y que ahí el mundo era a ellos para escoger. Y Santiago puso una cara extraña, y Canela la notó y entre risas le dijo, "O vas a hacer como tu jefe y te vas a perpetuar para siempre", y él a eso no le hizo reír mucho. Y le dijo que primero no era su jefe, y segundo que él no pensaba perpetuarse, sino que no se podía dar el lujo de dejar el país en manos ineptas, más cuando apenas salían de una crisis. Y ella le preguntó que a quién se refería, si al papá adoptivo o a él. Y él le dijo que a los dos. Y que no por quedarse mucho tiempo en el poder era algo malo, que viera a Marino que estuvo más de tres décadas. Y ella le contestó que eran otros tiempos. Y ahí hubo un silencio incómodo. Así que Canela sabia como siempre le dijo, que al final la decisión debía ser de los dos, y que salvo que ella sintiera que el país no podría seguir sin él, le iba avisando que prefería que no se pusiera hacer maniobras para quedarse siete años más. Y él aceptó el trato que le venían de ofrecer a sus oídos. Y con una sonrisa dio por terminado el tema y siguieron al postre.

Tras un par de semanas Santiago volvió a Santa María la Nueva y dio la orden de intensificar la lucha contra los rebeldes. Pero por más armas y dinero que invirtieran para gran felicidades de los Señores de la Guerra, que andaban con las arcas plenas de tanto conflicto que cubría al mundo, los rebeldes resistían desde su selva, e incluso lograban una que otra incursión de vez en cuando en el resto de la nación. Y cada lunes, al mismo tiempo que los pisos de la Gran Torre se movían según el resultado de la semana, Santiago se reunía con los jefes de la armada, que ya uno no era suficiente. Y todos le decían que no entendían como no habían ganado aún, y a eso respondían los de inteligencia, y les decían que el pueblo les prestaba mucha ayuda, y que de algún modo aún por descifrar estaban siendo financiados con grandes cantidades de dinero. Y cada lunes Santiago salía más rabioso, y daba órdenes de aumentar la dureza, pero solo de un poco cada vez. Así que ya sabía el pueblo de la ciudad vieja, y de las ciudades y pueblos selváticos que los martes eran días duros. Y que ese día la armada entraba con más fuerzas a las casas, y se llevaban la gente para interrogatorios, y que ese día se llevaban a cabo más operativos y por ende había más chances de balaceras y lamentos. Pero por más que aumentara la barbarie de la armada, los resultados no llegaban.

Y un día Santiago reunió a los aliados que aún tenía, que a la vieja guardia, los había acusado de colaboradores y los había expropiado, o encarcelado. Y les preguntó qué hacer para ganar esa guerra, y todos casi que en unísono le respondieron lo mismo que el Hombre

de Blanco, que bombardeara esa selva y que arrestara a toda la nación si así tocaba. Y luego les preguntó que si haciendo eso, igual podía ganar una reelección eventual, suponiendo que de alguna manera cambiaran las reglas vía referendo para poder reelegirse. Y ahí todos fueron honestos y le dijeron que así por ese camino de legalidad la veían duro. Que un referendo y menos una elección popular no la ganaba salvo que el mismo entrará a la selva arrestara a todos los rebeldes y luego resucitará a Alexandre Trois. Que le quedaba más fácil declarar un estado de emergencia y prolongar su mandato, hacerse un autogolpe como ese que decían las malas lenguas quería hacer el amigo peruano desde hace tanto, o robarse de nuevo las elecciones. Y nada de eso era seguro, que la comunidad internacional andaba bastante molesta con la Federación Andina y con ellos por todos esos derechos humanos que venían irrespetando, y que por cierto que para que le pagaban a Namibia y el resto de los Darién que la mala imagen no se iba por más fiesta a la que fueran. Y ahí Santiago sintió la doble gota fría, que no veía como podría ganar esa guerra y además quedarse en el poder.

Y pasaron los meses y nada cambiaba en el país, por más puertas y huesos que se rompieran. Pero fuera del país ya las imágenes lindas de la prensa no servían y la comunidad internacional comenzaba a presionar al estado africano y amenazaba incluso con sanciones. Y Santiago se la pasaba llamando a Namibia para pedirle que hiciera más, y él desde Nueva York le respondía que hacía todo lo que podía, pero que por más amigos que tuviera, ellos no podían tapar el sol con dos dedos, y cada vez que hablaba con él le sugería que llamara a negociaciones, que al fin y al cabo ya se le acababa el mandato. Y él a veces lo pensaba, pero luego llamaba al Hombre de Blanco y este le decía que dejara la huevonada y que les ganará como hombres, que como se iba a sentar a negociar con unos que iban perdiendo tanto, que mejor se pusiera a pensar como hacía para ganarse el respaldo del país y de la comunidad internacional. Así que llamó a los agentes del servicio d inteligencia y les dijo que se pusieran a buscar como solo ellos sabían hacerlo, que tema por ahí sensible había para ganarse amigos aquí y afuera. Y a las pocas semanas lo llamaron en urgencia que los viniera a ver de inmediato a la central de operaciones.

Y le sacaron 500 páginas de documentos, explicando todos los audios y todas las averiguaciones y que estaban cien por ciento seguros, de lo que le iban a decir. Y enojado les dijo que le dijeran de una vez que era un adulto y no un niño. Y ahí le mostraron los documentos, y vio como por fin habían descubierto como era que hacían los rebeldes para financiarse, y él se puso rojo de la ira, así en el fondo no estuviera sorprendido. Que el que le conseguía la plata a los que le hacían la vida imposible, no era otro que Namibia. Que se la pasaba en cenas y almuerzos hablando pestes del gobierno y maravillas de los amigos de Alexandre Trois, y que era él que presionaba en secreto por las sanciones, y les mandaba cheques de todos los ricos del mundo. Y a pesar de la ira que lo invadía, dijo que no iba a hacer nada todavía, que pusieran sobre el primo cinco agentes secretos, para saber siempre donde estaba, que hacía y con quien, y que así a lo mejor llegaban a los líderes de la

revolución. Y así lo hicieron por varias semanas. Hasta que un día lo llamaron de urgencia de nuevo, y le mandaron directo a la casa fotos y un video que tenía que ver de inmediato. Y apenas vio el video sintió todas las emociones posibles, pero supo que había finalmente llegado el momento y que si las cosas salían bien, conseguiría todo lo que quería. Así que tomó el teléfono y llamó al Hombre de Blanco, y luego llamo a Namibia.

Y Namibia estaba en medio de los aires, que su avión se dirigía a Sudáfrica para observar al día siguiente la final del mundial de Rugby, dónde había sido invitado personalmente por un viejo amigo de Alexandre Trois, que ahora andaba de presidente de la nación del sur. Y le dijo eso a Santiago, pero este le dijo que ya le tocaría verse con Madiba en alguna otra ocasión, que lo necesitaba de inmediato en la capital, que finalmente había accedido a hablar con los rebeldes y estos exigían que él que había sido tan amigo de su héroe, estuviera junto a él para que hubiera garantías. Y como la nación iba antes que todo, le tocó decir que sí, y le pidió al piloto que cambiara el rumbo. Y esa noche llegó cansado al aeropuerto Verde Daríen, y se fue directo a la Torre Daríen dónde el primo bajo a su apartamento para hablar de estrategia y de lo que dirían a los rebeldes. Y los puntos que aceptaba a negociar y los que no. Y luego ya a la media noche, se despidieron y Namibia con su sonrisa de joven, abrazó al primo y le dijo que estaba haciendo lo correcto. Y el primo le dijo que algún día la nación le agradecería todo lo que había hecho. Y Namibia no dijo nada, sino que puso una cara de madurez, que le indicaba que todo eso había quedado atrás.

Y cuando se despertó, los de inteligencia le dijeron que Santiago ya se había marchado, que tenía que hacer vueltas por la mañana, pero que le dejaba su carro listo para cuando quisiera. Y el desayunó con vista a la inmensidad, y llamó a Mandela a pedirle perdón por la ausencia, y luego le escribió una carta al padre y la madre, para contarles que estaba de paso, que quizás podría pasar a visitarlos en esos días, si el tiempo se lo permitía, y le dejó un mensaje a la hija que andaba dormida y como aún faltaba tiempo, llamó a la hermana que por esas épocas andaba de fotógrafa en Bali, y a pesar de la hora, hablaron por un buen tiempo, hasta que ya lo llamó la obligación de hombre de estado. Y se subió a su carro, y miró las calles de ese país que tanto había amado, y notó que estaba en la calle Canela, y se acordó que ahí le habían dicho que había nacido, y pensando en eso le dio un ataque de risa, que lo hizo lagrimear, y sacó un pañuelo para secarse los ojos, y no notó que junto a su carro se acercaba otro con un copiloto armado, y aún entre las risas pensando en lo bella y curiosa que es la existencia sintió la ráfaga de balas que le quitaban la vida.

XL

La final se decantó para Egipto, que retenía el título. Fue un partido intenso, en que el público, sin el temor de perder, ni la ansiedad de ganar se dejó llevar por el espectáculo. Al final, se entregaron las medallas, y el estadio Namibia Darién se cubrió de fuegos artificiales con todos los colores de ese continente que venían de honrar en el campo. El sistema sonoro del estadio puso alguna canción sin gracia, pero que en el momento parecía simbolizar perfectamente lo que se sentía en el estadio. Un sentimiento de felicidad nostálgica, de cuando algo bello se termina. En el campo veíamos las caras tristes de los perdedores de Camerún, abrazándose alentándose, mirando las estrellas de la noche con ese sentimiento que todo el esfuerzo no había sido suficiente. Un poco más alla los ganadores, borrachos de alegría y euforia, contagiaban a todos de ese sentimiento único y bello que es el de ganar. Y se los veía sonriendo en su hipnotismo, festejando con la grada, saltando, tomándose fotos, riendo, llorando con sus caras incrédulas, de quien ha dado mil pasos pensando que no daría más de uno. Y en el medio de esos dos mundos de emociones tan diversas, el público, las gradas, los que lloraban, los que miraban al vacío, los que se abrazaban, los que reían y los demás. Los locales, neutrales, sonriendo con sus cámaras, felices y nostálgicos de ese mes que tanto habían disfrutado. Y ahí entre ellos, yo, hablando con los colegas, los amigos. Discutiendo del torneo, del futbol, de ese país que muchos desconocíamos, y que nos había robado el corazón.

Salimos casi de ultimos, luego ya que hubiera acabado la rueda de prensa, y como muchos partían a la madrugada, que la vida, y las noticias no paran. Decidimos, ir a un bar cerca a la plaza Tolomeo, en la que nunca había estado hasta esa noche. Y tal como todas las sorpresas de ese mes de revelaciones, me encontré una plaza llena de música, comida y restaurantes. Bebimos, comimos y reímos hasta altas horas de la noche, y uno a uno se fueron yendo los amigos según el horario de su vuelo, o según las responsabilidades del día siguiente. Y al final quedamos solo unos cuantos, y entre la familiaridad de las experiencias compartidas, me preguntaron el que haría yo. Y yo alcé mis hombros, y les dije que me quedaba unos días más y que luego veríamos. Siguió la noche, y siguieron las despedidas, y al despertarme al otro día con resaca de cuerpo, mente y sobre todo alma, llamé a mi jefe. Las noticias, no eran buenas, el tema seguía caliente, y no sabía bien, que tan sabio sería mi retorno. Me sugirió que me tomara unas vacaciones, que tratara de hacer algún proyecto personal, hasta que considerará tomarme un sabático. Y sin saber bien porqué le dije que sí.

Y me puse a escribir desde la playa, desde la piscina del hotel, y desde la vista estrellada de mi habitación lo que había vivido en ese largo mes. Y cada frase que escribía me hacía dar cuenta, que detrás de ella debía haber algo más. Así que tomaba mi laptop, algún libro, o llamaba a la recepción y les preguntaba al respecto. Y entre más aprendía, más me daba cuenta me faltaba por conocer. Y comencé a preguntar, y a visitar las bibliotecas, librerías y

museos. Y cuando menos me di cuenta andaba tomando trenes, buses y aviones en busca de respuestas. Y para encontrarlas acabé, aquí, allá y más allá. Y acabé en desiertos, selvas, montañas nevadas y llanos en llamas. Y conocí banqueros, panaderos, drogadictos, barqueros, nobles, vagabundos y todo lo que se encuentre en el medio. Y poco a poco fui reconstruyendo con el más gran detalle la historia grande de esas dos naciones cruzadas por el destino de una arena negra que daba miedo y fascinaba al mismo tiempo. Y de tanto buscar, finalmente tenía todo, menos la respuesta a la pregunta más importante. Esa que ataba mil historias. Y tras mostrarle mí manuscrito a más de uno, me llegó una llamada un día. Era una voz dulce y cariñosa, me dijo que había leído mi escrito y que ella tenía la última pieza. Le pregunté quién era, y me respondió que ya habíamos cruzado caminos, en un estadio hacía ya una década, en la que ella caminaba y yo admiraba. Y ahí me di cuenta, que sí, que había pasado diez años ya desde que me dijeron que esa mujer enigmática se llamaba Canela.

Y me dio instrucciones, y un mapa extraño, y yo que había cruzado medio mundo para ese momento no dudé en embarcarme una vez más en destino al aeropuerto Internacional Alexandre Trois, y ahí tomar el tren de la costa en dirección a la selva, y una vez ahí caminar siguiendo las estrellas, para luego perderme para encontrar el camino. Y una vez en él seguir recto por la playa hasta toparme frente a mí una bella cabaña de madera y mármol. Y así lo hice, y allí la encontré, esa hermosa casa misteriosa en medio del paraíso de la vida. Esa que me contó le había dejado Marino y Helena una vez les llegó la hora de unirse a sus antepasados en los cielos del recuerdo. Y toqué la puerta y me hizo seguir. Y en su sala de ladrillo viejo me ofreció una tarta de chocolate y vainilla junto a un té de camomila. Y se sentó frente a mí y yo que llevaba una década esperando ese momento sin saberlo, le pregunté directamente lo que tanto yo, como una nación entera había querido saber desde hacía medio siglo. Que le hizo Namibia esa noche tan lejana, en la cima del gran hotel de las estrellas. Y ella sonriendo como sonríen las personas de buen corazón, cerró los ojos y me dijo “Quererme”.

Habían bailado toda la noche en la alegría de los enamorados, cuando la música paró por unos segundos para anunciar el resultado, el esperado, ese gran imperio seguía siendo uno. Y su sonrisa mutua se pegó en un beso eterno de felicidad y cariño. Y él que sabía que al otro día con el primer rayo de sol se iba al Kilimanjaro a cumplir con su deber, le dijo que subieran. Y ella que sabía que al otro día volvía a casa a enfrentarse con el pasado aceptó. Y se fueron tomados de la mano y entre risas, y al llegar a esa cima relativa, vieron los fuegos artificiales de la ciudad entera, y pusieron música lenta pero alegre, y siguieron su baile sin soltarse, ni dejarse de ver. Y en ese momento nadie fue más feliz que ellos dos. Y cuando por fin acabó la música, se acostaron en la cama y miraron las estrellas, y ante la inmensidad se preguntaron juntos lo que vendría. Y ella lo tomó de la mano, y le dijo que a través de sus ojos había visto un mundo desconocido, el de una nación mágica de milagros

y alegrías. Y que si estaba enamorada de él, estaba más enamorada de esa nación de arenas negras donde la historia parecía encaminada a la felicidad eterna, y que no sabía cómo, pero sabía que pasaría el resto de su vida en ese país, ayudando a su gente. Y él la miró a esos ojos encantadores a que solo un alma decidida podría abandonar, y le dijo que él también había visto un mundo a través de esos ojos. Y sin duda no sería el mundo mágico del Daríen, pero era otro mundo. Uno en el que había estado sin estar, en el que había caminado sin sentir. Un mundo que era de ella y que él quería conocer. Y le dijo que había lugares y momentos, en el que si uno no se va, se queda ahí por siempre, y que él que había pasado media vida con la felicidad perdida no podía tomarse esos riesgos. Que la vida era muy larga, y muy justa, y que algún día volvería, y que si las estrellas lo querían continuarían de nuevo esa aventura de amor que les había mostrado a ambos los caminos diversos por seguir.

Y así sin lágrimas y con sonrisas, empezaron su despedida entre besos y caricias, y se amaron como si no fueran a volver a amar nunca más en la vida. Y cuando salió el primer rayo de sol y ya no hubo tiempo para más recuerdos, él le mostró ese cuadro mágico que había colgado ella sobre su cama, el mismo que esa tarde de respuestas vi colgado en su sala sobre las fotos de sus seres queridos, y le dijo "Todos los días" y ella sin saber que serían las últimas palabras que le diría por un cuarto de siglo, le dijo lo mismo, "Todos los días". Y la puerta se cerró, y no hubo nada más que hacer, que alistar el temido viaje a Lima. Y una vez en al aeropuerto, le contó a Marino por primera vez y única hasta que me lo dijera a mí, lo que había pasado. Y Marino incrédulo, le dijo que hablaría con el hijo, que no se podía ir de la nación y menos dejarla a ella así. Y ella le insistió que no, que vivir es ganar, pero también lo es perder, y que como había dicho Tolomeo una vez en alguno de sus discursos, los ríos por más lejanos que se encuentren se terminan viendo nuevamente algún día en el mar. Y así siguió su vida, primero en Lima cortamente, donde la familia se negaba a que volviera a esa tierra lejana, cuando podía seguir el camino que siempre le habían querido en la cúspide americana o mejor aún junta con ellos. Y ahí intervino Marino y como había un puesto en la deseada junta directiva de la Fundación Santa María, no dudó en ofrecérselo. Y la familia Pinta, que tontos no tenían nada, aceptaron y hasta con entusiasmo ese puesto para la hija veinteañera. Y luego ya en el Daríen donde cumplió su promesa de ayudar, hasta que se terminó enamorando de uno que quería ayudar tanto como ella.

Y en el medio me contaba ella esa tarde, muchas cosas, centenares de cartas empezadas pero nunca terminadas, sueños hermosos de reencuentros que la hacían despertar con una sonrisa que rápidamente se teñía de tristeza al encontrarse la cama vacía. Y ni ella podía escribirle o llamarle, que sabía que de solo oir su voz dejaría esa vida que tanto había querido por rencontrarlo al otro lado del mundo, que él no podía tampoco llamarle o escribirle, que sabía una sola frase de ella escrita en su caligrafía del siglo diecisiete, lo haría abandonar las luces del mundo para volverla a tener entre sus brazos y no dejarla

nunca más. Y cuando Truffaut lo invitó a uno y Leaud a la otra sin saberlo al mismo set y al mismo día, y los dos cruzaron miradas en medio de la noche americana. Ambos sintieron la felicidad y el miedo, y sin saber si correr hacía el otro o huir del predicamento, acabaron ambos desmayados y con el set clausurado por el resto del día. Y así ambos entendieron que se querían mucho para privar al otro de su sueño. Y al poco tiempo Namibia encontró la felicidad de joven y los tanques árabes cruzaban el desierto. Y ya no hubo ocasión para el rencuentro que ambos andaban ahora perdidos en una nueva realidad.

Y luego lo ya dicho, las elecciones, las victorias, las derrotas, y por más que compartían país, ciudad y hasta edificio, nunca se cruzaron, y cada vez que alguno les preguntaba al respecto, ellos con una sonrisa acordándose del pasado cambiaban de tema. Y si nunca salió ninguno a la prensa a aclarar la cosa, fue porqué a nadie más le incumbía que no fuera a ellos, e incluso si una simple frase hubiera quizás cambiado la historia de esa nación y tantas otras más. Ganó el último pedazo de complicidad que les quedaba, el secreto de una noche mágica rodeada de fuegos artificiales, música y estrellas. Y en ese momento al oir eso, me invadió la tristeza. Y ella vio mi cara al borde de las lágrimas, y se levantó un momento del sofá y me dijo que esperara. Y mientras observé ese cuadro hermoso de playas eternas, se oían los cajones abriéndose y cerrándose. Y al volver volvía con un DVD, y me dijo que solía ser un VHS, pero que Diamante le había pasado todo a la modernidad. Y con el remoto prendió la televisión y con otro el DVD, y me dijo que no llorara, que al final los ríos se terminan encontrando.

Y era un video en blanco y negro, no tenía sonido, y la resolución era de calidad apenas aceptable. Miré la fecha, noté que había sido el día antes del atentado que le había quitado la vida a Namibia. Y ahí me di cuenta donde estaba, el famoso parque secreto de los Rockefeller en Nueva York. Ahí estaba Namibia, escapando a la vida, perdido mirando la cascada interior con un oído, mientras oía el mensaje que le había mandado la hija con el otro. Se lo veía en paz. Y ahí de repente, una niña corriendo acaba frente a él, y se quedan mirando. Y él la reconoce, Jade. Y detrás de ella corriendo llega la madre, Canela. Andaban de escapada en Manhattan, solo habían venido las dos, Diamante había preferido quedarse en Montreal. Y los dos se quedan viendo, y por un momento parecen perdidos, y luego las sonrisas. Y Jade sigue jugando, y los dos hablan entre risas, y no es un video largo, un poco más de cinco minutos. Se dicen palabritas, se sonríen, el mueve los brazos como si estuviera tomando un balón de rugby. Ella mira de reojo a la hija. Él le muestra su reloj, va tarde. Ella mueve su cabeza con una sonrisa, le dice algo, el ríe. Y ahí ambos se quedan mirando con una felicidad triste, y se dan un abrazo, uno fuerte, él le dice algo en el oído, y a ella se le salen las lágrimas sin perder su sonrisa. Le dice algo y ahora si el sigue su camino, acaricia el pelo de Jade y alza la mano. Se lo ve subirse a su carro. Y ella se queda lagrimeando con una gran sonrisa, Jade se le acerca, la abraza y con su manito le seca los ojos. Ella le da un abrazo y el video para. “Cortesía del servicio de inteligencia, al menos una cosa hicieron bien”. Me dice.

La despertó el teléfono de la habitación, era Marino en lágrimas, diciéndole que prendiera la televisión. No tuvo que buscar mucho, la noticia salía en todos los canales, Santiago estaba hablando en directo desde el lugar de los hechos. Le costaba entender que estaba pasando, la voz rota de Marino lo hacía prácticamente inentendible, y lo que sí entendía, no lo quería creer. En la tele Santiago hablaba de un atentado que había ido hacía él, pero que por razones del azar y de la fortuna había acabado siendo contra el primo. Culpaba a los rebeldes, quienes habían abusado de su buena fe, para teñir de sangre y pólvora la chance de la paz. Anunciaba que ponía al país en estado de alarma máxima, y que luego de haber hablado con los presidentes, no solo de su nación, sino de Francia y Estados Unidos dónde Namibia era tan querido, había llegado a la difícil decisión de bombardear fuertemente las zonas rebeldes para acabar de una vez por todas la barbarie como la que venían de vivir. Por ultimo le pedía al pueblo, dejar sus divisiones para unirse al camino correcto de la historia, ese por el cual Namibia, hijo prodigo de la nación había dado la vida.

Fue esa última frase que le hizo entender todo, y ella también empezó a llorar desconsolada. Cambiaba los canales con la esperanza que alguno dijera otra cosa, pero no. Todos decían lo mismo, mientras desde las calles del Daríen Africano entrevistaban a sus habitantes. Y todos sin falta, con la cara triste hablaban de un hombre que había hecho mucho y que había dado al país sus momentos más felices. Y mientras todos sin falta hablaban de un héroe, los canales mostraban las imágenes de su vida, en las galas, en la ONU, en los estadios, la famosa secuencia del beso luego de la victoria de la Copa Africa. Y los día siguientes, los homenajes, las velas en el estadio nacional y en todos los demás. Las entrevistas con líderes del mundo, celebridades, y gente del pueblo, todos hablando las bellezas que no le agradecieron en vida. Y mientras tanto Santiago cumplía su palabra, y las bombas caían en el bastión de la selva, y el servicio de inteligencia destrozaba puertas, y llevaba a medio país a los cuartos de interrogatorio. Y ya los analistas comentaban que ese evento mostraba que el Darién Africano no podía darse el lujo de cambiar de líder en un momento tan delicado. Y cuando Santiago la llamaba, ella le preguntaba detalles, los cómo, cuándo y quién. Y Santiago se los respondía, que había sido todo una trampa, una emboscada. Y lo decía con tanta seguridad, que a lo mejor le hubiera creído y hubiera odiado por siempre a ese pueblo selvático que llegó a amar, sino la hubiera llamado Vainilla a decirle que todo eso no podía ser cierto.

Porque si bien Namibia era el principal involucrado en la campaña de ayuda a los rebeldes de la nación, no era el único Darién involucrado. Y entre ellos resaltaban nombres como Agosto, Magallanes o Vainilla. Y si Magallanes solo se encargaba de conseguir dinero, y Agosto de asesorar a los rebeldes de como pelear sin romper las reglas del combate y la humanidad, y de recordarles diariamente la importancia de la valentía, era Vainilla la más involucrada a la causa de la justicia y la libertad. Y era ella que telefoneaba día y noche a los altos mandos rebeldes para reseñarlos de la situación económica y política en el plano

internacional. Así que ella mejor que nadie, sabía todos los detalles de la organización, desde sus ubicaciones exactas, hasta la marca de calcetines que vestían. Y por eso al despertarse ella también con la noticia del asesinato del sobrino preferido, en medio de las lágrimas de ira, había entendido la maniobra perversa. Y como sabía que Marino estaba muy viejo para enterarse de traiciones fraternales, ni de alzar la voz, llamó a Canela, no porque supiera algo más que los demás sobre su relación con Namibia. Sino todo lo contrario, pensando que los rumores eran ciertos y que había algo irreconciliable entre las partes, le pareció que si podía convencerla a ella, podría convencer al mundo entero de la verdad, que no había ninguna reunión, y que las armas usadas para la masacre no podían ser de los rebeldes, que apenas podían comprar armas usadas y viejas a los Señores de la Guerra, incapaces de dar descuento. Y la llamó por línea segura y le contó todo, que ayudaban a los rebeldes desde el comienzo, y que lo de Namibia no podía ser, de ningún modo un ataque de ellos, sino uno de los otros.

Y Canela oyó con espanto esas revelaciones, y llena de dudas se puso a hacer averiguaciones entre sus contactos aún vigentes de la Fundación. Y tras unos días le lograron confirmar que en efecto, al menos de lo de las armas era verdad, y ya para ese momento Vainilla había viajado al verano canadiense a mostrarle todos los detalles y los documentos que avalaban su palabra. Y enfrentada a la verdad, ella que había evitado llorar por tantos años, volvía a llorar una vez más en menos de un par de semanas. Mandó a los hijos donde la tía Cielo a Nueva York y tomó sin avisar el primer vuelo posible a Santa María la nueva. Y al aterrizar la esperaba el coche de Santiago a quien el servicio de inteligencia ya le había avisado que la esposa iba en camino. Y la dejaron frente a su gran Torre, y cuando se abrieron las puertas al Pent-house. Se lo encontró frente a frente con una gran sonrisa ingenua, diciéndole que le pedía perdón por haberle dañado la sorpresa, pero que no la podía dejar tomar taxi en el estado en que se encontraba la nación. Y ella que tenía planeado todo un discurso, verlo así tan sonriente y encantador le desencadenó el llanto

. Y él que nunca la había visto llorar se le acercó a abrazarla, pero ella de un empujón suave lo alejó. Y ahí él supo que no se saldría con la suya. Y cuando le preguntó que cual era el problema. Ella con los ojos aguados le dijo que se arrepentía con toda su alma, a pesar de todo lo bueno que había pasado gracias a eso, del día que le había aceptado esa cita. Y él trató de decir algo, pero ella entre lágrimas le dijo que lo sabía todo, que él no era el único con aliados y que se ahorrara sus justificativos que ninguno era válido. Y él volvió a tratar de decir algo, pero ella le volvió a decir que se arrepentía con toda el alma. Y tras oírlo una segunda vez, y verla así, tan destrozada, entendió que ella nunca lo querría más. Y mientras sentía romperse su corazón como si fuera un pequeño niño que siente que nadie lo quiere, le pidió disculpas entre lágrimas y le dijo que qué podía hacer para que lo perdonara. Haría lo que ella quisiera por una chance de perdón, porque él sabía que había hecho algo horrible, pero era algo necesario para traer paz. Y ahí, los ojos aguados se llenaron de rabia,

y le dijo que con esa frase estaba segura que nunca lo perdonaría, pero que si le quedaba algo de respeto por el mismo, cumpliría su palabra y se iría esa misma noche del país. Y él al comienzo no entendió, pero cuando ella empezó a llorar entre gritos y decir, "me arrepiento, me arrepiento", una y otra vez, se acordó de la promesa de enamorado, y como seguía enamorado, y a pesar que sabía que probablemente nunca la volvería a ver más, decidió cumplir con su palabra. Y tras decirle que la amaba y pedir perdón una vez más, se montó al ascensor de cristal y tomo rumbo al aeropuerto. Y una vez ella lo vio subirse al carro desde la cima de su torre, se limpió esas lágrimas de cocodrilo que no usaba hace tantos años, y llamó a Vainilla a decirle que estaba hecho.

Y cuando los medios sin entender bien por qué anunciaban que el líder del país se había marchado a Bogotá sin avisar. Canela se subió al carro oficial y le pidió al tátara nieto o al tátara tátara nieto, de Kojo, que ya perdí los cálculos, de que la llevara al centro de la armada. Y allí les dijo con su voz calmada que les ordenaba irse del país y no volver nunca más. Y los grandes jefes, que la habían dejado entrar solo porque pensaron que a lo mejor venía de parte del marido, se pusieron a carcajear con sus risas más sonoras. Y ella les dijo que no bromeaba, y con su tonito del que se sale siempre con la suya les pidió que leyeran con atención las reglas y leyes de la nación. Y en efecto sacaron la pseudo constitución de leyes que regía ese país, y se encontraron justo dónde ella había dicho el famoso artículo, en el que Tolomeo Daríen más de cien años antes había declarado que en caso de que el Protector del país, muriera o renunciara a su cargo, mientras se escogía a un remplazante, el poder de la nación y con ello el poder de hacer leyes y el mando de la armada quedaba en la única persona más capaz que él, su esposa. Y luego por si dudaban de su conocimiento de las leyes nacionales, les pidió que leyeran la ley que decía que la armada le hacía caso al que mandara en esa tierra de costas negras. Y los generales indignados le dijeron todas las groserías que se sabían, pero tras confirmar que Santiago desde el avión venía de renunciar, no les quedó de otra que seguir la orden que les venía de dar, que para eso era que estaban en esos puestos, cumplir órdenes. Así que cada uno hizo sus llamadas respectivas y empezaron el abandono de la nación.

Pero Canela no tenía tiempo para quedarse a despedirlos desde el muelle al que nunca debieron llegar, que acompañada de la guardia nacional, siguió su camino al canal público, donde pidió dar una alocución a todo el país. Y como ya les había llegado la noticia que de facto mandaba ella, le cedieron el plató para que dijera lo que quisiera. Y ahí con todos los ojos puestos, le contó a la nación la verdad y lo que venía de ocurrir en ese largo día. Y finalizó su intervención, anunciando que declaraba la independencia de la Costa Negra de la Federación Andina, y prometía renunciar a su cargo de Protectoriza de la nación y cederles el puesto a los líderes de la resistencia una vez la última tropa de la armada Fedeandina se hubiera retirado. Y a los pocos días, cuando el último buque se perdió en el horizonte, Canela dimitió desde el aeropuerto recien nombrado Alexandre Trois, y se subió a su turno en un avión que la llevara de vuelta a casa.

Y lo demás es historia… Ni bien el avión de Canela andaba por los aires, que los fedeandinos de la ciudad vieja se abalanzaron al aeropuerto y a los puertos para dejar esa patria de salvajes que ya no era de ellos, y mientras el cielo se llenaba de aviones, el pueblo de la ciudad vieja marchaba con tambores a la Torre Darién a confirmar que no quedará ninguno de los opresores de los ultimos trece años. Y sin armada para custodiar la entrada, fueron entrando piso por piso, hasta que la torre entera se volvió una fiesta propia, en la cual al final cada uno se quiso llevar un recuerdo. Y desde ese día mucho pasó en ambos lados del atlántico, en el que nos importa, porqué de él trata esta larga historia, el de la Costa Negra, se formó un gobierno transicional entre los líderes locales de toda la vida y los rebeldes, y luego de que este no quisiera irse, hubo un par de guerras más, por poder, por religión, y por todo ese dinero que les quedó de la extinta fundación Santa María, hasta que finalmente llegó la paz, como suele llegar siempre así a veces tarde. Y para celebrarlo les dieron una Copa África, esa en que yo tuve la suerte de estar. Y luego siguió la paz, y a pesar de la volatilidad de la zona, la Costa Negra sigue siendo ejemplo regional y mundial, tanto así que hoy anda invadida de migrantes de todo el continente buscando mejor vida. Y allí andan los unos y los otros discutiendo si recibirlos o expulsarlos.

Y al otro lado, casi que ni vale la pena recordarlo, que apenas aterrizó Santiago, el Hombre de Blanco perdió la razón, que cómo iba a ser tan idiota de haber dejado todo ese petróleo en manos de una mujer y que como así que la armada andaba volviendo, que acaso eran todos descerebrados como iban dejarle a los negros toda esa riqueza con la que él contaba. Y apenas la armada llegó a Caracas el Hombre de Blanco les gritó que se dieran la vuelta y que fueran a recuperar la colonia. Pero ni bien decía eso, lo apresaron los venezolanos, y no lo dejaron ir hasta que firmara la secesión de Venezuela de la unión. Y al mismo tiempo en Perú el líder de la nación finalmente dio un autogolpe y declaró la independencia. Y los panameños vieron su chance e hicieron lo mismo. Y en Ecuador los de Guayaquil y Quito por fin se pusieron de acuerdo en algo y decidieron hacer lo mismo, y para no quedarse fuera de la fiesta como siempre los bolivianos siguieron. Y así en un dos por tres, ya no había una Federación Andina.

Y a los pocos años en Venezuela el comandante de los dos golpes de estados acabó ganando el poder en las urnas y sin aprender del pasado llenó su país de dinero negro y de nada más y luego cuando el petróleo dejo de valer los más de cien dólares por barril, hizo la misma que Tolomeo y se fue al otro mundo dejando al país con mil y un problemas del cual aún no salen. Y a los bolivianos sin cinco países respaldándolos les quitaron el chaco y el mar, y tras ese golpe definitivo, finalmente ganó un indígena y ya les tocará a ellos decir cómo les ha ido desde entonces. Y en Ecuador se armó un despelote como siempre, y en una noche llegó a haber tres presidentes, hasta que por fin ganó uno de carácter fuerte y también tocará preguntarles a ellos como les fue con eso. Y en Panamá sí que les ha ido bien que ya no tienen que compartir su canal ni con los gringos ni con los fedeandinos. Y

en Perú el líder se le subieron las luces como se veía venir, y lo terminaron sacando y hasta aprisionando, y de ahí en adelante como todos los otros, buenas y malas, y ya les tocará preguntarles cómo van directamente a ellos.

Y en Colombia, si puedo responder yo, que tras esa vergüenza que fue ese verano de los pueblos, el Hombre de Blanco hizo lo que pudo para salvarse el pellejo, desde entregar a Santiago a la corte penal internacional, con tal de tener inmunidad. A tomarse cuatro años sabáticos, dónde el país volvió a escoger a los atolondrados de antes y por consecuencia sucumbió ante las guerrillas, los paramilitares y el narcotráfico. Así que no quedó de otra que volver a llamar al Hombre de Blanco a ver si podía salvar la patria y como ya no podía presentarse, tocó hacerle campaña a uno igual que él y que le hiciera caso, de la escuela de la mano dura y las alianzas debatibles. Y tras subidas y bajadas, sí's y no's, el país anda como siempre, es decir igual de mal. Con la misma riqueza y la misma pobreza, con el mismo potencial y la misma miseria, solo que con el pueblo más dividido que nunca, en donde solo el futbol y las grandes historias de amor sirven, aunque cada vez menos, para alegrar los corazones de sus habitantes.

Y de todo esto hablé con Canela, en esa tarde hace no mucho, en esa hermosa cabaña de madera y mármol. De la Costa Negra, de todos esos países que alguna vez unió el destino y de todos los demás que une nuestra larga historia de especie humana. Y al finalizar me contó de todos esos Darién, los que ya habían partido tras largas vidas felices, como Violeta, Roble, Palma, Cedro, Almendro, Junio, Agosto, Abril, Cielo, Índigo y Vainilla. Y los que no aún vivitos y coleando, regados por el mundo, en embajadas, ministerios, multinacionales, organizaciones y hasta pintando como lo hubiera querido ella. Desde Knut que sigue cocinando pero ya solo para los hijos y los nietos, o Andrómeda que sigue cantando por el mundo las mismas canciones que Procopio Garibaldi cantaba hace más de un siglo, o Magallanes que cada cuatro años amenaza con ponerse a entrenar para buscar una medalla más. Hasta los nietos propios, los de Jade y los de Diamante, quienes según parece son amigos íntimos de los hijos de Petra y ya bromean a pesar de andar aún en primaria, que algún día volverán a esa Costa Negra de milagros y bendiciones a la que llegó el tátara-tátara abuelo Tolomeo junto a la abuela Alegría un día dotados nada más de una sonrisa y la nieve infundible del Galeras en ese barco bello que fue la Cecilia. Y que con ellos al mando, no solo se conseguirá una utopía como la que no pudieron lograr los padres, sino que no descartan incluso ganar un mundial. Y ya para despedirse, me habló de Santiago, con el que intercambia cartas de vez en cuando. Y al preguntarle que porqué le escribía teniendo en cuenta todo que había hecho. Me miró con esa sonrisa que enamora, y me dijo que si incluso en las grandes utopías imaginadas desde la comodidad y la esperanza, las personas y los pueblos acaban teniendo los destinos merecidos, siempre queda un espacio, uno atemporal y permanente, para saltar los errores del pasado y enmendar los caminos del futuro. "Cuál" le pregunté. Y ella, mirándome directo al alma con sus ojos de cocodrilo, me respondió convencida que cual otro sino el de todos los días.